



LOS CRÍMENES DEL  
NÚMERO PRIMO

REYES CALDERÓN



BAJAEPUB

La juez Lola MacHor está a punto de enfrentarse a la experiencia más terrible de su carrera: dos cuerpos con vestes clericales son encontrados en una remota ermita, brutalmente asesinados, y los cadáveres aparecen rodeados por una importante cantidad de dinero y de un antiguo *Lignum Crucis*. Poco después, el arzobispo de Pamplona recibe en su palacio un extraño paquete: un dedo humano dentro de un pequeño ataúd. A partir de estos hechos, obra sin duda de una mente calculadora y perversa, la juez MacHor inicia la investigación.

Con la colaboración de Juan Iturri, un inspector de la INTERPOL y viejo amigo, y la inesperada ayuda del padre Chocarro, un antiguo matemático reconvertido en místico, empieza la búsqueda del asesino. Pero los crímenes no han hecho sino comenzar, y pronto descubrirán que ellos mismos forman parte de un plan mucho más amplio, donde las voces del pasado resuenan con los ecos de la venganza, y que sus propias vidas estarán en peligro. En una carrera contra el tiempo, sólo disponen de una pista para localizar al autor de los crímenes: un número primo.



Reyes Calderón Cuadrado

# Los crímenes del número primo

Lola MacHor - 2

ePub r1.0  
Aquila 08.06.14

Título original: *Los crímenes del número primo*  
Reyes Calderón Cuadrado, 2008  
Retoque de cubierta: Aquila

Editor digital: Aquila  
ePub base r1.1

más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)

Por una fisura, el humo de Satanás ha entrado en el templo de Dios... El diablo existe... Es un ser viviente, espiritual, pervertido y pervertidor, una realidad terrible, misteriosa y temible.

Pablo VI, 29 de junio de 1972, *Alocución IX aniversario de su coronación*

## Prólogo

Nada ocurre por casualidad. Ni la impávida luz que se filtra tímidamente por las rendijas de tu ventana ni la nube que por un mísero instante pende del cielo sombreando tu lecho, nada, ni siquiera eso, se debe al azar. Lo aprendí instruyendo mi último sumario, el que la prensa llamó «los crímenes del número primo». Lo sé desde que las suelas de mis zapatos bajos pisaron aquella pequeña ermita tiznada de rojo oscuro, mucho más oscuro que rojo; lo sé porque aún huelo a romero.

Podrían haber pasado por accidentes fortuitos o por un ramillete de encuentros inesperados, sucesos amorfos que deambulan decorosamente por tu existencia sin dejar huella, pero bajo ese jardín de casualidades se ocultaba la verdad: los hados no tienen dueño porque, en realidad, no existen.

Creemos dominarlo todo, saberlo todo, controlarlo todo, pero antes de ser siquiera deseado, el sentimiento ya está diseñado. Late en el pecho un suave tintineo; en él se encuentra la clave de todo. Entiéndela, y podrás cabalgar por el bosque de las sombras hasta la pura casualidad, ésa que no existe.

Lo sé porque aquella noche de luna creciente bajé a comprobarlo al corazón de las tinieblas; lo sé porque allí leí el mensaje, escrito en los mismos ojos del diablo.

No soy un número primo, pero doy fe de que existen. Yo he conocido dos muy distintos. He visto el cielo y el infierno, azufre y agua bendita, ambos bajo un mismo azar, señal de que lo que no existe no resulta, en definitiva, fundamental.

Cuando los sucesos que voy a referir acontecieron, había topado algunas veces (escasas en número) con miembros del estamento eclesiástico. No me pilló por sorpresa su actitud, mezcla de extremo respeto y excesiva altivez. Después

de aquello, siempre con guante de seda, he asistido a algún juicio de faltas, he impuesto pequeñas penas o he amonestado a algún sacerdote enganchado al placer de la velocidad. Pero aquel día de junio fue para mí trascendental porque con quien topé no fue con un eclesiástico de tres al cuarto, sino con la Iglesia misma, con toda su majestad, con toda su magnificencia.

Quizás algún día, en su perenne resaca, la vida arroje nuevamente a mis pies despojos con veste clerical, pero tengo por cierto que ninguna marea será como aquélla, porque la verdad estaba allí, sumergida pero al alcance de mi mano, esperando, casi rogándome, que la rescatara de aquella negra orilla.

Lo hice. La caza no fue sencilla; nunca los asesinos son piezas fáciles, mucho menos si prueban la sangre y les gusta. La nuestra fue una batida lenta y tediosa. Muchas veces, harta de aquella maraña de acontecimientos, la idea de abandonar rondó por mi cabeza, pero no sucumbí a la tentación: era consciente, sigo siéndolo, de que los muertos —buenos o malos, santos o demonios— merecen todo nuestro respeto.

Acaso fuera el solideo color violeta; tal vez el ímpetu de los hechos o el número de cadáveres. No lo sé, pero tengo por cierto que, aunque dedique muchos más años de mi vida a la causa de la justicia, en éste o en cualquier otro juzgado de instrucción, no volveré a vivir una experiencia semejante.

Lo que pretendo en estas líneas es inmortalizar la historia. No quiero que se repita, no quiero que se olvide.

## LIBRO PRIMERO

# PERFUME DE AZUFRE

Y Satanás respondió al Señor: «¡Piel por piel! Un hombre da todo lo que tiene a cambio de su vida».

Libro de Job, 2:4



# I

*Monasterio benedictino de San Salvador de Leyre, Navarra*

*Madrugada del viernes, 11 de junio*

Imposible. Que Pello Urrutia, de frágil cuerpo de anciano y templado carácter, abandonase en plena noche los muros del retiro benedictino y se internase en los parajes abiertos, parecía a todas luces imposible. Pero eso fue exactamente lo que Pello Urrutia hizo aquella madrugada de viernes; lo último que hizo antes de ser atraído por la irremediable llamada de la muerte.

Nadie comprendió el porqué. Los que tenían al menudo clérigo como ejemplo de hombre apacible y cabal se extrañaron tanto de su inesperado comportamiento que le tuvieron por perturbado. Era cierto que el padre Urrutia rara vez perdía los nervios. Nadie, ni siquiera los más allegados, le recordaban dominado por la excitación o la impaciencia, pero todos ellos desconocían los detalles que encendían su angustia; de haber estado al corriente, de haber oído el azufre, es posible que hubieran logrado salvarle.

Pero no lo estaban. Por ello, no supieron descifrar por qué, cercanas las cuatro de la madrugada, cuando aún la noche dormía sobre las colinas, el abad Urrutia no descansaba en su celda, como el resto de la comunidad. Ellos nunca comprendieron por qué, en aquella intempestiva hora, el abad emergió en el patio procedente del interior del claustro y obligó a sus titubeantes piernas a avanzar hacia el portón exterior, deprisa, al son del rumor que provocaba su gran rosario de cuentas al golpearle la cadera.

Sus íntimos no pudieron ver el testamento que sujetaba, ni vislumbraron en su frente el pavor que le ocasionaba la cercanía del mal, ni oyeron lo que rezaban los labios del abad cuando perseguía su destino; de haberlo oído, quizás hubieran

entendido algo.

Pello Urrutia hablaba del humo, de uno muy especial; se refería al perfume de Satanás. Musitaba entre dientes, sin dejar de santiguarse que el aliento de azufre del rey de las tinieblas se había colado por alguna fisura en el templo de Dios y, ya dentro, trataba de perpetuarse.

Pello Urrutia comprendió enseguida que aquello era obra del maligno pervertidor, cuernos de carnero, vergajo inmundo. Pero no entrevió siquiera que a aquella realidad, misteriosa pero etérea, nada más que humo, le seguiría otra mucho más tangible: la sangre, espesa y oscura.

Contemplaba sus últimas estrellas, aunque no lo sabía. Los que sostenían que su rostro, a juego con su níveo cabello, era fruto de alguna suerte de combinación genética, se equivocaban. Pello Urrutia tenía la memoria poblada de momentos en que ciertos sucesos habían reconcomido su alma. No eran sus genes sino la clausura benedictina la que había logrado que la dulce paz germinara en su alma. Al atravesar aquellos muros de vieja raigambre monástica, había sido tocado por la magia de la vida contemplativa y comprendido que la mitad del éxito estribaba precisamente en proscribir cualquier atisbo de precipitación, la lujuria del tiempo.

Lo que para Pello Urrutia había sido simple convencimiento, terminó haciéndose regla cenobítica cuando, por unanimidad, fue nombrado abad del monasterio benedictino de San Salvador de Leyre. Iban para diez los años en que se había consumado aquella designación y, desde entonces, su estilo monástico había fascinado a medio centenar de hombres, obligando a ampliar las primitivas instalaciones para acoger a la abundante cosecha de mansos frailes.

Pero cuando aquella madrugada de viernes los pies de Pello Urrutia pisaron sagrado y sus ojos comprobaron la tropelía que allí había tenido lugar, se vio invadido por un rosario de síntomas mundanos. Comenzó por sentir una desagradable sensación de peso en el estómago; luego sus piernas tiritaron como hojas de otoño; y sus flacos tobillos se negaron a sujetarle, obligándole a apoyarse en el muro. Hasta su nariz, de por sí aguileña, se inclinó peligrosamente hacia su boca, abierta por el estupor y la sorpresa.

Y lo peor fue que, al toparse con aquella sinrazón, su mente se apagó como claudica la pasión: de improviso. Ciego, trastornado sin remedio hizo lo que nunca habría aconsejado a otros: abandonó raudo el templo en dirección al

infierno. Hacía mucho tiempo que no sentía aquella íntima turbación; ésta sería su experiencia terminal.

A trompicones, corriendo con toda la fuerza que permitía su exigua anatomía, consumida por la enfermedad y los años, se dirigió al garaje, una insulsa construcción adherida al magno edificio principal.

Cuando lo alcanzó, desaliñado y sudoroso, el alto dignatario exhibía un aspecto lamentable. Jadeante, con el color extraviado, levantó manualmente el portón y se acercó al Land Rover, propiedad del monasterio. Se le saltaban las lágrimas cuando subió al vehículo. Se sentó en el asiento del conductor y dejó el documento en el contiguo. Introdujo la llave en el bombín y se colocó el cinturón; tenía un chófer a su entera disposición y, por ello, falto de costumbre, estar al volante le causaba cierta desazón. Arreciaron las lágrimas; aun así, decidió seguir. Cogió con ambas manos su cruz pectoral y la obsequió con generosos besos, mientras decía en voz alta:

—El humo de Satanás, Señor, se ha vuelto a colar en tu casa... ¡Protégeme!

Iba a girar la llave cuando notó el aliento en su nuca. Se volvió y topó con la máscara negra. Sobre la base oscura, unos brillantes ojos verdes, por un momento, le recordaron tiempos pasados.

—Buenos días, abad —escuchó de una voz melódica, extrañamente tranquila—. Le agradezco que acepte mi repentina invitación.

El anciano no tuvo tiempo de responder. Unas manos enguantadas surgieron de la oscuridad y le sujetaron con fuerza por ambos lados. El clérigo trató de defenderse, pero era de complexión frágil y su oponente contaba con la ventaja de la sorpresa. El brazo izquierdo de su adversario le atenazaba el pecho; el derecho le obligaba a respirar a través de un pañuelo impregnado con una solución de fuerte olor.

Dominado por el pánico, el fraile clavó las uñas en su agresor, mientras sus ojos se agrandaron hasta adquirir cerca del doble de su tamaño. Pero el anestésico realizó enseguida su función. Los largos y huesudos dedos del abad se aflojaron hasta soltar por completo a su presa; luego se desmayó y su cabeza cayó hacia delante.

Al aminorar lentamente la presión, su asaltante permitió que la nivea cabellera del monje se rindiera ante el salpicadero. A pesar de la apariencia, el agresor esperó unos segundos, para confirmar que definitivamente el abad

Urrutia cedía en la lucha. Cuando estuvo seguro de que su víctima se había sumergido en el sueño, pasó al asiento delantero por el amplio espacio que separaba los dos lados.

Antes de sentarse en el lugar del copiloto, retiró el pergamino y lo dejó sobre el salpicadero. Luego, se acomodó en el asiento y sacó del bolsillo un rollo de cinta aislante, con la que ató las muñecas y los tobillos del clérigo. Sólo entonces, soltó el cinturón del abad y arrastró el cuerpo, cogido por las axilas, hacia la parte de atrás. Finalmente lo tumbó en el suelo y lo tapó con la desgastada manta de cuadros verdes y rojos que encontró en el asiento trasero.

Sudaba cuando ocupó el puesto del conductor; se quitó la capucha y se secó el rostro. Sus ojos felinos resplandecían con el metálico brillo de las luciérnagas. No arrancó de inmediato. Esperó hasta acompasar su respiración. Mientras lo hacía echó un vistazo a su antebrazo, que sangraba ligeramente a causa de los arañazos del abad. Pensó en sacar el pañuelo y vendarse la herida; luego cambió de opinión: cicatrizaría mejor en contacto con el aire.

Se serenó; debía completar su plan. Extendió la mano para recoger el pergamino, pero no estaba. De nuevo, el corazón le dio un vuelco. Miró hacia abajo, el documento había resbalado al suelo; lo recogió e introdujo en uno de sus bolsillos.

Giró la llave. El coche renqueó varias veces, pero al fin el ronroneo del motor diesel rompió el silencio de la noche. Apretó el mando a distancia, sujeto al salpicadero del Land Rover por una clavija. En el momento de trasponer la cancela y abandonar las tierras del monasterio, el asaltante detuvo el coche y miró hacia atrás.

Todo estaba en silencio; no obstante, las sombras de los muros de piedra parecían amenazarle, recriminando su acción. No fue ira lo que sintió; aun así, estalló como si aquella visión le hubiera dañado irremediablemente. Apretó con fuerza el acelerador. Una nube de polvo se elevó indecisa sobre el aire purísimo de la montaña.

El monasterio quedó atrás, durmiendo su pacífica soledad, erguido sobre la agreste balconada de la sierra de Errando, dominando Navarra y Aragón desde su altozano, ignorando las oscuras siluetas que se cernían sobre sus milenarios edificios de piedra y espíritu.

## II

En aquellas frías horas matutinas, todas las estancias que componían el vetusto cenobio —el claustro y la sala de capítulo, la cocina y el refectorio, la biblioteca y la vieja despensa, el oratorio, el templo y las salas de recibir— se hallaban bajo el dominio de las tinieblas y el silencio de la noche. Sólo el rojizo reflejo de las pequeñas luces de emergencia arañaba las sombras, desfigurando grotescamente la iconografía de los retablos y capiteles que, por doquier, vestían sus paredes.

En las pequeñas celdas, articuladas en torno a las arcadas de medio punto del claustro, los monjes benedictinos disfrutaban del último sueño que el día habría de ofrecerles. Antaño, la regla de San Benito ordenaba partir varias veces el descanso nocturno, obligando a los sufridos frailes a levantarse para recitar el oficio divino. Pero el progreso se había deslizado hasta el mismísimo corazón de la Iglesia y, en Leyre, el retiro, que comenzaba cerca de las diez, tras el rezo del oficio de *completas*, era respetado hasta las cinco y media de la mañana, momento en que sonaba la *campana de levanto* y el monasterio volvía a la vida.

Pasaban unos minutos de las cuatro, cuando un ligero rumor rasgó el mutismo del convento. Procedente de la cámara más alejada del ala izquierda, una corpulenta figura, enfundada en un hábito marrón demasiado estrecho, emergió en el desierto pasaje. Sigilosamente, evitando arrastrar los pies y desplazándose siempre por el interior de la estrecha moqueta grana que marcaba el camino, el monje avanzó hacia la larga escalera, espaciosa y sobria, llamada de San Bernardo en honor al fundador del Císter, primera orden que pobló el monasterio.

Pese a que la negrura subyugaba la construcción con su férrea disciplina, el fraile avanzó resuelto. Cuando creyó haber llegado al lugar adecuado, se detuvo

y extendió las manos, agitándolas mientras palpaba el aire. Necesitó varios segundos para localizar el pasamanos y acertar con el primer peldaño de la escalera. Luego, todo fue fácil.

El hermano Fermín Chocarro sonreía abiertamente mientras, agarrado a la balaustrada, descendía los retorcidos tramos de escalera. Había mirado la esfera reflectante de su reloj digital antes de abandonar su celda; esta vez, había cubierto el caliginoso recorrido en 42 segundos, dos menos que su mejor marca.

Mediaba el mes de junio, pero el frescor del alba parecía filtrarse por los muros convertido en una molesta humedad. El fraile bajó las escaleras frotándose las anchas manos para entrar en calor, al tiempo que, mentalmente, repasaba las tareas del día. Descendió sin pausa hasta el penúltimo rellano, donde se detuvo ante el amplio portón de roble que comunicaba el territorio destinado a clausura con la sacristía. Ubicada en el muro sur del gran templo abacial, la dependencia marcaba el punto de acceso al exterior, espacio abierto al mundanal ruido.

La recia puerta de doble hoja, construida en el siglo XVII, había sido remozada con un baño de antiestética pintura marrón que ocultaba completamente su origen. A cambio, se había respetado el nicho de coronamiento, cuyas toscas esculturas mostraban la aparición de la Virgen a san Bernardo. El fraile encendió la pequeña lámpara situada en el lateral de la puerta. Con la mano izquierda, apartó su capelina apenas unos centímetros, lo suficiente para sacar de su bolsillo un poblado manojito de llaves, aprisionadas en una gran anilla de hierro. Con parsimonia las pasó una tras otra, hasta encontrar la que buscaba. Dos giros y un ligero empujón fueron suficientes para que el mecanismo, bien aceitado, cediera y el hermano entrara en la sacristía.

Cerró la puerta tras de sí sin atrancarla; en breve, a las seis, el resto de la comunidad acudiría al gran tabernáculo para rezar el oficio de vigilia.

La sacristía, rectangular y barroca, cubierta por tres tramos de bóvedas de lunetos, reunía espléndidos relicarios, valiosos ornamentos litúrgicos y antiquísimas piezas de orfebrería: cálices de gusto plateresco, ostensorios barrocos, arquetas repujadas en oro y plata, bustos florentinos con las reliquias de las santas adoradas en el lugar... Pero para Fermín Chocarro aquella estancia era, fundamentalmente, su lugar de trabajo. Como sacristán del monasterio, formaba parte de sus competencias asegurar que ningún detalle del rito, por

pequeño que fuera, violara la inercia de la vida monástica. Por eso, cuando el resto de los monjes aún dormía, él se arrastraba hasta el templo y comprobaba meticulosamente el buen orden de los libros sagrados, las partituras para el canto o el adorno del sagrario y las cosas santas. Por su cargo, el hermano sacristán gozaba de una libertad de movimientos que otros monjes tenían vedada y la aprovechaba a su modo: madrugaba más que el resto y disfrutaba de la soledad en las umbrías estancias del templo.

El orondo sacristán se acercó a la hornacina de piedra que contenía un precioso lavabo barroco y mojó apenas sus dedos. Ya se había lavado en su celda y el agua estaba muy fría. Tras secarse, preparó las vestiduras para la celebración litúrgica del día: alba y estola para todos los frailes; casulla roja, para el abad. Comprobó primero que la patena grande tuviera hostias suficientes y las vinajeras, agua y vino. Más tarde, que los corporales, los purificadores y el platillo de comunión estuvieran en su sitio y que los libros litúrgicos contaran con la señal en la página adecuada: semana XII del tiempo ordinario. Satisfecho con la labor, cogió de nuevo el aro de llaves y localizó la que le abriría el paso hasta el templo.

Cuando hubo abierto, el fraile se dio de lleno con el candor románico de la antigua iglesia. La sacristía se comunicaba con el magnífico edificio por el ábside más oriental, el de la epístola. Instintivamente, en cuanto sus enormes pies, calzados con sencillas sandalias de cuero, pisaron sagrado, izó los talones. Como si le preocupara despertar a los santos que reposaban en las criptas, Chocarro entró de puntillas en la gran nave.

La negrura cubría también la regia iglesia, aunque no completamente. Se acercaba el verano. En aquellas horas, el sol comenzaba a inyectar minúsculas hiladas de luz que iban tejiendo el día al diseminarse por la construcción, comenzando por los ábsides románicos, siguiendo por la bóveda ojival.

La iglesia abacial disponía de un moderno y caro sistema de iluminación; sin embargo, el sacristán no encendió los focos, la pizca de claridad le pareció suficiente. El padre administrador les recordaba constantemente que eran tiempos de penuria, demostrando ser muy corta la distancia que mediaba entre una existencia pacífica y la ruina. Por lo general, Chocarro obedecía todos los consejos, pero si evitó encender la luz no fue por el coste, sino por el placer de la noche. Conocía al dedillo el camino que debía recorrer y gustaba de atravesarlo

en penumbra, teniendo como única guía las pequeñas motas de luz rasgada que penetraban por las estrechas ventanas de jambas inclinadas. Solía concederse ese capricho, aunque, en ocasiones, por mortificación, prendía la mitad de las bombillas. Aquella madrugada de viernes, se dejaría llevar por su antojo y caminó a oscuras entre los pétreos lienzos.

Sin pensar siquiera en otra posibilidad, dio por vacío el lugar y se movió por entre los viejos muros a sus anchas. Dentro del antiquísimo conjunto monástico, la iglesia era el edificio más visitado por turistas y curiosos, pero, naturalmente, a horas más tardías: las viejas campanas de bronce acababan de revolverse de nuevo anunciando las cinco.

Con la seguridad que otorga dominar las costumbres, el fornido sacristán comenzó su procesión hasta la capilla del Santísimo, fija la mente en la necesidad de comprobar de regreso que el ejemplar para la lectura bíblica del oficio estaba correctamente dispuesto. El jueves previo, un deplorable descuido había ocasionado que se leyera por segunda vez un pasaje de *Las confesiones* de san Agustín, cuando correspondía escuchar un bello fragmento de los *Hechos de los Apóstoles*, en el que se narraba la insólita llamada de Pablo de Tarso. El compungido sacristán había recibido del prior una seria reprimenda por ello y no estaba dispuesto a que se repitiese su error. En ese caso, le impondría un castigo consistente en reducir su comida a pan y agua, y al orondo hermano le costaba mucho soportar el hambre.

Sin embargo, el fraile sabía que disponía de tiempo suficiente. Por ello, disfrutó como cada día del apacible momento; recorrió el templo y se detuvo en cada una de las capillas laterales en las que saludaba a sus respectivos moradores con pequeñas jaculatorias.

Siguió por el muro de la epístola hasta la imponente portada románica que antaño conectaba con el exterior pero que, en la actualidad, cobijaba, con sus triples columnas y capiteles, la capilla del Santísimo. Rezó un credo agarrado a la verja labrada que impedía el acceso, y siguió su ruta. Durante el camino, entre dientes (era consciente de que poseía una nefasta sensibilidad musical), entonó *Salve Regina*; de las cuatro antífonas, la que más le gustaba. Aunque corta, no llegó a concluirla.

Mucho antes de completar su amable paseo, notó que algún extraño detalle descomponía la bella armonía del conjunto. No supo de inmediato de qué se



trataba, pero, aun sin comprender el motivo, un extraño nerviosismo se adueñó de su ánimo y lo mortificó dolorosamente. El escalofrío se paseó a sus anchas por el gran corpachón del sacristán.

Dejó de cantar y miró inquisitivamente en torno, mas, en la penumbra, no observó movimiento alguno. No parecía haber nada anormal y, no obstante, a Fermín Chocarro su instinto le decía que algo muy grave estaba ocurriendo en aquellos instantes en aquel templo. De súbito, la bóveda parecía más alta y más fría; la piedra, hierro.

Frunciendo el ceño, apretando los labios, volvió sobre sus pasos. Su fina intuición le advirtió pronto de una extraña presencia. Le embargó el miedo, el mismo denso y negro pavor que sintiera cuando, de niño, soñaba con el demonio en forma de carnero oscuro y cuellilargo. Sí, pareciera como si el enemigo, el ángel negro, se hubiera colado en la casa del Padre y acechara ladinamente desde las sombras.

Cuando estaba asustado, Chocarro no se mostraba ecuánime. Por ello, sin pensarlo dos veces, salió corriendo hacia la enorme pila de mármol que rebosaba agua bendita. Se mojó sin cautela, más la palma de la mano que los dedos, y se santiguó varias veces. Pero en aquella ocasión, el poderoso líquido, bendecido con toda solemnidad por el abad del monasterio en la vigilia de Pascua, no produjo los benéficos efectos que esperaba.

El hermano sacristán fue presa del pánico e hizo lo que tenía por costumbre hacer, cuando era un infante y su madre no respondía a sus llamadas: hincó las rodillas en el suelo y volvió a declamar la antífona. Lo hizo lentamente, desgranando las sílabas, tratando de acompasar su agitada respiración. Al son de cada palabra, pronunciada en digno latín, la magna estructura fue retornando poco a poco a su estado original, puro, simple, espiritual, sin mácula.

«*O clemens, o pia, o dulcis Virgo María...*», entonó, con la desbocada voz que tanto molestaba al padre prior y a la mayoría de la comunidad. Convencido del imperio de la oración, al concluir el rezo dio por sentado que si una presencia había morado entre los ábsides, sin duda habría decidido marcharse. Ningún ser maligno resistiría tan sentido y confiado rezo.

En efecto, cuando se incorporó, el lugar parecía haber recuperado su fascinante paz, aquélla que había conquistado el corazón de Chocarro hasta el punto de arrancarle de su idilio con las ecuaciones diferenciales. El gran

matemático de cabellos alborotados y gesto cándido, pretendido por agencias estatales y universidades que veían en él a un nuevo Einstein, había caído perdidamente rendido ante aquella existencia sencilla, ante la serena luz emanada del sagrario, ante el sosiego de la vida hogareña.

Desde que, quince años antes, buscando unos fáciles días de descanso, atravesara la abrupta y desnuda sierra de Leyre para instalarse en el monasterio, se le había marchitado la piel y su hirsuta y pajiza cabellera aparecía casi nívea. La falta de ejercicio y la inadecuada alimentación habían agravado su tendencia a acumular grasas y su largo cuerpo se mostraba atocinado. Sin embargo, ni éstas ni ninguna de las muchas incomodidades propias de la vida monacal habían agriado su carácter. Sus pequeños ojos marrones mantenían su brillo original; su sonrisa, la frescura. De hecho, no había pasado un solo día en el que no hubiera encontrado una lozana alegría en aquel templo pálido y en penumbra, temprano, cuando el mundo dormía bajo su manta de cuadros negros.

Hasta aquel instante...

En pie, aún con las mejillas encendidas por la congoja, continuó su marcha recitando el resto de las antífonas. No había declamado más de cinco sonoros versos cuando el temor volvió a embestirle con la fuerza de un toro bravo. A empujones, una idea se hacía hueco en su mente, atrayéndolo a sus peligrosos rompientes.

—¡Dios mío! —chilló, mientras escudriñaba en torno por segunda vez en pocos instantes.

El hermano Chocarro acababa de darse cuenta de cuál era el elemento perturbador. La lámpara votiva no brillaba...

Es costumbre que en todas las iglesias de culto católico luzca encendida una pequeña linterna junto al sagrario, cuando éste se halla habitado. San Salvador de Leyre disponía de la suya, una preciosa pieza de plata, que poblaba con sus destellos el tabernáculo. Pero en ese momento, no parpadeaba... Pese a contener Pan Celestial consagrado, la lamparilla estaba apagada.

Mientras, con gesto adusto, Chocarro recordaba sus andanzas vespertinas, dirigió diligentemente sus pasos a la capilla del Santísimo. Su recuerdo fue tajante: había puesto un cirio nuevo la noche anterior, tras el oficio de *completas*. Aunque los hachones eran cada vez de peor calidad, era imposible que se hubiera agotado el cabo en tan corto espacio de tiempo. En el interior del gran

templo no soplaban el viento, ni había corrientes. Además, la vela estaba protegida por un cilindro de cristal.

—¡No, no y no!

El tono que el sacristán empleó daba a entender que no había lugar para la duda: aquel estridente detalle no era fruto de un lamentable accidente ni de un descuido suyo; debía de proceder de la voluntad humana. Pero ¿de quién?

Con pocas zancadas, el corpulento fraile cruzó el recinto. Mientras lo hacía, su temor fue acentuándose. Agarrado a la verja de la capilla del Santísimo, la pizca de enfado que la disonancia le había causado se transformó en estupor. No le hizo falta buscar la llave, la reja cedió al empujarla.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha entrado aquí y cómo? —preguntó al aire, con porte desafiante.

Sin pensarlo dos veces, abrió completamente la verja y llegó hasta el sagrario.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás, mi Señor? —gritó desconcertado, girando varias veces sobre sí mismo, con los puños en alto, como protegiéndose las espaldas.

Con un intenso padecimiento en el alma, el monje descubría que el sagrario, su amado sagrario, había sido abierto, violada su puerta de oro y profanado su contenido.

La luz que filtraban los severos ventanales del muro meridional fue suficiente para atravesar el majestuoso templo y llegar hasta allí, pero apenas le permitía distinguir siluetas. Por ello, tras santiguarse tres veces, acercó su cabeza a la bellísima casa de oro, hasta casi introducirla en su interior. Ya cerca, los grumos de claridad le confirmaron la tragedia.

—¡No, por favor! —voceó volviéndose bruscamente, muy enojado—. ¡Devuélvemelo, seas quien seas! ¡No te haré nada, lo juro ante estos sagrados muros, pero restitúyelo a su casa! ¡Tú no lo entiendes, pero has de saber que es valiosísimo! ¡Parece humilde y frágil pan de trigo, pero es el Señor en persona!

Esperó con la cabeza alta, ansioso, abriendo mucho sus rasgados ojos color miel. Instintivamente, su pie izquierdo pateaba el suelo en clara señal de impaciencia. Su enojo iba poco a poco adquiriendo el estatus de ira.

Su tímpano se llenó de las voces del silencio, elocuentes. Por eso, los altísimos arcos parecieron doblarse sobre él en señal de duelo; la ojivas, enfocar

sus lanzas hacia el cielo pidiendo venganza.

Permaneció perplejo unos segundos, con los párpados entornados y la mirada borrosa, sumergido en mil reflexiones contradictorias. ¿Qué debía hacer? ¿Qué habría hecho Jesucristo en su lugar?, pregunta que se hacía siempre que se enfrentaba ante un problema difícil de resolver. No tardó mucho en decidirse. Echó a correr con todas sus fuerzas hasta los interruptores y prendió todos los focos. No era momento para cálculos de costes.

—¡Por última vez, sal! —gritó. Su voz sonó potente, casi virulenta—. Desconozco qué te traes entre manos, pero no tengo intención de permitir que te vayas... ¿Me estás oyendo?... Mírame bien; obsérvame desde donde quiera que estés: peso 120 kilos, soy ágil y tengo la fuerza de un oso. Observa estos brazos, son capaces de tumbarte de un único puñetazo... Escucha: si estimas en algo tu integridad, muéstrate ya.

Sacudiéndose convulsivamente el inexistente polvo del hábito, Chocarro esperó. Como testigos mudos, la imagen de santa María y la gran talla del Crucificado siguieron la escena. Tras otra de las verjas, los cuerpos de los reyes de Navarra se revolvieron en su panteón y las reliquias de las santas Nunila y Alodia chirriaron. Pero nadie acudió a su llamada.

—¡Sal, alimaña corrupta, asqueroso demonio de los infiernos! —bramó, mientras, respirando trabajosamente, recorría la amplia nave buscando rastros del profanador.

A los pocos minutos, el fraile concluyó la infructuosa búsqueda. No encontró ningún rastro, pero mientras lo cruzaba, aquel lugar tan amado, plácida balsa de aceite místico durante tanto tiempo, se convirtió poco a poco en un territorio vacío, gélido, esquivo.

Volvió a la capilla del sagrario. Hasta el momento, había buscado al ladrón blasfemo: un hombre, quizás algún demonio. No había tenido suerte, pero pensaba tenerla con el botín.

—Seguro que se trata de un simple robo; sí, eso es, estoy ante un ladrón en busca de una valiosa pieza de oro —se expresó en voz alta, tratando de fortalecer su esperanza y de aminorar sus iracundos sentimientos de venganza.

En teoría, su pensamiento resultaba acertado. Lo que faltaba no era un copón modesto aunque digno, como la mayoría de los empleados para celebrar la eucaristía en las parroquias ordinarias. Se trataba de una antigua copa de oro

fino, con un brillante incrustado de considerable masa y profunda claridad. El valor de vaso y piedra justificaban la elección del botín; el fácil acceso (la cerradura del sagrario era más testimonial que efectiva y el trinquete de hierro antiguo), la osadía.

El hermano Chocarro era consciente de que se trataba de una sustracción blasfema, a él aquel recipiente finamente repujado no le concernía. Sólo era un metal dorado, una baratija que brillaba al sol, una tontería a la que los hombres, y no Dios, habían decidido otorgar precio. Ante los hechos que zarandeaban el monasterio alcanzando de lleno a su Señor, una antigüedad valiosa no era más que un insignificante detalle. Lo que a él le importaba era que, si se confirmaba que el autor de la sustracción había sido un vulgar ladrón, era más que probable que sólo estuviera interesado en lo fungible. En ese caso, el contenido del copón habría sido despreciado y, por consiguiente, se hallaría cerca.

Alentado por estos razonamientos, el hermano Chocarro buscó con ahínco en los rincones contiguos al sagrario; más tarde, en toda la capilla del Santísimo, finalmente en el resto del templo. Revisó cada centímetro de la planta: la cabecera románica, toscamente bella; el sillar de los irregulares pilares; la nave de la epístola y el costado del evangelio y, por último, uno por uno, los modernos bancos de madera que llenaban la nave central. No encontró nada. Consciente de la gravedad de lo que acontecía, iracundo, se echó las manos a la cabeza y comenzó a mesarse los ensortijados y canosos cabellos. Por fin, sin saber qué hacer, corrió hasta la gran talla del Cristo crucificado y cayó de rodillas. Levantó la cara y se topó con la mirada serena del Crucificado, con la nariz afilada y los pómulos hinchados por los golpes, con la cabeza rendida.

—¡Perdona, Señor, ha sido culpa mía! Pero no te preocupes, te...

Mientras pronunciaba esta frase, una fugaz fragancia llenó su nariz. Olfateó el aire, confirmando la primera impresión: olía a perfume, una esencia densa y sensual, con ligeros toques de tabaco y madera. Podía haber sido de cualquier turista que visitara el templo el día anterior, pero entonces el olor se habría dispersado. Su cabeza empezó a funcionar a toda velocidad. Aquel perfume era reciente, por tanto, quien se lo hubiera rociado, estaría en los alrededores. Mantuvo la posición: postrado, plegado sobre sí mismo. Sin embargo, no rezaba; pensaba. Acababa de recorrer el templo de cabo a rabo. Era una iglesia abierta, sin sitios donde ocultarse...

Dio vueltas y más vueltas al problema, hasta que se acordó del lugar...

Bajo el gran templo, en una construcción parcialmente subterránea, existía una amplia cripta que reproducía la estructura superior de ábsides y naves. El lugar gustaba mucho a turistas y curiosos. Las visitas, previo pago, entraban en ella por una puerta situada en el muro exterior de la iglesia; sin embargo, también existía un acceso desde el interior del templo. Casi nunca se empleaba, pero había una tosca y primitiva puerta del siglo XI que comunicaba la nave con la cripta y con un antiguo pasadizo que llevaba directamente al claustro.

Corrió hacia ella. Cuando estuvo cerca, le pareció notar una respiración jadeante. Se detuvo, ocultándose tras una columna con el cuerpo tenso. En cuanto apareciera aquel sinvergüenza, le propinaría un buen derechazo. Aunque fuera todo un demonio, Chocarro estaba seguro de que no sería inmune a su juego de muñeca. Pero no apareció. Tras esperar unos instantes, finalmente continuó su marcha hasta la puerta.

La empujó, pero estaba cerrada. Nervioso, buscó en su manajo de llaves la correspondiente a aquel acceso. Tardó en encontrarla, porque rara vez los monjes empleaban ese camino; no obstante, una vez en la cerradura, bastó una pequeña presión para que la hoja cediera.

Bajó sigilosamente las tortuosas escaleras, apoyando la espalda en el muro de piedra. La posición le permitía mantener libres los puños para enfrentarse, si era menester, a una embestida del intruso, pero, sobre todo, le confería seguridad, porque los peldaños eran toscos e irregulares y la posibilidad de tropezar y bajar rodando, mayor. Cuando llegó al final de la escalera y pisó terreno firme, se detuvo unos segundos. Imperaba el silencio. Los ventanales abiertos en los ábsides y las angostas troneras insuflaban sobre la milenaria planta cuadrada rastros luminosos, los suficientes para que Chocarro atisbara los rincones del curioso hipogeo.

Ideada para salvar el desnivel del terreno y soportar el colosal peso de la cabecera de la iglesia superior, la cripta acumulaba ingentes masas de piedra, como un primitivo bosque de columnas, pilastras e inmensos capiteles. Sobre los árboles de piedra, lucía un cielo de bóvedas de cañón. Siempre apoyándose en los muros, el sacristán la recorrió.

Mantuvo la cabeza gacha y la espalda inclinada. Aunque era difícil golpearse con las arcadas, la escasa altura de los fustes, en relación con las dimensiones de

los capiteles, producía una agobiante sensación de claustrofobia.

Se paseó por la ruda nave, subdividida en otras más pequeñas por los grandes pilares cruciformes, husmeando en busca de rastros del perfume. Pero allí sólo olía a polvo y a tiempo. Fuera quien fuera el intruso, hombre o demonio, no había pasado por allí... Entonces cayó en la cuenta, se incorporó bruscamente y chocó con la frente en uno de los arcos del ábside meridional.

—¡Seré estúpido! —chilló, llevándose la mano a la cabeza—. ¡He dejado la sacristía abierta, le he dejado huir!

Abandonó el subterráneo como una exhalación, moviendo desaforadamente los brazos. Al culminar la ascensión, corrió a la sacristía; empujó la hoja hacia dentro e irrumpió ansioso en la estancia: un tumulto de aromas ahumados — tabaco, cuero y madera quemada— le abofeteó el rostro. El olor lo impregnaba todo: los cálices y casullas, los ostensorios y reliquias, el aguamanil de piedra, los arcos y las bóvedas.

Chocarro sintió una profunda rabia. Con el puño, golpeó una y otra vez el enorme armario de roble que contenía los ornamentos —casullas, amitos y cíngulos, capas pluviales y estolas— y ocupaba todo el ancho de la pared lateral. Como una extraña firma, rubricada con sangre, sus nudillos quedaron marcados en la madera.

No sabía qué debía hacer. Comprendía que era necesario perseguir al intruso y recuperar a su Señor, pero ¿qué camino habría seguido? El ladrón había atravesado la sacristía y entrado en la clausura y ésta era muy amplia: estaba dividida en dos plantas alrededor del claustro y contaba con muchas estancias auxiliares. El falsario podía haber huido por la zona de cocinas, salir por la portería, u ocultarse en la biblioteca o el refectorio. Además, el cenobio contaba con una hospedería monástica: siempre había hombres del mundo exterior que pasaban unos días conviviendo con los monjes y compartiendo con ellos oraciones y culto. Podía ocultarse en cualquiera de esas celdas...

Mientras pensaba en el mejor camino a tomar, la ola de furia bajó y le invadió una infinita soledad. Se envolvió la mano ensangrentada con su pañuelo y, de hinojos, pidió perdón a Dios por aquel ataque de ira. Hacía tantos años que no padecía uno, que volver a caer en el antiguo defecto le recordó su condición pecadora. Entonces, lo vio todo más claro: él era una pobre criatura incapaz de hacer algo a derechas; iría a la cabeza. Se incorporó de un salto y salió a la

carrera en busca del responsable del monasterio. Las luces del templo quedaron encendidas; el libro del oficio divino, fuera del atril, abierto por la página equivocada; nuevamente el obispo de Hipona tomaba la delantera a los *Hechos de los Apóstoles* y a la conversión de san Pablo.

El gran templo milenario volvió a quedarse desierto, triste y silencioso.



### III

Condujo el Land Rover hasta un camino forestal de difícil acceso situado en Lumbier, a los pies de la sierra de Leyre, distante sólo unos kilómetros del punto de origen; allí, semioculto por la hojarasca, le aguardaba el coche que había alquilado para la ocasión. Las primeras luces asaltaban la noche con sus cimitarras blancas, pero en aquel paraje la fronda era especialmente espesa.

Bajó del vehículo, abrió la puerta trasera y verificó que su víctima siguiera aletargada. Lo estaría bastante tiempo más: había empleado una dosis muy elevada de anestésico teniendo en cuenta el peso del sujeto. No había sido su propósito; en realidad, se trataba de una mala pasada de su memoria. Los antiguos recuerdos le habían devuelto la estampa de un monje más alto y mucho más grueso. Pero, claro, desde la última vez que se habían visto, el reloj había corrido diez años... En el funeral de su madre; allí había sido. Una punzada de dolor recorrió su cuerpo y las lágrimas acudieron en tropel sin ser convocadas. Se dominó enseguida; no podía perder el tiempo dejando que anidaran en él sentimentalismos inútiles, tenía cosas urgentes que hacer.

Sacó las llaves de su propio vehículo y abrió el maletero. Un hábito marrón de la orden benedictina, perfectamente doblado, reposaba envuelto en unos plásticos transparentes, decorados con el nombre de una tintorería en chillones tonos amarillos.

Lo miró detenidamente, con el interés de quien contempla un hermoso Matisse por primera y última vez. Levantó el plástico y acarició la tela; no la recordaba tan burda. Tomó el cingulo entre sus manos y lo revisó de extremo a extremo. Suspiró, al tiempo que sacaba el hábito y lo depositaba en el asiento de atrás. No quería que el peso del abad lo arrugara. Después, volvió al Land Rover y cargó con el cuerpo de su enemigo.

Al desembarazarse por fin de él, tras depositarlo en el maletero de su propio coche, sentía en la sien un doloroso latido. Con el tiempo, el abad se había convertido en un hombre pequeño y consumido, pero aun así pesaba mucho para transportarlo como un peso muerto. Lo peor no había sido sacarle del Land Rover, sino izarle. Conducía un vehículo todoterreno; como todos los de su clase, poseía una considerable altura de brecha.

Jadeando, se detuvo para contemplarle. Al verle dormido pacíficamente, dudó de si su acción le permitiría culminar sus propósitos de venganza. Deseaba contemplar el comportamiento del abad en el momento crucial. Esperaba que fuera patético, plagado de fantasmas de cuencas vacías. Había soñado verle rogar, como cualquier hombre corriente situado a la fuerza al borde de la muerte. Pero, al advertir su halo, le acecharon las dudas.

El abad Urrutia siempre había gozado de un singular signo de paz en el rostro y quienes le oían olvidaban de inmediato su nariz aguileña, su pequeña estatura y sus insulsos ojos. Sólo percibían lo que de él irradiaba: sosiego, alegría, paz.

La rabia le invadió. Sacó de nuevo la cinta aislante, cortó un generoso fragmento y amordazó a su víctima. Luego le propinó una fuerte bofetada. El abad no se movió.

—¡Hijo de puta! —musitó en voz baja, aunque estaba a considerable distancia de cualquier lugar habitado.

Se despojó del jersey negro de cuello alto y de la capucha, que había quedado arrebujaada en su cuello; con ella tapó el rostro de su víctima, no quería verlo. Los guantes no se movieron de sus manos. La camiseta blanca que llevaba debajo se ceñía a su cuerpo sudoroso, mostrando unos músculos bien formados por muchas horas de esforzado ejercicio. Bajó el capó, cerró con llave y finalmente subió a su vehículo. Dos gatos siameses dormían sobre una cesta, colocada en la parte baja del asiento del copiloto. Cogió a uno de ellos con cariño y le acarició el lomo, extendiendo el movimiento desde la cabeza hasta la cola. El animal se arqueó al recibir la conocida caricia de su amo.

—Tú lo harás, ¿verdad, gatita?, y nuestra será la venganza.

El felino maulló, demandando más caricias, pero fue nuevamente depositado en la cesta. Se hizo un ocho y volvió a sumergirse en su pacífico letargo.

Tras el ronroneo del motor diesel que había conducido, los 300 caballos de

su vehículo sonaron a música celestial. Sonrió. Por teléfono, el agente de la compañía de alquiler le había tratado de convencer de que eligiera un Mercedes diesel, de menor consumo. Se había negado en redondo: ¿quién podía preferir un diesel?

Metió la marcha atrás; soltó suavemente el embrague y apretó al mismo tiempo el acelerador. Cuando llevaba recorridos escasamente cien metros, frenó en seco. ¡Qué torpeza! Tiró con rabia del freno de mano y bajó del vehículo. Corrió hasta el Land Rover. Debía recoger el pergamino; con la excitación del momento, lo había olvidado. No lo encontró. Se agachó y buscó bajo el asiento, debía de haberse caído por segunda vez. El pergamino no estaba. Lo comprobó nuevamente; mientras lo hacía, se acordó de que antes de llegar se lo había metido en el bolsillo. Sí, efectivamente estaba allí.

Todo estaba en orden.

Comenzaba a levantarse el día. Su plan funcionaba a la perfección y, no obstante, se extrañó de seguir embargado por la ira. No importaba; estaba dispuesto a disfrutar de su venganza aunque resultara dolorosa. Era ya imposible volver atrás.

Desde luego, se tenía por bastante egoísta y algo egocéntrico, pero su orgullo no era suficiente motivo para matar. Claro que las últimas noticias le habían afectado profundamente, pero sabía que, antes o después, las garras de Satán habrían de alcanzarlo; por ello, las nuevas sólo habían jugado el rol de aceleradores del proceso.

No lo hacía por sí mismo, sino por ella. Se lo debía; y ella estaba por encima de todo, incluso del mismo Dios.

## IV

Fermín Chocarro era un hombre físicamente rudo, como los sillares de la iglesia abacial, los antiguos capiteles, rústicos en motivo y trazo, como los números enteros. Pero, en armonía con la magnificencia del conjunto, el fraile sacristán era un monje de profundo amor, con la delicadeza y el primor de los números decimales. Cuando abandonó la sacristía y cruzó la puerta de acceso a la clausura, subió los largos tramos de escaleras, lloraba igual que un niño asustado que acabara de perder a su padre en un absurdo accidente.

Quedaban veinte minutos escasos para las seis de la mañana, hora fijada para el rezo de vigiliias. Ajenos a los luctuosos acontecimientos acaecidos a pocos metros de allí, el resto de los monjes que conformaba la comunidad benedictina de Leyre concluía su aseo matutino y se preparaba en silencio para acudir al templo. Al escuchar los gemidos y lamentos que emitía el hermano Chocarro, algunos monjes salieron de sus celdas y contemplaron la escena. Observaron cómo el corpulento sacristán atravesaba precipitadamente el corredor, vociferando suplicante el nombre del abad. Los más jóvenes, que residían en el sobreclaustro, asomaron sus imberbes mejillas por el pasamanos de piedra de la escalera para averiguar el motivo de aquél estruendo. Para aquellos humildes oídos empeñados en el silencio, el barullo resultaba atronador.

La mayoría de los miembros de la congregación contempló con estupefacción el extraño comportamiento del hermano Chocarro, que, por otro lado, era un fraile modelo, pero no hizo nada al respecto. El grueso de los frailes se limitó a mostrar con gestos su profundo disgusto por aquella violación del protocolo señalado por la santa regla. Sin embargo, no todo el viaje del sacristán hasta su destino fue tan ligero. Plantado en medio del corredor, sobre la estrecha alfombra roja que lo recorría, le aguardaba el padre Francisco.

El padre Francisco parecía un humilde fraile de provincias de dulce carácter y fácil sonrisa. Su físico, achaparrado y rechoncho, su incipiente calvicie y sus redondas gafas de aumento engañaban a primera vista, pero no a segunda. Era el maestro de novicios y por sus venas corría sangre militar.

Reputado crítico de los alborotadores, creía en su sagrado deber de velar por el mantenimiento del silencio en el monasterio. Naturalmente, no estaba dispuesto a permitir que los monjes mayores en la vocación diesen mal ejemplo a los más jóvenes. Por eso, cuando vio al sacristán a la carrera, cuyas flojas carnes temblaban por la velocidad, le atajó.

Sin levantar la voz, el maestro de novicios reprendió al sacristán con palabras suaves y duro gesto, evitando en todo momento enfilar sus gruesas gafas hacia sus ojos. Al oír sus palabras, impelido por su voto de obediencia, el angustiado monje se detuvo unos instantes. Con la mirada fija en sus sandalias, intentó entender las palabras que emitía aquella docta garganta. Pero mientras el padre Francisco recordaba que un discípulo de san Benito no debe chillar, ni llorar, ni mostrarse ante la comunidad con palabras y expresiones ociosas, el sacristán pensaba exclusivamente en el robo sacrílego. Por ello, tras pasarse dos y tres veces los gruesos dedos por sus plateados rizos, decidió seguir su marcha y no dejarse amedrentar por quien desconocía los hechos. Una vez tomada la decisión, ponerla en práctica no le causó ningún problema: dejó al padre Francisco con las manos ocultas en las entretelas del hábito y el rostro marcado por la estupefacción y se dio a la fuga, abriéndose paso hasta el final del corredor, donde se encontraba la celda del abad, la máxima autoridad del cenobio.

Chocarro continuaba temblando cuando tocó la puerta. Sentía un profundo cansancio que su encontronazo con el maestro de novicios no había hecho más que acrecentar. Aun así, llamó con fuerza; tres veces consecutivas, primero con los nudillos, luego con todo el puño. En ninguna de las ocasiones, su toque recibió respuesta.

—Padre abad, ¿está usted ahí? —indagó procurando que su voz no transparentara la desesperación que sentía—. ¡Necesito hablar con vuestra eminencia urgentemente! ¡Por favor, ha ocurrido algo terrible!

Sus palabras hendieron el aire sin resultado. El hermano Chocarro dudó unos instantes. Luego, pronunció en voz más alta:

—¡Padre abad, es importante que le cuente algo! ¡Salga, por favor, se lo ruego!

Nuevamente tuvo el silencio por respuesta. Miró hacia atrás, dos jóvenes monjes le observaban a distancia, moviendo la cabeza en clara señal de desaprobación.

«¿Qué debo hacer, Dios mío?», reflexionó.

Aunque el abad tenía la condición de padre y ayudaba y exhortaba a los monjes como a hijos, su labor de gobierno le granjeaba unánime respeto y veneración. Por ello, la actitud de aporrear su puerta resultaba completamente inapropiada. En otras circunstancias, el hermano Chocarro no se habría atrevido a llamar a la celda de su superior ni, por supuesto, a dejar con la palabra en la boca al padre Francisco. Pero ésta era una incidencia del todo singular.

«Al fin y al cabo —juzgó el sacristán—, el abad representa a Cristo, a quien nos debemos ambos. Y Él ha desaparecido».

Animado por este pensamiento, abrió la puerta. Era la primera vez, en los quince años que llevaba en el monasterio, que traspasaba aquel umbral.

El lugar no le resultó extraño; respiraba la tranquila vulgaridad que se espera de una celda. En realidad, se asemejaba bastante a la suya: era pequeña y fría, encalada en aquel immaculado color blanco. Sin embargo, a diferencia de las habitaciones que ocupaban los frailes ordinarios, el abad disponía de ciertos juro que amagaban la rigidez, que conferían a la estancia un sabor hogareño: unas bonitas cortinas anaranjadas cubrían el ventanal; había una librería repleta de textos y algunos cuadros pendían de la pared lateral. Como todas las habitaciones del monasterio, aquélla centraba el ambiente en un crucifijo colgado de la pared, bajo el cual reposaba un reclinatorio. Tapizado en terciopelo verde, la tela aparecía muy gastada por el uso. El crucifijo apoyado en el muro, no era, como el del sacristán, una reproducción barata en madera estucada, sino una preciosa pieza antigua, tallada en marfil.

En apariencia, la celda estaba vacía. Cuando, por fin, el hermano Chocarro se decidió a husmear en el interior, encontró la cama arreglada y la silla junto al escritorio, en su sitio natural; los armarios, cerrados; los postigos de la ventana, entornados. En aquel conjunto, sólo desentonaba un elemento: el ejemplar de La regla de San Benito perteneciente al abad. Bellamente encuadernado en piel, estaba tirado en el suelo, junto al reclinatorio, abierto de cualquier manera, bajo

la atenta mirada del crucifijo.

Fermín Chocarro lo miró de soslayo, y, sin poder contenerse, exclamó:

—¡La regla por el suelo! ¿Qué más puede ocurrir hoy, Señor?

Sacó un pañuelo y se sonó la nariz, rompiendo a llorar de nuevo. En plena crisis de llanto, una huesuda mano se posó en su espalda, y el familiar saludo llenó sus oídos.

—¡La paz sea contigo, hermano Chocarro!

Atraído por la voz y la presión mantenida, el sacristán se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el padre Ignacio, el rector, segundo cargo en rango del monasterio. Su aspecto era bastante distinto al del maestro de novicios. Tenía unos bellos ojos juveniles, parcialmente ocultos bajo unos cristales redondos sin montura, y llevaba el cabello demasiado largo y descuidado. Pero la autoridad de su voz era innegable.

El fraile respondió de inmediato, pero no como el rector esperaba. Por el contrario, le dijo a bocajarro:

—Padre rector, ¡no está!

Había perdido ya toda la vergüenza.

—Ya lo veo —constató el rector, que no alcanzó a disimular un gesto de desaprobación—. Es más que probable que quien busca se encuentre ya en el templo. Quedan pocos minutos para las seis... Además, hermano, ha de considerar que resulta inusual entrar de esta manera en la celda de nuestro venerado superior.

—¡Lo sé, y lo siento profundamente, padre! Quizá deba ser reprendido por ello. Aunque entiendo que hay motivos de fuerza mayor, admitiré el castigo que me imponga. ¡Pero tiene que comprender, padre Ignacio, que, al notar su ausencia, he perdido la razón! En estos tiempos tan perturbados, en los que acontecen cosas terribles... ¿dónde puede encontrarse, quién puede habérselo llevado? ¿Lo sabe usted?

—Cálmese, hermano Chocarro, por favor. El padre abad es un hombre docto y santo, y sabe perfectamente lo que hace. Estoy seguro de que no le ha ocurrido nada destacable. En breve, podrá usted verle en el coro, impartiendo a sus hijos la bendición y recitando salmos con su bella voz de...

El sacristán le interrumpió. Quedaba claro que sus mentes no estaban en sintonía.

—¡Perdóneme, padre Ignacio, estoy bastante nervioso! Como bien sabe, cuando pierdo la paz, no me expreso convenientemente, por eso no me ha entendido.

—De acuerdo, hermano, tranquilícese... Respire con calma. Cuando se haya serenado, infórmeme de lo que, al parecer, ignoro.

Chocarro dejó que su amplio estómago subiera y bajara varias veces como reflejo del movimiento de su tórax. Aquello no le sirvió para nada: su nerviosismo persistió y la pérdida de aquel valioso tiempo le exasperó aún más. No obstante, acostumbrado a obedecer, no rechistó. Si aquella tontería servía para que el padre Ignacio le prestara atención, poco importaba.

—Bien, ahora que se ha calmado, hermano, me puede contar qué ocurre.

—Padre rector, debo informarle de que no es el abad quien falta, aunque también, porque no me he topado con él por el corredor y éste es el único pasillo que conduce al templo... ¡Quien realmente ha desaparecido es el Señor!

—¿El Señor? ¿Se refiere usted al sagrario?

—En efecto, padre rector. ¡Ha desaparecido! Cuando he llegado a la capilla del Santísimo, lo he encontrado abierto y vacío. Eso es lo que quería comunicar al abad, que el sagrario había sido profanado. Por eso me he extralimitado.

—¡Profanación! —exclamó el rector. Nunca pensó que llegarían horas tan sombrías en las que esa palabra se escuchara en el monasterio—. ¿Está usted seguro?

—Sí, padre. He mirado por todos los lados. ¡Créame, he recorrido cada centímetro del templo! Incluso he bajado a la cripta. ¿Quién puede habérselo llevado? ¡Dios mío, el Señor sacramentado extraviado!

—¿El sagrario? ¡Por favor, el sagrario no! —Tras oír esa palabra, el rector había dejado de escuchar el resto del mensaje—. ¡Acaban de traer la caja reparada! Lo han recubierto de oro de nuevo y lo han limpiado y pulido, han restaurado las esculturas de los ángeles que lo adornan. ¡Los trabajos de recuperación han costado muchísimo dinero, una fortuna! —protestó, perdiendo la compostura—. ¡Hermano Chocarro, forma parte de su responsabilidad como sacristán que los instrumentos del oficio no se deterioren! ¡Y menos, si acaban de ser traídos del taller del orfebre y la factura se ha comido la mitad de nuestro presupuesto! ¿Es que no puede usted hacer nada bien? ¡El jueves se confunde y releemos el mismo texto de san Agustín, ayer cambia el color de las casullas



(rojo sangre para celebrar a san Antonio de Padua, muerto en su cama), hoy estropea el sagrario! ¡Por Dios, tenemos demasiada paciencia con usted para...! —El rector respiró hondo, al notar que se le encendía el ánimo. Ya más calmado, concluyó—: Como bien sabe, hermano, la Santa Regla es muy estricta en relación al cuidado de los útiles destinados al culto...

—Padre rector —contestó humildemente el sacristán, los ojos bajos, las manos ocultas tras la capelina marrón—, me conoce desde hace muchos años; sabe que si hubiera sido yo el culpable de este incidente, se lo expondría con toda sinceridad, aprestándome a cumplir el justo castigo que quisiese imponerme. Pero no tengo nada que ver con estos hechos —aclaró compungido—. Además, el sagrario del templo no ha sufrido ningún daño; está, como estaba ayer. Tampoco ninguno de los instrumentos sagrados que guarda la sacristía se ha estropeado. Todos, que yo sepa, están intactos. ¡Ha sido el Señor quien ha sido sustraído!

—¿Sustraído? ¿El Señor?

—Sí, eso es lo que trato de decirle desde hace rato, pero usted, preocupado por el oro y la plata, no me escucha: lo que realmente ha sucedido es que han robado a mi Señor sacramentado. ¡Ante mis propias narices!

Chocarro prorrumpió nuevamente en sollozos. El rector contempló en silencio al monje. Pese a las circunstancias, sonrió. Como en la gran mayoría de las abadías diseminadas por el ancho mundo, en el monasterio de Leyre convivían dos categorías distintas de hermanos. La primera —a quien sus opuestos llamaban cariñosamente seráficos— había sido felizmente aleccionada en el amor y, en su nombre, seguía con fidelidad las órdenes del gran Señor desarrolladas en La regla de San Benito. Los hermanos seráficos no gustaban de salir de la clausura y no deseaban acercarse nuevamente al mundo tras abandonarlo. El hermano sacristán pertenecía a ese segmento: en su gran humanidad, habitaba un alma de niño que no aspiraba a otra cosa que al abrazo amoroso del Padre. Al observar su angustia ante el robo sacrílego, el padre rector creyó ver representada la escena de María Magdalena, rogando al jardinero que le devolviera el cadáver de *su* Cristo. Ese gesto y el dolor de su impotencia le hicieron sonreír y hasta le emocionaron, aunque sólo unos instantes.

El padre rector era un hombre práctico. Su alma contemplativa tendía a la virtuosa perfección, pero era lo suficientemente perspicaz para darse cuenta de

que esa disposición debía medirse mucho más a largo plazo que a corto. Mientras el cielo se acercaba, su alejamiento de las reglas del mundo no podía ser absoluto. En su condición de rector, debía participar tanto del carácter activo de Marta como de la beatitud de María.

—Hermano Chocarro —dijo con suavidad. Su voz era fina, hermosa, casi femenina—. Le ruego que me acompañe a la iglesia, y me muestre in situ lo que acaba de contarme, por favor... —concluyó, extendiendo la mano ante el sorprendido Chocarro.

El hermano Chocarro obedeció sin rechistar. Disimulando a duras penas las lágrimas y el hipo, siguió la estela de su superior a un paso de distancia, respetuosamente; tuvo que pararse varias veces, pues los andares del padre rector le obligaban a frenar su marcha. El resto de los monjes, en las puertas de sus respectivas celdas o en el pasillo, observaban la escena.

La noche iba de retirada cuando entraron en la sacristía. El padre rector notó de inmediato los daños sufridos por la puerta lateral del armario. Se acercó a ella y comprobó que se abría sin dificultad. Luego giró sobre sí mismo para enfrentarse al sacristán. Detuvo sus ojos en la mano ensangrentada, tapada por el pañuelo, y dijo:

—¿Son sus nudillos los que han producido ese relieve, padre Chocarro?

—Me temo que sí, padre rector. Lo siento infinitamente...

—Habrá de confesarse de ese nuevo ataque de furia, hermano. Jesucristo nos enseñó mansedumbre y paciencia.

Chocarro no contestó. Ambos sabían que no hacía ninguna falta. Ése era su gran defecto, dejarse llevar por los enfados repentinos; unido a su enorme fuerza, causaba estragos como el que contemplaban.

En silencio, cruzaron la puerta y entraron en el templo por el ábside. A aquella hora, las migas de luz que tanto gustaban al hermano Chocarro se habían convertido en juguetones rayos que mostraban al visitante el espectacular conjunto de piedra y mármol. Con aquella luz luminosa en las capillas laterales y la potencia de los focos en la nave central, la iniquidad fue más evidente.

—Hermano —susurró el rector, estupefacto, al contemplar abierto el sagrario —, escuche bien mi pregunta antes de responder, por favor. Dígame: ¿se ha encontrado esto tal y como está ahora?

—Así estaba, exactamente así. Vine temprano, como de costumbre. Entré sin

dar la luz, pero noté enseguida algo extraño. No sé, como una presencia. Al principio, no supe qué era. Pronto me di cuenta de que la lamparilla del Santísimo no ardía. Era nueva, colocada por mí la noche anterior... Me acerqué; la verja estaba abierta; entré y vi lo que pasaba, la vela había sido apagada y partida en dos. Más tarde, he notado que la puerta del sagrario estaba abierta; eché un vistazo y percibí el interior... pero no toqué nada.

—¿Una presencia? ¿Quiere decir que había alguien aquí dentro?

—Eso me pareció, sentí el aire viciado y un extraño olor, pero inmediatamente revisé el templo de cabo a rabo, y no encontré a nadie. Sin embargo, percibí...

—¿Percibió? ¿Qué percibió? —inquino el rector, tratando de presionar al fraile.

—No lo sé, en realidad. Sólo puedo decirle que había algo extraño, un olor penetrante, como de perfume, una presencia inexplicable...

—¿Un olor penetrante? ¡Yo no huelo nada! —protestó.

—Ahora yo tampoco, pero entonces el aire estaba impregnado de un aroma dulzón. No sé... En realidad, era... Más bien era...

—¡Continúe, por favor!

—En fin, me pareció que era, que podía ser una... presencia espiritual... pese a la colonia. Como si una maldad se hubiera apoderado del sitio. Bajé a la cripta, pensando que pudiera haberse ocultado allí.

—¿Una maldad?...

—Sí, padre, sé que suena muy extraño, pero eso es lo que sentí.

—Ya entiendo, otro de sus sueños proféticos —afirmó con tono de burla—. Hermano Chocarro, cuando vino esta mañana para disponer las cosas del culto, ¿cerró el portón que comunica la clausura con el templo?

—No, con llave no. Pensé que, quedando tan pocos minutos para el rezo del oficio, no merecía la pena. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado...

—Es decir, que esa «presencia» pudo esconderse de usted, atravesar la sacristía y salir por ahí en dirección al claustro —cortó el rector, tajante.

—Me temo que eso es exactamente lo que ha ocurrido, padre Ignacio. El rastro de perfume le siguió... En la sacristía era muy profundo...

—Gracias por la información —concluyó el rector, y pareció encerrarse en profundas reflexiones acerca del misterio. Finalmente, levantó el rostro y,

dirigiéndose al sacristán, dijo—: Hermano Chocarro: de momento, cerraré la puerta del sagrario e iré en busca del padre abad. Salvo que él disponga otra cosa, rezaremos vigiliyas y laudes como está previsto en el horario y en el preciso momento en que está indicado. Tras el desayuno, se reunirá el Consejo. No tengo que decirle que debemos evitar comentarios acerca de este asunto que pudieran asustar a algunos de nuestros hermanos menores o a los enfermos e impresionables.

—Como usted ordene, padre rector —respondió el sacristán humildemente—; sin embargo, también he buscado al padre abad y no lo he hallado.

—No se inquiete, estará cerca. Por otro lado, hermano Chocarro, será necesario preparar otro copón y disponer formas suficientes para poder volver a colocar al Señor en el sagrario y que sea adorado por los fieles que lo deseen. ¿Se ocupará usted?

—Por supuesto que lo haré —se ofreció el conmovido monje.

—¿Está seguro de encontrarse con fuerza? Otro hermano puede relevarle en esa tarea.

—No estoy seguro de tener suficiente fortaleza, pero sé que nos viene de arriba. Él será fuerte por mí. La comunidad se extrañaría si otro hermano llevara a cabo mis labores.

Nuevamente las lágrimas tomaban sus ojos.

—De acuerdo, como desee. Cerraré el sagrario.

Al acercar su mano izquierda al tabernáculo, el rector notó que la cadena de oro con la pequeña llave que se empleaba para ese menester no colgaba de la cerradura. El sagrario era habitualmente custodiado bajo llave para evitar profanaciones como la que contemplaban.

—¿Ha cogido usted la llave?

—No, padre rector. Yo tengo la mía —dijo sacándola de su bolsillo y mostrándosela—; ha estado aquí desde *completas* de ayer. Quien haya abierto el sagrario, desde luego no lo ha hecho con mi llave.

—Pues la única copia que existe es la del padre abad —expresó el rector extrañado—, y no parece que haya sido forzado. Si usted tiene su llave a buen recaudo, entonces... En fin, comprendo —afirmó el rector, aunque en realidad, no comprendía absolutamente nada de lo que ocurría—, vaya a preparar lo necesario. ¡Dése prisa, quedan sólo cinco minutos! Y cúrese esa mano, por favor.

## V

*Ermita de San Andión, Mendigorria, Navarra*

*Amanecer del viernes, 11 de junio*

Despertó estornudando desaforadamente. Estaba atontado. Pese a la resaca, se dio cuenta de que el lugar estaba cubierto por una fina capa de polvo. Seguro que había polen suspendido en el aire. Por eso tenía los ojos irritados y llorosos y de su nariz manaba un líquido acuoso. Entre neblinas, hizo memoria; retenía nítida su salida precipitada del monasterio tras encontrar la nota de rescate; mucho más vagamente, recordaba haber cogido las llaves y haberse montado en el vehículo propiedad del monasterio. No obstante, seguía viendo la imagen de unos fríos ojos verdes, retándole desde la negrura. No sabía qué pasaba ni qué hacía en aquel húmedo recinto.

El lugar estaba en penumbra; sin duda se trataba de una ermita o algún recinto religioso. Al fondo, alcanzaba a ver un retablo policromado bien conservado. El pan de oro brillaba bajo el influjo de dos cabos de vela encendidos, erguidos sobre el altar. Había muchos bancos, pero él estaba sentado en el suelo, apoyado en un muro de piedra.

Pronto se inició la procesión de síntomas que tan bien conocía: los silbidos en el pecho y, casi de inmediato, el ahogo. Cuando comenzó a faltarle angustiosamente el aliento, trató de incorporarse. Entonces percibió que tenía atados manos y pies con lo que le pareció una cinta adhesiva.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó entre jadeos—. ¡Por Dios, necesito mi inhalador! Padezco un asma muy severa; soy alérgico al polvo y... a casi todo.

Nadie contestó. Trató de calmarse, pero la disnea aumentaba rápidamente.

—¡Por favor! —susurró sollozando.

Las lágrimas comenzaron a manar.

Algo se movió al fondo, haciendo renacer su esperanza.

—¡Bendito sea Dios, estáis ahí! Por favor, escuchadme: soy Pello Urrutia, abad del monasterio benedictino de Leyre, y necesito ayuda —consiguió pronunciar.

Tenía los labios cianóticos y su corazón cabalgaba deprisa. Sin embargo, poco a poco su mente iba despejándose. Recordó el hábito marrón y la enorme capucha tapando el rostro de su interlocutor.

—¡Hermano, ayudadme, por favor! Necesito urgentemente vuestro auxilio —suplicó, fiado de que aquellas vestes cobijaban a un fraile de su orden.

Respondiendo a la llamada, la figura se acercó muy despacio. Desde su posición, al fraile tendido en el suelo, la estampa le pareció gigante, casi majestuosa. Al llegar a la altura del anciano, sin pronunciar palabra, la imagen se inclinó ligeramente. A cámara lenta bajó los brazos, depositando sobre el regazo del clérigo los dos gatos persas que sostenía. Como el resto de su cuerpo, sus manos estaban cubiertas, esta vez por guantes de látex.

—¡Gatos! ¡Dios mío, gatos no! ¡Hermano, recogedlos, os lo ruego, soy alérgico a los gatos!

La esbelta figura se incorporó muy despacio, y sin decir nada, anduvo unos pasos hacia el altar, se volvió, y permaneció contemplando a su presa; satisfecho, aunque no feliz. En ningún momento dudó; no hubo ni la más ligera sombra de arrepentimiento. Para el condenado, la sensación de muerte fue corta. Tuvo la suerte de que una profunda somnolencia, provocada por la abundancia de anhídrido carbónico en sangre, alteró su estado de conciencia.

En un corto intervalo de tiempo, la piel del abad adquirió un tono intensamente azulado; la boca, que había permanecido anhelante, se relajó hasta casi sonreír. Cuando la nariz del prelado se afilaba del modo que lo hacen los perfiles de los moribundos, su rostro comenzó a irradiar una serenidad completa.

Su asesino se acercó a él, con el pequeño instrumento en la mano. Ya había expirado y no pudo dejar de admirarse por la forma de su muerte. La había previsto rabiosa, colérica, suplicante, pero se había equivocado.

Observó durante largo tiempo a su víctima. Luego, tomó su mano y optó por el índice de la mano derecha. Lo introdujo por el orificio, y apretó simultáneamente ambos extremos. Las dos cuchillas se movieron al unísono,

pero el dedo no se desprendió. El aparato estaba ideado para cigarros puros, no para dedos. Volvió a repetir la operación una segunda vez y, luego, una tercera; por fin, la pieza cayó a sus pies.

Cogió el apéndice sanguinolento y lo depositó en una bolsa de plástico, y ésta y el enorme cortapuros, en otra de mayores dimensiones. Finalmente, con voz suave llamó a los gatos que correteaban por la ermita. Con inmensa ternura los abrazó y abandonó el lugar con ellos en brazos.

Antes de montar en su vehículo, cerró la puerta con un candado corriente que él mismo había adquirido en una ferretería madrileña en un momento de enorme afluencia de público, y colgó en la puerta el letrero que había preparado.

El cartel rezaba:

*Gobierno de Navarra, Consejería de Medio Ambiente.*

*Tratamiento antipolilla.*

*Prohibido el paso. Producto con vapores tóxicos.*

## VI

*Leyre, Navarra*

*Mañana del viernes, 11 de junio*

En procesión, sin más ruido que el siseo de la marcha, la treintena de monjes abandonó sus rezos y ocupaciones particulares para tomar el imponente coro. Con la misma firmeza que un día corriente, la vida del monasterio comenzaba su cíclica marcha.

A las seis menos dos minutos, la oruga marrón cruzó la iglesia y se dirigió a una de las capillas laterales. Al punto de acceder a ella, la doble hilera se descompuso, ocupando cada hábito su lugar en el presbiterio. Los monjes permanecieron en pie, en estricto silencio, con la mirada fija en sus libros de salmos. La cabeza gacha; la capucha, expuesta, ocultando vista y pensamiento.

—Abre, Señor, mis labios —la fina voz del padre rector supuso el comienzo del oficio.

—Y mi boca anunciará tus alabanzas —respondió la comunidad al unísono.

Tres veces, los monjes repitieron el verso de entrada, al que seguía con un «Gloria» y la secuencia de los salmos, cantados con sus correspondientes antífonas. Iniciaba el rezo de vigiliias.

Durante el desarrollo del oficio, el hermano Chocarro intentó concentrarse en las preces, pero no lo logró. Aunque ponía todo su empeño, no conseguía alejar de su mente los recientes acontecimientos. Le dolía la mano y, con cada nueva molestia, se le acrecentaba la pena del alma. Entre salmos y antífonas, daba vueltas y más vueltas, sin encontrar una explicación plausible.

La norma prohibía que los monjes levantaran los ojos del libro de oraciones. El sacristán cumplió rigurosamente con el precepto y su cabeza permaneció en



todo momento ligeramente inclinada sobre aquellos pentagramas; aunque, según avanzaban los acordes gregorianos, se sentía más y más nervioso. Sabía que, concluidos los salmos, correspondía al abad, si se encontraba en el monasterio, otorgar la bendición. ¿Habría aparecido ya? ¿Podría ofrecer una explicación aceptable a la ausencia del copón y, sobre todo, de su contenido, tres veces santo?

El sacristán, que estaba convencido de que su superior sabría qué hacer, no tenía la misma certeza respecto al padre rector, segundo de a bordo de aquella nave. Demasiado inquieto por políticas y relaciones exteriores, no le tenía por un buen superior.

Respiró hondo, esperando oír la ansiada voz. Sabía que el abad no estaba de viaje porque, de haber sido así, le habrían indicado reducir el número de estolas para la celebración de la santa misa. Por otro lado, estaba convencido de que tampoco estaba indispuerto pues, en ese caso, por la mañana, cuando había irrumpido en su celda, lo habría encontrado allí. «Aparecerá», quiso convencerse.

El rezo de la antífona concluyó y el silencio se adueñó de la gran nave. Inclinados mirando al suelo, los monjes aguardaban expectantes la bendición. Aunque no alcanzaran a intuir qué ocurría, la mayoría había entrevisto que algo verdaderamente inusual acontecía. Para ese grupo, escuchar la voz paternal del padre abad supondría un notable alivio. Sin embargo, fue el padre rector quien pronunció la bendición final.

Sorprendido, uno de los más jóvenes levantó levemente la cabeza, hurtándola del dominio de la capucha. Al hermano Chocarro no le hizo falta el gesto. La voz del rector acababa de confirmar sus peores presagios. Nuevamente, las lágrimas rodaron por sus mejillas para acabar sobre su barriga, cubierta por su estrecho hábito marrón.

Tras la bendición, todos tomaron de nuevo asiento en sus respectivos escaños. Luego, por turnos, debían acudir al atril para hacer la lectura.

El primer monje comenzó la lectura con exagerada vocalización:

—«¡Oh, Dios, luz de mi corazón y pan de mi alma, fuerza que fecunda mi ser y los senos de mi pensamiento! Yo no te amaba entonces, y me entregaba lejos de ti a fornicarios amores; pues no otra cosa que fornicación es la amistad del mundo lejos de ti...».

El fraile lector se detuvo brevemente, mientras un murmullo de desaprobación se apoderaba de la capilla. Pero el hermano Chocarro ni siquiera fue consciente de que, por tercera vez consecutiva, los monjes escuchaban *Las confesiones* de san Agustín. Durante la primera parte del oficio, el sacristán estuvo haciendo cábalas y asignando probabilidades a las distintas hipótesis que había formulado; acostumbrado al cálculo complejo, llegó a la conclusión de que las desapariciones del abad y de las hostias consagradas estaban irremediablemente relacionadas. En un sitio donde la realidad era domada hasta convertirla en rutina, dos hechos caóticos en una misma jornada debían de estar necesariamente asociados. «El orden dentro del caos», se dijo, recordando las teorías matemáticas que tanto había estudiado cuando vivía en el mundo. Pero ¿cuál era la primera pieza?

«Algo grave, muy grave», suspiró, frunciendo el ceño. Cuando el cantor entonó el último «Gloria» en honor a la Santísima Trinidad, que daba fin al oficio, el hermano Chocarro tenía la certeza de que algún espíritu cargado de malvadas intenciones se había colado en su monasterio con algún inconfesable propósito. «El humo de Satanás», ésa fue la frase que le vino a la mente, sin saber por qué.

Tras el punto final, los monjes abandonaron sus escaños. La oruga marrón se recompuso y, encabezada por el padre rector, salió en silencio de la iglesia abacial que se infiltraba serpentidamente por el muro sur.

Tras aguardar el paso del último monje, el hermano Chocarro tomó en sus manos la vieja llave de forja y cerró la puerta tras de sí. Nuevamente, la vida exterior era expulsada de la comunidad, como siempre...

Como siempre y, sin embargo, ¡qué distinto se le antojaba el día! Un irreal sentimiento de inseguridad se había adueñado de su alma. El fulgor del miedo, basculando hacia una intensa rabia, se agitó en su interior. Con ímpetu se metió el manojito de llaves en el bolsillo. La presión ejercida fue demasiado grande, y rasgó la tela. La súbita visión del hábito desgarrado le devolvió a la tierra. Miró en lontananza.

La oruga se había adelantado. En fila de a dos, los monjes se dirigían prestamente al comedor por el corredor de piedra. Pasaban las ocho de la mañana, y el sol entraba ya sin recato por los ventanales. El día prometía calor intenso. Algunos de los hermanos que debían trabajar en la huerta se alegraron;

siempre eran agradables aquellos estímulos; otros, por el contrario, que consideraban el sol como una maldición que agravaba las penas del campo, se sintieron contrariados. Además era viernes, y tocaba ayuno...

El refectorio del monasterio, amplio y luminoso, estaba dispuesto en pequeñas mesas redondas, cubiertas por impolutos manteles blancos que no llegaban a cubrir sus patas metálicas. Dentro de la sala, el abad disponía de su propia mesa, situada en el mejor lugar, junto al gran ventanal. A ella convidaba a los visitantes ilustres y a algunos monjes. Solían ser hermanos con peso específico en la comunidad, aunque no resultaba raro que invitara también a jóvenes frailes o, incluso, a postulantes, que se sentían muy honrados por la deferencia.

Pero aquel 11 de junio, el amable porte del abad no les acompañó. Durante el desayuno, el almuerzo y la cena, su mesa permaneció vacía.

El hueco en la sala provocó en algunos monjes oscuros vaticinios, si bien nadie mencionó el hecho. Parte de los hermanos pensaron en alguna enfermedad. Los más avisados, también los malpensados, intuyeron que algo traspasaba las fronteras de la normalidad. El razonamiento era aplastante: el comportamiento del sacristán durante las primeras horas del día había sido, al menos, inusual y, no obstante, no había recibido castigo público alguno, como prescribía la regla.

De entre toda la comunidad, probablemente era el hermano Chocarro quien más sufría. Sólo él, junto al padre rector, conocía que el asunto iba mucho más lejos, que llegaba hasta el pórtico del mismo cielo.

Concluido el frugal desayuno —café con leche y pan blanco—, el hermano Chocarro observó al resto de la comunidad. Los veintiocho monjes vestían hábito y sandalias de cuero. Ninguno de ellos llevaba distinción alguna que le separara del resto; sólo el padre abad iba tocado con una cruz pectoral, pero el dignatario mayor del monasterio había desaparecido.

El sacristán se animó levemente, suponiendo que había llegado el momento: el padre rector se levantaría y convocaría a todos los frailes y hermanos a Consejo general. Eso era lo que prescribía la santa regla: siempre que en el monasterio debieran tratarse asuntos de importancia —si eran de ordinaria administración, cabía tomar opinión de los ancianos— el abad debía emplazar a toda la comunidad y exponerles el problema. La decisión final estaba en sus manos, ya que, oído el Consejo, el abad optaba libremente por una u otra

solución, pero, como la sabiduría de san Benito bien expresara, a veces el Señor revela al más joven e inexperto lo que es mejor para el grupo.

El hermano Chocarro estaba convencido de que el asunto era de extrema gravedad; también de que el Consejo, con la ayuda del Espíritu Santo, solucionaría aquel galimatías blasfemo. Juzgó que aquél era un momento óptimo para convocarlo. Sin embargo, el rector se levantó de la mesa sin decir palabra y volvió a presidir la procesión hasta que se deshizo en el pasillo.

Aquella actitud marcó un punto de inflexión en el alma del hermano Chocarro. Había pasado bastante tiempo, y juzgaba que no se había hecho esfuerzo alguno para recuperar a su Señor. Claro que había rezado, quizás, eso sí, con algo de disipación, pero el mismo Jesucristo obró cuando fue necesario. Estaba convencido de que no era bueno quedarse con los brazos cruzados.

Fermín Chocarro era plenamente consciente de su condición: no era más que el fraile sacristán. Pese a disponer de una licenciatura en ciencias exactas ni siquiera estaba ordenado sacerdote. Al profesar, había decidido que el pasado quedaba definitivamente atrás, difuso, como un neperiano suelto. Empezaba para él una vida nueva, una existencia humilde, sencilla, ordinaria, como un minúsculo decimal. Para ello, había buscado siempre los puestos más bajos. Ser sacristán se alzó ante sus ojos como un regalo del cielo: el encargo le permitía permanecer mucho tiempo cerca de su Señor sacramentado, cuidar su casa, prepararle con sus manazas de fraile los instrumentos para venir a la tierra en condiciones. Sin embargo, no era tonto ni torpe, y sabía que el rector no estaba haciendo lo correcto. Y pensaba decírselo...

Chocarro le siguió furtivamente con la mirada, viendo cómo musitaba algunas frases al maestro de novicios, el padre Francisco. Era de suponer que, tras el escándalo matutino, el padre Francisco estuviera pidiendo explicaciones al rector. Comprobó, casi bizqueando, que ambos se dirigían a la sala del capítulo. La duda ensombreció los ojos del hermano sacristán. Sin duda, la estancia estaba vacía, porque el rígido horario estipulaba que tras el desayuno, a las nueve, la oruga debía volver a formarse para acudir a celebrar la santa misa, a la que seguirían trabajo y estudio.

Saltándose todas las normas, pero convencido de la necesidad de aquella violación, el hermano Chocarro les siguió con disimulo. «Me iré cuando compruebe que no hay nada de que preocuparme», dijo para sí, pensando que

hacía lo correcto. Cuando se acercó a la sala capitular, el rector y el encargado de novicios acababan de entrar y echar el cierre a la puerta. Pero, por esta vez, la suerte le sonreía: el padre Francisco estaba algo sordo y el rector se vio obligado a gritar. Esgrimiendo la fe como justificación para lo que iba a hacer, se inclinó y pegó la oreja a la cerradura.

—¿Qué ocurre, padre rector? —dijo atusándose el mentón.

Con el ajetreo de la mañana, el maestro de novicios no había podido afeitarse y una tímida pero incómoda barba iba asomándose con mayor fuerza según pasaban las horas.

—Algo grave, querido Paco —confesó éste, tuteándolo.

Ambos monjes se habían conocido muchos años atrás. Aunque la santa regla prohibía llamar a otro hermano por su nombre de pila, uno y otro despreciaron el precepto.

—Rector... Íñigo, no me tengas en ascuas, ¿qué es eso tan grave? ¿Tiene que ver con el jaleo organizado esta mañana por Chocarro o con la ausencia del abad?

—Tiene que ver con todo eso, Paco. Esta mañana, el padre abad no estaba en su celda. He comprobado que no falta ninguno de sus efectos personales, sin embargo, el Land Rover ha desaparecido. Infiero que ha sido él quien se lo ha llevado, porque falta el juego de llaves que suele guardar en su celda. Al parecer, se ha marchado apresuradamente porque, al salir, ha dejado abierta de par en par la cancela que comunica con el patio.

—¿Y no sabes dónde ha ido?

—No —apostilló el rector.

—Es posible que recibiera alguna mala noticia que le obligara a partir.

—Es posible, pero muy poco probable. En realidad, no creo que abandonara su monasterio de esa manera. Estoy seguro de que, ocurriese lo que ocurriese, me habría avisado antes de partir. Cuando acaece algún suceso extraordinario, me hace partícipe de ello enseguida. No tengo que recordarte que disfrutamos de un abad muy demócrata.

Ambos sonrieron con la ocurrencia, sin dejar de alimentar la conversación.

—Entonces, ¿qué es lo que sospechas?

—Si te digo la verdad, no sé qué pensar.

—No es que yo crea en el modelo seráfico, bien sabes que no, pero admiro a

nuestro abad en lo que merece ser admirado: ama a esta comunidad más que a su propia vida. Por eso estimo que no ha debido de salir voluntariamente del monasterio. No, sin avisar. No, rompiendo la santa regla...

—Como bien dices, el porte y el carácter de nuestro abad no casan bien con este comportamiento, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó el maestro de novicios apesadumbrado.

Los términos en que se expresaba el rector cada vez aparentaban ser más gruesos. Y su superior no daba pábulo a la duda.

—Verás, Paco, es que no te he informado de los demás detalles.

—¿Aún hay más? —preguntó extrañado el maestro de novicios.

—Sí, para nuestra desgracia. Debes saber que, junto al abad, ha desaparecido el Santo Sacramento. Y la llave del sagrario que estaba en la celda de nuestro superior...

—¿Cómo dices? ¿El Santísimo? ¡Eso no es posible, Íñigo! ¡Esto es una clausura, por todos los santos! ¡Es un edificio inexpugnable!

—Esa misma reflexión me he hecho yo. Por eso estamos aquí los dos, hablando en secreto, al margen de la comunidad.

—No consigo seguirte, querido amigo.

—Verás, Paco —el rector frunció el ceño y bajó la voz—, cabe la posibilidad, no demasiado remota, de que haya sido el propio padre abad el que se haya llevado al Señor... Que haya empleado su propia llave para abrir el sagrario y llevarse a Cristo sacramentado.

—¿Cómo puedes sugerir semejante barbaridad? ¿Por qué? ¿Para qué? ¡Sabes tan bien como yo que nuestro abad es lo más parecido a un arcángel! ¡Vive para la eucaristía y por ella! ¿Qué sentido tendría desaparecer con el Santísimo? Fuera de aquí, ambos están desprotegidos...

—Sentido no tiene ninguno, desde luego, pero sabemos que ha ocurrido. Quizás el pobre abad haya perdido la cabeza, como su antepasado Virila, que se pasó tres siglos meditando sin darse cuenta.

—Eso no son más que leyendas de viejas —protestó el padre Francisco.

—Esto no es una leyenda, Paco, sino la realidad. El hermano Chocarro, que es quien ha encontrado el sagrario vacío, me ha dicho que la lámpara votiva estaba apagada y partida en dos, aunque era nueva. Hemos de pensar que quien se haya llevado el Santísimo conocía el rito y sabía que, en su ausencia, el cirio

debía estar apagado.

—No lo sé, quizá tengas razón. He leído que, en ocasiones, el Alzheimer comienza así... ¿Será posible que Urrutia se haya extraviado en su mundo y haya perdido la razón?

—Lo desconozco, Paco, pero sé con certeza lo que van a decir los periódicos, el arzobispado, y hasta las autoridades. Conoces, tan bien como yo, que el terreno en que se asienta el monasterio no es de nuestra propiedad, sino una simple cesión del Gobierno de Navarra: si hay un escándalo, y éste sería sonado, podemos quedarnos sin monasterio... ¡Dales a los políticos una sola excusa y te construirán aquí mismo un parador de turismo!

—¡Hombre, no lo creo! Estoy seguro de que ellos lo comprenderán. Todo esto no es más que un infortunado accidente... Si acaso, una enfermedad mental.

—¡Al tiempo, Paco, al tiempo! —sentenció el rector.

—Entonces, ¿qué propones hacer? En ausencia del padre abad, eres tú quien toma las decisiones. Creo que deberías reunir al Consejo y avisar inmediatamente a Solesmes. La Casa Central tiene que conocer los detalles de esta tragedia y orientar nuestras decisiones. Quizás el gran abad pueda hablar con el arzobispado y con las altas instancias del Gobierno de Navarra.

Un lacónico silencio se apoderó de la sala capitular. Fuera, Chocarro agudizó el oído.

—Tras pensarlo mucho, querido amigo, he decidido no convocar al Consejo; tampoco llamaré a Solesmes. ¿Para qué? ¿En qué podría ayudar que conociera el asunto más gente? ¡Sólo se aumenta el riesgo de que se difunda! Estoy convencido de que podemos arreglarlo nosotros mismos... Si no es así, siempre quedará la posibilidad de avisarles.

—Sí, eso es cierto; quizá, si buscamos en un campo lo suficientemente amplio, podremos localizar al Santísimo o al abad... Tratar de encontrar el coche...

—No me creas insensible, Paco, no lo soy, pero me considero un hombre práctico y me creo llamado a preservar esta existencia monacal. Amo esta vida tanto como tú, pero hemos de admitir que, en este mundo materialista y blasfemo, todos los días hay profanaciones. El Señor sufre esas torturas en mil y un sitios. Solo podemos tratar de darle consuelo con oración y mortificación, desagraviándole con nuestro comportamiento... Nada más.

—Al menos, deberíamos salir en busca del abad.

—¿Cómo? ¿Dónde? El coche tenía el depósito lleno...

El padre Francisco tragó saliva. No estaba de acuerdo con aquella actitud y, por ello, afirmó con gesto suplicante:

—¡Por Dios, Íñigo, no podemos callarnos como si nada hubiera ocurrido!

—Pues eso es lo que vamos a hacer, padre Francisco —concluyó el rector.

Al cambiar el tratamiento y volver a cumplir los preceptos de la regla, el padre rector creyó dar por terminada la discusión, pero no contaba con el hermano Chocarro, que permanecía con su oreja pegada a la mirilla.

Había escuchado íntegramente la conversación. De ella había sacado en claro que lo que importaba a ambos padres era no poner en un brete al monasterio y correr el riesgo de que aquellos acontecimientos llegaran a la opinión pública. Esa actitud era muy loable, pero no correspondía a su cargo ni a su dignidad. Ellos razonaban como hombres, cuando debían hacerlo como hijos de Dios. Un buen hijo solo se preocuparía del bienestar de su Señor, no de cuestiones políticas. Así pues, cuando horrorizado oyó que no se iba a ir en busca del Santísimo Sacramento ni tampoco del abad, montó en cólera. Arremetió una y otra vez contra la puerta hasta conseguir quebrar el pestillo y entró en la sala del capítulo con el ímpetu de un burel recién tentado.

—¡Padre rector, le aseguro por la Virgen santísima, madre de Dios y madre nuestra, que no le permitiré hacer esa barbaridad que sugiere! ¡El Señor debe ser buscado, el Señor debe ser encontrado!

Presentaba el sacristán un aspecto de tan terca decisión que el rector se sobresaltó y dio un paso hacia atrás. Con indisimulada rabia, Chocarro chilló:

—¡Y el abad de Solesmes debe ser informado de inmediato!

Con estudiada suavidad, el maestro de novicios se dirigió al sacristán:

—Hermano Chocarro, me veo en la necesidad de recordaros que con vuestra actitud os hacéis reo de amonestación. No se puede contradecir con semejante soberbia los preceptos y órdenes de los mayores en el Señor y, mucho menos, escuchar tras las cerraduras o embestir contra las puertas como si se fuera un buey.

—Lo sé, padre Francisco. Pero usted y el padre rector acaban de violar el espíritu de la santa regla sin siquiera sentir remordimientos. Ambos deberían avergonzarse. El padre rector debe convocar inmediatamente al Consejo; él debe



decidir cuál es la actitud a tomar: la actitud *cristiana* que debe adoptarse, san Benito, que nos gobierna desde el cielo, así lo ordena. Y contradecir la santa regla equivale a la excomunión.

—Hermano —expuso fríamente el rector, repuesto del susto causado por la entrada del sacristán en la sala capitular—, desde este momento es usted quien queda excomulgado.

—¿Cómo? —protestó el fraile, levantando el puño.

—¡Baje ahora mismo ese brazo! ¿Es que quiere abofetearme y añadir otro grave pecado a su conciencia? Sabe que tengo potestad para infringirle el castigo indicado si creo que lo merece. Y lo creo... Espero que su cabeza llena de pájaros y ensoñaciones sea capaz de comprender el alcance de este correctivo. Si continúa con su actitud, si no expía de inmediato sus culpas, será, primero, expulsado de este monasterio y luego, de la orden benedictina.

La voz del rector, famosa por su tono, frenó de cuajo los intentos del sacristán, que balbuceó varias veces, y finalmente salió con la cabeza gacha.

Aquel viernes, el hermano Chocarro no pudo participar en la misa conventual, concelebrada y cantada en gregoriano y latín; tampoco pudo intervenir en el oficio de las horas menores (correspondía la *sexta*, de apenas diez minutos de duración), ni siquiera acudir al comedor. Excomulgado, tenía vedada la entrada en el oratorio y el asiento en la mesa común. Nadie se le acercó, la santa regla impedía al resto de los miembros de la comunidad que se le consolara, se le hiciera compañía o se le dirigiera la palabra.

Pero al apestado sacristán nada de eso le importaba. Su corazón sólo albergaba una pena: su Señor había sido secuestrado y nadie le buscaba.

## VII

*palacio arzobispal, Pamplona*

*Sábado, 12 de junio*

Como todas las mañanas, Lucas Andueza, secretario personal del arzobispo de Pamplona, salió puntualmente de la elegante casa donde residía para dirigirse a su lugar de trabajo, en el casco antiguo de la ciudad. Tenía por costumbre ir a pie; se trataba de un corto paseo de apenas quince minutos. Además, no le quedaba más remedio que rendirse a la evidencia: la hazaña de encontrar aparcamiento en la zona rayaba en lo milagroso.

La sede episcopal se situaba en uno de los puntos más altos de la villa, en el envejecido barrio de La Navarrería, a escasos metros de la catedral gótica, construida sobre las ruinas de otra más antigua, de traza románica. La zona, de extraña belleza, tomada por okupas y radicales provascos, poseía el encanto que el tiempo confiere al arte y el mal olor que otorga el descuido.

Pese al calor de la mañana y a la inclinación de la cuesta, el padre Andueza subía resuelto. A paso ligero, ni siquiera sudaba. Las horas de gimnasio cumplían su función: el secretario exhibía una envidiable figura. Delgado y alto, siempre que se presentaba la ocasión se complacía en afirmar que, a sus cuarenta años, seguía en plena forma.

Quedaban escasos metros para coronar la ascensión cuando, sin previo aviso, de uno de aquellos descascarillados edificios emergió un grupo de extraños personajes ataviados con vestimenta de guerrilla y parafernalia metálica clavada en el cuerpo. Al padre Andueza un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, pero no se detuvo. Preocupado por parecer natural, evitó bajar la vista y caminó con fingida tranquilidad por entre aquellos individuos. Mientras los dedos ganchudos

recolocaban sus indómitos cabellos y arrancaban temblorosos las lentes de la cara, les miró de reojo. Había ensayado el comportamiento que debía adoptar ante aquellas situaciones comprometidas, pero no pudo evitar mostrarse nervioso.

No llevaba sotana, de hecho sólo se la ponía en ocasiones especiales; vestía pantalón y camisa oscuros. Su alzacuello permanecía oculto dentro de la cartera de documentos que llevaba en la mano (se lo pondría al entrar en el palacio arzobispal) pero, aun así, en aquel barrio su aspecto evidenciaba su condición clerical. Antaño, esa alcurnia le hubiera granjeado reverencias al pasar, pero los tiempos habían cambiado y el péndulo de la historia se hallaba en el extremo opuesto: ahora los curas eran objeto de mofas, dianas improvisadas cuando se presentaba la ocasión.

Salvo por la pedrada, cuyo impacto le había costado tres puntos de sutura y un par de gafas recién estrenadas, en realidad Lucas Andueza no había sufrido percances de consideración y no se sentía vituperado o perseguido. Pero el secretario opinaba que era mejor no tentar al destino vistiendo sotana o llevando alzacuello.

Desde su insondable ignorancia al aroma de cannabis, los habitantes de La Navarrería veían en el clero a su enemigo, pero solían conformarse con algún insulto grueso. Por si acaso, Lucas Andueza se quitaba siempre las gafas. Los cristales rotos podrían incrustarse en sus miopes ojos azules.

El secretario tragó saliva. La maniobra le ocasionó un golpe de tos. Consideró de inmediato las repercusiones de su tonto forcejeo con la saliva, y, pensando en que aquellos individuos le partirían la boca, inició una asustada oración.

Sin embargo, el grupo, basculando entre vapores de droga y alcohol, no le prestó atención, siguiendo su marcha con la vista perdida en algún extraño hueco de la conciencia.

«¡Tan temprano y colocados!», suspiró Andueza, mientras, complacido, aceleraba el paso. Volvió a colocarse las lentes, mientras con un impoluto pañuelo blanco secaba las pruebas de su miedo.

La calle Curia condujo al clérigo hasta el mismísimo pórtico neoclásico de la catedral. El templo estaba abierto; las verjas de hierro, de par en par, invitaban al caminante a cruzar el atrio y adentrarse en la historia y el culto. Un nutrido

grupo de turistas admiraba la fachada dieciochesca, mientras escuchaba las explicaciones de la joven guía. La políglota azafata aseguraba que, pese a la primera impresión, dentro del templo se ocultaban tesoros finísimos que nunca habían defraudado a un visitante amante del arte. Lucas Andueza sonrió al oír el comentario, por otro lado acertado, pero no hizo ademán de entrar. Por el contrario, pasó de largo sin tan siquiera volver la mirada.

Antaño, cuando era más joven, sobre todo en sus años de seminario, al llegar a ese punto solía detenerse, atravesando el pórtico para disfrutar, ya dentro, de lo auténtico. Arrodillado en alguna esquina, le gustaba saborear el claroscuro y paladear el silencio de la cruz latina. Pero con los años, Lucas Andueza se había convertido en un adulto con demasiadas cosas en la cabeza para perder el tiempo paseándose entre las policromadas columnas, bajo el reflejo de las vidrieras. Mil veces observadas, para él, las bóvedas de crucería se habían convertido en piedra; el fervor infantil, en madura razón.

Continuó su marcha, esta vez cuesta abajo, por la calle Dormitalería, hasta la plaza de Santa María la Real. Anduvo siempre por el lado izquierdo, ya que los edificios de esa posición eran de titularidad eclesial y, por tanto, más seguros. Enseguida, el palacio arzobispal se materializó ante sus ojos, majestuoso y, al mismo tiempo, humilde en sus formas. De planta rectangular, construido en piedra y ladrillo y rematado por una lucida galería de arcos barrocos, poseía una bonita puerta churrigueresca que parecía querer transmitir simultáneamente la pobreza y la riqueza de la Iglesia.

En el mismo dintel de la puerta, Lucas Andueza extrajo el alzacuello, que se colocó en la camisa negra. Atusando sus indisciplinados cabellos, penetró en el palacio.

Dámaso, el anciano bedel, ocupaba como siempre su puesto. Saludó al secretario afectuosamente, abandonando la estrecha garita acristalada para acompañarle por entre las arcadas hasta la puerta que daba acceso a las escaleras. Había un pequeño ascensor, que solían tomar los visitantes y los clérigos de piernas cansadas, pero Dámaso sabía que Luis Andueza, por la razón que fuese, subía a pie las dos plantas. El sacerdote correspondió a la delicadeza del bedel con una media sonrisa. El contratiempo con los trogloditas del lugar había sido ya olvidado.

—Buenos días, don Lucas... ¿Se ha fijado? Ni una nube en el cielo. Este fin

de semana podrá ir al monte.

—Veremos si el trabajo nos lo permite... —contestó el secretario, fingiendo abatimiento.

Tenía meticulosamente preparada la excursión del domingo. Se había citado con dos amigos, ambos seglares, con los que mantenía una cortés competencia, para subir el monte Perdido. Situado en la provincia de Huesca, contaba con la nada despreciable altura de 3355 metros.

—Espero, padre, que el paquete que ha llegado esta mañana no se lo impida —replicó el bedel, compungido.

Le caía bien aquel curita. Resultaba obvio que necesitaba otro hervor para desprenderse del orgullo, pero ya vendría el tiempo con su inexorable hacha.

—¿Paquete, qué paquete? —los ojos del eclesiástico se clavaron en el anciano evidenciando incisivamente su malestar—. ¡Hoy es sábado, Dámaso, y los sábados no hay correo! —enfaticó.

—Lo sé, don Lucas. ¡Ya tenemos bastante trabajo con las cartas durante la semana! Pero este envío lo ha traído un mensajero, ¿comprende?, de los del servicio exprés.

—Bien, lo veré enseguida —contestó el secretario, quejoso—. ¿Está en su despacho el arzobispo?

—Allí está, sí, con una visita.

—¿Una visita? ¿Pero es que aquí nadie cumple con las normas establecidas? —exclamó irritado—. ¡No había audiencias previstas para el día de hoy: la agenda estaba vacía...!

—Me temo que ha sido un encuentro inesperado, forzoso, diría yo. Vino un matrimonio con un chavalillo. Ya conoce el carácter de su eminencia. El niño venía en silla de ruedas. Me presionaron para que le avisara. Lo hice. No es necesario detallar el resto. Les he tenido que ayudar a subir, dejando sin vigilancia la entrada. El ascensor es pequeño y las ruedas de la silla de inválido son demasiado anchas.

—Lo comprendo, Dámaso, no se preocupe —contestó Andueza, dando por concluida la conversación, al tiempo que pensaba que *el* arzobispo y sus buenas obras terminarían por estropear el fin de semana.

«En fin, a ver qué nuevo problema contiene ese paquete», se dijo mientras subía la escalera. Aunque estaba cubierta por una estrecha alfombra roja, la

añosa madera de roble crujía a su paso.

En el arzobispado, la llegada del correo marcaba el inicio del trabajo duro, por eso, los sábados se consideraban días de poco trabajo. Los envíos recibidos los días de labor se medían en docenas. El cartero dejaba una o dos sacas repletas en la entrada del palacio arzobispal. Las cartas llegaban desde distintas procedencias y con los más diversos propósitos. Había peticiones de dinero de las parroquias para celebraciones especiales, avisos de actividades litúrgicas, quejas de fieles, algún agradecimiento, pocos... Pero, sobre todo, a su despacho acababa por fondear una ingente colección de documentos que relataban problemas internos del clero; unos, simples; otros, tremendamente complejos. Al final, el oído y la vista del pobre arzobispo se convertían en el vertedero general de la diócesis.

Lucas Andueza llevaba tres meses escasos en el cargo, pero ya se había convertido en un maestro de la clasificación. En poco más de dos horas, era capaz de organizar la correspondencia por temas y prioridades, de forma que el arzobispo empleara el mínimo esfuerzo en despacharlos, y dedicara el resto del tiempo a la búsqueda de soluciones para las muchas cuestiones espinosas. Al principio, los asuntos —más por su materia que por su número— agobiaron al secretario hasta quitarle el sueño. Con tiempo y disciplina, consiguió imponerse un implacable distanciamiento y llegó a ver temas asépticos donde antes veía personas afligidas. De esa manera, había logrado mantener a buen recaudo su psique y su fe.

Su inmediato superior, el arzobispo Blas de Cañarte, afable y bondadoso a sus setenta años cumplidos, se dejaba organizar humildemente, siempre, eso sí, que el secretario observara rigurosamente su horario de oraciones y lecturas y se abstuviera de cuestionar sus decisiones, por intrascendentes que fueran. Los enemigos del purpurado se burlaban de él afirmando que estaba más cerca del cielo, con los ángeles, que de la tierra entre los mortales. Andueza sabía que iban desencaminados. El hombre al que servía era un místico, sin duda, pero sus pies pisaban el barro como cualquiera de sus detractores. Ni una sola vez, en aquellos tres meses, le había hecho falta bajar a su superior a ras del suelo, insistiendo en la importancia de un presupuesto o en las variables psicológicas que afectaban a tal o cual clérigo. Su eminencia estaba convencido de que la Iglesia era una organización compleja que debía ser vigilada, planificada y controlada, amén de

rezada.

¡Si sus enemigos le conocieran como él, no dirían aquellas sandeces! Era un sacerdote santo, desde luego, pero tenía manías y debilidades... ¡Si los que le tachaban de arrebatado estuvieran al tanto de aquellas facetas de su eminencia! Tenía curiosas costumbres que la mayoría ignoraba y que Andueza se esforzaba por lograr que permanecieran ocultas. Claro que no sabía de cuan atrás venían, pues él llevaba poco en el cargo; pero, desde luego, la información era suculenta. Por lo visto, el arzobispo admiraba que su secretario nunca hubiera hecho mención a esos detalles, aunque por él pasaba también ese tipo de correo.

En una comunidad donde abundaban las canas y las barrigas voluminosas, Lucas Andueza era considerado una sólida apuesta entre las jóvenes promesas de la Iglesia, y el sacerdote no andaba falto de ambición. Abogado de profesión, había recibido tardíamente la llamada, cuando cursaba un máster en derecho fiscal, que finalmente terminó compaginando con los estudios de teología. Luego se había trasladado a Roma para hacer un doble doctorado en teología y filosofía. Doctorados que obtuvo con *meritisimus*. Más tarde, había vuelto a su Pamplona natal.

A diferencia de otros colegas de vocación, el padre secretario no había perdido la fe en la Ciudad Eterna, pero, recorriendo los pasillos vaticanos, había llegado al convencimiento de que la Santa Madre Iglesia se sostenía en pie a pesar de sus hombres. Eso le había hecho madurar, comprender, por ejemplo, las inclinaciones de su superior, pero también alimentar sus antiguas aspiraciones. Aunque trataba de mantenerlos a raya, le asaltaban a menudo sentimientos de superioridad, pensamientos sobre dónde llegaría cuando, finalmente, los demás se dieran cuenta de su gran valía humana e intelectual.

De momento, recién llegado de Roma, el venerable arzobispo le había concedido el rango de secretario particular, cargo que ejercía con eficiencia y silenciosa prudencia. Era un papel modesto, pero digno de atención y con perspectivas. En su condición de colaborador cercano, era, para muchas cosas, la mano derecha de su eminencia. Por él pasaban innumerables asuntos a los que atribuía grado de importancia, concediéndoles prioridad o, por el contrario, despreciándolos. De hecho, en los escasos meses en los que ocupaba el despacho contiguo al de su eminencia, había conocido a más gente influyente que en todos sus años de pamplonés de a pie. Y, aunque el arzobispo disponía de un Consejo

que convocaba para consultar sobre asuntos diversos, sabía que a él le concedía tanto crédito como a aquellos pesos pesados de la Iglesia.

Era sábado, iba a empezar el verano. Andueza pensaba que, sin correo, previsiblemente, su trabajo en el palacio arzobispal habría de ser mucho más ligero, y a eso de la una, plegaría los bártulos y se marcharía al pueblo, a casa de su madre, a dejarse cuidar, y a comer aquellos guisos que nunca conseguían engordarle, pero que le fortalecían para las duras escaladas de los domingos.

Subió con brío los dos largos tramos de escalinata, escuchando a su paso los quejidos de la deformada madera. Su despacho estaba muy cerca de la balaustrada, abierto, ya que el arzobispo tenía que pasar necesariamente por él para acceder al suyo. Dentro olía a limón y a cera de abeja. Su mesa, perfectamente ordenada, brillaba como un espejo: disponían de un magnífico servicio doméstico. Sobre la antigua pieza de caoba maciza, que pedía a gritos una restauración, se destacaba una pantalla de TFT de última generación. La Iglesia moderna estaba reñida con la maldad, no con la tecnología. En aquel momento, el ordenador estaba apagado. Junto al teclado, como Dámaso había referido, descansaba un pequeño paquete, un sobre acolchado.

Lo cogió y giró por ambos lados. No traía remitente ni dirección; sólo figuraban en él dos palabras escritas por una máquina perfectamente amaestrada: «SR. ARZOBISPO».

Lo observó más de cerca. Extrañado, cogió el teléfono y marcó una extensión interna.

—Dámaso, le habla don Lucas. Quisiera preguntarle algo; es sobre el paquete que ha dejado sobre mi mesa. Dígame, ¿ha sido pasado por el detector? Hay algo en él que levanta sospechas: sin remitente, sin inflación de datos, sin los muchos sellos que estas cosas suelen traer...

Al otro lado del teléfono, Dámaso sonrió. Había adivinado que se produciría esa llamada y se oyó decir a sí mismo lo que ya había pensado:

—A mí me ha causado la misma sensación que a usted, don Lucas: no me ha parecido un paquete corriente y he llamado a la empresa de transportes. Me han confirmado que ha pasado el filtro. Los de la compañía dicen que analizan sistemáticamente los paquetes cuando el destinatario es de riesgo. Parece que tienen registrado al señor arzobispo en esa categoría, y, por ello, lo han escaneado. «Nada sospechoso»; eso es exactamente lo que me han dicho.



—Muy bien, estupendo. Es usted un gran bedel, Dámaso. ¿Sabemos quién lo envía?

—Pues sí —su voz mostraba abiertamente su satisfacción—, decidí ir algo más allá en mis pesquisas. En mi llamada a la compañía de transportes, he aprovechado para preguntar por el remitente. Me dicen que la factura va a cargo de «Compassion, no sacrifiques», una sociedad domiciliada en Dublín. Nunca antes había oído ese nombre, pese a que sirvo en este arzobispado desde hace treinta años. ¿No le parece un nombre curioso? Desde luego, suena evangélico, pero raro. Pero no se fíe de mí. Seguro que se trata de alguna nueva institución caritativa. ¡Ya sabe que las monjas y frailes navarros se diseminan por todos los rincones de la tierra!

—¡Gracias, ha hecho usted un buen trabajo! Dámaso, y ahora que lo pienso, ¿por qué no se va? Es tarde; cierre el portón, tengo llave. Hace una mañana magnífica.

—Gracias, don Lucas. Se lo agradezco mucho, y no por aprovechar el sol. ¡Ya me gustaría! Mi esposa no se encuentra bien, ya conoce que su salud es delicada. La he dejado en la cama, con fiebre. Subiré a comprobar que todas las estancias están cerradas y las persianas entornadas, este sol se come vorazmente el barniz, y luego me marcharé.

—Muy bien, que pase un buen fin de semana. ¡Y que se mejore su esposa!

Salvada la duda, Lucas Andueza se sentó y tomó con decisión el abrecartas, una moderna pieza de plata dorada que ya estaba allí cuando él llegó. Sin embargo, cambió de idea y en vez de abrir el paquete abrió el ordenador para consultar su cuenta de correo.

No había mensajes interesantes, pero el secretario arzobispal se entretuvo leyendo los titulares de los dos diarios digitales que recibía periódicamente. Quedaban pocos minutos para el mediodía, cuando cerró la conexión a Internet y recuperó el abrecartas, con el que rasgó el sobre acolchado. Lo inclinó ligeramente y dejó caer sobre la mesa su contenido: un pequeño cofre confeccionado toscamente en madera sin cepillar.

—¡Santo Dios, qué gente! ¡Con tantas modernidades y tanto diseño, sólo consiguen traspasar las lindes de lo macabro! —increduló al aire, al percatarse de que el cofre adoptaba la forma de un ataúd en miniatura.

Despreocupadamente, desató el minúsculo gancho que sujetaba la tapa y lo

abrió. En cuanto vio su contenido se echó hacia atrás, tratando de alejarse de aquel espectáculo. La silla giratoria se movió haciéndole perder el equilibrio. Le salvó la pared trasera. A ella quedó pegado, petrificado, sin atreverse a mover un músculo. Una andanada de arcadas sacudió su estómago.

Iba a salir corriendo, la náusea ya en la boca, cuando su cabeza le obligó a retomar las riendas de la situación. En pie, frente a la mesa, se convenció de que aquello no era más que una broma. Algo tétrica, pero sólo una broma pesada. Con aplomo, se apartó el flequillo, se ajustó las gafas e inclinó ligeramente la espalda para ver mejor el interior del cofre. Cuando percibió los restos de sangre en el fondo plastificado, salió corriendo en dirección al despacho del obispo.

Aunque sólo debía atravesar un espacioso salón, llegó jadeando y visiblemente azorado. Tan honda había sido la impresión, que olvidó sus suaves maneras, su sutil diplomacia. Ni la puerta, cerrada, ni la autoridad de quien ocupaba en aquel momento la estancia le frenaron. Ni siquiera tuvo la precaución de avisar de su llegada con unos toques en la hoja de madera. Entró por sorpresa y de forma ruidosa:

—Señor arzobispo, ¿no va usted a creerlo! Perdona la interrupción, pero es preciso que venga conmigo un momento. ¡Enseguida! ¡Es urgente, muy, muy urgente!

El arzobispo era afable, paciente y rico en evangélica clemencia, pero no estaba acostumbrado a que sus subordinados interrumpiesen sus conversaciones privadas de aquella manera. Su primera reacción fue de dureza y enfado:

—Perdonen a mi secretario, queridos amigos, es proclive a dejarse llevar por los impulsos —se disculpó ante su visita—. Don Lucas, como usted bien sabe, todo lo urgente puede y debe esperar. Estoy ocupado en este momento. Le avisaré cuando termine. Entonces, podrá hacerme partícipe de lo que le venga en gana. ¿Me he expresado con claridad?

El sacerdote respondió a la observación con una encendida queja.

—Arzobispo... Eminencia, si no fuera importante no le molestaría, pero es que...

Sus minúsculos ojos miopes habían doblado su tamaño, y parecían querer salirse de su órbita. Su azul, normalmente apagado, brillaba como un cristal expuesto al sol.

—No se preocupe, señor arzobispo, nosotros ya nos íbamos —intervino el

caballero sentado de espaldas a la puerta—. No queremos robarle más tiempo.

—No se preocupe, Alfredo, no me roba nada. Verles a ustedes me hace descansar.

—Insisto —afirmó el hombre, levantándose—. Le agradecemos mucho que nos haya recibido sin pedir cita y que nos haya escuchado de una forma tan atenta. Su testimonio eleva siempre nuestro ánimo, ¿no es así, Rosa?

—Así es, querido. Gracias, eminencia, por su tiempo y sus palabras. Jorge también le da las gracias... a su modo.

—Gracias a ustedes, por venir. Don Lucas les entregará un rosario bendecido. He traído varios de mi viaje a Tierra Santa. Y para Jorge, seguro que hay algún caramelo blandito. ¿No es así, don Lucas?

Pero el abatido sacerdote no prestaba atención. El eclesiástico repitió la pregunta elevando el tono de voz:

—¿Cómo dice, eminencia?

—¡Rosarios, Andueza, rosarios! Y unos caramelos para el pequeño.

—¡Rosarios! ¡Sí, claro, por supuesto! Inmediatamente les hago entrega de unos rosarios bendecidos. Los ha traído su eminencia de Tierra Santa... —reiteró—. ¡Vengan conmigo! Por aquí, por favor.

Lucas Andueza salió del despacho de su superior, seguido del matrimonio y el niño enfermo. Como la marcha de los visitantes era lenta a causa de la silla de ruedas, el secretario se adelantó y entró solo en su despacho. Evitó dirigir la vista hacia la caja de madera. Quería impedir a toda costa que los inoportunos visitantes se detuvieran en su cuarto de trabajo, buscó en el primero de los cajones del buró, de donde sacó dos rosarios en sus consabidas fundas. No disponía de caramelos blanditos. ¡Por Dios, estaban en un palacio arzobispal, no en una guardería! Sin embargo, a la carrera cogió unas bonitas estampas de colores. Al salir, los visitantes se acercaron. En la antesala del despacho, entregó satisfecho los rosarios al padre y las estampas a la madre de la criatura. Mientras observaban sus regalos, aprovechó para volver a entrar.

—Disculpen un segundo, por favor. Avisaré para que les acompañen.

Marcó el número de la extensión telefónica de Damián, para rogarle que condujera a aquella familia hasta la salida y ahorrarse, así, el inconveniente y el retraso.

Cuando el bedel no respondió, Andueza recordó que le había dado permiso

para que se marchara. Le tocó hacer personalmente los honores; de no haber sido un cura en un palacio episcopal, hubiera obligado a aquellos visitantes inoportunos a salir a la carrera. Pero como lo era, se limitó a animarles, con su ejemplo, a caminar deprisa. Luego de ayudar a los padres a introducir la silla de ruedas en el pequeño ascensor, lo que no fue tarea sencilla, bajó corriendo los dos tramos de escalera y llegó a tiempo de abrirles. En un santiamén, les mostró la salida, cerró el portón del palacio y subió de dos en dos los escalones, desandando el pasillo hasta llegar al despacho del arzobispo. Allí, ante la puerta abierta, se detuvo en seco.

—Eminencia... Don Blas... ¡No se lo va usted a creer! —musitó, inclinado hacia delante a fin de recuperar pronto el aliento.

—Es posible que no, pero eso poco importa. Le exijo... Le suplico —se corrigió— que no vuelva a entrar en mi despacho sin llamar previamente. Bajo ninguna circunstancia, ¿me ha comprendido?

—Sí, lo siento, eminencia, pero...

—¿Qué ha sido esta vez: una capilla incendiada, un accidente de tráfico, otra vocación truncada? —preguntó el prelado, dolido.

Algunos años atrás, la primera opción racional al explicar aquella extraña actitud del secretario habría sido el abandono de su puesto por parte de algún sacerdote, producidos en masa tras el Concilio, pero, gracias a Dios, aquella ignominiosa época había pasado.

—Nada de eso, eminencia.

—Entonces, ¿qué? ¿Esperaba tener un fin de semana pacífico!

—Eso será, me temo, del todo imposible... —Andueza se disponía a relatar los hechos, pero finalmente se arrepintió—. Eminencia, si es tan amable de acompañarme hasta la secretaría, creo que es preferible que lo vea con sus propios ojos. No creo que sea bueno que lo toquemos.

—Me sorprende usted, querido don Lucas —respondió el arzobispo, arrastrando las palabras.

—¡Pues no ha hecho más que empezar...! —concluyó en voz baja el secretario, colocando nuevamente en su sitio sus desmandados cabellos.

Muchos años más tarde, Lucas Andueza recordaría nítidamente la expresión de horror en el rostro de su eminencia Blas de Cañarte, arzobispo de la diócesis de Pamplona y Tudela. Le fue imposible adivinar en qué pensaba, puesto que

casi no mencionó palabra, pero cuando, colocándose las gafas, tomó la caja en su mano y se la acercó a la cara, hubo de sentarse para tomar aliento.

—Andueza, esto... ¿es de verdad? —preguntó con mirada acuosa.

—Me temo que sí, señor arzobispo. Parece un dedo humano... Recientemente serrado, habida cuenta los restos de sangre que la caja tiene por debajo, y que parece... en fin, bastante... fresca.

—¡Pero qué barbaridad! ¿Y qué hace ese dedo aquí? ¿Ha visto el cofre? ¡Tiene forma de ataúd!

Con cada pormenor, la voz del arzobispo se iba tornando más y más borrosa.

—Sí, me he fijado en ese detalle —confirmó el secretario.

Ambos guardaron silencio unos instantes, aunque no afrontaban la tensa calma de idéntica manera. El arzobispo estaba en pie, erguido, con los brazos cruzados sobre el pronunciado abdomen, sin moverse lo más mínimo. Andueza intentaba mantener la calma, pero caminaba de un lado a otro, frotándose convulsivamente las manos. Al fin, los nervios le vencieron.

—¡Por Dios, eminencia, hemos de avisar de inmediato a la policía! —exclamó.

Condescendiente, el arzobispo puso los ojos en su secretario, con un gesto amable. Con una mueca, contestó:

—Creo, don Lucas, que no es la mejor opción en este momento.

—Le ruego, eminencia, que lo reconsidere. ¡Es un dedo humano, un trozo del cuerpo de una persona, lo que significa que...!

—Andueza, escúcheme, por favor. Por descontado que a su debido tiempo haremos lo que usted sugiere. Colaboraremos con la policía y las autoridades en todo lo que sea menester, pero quizá sea prudente esperar un poco...

—Pero, señor arzobispo, ¡hay que tomar medidas de inmediato! Jurídicamente, la ausencia de denuncia podría ocasionarnos...

—Supongo, querido Andueza, que en su larga estancia en Roma habrá aprendido que la Iglesia, como cualquier otra institución milenaria, no juzga con simpatía la precipitación.

—Sí, eminencia —contesto el ayudante—, se que es tradicional en ella la prudencia en opiniones y actuaciones..., pero lo que tenemos delante no es la declaración de algún retorcido político o de un sociólogo anticlerical. Permítame que le recuerde que se trata de una prueba inequívoca de que la integridad de un

ser humano se halla en grave peligro. Como ciudadanos, tenemos el deber de denunciar hechos ilícitos, sobre todo si son de esta magnitud.

—Observo, don Lucas, que el adiestramiento jurídico que ha recibido ha dejado mayor impronta en su mente que la formación eclesial.

—Es muy posible, eminencia, lo siento —se sometió el secretario, mostrando con la cabeza gacha que el arzobispo había acertado.

—Verá, querido Andueza, debemos esforzarnos por aclarar este asunto antes de hacerlo público, porque, en otro caso, la ignorancia de algunos buenos cristianos y la maldad de otros que no lo son pueden lanzar sobre la Iglesia culpabilidades injustas.

—¿Por qué, eminencia? ¡Nada tenemos que ver con esto! ¡Nosotros también somos víctimas! ¿Dónde se ha visto que el que cumple con el cívico deber de denunciar acabe culpabilizado?

El arzobispo dejó que el secretario se diera cuenta por sí mismo de la falsía de su aseveración. No hizo falta mucho tiempo. Como abogado, Andueza había comprobado que el mismo acto de la denuncia ponía en no pocas ocasiones en un brete a los ciudadanos que no pretendían otra cosa que colaborar con la justicia.

—Actuar con prudencia, querido Andueza, estriba en gran parte en saber aplicar las experiencias del pasado al momento presente. No tengo reparos en reconocer que nunca antes del día de hoy me había enfrentado a un hecho similar, pero sé que la precipitación no es nunca buena, menos cuando los hechos son tan trascendentes como éste.

—Sí, eminencia, como siempre tiene usted razón —acató el colaborador, maldiciéndose a sí mismo por haber violado su propia regla de mantener la boca cerrada.

—No se entristezca, padre, la prudencia es una virtud; como tal, se aprende ejerciéndola en situaciones como ésta. La Iglesia ha tardado milenios en alcanzarla, nosotros no vamos a lograrlo en cinco minutos...

—Sí, eminencia —repitió.

—Verá, lo que ha de tener siempre presente es que usted y yo, todos los que de una u otra manera formamos el gobierno de la Iglesia nos debemos a Cristo y al bien de su obra... Ni en éste, ni en ningún otro asunto, estoy dispuesto a echar carnaza a la prensa para que achaque a la Iglesia lo que no son más que posturas

aisladas e inexplicables en un seglar o en un miembro de la jerarquía, que para el caso, son lo mismo simples individuos.

—Eminencia, ¿acaso sospecha que este dedo tiene algo que ver con la Iglesia?

—No sospecho nada, querido Andueza, nada de nada. Sólo afirmo que deberíamos tomarnos algo más de tiempo para recabar toda la información que nos sea posible. Antes de avisar a la policía, hemos de comprobar los hechos. Serrar un miembro entraña un modo extremo, rabioso, de violencia. Que nos lo hayan enviado a nosotros, un arzobispado de provincias, no deja de ser... chocante. Puede que todo este galimatías tenga un origen interno, o puede que no. Lo comprobaremos. Quizá...

El arzobispo no trasladó a palabras sus postreros pensamientos. Lucas Andueza, tragándose su vergüenza, esperó estrujándose las manos hasta enrojecerlas. Finalmente, los penetrantes ojos de su superior se dirigieron hacia él.

—Don Lucas, ¿venía alguna nota reivindicativa acompañando al... paquete?

—Bueno... No lo sé. No he mirado en el sobre, pero...

—Pues hágalo, pero con cuidado, por favor.

No hubiera hecho falta que el arzobispo hiciera tal comentario: Andueza estaba aterrado. Tras ver el dedo seccionado en aquella macabra envoltura, todos sus sentidos se hallaban en estado de excepción. Con un recelo próximo al miedo, pero con el mayor cuidado que consiguió recabar, cogió el sobre acolchado y volvió a inclinarlo. No cayó nada de él.

—Está vacío, arzobispo.

—Debe mirar bien, Andueza, los papeles suelen engancharse en ese tipo de sobres acolchados.

Alentado por el arzobispo, tragando saliva, el secretario introdujo el largo estilete de metal dorado en el envoltorio acolchado. Esta vez sus pesquisas dieron fruto: un documento (a primera vista parecía muy antiguo) se desprendió de sus paredes, cayendo sobre la mesa. Instintivamente, ambos clérigos dieron un paso atrás.

Pero de inmediato, el arzobispo, ávido de examinar el hallazgo, se precipitó sobre la mesa. Andueza hizo lo contrario que su superior, se alejó todo lo que pudo de aquel objeto que no presagiaba nada bueno; como si evitar mirarlo

podiera mitigar los terrores que ocultaba.

Pese a sus naturales reticencias, en pocos instantes, su curiosidad le condujo a estirarse en aquella dirección; después a tentar un paso y, más tarde, a darlo. Logró ver un pergamino que, pese a estar avejentado por los años, parecía bastante bien conservado. En mitad de aquella superficie, caracteres pintados en color negro rubricaban su suerte tronchada. Dio otro paso. En aquella incursión, creyó reconocer los dos tipos de escritura con los que se les comunicaban las nuevas.

No sabía traducir el primero, su conocimiento de aquella lengua se agotaba en unas cuantas palabras nostálgicas. Como todos sus compañeros de seminario, había jugado con aquellos caracteres aprendiendo a escribir su nombre o el de Jesucristo. La situación del arzobispo era muy distinta, y Andueza no se extrañó de que mantuviese fija la vista en el extraño documento: Cañarte era uno de los pocos especialistas en arameo con los que contaba la Iglesia española.

Otra parte de la escritura estaba escrita en latín; esas frases sí era capaz de leerlas, por lo que se inclinó ligeramente hacia delante. Al notar su presencia, el arzobispo se irguió y le miró sin verle. Andueza notó que lloraba decorosamente. No le pareció que fuera el miedo el que causara aquellas lágrimas, más bien la sorpresa; quizá, la decepción.

—¡Por Dios santo! ¿Cómo es posible que...?

No llegó a terminar la frase. Don Blas se apostó las lentes sobre el extremo de su pequeña nariz, encorvó ligeramente la espalda y fijó de nuevo la mirada en aquel pliego para releerlo. Inmediatamente, se llevó las manos a la cara sollozando.

Lucas Andueza continuó a su espalda, con los ojos tan abiertos como la boca. Al ver cómo evolucionaban los acontecimientos, se debatió entre acercarse a su escritorio, leyendo la parte del contenido del pergamino que era capaz de descifrar, o consolar a su superior, que se había alejado hacia la gran ventana de la sala. Su corazón le indicaba que, probablemente, la actitud más correcta y caritativa sería emplearse en esta segunda labor. No obstante, llevado por la creciente curiosidad, optó por averiguar por sí mismo la razón del contundente impacto en su prelado.

El pergamino era pequeño, más o menos del tamaño de una cuartilla. Fabricado en piel —de carnero o cabra, quizás de asno—, Andueza juzgó por su



textura y color que era muy antiguo, del siglo XII o XIII. Pero aparentaba estar en muy buen estado: en realidad, la piel era mejor material que la pasta de papel para resistir los embates del tiempo y las secuelas destructoras de la manipulación constante. El fondo denotaba limpieza, aunque eso no indicara que se empleara por primera vez. Era conocido, desde la Alta Edad Media, que los pergaminos ya escritos se reutilizaban frecuentemente para producir nuevos códices: se borraba la antigua escritura sumergiendo el material en leche y restregando posteriormente la tinta con piedra pómez.

El mensaje estaba escrito con pluma gruesa; la parte alta recogía los trazos que Andueza había tildado de grafemas arameos. Había identificado las letras Mem (𐤎), Shim (𐤑) y Qoph (𐤒) pero no tenía ni idea de qué mensaje incluía aquella inscripción.

Después, en letra gótica bastarda, especialmente rotunda en sus curvas, en un modesto latín eclesiástico, había un texto de pocas líneas. El secretario dejó escapar un suspiro.

—«*Iesus Christi Sacramentum et vicarius cohibiti sunt. A peccato liberatus, apostolis suae debet satisfacere. Mera iustitia hoc exigit. Lignum Crucis relicarium navarrensis. Azenar*» —leyó. Aunque su superior conocía el idioma oficial de la Iglesia mucho mejor que él, instintivamente, Andueza tradujo en voz alta el texto, pero el arzobispo no pareció inmutarse. Permaneció impertérrito en la ventana, mirando la calle con los ojos perdidos.

«¿Pero de qué va esta burla macabra?», pensó el secretario, sin atreverse a verbalizar en voz alta sus pensamientos. Como el prelado seguía en silencio, Andueza comenzó a buscar por sí mismo la lógica de aquel extraño texto.

«*Iesus Cristus Sacramentum et vicarius cohibiti sunt*». La expresión resultaba inusual. *Cohibiré* significa reprimir o sujetar; Andueza lo recordaba por una frase de *De Officiis* de Cicerón que había estudiado en el instituto, y repasado más tarde en su paso por el seminario: «*Cohibere motus animi turbatos, ac appetitus obedientes efficere rationi*». «Sujetar los desórdenes del alma y someter los apetitos a la razón».

Textualmente, el pergamino informaba que tanto Jesucristo sacramentado como su vicario, fuera éste quien fuera, estaban sujetos o contenidos. ¿Qué significaba eso? Obviamente, sujetar podía entenderse como encerrar: encerrar los desórdenes del alma, o a Jesucristo y a su vicario. Quien hubiera escrito

aquel mensaje, ¿quería decir que los habían secuestrado y eran sus rehenes? Hacía tiempo que no se dedicaba a la lengua latina, pero Lucas Andueza recordaba haber visto el verbo *cohibere* empleado con el sentido de encerramiento físico y también con el de impedimento moral: ¿querían decir que les impedían actuar? En ese caso, ¿qué les vedaban hacer y por qué? Cuanto más lo pensaba, el secretario arzobispal menos comprendía el mensaje.

Por otro lado, ¿de quién estaban hablando exactamente? Las lacónicas frases no hacían más referencia a la identidad de la persona encerrada o impedida que su supuesta pertenencia a la Iglesia. El término *vicarius* resultaba también sumamente impreciso; en realidad, había muchas personas que podían responder a ese título: sacerdotes, obispos, el mismo Papa... El secretario no tenía idea de a quién se referían, pero dio por sentado que, fuera quien fuera, le debía pertenecer el miembro aserrado. ¿Y qué significaba lo de Jesús sacramentado? Eso sí que le resultaba un completo galimatías: ¿qué sentido tenía encerrar a Jesucristo con su vicario?

El embrollo de la primera frase no era nada en comparación con la segunda: «*A peccato liberatus, apostolis suae debet satisfacere. Mera iustitia hoc exigit*». «Para liberarse del pecado, el apóstol debe satisfacer; la pura justicia así lo exige...». ¿Pecado, de qué pecado hablaba? ¿Qué pecado merecía satisfacerse por justicia? ¿Qué pecado y de quién? Porque decía el apóstol, pero ¿qué apóstol? Todo cristiano, por definición, era discípulo y apóstol de Cristo.

La nota tampoco señalaba datos acerca de la autoría del hecho, más que aquel garabato que, a modo de rúbrica, manchaba la esquina inferior izquierda del pergamino. *Azenar*, ¡qué extraña palabra! ¿Qué querría decir? Si era una expresión latina, el secretario episcopal desconocía su significado. En realidad, lo único que la nota describía con claridad era un objeto: «*Lignum Crucis relicarium navarrensis*».

Lo conocía de sobra porque lo había visto muchas veces en el museo catedralicio diocesano, unas dependencias próximas a la basílica, donde se custodiaban las joyas de la diócesis. Era una de las dos perlas preciosas de la colección: un valiosísimo relicario del siglo XIV fabricado en plata sobredorada y adornado con esmaltes, preparado para la custodia y exposición del *Lignum Crucis* de la diócesis navarra. Esa frase aparecía suelta en el texto. ¿Querían con ella indicar la naturaleza de la prenda o las condiciones de un supuesto rescate,

en el hipotético caso de que el verbo *cohibere* significara efectivamente encerrar? ¿Se referían con ella a la restitución por un desconocido pecado? La frase del pergamino decía que el pecado cometido exigía expiación. No tenía idea de a qué pecado se refería, pero fuera cual fuera parecía alegar que la reparación del mal exigía justicia: el relicario bien podía ser el objeto de la reparación (que tratara de enmendar la situación causada por aquel pecado desconocido).

Andueza buscó con la mirada al arzobispo. Seguía impasible, junto al ventanal, sus finos labios mascullaban indescifrables oraciones.

Mientras el prelado rezaba, las neuronas de Lucas Andueza funcionaban a toda velocidad. Sabía que lo correcto era guardar silencio y esperar acontecimientos, pero no lo hizo. Con la humildad de quien pregunta lo que no sabe, se dirigió a su superior:

—Eminencia, ¿qué significan estas extrañas frases? Y el encabezamiento parece arameo...

—Lo es —sentenció Cañarte.

—¿Usted lo entiende?... Quiero decir si usted es capaz de traducirlo...

—Naturalmente; *Eli, Eli, ¿lama sabactant?* «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» —tradujo el arzobispo—. Eso es lo que dice.

La respuesta, lejos de aclararle algo, lo confundía aún más.

—Don Blas, ¿cómo ha de entenderse todo esto? ¿Qué quiere decir que han secuestrado a Jesucristo sacramentado? No alcanzo a comprender a qué se refieren. ¿Y quién es ese vicario al que aluden? ¿Se supone que tenemos que adivinar de quién se trata? ¿Y lo del pecado? ¡Eso sí que es rarísimo! ¿Y esas palabras en arameo? Son las que pronunció Jesucristo casi antes de expirar... ¿Por qué las transcriben?

Cañarte pareció salir de su letargo y contestó muy despacio:

—Yo tengo las mismas dudas que usted, Andueza.

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé... Debo confesar que no sé qué hacer...

El arzobispo exhaló un suspiro y dirigió la mirada hacia la calle. Tras unos instantes estalló:

—¡No es lógico! Se supone que deben ofrecernos pruebas indiscutibles que nos fueren a tomar las decisiones que ellos desean...

Andueza le interrumpió de inmediato.

—Permítame recordarle, eminencia, que un dedo aserrado y sanguinolento, enviado en un cofre en forma de ataúd, resulta una prueba bastante sólida.

—Es una prueba, ciertamente, pero con ella no nos han transmitido la suficiente información. Desconocemos a qué vicario se lo han arrancado y por qué lo han hecho. Tampoco sabemos nada acerca del pecado cuya restitución reclaman. Y, además, ¿por qué habrían de meter en esto al Santo Sacramento?

—Quizás esperen que lo adivinemos, como si se tratara de un acertijo.

—¡No diga sandeces, Andueza! —bramó el prelado.

Él no fue capaz de responder nada comprensible. Bajó la cabeza, avergonzado.

—Lo siento, don Lucas, me he dejado llevar... Quizá tenga usted razón; es posible que la información esté ahí y no la hayamos visto.

—No, no, eminencia; era un tontería.

—Podemos considerar suposiciones, lo único que perdemos es tiempo. Pensemos; ellos esperan que nosotros atemos cabos ya que nos mandan esas frases y no otras. En primer lugar, intuyo que, cuando aluden al Señor sacramentado apuntan a la sagrada hostia. Lo que no consigo imaginar es cómo pueden secuestrarla. Quizás estén haciendo referencia a la profanación de algún sagrario de la diócesis que aún no se haya descubierto, o puede que el lenguaje que emplean sea figurado. Pero, si es así, ¿por qué no dan más datos?

—Lo siento, eminencia, creo que no puedo ser de utilidad en esto. Estoy absolutamente desconcertado. Quizá...

—¿Qué piensa, Andueza?

—En realidad, eminencia, era otra tontería.

—Bien, oigámosla.

Evitando mirar a su superior, el secretario respondió:

—Pensaba que quizás el reverso incluyera algún otro mensaje que pudiera aclarar las extrañas frases.

El arzobispo abandonó de inmediato su posición junto al ventanal, volvió sobre sus pasos y se encorvó sobre la mesa. Releyó por tercera vez el texto y luego, tratando de rozar con sus dedos la mínima superficie posible, tomó el grueso pergamino por las dos esquinas superiores y lo levantó, volviéndolo con suavidad para comprobar la sugerencia de su secretario. No podía imaginar la

sorpresa que el dorso de aquel pergamino le deparaba.

Dicen que es rasgo inequívoco de la verdadera esperanza no verse alterada por contrariedades o circunstancias inesperadas sino marchar indiferente ante las actuaciones exteriores. Si es de ley, sugieren, se abre paso entre las adversidades sin prestarles la más mínima atención. Sin embargo, quienes tales cosas afirman, se olvidan de precisar que sólo los verdaderamente santos, si alguna vez existieron, esperan de esa manera. El común de los mortales vive momentos en los que, sin motivo aparente, se adueña de su ánimo una dulce y serena esperanza, mientras que corren otros en los que ésta merma hasta el punto de desaparecer por completo. Entonces, sin poder controlarlo, todo se vuelve negra noche y el alma pierde definitivamente el compás. A medida que Lucas Andueza fue consciente de lo que el adverso de la nota de rescate ocultaba, un intenso frío se apoderó de su cuerpo, desangrando su esperanza. Al contemplar el rostro del hombre que tenía enfrente, el secretario intuyó que la suya no era la única esperanza que estaba herida de muerte.

Blas de Cañarte seguía con la nota de rescate levantada, sujeta por los dos extremos superiores, pero ahora no contemplaba letras escritas por un puño estándar, veía una forma redonda e inmaculadamente blanca, que, cubierta por una pequeña funda de plástico similar a las empleadas en joyería, estaba adosada a la parte de atrás de la misma.

—Creo que ahora ya sabemos a qué se refería la nota —musitó el prelado, sin despegar la vista de la nívea hostia.

Aunque hubiera querido, Andueza no habría sabido qué decir, así que se quedó callado, rumiando una intensa rabia aliñada con una singular congoja. «¡El cuerpo de Cristo! —pensó—. ¿A qué mente extraviada podría ocurrírsele tamaña barbaridad? Aunque es posible que no sea más que pan ácimo, una broma pesada. No, eso mismo dije antes, y el dedo ha resultado ser humano. Pero eso no es óbice. Quizás esta vez...». Sin saber cómo, se oyó a sí mismo pensando en voz alta. El arzobispo Cañarte negó categóricamente esa posibilidad.

—Se equivoca, Andueza; la hostia está consagrada...

Sorprendido por la contundencia de la afirmación, pero sin atreverse a preguntar cómo había llegado a esa conclusión, sin ninguna evidencia, Andueza comenzó a morderse las uñas. Cañarte habló pausadamente.

—Ha leído la nota, Andueza, al menos la parte escrita en latín. Como bien sabe, es una lengua muerta que pocos conocen, a excepción de los universitarios dedicados a su estudio y de los eclesiásticos y demás gentes relacionadas con la Iglesia católica, ya que el latín es su lengua oficial. Es obvio que no es un texto escrito por un catedrático; está mal conjugado, la sintaxis es incorrecta y es impreciso e inexacto: ningún académico lo habría escrito así; se lo hubiera impedido su orgullo. ¿Me comprende?

—Sí, por supuesto, eminencia, eso lo entiendo, pero no consigo...

—Si no es un académico, nuestro universo se restringe a quienes mantienen una relación estrecha con la Iglesia. Eso significa que conocen sus ritos y sacramentos.

—Pero que conozcan los ritos...

—¡Déjeme acabar! —se enfadó el arzobispo.

Andueza asintió:

—Conocen los ritos, eminencia.

—Bien, querido Andueza, ahora fíjese en los detalles: el texto está elaborado con sumo cuidado; la escritura gótica es casi perfecta, parece salida de una escuela catedralicia de la Edad Media. Fíjese en el grosor de las líneas, en el tratamiento anguloso de las letras, en la diferencia entre los trazos finos y gruesos, ni una sola de las letras se ha desviado mínimamente del imaginario renglón.

—Sí, tiene razón, eminencia, es una escritura muy cuidada.

—En efecto; mírelo ahora en conjunto.

Andueza musitó una excusa, sin atreverse a mirar a su superior. Parecía que la noticia le había hecho perder el juicio. Éste le lanzó una mirada cargada de reproche, pero con voz calmada siguió instruyéndole:

—Fíjese en la «s», Andueza...

El secretario intentó esforzarse. El texto contaba con varias; todas ellas descendían por debajo de la línea del renglón, como es común en la escritura gótica cursiva. Así se lo manifestó al arzobispo.

—¡No, no, Andueza; me refiero a la mayúscula!

—Lo siento, eminencia; sinceramente, no logro seguirle.

Un silencio aún más cerrado se apropió de la estancia.

—Perdóneme —dijo el prelado finalmente—, tiene razón. Verá, sólo quería

hacerle notar que todas las palabras del texto se han escrito en minúscula, todas menos dos: «*Jesus Christi*», Jesucristo, que es un nombre propio que exige mayúscula, y «*Sacramentum*», «Sacramento».

—Sí, eso es cierto.

—Si la escritura es tan precisa, debemos pensar que esa mayúscula es voluntaria.

—Por supuesto.

—Pero ¿es que no lo ve? ¡*Sacramento* está escrito con mayúscula adornada! Quien ha hecho esto sabe lo que hace. Nadie que desconociera que, tras la consagración, el trozo de pan se transforma en el cuerpo de Cristo, lo hubiera escrito con mayúscula. ¿Lo entiende, Andueza?

—Sí, eminencia, comprendo la lógica de lo que dice. ¿Y cuál debe ser nuestra postura?

—Antes de nada devolveremos a Dios a su casa. Es lo menos que podemos hacer, tal y como le tratamos. Traedme la custodia, la capa pluvial y el paño de hombros, la mitra y un incensario.

—¿Capa pluvial, incienso? ¡Pero, eminencia, y si estáis equivocado y la hostia no está consagrada! —replicó el secretario tozudo.

—Si no es más que pan, ningún daño le hará nuestro halago —sentenció el arzobispo, muy consternado—. Mas si esta hostia fue consagrada, me pesaría toda la vida no haber desagraviado a mi Señor por estas ofensas. De modo que emplearemos todo el boato que podamos, incluyendo el incienso. Por cierto, no se olvide del *ostensorium* —concluyó, aludiendo al receptáculo sagrado donde se coloca la hostia para poder contemplarla y recibir adoración.

Esta vez, el secretario no replicó los argumentos de su superior. Salió de la habitación, fue derecho a la contigua capilla y volvió a los pocos minutos con los instrumentos de culto demandados. Venía muy cargado, porque el *ostensorium* era muy voluminoso y los adornos lo hacían aún más difícil de transportar. Cuando llegó, el arzobispo Cañarte seguía en la misma posición, con el pergamino entre las manos, envolviendo la hostia con toda su corpulencia. La sujetaba exquisitamente, como quien sostiene a un niño recién nacido, desvalido y maltratado.

—Necesitaremos unos guantes... —señaló el arzobispo al ver entrar a su ayudante.

—¿Guantes?

—Quizás haya huellas, y la policía sepa por ellas quién ha cometido esta tropelía —argumentó—. Dejaremos la hostia en la funda, pero para cogerla tenemos que usar guantes.

—Eminencia, estamos en junio. No sé dónde podremos encontrar unos guantes. Los únicos que recuerdo haber visto últimamente son los que emplean las señoras de la limpieza.

—De acuerdo, empleemos un pañuelo. ¡Mejor, coja un corporal!

—¿Yo?

—Sí, usted.

Con extremo cuidado, Andueza despegó el plástico del reverso del manuscrito y lo colocó en el *ostensorium*. Era un bonita pieza de oro y plata, rodeada de rayos ondulados que alternaban con otros rectos, acabados en forma de estrella.

Por el pasillo de la segunda planta, único acceso a la capilla arzobispal, discurrió la curiosa procesión. El secretario iba delante, moviendo hacia los lados el turíbulo que quemaba incienso; el arzobispo detrás, sujetando con la mano el viril, que no cerraba a causa de la bolsa de plástico. En intenso silencio, depositaron la hostia en el sagrario de la capilla arzobispal.

El arzobispo concluyó su rito y se quedó arrodillado junto al tabernáculo. Los postigos estaban entornados y dejaban penetrar una luz tibia y pacífica que envolvía la estancia. El secretario ocupó el banco situado a la derecha y mantuvo respetuoso silencio. Mientras rezaba, su móvil empezó a vibrar. Contestó.

—No, mamá —farfulló en voz queda—, hoy no puedo ir a comer. No, no pasa nada... Te lo explicaré luego, ¿de acuerdo?

El siseo distrajo al arzobispo, que giró la cabeza mirando con cierto desdén a su secretario. Éste, inmediatamente, se vio dominado por un intenso sonrojo.

—Don Lucas, por favor —susurró, aunque estaban solos—, necesito que convoque al Consejo. No creo que haya que advertirle que su madre debe quedar completamente al margen de este asunto...

—Por supuesto, eminencia, sólo era una forma de hablar. ¿A qué hora quiere que haga venir a sus consejeros?

—De inmediato.

—Así lo haré.



—Muy bien, don Lucas, otra cosa: llame a todos los monasterios de Navarra y entérese de si, en cada uno de ellos, el abad está en su puesto o ausente. De la nota se desprende que se trata de un hombre. En todo caso, el miembro que nos han enviado no parece pertenecer a una mujer, así pues, hemos de presuponer que acertamos. Empiece por los monasterios de ese género... De no encontrar nada, extenderemos la búsqueda a las comunidades femeninas.

—Comenzaré ahora mismo —la voz del secretario sonó animada. Por fin hacían algo productivo. Sin embargo, antes de ponerse manos a la obra mostró su extrañeza—: Eminencia, ¿puede decirme por qué tenemos que husmear en los monasterios de Navarra?

—Por el término *vicarius*, querido Andueza. En realidad, un vicario apostólico es aquél al que la Santa Sede otorga dignidad para regir con jurisdicción ordinaria a los fieles de un territorio. En esta diócesis, la autoridad me ha sido conferida a mí, pero, como puede ver, conservo todos los dedos.

—Obviamente, no hablan de usted —corroboró Andueza—, por lo que el término ha de entenderse en sentido lato, es decir, cualquiera que haya recibido algún tipo de autoridad eclesial.

—Así es, por supuesto, pero no creo que la nota haga referencia a una delegación tan genérica, porque, en ese caso, el mensaje quedaría vacío de contenido. Debe más bien de hablar de alguien que me sustituya en alguna función importante. Por tanto, la pregunta pertinente es: ¿quién, aparte de mí, tiene potestad para tomar decisiones importantes en la diócesis?

—Solamente los superiores de las órdenes monásticas de la zona poseen autoridad para ser calificados de vicarios. Aunque, quizás, no debamos circunscribirnos sólo a Navarra. En ese caso, habría más personas por las que preguntar: el presidente de la Conferencia Episcopal, el nuncio de Su Santidad, el primado de España... En fin, ¡cosas como ésta no se ven más que en sueños!

—Exactamente, Andueza.

Mientras el secretario salía, el arzobispo se incorporó, y tras realizar una leve inclinación de cabeza al altar, salió también de la capilla.

—¿Algo más, eminencia? —preguntó Andueza, al ver que su superior le seguía.

—Sí, otra cosa. Sé que usted se maneja bien en Internet. Introduzca el término *Azenar*, a ver qué encuentra. Si no hay nada, llame al archivo diocesano

y diga que busquen si hay algún dato sobre esa palabra en Navarra.

—Ahora mismo... ¿Alguna otra cosa?

—No, nada más, vaya a hacer lo que le he ordenado. Por mi parte, trataré de localizar al inspector Juan Iturri. Está en la Interpol. Sé que tengo su móvil en algún sitio, pero no recuerdo en qué libreta. Puede que aparezca en el listín general; lo miraré.

—¿Un inspector? ¿Quiere eso decir que, finalmente, va a llamar a la policía? ¡Creía que habíamos excluido esa posibilidad!

—Y lo hemos hecho. Es inspector, pero sobre todo un amigo. Haga lo que le digo, y rápido, por favor.

No habían pasado ni treinta minutos cuando el padre Andueza ya había terminado su ronda de llamadas y su búsqueda en Internet. No había más que una docena de centros de vida contemplativa en Navarra. Desoyendo los consejos del arzobispo, había telefoneado indistintamente a los monasterios y abadías de ambos sexos, para constatar que sólo dos abades se hallaban fuera de sus respectivos conventos: el superior de La Oliva, que se encontraba en Madrid, asistiendo a unas jornadas cistercienses, y el de la abadía de San Salvador de Leyre.

Fue de inmediato a comunicar las noticias al arzobispo, que estaba sentado en su despacho, con la mirada perdida.

—Eminencia, creo que nos hemos equivocado en las hipótesis iniciales. Lo he comprobado; en sus respectivas comunidades, no se ha echado en falta a ningún abad ni tampoco a ninguna abadesa.

—¿Ha hablado con todos ellos?

El prelado parecía distraído y cansado.

—Con la mayoría. He llamado fingiendo que vuestra eminencia quería comunicarles que había pedido formalmente al Santo Padre visitar la patria de san Francisco Javier...

—Sí, ya, bien... ¿Pero ha hablado con todos?

—Con todos no, eminencia; dos estaban ausentes. El abad de La Oliva está en unas conferencias en la capital. Disertaba a las trece horas de hoy sobre el cuidado y archivo de las bibliotecas monacales. Llamé al teléfono de contacto que aparecía en la noticia de Internet y me confirmaron su presencia en el auditorio. Me ha parecido innecesario molestarle, puesto que sabemos que se

encuentra bien, libre... y supongo que conservará todos sus dedos. Nada he podido averiguar respecto al abad del monasterio de Leyre, porque quien contestó había sido impreciso y, para no levantar sospechas, he obviado las preguntas más comprometidas. Pero puedo decirle que está de viaje por razones personales desde hace dos días.

El arzobispo dio un respingo; conocía bien al superior benedictino.

—¿De viaje por razones personales el abad de Leyre? ¡Qué raro, odia abandonar su claustro! Que yo sepa sólo visita la casa de Solesmes cuando no queda más remedio.

—El fraile con quien he hablado dice que, probablemente, haya ido a visitar a su familia: una hermana enferma e impedida, eminencia.

—De acuerdo, continúe.

—De los miembros de su Consejo, sólo he conseguido comunicarme con dos personas: el general de la curia, padre Antonio Mangado, y el de pastoral, padre Tomás Pastor. —El secretario guardó un respetuoso silencio, para que el arzobispo procesara la información. Ambos vicarios estaban abiertamente enfrentados—. Los demás, o no tienen móvil o no contestan. Como usted dijo, traté de convocarles de inmediato, sin embargo, el primero me ha advertido que no podría llegar a la cita antes de las dos de la tarde, se encuentra en casa de su madre, en su pueblo, a 40 kilómetros de la capital. Así pues, llamaré después de las dos.

—Bien —contestó el arzobispo—, eso nos otorga cierto margen.

«Sí —pensó el secretario—. Quizás el tal inspector Iturri pueda abrir una nueva puerta a la esperanza, aunque, en realidad, lo que necesitamos ahora es un milagro».

—A propósito, Andueza, ¿ha averiguado algo acerca de quién firma el documento? *Azenar*, creo que era.

—¡Pues sí, eminencia, ya me había olvidado de eso! Consulté en Internet; no había mucha información, pero he podido recabar que *Azenar* parece ser un apellido, ilustre en algún momento del siglo XI, quizá del XII... He localizado un documento que habla de un tal «sennor Azenar Azenarez de Funes».

—¿Del pueblo de Funes! ¿Quiere eso decir que es una familia navarra?

—No sabría decirle. Lo que he encontrado es un documento por el que se concede a esa familia un privilegio en el monasterio de Leyre.

—¡Leyre! ¿No me ha dicho que era el abad de Leyre al que no había podido localizar? —preguntó alborozado el prelado.

—En efecto, así es.

Cañarte se incorporó, dejando traslucir algo de esperanza en sus movimientos.

—De acuerdo, Andueza, vamos a hacer dos cosas: la primera averiguar dónde vive la hermana del abad. Llámela y hable con ella. Pregúntele si su hermano está allí, si le ha visto recientemente, o si espera su visita.

—Muy bien, así lo haré. El portero ha mencionado un hospital francés.

—Luego, llame a Fortún, Javier o Luis Javier, no me acuerdo muy bien del nombre. ¿Sabe a quién me refiero? —El secretario negó con la cabeza—. Es un historiador especialista en el monasterio de Leyre; colabora con nosotros en algunos temas artísticos. Supongo que en nuestros archivos encontrará dónde localizarle. Pregúntele, por favor, si le suena ese apellido Azenar y de qué...

—Voy de inmediato, eminencia.

Andueza hizo ademán de salir, pero no lo hizo. Sin más armas que el coraje otorgado por el miedo, tragó saliva y preguntó a su superior lo que le inquietaba.

—Eminencia, ¿ha hablado ya con ese inspector?

—No, pero voy a hacerlo ahora mismo.

## VIII

*Puerto de Bayona, Pontevedra*

*Sábado, 12 de junio*

El rostro del inspector Juan Iturri, torturado por el impreciso olor de la traición, se debatía entre la ira y el asco. Con los móviles de sus hombres retenidos, sellados en una bolsa de pruebas, quemándole en la mano, acababa de derrumbarse en una de las sillas de mimbre que adornaban la terraza del club náutico de Bayona. A aquellas horas, el lugar parecía deslucido y frío con las pequeñas butacas en alto, sobre las mesas, mostrando las zonas que el barniz no había tocado.

Aún con la respiración agitada a causa de la rabia, introdujo la mano en los bolsillos de su chaleco antibalas, descuidadamente abrochado, hasta localizar el paquete de tabaco y su vieja y ennegrecida pipa. Luego llenó la cazoleta y aplastó con el dedo índice las hebras que desbordaban la cavidad. Acercó el mechero al depósito y aspiró. El tabaco estaba seco y un crujiente sonido cuarteó el aire.

Tratando de amagar su frustración, fumó con ansia. Sin embargo, aquel placer no le satisfizo. Sumergida en una maraña de sentimientos, su mente no podía digerir aquellos hechos. ¿Cuál de sus hombres sería el traidor? ¿Cuántas monedas habría recibido el nuevo Judas por ésta felonía?

La duda le exasperaba. Como policía de altos vuelos, Juan Iturri jamás se había enfrentado a algo similar. Conocía, por supuesto, que a ciertos agentes con elevadas cargas familiares o vicios caros les resultaba duro llegar a fin de mes. Pero el porcentaje de quienes tomaban la salida más rápida era tan pequeño que, pese a esos casos, el cuerpo componía una figura digna y respetable. El inspector

podía llegar a comprender que algunos recibieran minúsculas inyecciones de fondos procedentes de manos negras; podía admitir algún beneficio en especie pero pensar que, por dinero, uno de los suyos ayudara a escapar de su cerco al pederasta más buscado de Europa, al criminal al que llevaban persiguiendo tres largos años, excedía los límites de lo razonable.

Una idea cruzó fugazmente su mente. Quizás no fuera por dinero... Acaso los motivos que animaban al traidor fueran mucho más sucios.

El inspector observó el horizonte. Empujado por los crecientes vientos, el oleaje merodeaba la costa intentando trepar por los encrespados muros de la fortaleza, suspendida sobre el Atlántico, con sus tres torres desafiando al océano. Al chocar contra los hoscos peñascos, las olas dejaban tras de sí una estela de nieve marina que brillaba en la oscuridad.

Fascinado por aquella luz, Juan Iturri se olvidó por un momento de su angustia. Con los ojos prendidos en el espectáculo, le sorprendió la amanecida. Llegó súbitamente. Perfilando trazo a trazo el litoral, sus rayos fueron asiendo los arenales, incendiando las playas cercanas con su luz de estreno. La claridad barría la bahía, la sembraba de motoras, veleros y pequeños pesqueros que aprovechaban el contraluz para lanzar sus potas a la caza del apreciado calamar de la ría.

El traicionero viento roló a éste y entró en el puerto. Su fuerza comenzó a izar olas que removían la mar como si se tratase de una marmita de lacón con grelos. En sus amarres, las embarcaciones deportivas cimbrecaban alzándose peligrosamente para caer de nuevo en las redes del abismo negro. Uno tras otro, los pesqueros recogieron a toda prisa sus aparejos. Luchando contra las duras corrientes, docenas de gaviotas seguían a los botes en su vuelta a puerto, esperando su festín matutino.

Una de aquellas enfurecidas rachas de viento trajo agua hasta su redondeado rostro y mojó su cuidada barba corta. Juan Iturri no se movió. Con sus gruesas manos, extendió el salitre por sus pómulos, quemados por las largas horas a la intemperie y se secó después los restos en sus pantalones.

Se puso en pie y, sujetando fuertemente la bolsa que contenía los móviles, atravesó los edificios del selecto club de yates. En unos minutos se encontró en la avenida que discurría paralela al mar. Tomó una de las bocacalles laterales y se sumergió en el corazón de la villa, aún en duermevela. Angostas callejuelas

cobijaban edificios de piedra y solera. El número de tabernas era tan grande como el de portales. Pocas estaban abiertas. Escogió una, situada en los bajos de una casa de nombre rimbombante, muy en la línea con los escudos que festoneaban su fachada nobiliaria. La elección, no obstante, poco tuvo que ver con el arte; se trató, más bien, de los succulentos olores que invadían la callejuela.

Entró y se acercó a la barra. Pidió una tortilla de bacalao y se sentó en el fondo. Cuando se la servían, observó cómo la cocinera sacaba una gruesa ristra de churros de una enorme sartén y, tras escurrir el exceso de aceite, cortaba y espolvoreaba las porras con azúcar. No pudo resistirse, y se comió también media docena. Los nervios encendían su apetito. Permaneció varias horas en aquel local medio desierto, reflexionando, al mismo tiempo que pasaba, sin fijarse, páginas de un periódico atrasado. Recurrentemente venía a su mente una queja: ¡no se lo merecía!

Cerca de las once, con el estómago repleto, se levantó. Recordando a su madre, camarera durante años, dejó una generosa propina y abandonó el local.

Había poca gente como él, deambulando por las calles. El ventarrón había estropeado la mañana. Unas letras de neón se encendieron de improviso: anunciaban los servicios de una agencia de viajes. Entró y pidió un coche de alquiler. No le dio tiempo a la mujer a quitarse siquiera la chaqueta. Tenía ante sí un viaje de 800 kilómetros, pero cada día le daba más miedo volar.

Con las llaves en la mano, sin pensarlo mucho, buscó el teléfono de Lola MacHor. Hacía semanas que no pensaba en otra cosa, pero cuando su nombre apareció en la pantalla del móvil dudó. Se alisó la barba con los dedos. Como los de sus sienes, los cabellos que nacían a partir del labio inferior eran entrecanos y le recordaban cada mañana que el tiempo de ser feliz se agotaba. Debería haberse fijado en una persona accesible, sin compromisos. Su trabajo no le dejaba mucho tiempo libre; había conocido a algunas mujeres, pero en cada una de ellas había visto una imitación barata de la jueza Lola MacHor.

Deseaba llamarla, oír su voz, probar suerte. El oráculo del sueño aseguraba que la encontraría receptiva a sus encantos. En aquellos momentos, Iturri sonreía mientras se la comía a besos. La versión gris sólo presagiaba que le costaría trabajo conquistarla; la negra, que ya había un hombre en su cama.

Él prefería apuntarse al sueño y, por eso, cogió el teléfono. Sin embargo, con él en la mano se preguntó qué iba a decirle. Tras casi seis meses sin verse, debía

buscar una excusa creíble que justificara la llamada. No se le ocurrió ninguna, de modo que se quedó allí, arengado por el viento, mirando el visor.

Pensando en la jueza, le sorprendió la llamada. «Identidad oculta», rezaba su pantalla. ¿Quién tenía su número? Todos los que conocían su teléfono estaban fichados por la memoria del aparato. Dejó que sonara, pero quien le buscaba no cejó.

Su enemigo tenía la insana costumbre de regodearse en sus triunfos. Otras veces lo había hecho por e-mail, o dejando mensajes en el contestador de la central... Quizás hubiera cambiado de táctica. Pero ¿cómo había conseguido su número? Tenía que haber sido el traidor. Sí, seguro que había sido Judas.

Una rabia irrefrenable fue alzándose hasta arrollar el resto de sentimientos. Apretó la clavija oportuna y sin esperar contestación chilló:

—¡Esta vez te has librado, hijo de puta! Has ganado este asalto, pero has de saber que seré yo quien gane la guerra. ¡Te cazaré, mal nacido; te juro por mis muertos que probarás en la cárcel tu propia medicina! Cuando tus colegas de prisión conviertan tu asqueroso culo en una boca de metro, estaré allí ¡Te lo juro, estaré allí, observando, disfrutando!

Al otro lado de la línea, respondió una voz indecisa.

—¿Inspector Iturri? ¿Juan?

Quien llamaba hablaba en tono amable. En él se percibía una amabilidad que le extrañó.

—¿Sí? —respondió el policía, sorprendido.

—Inspector Iturri, veo que no he escogido un buen momento para llamarle. Lo siento, pero el asunto que tengo entre manos es urgente y no me ha quedado más remedio que importunarle. Necesito su ayuda.

—¿Quién es usted, con quién hablo? —preguntó Iturri irritado.

—¡Ah, perdone mi torpeza, inspector! No se lo he dicho. Soy Blas de Cañarte, arzobispo de Pamplona.

—¡Arzobispo! Eminencia, no esperaba su llamada. De hecho, tengo su teléfono memorizado, pero al indicar que era una identidad oculta... En fin, tengo un caso entre manos... Por favor, olvide lo que ha oído, si puede —se disculpó, incapaz de ofrecer una explicación plausible para sus exabruptos.

—Desde luego ha transmitido usted una imagen impactante, inspector, justo lo que yo preciso en estos momentos... Finjamos que no he oído nada, querido



Juan. En realidad, no puedo perder el tiempo. Dirigirme a usted es mi mejor recurso, si no el único. Inspector: necesito urgentemente su ayuda. ¿Podría decirme dónde está?

Iturri no respondió de inmediato. El arzobispo esperó, apretando los labios.

—Estoy en España —contestó al fin, sin ofrecer más detalles—. Curiosamente, acabo de alquilar un coche para desplazarme hasta Pamplona. Voy a pasar allí una semana de vacaciones.

—¡Bendito sea Dios! ¡Gracias, Señor; antes de que le pidamos ayuda, ya nos atiende! ¿Se da cuenta, inspector? —contestó alegre el eclesiástico.

—No exactamente, eminencia. Pero si me hace partícipe de sus preocupaciones, estoy seguro de que me haré una idea más precisa.

—Sí, sí, perdone. Trataré de ser preciso. Es un asunto complejo.

—Adelante, no se inquiete. Me haré cargo —contestó el policía, conciliador.

—De acuerdo, allá voy. Hoy, esta misma mañana, hemos recibido un paquete inesperado. Un cofre de madera en forma de ataúd. Contiene un dedo ensangrentado. El índice, para hablar con precisión, y es de verdad, inspector. Quiero decir que es humano.

—Extraño regalo, eminencia.

Iturri acostumbraba ralentizar las conversaciones interrumpiendo a su interlocutor. Los estorbos le ofrecían un valioso tiempo, necesario para procesar la información recibida.

—Pues aún hay más, inspector. Junto al miembro, venía un pergamino con unas extrañas frases de reivindicación, escritas en arameo y latín.

—Perdone, arzobispo, ¿me está usted hablando de un secuestro? —se apresuró a preguntar.

—Sí, eso es lo que parece, inspector: un secuestro y una nota de rescate.

—Y esas extrañas frases...

—Siento interrumpirle, inspector, pero no he terminado. Creo que será mejor que le cuente toda la historia.

—Sí, por supuesto, adelante.

—En la parte trasera de ese pergamino, venía pegada una bolsita de plástico, una de éstas con cierre. Contiene una forma redonda de pan ácimo.

—¿Quiere decir una hostia?

—Eso es lo que quiero decir. Desconocemos si está o no consagrada, aunque

hemos concluido que lo está. En suma, inspector, que se han llevado a Dios presente en la hostia santa y a una persona, un vicario dice la nota.

—Un vicario... —repitió el inspector.

—La nota es imprecisa, sólo habla de un vicario, pero tras muchas cavilaciones, hemos concluido que se trata de un abad.

Iturri miró hacia el mar encrespado. Transcurridos tantos años debería haberse acostumbrado a estas situaciones, pero no lo había hecho.

—De acuerdo, arzobispo. Vayamos por partes: dígame exactamente qué decía esa nota.

—Como le narraba, afirman que retienen a un vicario. Sin duda, no es la única posibilidad, pero hemos telefonado a la docena de abadías y monasterios que existen en la comunidad foral. Hemos podido hablar con las cabezas de todos los centros, menos con uno: el abad de Leyre, Pello Urrutia. Según los frailes, Pello ha salido de viaje; el destino, un sanatorio francés donde está ingresada su anciana hermana. Mi secretario se ha puesto en contacto con ella. La mujer, aunque paciente de un psiquiátrico, parece lúcida, y dice desconocer por completo la visita. Nos ha contado que el abad acude rara vez a verla, y, cuando lo hace, avisa con suficiente antelación.

—Es decir que Urrutia es el más firme candidato, aunque deberíamos plantearnos otras opciones...

—Creo que acertamos con Urrutia, inspector. Verá, el pergamino viene firmado por un tal Azenar. Hemos investigado un poco; se trata de un nombre vulgar en la región por los siglos XI y XII. Un historiador nos ha contado que ese apellido figura cincelado en uno de los contrafuertes del muro norte del monasterio de San Salvador de Leyre. El nombre parece pertenecer a una familia de maestros canteros de la Edad Media, uno de cuyos miembros murió quemado por blasfemo en una de las últimas etapas activas de la Inquisición... En fin, creemos que es Leyre; creemos que retienen a su abad.

—¿Han hablado con los monjes?

—No, usted es el primero que conoce estos detalles. Hemos preferido confirmar los datos, para no asustarles innecesariamente.

El mar seguía embravecido. En la bahía, las embarcaciones subían en picado, para caer derrotadas partiendo las olas. Iturri preguntó con interés casi morboso:

—¿Cuánto dinero exigen, eminencia?

El silencio no duró mucho.

—En realidad, inspector, lo que fundamentalmente quieren es un relicario que está custodiado en el museo diocesano, una pieza de incalculable valor artístico, amén del espiritual. Contiene el mayor *Lignum Crucis* de la diócesis.

—¿Qué dice que contiene, eminencia? No he oído bien.

En Galicia comenzaba a llover.

—Un *Lignum Crucis*, inspector.

—Disculpe mi ignorancia, arzobispo, pero desconozco el significado de ese término.

—¿*Lignum Crucis*? ¡Ah, es una expresión latina! Quiere decir el leño de la cruz; la cruz de Cristo, por supuesto. El relicario contiene una astilla. La tradición dice que el santo madero fue encontrado por santa Helena, madre del emperador Constantino, en unas excavaciones tras una intervención milagrosa. Los restos de la misma fueron distribuidos por toda la cristiandad. Nuestra reliquia pertenece a la madera que rodeó la mano izquierda del Salvador. Naturalmente, la guardamos como oro en paño.

—Rara petición —insistió el policía.

—Sí, tiene usted razón. Yo tampoco creo que sea esa pequeña astilla lo que buscan los secuestradores... Es mucho más lógico que pretendan el continente que el contenido. El fragmento se conserva en una bella pieza de traza gótica del siglo XIV, confeccionada en plata y oro. Es muy similar a la que se puede observar en San Pedro del Vaticano. Como puede imaginar, se trata de una pieza extremadamente valiosa.

—Puedo imaginarlo, eminencia... Perdóneme que le interroge, pero me gustaría conocer más detalles. Usted ha dicho que los secuestradores *fundamentalmente* querían un relicario. Si no me equivoco, ha empleado esa expresión. ¿Quería indicar que hay otras exigencias no fundamentales?

—¡Sabía que no me equivocaba llamándole! ¡Las caza usted al vuelo! Siempre le he recordado como el hombre de los detalles. Pero, en este caso, no ha sido más que una frase desafortunada. No sé por qué lo he expresado de esa manera. Habrá sido mi subconsciente.

—Eso es lo que me preocupa, eminencia. Nuestros subconscientes son mucho más listos que nosotros.

De nuevo abundaron los silencios. Cañarte se tomó unos segundos para

contestar:

—Tiene usted razón, desde luego, en todo... En fin, no lo sé... Como le decía, la pieza en cuestión es muy valiosa. Sólo las piedras que lleva incrustadas, vendidas en el mercado negro, sobrepasarían con creces un precio razonable, pero...

—¿Pero? —repitió Iturri.

—No sé, inspector; es valiosa, pero no lo suficiente; no como para cortar un dedo y enviarlo así. Esto es una pequeña provincia y yo un arzobispo de pueblo.

—Le comprendo, eminencia. Es posible que, en efecto, haya algo extraño en esa petición. —El inspector seguía hablando en voz alta, mucho más para sí mismo que para ser escuchado por su interlocutor—. Puede que esa petición no tenga sentido para usted o para mí, pero estoy completamente seguro de que lo tiene para el secuestrador. —Y sin esperar los comentarios del arzobispo, preguntó—: Eminencia, usted, ¿qué es lo que piensa?

El arzobispo no contestó de inmediato. Parecía estar buscando en su memoria alguna conexión con ese *Lignum Crucis*.

—No sé qué decirle, inspector.

En aquel mismo instante, Iturri confirmó lo que llevaba rato royendo su razón: que el arzobispo mentía o, al menos, ocultaba algún dato vital. Se limitó a tomar nota. A ciertas edades y ocupando determinados puestos, se tiene mucho más pasado que futuro. Y del pasado, siempre cuelga un *handicap*.

—Hábleme del dedo, eminencia... ¿Está totalmente seguro de que es humano?

—Lo es. La sangre que salía de él aún no estaba coagulada. El hombre... En fin, comprendo que lo que voy a decir suena fatal, pero... se mordía las uñas.

—Y junto a la nota de secuestro, una hostia.

—Sí. En una pequeña bolsa con autocierre —aclaró el prelado.

—Curiosos envases para tan extraños presentes. Me decía que desconocen si la hostia está consagrada.

—Lo desconocemos, es cierto. ¡Pido a Dios que sólo sea pan; suplico desde que la he visto que no sean manos satánicas o blasfemas! Sin embargo, me temo que el cielo no oirá mis súplicas.

—¿Por qué piensa así?

—En la nota de rescate, la palabra «sacramento» está escrita con mayúscula.

Eso sólo puede tener una explicación: que quien lo ha hecho sabe lo que hace. De ser un seguidor de Cristo, nunca lo hubiera hecho, de modo que...

Al arzobispo se le quebró la voz.

—Comprendo, eminencia —concluyó Iturri con preocupación—. Un dedo, un secuestro, una sagrada forma, una reliquia. Si he de serle sincero, lo que me cuenta no tiene muy buen aspecto. Debería usted llamar a la policía enseguida, cuanto antes. Ése es el mejor consejo que puedo darle.

—Sí, sí... Sé que es eso exactamente lo que debería hacer. Pero ya sabe cómo son estas cosas. ¡Si la prensa se entera, quizás el secuestrado corra peligro! ¡Y mi Señor, perdido entre los malhechores!

—No tiene por qué enterarse. La policía, cuando quiere, es capaz de ser extremadamente discreta.

—Ésa no es la única razón...

«¡Lo sabía! —pensó Iturri alborozado—. Ocultaba algo, pero ha llamado a Poirot y le he pillado».

—¿Hay algo que no me haya contado, don Blas? —dijo, tratando de que su voz no denotara su excitación.

—Verá, querido Juan, la palabra está escrita con mayúsculas.

—Bueno, no veo en ello ningún problema grave —contestó el inspector.

—Quizá no, o quizá sí. Pero nuestro extorsionador empleó el arameo y el latín para escribir su nota, dos lenguas extrañas para el común de los mortales. Es probable que sea o pueda ser uno de...

—De los suyos...

—Así es, cabe la posibilidad, no demasiado remota, de que sea de los nuestros, un miembro de la Iglesia.

Iturri guardó silencio. Ya lo comprendía; el arzobispo temía que se tratara de alguna venganza interna y que, al salir a la luz, la propia Iglesia se viera perjudicada. Por eso, prefería esperar dejando al margen a la policía. El arzobispo, que se había mantenido respetuosamente callado al otro lado del teléfono, volvió a intervenir:

—En fin, inspector, no quisiera que pensara que desprecio a los cuerpos de policía; no es así, de hecho debo decir que admiro su valentía y su abnegación, pero no puedo decir lo mismo de su discreción. ¿Me entiende si afirmo que me es imposible arriesgar tanto? Usted conoce la institución policial por dentro y

también la Iglesia. Ambas son complejas estructuras. El riesgo es alto. Si finalmente el culpable fuera uno del grupo, podríamos causar daños irreparables a las sencillas almas de muchos fieles.

El inspector ya no podía ver la costa. La lluvia arreciaba sobre los cristales de su coche de alquiler.

—Le comprendo, arzobispo —respondió con simpatía—. Pero también ha de comprenderme usted a mí. En cierta medida, me siento aprisionado por los zapatos que calzo.

—Iturri, querido inspector. ¡Por favor!

Éste se tomó unos segundos para contestar. Extrañado por la evasiva de su interlocutor, el arzobispo apretó los labios y esperó en silencio.

—De acuerdo, eminencia, ¿qué es lo que sugiere?

—¿Podría venir, por favor? —suplicó el eclesiástico tratando de que su tono de voz sonara convincente.

—Estoy fuera de mi jurisdicción, no quisiera ponerme a mal con la gente de Pamplona. Supongo que conocerá que, en nuestro cuerpo, los celos profesionales causan mil y un problemas.

—Por eso no se preocupe, ¡déjelo en mis manos! Haré las llamadas pertinentes y será usted destinado temporalmente a ésta comisaría; en comisión de servicios o algo por el estilo. Además, si viene de vacaciones, quizá pueda... extraoficialmente, ya me comprende. ¡Por favor, inspector, querido Juan, necesito su ayuda! ¡Ya ve lo que tengo entre manos!

Juan Iturri permaneció pensativo un momento, repasando los muchos inconvenientes que le acarrearía aceptar aquella invitación y, también, el reto que ella entrañaba. Había activado los limpiaparabrisas delanteros. En la mar, los elementos se comportaban de manera revolucionaria. Reflexionaba sobre los hechos y el contexto, cuando, sin saber por qué, la jueza Lola MacHor se inmiscuyó en su pensamiento. Quizá pudiera llevar con ella el caso. Se decidió casi de inmediato. Blas de Cañarte no podía verlo, pero una gran sonrisa iluminaba su rostro quemado por el sol:

—Eminencia, mañana por la mañana me tendrá allí. De momento, le ruego que no haga nada. Intentaré averiguar desde aquí qué grupos de delincuentes operan en la zona de Navarra. Lo que me ha narrado huele a Europa del Este. Aserrar dedos no es muy civilizado, ni muy occidental. Podría tratarse de un

encargo de algún coleccionista caprichoso o, quizá, de algún radical religioso. En fin, le mantendré al corriente de mis averiguaciones. Lleve el móvil con usted si abandona el Palacio episcopal, aunque le recomiendo que, en la medida de lo posible, evite salir. Es posible que los malos puedan querer ponerse en contacto con usted y la vía más sencilla es el teléfono. En ese caso, llámeme de inmediato.

—Siento ser impaciente, inspector, pero ¿no podría coger un avión ahora?

En el diccionario de Juan Iturri, la palabra avión no encabezaba la lista de palabras agradables. Aun así, lo hubiese hecho. Pero antes de viajar a Pamplona, debía dejar encauzado el asunto del pederasta y de su traidor.

—Lo siento, monseñor, no me es posible acudir en este momento. Tengo un caso entre manos que he de rematar. No se preocupe, el día pasará rápido. Todo se solucionará para bien. Y, por favor, ¡no haga nada sin consultarme!

—¡Dios le bendiga, inspector! —respondió el arzobispo Cañarte, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Juan Iturri colgó el teléfono y fijó sus ojos en el mar grisáceo, completamente desquiciado. Pero, a los pocos instantes, el móvil volvió a sonar. No miró quién llamaba, supuso que el arzobispo había olvidado contarle algún detalle.

—¿Eminencia? —contestó.

—¿Ahora me llamas así, querido amigo? ¡Te lo agradezco; es un término arrogante! En realidad, tienes mucha razón: lo que hago es casi religioso, y por lo que veo, eres incapaz de frenarme. ¡Creo que para mi próxima filmación me vestiré con una larga sotana negra! Querido inspector, a estas alturas ya debes de estar convencido de tu ineptitud. Pero no te inquietes, aun así te pagaré. Enviaré a tu oficina mi última creación. Es una monada, ¡sólo tiene dieciocho meses! ¿Te imaginas lo bien que lo vas a pasar?

—¡Cabrón, hijo de puta! ¡Te juro que te cortaré ese vergajo de mierda que llamas pito! ¡Hijo de puta!

Un toque le indicó que su interlocutor había colgado, pero siguió descargando su ira. Luego, se echó a llorar. Aún con los ojos húmedos, olvidándose de la lluvia y de la ventisca, salió del coche y entró en el primer bar que encontró. Tras sacudirse el agua del cabello, pidió un coñac. «Caro y doble», matizó. El licor penetró suavemente, le calentó de inmediato la garganta. Lo

terminó en dos tragos. Pagó y volvió al automóvil. Buscó la bolsa que contenía los móviles y la levantó hasta dejarla a la altura de los ojos.

—¡Te voy a coger y te pudrirás en el mismísimo infierno, cabrón! — exclamó.

Estaba cansado, pero se puso al volante y enfiló la carretera que unía la bahía de Bayona con la ciudad de Pontevedra, donde tenía instalado su centro de operaciones.

Deseaba llegar pronto, por eso aceleró. En la tercera curva le detectaron. La velocidad a la que marchaba no pasó desapercibida al radar del coche patrulla de la policía de tráfico, que se encontraba camuflado tras un enorme cartel publicitario. A los pocos minutos, las sirenas y el ruido del megáfono le obligaron a detenerse a la derecha. Lo hizo entre maldiciones. Permaneció dentro del coche. Por el espejo retrovisor, observó cómo un jovencísimo agente salía del coche patrulla y se le acercaba. La lluvia caía en cascada desde su gorra hasta su cara. Su compañero se quedó dentro. Sin duda, comprobaba la matrícula del vehículo retenido.

—Buenos días, caballero...

Su voz sonó suave, casi infantil.

«¡Dios mío, cada vez son más jóvenes!», pensó Iturri.

El agente continuó:

—¿Es consciente de que ha rebasado con creces los límites de velocidad?

Documentación, por favor.

—Agente...

—Documentación, por favor.

—Verá, agente...

—Salga del coche. Huele usted a alcohol. ¿Tiene inconveniente en que se le practique un test de alcoholemia? ¿Quiere darme de una vez su documentación?

El joven comenzaba a dar pruebas de nerviosismo. Juan Iturri no insistió. Abrió la guantera, y le entregó los papeles del coche. Luego, sacó su carné oficial.

—Inspector Iturri... —leyó el joven policía—. ¿Pertenece usted a la Interpol?

—Sí, así es —contestó.

—Me alegra conocerle, inspector, siempre es un honor saludar a alguien de



la Interpol, pero se da la circunstancia de que ha violado usted las normas de tráfico. He de multarle. Y por lo que veo ha bebido.

—Agente, estoy de servicio. Me he visto obligado a beber con un sospechoso —mintió.

—Le comprendo, inspector, pero, si ése es el caso, no debería usted haber cogido el vehículo. Supongo que ni en la Interpol estará permitido.

La radio empezó a emitir incesantes palabras entrecortadas. El policía se alejó del coche para contestar, pero no lo suficiente. Iturri pudo escuchar el hilo de la conversación. Su compañero le preguntó algo y él respondió con la palabra Interpol. Desde el coche patrulla, recibió la orden de dejar seguir al agente «de inmediato»; Iturri lo oyó bien, señal de que el jefe había chillado. Pero el joven agente no pudo resistirse:

—Mi sargento dice que puede marcharse. Pero yo le recomendaría que tomara un poco el aire antes de seguir. Puede tener un accidente, y lo que es peor, provocarlo. Debería aparcar en la próxima área de descanso y dormir un poco.

—Gracias, agente; le prometo que lo haré —contestó, evitando cruzarse con su mirada fija y despreciativa.

Juan Iturri no se movió de la cuneta. Sometido al ruido de la lluvia, con los párpados cerrados, se dejó invadir por el creciente sopor. Estaba verdaderamente cansado.

En su sueño era de noche y no llovía. Estaba en aquel altozano de roca rodeado de mar. Dirigía alternativamente sus prismáticos al último de los pantalanés flotantes y al puerto. En el primero fondeaba lo que esperaba contuviera su trofeo, una lujosísima embarcación de nombre *Destino*. No parecía haber actividad a bordo: la motora auxiliar y la moto de agua seguían en su hangar, junto a la grúa retráctil que permitía botarlos, pero la vigilancia había confirmado que el sospechoso no había desembarcado. En el otro extremo del puerto deportivo, en una zodiac amarrada a un velero portugués, estaban sus hombres. Preparados para un pronto abordaje, se asían como podían a los cabos que bordeaban la eslora.

Todos esperaban nerviosos que llegara la orden. Pero el móvil del inspector Iturri seguía sin sonar. «Maldita sea, ¿qué demonios están haciendo?».

El inspector se había resguardado del viento tras uno de los cañones de bronce que bordeaban el castillo de piedra. Se habían disparado por última vez durante las guerras carlistas. Se lo había explicado uno de los vigilantes jurados de la fortaleza. Convertido en parador de turismo, sus muros cobijaban gentes de alto *standing*, cuyos bienes necesitaban protección. A medianoche, había venido a traerle una copita de aguardiente de hierbas. «No se que hace usted ahí, pero esto no le vendrá mal —le había dicho—. Los marineros lo llaman *consolante*. La verdad es que lo que más consuela es el frío».

Mientras degustaba el aguardiente, Iturri fingió el ademán de apuntar el cañón hacia la imponente nave valorada en tres millones de euros, la envidia del puerto. «Fuego», dijo en voz alta, imitando el ruido de un disparo. Luego volvió a contemplar la pantalla de su móvil, que dormía pacífico. «¡Por Dios! ¡A qué coño esperan!».

En realidad, la conclusión de la operación Humo no estaba prevista hasta unos días después. Sin embargo, el desenlace fue inopinado. A bordo del *Destino*, el teléfono había sonado tres veces consecutivas, con pocos segundos de diferencia. Ninguna de las llamadas había recibido contestación. La central había confirmado que procedían del mismo número: un móvil no fichado. Teniendo en cuenta que habían sido realizadas a las cuatro de la madrugada, Iturri decidió intervenir de inmediato, lo cual no era sencillo, porque la operación se desarrollaba simultáneamente en cinco países.

El inspector de la Interpol llevaba meses estudiando cada detalle de la misma: habían seguido con paciencia a docenas de personas y estudiado los movimientos de sus cuentas bancarias y sus conexiones informáticas; conocían la estructura de los edificios donde habitaban o trabajaban y tenían datos de sus clientes, empleados e incluso del servicio doméstico. Por conocer, conocían hasta sus gustos culinarios. Acumular información tenía una finalidad: evitar que un cabo suelto estropeará la redada. Por ello, desconocer quién y por qué llamaba a su presa a aquellas horas había encendido todas sus alarmas mentales.

Desde que hacía cinco años abandonara la policía científica pamplonesa para incorporarse a la Interpol, para Juan Iturri «Humo» era su primer caso de envergadura y estaba decidido a resolverlo. Por ello, observando la bahía desde su escondite mientras recibía las bofetadas del viento, pensaba insistentemente en esas tres llamadas. «Joder, ¡cuánto tardan!», se dijo ansioso. La señal de

confirmación que había de venir de Praga se retrasaba.

Doscientas personas, una cuarta parte de nacionalidad española, tenían ya anudado el lazo al cuello. Pero esta vez la redada tenía como primera finalidad dar caza al cerebro de la red, más que a sus usuarios. En tres ocasiones, había logrado zafarse de la justicia, pero esta vez el inspector tenía la esperanza de que el mayor pederasta del mundo occidental, conocido en los medios policiales por su capacidad de esfumarse, sería detenido.

Los datos le habían situado en el puerto de Bayona, en las rías bajas gallegas, embarcado en un lujoso *Pershing 88* de 27 metros de eslora. Se habían desplazado hasta allí y en aquel momento lo vigilaban. El viento y la humedad, muy alta, intensificaban la sensación de frío; los golpes de las olas contra el acantilado, la de peligro.

Mientras se frotaba las manos, pensó en la nueva situación. Se alegraba de que la operación llegase al final, porque, tras concluir el caso, iba a tomarse unas merecidas vacaciones. No pensaba visitar una exótica playa, ni irse de pesca a algún lugar solitario. Pese a la belleza del lugar, había tenido suficiente mar. Llevaban meses con la operación, semanas de vigilancia a corta distancia. En el interior de aquella embarcación, sus ocupantes disfrutaban de una lujosa estancia; ellos, por el contrario, se veían obligados a tragar salitre y humedad, ocultos en lugares que siempre olían a pescado podrido. No, no quería sol ni playa. Lo que deseaba era volver a casa, a Pamplona, y por unos días olvidarse de la Interpol, de las jarcias y drizas, y de los pederastas.

Juan Iturri no tenía demasiados amigos. Era un hombre callado, ávido lector y cazador voluntario de soledades. Sin embargo, a pesar de sostener que un policía debía evitar ataduras, en la capital navarra contaba con un pequeño grupo de personas que se alegrarían de verle. Pachi, su compañero de pelota, a quien nunca había conseguido vencer; su tía Alicia, que a sus ochenta y dos años seguía bordando las pochas... y Lola MacHor.

El teléfono se hacía de rogar. Desde su posición, pudo comprobar los problemas de sus hombres. Cuando enfocó los prismáticos, uno de ellos vomitaba por babor, sin que aquello disminuyera la concentración del resto.

«Sin embargo —quiso convencerse—, se les ve alegres. A todos nos sacan de quicio los pederastas». Tratando de consolarse por las incomodidades, el sueño atrasado y el nerviosismo que le roía, cargó su pipa con una buena dosis

de tabaco negro.

No conocían su nombre, tenía más de diez. Tampoco su rostro, sólo una fotografía desenfocada de hacía una década. Se decía que era rumano, aunque había quien le atribuía nacionalidad rusa, y hasta danesa. La policía científica había advertido en una de sus últimas grabaciones que parecía tener acento gallego o quizá portugués. Cuando su pista apareció en un lujoso yate, creyó que le habían cazado. Sorprendentemente para él, había mucha gente que podía permitirse un lujo como aquél. El astillero italiano del que procedía, les había proporcionado dieciséis páginas completas de ilustres nombres y apellidos, cuando no de pomposas fundaciones.

En ocasiones, Iturri había dudado de que su oponente fuera real. Pero esa duda sólo había existido unos instantes, porque las pruebas resultaban aplastantes. Distribuía películas que él mismo filmaba. Los niños eran cada vez más pequeños, las prácticas más atroces y el beneficio mayor. Infiltrado en la red como un usuario más, y previo pago de una suculenta cantidad de dinero, Juan Iturri había accedido a todo aquel repugnante material. Al ver alguna de aquellas cintas, había tenido que abandonar en el acto la sala con el vómito en la garganta. Para dormir, se había visto obligado a abusar de los tranquilizantes o del coñac francés. Pero ahora, la red estaba tejida y en su papel de araña vengativa esperaba pacientemente a la presa. Pronto todo acabaría.

De inmediato, se dio cuenta de que su pensamiento era una quimera. Aquella barbaridad no acabaría nunca. La maldad humana podía ser infinita. «Al menos —pensó—, retrasaré su desarrollo algunos meses, y decenas de niños podrán vivir una existencia infantil, donde el balón o los peluches sean los únicos *entretenimientos*. Y yo volveré a casa, y ganaré a Pachi y amaré a Lola, si ella me lo permite».

El tenso silencio continuaba mientras la zodiac daba tumbos en el mar encrespado, ahora iluminado. Su trabajo resultaba desesperante en muchos casos, estéril en otros; siempre, demasiado lento. Repasó mentalmente los detalles. La persecución y el cerco habían ofrecido datos sorprendentes. No serían psicópatas los detenidos, sino consumados perversos en busca de nuevos retos. Personas de apariencia corriente; trabajadores infatigables, honrados cumplidores de sus responsabilidades laborales y cívicas. Había abogados, estudiantes, carpinteros, profesores universitarios, cantantes y hasta una puntual

conexión en un ministerio español. Uno de los que caerían aquella noche encabezaba la lista de los contribuyentes a las obras de caridad a favor de la infancia; otro, era un juez de menores.

El ruido del teléfono le sobresaltó, pese a que lo esperaba.

—Estamos listos, inspector —escuchó al otro lado del aparato.

—De acuerdo, todos a la vez; coordinación extrema en todos los puntos. Recuerden que es prioritario alejar a esos cerdos de los ordenadores. Quiero que sigan el procedimiento al milímetro. Cualquier fallo será empleado por los abogados defensores para cortarnos los cojones. Ok. Esta vez, amarraremos el humo. Adelante.

Colgó, cogió la moto policial y bajó hasta el puerto deportivo. Se subió a la zodiac, se dirigió a los hombres con los que compartía misión y ordeno:

—Si fuera posible, quiero silencio y calma. Salvo que peligre gravemente vuestra vida, mantened el arma en su funda. El último análisis de infrarrojos dice que nuestro hombre está solo. Los datos son frescos, de hace una hora, y no hemos visto subir a nadie a bordo. Espero, por ello, que la operación sea sencilla. Suerte a todos.

Pese al oleaje, el potente motor de la zodiac les condujo a la embarcación en un santiamén. Abordaron el barco por popa, ayudados por la plataforma de baño. Tenían una orden judicial; entraron como un ciclón. Su batalla, sin embargo, acabó antes de iniciarse. El barco, cuyos planos habían estudiado en tantas ocasiones, estaba vacío. En el salón de cubierta, sobre el mueble bar, descansaba un vaso bajo de cristal con abundante hielo y restos de algún licor. Junto a él, un cenicero metálico lanzaba un humo blanquecino. Dos pequeñas luces rojas demostraban que el vídeo y el ordenador portátil estaban enchufados, pero ninguno de ellos mostraba actividad. La pieza había vuelto a esfumarse.

Emplearon dos largas horas en registrar el barco al milímetro y buscar huellas. Nadie habló durante el proceso. Fueron testigos de un modo de vida que a todos ellos les estaba vedado. «Nunca he visto un trabajo de carpintería como éste —pensó Iturri—. Aunque esté pagado con el llanto de bebés mancillados, es verdaderamente sublime».

Descolgaron los cuadros, unas hermosas acuarelas con motivos náuticos, pero no ocultaban más que su arte y una caja de seguridad vacía. Cuando la abrieron, una alarma silenciosa sonó en alguna compañía de seguridad. En poco

más de veinte minutos, desplegando luces y sonidos estridentes, una embarcación se personó en la propiedad. Iturri les despidió con cajas destempladas. Le llamaron desde la cocina: en la basura, uno de sus hombres acababa de encontrar un CD roto. Era difícil extraer datos válidos de discos dañados pero, en todo caso, lo intentarían. Por curiosidad, abrió el frigorífico de doble puerta: las cigalas eran enormes; las dos botellas de champán llevaban la etiqueta Möet-Chandon. Lo cerró con suavidad mientras reflexionaba. Resultaba evidente que la operación había fallado. Su presa había escapado nadando. No habían pensado en esa salida dado el tiempo y a esa distancia de la costa. Hasta ese momento, había mantenido la calma, había estado incluso más tranquilo de lo razonable, pero estalló furibundo al escuchar la primera observación de su segundo. Los demás fijaron sus ojos en el suelo enmoquetado sin saber qué decir.

—¿Un error? ¡No, no y no! No ha habido ningún error. Los datos eran exactos. Simplemente, hemos sido descubiertos.

—¡Eso es imposible! —protestó el agente Strong—. ¡La operación se ha llevado a cabo en el más estricto de los secretos; pocas personas, aparte de nosotros y del juez encargado, conocían la redada, y todos son de confianza!

—Strong, mire a su alrededor, y verá cuál es el fallo de su razonamiento —dijo tratando de calmarse—. Alguien ha violado esa confianza. Pero no se inquiete, seguiremos al acecho. La próxima vez, le cazaremos.

Todos levantaron la mirada, con ánimo de retirarse, pero Iturri les detuvo. Recolocó los guantes de látex en sus dedos regordetes, sacó del bolsillo una bolsa de pruebas y la abrió con parsimonia. Más tarde, miró a su alrededor, girando sus manos pedigüeñas.

—Señores, les agradeceré que depositen aquí sus teléfonos móviles. Todos ustedes. La central les entregará otros, a la mayor brevedad.

—Inspector, ¿qué está sugiriendo?

—¡Cállese, Loire, y comience por el suyo! Agente Sádaba: veo por las marcas de sus pantalones que usted tiene dos aparatos.

—¡Pero éste es particular! —exclamó el policía, tratando de ocultar con la mano las manchas de vómito que llenaban la pernera—. Tengo la libreta de direcciones, el teléfono de mi madre y mi novia.

—No se inquiete, se lo devolverán pronto. Es por su bien; ahora todos somos

sospechosos. Supongo que estarán tan interesados como yo en ser exculpados cuanto antes de esa carga.

—De acuerdo, inspector, está en su derecho... —La voz del policía sonó agria—. Aunque se equivoca con nosotros.

—Así lo espero, agente, pero Strong tiene razón. La operación estaba bien tejida. Sólo hay una explicación para este fracaso: entre nosotros hay un traidor. Esas tres llamadas perdidas eran una señal. Supongo que no se enfundó en un traje de neopreno y se echó al mar porque sí. Ahora, estará desayunando en algún hotel de lujo. No pararé hasta localizarle. Y que Dios le pille confesado.

Con los móviles a buen recaudo, Juan Iturri abandonó el barco y se dirigió al puerto. Antes ordenó que recogieran la moto, aparcada cerca del pantalán.

Un potente trueno despertó al inspector. Miró en rededor. No recordaba dónde se encontraba. Fuera seguía lloviendo y la humedad enfriaba el ambiente, pero el policía estaba sudando.

## IX

*palacio arzobispal, Pamplona*

*Mediodía del sábado, 12 de junio*

Monseñor Cañarte no cuidaba de su grey basándose en estudios de mercado o en la aplastante ley del pensamiento mayoritano. Creía gobernar en la persona de Cristo, muerto por representantes fidedignos del pensamiento correcto y mayoritario de su época, pero comprendía que negociar formaba parte de sus funciones como arzobispo.

No formalmente, claro. Como representante directo de los apóstoles, su nombre estaba escrito en el libro administrativo del cielo. Esa inscripción le facultaba a arreglarse con el Espíritu Santo, interpretando su voz y poniendo en práctica sus decisiones con toda la libertad que le otorgara Roma. Sin embargo, sabía por convicción y experiencia que en un mundo de derechos y libertades, el lenguaje de la imposición había perdido muchos enteros, cayendo casi en desuso. Hacía tiempo que él lo tenía reservado para circunstancias extraordinarias, de cuya ejecución pudieran derivarse trascendentales resultados para su Iglesia. Sólo había sido voluntariamente inquisitorial en dos ocasiones, ambas lejanas, ambas justificadas.

El arzobispo de Pamplona entendía que, en los tiempos modernos, sucumbir a la tentación del grito o del mando imperativo tenía poco sentido; optar por el cinismo, ninguno. Por ello, en sus veinte años en puestos de responsabilidad eclesiástica, primero como obispo auxiliar y luego como arzobispo, había aprendido el valor de la persuasión, de esa habilidad para convencer a la gente de que hiciera de buena gana lo que tenía que hacer.

Pese a todos sus esfuerzos, obraba en su conocimiento que, dentro de su



rebaño, existía un sector disidente, para el cual su devoción y su ortodoxia eran signos inequívocos de debilidad y falta de progresía. Blas de Cañarte no se dejaba amedrentar por ellos, pero tampoco se atrevía a despreciarlos. No en vano, Jesucristo había dejado solos y a merced de los peligros a noventa y nueve buenos animales, para ir en busca de la descarriada oveja negra.

Tal era la hondura de su convicción, que había nombrado miembro de su Consejo a uno de los representantes de aquel sector discrepante. Conocía bien al resto de su escolta espiritual. Tenía plausibles argumentos para estimar a priori cuáles serían sus recomendaciones en ese caso. Sin embargo, no estaba seguro de la reacción del padre Tomás Pastor, ni del efecto que sus palabras causarían. «¡Qué pena que haya respondido a la llamada!», dijo para sí. Temiendo que los rumores estropearan el rescate del abad desconocido, rezó para que aquel hombre, al menos por aquella vez, fuera prudente y respetara su voto de silencio.

La reunión entre el arzobispo y dos de sus vicarios, con Andueza como testigo, había comenzado a las dos y media de la tarde. El padre Tomás vestía pantalón de algodón beige y niqui azul marino. Largos mechones de pelo rizado colgaban descuidadamente de su frente. En su muñeca derecha, unas pulseras trenzadas con hilos de colores. Por el contrario, el vicario general vestía pantalón y camisa de color oscuro, pero no llevaba alzacuello.

Antes habían tomado, en actitud distante, un tentempié que la cocinera les había preparado. Durante la charla informal, el secretario sugirió en tono afable mantener a la policía alejada del asunto, debido a las peculiaridades del caso que apuntaban a alguien con conocimiento eclesial. Los demás estuvieron de acuerdo. En realidad, el consenso fue casi inmediato. Los cuatro eclesiásticos temían por igual a la policía, o, al menos, a algunos de sus elementos, agentes escandalosamente anticlericales que filtrarían de inmediato la noticia a la prensa, tergiversándolo todo y coartando sus futuros movimientos.

Más tarde, se había servido café en la biblioteca. Los dos vicarios fumaron. El aire se fue viciando, hasta que se vieron obligados a abrir la ventana. La sala carecía de aire acondicionado y el calor de la tarde veraniega incrementaba la sensación de ahogo.

—Éstos son los hechos, queridos hermanos... —Tras rezar un credo, con la voz tenue y la espalda ligeramente cargada por el peso de los acontecimientos, el arzobispo había abierto la sesión—. Creemos que uno de nuestros hermanos está

secuestrado y que, junto a él, se halla Nuestro Señor sacramentado, sufriendo nuevamente la cruz de la vejación y la ignominia. Desconocemos la identidad de la persona retenida, a la que debe pertenecer el dedo que hemos recibido, pero el candidato más probable es el abad del monasterio de Leyre. Entre los abades y abadesas de la zona, es el único con quien no hemos podido contactar.

»Otros datos parecen corroborar esta hipótesis. El apellido Azenar, extraña rúbrica con que finaliza el pergamino que nos han remitido, corresponde a uno de los antiguos constructores de ese templo; así nos lo han confirmado los historiadores del lugar: Azenar es uno de los maestros que estampó su firma en uno de los capiteles del interior de la iglesia abacial.

»Entendemos que los supuestos secuestradores prometen liberar a ambos si les entregamos una valiosa pieza de nuestro museo: el relicario del *Lignum Crucis*. ¿Qué opináis, hermanos? ¿Qué os parece? Os rogaría que hablarais con toda libertad.

Pareció que el arzobispo tenía algo más que añadir, pero se contuvo. Su tarea consistía en introducir la cuestión y al acabar quedó con la cabeza gacha. El vicario general, padre Antonio Mangado, le relevó de inmediato. Sus dientes marfileños sonreían, pensando que sus dotes para la oratoria le permitirían en pocos lances salirse con la suya:

—Queridos hermanos, creo que estaremos todos de acuerdo en que no podemos acceder a un chantaje, pues eso es a lo que se reduce esta situación... —Dirigiendo una mirada a su alrededor, el vicario buscó la sugerida unanimidad—. Acceder a esa vil petición sería nuestra ruina, la ruina de la Iglesia entera. Ella no lo merece. Pagar duplicaría, sin lugar a dudas, los delitos. Hoy el secuestrado es un abad, mañana será un obispo, pasado mañana el Santo Padre o alguien de su séquito. Además —continuó imponiéndose una mueca irónica—, quien ha realizado esa petición, desconoce que ese bien, el relicario quiero decir, no es de libre disposición. Los aquí presentes somos simples administradores de ese legado. No somos accionistas propietarios que toman decisiones. Y añadido más: aunque el acta de propiedad corresponda por justicia a la Iglesia, estamos ante un bien que pertenece al común. Ese relicario ha sido testigo de excepción de gran parte de la historia de Navarra, una historia que no puede terminar en manos ajenas. Por todo ello concluyo, esperando que todos seamos de la misma opinión, que nos está vedado entregar lo que esos individuos piden: no podemos

entregar lo que no es nuestro —sentenció.

Pese a la lógica de su razonamiento y a la fuerza que solía imprimir a sus palabras, la unanimidad sugerida por el elocuente discurso del padre Antonio no pudo alcanzarse. El padre Tomás irrumpió en la discusión, de la mano de la variable que el vicario general había voluntariamente arrinconado.

—No olvide, querido hermano —interrumpió—, que el reino de Dios no es de este mundo. Cristo mismo nos hizo saber que su Iglesia es un dominio espiritual. Lo que sus fieles hemos de buscar en este mundo, no son las riquezas, ni siquiera medidas en términos de cultura o historia, sino la perfección en la caridad. A través de varios pasajes evangélicos, Jesucristo realiza un nada tímido llamamiento a la pobreza. Permítame que le recuerde la escena de la viuda pobre, exaltada porque, en lo poco, dio todo lo que tenía. O la triste condena del joven rico... ¡Tantas y tantas veces nos lo recordó el Señor, y cuán pronto lo olvidamos! Sin caridad, todos los bienes, incluso los más excelsos, pierden su valor.

El vicario general trató de sonreír, pero su gesto sólo mostró su enfado. Se dirigió al prelado, y menospreciando a su colega de pastoral, musitó:

—El padre Tomás, querido arzobispo, nos recuerda lo obvio: que cada uno de nosotros, como simples fieles, hemos de buscar la perfección a través de la pobreza de corazón. No obstante, junto a esa virtud individual, la Iglesia precisa de instrumentos materiales para realizar su labor: locales, instrumentos, catedrales y ornamentos con que adorar a Dios. No podemos ni debemos renunciar a ellos. Lo que se acaba de afirmar aquí, en la práctica, es pura entelequia.

El color se había concentrado en el rostro del padre Tomás, que se mostraba de un tono cercano al carmesí. A pesar de ello, su voz sonó tranquila, casi pacífica:

—«Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Así tendrás un tesoro en el cielo». Creo que el mensaje de Cristo es inequívoco. No se trata de ninguna entelequia; Dios mismo nos exhorta a renunciar a todos los bienes por Él. Jesucristo no precisa de ellos, es omnipotente, pero nos pide que, por Él y su evangelio, los compartamos con los pobres, con los necesitados, con los hambrientos, con los secuestrados. El mensaje debe aplicarse por igual a personas e instituciones y, por tanto, alcanza a todos los bienes, incluyendo los

ricos relicarios de oro y piedras preciosas.

—¿Y también al *Lignum Crucis*? ¡Podríamos quizá regalar los cálices y los retablos! ¡Podríamos ceder la catedral de Burgos para un albergue de peregrinos! —contestó el padre Antonio, con la mirada cargada de reproche.

—Si de esa manera redujéramos la pobreza y la injusticia, ¡por supuesto que lo haría, de mil amores! —se envalentonó el padre Tomás, preparando mentalmente el siguiente asalto.

—¡Vicarios, hermanos queridos en el Señor! No estamos aquí discutiendo la pobreza evangélica —medió el prelado con voz conciliadora—. ¡Por favor, tenemos a un hermano nuestro secuestrado! Ésa, y no otra, es ahora nuestra preocupación. Queridos hermanos, ¿cómo hemos de proceder?

—Arzobispo —se lanzó el vicario general—, me veo en la obligación de volver a mencionar que resulta meramente anecdótico que la Iglesia navarra custodie ese bien. El relicario y el *Lignum Crucis* son patrimonio de la humanidad, y ante ella respondemos. —Y zafándose de su formalidad académica, incidió—: ¡Por todos los santos, ese relicario está cargado de historia, de la sagrada historia de la Iglesia y del reino de Navarra! ¡Por Dios, es intocable, intransferible! ¡Ni siquiera deberíamos considerarlo!

—Vicario —insistió el padre Tomás, tozudo—, lo nuestro, lo de Cristo, son las personas... y la pobreza. Dice usted que no podemos acceder al chantaje, porque sería nuestra ruina. Pero de no hacerlo, provocaremos la ruina de un ser humano. No quiero tener eso en mi conciencia —replicó—. Vos, eminencia, ¿seréis capaz de soportar esa carga?

Molesto por el órdago, su oponente, que conservaba la camisa abotonada hasta el cuello pese al calor, se levantó y se acercó al buró en busca de un poco más de agua. Se sirvió un vaso y bebió poniendo cara de disgusto. Estaba tibia.

Mientras, monseñor Cañarte mantenía tozudamente su silencio. El secretario Andueza, desorientado por el mutismo de su superior, decidió intervenir, añadiendo nuevos datos a la discusión.

—Vicarios, ¿me permiten que les refresque la memoria? Creo que no han considerado ustedes convenientemente el asunto del Santísimo. Les recuerdo —dijo con la voz más humilde que fue capaz de fabricar— que hay otra persona secuestrada: el mismo Cristo, vivo en la sagrada hostia. Quizá convendría analizar las repercusiones de este hecho.

No le dejaron terminar. Arrogante, el vicario general frunció el ceño y le quitó la palabra, con gélido gesto:

—¿Qué pruebas tenemos de lo que está diciendo? ¿Basándose en qué argumentos afirma que está consagrada? ¡Nada sabemos de esa hostia; absolutamente nada! Quizá, como usted dice, esté consagrada, quizá no, de forma que no trate de manipular la discusión. Yo, por mi parte, apostaría que no lo está.

—¿Por qué lo afirma tan categóricamente? ¿Qué pruebas tiene? Le ruego que las comparta de inmediato con nosotros —sentenció el padre Tomás.

—¿Por qué, usted me pregunta por qué? Es obvio, vicario, simplemente me rindo a la lógica: conseguir un trozo de pan sin levadura es mucho más sencillo que obtener una Sagrada Forma. Si el secuestrador sabe que ambas hostias causarán el mismo efecto en nosotros, incapaces de discernir entre ellas debido a que la transustanciación no produce ningún efecto físico en la materia, ¿para qué optar por el camino más largo?

—En eso le doy la razón, arzobispo —acató el padre Tomás—. Además, su argumento me permite reafirmar mi posición inicial: lo importante es el abad. Su secuestro sí que puede tener repercusiones.

Sin querer, al secretario Andueza se le escapó un comentario.

—Pues yo no lo veo tan claro.

Los dos vicarios despreciaron sin más contemplaciones al secretario, no así el arzobispo, que rompió su mutismo para preguntar:

—Explíquese, querido Lucas, ¿qué no ve claro, la naturaleza de la hostia, el relicario...?

—Ninguna de ellas, eminencia, pero no tiene importancia alguna.

—Para mí sí que la tiene, Andueza. A todos nos gustaría escuchar sus pensamientos. ¿Será tan amable de compartir sus reflexiones con nosotros, querido Lucas?

El arzobispo se entretuvo unos instantes, mirando a ambos vicarios. La posición del solideo violeta quedó meridianamente clara, y ninguno de ellos se atrevió a contradecirle.

—¡Por supuesto, eminencia! En fin, sé que lo que voy a decir parecerá a los oídos inhumano y falta de virtud cristiana, pero creo que responde a la realidad que rige los tiempos modernos: desde que se permitió a los fieles comulgar

empleando las manos, desde que las ciudades y los pueblos están llenos de iglesias vacías, cuyas propiedades se hallan bajo la única protección de una llave antigua, las profanaciones al Santísimo están a la orden del día. Si lo que digo es cierto, y creo que lo es, entonces, ¿por qué enviarnos también una hostia, consagrada o no? ¡El dedo hubiera sido suficiente prueba para forzarnos a ceder a cualquiera de sus pretensiones! ¡Es un dedo humano ensangrentado, brutalmente arrancado! Con un simple vistazo, uno se puede hacer perfectamente a la idea del dolor que tuvo que sufrir la persona a la que se le arrebató y, por tanto, del dolor que se le puede seguir infligiendo.

—Entiendo lo que dice, Andueza... —fue el padre Tomás el que habló, expresando el sentir de todos—, pero no sé adonde quiere llevarnos. ¿Qué conclusiones saca de lo dicho?

—Bueno, no lo sé con exactitud. —Se sentía avergonzado por su osadía, y, sin embargo, dejó fluir sus ideas, convencido de tener razón. No se percató de que había hecho suyas las conjeturas de su superior—. Acaso los secuestradores pensaran que nosotros, los eclesiásticos, somos prescindibles: a un abad le sustituye otro abad; a un papa, otro. Con la muerte del superior de un monasterio, la Iglesia no perdería nada; por el contrario, tendría otro mártir en su haber. No obstante, Nuestro Señor no es prescindible; Él es el centro de nuestra fe. Con el envío de una hostia sagrada, los secuestradores refuerzan el argumento inicial. Es como si nos dijeran: «Si no lo hacéis por vuestro abad, hacedlo, al menos, por vuestro Cristo. Si el dolor de su vicario no es suficiente demostración, pensad en su Señor, también en nuestro poder». Quizá, por eso, pusieron en la nota la expresión *Sacramentum* con mayúscula, es posible que, por el mismo motivo, protegieran la hostia con un plástico. Nos estaban diciendo que sabían lo que hacían, que conocían su valor. No ignoran nuestras costumbres y creencias. Por el contrario, saben perfectamente cómo es la tela que cortan. Eso es lo que yo pienso y, por esos motivos, no veo tan claro que la hostia esté sin consagrar. Estimo que, tras ella, se oculta algo más; algo que no hemos sabido descubrir —concluyó el secretario.

Sorprendidos por sus argumentos, ninguno de los presentes le respondió. Ante el extraño consenso, el silencio se adueñó de la estancia. La calma pareció sorprender al arzobispo; como si aquella tregua le interpelara, izó la mirada y tragando saliva consiguió argumentar:

—Queridos hermanos en el Señor, agradecería que me ofrecierais un consejo unánime. Necesito que lleguemos a un acuerdo. ¿Qué creéis que debemos hacer? ¿Pensáis que hemos contemplado todas las opciones? Quizá, finalmente, yo esté equivocado y debemos informar prontamente a la policía.

El padre Tomás dio un golpe en la mesa y luego se levantó, tomando inmediatamente la palabra:

—Parece claro que entregar el *Lignum Crucis* no cosechará la mayoría de los votos. No obstante, tenemos que hacer algo, hemos de emprender una acción que sea eficiente y, al mismo tiempo, rápida; una maniobra que nos devuelva sano y salvo a nuestro hermano el abad de Leyre, si es que, finalmente, se trata de él...

—¿En qué está usted pensando? —musitó el arzobispo.

—¡Démosles nosotros el dinero! —exclamó exultante el padre Tomás—. Quizá, si logramos reunir la cantidad suficiente, los secuestradores le liberen sin daño. Al fin y al cabo, ¿qué quiere un secuestrador sino dinero? ¿Para qué le sirve un relicario si no es para venderlo y sacar una succulenta tajada de la transacción?

—¡No sabe usted lo que dice! —protestó el arzobispo, visiblemente nervioso—. La situación económica de la diócesis no es precisamente feliz. Todos ustedes saben que los problemas financieros nos asolan. No podemos obtener el suficiente dinero con tanta premura.

—Empleemos los fondos que íbamos a destinar a la misión en Latinoamérica. Si no me equivoco, ascendían a más de medio millón —propuso el vicario general.

—¡Esa salida es imposible, padre! —rechazó Cañarte.

Su negativa fue tan rápida que todos le miraron extrañados.

—¿Podríamos saber por qué? —musitó el padre Antonio.

—Lo hemos transferido —sentenció el arzobispo con notable azoramiento.

—¿Ya lo han transferido? ¡Yo pensaba que la diócesis aún debía decidir a qué misiones concretas se destinaría ese dinero!

—Pues pensaba usted equivocadamente —respondió el arzobispo enfadado—.; con esos fondos no podemos contar.

—¡Hagamos una colecta! —propuso el padre Tomás—. ¡Sí, eso es, hagamos una colecta extraordinaria! Estoy seguro de que el pueblo de Dios responderá con generosidad ante una petición como ésta. ¡Sirvámonos de la prensa! Se

podía diseñar una campaña de concienciación.

—¡No hay tiempo para organizar una colecta! —arguyó el padre Antonio—, pero quizá su eminencia conozca a algún alma caritativa con una nutrida cuenta corriente, dispuesta a colaborar con la causa.

—¡Sí, eso es! —exclamó el secretario, metido ya en el tema como un miembro de pleno derecho. Dirigió sus pequeños ojos de crustáceo hacia el arzobispo, y sugirió—: Seguro que los secuestradores se conforman con medio millón, quizá con menos. Eminencia, usted podría conseguir un cuarto de millón con solo hacer unas llamadas. Si explica las circunstancias, estoy seguro de que esas personas poderosas y compasivas se lo darán sin hacer preguntas.

El rostro del prelado simulaba un sudario blanco y muerto. Parecía ajeno por completo a las elucubraciones de los miembros de su Consejo. Andueza repitió la sugerencia, esta vez con mayor énfasis, logrando que el arzobispo levantara la cabeza y les mirara alternativamente. Con parsimonia, se quitó el solideo violeta, dejando ver una amplia calvicie. Con él entre las manos, respondió:

—Queridos hermanos, os agradezco mucho que hayáis aceptado mi llamada de forma tan intempestiva. Vuestras reflexiones me han sido muy útiles. Las consideraré con el Señor y luego tomaré una decisión. Ésta es una de esas circunstancias en las que el peso del cargo equivale a una auténtica losa. Espero que el Espíritu Santo y la santísima Virgen me ayuden a llevarla, hasta alcanzar el buen puerto. Gracias a todos.

—Eminencia —protestó el padre Tomás, alzando su rostro combativo y juvenil—, comprendo que es usted quien ha de tomar la decisión final, pero, al menos, podría hacernos partícipes de sus reflexiones. Quizá pueda decirnos con cuál de los argumentos expuestos se alinea su postura.

—Querido amigo: mi Señor, a quien sirvo desde hace muchos años, por quien he dejado de lado placeres y bienes que me hubieran estado permitidos, por quien respiro, por quien vivo, ha sido profanado, y alguno de sus hijos secuestrado y dañado, ¡quién sabe si mortalmente! No es momento de diplomacias, es momento de rezar. A ello les conmino a todos. Y les recuerdo, nunca insistiré suficiente sobre este punto, que todo lo que aquí se ha dicho es estrictamente confidencial. La vida de una persona está en juego.

—Pero eminencia, ¡el relicario es un bien valiosísimo para la Iglesia y la historia Navarra! —chilló el padre Antonio.



—Lo sé, no insista —y levantándose, dio por concluida la reunión, no sin antes interpelar a sus huéspedes—: ¿Desean sumarse a mi oración en el oratorio?

Todos lo hicieron, pero no durante mucho rato. El padre Tomás se excusó a las cinco; el vicario general diez minutos después. Sólo el secretario episcopal permaneció expectante, sentado en el banco de la derecha, mirando cómo los minutos se consumían y su ánimo se derrumbaba estrepitosamente. Un mal presagio iba adueñándose de él a pasos agigantados.

A las seis en punto, el móvil —esta vez en forma de vibración, ya que, tras la llamada de su madre, Andueza había cambiado el tono— levantó de su asiento al secretario y le hizo abandonar la estancia.

—¿Sí? —respondió en voz baja.

Temía de una manera pueril que, de alguna forma, el secuestrador se hubiera hecho con aquel número.

—Eminencia, Juan Iturri al aparato.

—¿Iturri? —preguntó extrañado.

—Sí, soy el inspector Iturri. ¿Con quién hablo?

—¡Ah, sí, disculpe, inspector Iturri! Me alegra muchísimo saludarle; el arzobispo esperaba su llamada. Soy su secretario, le aviso de inmediato.

Tratando de templar los nervios, el sacerdote recorrió el pasillo y se colocó junto a su superior.

—Eminencia, siento interrumpir su oración, pero le llama el inspector Iturri.

El nombre agrietó el silencio, dando paso de nuevo a la dura realidad. Monseñor Cañarte nunca se había sentido tan solo.

—Voy de inmediato —contestó levantándose del banco, para volverse a inclinar antes de salir.

Tomó el teléfono y entró en su despacho, dejando la puerta abierta. Las palabras iban a llegar hasta el oído de Andueza y el prelado lo sabía.

—Inspector, gracias por telefonar tan pronto. Esperaba ansioso su llamada: ¿qué puede contarme?

—Buenas tardes, arzobispo. Lo cierto es que no son muchos los datos que he podido recopilar en tan breve plazo.

—No se preocupe, me hago cargo; la investigación lleva su tiempo. Pero entiendo que, si me llama, es porque habrá encontrado algo.

—Lo único que puedo decirle, eminencia, es que los primeros datos no

parecen cuadrar con la hipótesis de partida.

Con voz ajada, el prelado contestó:

—Le escucho, Iturri.

—Ahora le pongo en antecedentes, pero antes quisiera que me dijera si ha habido alguna novedad que yo deba conocer.

—Nada de nada, inspector. ¡Y es terrible! La espera me está resultando verdaderamente angustiada. Por eso, cuando ha llamado, me ha reabierto la senda de la esperanza.

—Temo defraudarle, eminencia; no soy portador de las noticias que espera. Sólo hemos descartado por improbables algunas de las hipótesis iniciales.

—Bueno, al menos sabremos a qué atenemos —contestó el prelado, que dejó vagar su mirada por el suelo en señal de descontento.

—He indagado en varias fuentes, sin apenas resultado. Primero nos hemos centrado en el asunto del dedo. Verá, padre, hasta hace pocos años, practicar mutilaciones era algo inusual en la vieja Europa. Desgraciadamente, la caída del muro de Berlín diseminó por la zona euro a una buena parte de los mafiosos comunistas; se trata de antiguos policías, especialmente violentos, para los que la vida tiene un valor casi testimonial. Se ganan la vida con el secuestro, la extorsión y los grandes robos. No obstante, hasta este momento, Pamplona ha quedado fuera de su territorio. En todo caso, he consultado con varios policías e indagado en sitios diversos. No he encontrado nada de nada: ninguno de nuestros informantes ni de nuestros expertos tiene noticia, ni siquiera remota, de que una banda de ese tipo opere en la zona norte de España. El terreno está limpio. Tampoco los colombianos parecen tener nada que ver.

Con un suspiro de resignación, Cañarte contestó:

—Al menos, es un alivio pensar que no está en manos como ésas...

—Sí, eminencia, eso es cierto. Descartada inicialmente esa hipótesis, me he centrado en la prenda del rescate, pero tampoco he logrado gran cosa. Para empezar, debe saber que los ladrones de obras de arte acostumbran ser tan respetuosos con la integridad de las personas como desconsiderados con sus propiedades. Como lo suponía, a los expertos de la Interpol no les cuadra el objeto pedido como rescate con la prueba enviada. Los ladrones de este tipo suelen ser de guante blanco, no van por ahí amputando dedos. Por otro lado, mis informantes dicen que ningún coleccionista caprichoso ha hecho un pedido

similar últimamente.

—Sin embargo, inspector, hay un dedo humano en mi nevera —declaró el arzobispo con resolución.

—Sé lo frustrante que esto puede llegar a ser, eminencia, pero le aseguro que hacemos todo lo que podemos.

—¡Perdóneme, querido Juan, he sido injusto! Usted no tiene la culpa, pero es que...

—No se disculpe, comprendo cómo se siente, pero esto es lo que hay.

—Bien, de acuerdo. Sus fuentes resultan baldías en este caso, pero yo quisiera saber qué piensa usted. Le he llamado porque es un amigo, pero también porque confío plenamente en su olfato.

—¡Ah, mi olfato, eminencia; cada día es más torpe!

—Pero usted tiene algo en la cabeza...

—Tengo que seguir investigando, pero, si quiere mi opinión, se la doy: creo que este asunto debería encauzarse más por la línea de la profanación que por la del rescate: el empleo del arameo y del latín; las extrañas frases y la rúbrica; la hostia... Todo parece trufado de ritos religiosos. He de confesar que esa dirección se apunta como muy peligrosa. Esa gente no sabe nada de racionalidad. Son fanáticos, extremistas convencidos de sus mentiras.

El inspector esperó la réplica, pero ésta no llegó. Aunque no podía verle, Iturri interpretó las sombras que acompañaban al silencio de su interlocutor.

—En todo caso, eminencia, mi análisis es prematuro. Tengo pendiente hablar con uno de nuestros expertos en materia de profanaciones sacrílegas; quizás él nos aclare alguno de los detalles que ahora nos resultan tan incomprensibles.

—Gracias, inspector.

Ahora fue Iturri quien dudó unos instantes, antes de continuar.

—Eminencia, siento tener que decirle esto, pero debo hacerlo: otra de las hipótesis que no podemos despreciar es que se trate de una venganza. No sé si se habrá dado cuenta, pero usted me dijo que quien firmaba la nota, ese tal Azenar, no sólo había sido uno de los maestros constructores de Leyre, sino que también había muerto quemado en la hoguera por blasfemo. No sabemos si con ese nombre los secuestradores apuntan hacia Leyre o hacia la blasfemia y la venganza.

—Lo tengo muy presente, querido Juan, pero tampoco acierto a interpretarlo.

—En fin, eminencia; mañana estaré en Pamplona. Espero entonces haber avanzado en mis pesquisas. Cuando llegue, iré derecho al palacio arzobispal.

—Gracias, inspector; le espero mañana.

La voz del prelado navarro sonó extrañamente calmada. Iturri captó de inmediato el matiz.

—Una cosa más, arzobispo —interrumpió el policía.

—Le escucho, Juan.

—Eminencia, usted ha sido quien me ha buscado; supongo que lo habrá hecho porque confía en mí —especuló, esperando escuchar la respuesta.

—En efecto, así es. Me impresionó cómo resolvió aquel robo que tuvo lugar en el Palacio episcopal en el año 1990. Creo que es usted un gran profesional.

—Le agradezco el cumplido. Pues bien, le ruego, le suplico que me escuche: no tome decisiones sin contar conmigo; espere hasta que yo llegue. ¡Hágame caso, por favor, no sabe con quién se enfrenta!

—Gracias por preocuparse por nosotros, inspector, pero...

—Le conozco, arzobispo, sé que trama algo; lo noto en su voz. ¡Por favor, fíese de mi palabra! No está tratando con ángeles, sino con demonios. Usted preocúpese de los primeros, y deje para mí a los segundos. Dígame qué pasa por su cabeza, por favor.

—No se inquiete por mí. Le veo mañana, gracias de nuevo. Si hubiera novedades, le telefonaría.

Monseñor Cañarte colgó y cayó rendido en la butaca de piel de su despacho. Ocultó el rostro entre las manos y comenzó un rosario de sollozos. Su secretario observaba incómodo la escena desde el pasillo. Ver llorar a un hombre resulta desagradable; ver hacerlo a tu superior, frustrante. Pero si sabes que tiene sólidas razones para deshacerse en lágrimas, sólo cabe tratar de acompañar ese profundo dolor con el silencio. Tras un largo paréntesis, el arzobispo volvió a ponerse en pie.

—Don Lucas, necesito que me haga otro favor.

—Por supuesto, eminencia, lo que usted quiera —respondió éste, con decisión.

—Necesito hablar con Ildefonso Petit, el asesor financiero de la diócesis. Tengo el teléfono de su despacho, pero hoy es sábado, es inútil llamar allí: no habrá nadie. He probado antes el número de su domicilio; le he llamado varias

veces, pero no contesta. Se me ocurre que, haciendo tan buen tiempo, haya podido ir a su casa de La Ribera. Recuerdo haber estado en ella en una ocasión, mi memoria la ubica en el término municipal de Peralta, aunque podría encontrarse en alguna otra localidad cercana. Querría hablar con él enseguida. ¿Cree que con estos datos podría usted localizarle?

—Espero que sean suficientes. Si la propiedad está a su nombre, o quizás a nombre de su esposa, será fácil. Me pongo de inmediato. En cuanto consiga su número de teléfono, se lo comunico.

—No, prefiero que le llame usted de mi parte. Pregúntele si le sería posible venir esta tarde, cuanto antes mejor. Dígale que es un asunto de vital importancia y que a mí me resulta imposible desplazarme. Estoy seguro de que accederá.

Andueza no tuvo excesivos problemas en descubrir el emplazamiento de aquella propiedad. El número no figuraba en el listín telefónico, pero, como sospechó al oír el nombre del financiero, era una finca suficientemente grande para que todos los habitantes de los alrededores la conocieran. No estaba en el pueblo de Peralta, sino en el vecino de Falces, pero eso no fue ningún impedimento. El primer párroco con el que el secretario episcopal contactó le ofreció todos los datos que precisaba sin necesidad de hacer averiguaciones: 500 hectáreas nunca pasan desapercibidas, y menos a un párroco observador, que busca fondos para reparar la iglesia de su pueblo.

Nadie dice que no a un arzobispo; Ildefonso Petit, tampoco, aunque por ello le llovieran las ácidas críticas de su mujer, que se quejaba de su abandono justo cuando sus suegros iban de visita. A la hora de la cena, atacado por la curiosidad, el asesor financiero se hallaba en la antesala del despacho de su amigo.

—¡Ildefonso! Mil gracias por venir tan pronto. Te ruego que pidas disculpas a tu esposa en mi nombre. Siento haberos fastidiado la tarde del sábado. Era necesario. Si hubiera habido otra opción...

—No tiene importancia, eminencia. El agradecido soy yo: mis suegros estaban a punto de llegar. Su llamada me ha evitado la consabida reprimenda de mi suegra; insiste en que no sé atender adecuadamente a su única hija. —Petit notó enseguida que su estudiada broma no hacía mella en el prelado, de forma que la interrumpió de inmediato—. El padre Andueza me ha dicho que era un asunto urgente. No hace falta que le diga que siempre estoy a su disposición.

El prelado estaba muy serio, pálido y ojeroso, tanto que el financiero

preguntó preocupado:

—¿Se encuentra bien, don Blas?

—No te preocupes, estoy bien. Algo cansado, eso sí, y este calor no hace sino empeorar las cosas... En fin, Ildefonso, te he llamado porque tengo cierta urgencia. Necesito pedirte un favor.

—Usted dirá, eminencia.

—Pasa a mi despacho, hablaremos dentro.

Esta vez Blas de Cañarte cerró la gran hoja de roble tras de sí, dejando a su secretario en el salón contiguo, al margen de aquella conversación. Andueza habría querido espiarlos a través de la mirilla o de cualquier otra manera, pero sabía que era imposible. El despacho de su superior estaba bien aislado de miradas indiscretas.

Mientras esperaba, se entretuvo contando los pasos de la sala. Podía haberse refugiado en su propio despacho; desde allí, se escuchaba todo, sin embargo, no lo hizo. Había guardado el pequeño ataúd en el frigorífico de la cocina, pero el recuerdo de su contenido parecía descansar todavía sobre el escritorio, manteniéndole alejado. En realidad, había estado sopesando entrar con el fin de consultar de nuevo el ordenador. Andueza era un enamorado de la red; Internet ofrecía información exhaustiva, aunque no siempre fidedigna, sobre las cosas más peregrinas. Quizás allí hubiera algún dato que sugiriese alguna pista fiable acerca de su gran dilema.

Una idea rondaba especialmente por su mente. Hacía algún tiempo, habían aparecido unos extraños anuncios en uno de los mayores centros de compraventa electrónica. En ellos, se ofrecían al mejor postor lo que se decía eran hostias consagradas. Su precio inicial oscilaba entre los 50 y los 500 euros, dependiendo del tamaño, de la iglesia de origen y del sacerdote que la había consagrado. Se decía que una de ellas procedía de la basílica de San Pedro y había sido consagrada por el propio secretario del Estado vaticano: su precio era de 1500 euros.

Junto con otro sacerdote y dos laicos, Andueza había liderado una recogida de firmas en contra de esas ventas. Habían cosechado un gran éxito: los anuncios habían durado sólo doce horas. Tras recibir 50.000 quejas de usuarios, el portal —que temía tanto perder clientes como verse envuelto en largos y costosos procesos judiciales— había decidido retirar la puja. No obstante, en ese corto

periodo, el sitio web había recogido 350 ofertas. Andueza no había informado de ello a su arzobispo: ¿para qué causarle un dolor innecesario? No obstante, en aquel momento se arrepentía de haberlo ocultado.

Haciendo de tripas corazón, se acercó a la mesa y encendió el ordenador. Abrió eBay y escribió la palabra «hostia» en el recuadro dedicado a búsquedas. El ordenador escupió de inmediato un mensaje, indicando que aquellas pujas habían cesado por petición expresa de los usuarios. No obstante, tras él podía verse el listado de ofertas y demandas. Lo seleccionó y oprimió la tecla de impresión, aunque sabía que poco podría sacar de allí: sólo los responsables de la web conocían la identidad de los postores. La máquina llenó doce folios, pero sólo en siete de los casos figuraba la señal de puja concluida. Los señaló con bolígrafo rojo. Estaba subrayando el último, cuando llegaron a sus oídos las palabras del financiero y el ruido, al abrirse, de la puerta.

—Eminencia, no deseo inmiscuirme en su vida, ¡Dios me libre!, pero me siento en la obligación de decirle que lo que me pide no tiene lógica alguna. Me consta que usted conoce bien tanto el funcionamiento ordinario de los mercados de valores como el especial momento en que se encuentra; por eso, le pido encarecidamente que reconsidere su decisión. Quizás ese *problema* pueda solucionarse por otros medios. Con un poco más de tiempo, yo podría hacerlo mejor.

Andueza procesó la información que acababa de oír sin salir de su asombro. ¿Mercados de valores, de qué iba aquella conversación? ¿Qué hacía su superior preocupándose de los rendimientos de sus inversiones, teniendo problemas tan serios? No era un momento oportuno para dedicarse a ese tipo de cuestiones... Podría tratarse de aquel medio millón... Mientras aquella convicción se abría paso en su mente, oyó que mencionaban su nombre. El arzobispo se despedía del financiero.

—Ha de hacerse como he dicho, querido amigo, y de ninguna otra forma. El padre Andueza te guiará hasta la salida. Yo me quedo aquí esperando tus noticias. Te agradecería que, amén de diestro, sé fehacientemente que lo eres, fueras lo más expeditivo posible. ¡El que nos compete es asunto de vida o muerte!

Sin decir nada más ni dar oportunidad a su secretario de realizar indagación alguna, Blas de Cañarte volvió a encerrarse en sus aposentos.

Tomaron el ascensor. Mientras la pantalla iba escupiendo números en forma descendente, sus ocupantes, con caras circunspectas, se mantenían en silencio. Cuando unos tonos musicales indicaron el fin del trayecto, Petit se encaró con su cicerone:

—Don Lucas, tengo que confesarle que abandono preocupadísimo este palacio. Lo que acaba de hacer su eminencia es una locura. No sería grave si el señor arzobispo fuera propenso a los desaciertos, pero su superior no es así; resulta ser uno de los eclesiásticos más cuerdos y capaces que conozco. Lo más curioso es que ni me ha ofrecido la menor explicación ni ha pedido mis recomendaciones profesionales, como tiene por costumbre. Tenía la decisión tomada cuando llegué, pero su decisión es incorrecta. ¿Sabe lo más curioso, don Lucas?

—No —contestó el secretario.

—Lo más curioso es que él lo sabe. ¡Está cometiendo un tremendo error a sabiendas!

—No se inquiete, don Ildefonso. Desconozco la razón que impulsa al prelado a hacer lo que sea que haya hecho, pero se ha pasado la tarde de rodillas ante el Santísimo para tomar esa decisión. Supongo que es una garantía: todo saldrá bien, estamos en manos de Dios.

—Lo sé, don Lucas. Pero rogar a Dios, aunque necesario, no es siempre suficiente. Deberíamos hacer algo; no sé, ayudarle de algún modo. ¡Es tan absurdo lo que pretende, va tan en contra de su... naturaleza! No me ha dejado que le aconseje, pero quizás usted pueda persuadirle. Hay algo que le tiene atenazado. En fin, no es asunto de mi incumbencia, pero le rogaría que permaneciera junto a él. Me ha parecido que se sentía muy solo. ¿Cómo lo diría? Desamparado; sí, ésa es la palabra que buscaba.

—Lo haré, don Ildefonso, tenga por seguro que lo haré.

—Bien, yo intentaré que mi contribución a esta locura sea lo más eficiente posible. Volveré en cuanto concluya las gestiones. Déjeme su número de móvil; le telefonaré antes de llegar. No es muy saludable andar con tanto dinero por estos barrios.

Lucas Andueza cerró el portón y echó la llave. Aunque trataba de disimular su preocupación, estaba aterrado. Se acercaba la medianoche y no habían recibido noticia de los secuestradores. Desconocía si era buena o mala señal,



pero sabía que le estaba destrozando los nervios.

Pasaban las doce de la noche, cuando Ildefonso Petit llegó al Palacio episcopal. Su atuendo aparecía descuidado y su rostro describía un inusual cansancio. Estuvo allí unos minutos. Cuando salió, no llevaba la bolsa de deporte que traía al entrar.

Solos de nuevo, el secretario entró en el despacho del arzobispo, dispuesto a consolar a su superior, aunque no había sido capaz de decidir cómo. Su eminencia se había abierto la camisa y quitado el alzacuello. Presentaba un aspecto verdaderamente lastimoso.

—Sin novedades de los secuestradores, ¿verdad? —preguntó en un breve susurro.

Parecía estar traspasando los límites de su tolerancia.

—Así es, eminencia —respondió el secretario.

—Pensé que podían haber enviado otro paquete u otra nota... Quizás alguna llamada, acaso alguna noticia de Iturri, aunque no he oído ese teléfono suyo.

—Lo siento, don Blas, nada de eso ha ocurrido. A lo mejor, ponernos nerviosos forme parte de su estrategia. Ellos han iniciado esta partida y ahora les toca mover pieza; sólo nos resta esperar.

—Tengamos paciencia entonces —musitó el prelado, con parsimonia—. Ya lo decía la santa de Ávila: «La paciencia todo lo alcanza».

—Por supuesto, eminencia, tendremos toda la paciencia que haga falta, la suficiente para que estos hechos pasen y alcancemos de nuevo la paz.

—Don Lucas, su madre estará preocupada.

—No tengo nada que hacer que no sea estar aquí, junto a mi arzobispo —respondió decidido, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, simulando holganza, aunque, por un instante, evocó el monte que no subiría.

De pronto recordó que debía telefonar a sus compañeros para avisarles que no acudiría a la cita.

—Gracias, querido Lucas. Le agradezco que esta noche me haga compañía. Conduzco muy mal y si el secuestrador me obliga a salir... No querría involucrar al chófer. Cuantas menos personas conozcan los hechos, mejor.

—No piense en eso. Yo conduciré, si hace falta.

Lucas Andueza entonces se atrevió a interrogar a su superior.

—Eminencia, sé fehacientemente que no debería hacerlo, pero aun así lo haré. Es posible que, si habla conmigo, su mente se despeje. —La frase había transmitido de forma distorsionada la intención del cura y se vio forzado a aclararla—. En fin, lo que quería decir es que cuando uno expresa en voz alta sus pensamientos, suelen aparecer sombras y luces que antes no veía. Mi papel en ello, es el de mero comparsa; un frontón que devolverá sus pensamientos.

Blas de Cañarte no se hizo de rogar. Parecía tener necesidad de compartir sus presagios.

—Verá, Andueza, en estas horas que han pasado, he dado muchas vueltas a las argumentaciones que ha formulado esta tarde ante los vicarios. Tengo que confesar que me he convencido de que usted tiene razón. Desde entonces, no he hecho otra cosa que interrogarme acerca del porqué de todo esto.

—Lo siento, arzobispo, no llego a comprenderle. —Y mostrando humildad con la mirada dijo—: Desconozco este tipo de hechos, pero estimo que no tienen que estar necesariamente relacionados con ningún porqué. Se trata de un secuestro para lograr un objetivo, nada más. Los criminales no parecen argumentar de la misma forma que nosotros.

—Me refiero a la colección de detalles, Andueza. ¿Se ha preguntado por qué estos hechos están ocurriendo en Pamplona y no en Vitoria o en Toledo o en Bilbao? ¿Por qué han elegido ese relicario concretamente y no cualquier otro bien valioso? La pieza es magnífica, desde luego, pero resulta difícil de transportar y de esconder. Hay objetos de mayor valor que proporcionan más seguridad y menor riesgo a los ladrones. Y, por encima de todos esos detalles, debemos preguntarnos por qué, entre los muchos candidatos posibles, me han escogido a mí.

—¿Cómo dice, eminencia?

—No se confunda, Andueza, la pregunta esencial es qué papel interpreto yo en esta película.

—¿Papel, película? Con todo el respeto, creo que se equivoca de punta a cabo. ¡Estos hechos no tienen absolutamente nada que ver con usted!

—¿Está seguro, don Lucas? —preguntó sin aguardar la respuesta—. Carezco de experiencia en hechos de esta naturaleza, pero intuyo, más bien doy por sentado, que la elección de Pamplona no es casual. A mí, y no a la ciudad o a cualquier otro vicario, debe atribuírseme la culpa de que estas cosas estén

ocurriendo. Bien claro lo dice ese pergamino: «*A peccato liberatus, apostolis suae debet satisfacere. Mera iustitia hoc exigit*». Para liberarse del pecado, el apóstol debe satisfacer.

—¿Usted? ¿La culpa? Eminencia, perdóneme de nuevo, pero creo sinceramente que esta situación está acabando con sus nervios y que lo que dice lo dicta el estrés. Debe usted descansar.

—Piense conmigo, Andueza, y lo comprenderá. El relicario del *Lignum Crucis* es invendible. Salvo que estuviera destinado a formar parte de la colección de un caprichoso coleccionista, no tiene sentido alguno obtenerlo. El inspector Iturri ha asegurado que a la policía no le consta ninguna persona u organización capaz de reunir las características necesarias para planear este tipo de secuestro.

—Quizás aún no les han fichado. La policía no es infalible.

—De acuerdo, pero, aunque así fuera, dudo que esas personas corrieran el alto riesgo de ser detenidas por él. Yo, en su caso, habría ido a buscar una pieza mayor, más exquisita. Las iglesias españolas están llenas de ellas, sin casi protección. Cuadros de Goya o Velázquez cuelgan de las paredes de los conventos, esperando ser robados. Toledo posee relicarios que doblan el valor del nuestro. Y si se trata del *Lignum Crucis*, ¡cada diócesis tiene el suyo! ¿Por qué nosotros? ¿Por qué una hostia sagrada? ¿Por qué involucrar a un abad? ¿Por qué Pamplona, por qué Leyre? ¿Por qué la violencia?

—Tiene razón, eminencia, nada de esto tiene sentido, pero hemos de pensar que quienes cortan a un hombre su dedo índice no tienen por qué compartir con nosotros lo que es objetivo o razonable. Podrían, simplemente, haberse encaprichado de esa pieza y no de otras más valiosas. No obstante, por encima de estos detalles, no he entendido los motivos por los que dice que estos hechos tienen que ver con usted. Supongo que no es a Blas de Cañarte a quien buscan, sino a la autoridad capaz de acceder al pago de ese rescate.

—Espero que tenga usted razón, pero antes de concluir permítame que le ofrezca mi hipótesis. Con el dedo, los secuestradores nos han indicado que están dispuestos a matar para obtener sus fines; con la hostia, que conocen perfectamente con quién tratan. Pero si esos individuos conocen el interior de la Iglesia, como parece desprenderse de su mensaje, han de saber que, en términos generales, nos es imposible otorgarles lo que piden. ¿Por qué, entonces,

formulan una petición inadmisible?, ¿para qué se arriesgan inútilmente? ¡No tiene sentido, a no ser que...!

En parte por costumbre, en parte por nerviosismo, Andueza se llevó el dedo a los labios y se mordió el extremo de la uña. De pronto, esbozó una sonrisa taimada.

—Así es, eminencia, tal y como usted lo plantea, no tiene sentido. Pero piense en el relicario como el principio de un tira y afloja. Una negociación que pueda resolverse para satisfacción de ambas partes. Eso es lo que argumentaba el padre Tomás en la reunión: es posible que, en realidad, ellos estuvieran pidiendo dinero... —El secretario se detuvo en seco. Había captado el fallo de su argumentación—. Pero, claro, estoy pensando que, si querían dinero, podían haberlo pedido directamente.

El rostro arrugado del prelado se encogió en una extraña mueca.

—Eso es, Andueza, ya lo ha captado. Ahí donde usted acaba, entro yo.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Eminencia, no querría quitarle la razón, pero voy a hacerlo: ha llegado el momento de llamar a la policía. Usted está al borde del colapso y yo... En fin, hemos de aceptar que nosotros no estamos preparados para negociar en esos términos. ¡Por favor, don Blas, estoy asustado! El abad, sea quien sea, debe de estar aterrado también.

Con gesto adusto, el arzobispo pidió:

—Don Lucas, quiero que me confiese.

—¿Que le confiese? ¿Yo, ahora? ¡Por favor, eminencia, no me haga esto!

—Necesito confesión ahora, aquí mismo. ¡Yo soy quien se lo pide por favor!

El secretario observó espantado cómo su superior caía de hinojos ante él.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. Han pasado tres días desde mi última confesión.

Invadido por un extraño sentimiento de irrealidad, Andueza sacudió la cabeza.

—¡No, no, eminencia! ¡Por favor, levántese! ¡No me haga esto! ¡Llamemos a la policía o al menos a su amigo Iturri!

Pero el prelado no le escuchaba. Contorsionada la voz, escudriñaba su interior. Finalmente, Andueza condescendió y también de rodillas se preparó

para escuchar.

Con la mirada fija en algún punto invisible del espacio, el arzobispo habló largo rato; despacio, como si el dedo ensangrentado nunca hubiera llegado al Palacio episcopal, como si aquél fuera un sábado más de una calurosa semana del mes de junio; un sábado corriente, sin correo ni visitas inesperadas. A Andueza aquella tormenta de revelaciones le pilló completamente desprevenido. Muchas de las habladurías, de las cábalas malintencionadas, de los juicios escuchados adquirieron su justa dimensión. Entendió el sentido de la correspondencia que pasaba por sus manos.

—¿Me comprende, padre? —preguntó el penitente, tras concluir su exposición.

—Mi misión no es entenderle, eminencia, sólo debo observar su conducta a los ojos de Dios —respondió, esbozando un gesto de desprecio—. Lo que usted me ha narrado resulta comprensible, muy humano, desde luego, pero no estoy seguro de que responda a los deberes de su cargo.

—Está en lo cierto, padre.

—Sin embargo, eminencia, no estoy aquí para juzgarle: lo importante es la gracia de Dios. Son más grandes los que se levantan tras la caída que los que siempre se han mantenido en pie. Dé gracias a Dios porque le haya dado esta oportunidad. Estos lamentables sucesos han beneficiado a su alma enormemente, aunque no al pobre abad de Leyre.

Andueza guardó silencio, repasando lo que acababa de oír de labios de su superior. Tras escuchar aquella confesión, el escenario de la tragedia se pintaba muy distinto al que anteriormente había vislumbrado. Con los nuevos datos, la posibilidad de que, en efecto, el secuestro tuviera que ver más con el obispo que con el relicario, se ampliaba notablemente.

Una llamada de atención hizo que el cura secretario volviera a la realidad.

—Don Lucas, necesito su absolución.

—¡Ah sí, perdone! *Ego te absolvo*.

El arzobispo, aún de rodillas, le recordó:

—Padre, ha olvidado imponerme una penitencia.

Azorado, Andueza le ordenó rezar tres partes del santo rosario. Luego, le ayudó a incorporarse.

—Gracias, don Lucas —musitó el arzobispo, apresurándose a limpiar una

pequeña pelusa procedente del tejido de la alfombra que había quedado adherida a su pantalón—. ¿Podría ahora pedirle otro favor?

—Por supuesto, lo que usted mande —acató el secretario con cierta prevención.

—¿Sería tan amable de ir al Museo Diocesano y traer hasta aquí el relicario en cuestión? La llave está en mi despacho; le ruego que sea prudente: evite que le vean.

—Así lo haré.

## X

*Comisaría central de policía, Pontevedra*

*Tarde del sábado, 12 de junio*

—Inspector, mis técnicos han terminado de examinar los teléfonos que nos ha traído. Ninguno de ellos coincide con los datos que buscamos. Le presento a Santiago Barrios, jefe del equipo, él le aclarará todas las dudas —terminó, señalando al informático.

—En efecto, inspector —musitó éste—. Todos estos móviles están limpios, puros como patenas. En torno a la hora D, sólo uno de sus agentes realizó una llamada y fue a uno de sus números habituales. La conversación duró cinco largos minutos y su interlocutora era una mujer: yo apostaría por su novia. Si alguien le traicionó, desde luego, no fue con uno de esos aparatos.

Iturri trató inútilmente de ocultar su alegría. Preguntó:

—¿Tenemos algún dato que nos permita identificar quién hizo la llamada?

—Ninguno —respondió el especialista en comunicaciones, agitando su brazo derecho en el aire, como queriendo indicar la infinitud del dominio de las ondas—. Pero, si quiere saber mi opinión, resulta mucho más que probable que esas llamadas fueran un aviso y que el soplo saliera de aquí. He nacido en estas tierras. Le aseguro que nadie en su sano juicio se lanza al mar con viento del este, si no es para escapar de sus garras, inspector.

Levantando los talones hacia arriba como tenía por costumbre, Iturri dijo:

—Sí, es muy posible. ¿Ha comprobado los movimientos de las cuentas bancarias de mis hombres? —preguntó dirigiéndose al policía.

—Hemos hecho lo que usted nos indicó.

El agente insinuó una sonrisa, pero se contuvo, dejando el suspense en el

aire.

—¿Algo destacable? —preguntó el inspector con voz ligeramente trémula. La duda aún le acechaba.

—Bueno, todo se mantiene dentro de los límites de la normalidad.

Iturri respondió a la información mirando al agente inquisitivamente.

—Aunque el agente Strong tuvo un ingreso extraordinario de 9000 euros. He hecho las averiguaciones pertinentes: la entrada proviene de la apertura de un crédito.

—¿Otro más? ¡Por todos los santos! ¿Cuántos lleva?

—Según el banco, éste es el cuarto. Los tres anteriores permanecen activos.

—¡Maldita sea! ¡O este hombre educa a su esposa o ella acabará con él!

—Así es, inspector. ¿Y sabe qué es lo peor de todo? Que cuando su agente esté completamente exprimido, ella buscará otro pánfilo, dejándole el resto de su vida atado a una depresión y a una colección de créditos.

—De acuerdo, dejemos que Strong resuelva sus conflictos familiares y volvamos a nuestro asunto. ¿Algo más que reseñar de la investigación?

—No, nada más. Tendré redactado mi informe el lunes por la mañana.

—¿El lunes por la mañana? —preguntó Iturri extrañado.

—Sí; es tarde, querría irme a casa.

—Dejaremos el informe, no me importa que lo haga mañana o pasado mañana. Pero no puede irse de momento, todavía tengo otro trabajo que encomendarle.

—¡Inspector, es sábado! —protestó el policía.

Iturri paseó la vista por la estancia mientras contestaba en susurros.

—Lo sé, agente. Pero para usted que está de servicio y para mí, que siempre lo estoy, ese dato resulta irrelevante. —El agente bajó la vista, avergonzado—. Además, no le llevará demasiado tiempo.

—De acuerdo, ¿en qué puedo serle útil?

—Quiero que haga lo mismo que acaba de hacer, pero subiendo la escala. Ya tengo en mi poder la orden judicial... Ha de investigar la cúspide.

—¿A nuestros superiores? ¿A todos?

—No, sólo a aquéllos que tenían noticia de la operación. Pero en esta nueva fase, quiero que proceda a la inversa. Empiece por las cuentas, luego intervenga sus teléfonos. Y piense a lo grande: ya sabe, altos jefes, altas cifras.



—Es decir, que puedo buscar hasta en Suiza.

—Por ejemplo.

—De acuerdo, tiendo las redes de inmediato, aunque los peces tardarán en venir. Supongo que todo *extraconfidencial*.

—Supone bien... y cambiando de tercio, ¿hay nueva información sobre el otro asunto?

—Nada, inspector. Lo que nos dijeron de oído se confirma. Nadie tiene constancia de mafias organizadas procedentes del este de Europa o de otros emplazamientos que operen en la zona norte española empleando ese tipo de métodos. De ser así, habríamos oído algo. Es complicado mantener un secuestro en secreto. Para empezar, hay que buscar un lugar para ocultar a la persona sin levantar sospechas. Lo mismo le digo respecto al robo de obras de arte religioso. En fin, creo que en esa instrucción suya, hay alguna pieza que no encaja.

—Sí, eso mismo pienso yo. En todo caso, nos resta investigar el otro elemento. ¿Quién tenemos en sectas o en esoterismo que pueda orientarme?

—El mejor es Emilio de la Huerta. No sé por dónde anda en estos momentos, pero localizo su teléfono enseguida y se lo paso.

—De acuerdo, espero en ese despacho —indicó Iturri.

Cerró la puerta tras de sí y miró en torno. El lugar se asemejaba a la mayoría de las comisarías europeas que conocía. Impersonal y pulcro. Sólo un raído sofá de cuero resultó lo bastante distinto para llamar su atención. Sonrió, siempre le había gustado la forma del *chester*. Se sentó en él. La ventana estaba abierta y dejaba entrar una brisa húmeda que agradeció. Si hubiera estado en su despacho, habría puesto algo de música ligera. Era un buen antídoto para su estrés, pero hubo de conformarse con los sonidos exteriores. Echó la cabeza hacia atrás y buscó apoyo en el respaldo de capitoné. Ya había conseguido controlar la furia despertada por la llamada del pederasta, aunque no se había repuesto. Quería olvidarse de eso. Pese a verse obligado a auxiliar al arzobispo, iba a tomarse unas merecidas vacaciones. Debería estar contento por ello; sin embargo, había algo que le inquietaba, una sensación interior que lo mantenía despierto. Juan Iturri conocía qué era. Un escalofrío recorrió su cuerpo, mientras aquella voz interior le recriminaba su deseo.

Iturri había conocido a Lola MacHor en aciagas circunstancias. Entonces ella no era jueza, sino una simple abogada acusada de un delito que no había

cometido. Le habían asignado el caso.

Hasta que se topó con Lola, en el alma de Juan Iturri no había lugar para sentimientos. Hoy estaba aquí, mañana allí, siempre en ningún sitio. No había sido por falta de ocasiones, más bien por una convicción racional. Se sabía un buen sabueso y aspiraba a progresar y a llegar a la cima. Allí el amor podía interpretarse como un símbolo de debilidad, casi una enfermedad. No obstante, desde que se topó con la jueza MacHor, padeció el mal con toda virulencia.

Según los clásicos cánones de belleza, Lola no era una mujer hermosa. Los rizos pelirrojos, las mejillas pecosas y la figura redondeada la alejaban de la estampa del figurín. Sin embargo, a Iturri le gustaba la forma en que Lola intentaba domar sus alborotados cabellos; su manera de llorar; la inclinación de la cabeza cuando le miraba; la dignidad con que se comportó cuando la conoció, pese a estar detenida y esposada; su ternura. Iturri recordaba todas esas cosas y muchas más. En realidad, los detalles que su memoria había guardado habían ido deformándose hasta elevar a Lola al altar de la perfección. Su olor a jazmín; sus frases entrecortadas con doble sentido; su voz, de timbre profundo y a la vez inocente... Todo aquello enmarcaba el retrato que conservaba en su corazón.

Sabía que su pasión estaba prohibida tanto por la moral al uso como por las circunstancias. Lola estaba casada y era madre de cinco hijos. Además, para su desgracia, amaba a su marido, Jaime. Éste, acostumbrado a su presencia, parecía no apreciarla. Al menos eso pensaba Iturri, eso era con lo que contaba en su haber.

La última vez que visitó al matrimonio, ella acababa de dar a luz a su última hija, nacida a destiempo. La deformidad de su cuerpo no hizo sino aumentar su encanto.

Iturri desconocía qué impresión causaba él en la juez MacHor, pero siempre había notado ternura en su mirada. No era amor, claro, pero estaba seguro de que existía algo; algo pequeño e incipiente, quizás indescriptible, pero algo. Desde que, con sus pesquisas y buen hacer, Iturri la librara de aquella acusación injusta, la jueza MacHor pareció cogerle un cariño especial.

A veces, soñaba con que Jaime moría en un accidente y ella se quedaba sola. Entonces, él iba a su encuentro y la abrazaba, y todo rodaba suavemente.

Pero Lola no era suya ni lo sería nunca. Salvo que ocurriese un milagro, tendría que conformarse con adorarla a escondidas. Ya había tomado la inútil

determinación de tratar de olvidarla, cuando le pasaron la llamada.

—Al habla Juan Iturri.

—Buenas tardes, inspector: soy Emilio de la Huerta; Unidad Central de Crimen Organizado, Comisaría de Alcalá. Me dicen que anda buscándome.

—Así es, gracias por llamar. Quisiera hablar con usted unos minutos, si tiene tiempo: me gustaría recabar su opinión sobre algunos temas de su especialidad.

—Siempre estoy a disposición de los colegas de la Interpol. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

El timbre de voz del agente mostraba amabilidad, pero a la vez un innegable agotamiento. Iturri presumió que De la Huerta llevaba muchas horas encadenando casos.

—No le molestaré mucho, descubro en su voz que está usted exhausto —se excusó Iturri.

—¿Exhausto? —Al otro lado del teléfono, el agente se sumergió en sus pensamientos unos segundos y luego respondió—: En realidad, inspector, no lo estoy. ¡Si mencionando el agotamiento pudiera describir mi estado de ánimo, otro gallo cantaría! Pero no es así. No estoy cansado, ni agotado, ni exhausto.

—Perdone, inspector De la Huerta; no quise ofenderle.

—No lo ha hecho. Lo que ocurre es que no ha acertado con su diagnóstico. En realidad, me siento hastiado, descorazonado, rendido —confesó.

—Le comprendo.

—Me pregunto cada día, invariablemente, adónde va a parar este mundo nuestro. No sé si se ha dado cuenta, inspector, pero lleva su propia destrucción prendida en la solapa. ¡Nos vamos a la mierda sin remedio! Me comprende, ¿verdad?

—No quisiera que me juzgara como un soberbio si le llevo la contraria sin apenas conocerle, pero creo que se equivoca: en realidad, le hacen falta unas largas vacaciones.

—¿Sabe qué, inspector? Cada día me resulta más difícil llegar a casa. Mi esposa está a punto de dar a luz a nuestro primer hijo. Ella me echa en cara mi falta de ilusión. Sin embargo, no es así. No me falla la ilusión, lo que ocurre es que me sobra el miedo. Siento un miedo exasperante, casi enfermizo. ¿Qué le espera a ese niño que va a nacer? Le voy a colocar en medio de gentes sin escrúpulos de las que no va a poder defenderse. Mala gente. ¿Me entiende,

inspector? ¡Sí, usted sí puede hacerlo! ¿No es así? ¡Estas leyes nuestras, a las que usted y yo servimos fielmente, no protegen más que a los delincuentes! No obstante, no protegerán a mi hijo de ellos.

Iturri dejó que hablara. Un agente de campo no tenía muchas ocasiones de abrir su alma y volcar su bilis al exterior.

—¿Tiene usted hijos, inspector?

Se esperaba la pregunta. Siempre la hacían los casados, la mayoría de las veces, aunque al parecer no en ésta, para quejarse del peso de las cargas familiares.

—Soltero, de momento —respondió de inmediato.

Llevaba el latiguillo bien aprendido.

—¿Y cómo lo resiste? ¿Toma tranquilizantes, bebe, se droga?

Iturri pensó fugazmente en su afición al coñac, pero de inmediato borró esa idea de la cabeza.

—Lo cierto es que hago algo más sencillo y más sano: pienso en los porcentajes; ellos me consuelan.

—¿Porcentajes? ¿Es usted el agente Iturri de la Interpol o me han pasado con el profesor de matemáticas?

—Emilio, lo que usted y yo nos vemos obligados a contemplar son los comportamientos desviados, los que se encuentran en las colas de la campana de Gauss. Muy separados del comportamiento normal, no representan más que una ínfima parte de las conductas ordinarias. Lo habitual, lo frecuente, lo que hace la mayoría es actuar decentemente y apreciarse los unos a los otros. Lo normal, lo frecuente es que las mujeres sean heroicas y, como la suya, tengan hijos, les quieran, les cuiden y den su vida por ellos. Lo normal, lo frecuente es que los padres como usted se alegren de poner una gota más de bondad y belleza en el mundo. Ése es el porcentaje correcto: el noventa y nueve por ciento. Pero usted y yo tenemos la desgracia de ver el mundo con el cristal de los descarriados, siempre de color negro, siempre lleno de dolor. De vez en cuando es conveniente pensar en el noventa y nueve por ciento restante.

—Sí, tiene razón, inspector. Lo siento, me ha pillado en un mal momento. Quizá sea verdad que estoy cansado. ¿En qué puedo ayudarle?

—En realidad, no lo sé. Tengo entre manos un posible robo sacrílego y me dicen que usted sigue ese tipo de cuestiones.

—En efecto, lo hago, pero necesitaría que enfocara algo mejor el objetivo.

—Pregunte, intentaré contestarle.

—Bien, veamos; cuando dice robo sacrílego, ¿está hablando de la sustracción de obras de arte religioso, de instrumentos de culto, de dinero procedente de los cepillos de las iglesias? ¿De qué se trata?

—Mi caso no se inscribe en ninguno de esos asuntos. Siento confesar que se trata de algo mucho más serio.

—Comprendo —atajó Emilio de la Huerta, imprimiendo la mayor seriedad a su respuesta.

—¿De veras comprende lo que quiero decirle? —preguntó Iturri extrañado.

—Sí, por supuesto. Es obvio; si no se trata de arte, y tampoco de dinero, sólo cabe una posibilidad: me está usted hablando del hurto de una hostia consagrada.

—En efecto, de eso estamos hablando. ¡Veo que no se han equivocado al pasarme con usted! ¡Está al día de estos asuntos!

—No es que esté *muy puesto*, como usted dice: es que el delito está a la última. Sin embargo, es curioso, inspector, esa categoría de cuestiones no suele llegar hasta nosotros. La Iglesia rara vez interpone una denuncia por profanación de hostias; la mayoría de las veces, porque lo desconoce; el resto, porque no se fía de nosotros.

—Para ser franco, inspector De la Huerta, debo decirle que el asunto es algo más complicado que lo que acabo de exponerle, pero pensamos que la pista de la hostia puede ayudarnos a despejar algunas incógnitas. ¿Qué puede decirme de ese tipo de robos?

—Estas actuaciones son propias de los ambientes satanistas, hoy en plena efervescencia. Aunque los periódicos nos recuerden a cada paso que éste es un país laico, lo sagrado vuelve a estar de moda. Y de la mano de lo sagrado, viene lo diabólico. Son movimientos que surgen con facilidad; sólo necesitan reunir algunos incautos, un poco de dinero y un pequeño local. Muchos se marchitan o se dividen en muy breve tiempo, tras las primeras orgías; otros, permanecen, crean relaciones entre países y ritos. Todo muy complejo. Y, en su punto de mira, naturalmente, las misas negras.

—¿Habla en general, o se refiere también a España?

—Hoy por hoy, nuestro país no es un territorio especialmente propicio; eso es cierto. La gente tiene aquí más cultura religiosa que en otros sitios. Ese tipo

de rito prolifera sobre todo en Estados Unidos; en Inglaterra existen dos potentes organizaciones satánicas, también en Italia hay un número considerable de adeptos. Pero del mañana nada podemos decir.

—¿Y qué es lo que pretende esa gente? —preguntó Iturri, sorprendido.

—¿Quién puede saberlo? Hay grupos que dicen tratar de encontrar la armonía con las fuerzas ocultas de la naturaleza; otros que, simplemente, pretenden transgredir el orden establecido. Los hay que afirman adorar a un ser simbólico, poco importa que se llame Satán o Zeus. Finalmente, existen otros grupos, los más peligrosos, que definen su esencia como oposición al Dios de los cristianos. Son grupos muy dispares, pero es posible meterlos a todos en el mismo saco.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es el criterio?

—Algún experto dijo que el satanismo se comporta siempre como una religión de la carne. Por ello, invariablemente dejan las mismas pistas: les gusta la noche, el ocultismo, las drogas, los hechizos, el sexo duro y variado, los cementerios, los niños y las jóvenes vírgenes.

—¿Y qué son exactamente las misas negras?

—Una burda y extravagante copia de las auténticas, inspector. En realidad, estas gentes son muy poco originales.

—¿Podría ser más preciso? —pidió Iturri—. No consigo hacerme a la idea.

—Es fácil; sus ritos son una grosera y estrafalaria imitación de una misa católica. Celebrante, diáconos, cirios, casullas, cáliz con vino, campanilla, espada... un crucifijo, colocado de manera invertida. Recitan oraciones en latín y otros idiomas, cantan, se disfrazan con vestiduras negras y grandes capuchas a lo benedictino. Naturalmente, en lugar de invocar el nombre de Dios invocan el de Satanás y sus demonios.

—¿Y la hostia consagrada?

—Como le decía antes, inspector, la esencia de estos movimientos radicales estriba en su oposición a la Iglesia de Cristo y a Cristo mismo. Por ello, roban o adquieren hostias para profanarlas de todas las maneras posibles. Le ahorro los detalles escabrosos; son ingeniería malévola que poco pueden aportarles. Lo que sí debo decirle, para que comprenda mis datos, es que esos ritos suelen acabar en orgías más o menos violentas. Sin ir más lejos, suelen emplear como altar el cuerpo de una mujer desnuda. Y en los casos más extremos, la sangre de un

niño.

—¿Adquieren? ¿Dónde se adquieren hostias?

—En Internet, inspector. Hubo una línea abierta hace unos meses. Se cerró porque los católicos finalmente tomaron cartas en el asunto. Aun así, durante el proceso se intercambiaron varias de ellas. Siete para ser exactos; supongo que se emplearían en alguna de sus orgías. Ninguna de ellas tenía destinatario español.

—¿Y dice que hay mucha gente que participa en ellas?

—Mucho o poco son siempre medidas relativas. Sólo puedo apuntar que, aunque sean pocos en número, siempre son demasiados. Entre ellos se incluyen los que creen que de esa práctica obtendrán ventajas materiales, los excéntricos, los transgresores, los estúpidos. Al final, muchos terminan pasando la línea, relacionándose con el crimen y colándose en mi despacho sin pedir permiso.

—¿Y le consta algún movimiento de ese tipo en España?

—Me constan ensayos en las Islas, en ambos archipiélagos; algún conato en Madrid y Málaga, poca cosa en el norte. Por haber, hay hasta un modelo que circula en Internet, que permite vender el alma al diablo únicamente conectándose y firmando una solicitud electrónica.

—¿Y en Pamplona, le consta alguna iniciativa de esa naturaleza en esta ciudad?

—Tendría que consultar la base de datos, pero, a primera sangre, apostaría por una respuesta negativa. No lo creo, sinceramente. Es un sitio inusual. ¿Se ha planteado la posibilidad de que ese robo no sea tal, que esté solapando algún otro propósito mucho más ordinario: dinero, poder, placer, venganza?

Iturri no contestó, aunque pensaba que De la Huerta había dado en el clavo. Si lo que tenían delante era una suerte de culto satánico, ¿por qué los secuestradores habían devuelto la hostia consagrada? ¿Por qué esforzarse tanto en robarla, para luego retornarla a sus legítimos dueños? ¿Y qué tenía todo eso que ver con el dedo de un abad?

—¿Me mantendrá informado si de sus investigaciones se desprende algún dato interesante, Emilio? —preguntó el inspector de la Interpol con voz tenue, casi suplicante.

—Sí, claro, por supuesto. ¿Quiere que le llame a este número de móvil o dejo recado en algún otro sitio?

—Prefiero que hable conmigo directamente, lo llevo siempre encendido. No

se preocupe por la hora, no me molestará. Es importante.

—¿Y qué no lo es hoy en día, inspector? La Interpol, Policía Nacional, Guardia Civil, Cuerpos Especiales... ¿qué más da? ¡Hasta los contratados para poner multas de tráfico están estresados!

—¿Puedo decirle algo, Emilio? —ensayó Iturri.

—Sí, por supuesto, uno está siempre dispuesto a aprender de los mayores. Sin ánimo de ofender, claro.

—De acuerdo, pues ahí va un consejo gratis. Váyase a casa, es sábado. Concédase tiempo para una larga ducha, lleve a su esposa a un buen restaurante y dígale que le hable de la criatura. Mienta si hace falta, pero hágala feliz, aunque sea sólo por un día. Y no me ofendo, yo también constato que el tiempo pasa.



## XI

*palacio arzobispal, Pamplona*

*1 de la madrugada del domingo, 13 de junio*

Blas de Cañarte miró el reloj por encima de sus gafas bifocales. No conseguía acostumbrarse a aquellos extraños cristales. Comprobó que habían pasado cinco minutos escasos desde que mirara la esfera por última vez. Continuó con su paseo por la habitación. Para su fin natural, la hermosa biblioteca, construida en madera noble, era amplia, pero se quedaba muy corta para la función de matar los nervios recorriéndola. El secretario, que luchaba contra el sueño, a duras penas se mantenía erguido sobre el asiento. La interminable pierna izquierda, cruzada con elegancia sobre la derecha, mostraba la reluciente piel de su caro calzado oscuro. Pese a ser un hombre templado, las idas y venidas del arzobispo sobre la mullida alfombra le habían sacado de quicio tanto o más que la espera. Aun así, evitó quejarse: sólo era un secretario.

Pasada la medianoche, habían recibido sendas llamadas de los vicarios, demandando nuevas. No pudieron responder más que con la verdad: no había habido comunicación alguna. El secuestrador o los secuestradores no habían intentado ponerse en contacto con ellos. El teléfono no había sonado y tampoco les habían remitido otro envío con instrucciones. De hecho, sin mencionárselo a su eminencia, Lucas Andueza había telefoneado a media tarde a la compañía de paquetería preguntando si le constaba la llegada de algún sobre para el arzobispado, encargo que, debido a la festividad de los días, fuera a retener hasta el lunes. La respuesta había sido negativa: en la lista informatizada no figuraba nada para entregar en el arzobispado.

Monseñor Cañarte se encogió de hombros y levantó la vista, como pidiendo

indicaciones al cielo. Luego continuó con su paseo.

—¿Le parece que deje entrar algo de aire, eminencia? —dijo Andueza, levantándose y dirigiéndose al postigo de la ventana más cercana.

Su voz, a causa del sueño, sonó balbuciente y estropajosa. Tosió para disimular su azoramiento. El arzobispo, por el contrario, parecía estar muy despierto.

—Sí, por supuesto, abra. Nos vendrá bien refrescarnos.

El secretario separó los postigos, abrió la cristalera y aprovechó para asomarse. Desde aquel emplazamiento, podía ver la entrada del palacio, iluminada por la luz de una farola cercana, y la plaza, casi desierta. Por un momento, le asaltó un pensamiento, pero fue incapaz de retenerlo. Sabía que era importante, pero, a pesar del esfuerzo, su subconsciente no consiguió hacerlo emerger de nuevo.

Entornó la ventana y volvió a ocupar su anterior posición. Su eminencia seguía paseando, con ambas manos a la espalda, pasando cuentas de rosario. Inclinado hacia delante, parecía aplastado por el silencio del cielo y el del teléfono.

Desde el exterior llegaron rumores de risas y cantos. El arzobispo se detuvo y se irguió con rapidez. Andueza se incorporó de un salto. Ambos escucharon con impaciencia lo que resultó ser una francachela nocturna. En pocos minutos, retornó el denso silencio y el arzobispo volvió a dar vueltas y más vueltas por la biblioteca. Andueza fue paulatinamente cerrando los ojos, hasta quedarse dormido.

Se despertó cuando un estruendo y luego ruidos de cristales quebraron la tranquilidad de la noche. Se puso en pie, pero se encontró confuso y tardó algunos segundos en habituarse al lugar. Tras hacerlo, corrió hacia los postigos y sacó la cabeza por la ventana. La farola, que antes iluminara la fachada churrigueresca del palacio arzobispal, había enmudecido tras el impacto. La oscuridad había conquistado la plaza de Santa María. Desde aquella posición, el secretario creyó percibir de lejos una sombra. Los ruidos de pasos sobre los cristales caídos certificaron que su vista no le había engañado. Entonces, se acordó de aquel pensamiento premonitorio que no había conseguido retener:

—¡Eso es! —dijo muy alterado—. Eminencia, voy a bajar; quizás quien rompió la bombilla haya aprovechado la oscuridad para introducir alguna nota

por debajo del portón.

—¡Sí, tiene usted razón! —contestó el arzobispo—. ¡Vaya a comprobarlo, por favor!

Bajó a la carrera las dos plantas. Mientras recorría los pasillos, fue prendiendo todas las luces. Al secretario le había embargado la extraña sensación de que debía protegerse, aunque no sabía con exactitud de qué. Abrió con ímpetu la puerta que comunicaba la escalera con el claustro y se enfrentó a la oscuridad del patio. Se paró en seco; en la galería porticada no había luz. Sujetando la puerta con una pierna, trató de llegar hasta un macetero cercano. No lo consiguió. Se quitó el zapato y lo dejó junto a la puerta para que quedara entornada. No entraba casi luz, apenas una rendija, pero era mucho mejor que no ver nada. Se acercó al macetero y trató de levantarlo. No lo consiguió: era de piedra y pesaba mucho. Optó por arrastrarlo, colocándolo de forma que la puerta quedara completamente abierta y la claridad interior iluminara el camino hasta la garita de Dámaso, antesala de la calle. Se puso de nuevo el zapato y se acercó al portón de salida.

Era miope, pero veía lo suficiente para darse cuenta de que en el suelo había algún papel, algún documento. Se acercó muy despacio, frotándose las manos y estirando sus ganchudos dedos para tomarlo por una de las esquinas.

—¡Mierda! —chilló, al comprobar que no era más que propaganda.

Desanduvo el camino cabizbajo. Esta vez, para subir, tomó el ascensor. Se había equivocado con la nota, pero, no sabía por qué, su miedo se había intensificado.

En medio de la biblioteca, en pie, frotándose compulsivamente las manos, aguardaba el arzobispo. Se adelantó al ver a su secretario con algo en la mano. Con voz firme recomendó:

—Déjelo sobre la mesa, don Lucas. Será preferible que emplee el abrecartas y las pinzas, no vayamos a estropear las huellas, si es que las hay.

—Lo siento, eminencia, me había equivocado. No hay ningún mensaje. Ha debido de ser algún gamberro.

En ese momento sonó el teléfono. Ambos se quedaron petrificados.

—¿Contesto, eminencia? —tartamudeó Andueza.

Sintió adueñarse de su estómago una náusea identificable.

—No —respondió seguro—; lo haré yo.

Monseñor Cañarte se inclinó sobre el aparato. Tenía el rostro encendido, todo lo contrario que el de su secretario, blanco como una sábana bañada en lejía.

—Monseñor Cañarte al aparato —dijo muy despacio; le temblaba la voz.

—«Ermita Andión, Mendigorría. A las seis. Solo. Ya sabe lo que quiero» —musitó mecánicamente la voz.

—¿Está bien el abad?

No le respondieron: la comunicación se había cortado.

—¿Qué pasa, eminencia?

Cañarte no le contestó inmediatamente. Se limitó a consultar su reloj: pasaban 55 minutos de las cuatro.

—No tengo mucho tiempo, pero conozco bien el sitio que me indican. ¡No tiene pérdida, está muy cerca! Como mucho, media hora en coche. Son casi las cinco. Recemos para que todo salga bien y a las seis todo haya terminado. ¡Pobre abad, qué mal debe de estar pasándolo!

—¿Dónde le han citado?

—En Mendigorría, muy cerca —repitió.

—Pero eminencia... Don Blas, ¿no pensará ir allí? —preguntó el secretario estupefacto.

—¡Por supuesto que voy a ir! ¿Qué pensaba?

Andueza miró fijamente a su superior.

—¿Quiere decir que, pese a todo, va a entregarles el relicario?

—Sí, lo haré.

—Pero ya sabe a qué se expone. ¡Quizás ellos no se dejen convencer! —protestó el secretario.

—No llevaré las manos vacías, Andueza, llevaré el dinero que Petit ha conseguido reunir y trataré de convencerles de que lo acepten. No es demasiado, pero intentaré ser persuasivo.

—¡Eminencia, ni siquiera con ese aval puede usted exponerse así! ¡Es una locura, nuestra única salida es llamar de inmediato a la policía!

—Hubiera jurado, don Lucas, que anteriormente le había convencido de que ésa no era una buena opción...

—Sí, de acuerdo, en aquel momento me pareció que usted tenía razón, pero ahora sé que me había equivocado. ¡Podemos estar ante un delincuente violento o ante un asesino! ¿Es que no se acuerda del dedo? ¡No puedo permitirle que

acuda a esa cita, eminencia, compréndalo!

—Me temo que no tiene forma de impedírmelo, Andueza.

—Puedo encerrarle aquí y llevarme la llave. Soy más fuerte que usted — musitó el secretario, incrédulo por la sorpresa.

Nunca hubiera pensado que llegaría a replicar en aquellos términos a un arzobispo.

Cañarte sonrió, mirando con marcada dulzura a su oficial.

—Andueza, querido amigo, sé que hace todo esto pensando en mi bien, pero yo me debo a otro bien más alto. Tengo que ir, ¿lo comprende? Creo que ambos sabemos de qué pecado hablan. Si puedo, debo evitar que se haga daño a más gente o, Dios no lo quiera, a la propia Iglesia. Si hay algo que aclarar, lo haré. Yo soy el único responsable de mis errores.

—Eminencia, al menos llame a ese inspector amigo suyo. Quizás él le ofrezca alguna recomendación útil. Acaso tenga algún dato nuevo que dé un giro inesperado.

—No hay tiempo, Andueza. Debo partir de inmediato o llegaré tarde. Sospecho que, en este caso, la puntualidad es vital.

Andueza tragó saliva. Con ella, intentó engullir el miedo que le atenazaba antes de hacer su ofrecimiento.

—Monseñor Cañarte, permita que vaya yo. Si al secuestrador le importa el dinero, resulta indiferente quién se lo lleve. Deje que sea este secretario quien acuda.

—No, no es posible. En realidad, desconocemos qué quiere. Debo hacerlo yo.

El secretario se rindió a la lógica de los argumentos, pero añadió:

—Al menos, permita que acuda junto a mi arzobispo a la cita. Es de noche y, como usted mismo recordaba hace unas horas, su habilidad al volante no es muy buena. Yo seré su chófer.

El prelado pareció dudar, pero finalmente aceptó. Andueza respiró con alivio, a pesar de que el miedo iba ganando terreno.

—Pero debe prometerme que esperará en el coche y a una considerable distancia. ¿Queda claro? No tengo ganas de ofrecer más rehenes ni de que los secuestradores tengan una excusa para dañar a su prisionero.

—Por supuesto, eminencia, me mantendré alejado de la escena.

—Vayámonos ya, entonces. Pidamos el apoyo del cielo y cojamos el coche.  
Tenemos el tiempo justo.

## XII

*Mendigorría, Navarra*

*Madrugada del domingo, 13 de junio*

La vieja noche agonizaba, perforada por miles de balines de luz blanca, cuando el coche color negro, propiedad del arzobispado, llegó a la localidad de Mendigorría. En pocos segundos, el conductor tomó la desviación hacia la ermita de Santa María de Andión, a pocos kilómetros del pueblo. Había conducido con considerable rapidez y llegaron con algunos minutos de antelación.

Andueza se detuvo a cierta distancia de la ermita, en un camino lateral, y ocultó el vehículo lo mejor que pudo. La faena resultó enojosa, no tanto por las dimensiones del vehículo cuanto por lo despejado del terreno.

El secuestrador había exigido que Cañarte acudiera solo, de modo que Andueza permaneció dentro del vehículo, visiblemente nervioso, observando por el espejo retrovisor cómo su superior se alejaba.

Su eminencia, con traje negro y sin más distintivo que su cruz pectoral, caminó sin mirar atrás. Sujetaba con ambas manos la mochila gris que Petit había llevado al palacio horas antes; contenía el dinero y el relicario.

A unos cientos de metros del lugar, apoyando las manos en el cayado, Andrés observaba cómo la ajada oscuridad iba desangrándose hasta morirse del todo. Los matorrales cercanos se agitaron. «Un conejo», pensó, blandiendo su cachava.

El soberbio espectáculo celeste hizo que postergase la caza. Con poderío, la claridad exuberante iba invadiéndolo todo. Así, mirando el cielo, le sorprendieron los disparos. Sonaron tan atronadores y cercanos que se tiró al

suelo y se tapó la cabeza con los brazos. El bordón sobresalía enhiesto arrancando bajo su brazo, tremolando, a modo de periscopio ciego.

Lo primero que Andrés pensó fue que se trataba de otro cazador furtivo; él mismo venía de hacer de las suyas, pero no hubo más detonaciones. El labriego permaneció tumbado, mudo, inmóvil, escuchando los sonidos del campo. Pasados unos minutos sin oír más que el rumor de un automóvil, se convenció de que aquél estruendo respondía a un fatal accidente.

Ayudado por su cayado, se incorporó y, escudriñando cuidadosamente el terreno, atravesó lo más deprisa que pudo los campos en dirección al lugar donde se habían producido los estallidos.

Aquella zona, distante cinco kilómetros de Mendigorría o de cualquier otro lugar civilizado, no estaba habitada. Lo estuvo, muchos siglos atrás, pero, aunque las ruinas romanas recibían crecientes visitas de turistas y curiosos, nunca lo hacían al alba. La ermita se abría para señalados actos de culto y para la romería en honor a la Virgen de Andión, que se había celebrado el pasado 15 de mayo.

Mientras andaba apresuradamente, le llegaron rumores de oraciones y lamentos. Se temió lo peor. Es sabido que los pueblos pequeños son incapaces de guardar ningún secreto y Mendigorría no era una excepción. Aunque todos disimulaban, sabían que el farmacéutico, afectado por una profunda depresión, había ensayado dos veces cómo darse muerte. Su esposa había truncado sus planes con su férrea vigilancia, pero el mal seguía allí, agazapado; sólo era cuestión de tiempo.

Al llegar a la ermita, Andrés jadeaba. La puerta estaba abierta de par en y par y Andrés supo de inmediato que algo grave había acontecido. Se acercó tímidamente a la anteiglesia. Del interior le llegó un llanto ahogado. Avanzó con cuidado y cruzó el arco que daba acceso al recinto sacro. El sol atravesaba lateralmente las vidrieras y llenaba la nave de pellizcos de arco iris. Cegado, al principio, sólo percibió manchas. Permaneció inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz y pudo distinguir los cuerpos que hasta ese momento no eran más que sombras. Comprendió enseguida los hechos: habían sido disparos, pero no de cazador de zorros o conejos.

Se quedó mirando impotente hacia el altar. En la base del tabernáculo, reposaba un cuerpo menudo; los brazos en cruz, la cabeza caída sobre el pecho



desnudo. Pensó que aquél era el mismo Cristo, que había vuelto a inmolarse. Pero la razón se impuso; el hombre que yacía en esa posición era un anciano que vestía un tosco hábito marrón, rasgado de arriba a abajo. No parecía presentar heridas, salvo en la mano derecha, vendada con un pañuelo sanguinolento. El labriego comenzó a santiguarse una y otra vez, mientras instintivamente retrocedía, dispuesto a abandonar aquella escena de horror y sacrilegio.

Sin embargo, los sollozos se intensificaron. Parecían muy próximos. Bajó la vista y vio otra forma humana. La vestimenta negra ensangrentada y la brillante cruz de plata llamaron más su atención que los destrozos del cuerpo. Soltó el cayado y se agachó. A aquel hombre, un disparo a bocajarro le había destrozado el pecho; otro, había borrado parte de su rostro. Algún perdigón parecía haberle tocado la mano, que también estaba desgarrada.

Sobre el tórax abierto, descansaba una montaña de billetes de curso legal, sucios por los restos de vísceras y sangre. Junto al cuerpo, una bolsa de deporte parcialmente abierta mostraba el resto de una cuantiosa fortuna. Pese a que era mucho dinero, a Andrés no se le pasó por la cabeza la idea de llevárselo. No con la Iglesia de por medio; otro gallo cantaría de haberse tratado de fondos del ayuntamiento. Se olvidó del dinero y se concentró en el moribundo.

Aunque no era hábil con las palabras, el labriego cogió la mano al hombre agonizante y le consoló lo mejor que supo.

## LIBRO SEGUNDO

### **COLOR INFIERNO**

Alguien está de pie,  
pero no reconozco su semblante,  
es sólo una forma delante de mis ojos;  
hay un silencio,  
y luego oigo una voz:  
¿Puede un mortal ser justo ante Dios?  
¿Es puro un hombre ante su Creador?

Libro de Job, 4:16-17

## I

El domingo 13 de junio se presentó en mi puerta con una claridad sin misterio. Vestía traje de rigurosa primavera, lo cual en Navarra, aunque toque, constituye toda una rareza. Parecía avergonzado, pero yo lo vi hermoso porque el único rasgo de aquel día que me importaba era el tamaño de su sol.

Naturalmente, no esperaba paz; ni el aburrimiento ni la quietud se cuentan entre las expectativas de un juez de guardia; pero, por aquel entonces, creía que cuando el sol penetraba ardorosamente al día, procreaban una jornada sin delitos graves.

He cambiado de opinión; la hipótesis de que una meteorología favorable contribuye a vaciar cualquier servicio de urgencias, incluyendo los juzgados, no es más que una estúpida hipótesis. Me faltaba mucho que aprender todavía.

Era domingo, un buen domingo, ¿quién querría pasarse un soleado día festivo hormigueando por los pasillos de una Audiencia, pudiendo pasear, leer bajo la intensa luz, darse un chapuzón, o hacer una excursión a algún bonito paraje?

Aquel día salí canturreando de casa, pensando que me esperaba una jornada tranquila. Era, me temo, la posibilidad de tener que instruir una causa por homicidio o asesinato lo que a mí me aterraba.

Por descontado que conocía la teoría al uso. Me había enfrentado a ella como abogada, tras la barrera, pero nunca puesto delante de un crimen en calidad de juez. Eso significa que no había olido a podrido, ni contemplado la fea costumbre de las moscas de posarse en los ojos de los muertos. Pero, sobre todo, indicaba que había logrado amagar eficazmente la verdadera identidad de un crimen: la sangre, ese jugo rojo oscuro (mucho más oscuro que rojo) que se vuelve pavorosamente espeso pasados unos instantes; ese líquido que, como el

alma, pierde de inmediato la alegría grana para coagularse pintado de un taciturno color castaña. Nunca como abogada había estado más cerca que cuando las había leído en un informe pericial. Pero de leer a ver hay un buen trecho; y de ver a instruir, otro mucho mayor; un trecho que te impide mirar sólo de soslayo esos guantes de látex indecorosamente asépticos de los médicos forenses, que tienen la fea costumbre de tirar en cualquier papelera de la zona.

—¿Tendré que instruir asesinatos? —fue la primera pregunta que formulé cuando me incorporé al juzgado.

—Es bastante improbable, aunque uno nunca está totalmente exento de esa posibilidad.

Ésa fue la tajante y racional contestación del magistrado jefe de la sala, que justificó su aseveración con idénticos argumentos a los que yo habría empleado de estar en su posición.

—Verás, Lola, Pamplona es una comunidad pequeña y tradicional. Ciertamente aquí se perpetran delitos menores y menudean los ataques contra la sagrada ley de la propiedad; existen peleas, malos tratos, violaciones que acaban en nuestras manos, pero en los últimos cinco años sólo hemos instruido dos casos por asesinato: el primero, un ajuste de cuentas, entre extranjeros; el otro, ejecutado por un perturbado mental en avanzado estado de embriaguez, fue fruto de un accidente: el tipo se escapó del psiquiátrico. Así pues, si es por probabilidades, yo diría que no te tocará instruir ni homicidios ni asesinatos.

Hay que reconocer que sus consideraciones eran lógicas. En medio de la tortuosa realidad de las ciudades grandes, Pamplona encarnaba la tranquila vulgaridad de lo ordinario. Pero que se asentaran en la estricta estadística no aumentaban mis certezas ni reducían mis temores. De hecho, ¿quién iba a prever lo que aconteció? ¿Quién iba a imaginar que una pequeña perturbación cósmica produciría una variación infinitesimal que acabaría en el caos? (Supongo que así lo explicaría el bueno del hermano Chocarro).

Ajena a aquellos razonamientos matemáticos, viendo cómo el sol viril invadía mi dormitorio, creí a pies juntillas que en un día como aquél y en una ciudad como aquella resultaba altamente improbable que se cometiera un crimen. Convencida, me enfundé mi traje de chaqueta azulón y cogí el coche, no sin antes revisar cuidadosamente los bajos del automóvil (es una de las desgraciadas rutinas que he debido incorporar a mi vida desde que ejerzo como

juez). Dejé a Jaime y a los niños profundamente dormidos y me dirigí a mi despacho.

Vivo en una urbanización que dista algunos kilómetros del juzgado. La capital es sólo accesible por una angosta carretera que surcan habitualmente variopintos peregrinos compostelanos. Recuerdo que aquella mañana había más que de ordinario: junio es un buen mes para El Camino. Me crucé con un nutrido grupo que marchaba en fila india, con enormes bultos a su espalda. Me saludaron al pasar, moviendo levemente la mano, como es costumbre. Respondí con una sonrisa; es parte de la magia de El Camino. Pero la tranquilidad de lo cotidiano pronto desapareció. Empecé llegando tarde a mi turno de guardia.

Odio que me llamen la atención, pero más aborrezco llamármela a mí misma, por eso salí con tiempo suficiente, pero no contaba con el factor sorpresa. Cuando iba a ingresar en la estrecha carretera, un ciclista me tomó la delantera. Subido en su montura de acero, iba dando tumbos, cimbreando, cambiando permanentemente de posición, lo que me impedía adelantarle con garantías. Tenía tiempo de sobra, así que decidí permanecer detrás de él, guardando una distancia prudencial, hasta que la carretera se ampliara, dos kilómetros después. El coche que me seguía, un amago de deportivo negro, adornado con salientes alerones y luces de belén, no tuvo tanta paciencia. Me abucheó con su claxon, sin que yo le prestara ninguna atención. Así pues, regando de música bacalao la carretera, inició la maniobra de adelantamiento. Cuando se percató de que había una bicicleta en la carretera, ya era demasiado tarde.

De poco sirvieron el casco colorido y las ropas reflectantes: el chiquillo salió malparado del enfrentamiento. Pese a que, tratando de evitar la colisión, choqué contra un árbol, el airbag de mi coche no se abrió; el del deportivo negro, sí lo hizo. Corría un hilillo de sangre por mi cara cuando salí del coche. Me tapé con un pañuelo la herida abierta y me acerqué al joven que yacía en el borde del camino, junto a su desmembrada montura. Lloraba y se quejaba de dolor en el pecho. Le rogué encarecidamente que no se moviera, volví a mi coche y busqué el móvil. Telefoneé desde allí a una ambulancia. Luego, llamé al juzgado y avisé de mi obligada tardanza. Mientras, al pie de mi vehículo, explicaba los hechos al secretario judicial y aprovechaba para decirle que, ya que estaba allí, esperaría a la policía, el culpable del accidente consiguió liberarse del abrazo de su airbag y salir del vehículo.

Era un hombre de escasa estatura, pero muy corpulento. Vestía un mono azul de faena, lleno de pegatinas y grasa acumulada. Sin miramientos, seguí sus pasos con la vista, tomando nota mental de su comportamiento. Ajeno a mi mirada y sin preocuparse lo más mínimo por los llantos del chiquillo, examinó detenidamente las múltiples abolladuras de su bólido de estreno. Tras calibrar, entre blasfemias, los daños, se acercó furibundo hacia mí.

—¡Estúpida imbécil! —chilló. Venía haciéndolo desde lejos, cogiendo carrerilla—. ¡Me has jodido la pintura y los faros antiniebla! ¿Es que no te puedes quedar fregando platos, caracol de mierda? ¡Y el de la bici se entera!

No repliqué, pero reconozco que sonreí. Era la primera vez que recibía de primera mano los datos de un caso. Normalmente, cuando el juez llega a la escena del delito ha de conformarse con ver entornos tan mancillados como el cuerpo de una prostituta. Esta vez, sin embargo, había presenciado los hechos en directo e iba a disfrutar ofreciendo mi testimonio.

Aquel despreciable ser, con su desmesurado estómago prisionero en aquel aceitoso mono azul, interpretó correctamente mi sonrisa, porque al llegar a mi altura echó el brazo hacia atrás y, aprovechando el impulso, me propinó una impresionante bofetada. Instintivamente, levanté el brazo intentando frenar el golpe con el codo. Sin embargo, me alcanzó, haciendo que todo mi cuerpo se tambalara. A causa del bofetón, mi móvil saltó por los aires. Nunca lo recuperé. Supongo que alguno de los muchos espectadores que poco a poco se sumaron a la fiesta se lo llevó como recuerdo.

Cuando me recobre del susto, aún con la voz temblorosa y manteniendo en alto el brazo como improvisado escudo, le dije, con toda la seriedad de la que fui capaz:

—Sepa usted que acaba de abofetear a una juez en ejercicio. Tenga por cierto que me encargaré personalmente de que responda ante la justicia por esto y por aquello —dije señalando al ciclista caído—. Voy a prestar testimonio. Estoy segura de que la policía va a quedarse con su Ferrari y su carné una buena temporada. Ya está avisada y en camino, le tomará datos y huellas, y le pedirán la documentación del vehículo. Espero, por su bien, que todo esté en regla.

No respondió. Me miró con cara de sorpresa y, por un momento, pareció perder completamente su fuerza; luego, salió corriendo. Los agentes tardaron seis días en localizarle. Lo hicieron en Toledo, en el domicilio de un primo

segundo. Tenía abundantes antecedentes por comportamiento violento.

La ambulancia tardó pocos minutos en llegar. Pese a los gestos de dolor y a los sollozos incontrolados del ciclista, los sanitarios confirmaron que sus heridas, como yo esperaba, no revestían gravedad. A mí me bastaron cuatro puntos de sutura en la frente que me los dieron allí, dentro de la ambulancia. Uno de los enfermeros tapó la seda con un exagerado apósito, del que me desprendí al abandonar la escena del accidente. La marca de la bofetada fue cambiando de color con el tiempo.

Los trámites del atropello y de la fuga me ocuparon más de una hora, tiempo durante el cual el secretario judicial llamó insistentemente a mi teléfono portátil, sin que su nuevo propietario se dignara contestar. Por ello, cuando flanquéé la puerta de doble hoja de los juzgados, encontré a mi ayudante aquejado de un ataque de histeria, atendido por Ramiro Segá, médico jefe del departamento forense. Este último, buen conocedor del percal, se había apresurado a administrarle un fármaco tranquilizante.

—¡Juez MacHor! ¡Por Dios que va a lograr que me dé un infarto! ¿Es que lo hace a propósito? ¿Dónde tiene usted el móvil, por qué no contesta? —Entonces se fijó en las marcas de mi frente—. ¡Señoría, ¿qué le ha pasado en la cara?! ¡Tiene sangre en la frente! ¡Por favor, todo a la vez, no! —contestó respirando profundamente.

—No te preocupes, Gorka —traté de tranquilizarle, aunque sabía que nada de lo que dijera impediría que el secretario pidiera una nueva y larga baja por estrés laboral—. He sido víctima de una agresión, pero como ves, se trata de una herida de escasa consideración. Durante el altercado, me han robado; primero el móvil; más tarde, el bolso. Por ese motivo no contestaba. Y a ti, ¿qué te ha pasado? —continué cándidamente.

Al escuchar la pregunta explotó. Fue un estallido descontrolado, ajeno a toda lógica. La información salió mezclada con sus miedos y reproches hacia mi gestión (incluyendo que no le permitiera llamarme *jueza*, que era el vocablo mucho más progresista que *juez*, y que me negara a llevar escolta, pese a estar, como el resto de los jueces y magistrados de Pamplona, amenazada de muerte por el mero hecho de hacer nuestro trabajo). No comprendí la mayor parte de lo que decía: frases enrevesadas con voz pastosa y farfullera, probablemente por los medicamentos, pero capté al vuelo dos palabras que me dejaron petrificada.

Es sorprendente cómo dos simples palabras, apenas un puñado de letras, logran cambiar tan rápidamente el futuro, y convierten un día de luz y regocijo en un completo fiasco. Cuando le oí pronunciarlas, el mundo se agitó bajo mis pies.

Asesinato, sotana... ¡No era posible; aquello debía de ser una broma, una mala pasada del destino cósmico! Enseguida sonaría el despertador y me despertaría. Pero ni aquél sonó ni yo desperté. Pasados unos instantes, fui consciente de que tenía ante mí la instrucción de un caso que, por intrincado, no se había atrevido a asomar ni en mis peores pesadillas.

Había ensayado aquella situación muchas veces. Sabía qué debía hacer en cada momento, pero nada de lo que había previsto acontecía como yo imaginaba. De momento, lejos de ayudarme, tenía a mi secretario tumbado en el sofá de cuero de mi despacho, con sus largos pies apoyados sobre uno de los brazos, gimoteando desconsoladamente; y al forense, con cara de circunstancias, fumándose un cigarro y llenando de ceniza la alfombra.

—Bien —concedí—. Iré de inmediato.

—Juez MacHor, ha de hacerme caso: necesita protección. ¡Fíjese lo que ha pasado! —alegó Gorka, que llevaba semanas empeñado en convencerme de que aceptara el servicio de guardaespaldas que me ofrecía el juzgado. Yo me había negado de plano.

—Gorka, este asesinato no tiene nada que ver conmigo. A primera vista, no parece tratarse de un asunto de terrorismo.

—¡Ah, de momento no, señoría, pero la Iglesia está involucrada! Eso eleva considerablemente el riesgo de conspiración.

—¿La Iglesia? —pregunté extrañada—. De momento, por lo que le he entendido han matado a un sacerdote. De ahí a que la Iglesia como institución esté implicada en algún asunto turbio hay un largo trecho.

—Ya sabe, señoría, que la Iglesia suele resolver internamente sus pequeños conflictos; los juzgados rara vez disfrutamos de su compañía. Si están aquí, es que hay problemas graves. ¡Muy graves! Y esta vez, hay sangre ¡El arzobispo!

—¿Cómo, el arzobispo? ¡Habías dicho un cura!

—¿Es que acaso no lo es? Además, el arzobispo no es ni más ni menos que un ciudadano corriente.

—No, Gorka, el arzobispo no es un ciudadano como cualquier otro.



Representa a muchas personas: miles, cientos de miles. ¿Hablarías del mismo modo si hubiera sido un senador?

—El senador representa al Estado, mientras que *ese otro* no lo hace. Que yo sepa, España se autodefinió voluntariamente aconfesional: artículo 16.3 del texto constitucional.

—De acuerdo, en eso tienes razón. España es un régimen aconfesional, pero no laico. La mayoría de los españoles, de una u otra manera, tiene lazos con la religión católica y una buena proporción la practica. Y la democracia es un régimen de mayorías. Déjame, además, que te pregunte algo: ¿te habrías expresado de igual forma si se hubiera personado en este juzgado Dani Pedrosa? —repliqué, conociendo su enfermiza afición por las motos.

—*Touché!* —respondió, tapándose la frente con el brazo en gesto teatral.

En ningún momento, había hecho ademán de incorporarse.

—Gorka, tus prejuicios te hacen perder objetividad. Si no te distancias de ellos, incurrirás en errores como el que acabas de cometer. Ahora debo marcharme...

—¿Llamo a un escolta? —insistió.

—No, el forense y yo nos arreglamos, ¿verdad, Ramiro?

—Verdad —contestó éste—, creo que la juez y yo seremos capaces de enfrentarnos con la Iglesia entera —concluyó guiñando el ojo al secretario judicial, que continuó tendido mientras abandonábamos el despacho.

Aunque no sabía cómo respondería ante el reto, conocía de sobra el protocolo. El forense y yo debíamos presentarnos de inmediato en el lugar de los hechos. En los primeros momentos, la presencia del juez instructor no resulta tan vital como la de los equipos forenses, que no pueden perder un momento: cuanto más tardan en llegar, más contaminada encuentran la escena del crimen. Pero ir con él me ofrecía la posibilidad de su experiencia. No hubo necesidad de negociaciones previas; tácitamente nos pusimos de acuerdo y nos dirigimos hacia el aparcamiento.

—¿Dónde ha sido, Ramiro? —pregunté sin detenerme, íbamos casi a la carrera—, no he entendido la mitad de las palabras de Gorka.

—No me extraña, le he inyectado un tranquilizante bastante potente. Conociéndole, le he puesto una dosis de caballo: ¡estaba histérico! Pero no te inquietes, yo tengo todos los datos. Los dos cadáveres se han encontrado en una

ermita aislada, en las afueras de la localidad de Mendigorría. Un bonito emplazamiento; bastante cerca de Pamplona, ¿lo conoces?

—No, no me suena —confesé.

¿Qué me importaba en aquellos momentos la belleza del lugar?

—Se puede ir por una carretera secundaria, menos transitada, pero la autovía suele tener un tráfico ligero; en quince o veinte minutos estamos allí.

—Como prefieras, pero tendrás que guiarme. Ya sabes que me pierdo con facilidad.

—¿Quieres que conduzca yo? —se ofreció—. Estás muy pálida.

—¡Por favor! —dije, verdaderamente agradecida. Ramiro sabe que odio conducir—. Así tendré ocasión de recuperarme de los sustos matutinos. Y si me prestas tu móvil, llamaré al banco para que anulen las tarjetas de crédito. ¿Puedes hablar mientras conduces? Necesito que me pongas al día, que me orientes. Éste es mi primer... En fin...

Ramiro se detuvo en seco y me sujetó del brazo. Sus ojos marrones se clavaron en mí. Iba, como siempre, perfectamente engominado; aun así, antes de hablar, se atusó los cabellos.

—Escúchame, Lola: para todo hay una primera vez. No debes preocuparte más de lo necesario, sólo has de emplear el sentido común.

Fruncí el gesto, y con humildad contesté:

—Dicen que el sentido común es el menos común de todos los sentidos. Pero, aun así, lo intentaré.

—De acuerdo. Sólo un consejo más: antes de vomitar, abandona la escena del crimen.

La frase me dejó helada. Una extraña inseguridad se apoderó de mí.

—Espero recordar eso también —logré contestar.

Al llegar al aparcamiento hice ademán de dirigirme hacia mi coche. Pero Ricardo no me lo permitió.

—Yo conduzco, Lola, y si no te importa, prefiero que vayamos en el mío. En mi opinión, el automóvil es como la mujer, intransferible.

El Volvo de Ramiro desprendía un fuerte olor a tabaco. De hecho, el cenicero estaba atestado de colillas; algunas incluso se habían caído sobre las cintas de música clásica que al forense tanto gustaba escuchar. Enseguida se excusó, recogió la mayor parte de las colillas caídas por la alfombrilla y salió del coche

en busca de la papelera más cercana.

Aunque volvió con el cenicero limpio, el olor persistió. Ramiro, acostumbrado a respirar aquel ambiente, no pareció darse cuenta; a mí no me ocurrió lo mismo. Por ello, alegando que me vendría bien tomar el aire, bajé la ventanilla. En realidad, el tabaco no tuvo toda la culpa. Desde que la noticia de los crímenes llegó a mis oídos, la náusea rondaba mi estómago; sus Ducados sólo acrecentaron la sensación. Me concentré en el paisaje para olvidar la inestabilidad de mi cuerpo.

Bordeando el límite de velocidad, la ciudad desapareció de nuestra vista, los edificios grises fueron suplantados por los campos ocres recién segados. Ante nuestros ojos, iba extendiéndose un bello mar de tierra arada. De vez en cuando, a modo de islas tropicales, emergían pequeños grupos de árboles intensamente verdes, empeñados en ofrecer sombra.

No habían pasado cinco minutos, cuando Ramiro me preguntó con voz suplicante:

—Lola, ¿te importa que fume?

Acabábamos de tomar la autovía en dirección a Logroño. Con la velocidad, el frescor de la mañana tardía y el brillo del diáfano cielo entraban por la ventanilla.

—Estás en tu casa —declaré reacia.

—Si te molesta, espero a que lleguemos —dijo, creo que sinceramente.

—Si he de ser sincera, tengo que decir que ese olor no es de mi agrado, pero, como he sido fumadora empedernida durante años, no tengo estómago para decirte que no. Fuma, te calmará los nervios.

—Gracias, Lola, la verdad es que estoy tranquilo, pero la nicotina me ayuda a pensar.

El humo gris llenó el habitáculo enseguida. Pese al estado de la ventanilla, lo percibí de inmediato. Sonreí. Llevaba ya tres años sin fumar, y aún me sorprendía haber tenido fuerza de voluntad para dejar tan estúpido vicio. Sin embargo, por un instante, sólo por un instante, estuve tentada de coger aquel paquete, robar un pitillo y encenderlo. No lo hice. Esperé a que terminara de prender el cigarro y luego pregunté.

—Muy bien, cuéntame qué ha pasado y no me ahorres los detalles escabrosos. Prefiero oírtelos a ti que a los agentes.

—Bien, te pongo en antecedentes. A eso de las nueve, nos ha alertado la policía local. Un vecino mañanero iba de paseo y ha encontrado la ermita abierta, las puertas de par en par. Se trata de una pequeña construcción situada en lo alto del pueblo, fuera del núcleo urbano, como a cuatro o cinco kilómetros de distancia. Normalmente está cerrada, pero no en esta ocasión. Extrañado, el hombre ha entrado y se ha encontrado con dos cadáveres: uno en el suelo, entre los bancos; otro, bajo el altar. El paisano se ha asustado mucho y ha bajado todo lo rápido que ha podido hasta el pueblo para avisar. Ha localizado en su casa al jefe de la policía municipal. Éste, a su vez, ha llamado a alguien, puede que fuera el alcalde, no lo recuerdo bien, que ha terminado por llamarnos a nosotros. Entre los muchos que han acudido allí, el farmacéutico ha reconocido al arzobispo de Pamplona con el que, al parecer, el pueblo mantenía algún tipo de relación. El otro cadáver está aún sin identificar. Le habían descerrajado dos tiros con una escopeta de caza, pero el arzobispo estaba aún vivo cuando el paisano le encontró. No obstante, murió enseguida, sin que el médico del pueblo pudiera hacer nada por él. Desconozco si hizo alguna declaración antes de morir.

—¿El otro individuo también ha muerto por arma de fuego? —investigué.

—No lo sé, Lola, pero me han dicho que parece un cristo.

—¿Y eso qué significa? —musité, tragando saliva.

—¡Vaya uno a saber! Quizá quisieran decir que su cuerpo presentaba muchas heridas o que estaba desnudo; quizá sugiriesen un modo de morir: el propio de un crucificado.

—¡Hombre, eso no, Ramiro, que estamos en el siglo XXI! —protesté.

—¿Y eso qué importa, Lola? ¿Qué tiene el siglo XXI que lo haga distinto del XX o del medioevo? Los asesinos seguirán asesinando cuando hayamos tocado Marte o encontrado una vacuna contra el cáncer.

—Tienes razón. Era una simple esperanza. Deseo de corazón que no fuera nada de eso lo que el policía quiso decir.

Por un momento, se me llenaron los ojos de lágrimas. El nudo que aprisionaba mi garganta se hizo evidente cuando dije:

—Ramiro...

—Dime... —respondió conciliador.

Creo que intuía lo que yo iba a decir.

—La perspectiva de llevar este caso me abruma de tal manera que... En fin,

me temo que voy a ser incapaz de hacer esto... —confesé.

—No tienes otra opción, Lola. No hay alternativa. No te inquietes, es peor pensarlo que hacerlo —me animó.

—Estoy aterrada —admití.

—Verás, Lola, esto va así: tú debes dar la orden de levantar los cadáveres, pero no hace falta que te regodees en la escena. Mi informe te ofrecerá toda la información que necesitas. Ya conoces mi merecida fama de forense exhaustivo.

—Gracias, Ramiro, intentaré estar a la altura.

—No me cabe la menor duda de que lo estarás. Además, siempre puedes echar mano del agente Galbis. Está desde hace tiempo en la escena. Salió en cuanto nos llegó la noticia. No tiene mucha experiencia en este tipo de asuntos, pero te servirá de apoyo en los interrogatorios. Enseguida se asignará el caso a un inspector más experimentado. De todas formas, no las tengo todas conmigo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté extrañada.

—Que con tanta gente merodeando por los alrededores, cuando llegue Galbis, la escena estará tan contaminada como este río —dijo, señalando el color chocolate del Arga.

Lo atravesábamos en aquel momento, por el único carril de un estrecho puente medieval, bien restaurado. Conducía a una hacienda de labranza, a la que bordeaba un estrecho camino asfaltado.

—Seguro que los habitantes de esta finca nos dan razón de los hechos —afirmé—. Quien sea que haya pasado por aquí, ha debido ser visto. No hay más salida.

—Era muy temprano, Lola.

—Eso es cierto, pero la vida en el campo empieza con el sol. El hombre que encontró los cadáveres estaba paseando y todavía no había amanecido del todo.

—Quizá tengas razón. Estos paisanos se pasan la vida en el campo. Las tareas de labranza son duras y no conocen horarios... —me contestó el forense.

—Además, Ramiro, te olvidas de las mujeres. Nosotras somos como el ojo de Dios, ¡todo lo vemos! Seguro que alguna estaba tendiendo ropa o preparando el desayuno y, al oír el ruido, miró curiosa por la ventana... Más tarde preguntaremos por sus habitantes. Por cierto, me he olvidado de lo del banco, ¿me prestas tu móvil un momento?

—Sí, por supuesto. Es nuevo, lo estreno hoy: el último se me cayó en la pila

de la morgue y se estropeó. Chiqui siempre me llama en medio de las autopsias.

Mientras hablaba echó mano a la cintura y trató de sacarlo de la funda. Se le fue el volante, una nube de polvo saltó desde el arcén.

—Lo siento —se excusó.

—Y cuando Chiqui te llama, ¿contestas? —dije, sin hacer referencia a su conducción temeraria.

—¿Qué quieres que haga? Quizá sea mejor hacer como tú, que nunca sabes dónde has puesto el teléfono; ¿es verdad que te lo han robado?

—Como la misma muerte, Ramiro. ¿Te imaginas el titular del periódico: «Roban el bolso y el móvil a una juez mientras informa de un caso»?

—Casi hemos llegado —señaló cortándome—. Mira hacia arriba, a la izquierda, ésa es la ermita. Tiene un bonito retablo; al menos, así es como lo recuerdo.

—Confieso que sigo sin tener el estómago preparado.

—Es cuestión de no pensar. A algunas personas les ayuda cantar o silbar. La clave está en lograr distanciarse de la escena. Y recuerda...

—Sí, ya lo sé: antes de vomitar, abandonar la zona.

Aparcamos en una pequeña explanada a pocos metros del lugar, junto a un coche todoterreno con distintivo municipal, un desvencijado Citroën y un reluciente BMV. Luego supe que la tartana pertenecía al médico del pueblo; el Land Rover, al policía local y el otro, naturalmente, al señor alcalde.

Bajé del coche, nerviosa, y miré hacia arriba, en dirección a la ermita. El fuerte sol impactaba contra sus oscuros muros de piedra. Desde mi posición, a contraluz, la fachada aparecía enmarcada por un halo de dorado misterio. Parpadeé varias veces, intentando que mis ojos se hicieran al claror; pero hube de optar por las gafas de sol. Con ellas, distinguí la airosa silueta. Encandilada por aquella sencillez, me costó dejar de mirar la nave, coronada por una desvencijada torre acampanada. Emanaba de ella una paz que regaba promesas de lejanos pasados cuando aquellas cosas no ocurrían, cuando la vida tenía más valor y mayor sentido.

El olor a tabaco me distrajo. Ramiro había encendido otro cigarrillo y, con él entre sus dedos, contemplaba la vista a mi espalda.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Aire puro, historia, luz. ¡Qué pena de cadáveres!

No contesté. Tratando de mostrarme decidida, tomé sin vacilar la única senda que conducía a la ermita, pequeña y hermosa, pueblerina, auténtica.

El sendero, bordeado por esbeltos cipreses en perfecta formación, era paupérrimo. Avancé por él contemplando atenta el suelo. Como hago en todos los turnos de guardia, había evitado los tacones, pero en aquel pedregal de vivo color arcilloso la probabilidad de tropezar era muy alta. Pese a todo, confieso que, subiendo aquel sendero, escoltada por aquellos arrogantes ciparisos, me sentí como un general romano que acude a pasar revista.

Mientras ascendíamos, me fijé en una moderna y antiestética construcción a la izquierda de la ermita. Debí de poner cara de disgusto porque Ramiro dijo:

—Desde luego, es horrible.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es un museo arqueológico, tan modesto que no sé siquiera si puede llevar ese nombre, pero es la puerta de entrada a las ruinas de una ciudad romana. Supongo que el ayuntamiento obtendrá de ellas una pequeña renta.

—Ya —contesté sin detenerme.

En aquel momento no estaba para vestigios arqueológicos, por interesantes que fueran. Ramiro, por el contrario, se quedó allí, fumando y mirando por entre la reja.

Casi había terminado de ascender, cuando un grueso caballero de uniforme me salió al encuentro. Creo que estaba allí montando guardia, esperándome. Miré instintivamente hacia su cintura: una porra ocupaba el lugar de la pistola. El hombre parecía nervioso, se colocaba cada minuto el cinturón en su sitio y se secaba la frente con un pañuelo blanco muy arrugado. Las marcas de sudor en su camisa azul eran anchas y pronunciadas.

—¿Es usted la señora jueza? —Extendió mucho las letras al hablar, supongo que como signo de deferencia.

—En efecto —dije ofreciéndole la mano—, soy la juez Dolores MacHor.

—Encantado, señoría —contestó plantándome en el dorso de la mano un sonoro beso, como se hacía antaño, como se sigue haciendo en los pueblos como aquél.

—Lo mismo digo, caballero. ¿Y usted es...?

—Rodrigo Sorauren, policía municipal en Mendigorría, a su servicio... Soy yo quien les ha llamado. Los dos fiambres... cadáveres están ahí, dentro de la

ermita.

Lo dijo de corrido y muy rápido. Supongo que, nervioso como estaba, de haberlo dicho de otra manera, habría sido incapaz de culminar la frase.

—Agente Sorauren, antes de nada quiero agradecerle la ayuda que nos presta.

—¡Faltaba más, para eso estamos!

—Dígame, ¿fue usted quien encontró los cuerpos?

—No, no, señorita. Demasiado temprano para mí, bueno, ¡para todos, menos para Andrés! Aún dormía cuando me ha llamado para contármelo. Naturalmente, después de avisar a las autoridades, he venido aquí. He cogido el coche, y sin tan siquiera despertar a la parienta, me he personado en el escenario del crimen. Puedo certificarle que, desde que yo estoy aquí, nadie ha entrado en ese lugar. Antes, no puedo asegurárselo, aunque Andrés dice que él ha dejado las cosas tal y como estaban cuando las encontró.

—Ha hecho usted muy bien, agente Sorauren. Preservar la escena de un crimen es vital. —Comprobé que mis palabras provocaban el efecto buscado; una amplia sonrisa cubría la sudorosa cara del agente—. Ha mencionado en dos ocasiones a un tal Andrés. ¿Es él quien ha encontrado los cuerpos?

—En efecto; se llama Andrés Hernández, es del lugar; de Mendigorría, quiero decir. Toda su familia lo es. Buenas personas, agricultores, gente sana. Los dos chicos han estudiado en la capital y, claro, ya no viven aquí. Aquí no se queda nadie, el pueblo se está desangrando poco a poco. Su esposa murió el año pasado, nadie sabe de qué. Un día no se despertó más, así de fácil. Desde entonces, vive solo. Se levanta muy temprano y pasea como un alma en pena por los bosques cercanos, hasta llegar a sus tierras, que están allá, pasadas las ruinas —continuó señalando con el índice—. Ha sido en uno de sus paseos matutinos, cuando se ha encontrado con el marrón. Usted me perdonará la expresión, aunque le aseguro que lo es.

—Le creo, agente. Muy bien, hablaré con él enseguida —contesté, lo más afablemente que supe.

—No sé si querrá hablar con una juez —me avisó.

—Está bien de la... En fin, ¿es un hombre cuerdo?

—¡Por supuesto que está cuerdo! —confirmó el orondo policía con amplios gestos.



—Entonces, tendrá que hablar conmigo —sentencié—. No se preocupe, agente, me encargaré de ello, pero ahora, acompáñenos si es tan amable hasta el lugar.

Empleé el plural, porque Ramiro, que ya había tomado su dosis de nicotina y de historia, estaba de nuevo a mi lado, portando su temido maletín.

—Buenos días, caballero —dijo con amabilidad.

—Agente Sorauren, le presento al doctor Ramiro Segá, nuestro médico forense.

—¡Mucho gusto! —dijo, sacudiendo fuertemente su mano derecha—. ¿Sabe qué?, nadie adivinaría su profesión. No se parece nada a los de las series de televisión.

Ramiro se echó a reír.

—¿Para mejor o para peor? —preguntó mirando fijamente al policía, que no se sintió ofendido en ningún momento.

—¡Para mejor, claro está! Usted es... ¿cómo lo diría...?, muy elegante, no como esos agentes yanquis que pueden ser confundidos con delincuentes.

Entonces fui yo la que sonreí. El policía tenía razón. Ramiro iba siempre perfectamente engominado como un socio de una firma de abogados de postín. Incluso con su bata verde, tenía traza elegante.

—Agente Sorauren, tenemos un poco de prisa. ¿Puede acompañarnos hasta el lugar?

—Sí, señora; ahora mismo. ¡Sígueme!

Empleamos un minuto en alcanzar la ermita. Eran apenas trescientos metros.

Ante la puerta de la misma, vigilando la entrada, se hallaba el agente Galbis, con rostro pálido y desencajado.

—Señoría, doctor... Mal asunto, malo, malo. Les aseguro que casi vomito —confesó con su inquebrantable acento andaluz.

—Pero no lo habrá hecho, ¿verdad?

—No, doctor, no lo he hecho: conozco la cantinela... —le contestó con retintín.

—Muy bien —zanjé—, cuéntenos.

—Dentro hay dos cadáveres, ambos vestidos de cura; ya sabe, con esas vainas negras con las que les gusta adornarse, sólo que, en este caso, una de ellas es marrón.

—Sotanas, Galbis. Hacer gala de su agnosticismo no exime que hable usted con propiedad.

—Como quiera, señoría —replicó dolido—, pero con sotanas o sin ellas, le advierto que el espectáculo es dantesco. Hasta el dinero, cuya presencia suele alegrar el día, aquí resulta inmundado.

—¿Dinero? ¿Qué dinero? —pregunté sorprendida, mirando a Ramiro.

—Yo tampoco tenía noticia —confirmó.

—Pues así es. Hay mucho dinero ahí dentro; está por todas partes, sobre todo alrededor del cadáver más cercano a la puerta... —Su mirada pareció iluminarse, cuando añadió—: Es más, señoría, le diré una cosa: me ha dado la sensación de que el asesino ha querido regar al cadáver con esos billetes de cien... Como si quisiese despreciarle, no sé si me explico...

Me quedé pensativa. Cuando media dinero, las cosas tienen la fea costumbre de complicarse. Escuchamos unos instantes más a Galbis, que seguía con su crónica negra; pero Ramiro tiene poca paciencia.

—Lo siento, Galbis, pero voy a entrar. No quiero que se ofenda, prefiero labrarme mis propias impresiones.

—Por mí, adelante, doctor. Encantado de callarme, no son cosas en las que uno se sienta orgulloso de participar.

Ramiro extrajo de su maletín dos pares de guantes. Me tendió uno.

—Señoría...

Un escalofrío me traspasó al entrar en contacto con el frío látex.

Ramiro cerró nuevamente el maletín y se incorporó, acercándose mucho a mí.

—No toques nada, Lola, y ten muy presente mi consejo —me susurró, lo suficientemente bajo para que Galbis no alcanzara a escuchar sus palabras. Mantener la autoridad resulta siempre importante.

Empujando hacia dentro la gruesa puerta de roble, Ramiro entró en la antesala de la iglesia. Yo le seguí a prudencial distancia, tragando saliva mientras trasponía el umbral. El vestíbulo estaba limpio, y la puerta de acceso a la capilla, entreabierta.

—¿Vamos? —me dijo, con una sonrisa amable.

—No te preocupes por mí —contesté—, tú a lo tuyo.

Al trasponer el umbral, comencé a experimentar una extraña sensación. El

momento que tanto había temido llegaba y, no obstante, notaba cómo el miedo cedía dando paso a la curiosidad. En aquel momento, no sé por qué, fui consciente de mi imperdonable ignorancia. Me había pasado más de media vida ocupada en las mismas rutinas, esclava de mis querencias. Sentí que me había atascado en lo corriente hasta el punto de haber olvidado todo lo demás. No es que el crimen fuera algo que yo anhelara frecuentar, pero en aquel instante me entraron unas ansias irrefrenables de recuperar el tiempo perdido y dedicarlo a conocer todo cuanto estuviera fuera de la garita donde me había confinado, amurallada por fobias y automatismos. Tomé conciencia de que quienes allí yacían estaban muertos; y yo, viva. Supongo que aquel pensamiento impropio y a destiempo no sería más que una expresión, otra más, del que llaman síndrome de los cuarenta, pero desde luego me sirvió para advertir que había otra Lola dentro de mí, a la que no tenía el gusto de conocer.

El interior de la ermita estaba en semipenumbra. No quise mirar la escena de frente. Suponía cómo iba a afectarme, de modo que fui paseando la vista por las paredes de piedra, la cúpula barroca, construida, probablemente, para tapar una severa cabecera románica; el barroco tardío del retablo mayor, presidido por una virgen medieval, convertida en imagen de vestir. Finalmente, fijé los ojos en el centro de la nave.

Contuve la respiración y retrocedí. Me di la vuelta e hice ademán de salir, la mano contra la cara. Pero detrás de mí estaba Galbis, demacrado y sudoroso.

—Se lo dije, señoría, es apocalíptico —me susurró con voz queda.

—Admito que tenía usted razón.

—Si no me necesita, espero fuera —se excusó—. Ya he tenido bastante por hoy.

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo, salga. Yo voy enseguida.

Mi honra, que no mi ánimo, me hizo aguantar la náusea y permanecer ante aquella escena casi insufrible. Muy cerca de la puerta, a la derecha, junto a un grupo de escaños, yacía un hombre. Su cuerpo, medio tumbado, se apoyaba ligeramente en el reclinatorio de uno de los bancos, con la cabeza inclinada hacia atrás. No tenía semblante: ni ojos ni nariz; de los labios solo quedaba rastro del inferior; alguien le había borrado los rasgos por las bravas. En su lugar, había sangre y huesos y trozos de carne macilenta. Tenía el pecho abierto; mostraba

algunas partes blancuzcas que, en mi ignorancia, juzgué como costillas. Rodeaba su cuerpo un denso charco de color castaña, sangre que empezaba a coagular.

Como había señalado Galbis, toda la escena aparecía sembrada de billetes de cien euros. Me fijé en que uno de ellos flotaba sobre el charco de sangre. Cerca del cadáver, había una bolsa de deportes medio abierta. Miré por la abertura: se veía más dinero, mucho, en la misma moneda.

Retiré enseguida la vista, miré hacia el frente; empezaba a afectarme. Entonces mis ojos se toparon con el otro cadáver; estaba al fondo, junto al altar. Avanzaba como hipnotizada hacia aquella visión, cuando tropecé con algo. Mi pie acababa de chocar con un objeto grande, de aproximadamente medio metro. Me agaché y lo cogí con la mano derecha, pero era bastante pesado y hube de ayudarme con la izquierda.

Tras levantarlo, me acordé de la advertencia de Ramiro y bendije las precauciones que toman los de su gremio. De no llevar guantes, habría podido borrar las huellas en aquel objeto. Apoyé el hallazgo en el banco más cercano y me acerqué para observarlo. Se trataba de un templo en miniatura, construido en plata y esmaltes. Tenía cruces góticas gemelas en los laterales y estaba rematado por otra de mayor traza, a la que le faltaba uno de los brazos.

A pesar de mis escasísimos conocimientos sobre arte, aquella pieza me pareció magnífica. El templete combinaba ventanales con tracerías, pináculos, contrafuertes, y pequeñas figuras de santos, realizadas con maestría. Recuerdo que pensé cómo desentonaba aquella hermosa obra en aquel desagradable entorno.

Dejé el objeto sobre el banco y continué hasta el altar; bajo el tabernáculo descansaba el segundo cadáver.

Era verdad, parecía un cristo. El cuerpo tenía la cabeza ladeada, caída sobre el pecho, y mantenía los brazos abiertos en forma de cruz. Parecía también eclesiástico, al menos, eso decían su hábito marrón y el gran crucifijo de plata que colgaba de su pecho y caía del cuerpo suspendido por el flanco derecho.

Mis ojos quedaron enganchados a aquella figura plateada y brillante.

—Lola, ¿por qué no sales? —me susurró Ramiro, mientras se acercaba.

Al avanzar, el polvo acumulado en el suelo se elevaba formando pequeñas nubes. Me fijé en que sus guantes estaban rojos.

—Te cuento enseguida lo que sepa —añadió.

—¿Te has dado cuenta de la coincidencia, Ramiro? Ambos llevan cruces pectorales.

—Sí, ya me había fijado.

—Puede que el otro sea el arzobispo, pero éste debe ser también persona importante. No sé mucho de estas cosas, pero creo que esos crucifijos sólo los llevan los eclesiásticos de postín.

—Nos enteraremos pronto...

—De acuerdo, Ramiro, todo tuyo. Me voy. Te espero fuera mientras interrogo a los testigos.

Me alejaba cuando recordé mi error.

—Por cierto, Ramiro: el templete que está encima del banco lo he cogido del suelo. Lo siento, tropecé con él y lo levanté... con los guantes puestos.

—Vale, lo pondré en el informe. ¡Lástima no haber hecho fotografías!

Agradecí volver a la vida; el sol picaba cuando salí. El cielo, de un azul desvaído, sin nubes, cantaba el inicio del verano. Enseguida me desprendí de la americana. Miré en torno. Desde aquella altura, el campo estaba precioso, preñado de romero. Su olor, fuerte y denso, se destacaba sobre el resto de los elementos del escenario del crimen.

Busqué a Galbis. Tras una vuelta por los alrededores, le encontré en la parte trasera de la iglesia, meditabundo, fumando un Ducados. Ramiro y él eran los dos únicos miembros del juzgado que fumaban y a mí, exfumadora combativa, me había tocado lidiar con ambos. Su pelo rubio, cortado a cepillo, parecía oro bajo el influjo de aquella luz.

—¡Lo siento, señoría, era para calmar los nervios! —dijo tirando la colilla al suelo y pisándola con su bota negra cumplidamente lustrada.

—No tiene por qué disculparse, agente. Aunque el tabaco le matará de todas formas, en sitio abierto no es ilegal fumar. Pero le aconsejo que recoja la colilla del suelo, o el forense le fusilará. Imagínese que, al encontrar su ADN en los alrededores de la escena, le culparan de los crímenes...

El joven policía se agachó inmediatamente y, entre nuevas disculpas, cogió los restos de su vicio; no sabía qué hacer con ellos, pero se los metió en el bolsillo.

—Dígame, Galbis, ¿sabe dónde está el hombre que ha encontrado los cadáveres, ese tal Andrés?

—Andrés Hernández —afirmó, consultando su libreta de notas—. Natural de Mendigorría, donde reside. Ochenta y un años, viudo, encontró los cadáveres a eso de las seis y media o las siete menos cuarto de la mañana. Parece un hombre normal que se ha topado con el asunto sin querer. Está asustado, no quiere decir nada.

—De acuerdo, vayamos a hablar con él. Le sigo...

Encontramos a Andrés Hernández al sol, con cara de circunstancias, en el muro lateral de la ermita, de pie, apoyado en una cachava curva. Aunque era un hombre añoso parecía gozar de una salud envidiable. Su cara, curtida y llena de manchas, color bronce, contrastaba vivamente con su abundante mata de cabello blanco peinado hacia atrás.

El hombre puso algunos obstáculos al interrogatorio, lo cual no suele ser habitual, y se abstuvo, tras él, de formular pregunta alguna, lo que es, sencillamente, excepcional. Los afectados, aunque, en realidad, desearan salir corriendo, ante la posibilidad de verse implicados en un asunto turbio, suelen declamar a borbotones todos y cada uno de los detalles que recuerdan, resistiendo estoicamente mil y una preguntas repetidas. Pero una vez intuyen que su posición está suficientemente defendida y que quedan libres de toda sospecha, se envalentonan y son ellos los que comienzan el interrogatorio. Como descubridores del acto delictivo, creen tener alguna autoridad sobre la escena, alguna suerte de propiedad intelectual que convierte en un mérito haber encontrado un cadáver donde nadie lo esperaba.

A Andrés Hernández se le veía impresionado, pero no lo suficiente; sus argumentos resultaron claros y precisos.

—Buenos días, don Andrés.

Viendo la edad del sujeto, opté por emplear el tratamiento. Resultaba formal, y otorgaba a las preguntas una carga extra de seriedad, pero no estaba dispuesta a herir su sensibilidad.

—Lo mismo digo, señora —respondió.

—Me llamo Dolores MacHor, soy la juez que instruirá este caso. Este caballero que me acompaña es el agente Galbis de la policía judicial.

—Mucho gusto —musitó nuevamente a la defensiva.

—Tengo entendido que fue usted quien encontró los dos cadáveres. Ante

todo, le agradezco que nos avisara tan rápido.

—En realidad, dudé, señora. Pero cuando vi el anillo y la cruz...

—No se preocupe, don Andrés, lo importante es que lo hizo. Ahora, me gustaría que colaborara con nosotros en el esclarecimiento de los hechos. Querría que nos narrara las circunstancias que rodean este inesperado encuentro, si es tan amable.

—Creo que no —respondió secamente.

—¿Perdone? —dije confundida.

—Temo no poder hacer lo que usted me pide.

—¿Qué no puede hacerlo? ¿Por qué? —pregunté con candidez. No entendía su negativa—. Le aseguro que no tiene nada que temer.

—Tengo un hijo abogado, ¿sabe? El chico mayor; ahora vive en Bilbao y trabaja en un gran despacho de nombre extranjero. Él siempre dice que no se debe contar a la policía cosas que puedan implicarte. Es mejor callar. Creo que lo dice la Constitución española, la última.

—Por supuesto, don Andrés, su hijo tiene mucha razón. Pero, en este caso, le aseguro que no tiene por qué preocuparse. La ley está aquí para protegerle. Según su declaración a la policía local, usted paseaba por los alrededores y se acercó al oír disparos para comprobar lo que había ocurrido. ¿Es correcto lo que acabo de decir?

—Sí, lo es. Oí los disparos y vine hacia acá. Luego vi la puerta abierta y me extrañó; por eso entré.

—Siga, por favor —dije, mientras Galbis tomaba nota de todo lo que decíamos.

—No puedo decirle más, señora; antes tengo que llamar a mi hijo.

—Entiendo... —me quedé callada unos instantes, y luego pregunté—: Conocía a los fallecidos, ¿verdad?

—Conocerles, lo que se dice conocerles, no. Pero sé que uno es el arzobispo Cañarte, por lo del anillo y la cruz. Al otro, es la primera vez que le veo. Don Blas estuvo en el pueblo el año pasado, por las confirmaciones. Hablamos con él unos minutos; todavía vivía mi mujer.

—Luego no le unía a su eminencia ningún lazo próximo.

—No, señora, ninguno —aclaró contundente.

—Entonces, don Andrés, ¿cuál es el problema? —insistí.

El hombre permaneció callado, mirando en lontananza los campos, oliendo el intenso aroma a romero. Lo miré fijamente y repetí:

—Me gustaría comprenderlo, de veras, don Andrés. Dígame, ¿es que no desea ayudar al esclarecimiento de los hechos? ¿No quiere coger a quien ha pegado un tiro al arzobispo, el mismo que visitó el pueblo y con el que usted mismo habló unos minutos?

—Sí, claro. ¡Por supuesto que quiero coger a esos cabrones! Usted perdonará la expresión.

—Entonces, don Andrés, ¿cuál es el problema? —insistí tozuda.

El labriego reconsideró su actitud. Cogió el zurrón que llevaba colgado al brazo y lo abrió. Una cabecilla oscura y peluda emergió de la bolsa. Mientras me retiraba hacia atrás, se me escapó un grito.

—Está bien educado, señora, no se asuste. Se llama *Ambrosio*. Le puse el nombre en honor a mi suegro, que en paz descansa, y en paz nos dejó descansar a los demás.

Supongo que mi cara sería un poema —mezcla de estupor y asco—, habida cuenta del miedo que tengo a los animales, especialmente a los roedores.

—¿Qué es eso? —protesté.

—¿No los ha visto nunca, señora? Es un hurón. Para mí es como si fuera un perrillo. Incluso duerme dentro de casa cuando hace mucho frío. Aquí, en invierno, pega fuerte el viento, ¿sabe usted?

—Bien, don Andrés, de acuerdo —refunfuñé—. Eso... *Ambrosio* es un hurón, su hurón. Hasta ahí lo entiendo. Lo que no logro comprender es qué tiene que ver ese animal con el arzobispo y el otro fallecido.

—¡Ah, con el arzobispo nada, tampoco con el otro, al que no conozco de nada! Cuando el arzobispo vino para las confirmaciones al pueblo, no lo llevé.

—¿Y por qué no puede contarnos lo ocurrido? ¿Qué pasa con ese animal?

Andrés se dio la vuelta. Rodrigo Sorauren, el policía municipal, se había acercado a nosotros. Éste le hizo un gesto con la mano, como empujándole a continuar el relato. Pero el labriego no se decidía.

—Creo que hablaré con mi hijo... —dijo finalmente.

—Andrés, no queremos que la señora juez piense mal de nosotros, ¿verdad? —intervino Sorauren.

—No queremos, ésa es la verdad.



—Tú verás lo que haces. Mira que lo que hay en la ermita es caza mayor. Yo que tú desembucharía de inmediato, no sea que te cuelguen a ti marrones que no te corresponden. Creo que esta señora lo comprenderá.

En aquel momento, el anciano se percató de la gravedad de los hechos.

—¡Ah no, Rodrigo! ¡Tú sabes que yo, con eso de ahí dentro, no tengo nada que ver! Nada en absoluto.

—Yo estoy convencido; ahora a quien tienes que convencer es a ella. Estoy seguro de que *Ambrosio* no será problema.

Andrés se volvió hacia mí y dijo atropelladamente:

—Reconozco que soy un furtivo y que *Ambrosio* me ayuda... Pero no cazo mucho, se lo aseguro. Una pieza o dos. ¡Son la peste de la tierra, créame, es mejor que disminuyan! Sé que no debiera, porque he completado el cupo y no es época, pero lo he hecho. —Y abriendo nuevamente el zurrón, sacó de su interior un gran conejo—. ¡Tenga, es suyo!

Divertida, tres pasos atrás por si aparecía algún otro bicho, tranquilicé al anciano, que se acercaba a mí con el enorme bicho sujeto por las orejas.

—Don Andrés, creo que por esta vez podemos olvidarnos de *Ambrosio* y de ese conejo. Guárdelo. Quien le cuide sabrá hacer de él un buen guiso... Ahora, necesito que me cuente lo que sabe.

No se tomó ni un segundo.

—Oí un disparo, luego otro. Me pareció una escopeta de caza. Seguí el rastro y vine hasta aquí. En realidad, pensé que era Jorg... que era otro cazador del pueblo. Pero cuando encontré la puerta de la ermita abierta de par en par, supe que algo ocurría. Es raro, normalmente está cerrada. Sólo se abre cuando hay alguna actividad programada: alguna romería, algún funeral por un miembro de la hermandad de la Virgen de Andión, algún acto de culto o cosas por el estilo, aunque, claro, supongo que el arzobispo puede abrirla cuando le dé la gana; es suya. En fin, a lo que iba, me pareció oír lamentos y entré. Dentro encontré dos hombres. Ahora están los dos muertos, pero cuando llegué sólo lo estaba uno, el que está bajo el altar. El arzobispo (supe que era él porque vi el anillo y la cruz) estaba tendido en el suelo. Había perdido mucha sangre, pero aún respiraba. No podía hablar, entre otras cosas porque le habían borrado la cara con un tiro a bocajarro. Le cogí la mano y traté de tranquilizarle. Le pregunté si le gustaría que rezara en voz alta. Me apretó. Supuse que quería decir que sí y comencé con

un avemaría. Creo que no llegaría a recitar más de cinco cuando noté que aflojaba. Se había muerto. Fue muy valiente. Ni una queja. El que sí se quejaba era el otro, el joven. Ése que anda por ahí vestido de cura. Estaba completamente histérico. Vomitó hasta que ya no tuvo más en el estómago. Pobre, el espectáculo era terrible.

—Pero usted pareció resistirlo bien —pregunté curiosa.

—Yo fui a la guerra, ¿sabe? Tercio del requeté, naturalmente. Me hirieron en Las Pedrizas, en Teruel... Eso imprime carácter.

—Lo imagino —respondí distraída—. Mientras usted cuidaba del arzobispo, ¿le dijo algo?

—Algunas cosas dijo, sí, pero no se le entendía casi nada. Al pobre sólo le quedaba la mitad de la boca.

—¿Recuerda alguna de esas cosas? No importa si no las entendió bien, nos serán de utilidad.

—Hizo alusión al dinero, eso seguro, pero sólo entendí que no era suficiente. Quizás no lo oí bien, porque a mí me pareció que había mucho. Lo que le entendí claramente fue «abad». «Es el abad», dijo. Quizá se refiriera al otro cuerpo.

—¿Algo más, don Andrés?

—Dijo algunas frases más, pero todas religiosas. Padre nuestro, Dios mío, cosas así...

—De acuerdo, muy bien. Ahora quisiera preguntarle otra cosa, don Andrés; es que no me salen las cuentas. Ha mencionado primero a dos hombres, ambos finalmente muertos. Luego habló de tres. El que está vivo, ¿también estaba dentro de la ermita?

—Sí, pero se encontraba tan encogido, de rodillas junto al arzobispo, que al principio no le vi. Vestido de negro y con la oscuridad, se me escapó. Luego, cuando levantó la cabeza y comenzó a vomitar, me di cuenta de que estaba a mi lado. Me acerqué pensando que estaría herido, pero no; sólo estaba impresionado.

—¿Vio a alguien por los alrededores cuando venía para acá o quizá después?

—No, a nadie, pero sí oí el ruido de un coche alejándose por el camino.

—¿Cuánto tiempo pasaría entre que oyó los disparos y llegó al lugar?

—No mucho, puede que cinco minutos, quizás algo más. Tuve que sacar a

*Ambrosio* de la huronera en la que se había metido. Él no quería venir, había olido presa.

—Bien. Diez minutos. ¿Vino por el camino de piedras?

—No, campo a través, señora. Es más rápido y estoy acostumbrado. Además, el cayado me permite no tropezar.

—Entonces, no se topó con el coche. Sólo identificó el ruido.

—Sí, eso es: el ruido y el polvo.

Me detuve unos instantes. El labriego seguía con la mirada fija en mí.

—Don Andrés, ¿quiere contarnos algo más? Alguna cosa, cualquiera que le haya llamado la atención.

—Pues ahora no se me ocurre nada, pero si me deja su número de teléfono, llamo si recuerdo algo.

—Gracias. El agente Galbis le tomará sus datos y le facilitará un teléfono donde localizarme. Le agradecemos mucho su colaboración. Supongo que tendremos que volver a molestarle. Para recabar algunos detalles, ¿comprende? Sobre el caso... Únicamente sobre el caso.

—De acuerdo, señora. Contestaré a todo lo que me pregunten, si es que conozco las respuestas.

—Por cierto, ¿vive usted en la hacienda que hay en la entrada de esta carretera?

—Allí vivo, sí. Su casa desde ahora.

—Gracias. —Hacía tiempo que no oía esas cortesías rurales—. ¿Cree que alguna de las personas con las que usted convive ha podido ver ese coche a esas horas? Conocer algunos datos sobre él mismo sería de gran ayuda para nosotros.

—Vivo solo, pero es posible que alguno de los pastores viera algo. Les preguntaré. Cuando me llame, se lo digo.

—Se lo agradezco, ha sido un placer conocerle.

Fui en busca del forense. El testimonio que acababa de oír sería de utilidad para situar la hora del crimen. Estaba claro que quien lo había cometido acababa de marcharse cuando el labriego llegó. Era una pena que no hubiera visto el coche. Tener el modelo, o al menos el color, nos hubiese facilitado la búsqueda.

«¡Huronos!», dije en voz alta, cuando enfilaba de nuevo hacia la escena del crimen. Me alegró ver que Ramiro salía en aquel momento de la ermita. No me apetecía volver a contemplar el macabro espectáculo.

Lo era, por supuesto. Cada una de las piezas me había resultado grotesca. Primero, el hombre vestido con hábito marrón, colocado a modo de crucificado, iluminado por el reflejo de los vivos colores procedentes de la vidriera. Luego, el cadáver del arzobispo, desfigurado, sangrante, rondado por moscas gordas y negras, por no mencionar las huellas de sangre, que atravesaban en ambas direcciones la nave central; por fin, los billetes de cien euros. Todo resultaba repulsivo, inmundo, tal y como yo lo había imaginado en mis funestas pesadillas, pero lo que me había resultado repelente había sido el conjunto: la escena en sí misma se presentaba a mis ojos como una broma indecente, obscena, preparada minuciosamente para ser vista. «Si hubieran estado desnudos, no habría resultado más detestable», me dije, aun sin saber por qué tenía aquella impresión.

El forense hablaba por el móvil. La conversación resultaba acalorada. Por respeto, me mantuve a cierta distancia, aunque, debido a sus gritos, la oía bien.

—No, Chiqui, no puedo... Ya sé que he anulado las tres últimas citas, pero mi trabajo es así. ¡Tengo dos cadáveres esperando!... Es cierto, están muertos y no les importa esperar, pero a la policía sí... Vale, lo intentaré, pero no te prometo nada...

Cuando colgó, me acerqué.

—Lo siento, Ramiro. Quizá podamos acelerar algunos trámites. En fin, es probable que mañana por la tarde estés libre.

—No te preocupes, Lola, estoy encantado: odio a los dentistas. Me dan grima sus aparatos, su sillón de cuero y hasta su cara. Le he dicho mil veces que me importa un pimiento tener dientes anarquistas, pues nada, ella empeñada en ponerme unos hierros para colocarlos en fila. ¿Pero tú me ves con hierros en los dientes a mi edad? ¡Resultaría ridículo!

—Ramiro, ¿cómo puede darte grima el dentista? ¡Por Dios, tú eres médico forense!

—Es distinto, Lola. ¡Cuando me sientan en esa silla blanca con ese aparato sujetándome la mandíbula y encienden ese asqueroso vibrador, no puedo defenderme!

—¡Gallina! —dije riendo.

—Por lo que he visto, tú te has bandeado muy bien.

Asentí con la cabeza, para de inmediato preguntarle:

—Dime, ¿qué opinas?

Se puso muy serio:

—El que está bajo el altar lleva varias horas muerto. No demasiadas; basándome en el rigor mortis, la piel y las córneas, diría que veinte horas, dieciocho, puede que algo menos, pero no mucho más. La causa de la muerte no resulta evidente. Le he visto alguna pequeña contusión, pero no hay signos claros de violencia. Tendré que hacer la autopsia para decírtelo con certeza. Presenta una clara cianosis, lo que sugiere algún problema respiratorio, pero puedo equivocarme. El otro ha fallecido hace muy poco, dos horas o tres; desangrado, le han descerrajado dos tiros con una escopeta de caza: uno en el corazón y otro en la cara. Lleva anillo ilustre y una gran cruz en el pecho. Yo diría que la teoría del arzobispo cuadra. Las huellas serán definitivas. Un feo asunto...

—Sí, eso parece. Los testimonios apuntan a que el que está más cerca de la puerta es el arzobispo de Pamplona, pero no tenemos ni idea de quién es el anciano que está bajo el tabernáculo. El labriego que los encontró dice que, mientras moría, el arzobispo mencionó a un abad. Puede que lo sea, a la vista de la cruz pectoral. ¿Sabes tú algo que yo no sepa?

—La vestimenta obviamente pertenece a un monje, pero vaya usted a saber. Además, la identificación no va a ser tan sencilla en este caso. No le hemos podido tomar huellas.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Le falta el dedo índice de la mano derecha. Parece que se lo han cortado.

—¿Cómo dices, que le han cortado un dedo?

—Así es. Por las aristas yo diría que lo han seccionado con un tipo de cuchilla, quizás una cizalla de guillotina. Lo mismo han hecho con el otro, con el supuesto arzobispo quiero decir, pero esta vez es el índice de la mano izquierda. Ya te decía que parece un asunto feo.

—¡Dios mío! ¿Quién va por ahí cortando dedos a la gente?

—Hace algunos años, se estilaba. Las mafias ofrecían esos obsequios a las familias de sus víctimas... Dedos, orejas... Puedes mantener a la persona viva sin demasiado esfuerzo, sólo cauterizando la herida. Aunque es doloroso, no resulta mortal, pero señala con claridad el poder del verdugo sobre su víctima.

—¿Mafias? Si se confirma que es el arzobispo, estamos arreglados. ¿Y has

visto todo ese dinero?

—Sí, lo he visto. Es, desde luego, muy preocupante.

—¡La Iglesia y la mafia, la pareja ideal para un turno de guardia! *Porca miseria!* —protesté.

—Sí, tienes razón. No merecías esto —dijo con irónica sinceridad.

—Dime, Ramiro, ¿sospechas que sufrió mucho? El arzobispo, quiero decir, si es que se confirma que es él.

—No fue agradable, eso te lo aseguro. Creo que el que está tendido con los brazos en cruz, no soportó demasiado. No me atrevo a asegurártelo, pero, como te digo, apostararía por un paro cardiorrespiratorio. Quizás tras seccionarle el dedo...

Me quedé en silencio, meditando lo que Ramiro me contaba y mis propias impresiones.

—¡Suéltalo! —me dijo, dándome un codazo en la espalda.

Se había quitado los guantes, pero actuaba como si los llevara aún puestos.

—¿Qué?

—Lo que estás pensando.

—Es una tontería.

—Vale, entonces nos reiremos juntos.

—De acuerdo, pensaba en la escena en su conjunto. Parecía... no sé, preparada... Como si el asesino la hubiera diseñado cuidadosamente: la forma de colocar el primer cuerpo, el dinero esparcido...

—Y los hábitos rasgados.

—¿Cómo dices? —pregunté extrañada.

—No se veía a simple vista, por eso quizá no te has fijado, pero ambos tenían las ropas rasgadas de arriba abajo. No obstante, no parece que haya habido agresión sexual. Simplemente les han cortado la ropa: al monje, el hábito; al arzobispo, la camisa.

—Como los antiguos sacerdotes judíos, salvo que aquéllos realizaban el gesto cuando oían blasfemar.

—Sí, Lola, pero cuadra con la preparación de la escena, en lo que, dicho sea de paso, coincido contigo. Todo está demasiado «limpio». Esto lleva tiempo planificándose.

—Me han dicho que hay un testigo... Quizás él nos lo explique.

—Lo hay; un cura joven... Bueno, no tan joven; digamos de mediana edad. El médico del pueblo le ha suministrado un fármaco para calmar sus nervios.

—¿Puedo entrevistarme con él en ese estado? —pregunté.

—Cuando le han encontrado, estaba fuera de sí, pero supongo que el tranquilizante habrá hecho ya su efecto. En todo caso, puede hablar; quizás aclare los hechos, al menos, alguno de sus extremos. Yo lo intentaría. A veces, en los momentos de shock, las declaraciones son especialmente ilustrativas.

—Le entrevistaré de inmediato... Y tú, acaba pronto; y mañana, al dentista. ¡Hazlo por Chiqui, gallina!

—El curita está allí, junto a aquella tapia. ¿Le ves? —dijo, obviando las alusiones.

—Sí. Voy para allá.

Seguí el sendero que conducía al desvencijado muro tomado por la maleza. El sujeto estaba derregado en el suelo, con las piernas dobladas y sujetas por los brazos. Sollozaba, escondido el rostro entre las pantorrillas, pegando rítmicamente patadas al suelo, y levantando con ellas pequeñas polvaredas que se deshacían con la misma facilidad con la que se formaban. Parecía desesperado, carcomido por algún profundo sufrimiento. «¿Algún cáustico remordimiento?», especulé. En ese caso, sería una presa fácil; los remordimientos suelen ser terribles para el reo y propicios para los jueces. Al fin y al cabo, tenía sobrados motivos para sentirse preocupado: había sido encontrado en la escena del crimen junto a los cadáveres y sus huellas daban cuenta de sus andanzas.

Mientras me acercaba, calculé su edad. Por su pelo y el modelo de zapatos, me figuré que andaría por los treinta y cinco, quizá cuarenta. Salvo una tira blanca en el cuello, iba completamente vestido de negro. Llevaba el reloj a la derecha. Brillaba con el reflejo del sol. Me pareció un modelo caro, lo mismo que el resto de la vestimenta, elegante y con buen corte. «Aquí tenemos a alguien importante o que aspira a serlo», me dije convencida. No esperé más; saqué un paquete de pañuelos de papel de mi bolso y se los tendí.

—Tenga, padre.

No pareció enterarse de mi ofrecimiento. Insistí. Molesto por mi obstinación, lanzó un manotazo al aire, pero no modificó su actitud.

—Padre, me gustaría...

Al repetir el apelativo familiar, el clérigo ahogó el último sollozo y levantó la cara, indeciso. Al verme allí, de pie, con los pañuelos en la mano, se secó las lágrimas con el dorso de la mano, despreciando mi oferta. Instintivamente, ensayé domesticar mis rizos, tras las orejas. Sabía que si el sacerdote se topaba con la mata pelirroja con la que me adornó el destino y los genes irlandeses de mi familia, no me tomaría en serio. Como siempre, mi esfuerzo fue inútil; como siempre, mi aspecto le confundió.

—Aquí no hay nada que ver, enfermera —dijo altivo—. Se lo agradezco, pero no necesito nada, muchas gracias. Uno de sus compañeros me ha proporcionado ya un fármaco. Déjeme solo... —y volvió a ocultar su rostro y su escasa esperanza entre las manos.

«Muy bien —me dije—, vamos allá».

—Padre, soy la juez MacHor; Dolores MacHor. Instruyo este caso y, por ello, me gustaría cambiar impresiones con usted —musité tratando de que mi tono no cargara demasiado las tintas sobre su escasa visión.

Volvió a alzar la vista. Esta vez, no miró mi cara pecosa ni mi pelo, rojo y rizado. Me di cuenta enseguida de que, probablemente de manera involuntaria, repasaba mi indumentaria: mi traje sastre, mis zapatos, mi pañuelo de marca...

Tras el breve examen, se incorporó. Una figura delgadísima se materializó ante mí. Antes de dirigirme la palabra, ya como juez, se pasó varias veces las manos por los cabellos y sacudió con enérgicos golpes el polvo de su ropa, hasta llegar a la enorme mancha que adornaba su trasero. Cuando sus dedos puntiagudos se le mancharon de sangre, se detuvo perplejo. Permaneció varios segundos en esa posición, mirándose la diestra, incrédulo. Durante ellos, la altivez de su rostro aquilino se esfumó. A duras penas consiguió pronunciar:

—Perdone, señoría, yo... ¡Dios mío, habrá pensado que soy un estúpido engreído!

Me mantuve callada, esperando que siguiera con su disculpa.

—Verá, señoría, todo esto me supera... ¿Comprende lo que le digo? En fin, siento la confusión... En realidad, usted no parece una enfermera... Debí haberme dado cuenta...

No alargué el momento. Habría sido cruel por mi parte.

—No se preocupe, comprendo cómo se siente. Las confusiones son normales



en estos casos —respondí, conciliadora. Me gustan los testigos vulnerables, hacen más fácil mi trabajo—. Padre..., sé que lo está pasando mal y que, además, se halla bajo los efectos de algún tranquilizante. No obstante, como juez instructor, me veo obligada a formularle algunas preguntas. Necesito hablar con usted o, más bien, que usted hable conmigo. ¿Me comprende?

—Claro, señorita, ésa es su obligación —contestó sumiso.

En aquellos momentos, no sabía por dónde podía vagar su mente así que decidí no interrogarle directamente. Evitaría con ello que se pusiera a la defensiva o se derrumbara; fuera cual fuese la situación, su testimonio me sería de utilidad y yo necesitaba respuestas rápidas y llenas de contenido. Por ello, antes de entrar en materia, comencé a formularle preguntas rutinarias, cuestiones que pudiera contestar sin tan siquiera pensar. Ellas le harían situarse nuevamente en el plano de lo ordinario y reducirían la carga emocional de la escena. Además, el cuestionario le permitiría acostumbrarse a mi voz, lo que ayudaba a que el testigo perdiera el miedo o la turbación que ocasionan los encuentros con la policía o los jueces.

—Padre..., porque es usted sacerdote, ¿o quizá me equivoco?

—No se equivoca, señorita: soy sacerdote católico desde hace doce años, aunque en este momento no lo parezca —suspiró.

—Muy bien. En ese caso, me gustaría saber cómo debo llamarle.

—¡Ah, disculpe mi torpeza! Mi nombre es Lucas Andueza. Puede llamarme don Lu... Padre... En fin, señorita, llámeme como quiera.

—De acuerdo, don Lucas —dije mirando hacia los campos pintados de azul romero—. Dígame, ¿es usted de por aquí?

—¡No, no! Soy de la capital; ya sabe, de los de Pamplona de toda la vida.

—¡Un hombre de ciudad! Entonces, don Lucas, supongo que le costará ejercer de párroco de este pequeño pueblo —afirmé, aun sabiendo la respuesta.

Él sonrió; había recuperado parte de la compostura.

—Se equivoca, señorita; aunque me vea aquí, no soy párroco de esta localidad. Lo cierto es que vivo y trabajo en la capital; en Pamplona, quiero decir. En realidad, soy, lo era hasta hace unas horas, el secretario personal de don Blas de Cañarte, arzobispo de la diócesis de Pamplona y Tudela...

Había llegado el momento; no tenía mucho tiempo para perderlo con más introducciones. Imprimiendo en la voz la severa impronta de mi misión,

repliqué:

—El mismo arzobispo que yace muerto dentro de la ermita, supongo... — apostillé.

—Sí, él mismo —susurró Andueza, antes de romper a llorar nuevamente, mientras farfullaba frases inconexas sobre el prelado.

Se veía a la legua que sufría, cuando me relataba los logros de su eminencia: su santidad, su profunda fe, su caridad. Mientras le oía trazar la semblanza del hombre a quien había servido los últimos meses y cuyo cadáver sería pronto encerrado en una bolsa de plástico con cremallera, me vino a la cabeza una frase que repetía mi padre y que yo inmortalicé entre mis recuerdos de niña (mi padre murió cuando yo era una adolescente). «Líbrenos Dios de una muerte repentina», decía. Nunca hasta ese momento había entendido el sentido de esa cantinela. Quien más quien menos hace planes para el futuro lejano, pero todos los hacemos para el inmediato. Tengo que comprar esto o aquello; hay que recoger el traje de la tintorería; queda poco gasóleo, debo llamar para que llenen el depósito... Una muerte como la del arzobispo significaba un corte brusco con este mundo; una salida fulminante de este plano de realidad, para verse inmerso de repente en otro muy distinto, desconocido, sin poder siquiera ser consciente de ello. Así murió mi padre, en un accidente; sus muchos ruegos por morir en su cama, como un enfermo burgués, no fueron escuchados. Así debió de fallecer el pobre arzobispo, cuando no lo esperaba, como no esperaba...

—No lo merecía, señorita —oí musitar al cura secretario. Enseguida me vino a la mente la ironía del forense—. El arzobispo Cañarte era una buena persona, muy buena, no debió ser acreedor de ese final.

—Nadie debería tener una muerte así, ¿no cree, padre? —enfaticé, pensando quizás en mi padre y en su estúpida muerte.

Él también era un hombre bueno. Le recuerdo al llegar a casa tras finalizar la consulta, con cara de agotamiento; la corbata maltrecha; el aspecto desaliñado y el maletín en la mano, por si había alguna urgencia. Pero no fueron las bolsas bajo los ojos, provocadas por el cansancio, las que lo mataron, sino aquel conductor borracho y mentecato...

—Tiene usted razón, señorita —me contestó, recuperándose—. La vida no debe ser arrebatada bajo ninguna circunstancia y mucho menos de una manera tan gratuita y tan atroz.

—Padre Andueza... don Lucas, ¿sabe usted quién lo ha hecho, tiene alguna idea de quién ha podido cometer un crimen tan repugnante? —disparé a bocajarro.

No lo esperaba, pero mi testigo estalló de inmediato:

—¡Se lo avisé, señoría! Lo hice; le rogué, ¡no, le supliqué!, que no viniera, pero el arzobispo no quiso escucharme. Yo debía quedarme en el coche, ¿sabe?: así lo dispuso él, sin contar conmigo, haciendo caso omiso de mi opinión... Alegó que no quería poner en peligro la vida del rehén. Si me dejó acompañarle hasta aquí, fue por el coche; él es... era muy mal conductor. No veía bien y era casi de noche... Accedí a todas sus condiciones, sin embargo, cuando sentí los malditos disparos... ¡Cuando oí los disparos, supe de inmediato lo que había pasado! ¡Si le hubiera desobedecido, si hubiera seguido los dictámenes de mi instinto, él estaría vivo!

Le miré fijamente y en tono conmisericordioso dije:

—Puede que en ese caso el arzobispo estuviera vivo o puede que no. De haberle acompañado, quizás también usted estuviera muerto, padre. Eso nunca lo sabremos. Así pues, hágame caso: no lo piense más. Es inútil dejarse amedrentar por el pasado. No tenemos ningún control sobre los sucesos pretéritos; ya no se pueden cambiar. Sin embargo, en este momento lo verdaderamente importante es que me ayude a esclarecer los hechos. ¡Necesito comprender qué ha pasado ahí dentro, padre!

—¡No puedo! —esgrimió quejoso, modulando la voz—. ¡Debería dejarlo para más adelante, señoría! Para esta tarde o, mejor, para mañana. ¡Por favor, entonces tendré la mente más clara! Ahora no soy capaz de enfrentarme a esta tragedia. ¡Ni siquiera recuerdo con nitidez cómo conduje hasta aquí!

Molesta, repliqué con solemnidad:

—Le repito, padre, que me hago cargo de cómo se siente. No quiero que piense que me comporto de forma inhumana o carezco de corazón. Hay razones que nos obligan a apresurarnos.

Respondió a mi observación con una irónica sonrisa:

—¿Apresurarnos ahora?

Asentí con la cabeza, cada vez más enfadada.

—Los muertos están muertos, desde luego, pero, si desconocemos los motivos por los que han perdido la vida, no podemos estar tranquilos. Quizás

otras personas se encuentren en estos momentos en peligro. No podemos olvidarnos de ellos, sean quienes sean. Ésa es ahora nuestra principal prioridad.

Me interrumpió.

—¿Cree que hay alguien más en peligro?

—Es posible...

Me dirigió una mirada fugaz, luego asintió con la cabeza.

—¿Sabe qué? No me extrañaría nada que el asunto tuviera raíces más hondas que las que vemos a simple vista. Aunque el arzobispo Cañarte pensaba que sólo estaba él en el punto de mira, yo siempre sospeché que había algo más. Algo extraño, malévol, rodea estos hechos. Si me pregunta el porqué sólo puedo decirle que es pura intuición. ¿Quién, sino un demonio, enviaría un dedo en un ataúd?

Me quedé petrificada.

—¿Les enviaron un dedo en un ataúd?

—Así es; se lo enviaron al prelado, pero, como abro su correo, fui yo quien lo recogí.

—¿Quién? ¿Quién se lo envió?

—No lo sabemos.

—¿Y dónde está ese dedo en estos momentos?

—Lo tenemos en un frigorífico de la cocina del palacio arzobispal.

—Disculpe un momento, por favor.

Me alejé del cura y corrí en busca de Galbis. Le conté lo que acababa de oír y le pedí que enviara a alguien a la residencia episcopal de inmediato. Era muy posible que se pudiera tomar alguna huella que nos facilitara la identificación del fallecido.

Mientras volvía con el testigo, mi mente empezó a funcionar aceleradamente. También le faltaba un dedo al arzobispo de Pamplona, lo que quería decir que era probable que aquella cadena continuara. Me angustiaba pensar en la posibilidad de un asesino múltiple encelado con la institución eclesial.

El cura secretario vino a mi encuentro decidido. Naturalmente, yo no tenía tiempo para melindres ni para paños calientes.

—¡No me encuentro bien; además, estoy hecho un desastre, manchado de vómito y de sangre! Tiene que entender, señoría, que...

—Padre, por favor, no tenemos tiempo para esas bobadas. Como le digo,

puede haber alguien más en peligro de muerte. ¿Me ha comprendido? Alguien en peligro, quizás usted mismo. Estará conmigo en que estos hechos requieren una explicación inmediata. Por otro lado —añadí, pronunciando con la esperanza de que, junto a su integridad física, aquel dardo impactara en el centro de la diana—, estamos hablando de un destacado dignatario de la Iglesia católica. Un miembro significativo de la sociedad. Eso crea siempre inseguridad y alarma en la población. ¡No le digo nada de cómo se va a poner este lugar cuando la prensa se entere! Créame, don Lucas, me apena molestarle en su estado, pero debe dominarse y contestar a mis preguntas. Es estrictamente necesario, ineludible, y debe ser ahora.

—¡No me puedo enfrentar a esto ahora!

Su última negativa acabó con mi paciencia.

—Don Lucas, escúcheme bien: le hemos encontrado sentado junto a dos cadáveres, manchado de sangre y rodeado de una gran cantidad de dinero. No sé si capta bien la escena. Si es así, se dará usted cuenta de que debería ser el primer interesado en que este asunto se aclarara cuanto antes. Ahora bien, si usted lo prefiere, puedo hacer que lo escolten hasta el juzgado y declarar allí. Quizás sería procedente una detención preventiva. Le practicaremos de inmediato la prueba de la pólvora; ella nos indicará si usted ha disparado un arma de fuego en las últimas horas.

—¡No pensaré que he sido yo!

—No pienso nada aún; sin embargo, podría interpretar mal su negativa a colaborar.

Se rindió. El interrogatorio no estaba saliendo como yo esperaba. Llamé a Galbis para que tomara nota.

—De acuerdo —dijo, tratando de sobreponerse—. Pregunte. Intentaré contestar con claridad, aunque no le prometo nada: estoy hecho un lío.

Lo hice ya sin ambages, con la solemnidad que se espera de un miembro de mi profesión, insistiendo en marcar mucho las formas y las distancias. Con aquel cura el tono conmisericordioso no causaba ningún efecto. Además, no estaba allí para ayudarlo, sino para instruir un doble asesinato y quién sabía cuántos más.

—Recapitulemos, por favor: por lo que usted ha declarado, señor Andueza, infiero que puede confirmarme que el cadáver que se halla tendido en el suelo de aquella ermita, justo a la derecha de la entrada, con la cara desfigurada, es el del

arzobispo de Pamplona, monseñor Blas de Cañarte.

—En efecto, es, como usted dice, el cadáver de su eminencia... Sí, es su cadáver. Es él.

—Muy bien, el primer cadáver es el del arzobispo. ¿Conoce usted la identidad de la otra persona fallecida, la que reposa bajo el altar de la ermita?

—Me temo que sí, aunque no lo sé con certeza. En realidad, llevo pocos meses en este cargo y nunca le he visto personalmente. He vivido en Roma hasta Navidad; fui allí a redactar mi tesis doctoral en Teología. No sé... De verdad, no lo sé con certeza...

—Muy bien, tranquilícese. ¿Quiere un poco de agua?

—¿Agua? ¡No, no!

El clérigo rompió a llorar nuevamente. A la rabia por caerme aquel caso, se sumaba ahora la de tener que contemplar el comportamiento de un hombre humillado en sus horas más bajas. Que fuera cura, no hacía sino agrandar mi coraje. Estaba segura de que él recordaría esos malos momentos toda su vida. Le tendí otro pañuelo de papel. Luego, lo pensé mejor y le pasé el paquete completo. El remedio agudizó la enfermedad. Sus sollozos incontrolados comenzaron a penetrar en mis neuronas, me pedían a gritos que detuviese el interrogatorio, si no por justicia, al menos por caridad. Pero no podía hacerlo; no con el cadáver mutilado del arzobispo en mi jurisdicción y estando de guardia. Era un hombre respetado en la comunidad, y en cuanto la noticia se difundiese, se me complicaría aún más la vida. Quedaba además el asunto de su dedo.

—Intentaré ser lo más breve posible, pero es preceptivo que averigüe todo lo que pueda. En otro caso, el culpable podría quedar impune y entiendo que ni usted ni yo querríamos que pasase eso.

—¿El culpable? ¡No tiene que buscarlo, lo tiene delante! —argüyó con gesto que tomé por teatral, aunque decidí de inmediato comprobarlo.

—¿Quiere confesar? —espetó el agente Galbis, para arrepentirse de inmediato.

Hice como si no le hubiera oído.

—Don Lucas, escúcheme atentamente, por favor. Es importante que entienda lo que voy a preguntarle. —Me detuve unos instantes, para que el cura comprendiera la importancia de la pregunta—. Si prefiere, esperamos a que llame a su abogado...

—No me hace falta ningún abogado —replicó, orgulloso.

—De acuerdo, padre Andueza, queda constancia de que renuncia expresamente a ese derecho. Así pues, le pido que me conteste: ¿apretó usted el gatillo del arma que mató al arzobispo Blas de Cañarte?

—¡Por Dios, qué cosas dice! ¡Él era el arzobispo, mi arzobispo!

—¿Lo hizo o no, padre Andueza? —insistí con gesto adusto.

—¡Por supuesto que no, señoría! ¿Cómo podría hacer semejante barbaridad?

—Don Lucas, ¿indujo usted a otra persona a que lo hiciera? ¿Otro apretó el gatillo en su nombre o en su beneficio?

—¡Se ha vuelto usted loca, señora! —fue su respuesta.

—Creo que no, pero, tras sus respuestas, que juzgo sinceras, las conclusiones son muy simples: si usted no apretó el gatillo de la escopeta que mató al arzobispo ni indujo a otro a hacerlo, lo que ha ocurrido no es culpa suya. Es un crimen que usted no ha cometido, ni más ni menos. ¿Me comprende? ¿Está de acuerdo?

—Sí, lo estoy. Sin embargo, ahora no quiero entrar en asuntos personales. Estoy muy afectado.

—Por favor, padre, ¡ayúdeme! ¡Necesitamos conocer los detalles para poder continuar! Ha mencionado usted a un rehén. ¿Quién es el rehén? ¿Es el otro clérigo que está tendido junto al altar?

—Creo que será mejor hablar más tarde, señoría. Me encuentro algo mareado.

—¡Por favor! ¡Sólo le pido un último esfuerzo!

—Me temo que tendrá que ser con mi abogado. Ahora me doy cuenta del aspecto que tiene todo esto. Me encuentra usted en una ermita junto a los cadáveres de dos hombres horriblemente asesinados. Estoy confuso y manchado de sangre. Es normal que usted piense lo que está pensando.

—No estoy pensando nada, don Lucas. Si usted es inocente, no tiene nada que temer de mí ni de la justicia. Por supuesto que le protege el derecho a declarar junto a su abogado, pero ninguna de las preguntas que le formulo está destinada a inculparle. Sólo quiero aclarar las cosas, únicamente...

—Supongo que esas frases se las soltará a todos los que se encuentre junto a los cadáveres. ¿Ha oído como suena? ¡Junto a los cadáveres!

—Muy bien, esperaremos a que llame a su abogado. En todo caso, si le sirve

de algo mi opinión, yo no creo que usted tenga nada que ver con estos hechos —mentí. Es ya una costumbre—. Creo que usted no es más que otra víctima de unos sucesos terriblemente desafortunados. Entiendo que esté desorientado y cansado. Juzgo que se siente culpable por no haber sido capaz de detener al asesino, aunque en su fuero interno sabe que él, y no usted, es el culpable.

Frunció el ceño. Tras sus gafas de miope, sus pequeños ojos de insecto se clavaron en mí:

—¿De verdad es eso lo que cree, señorita? ¡Dígame por qué!

—Quiere saber el porqué... —reflexioné unos minutos, y contesté con sinceridad—. Bien, se lo diré: si fuera usted culpable de esos hechos, no se habría quedado aquí, esperando a que llegáramos. Además, oyeron salir a alguien huyendo. Y usted no ha huido, aunque podía haberlo hecho, ya que tiene un coche aparcado cerca.

—¡Sí, un coche! ¡Yo también lo oí! ¡Era un coche potente! Uno bueno, el motor sonaba muy bien.

—¿No quiere que cojamos a ese hijo de mala madre, padre Andueza? ¡Dígame quién es el rehén!

—Creo... No lo sé... —farfulló.

Seguía dudando. Empleé una táctica nueva.

—Muy bien, ya veo que no quiere colaborar. Supongo que conocerá a algún abogado de confianza. No hay buenos penalistas en Pamplona ya que, habitualmente, no los necesitamos, pero, en fin, puede ir a la capital.

Mi estrategia produjo efectos inmediatos.

—¡No, no! No me ha entendido. No es que no quiera colaborar sino que no sé con seguridad de quién se trata. Creo que es el abad de San Salvador de Leyre, del monasterio benedictino, pero...

—¿Cree? —inquirí, al tiempo que pensaba en el dato que acababa de proporcionarme.

Desde luego, cuadraba con la cruz pectoral y la edad del fallecido.

—Bueno, la nota que venía junto al dedo decía que era un vicario. Investigamos en la diócesis. Buscamos a todos aquéllos que podían tener alguna autoridad y él era el único que faltaba. Por eso dedujimos su identidad. Pero no lo conozco. Nunca lo había visto, he vivido en Roma hasta hace sólo unos meses.



—Sí, sí, eso ya lo ha dicho —cortó Galbis, impaciente.

Yo guardé silencio.

—Lo siento, no puedo ser más preciso —se disculpó el secretario, apretando uno de los pañuelos contra sus ojos—. La hipótesis del arzobispo, y también la mía, era que el vicario secuestrado era el abad de San Salvador de Leyre.

—De acuerdo, lo comprobaremos. ¿Podría usted repetirme lo del dedo? Antes habló de él, pero no mencionó ninguna nota.

—Ayer sábado, por la mañana, recibimos un dedo humano en una estrafalaria caja con forma de ataúd; con ella venía un pergamino que llevaba grabadas unas frases en latín y en arameo.

—¿Arameo, habla usted arameo?

—¡No, por supuesto! Sólo conozco una o dos palabras, pero el arzobispo era un especialista.

—Pero usted sí comprende el latín.

—Eso sí, señoría. Pese a todo, las frases no eran muy precisas. No obstante, comprendimos que con ellas se nos informaba que habían secuestrado al abad del monasterio de Leyre y pedían un rescate. El obispo quiso pagar su liberación y aquí encontró la muerte.

—Entiendo —dije presa de una inexplicable excitación.

El caso se complicaba. Mi vida se complicaba. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? ¡Yo que esperaba una guardia tranquila, un día de sol, un *impasse*!

—Entonces, padre, usted cree que se trata de un secuestro perpetrado para obtener un rescate que, por algún motivo desconocido, se complicó.

—En realidad, señoría, no sé muy bien qué creer. Pero, si pide mi opinión, en honor a la verdad debo decirle que no.

—¿Cómo dice?

—Digo que no creo que sea un simple secuestro.

Me quedé sin habla. ¿Qué podía haber peor que un intento de secuestro con dos cadáveres?

—¿Habían recibido últimamente alguna amenaza? —preguntó Galbis al ver que yo guardaba silencio.

—¿Últimamente? —el clérigo se quedó pensativo unos segundos—. Creo que últimamente nos hemos mantenido dentro de la normalidad.

—Perdone, padre, ¿eso significa sí o no? ¿Qué es para usted normalidad?

—Verá, señoría, muchos días, casi todos los días, llama alguien haciendo una broma, pero son mensajes inofensivos. Es como tirar piedras a las ventanas de los colegios o a las farolas; hechos lamentables que, no obstante, son comprensibles a algunas edades.

—Entonces debo inferir que han recibido alguna llamada amenazadora en las últimas semanas.

—En efecto, así es.

—¿Hombre, mujer, joven o anciano, nacional o extranjero? ¿Puede darme algún dato más concreto?

—Suelen ser hombres, aunque a veces lo hace alguna mujer, de mediana edad, casi siempre con acento español.

—¿Y cuál ha sido el mensaje, el texto de las amenazas?

—Nada que se salga de lo común. Insultos a los curas, a la Iglesia, al celibato...

—¿Algún seminarista resentido, por ejemplo?

—Es difícil de precisar, aunque yo diría que no. Si hay alguien resentido, antes de insultarnos suele venir a hablar con el arzobispo. Últimamente no ha habido visitas de ese género. En fin, no sé, ésta es una dura vocación, no todos pueden con ella, no todos aciertan al escuchar la llamada. Si se han equivocado se van, y vuelven a ser cristianos corrientes, no tienen por qué...

—Matar al arzobispo, comprendo. Padre Andueza, ¿qué habían exigido a cambio del rehén? ¿A cuánto asciende la prenda del rescate?

—¡Era algo... imposible!

—¿Qué cantidad, padre? Dentro hay mucho dinero.

—No pidieron dinero, señoría. Las exigencias eran entregar el relicario del *Lignum Crucis* de la diócesis.

—¿Un relicario? ¿Todo esto por un relicario? —estallé.

—Así es, pero no pedían un relicario cualquiera. Es una obra excepcional, gótico francés, de gran valor material y mayor valor espiritual, que perteneció a la Corona de Navarra.

—¿Se lo dieron?

—Sí. El arzobispo retiró la reliquia, que está a buen recaudo en el palacio arzobispal, y trajo consigo el relicario.

—La pieza de la que me habla, ¿es la que hemos encontrado junto al cadáver

del arzobispo? —pregunté nerviosa.

Su contestación fue escueta y seca:

—Así es.

—¿Por qué iba alguien a abandonar una obra que, como usted acaba de decir, es tan valiosa?

—No puedo contestar a eso, señoría; lo desconozco.

Me armé de paciencia y volví a la carga.

—Muy bien, como quiera. Déjeme que le plantee mis dudas. Le ruego que me ilumine: estoy en tinieblas y necesito ver la luz —dije con ironía—. El relicario era el precio, ¿lo he entendido bien, padre?

—Perfectamente, señoría.

—Y el arzobispo y usted vinieron a pagar el precio.

—En efecto

—Entonces, ¿por qué trajeron también dinero? —pregunté recordando la escena, con aquel billete flotando sobre la sangre oscura.

Esta vez se tomó unos segundos para contestar:

—Su eminencia creyó que así les convencería y se olvidarían del relicario. Iba a ofrecerles el dinero, por si lo sabían... En fin, no puedo hablar de eso... ¡Yo le avisé que no funcionaría, pero no me hizo caso!

—Disculpe, pero sigo sin comprenderlo, ¿por qué iban ustedes a ofrecerse a pagar más de lo que se les exigía? ¡No tiene ningún sentido! Si no hubieran traído el relicario, sería lógico, pero trayéndolo... Confieso que no acierto a adivinar los motivos.

El secretario episcopal guardó silencio y bajó la vista.

—¿No me contesta, padre?

—Lo siento, no tengo contestación para eso, señoría; así es como lo dispuso el arzobispo y así es como se hizo.

—Pero usted era su secretario personal; debió de participar en esto...

—Era su secretario, pero no me permitía participar de sus decisiones. Las tomaba él solo casi siempre.

—De acuerdo, señor Andueza, dígame: ¿por qué, habiendo sido ustedes tan generosos, los secuestradores no se llevaron ni el relicario ni el dinero?

—Lo desconozco, señoría.

—¿Sabe usted cómo se llama, padre? ¿Conoce su nombre completo?

Me miró con extrañeza.

—Por supuesto que lo sé: me llamo Lucas Andueza del Castillo —respondió altivo.

—¡Menos mal! Al escuchar sus variadas respuestas, por un momento he llegado a sospechar que había olvidado la cabeza en el interior de la ermita. Ya veo que no... Bien, veamos, ¿cuánto dinero les ofrecieron? No se preocupe, puede contestar; este interrogatorio es confidencial —aclaré, tratando de tranquilizarle sobre las consecuencias jurídicas de su respuesta.

—También lo desconozco, señoría, el dinero lo preparó el arzobispo. Lo único que sé es que no causó el efecto que esperaba. Tanto él como el otro clérigo están muertos.

—Ese dinero, padre, ¿procedía de la diócesis? ¿Son recursos de la Iglesia los que están diseminados por la ermita?

—Lo siento, tampoco puedo hablar de eso.

—¿Por qué? —pregunté, enfadada.

—Acerca de estos asuntos, tengo vedado pronunciarme.

—¿Quién se lo prohíbe?

—Mis sagradas promesas. He conocido esos extremos en confesión... Debo guardar el secreto.

—¡No me joda! —exclamó Galbis.

No le reñí; en realidad, yo había pensado lo mismo, aunque con una expresión más afortunada.

—¿Quién se ocupa de los dineros de la diócesis? —inquirí.

—La administración concreta de los bienes de la Iglesia corresponde a la persona jurídica a la que pertenecen, señoría; es decir, al obispo competen los bienes diocesanos; a los párrocos, los de las parroquias. Normalmente, los obispos nombran a un administrador para esos fines, que les rinda cuentas cada año de su gestión.

—¿Por qué dice normalmente, es que en Pamplona no se aplica ese principio?

—Sí, señoría, se aplica. Lo que ocurre es que el administrador diocesano falleció hace unos meses y aún no se ha nombrado un sustituto.

—De manera que, en este caso, el arzobispo es el único responsable de los fondos.

—Así es.

—De acuerdo, lo investigaré —contesté muy tranquila.

Ni siquiera los secretos de confesión son capaces de ocultarse a los ojos de la real Hacienda.

—Una última cosa, don Lucas: en el monasterio de Leyre, ¿tienen noticia de estos hechos?

—Me temo que no, al menos no que yo sepa, señoría.

—¿Me quiere hacer creer que ustedes no les informaron?

—Don Blas pensó que era mejor confirmar la noticia antes de llamarles. No servía de mucho asustar a los pobres monjes si no teníamos certeza de que el secuestrado fuera su abad. En el monasterio de Leyre creen que su superior ha ido a visitar a su hermana enferma que vive en el sur de Francia.

—Muy bien, don Lucas, descanse unas horas. Hablaremos por la tarde. Creo que tendrá que contarnos muchas más cosas, pero pueden esperar. Vuelva a su casa. Recuerde los detalles; con el tiempo suelen emerger. Le agradeceré que tome nota *por escrito* de todo lo que se le ocurra, por insignificante que parezca. Cuando uno está confuso, se olvidan los pensamientos. El agente Galbis le tomará los datos y nos pondremos en contacto con usted para que declare. Le llamaré esta misma tarde.

—De acuerdo, le facilitaré el número de mi móvil. Prometo anotar todo lo que recuerde.

Ya me marchaba, cuando me di cuenta de que no había formulado una pregunta esencial. Desanduve el camino y me encaré de nuevo con el clérigo, sin preámbulos de ningún tipo.

—¿Por qué no llamaron a la policía?

El cura se ruborizó.

—¿Cómo dice, señoría?

—Digo que por qué usted o su superior no llamaron de inmediato a la policía. Un secuestro, un dedo, un hermano en la fe, la petición de un rescate... ¿Por qué no llamaron pidiendo ayuda? Habría sido lo lógico. Él no sabía manejar algo así.

—Ya no sirve de nada, pero ha de saber que yo le aconsejé vivamente hacerlo.

—Pero, por lo que veo, su arzobispo no escuchó el consejo.

—Desgraciadamente, no.

—Quiero saber las razones, padre Andueza.

—¿Razones? Ya sabe cómo son estas cosas...

—No, padre, no lo sé; dígamelo usted.

—Bueno, siempre existe el riesgo de que el secuestrador se entere y de que, avisando a la policía, contribuyas a la muerte del rehén.

La rabia se enroscó en mi garganta. Hube de respirar profundamente para que mi voz sonara tranquila.

—Estoy cansada, padre, y no creo que pueda descansar en breve. De modo que no me haga perder el tiempo, contándome estupideces, ¿vale? Quiero conocer las razones por las que su jefe decidió no llamar a la policía y las quiero ahora. O venga con un buen abogado y aténgase a las consecuencias.

Respondió de inmediato y sin circunloquios.

—Fue por la nota, señoría.

—¿Se refiere a la nota del rescate?

—Sí, me refiero a la nota que recibimos junto al dedo. Estaba escrita en latín y arameo.

—Eso ya me lo ha dicho.

—Lo sé, pero me ha pedido razones y yo se las doy: el latín y el arameo explican que no llamáramos a la policía.

—Don Lucas, reconozco que es una extraña forma de pedir un rescate, pero no acierto a entender qué importancia tiene y, sobre todo, por qué el uso de esos idiomas les impidió hacer lo correcto.

—El latín es un idioma muerto, señoría, sólo lo emplea la Iglesia, que lo tiene como lengua oficial... El arzobispo quiso disponer de más tiempo para recabar información precisa.

—¿Está usted insinuando que barajaban la posibilidad de que el ataque viniera de dentro? ¿De sus propias filas?

—Sí, así lo creyó don Blas y, por ello, decidió averiguar algunas cosas antes de llamar a la autoridad competente.

—¿Y llegaron a ese convencimiento únicamente por el latín?

—Únicamente no, claro.

—¿Cuáles eran los demás indicios?

—Bueno, la palabra «Sacramento» estaba escrita con mayúscula.

—¿Sacramento?

Al padre Andueza le abandonó el color súbitamente.

—Me temo, señoría, que no le he contado toda la historia. No ha sido mala intención, se lo aseguro. Simplemente, no me había acordado de ello hasta ahora.

—Vale, haré que le creo. Pero le aconsejo que se dé prisa y que sea convincente; en este momento, su crédito es bastante escaso.

Escuché en silencio el relato de la cada vez más inquietante historia. Luego, con la angustia en el alma, me fui en busca del forense. Necesitaba hablar con alguien. En el pórtico de la ermita, me topé con los de la policía científica, con sus guantes de látex y sus potentes cámaras fotográficas escupiendo destellos en cada esquina. Me saludaron sin mucho afán; aunque era su trabajo, no estaban acostumbrados a tanta violencia gratuita. Busqué entre ellos a Ramiro. Descansando sobre el muro, las manos hacia atrás, el pie apoyado en la pared, parecía sumido en hondas reflexiones. Al verme, se acercó con un gesto animoso.

—¿Qué tal el curita, cantó?

—No toda la sinfonía, pero lo suficiente. Si se confirma su testimonio, es posible que empecemos a ver la luz. Dice que la macabra escena es el resultado de un secuestro que, por motivos desconocidos, ha concluido funestamente. Alguien, el cura no sabe quién o quiénes, retuvo contra su voluntad a un abad, cree que el del monasterio de Leyre, exigiendo un rescate al arzobispado. Curiosamente, pese al montón de dinero que has podido ver ahí dentro, la prenda que debían entregar era un relicario de no sé qué siglo custodiado en el Museo Catedralicio. Les enviaron un dedo para motivarles a entregarlo.

—¿Te refieres al templete que hemos encontrado dentro, con el que tú tropezaste?

—El mismo.

—¿Y dices que el que está junto al altar es el abad del monasterio de Leyre?  
—preguntó Ramiro, llevándose las manos a la cabeza.

—Eso parece. Al menos, ésa es la hipótesis más probable del cura secretario.

—Amén de por la cruz pectoral que tú señalabas antes, cuadra que sea un religioso por las marcas de cilicios que tiene en las piernas y los latigazos grabados en su espalda, ambos antiguos. Sin embargo, resulta curioso.

—¿Curioso, qué es curioso, Ramiro? ¿Tienes otra identificación?

—No, no se trata de eso. Ven, vamos para allá y hablamos —dijo señalando con el dedo en dirección a un descampado contiguo—. Aquí no puedo fumar.

Anduvo delante de mí como si tratara de llegar pronto a una cita. Ésos son los efectos de la nicotina en el ánimo; yo los conocía bien. Le seguí en silencio. Cuando encendió el cigarrillo y aspiró profundamente el humo, se fue de la lengua y me dio su opinión.

—Digo que es curioso, Lola, porque los monjes de Leyre pertenecen a la orden benedictina y, por tanto, no dependen del arzobispo.

—Son curas y frailes, ¿no? ¿De quién van a depender, si no es del ordinario de la diócesis? —pregunté.

—¿Qué nota sacó su señoría en Derecho canónico?

—Saqué notable... pero, confieso que copié descaradamente. Nunca me gustó esa asignatura. Además, fue hace mucho tiempo...

—Pues mientras copiabas, te perdiste el capítulo que explicaba las relaciones entre las órdenes religiosas y los obispados.

—Refréscame la memoria, Ramiro.

—Es un placer, señoría. Verás, muchas órdenes religiosas no están sometidas a la autoridad del obispo diocesano, sino a la de un superior, nombrado por la orden misma y, en última instancia, dan cuenta al papa. Como preladados, los abades tienen rango inmediatamente inferior a los obispos, pero, dentro de los límites de su territorio, poseen, con pocas excepciones, todos los derechos, obligaciones y privilegios de un obispo.

—Lo que me estás queriendo decir, Ramiro, es que van por libre.

—Con relación al obispo, sí.

—¡Qué cosas se aprenden en esta profesión! Yo pensaba que en la Iglesia la autoridad era irrenunciable. No sabía que un monasterio pudiera nacer y mantenerse creando sus propias normas.

—En realidad, no es exactamente así. Los monasterios son autónomos; mantienen su independencia en todo lo relativo a costumbres, tradiciones, actividades, estructuras, etcétera, pero sí viven bajo una autoridad. Normalmente, los distintos monasterios regionales o nacionales se unen en una especie de confederación, bajo la autoridad común de un Capítulo general y de un abad presidente, sin renunciar por ello a su independencia. Por ejemplo, en



Leyre al abad se le elige democráticamente con dos tercios de los votos del Capítulo. La Santa Sede confirma al nuevo abad, sin que el arzobispo tenga ninguna misión en esa elección.

—Vale, ¿y eso qué tiene que ver con nuestro asunto? No sé adonde quieres ir a parar.

—Lo que sugiero, Lola, es que se equivocaron de fiador...

—¿Lo que estás insinuando, Ramiro, es que la petición de rescate debiera haberse hecho al superior de la congregación benedictina y no al arzobispo?

—Exactamente. El rescate debería haberse exigido al abad primado, en este caso, al de la abadía de Solesmes, en Francia, o a la abadía misma: San Salvador de Leyre posee relicarios, ostensorios, cálices y otras piezas de orfebrería de valor similar al relicario demandado.

—¡Eres una caja de sorpresas, Ramiro! Para ser forense, sabes mucho de arte sacro y de órdenes religiosas.

—Estar casado con una navarra, profesora de historia del arte, causa este tipo de estragos, Lola —bromeó—. En fin, es sencillo, yo he aprendido algo de la materia escuchando a Chiqui, del mismo modo que tú has hecho lo propio con la medicina, escuchando a Jaime.

—Sí, eso es verdad. Bueno, resumamos... Según tu opinión, aunque el que está tendido ahí dentro es el arzobispo, no tenía que haber sido él.

—En efecto, eso es lo que pienso.

—Curiosamente, Andueza me ha dicho que su arzobispo creía que todo esto tenía algo que ver con él directamente. Es decir, no con su cargo, sino con su persona. Quizás él se hizo las mismas preguntas que estamos haciéndonos tú y yo en este momento... ¡Un interrogante más entre los muchos que se han planteado!

—¿El cura ha dejado muchos cabos sueltos? —preguntó el forense.

—Sí, se ha agarrado a la confidencialidad de la confesión y no suelta prenda. ¿Te das cuenta del tamaño de mi mala suerte?

Ramiro me miró con cara de pena y exhibiendo una irónica sonrisa, dijo:

—Sí, querida mía, definitivamente estás gafada. Estimo que un caso como éste acontece en la pacífica Navarra cada 300 o 400 años y, mira por dónde, te ha tocado instruirlo a ti.

—Bueno, con estos bueyes habrá que arar. Y de lo de dentro, ¿qué más me

cuentas?

—Que el asesino es cuidadoso, presumido y que calza un 45.

—¡Espera, espera, que me pierdo! ¡Vamos por partes!

—De acuerdo, vayamos por partes; primero: el asesino es cuidadoso, no ha dejado ni una huella; aun así, no contaba con el polvillo que el tiempo deposita indefectiblemente en los sitios cerrados. El sujeto calza un 45. Eso quiere decir que es grande; además, debe de ser fuerte para poder desplazar el cadáver, si es que es uno solo, y eso es lo que demuestran las huellas.

—¿Desplazar el cadáver? ¿Piensas acaso que al abad no le mataron aquí?

—Puede que sí o puede que no, pero, desde luego, a ese cadáver lo arrastraron por la ermita y, probablemente, lo colocaron cuidadosamente en su posición... Se ve el rastro a simple vista, junto a sus huellas.

—Las del número 45.

—Sí, aunque en realidad hay otros dos juegos de huellas. Tenemos que confirmarlo, pero creemos que el primer par pertenece al cura; el segundo, al labriego que encontró los cadáveres.

—¿Y las huellas del arzobispo?

—No hay huellas suyas en el pasillo.

—¡Qué raro! Si no hay huellas suyas es que no le dejaron siquiera entrar. Si el abad estaba tendido bajo el altar, lo lógico es que se hubiera acercado a socorrerle, como hicieron las otras dos personas que entraron.

—Sí, eso habría sido lo lógico, pero no hay huellas del arzobispo por el pasillo; sólo tres pisadas en la entrada.

—Debían de estar esperándole y, al verle, sin mediar palabra, le descerrajaron dos tiros.

—Sí, es probable que ocurriera como lo cuentas. Quizás el secuestrador se asustara al verle; quizá le pilló desprevenido. ¡Vete a saber!

—Vale, lo estudiaremos. Las huellas del 45, las del labriego y las...

—Del *curica*...

—De *curica*, nada, Ramiro. Dice que es el secretario del arzobispo.

—Vale, pues las otras huellas son de su excelencia el secretario. Pisó la sangre del arzobispo y su propio vómito y llevó el rastro allá donde fue.

—¿Y dónde fue?

—Lo que narran sus huellas es que se acercó al altar y luego volvió sobre sus

pasos, moviéndose en círculos alrededor del cadáver del arzobispo, un movimiento histérico diría yo.

—Es decir, que los criminólogos piensan que el asesino es uno solo.

—Bueno, opinan que, quien fuera, entró solo en la ermita, que no es lo mismo.

—¡Esto huele fatal! —dije, sin atreverme a pronunciar las palabras que tenía en mente.

—¡Aciertas, Lola! Secuestro, extorsión, arte sacro, miembros amputados...

—¡A mí me huele a Europa del Éste, Ramiro! Esos individuos se ganan la vida de esta manera.

—Puede que sí o puede que no.

—Explícate.

—Antes te decía que el asesino es presumido...

—Es cierto, lo había olvidado.

—Pues lo es: en la ermita huele a colonia. Cara, de las que mantiene el perfume. Yo diría que Esencia de Loewe; lo sé porque yo mismo la usé durante una temporada.

—¿A colonia? ¿Cómo que huele a colonia? ¡A mí el hedor de ahí dentro casi me arranca el vómito!

—Te lo aseguro, Lola, creo que huele a Esencia de Loewe. Tengo un olfato finísimo y estoy acostumbrado a detectar olores. Repito, esa colonia es cara, de las que dejan rastro, como reza el anuncio. No creo que los monjes benedictinos usen ese tipo de colonia, ni tampoco que lo hagan los obispos, por tanto debemos suponer que pertenece al asesino. Sinceramente, no me veo a unos rusos despiadados perfumándose con Esencia de Loewe.

—No, eso es verdad... Lo del coche es otra cosa; a los mafiosos les gustan los coches caros.

—¿Qué es eso del coche?

—El cura dice que oyó salir a toda prisa a un coche potente; dice que sonaba muy bien. Como bien sabes, a mí no me gustan los coches, pero supongo que querría decir que es un coche de alto precio.

—¿Cuánto dinero habían pedido?

—Como te decía, no habían pedido dinero, sino obras de arte de la catedral de Pamplona.

—¡Es cierto, me lo habías dicho ya! Algún coleccionista caprichoso. Oye, Lola, y entonces, ¿qué hacen ahí dentro tantos billetes?

—Un regalo del arzobispo.

—¿Tú lo entiendes?

—No, Ramiro, en absoluto.

Ambos nos quedamos callados unos instantes. Sudábamos; el calor apretaba en aquel altozano desprotegido y bellissimo. El pulcro brillo del sol y el impecable cielo, sin rastro de nubes, hacían olvidar las miserias del mundo, que yacían ocultas bajo aquellos muros de piedra cargados de historia.

—¡Qué precioso paisaje! —exclamé con la vista fija en el cóncavo infinito—. Estas cosas no deberían pasar en días como éste.

—Sí, es un día magnífico para ir de excursión.

—¿Cómo dices? —contesté extrañada.

—Mira hacia la carretera, Lola. Viene un autobús; lleva un cartel de transporte escolar. Seguro que esos chavales vienen a ver las ruinas romanas y a pasar el día.

—¡Pues la hemos hecho buena! —chillé.

Dejé a Ramiro con la palabra en la boca y salí corriendo en dirección a Galbis, que no se había dado cuenta de la visita. Cuando llegamos, una veintena de niños (entre diez o doce años) había descendido del autobús, diseminándose por la explanada. Algunos, los más atrevidos, habían cruzado la cinta azul y blanca con el habitual letrero —«POLICÍA. PROHIBIDO EL PASO»— y se acercaban a la ermita.

—¡Lo siento, no se puede pasar! —chilló Galbis—. ¡Todos de nuevo al autobús!

Sólo dos de los niños le obedecieron; el resto siguió curioseando sin prestar la menor atención a la voz de mando. Por fin, un adulto bajó del autobús y se dirigió a Galbis.

—Buenos días, soy Josu Serrano, profesor de estos chavales. Venimos de excursión para visitar...

—Lo siento, señor Serrano, pero esta zona está clausurada por orden judicial. Le ruego que se lleve inmediatamente a sus alumnos de aquí, antes de que estropeen la escena.

—¿La escena... la escena de qué? ¿Es que ha pasado algo grave? Nosotros

venimos de Pamplona... —preguntó curioso.

—La escena, señor. Le ruego que saque a sus chicos de aquí de inmediato. ¿Me comprende? De inmediato.

El profesor lo hizo de manera más o menos diligente, pero ya era inútil. La mitad de los niños llevaba móvil con cámara incorporada; la otra mitad, incluyendo al profesor, disponía de cámara fotográfica. Eso significaba que en pocas horas la prensa estaría husmeando el asunto y que en la portada de la edición matutina de todos los periódicos podríamos leer la crónica de los asesinatos.

—¿Sabes qué estoy pensando, Lola? —terció Ramiro.

—Imagino que lo mismo que yo: éramos pocos y parió la abuela.

—Bueno, eso también. Pero, sobre todo pensaba en que con un arzobispo y un abad oliendo a podrido, un relicario de por medio y la prensa husmeando, te hará falta un buen inspector. Y el que acaba de llegar vale su peso en piedras.

—¿Ha llegado un inspector? —pregunté extrañada.

No se había presentado ante mí, lo cual era preceptivo, ya que estaría bajo mis órdenes,

—Sí, Álvarez ha llegado hace un rato. Está dentro de la ermita, curioseándolo todo. Ya sabes cómo es.

—¡Álvarez! ¡Maldita sea! Pues por eso no paso, desde luego. ¡No, no señor!

—Yo no lo dudaría... En fin, señorita, ¿me das la orden de levantar? Tenemos mucho trabajo y el calor hará irrespirable el viciado aire de la ermita.

—De acuerdo, levantamos y tú mañana te vas a visitar al dentista.

—Mañana, mañana... —dijo imitando a un vampiro.

—Acabemos; luego me voy al juzgado, llámame en cuanto tengas algo. ¡Ay, que me han robado el móvil! ¡Llama al de Jaime, se lo pediré prestado!

—De acuerdo, vamos allá. ¿Quieres una mascarilla?

—Sí, necesitaré una, pero antes me gustaría oler ese perfume.

—¡Lola, pero si todavía te va a gustar la patología forense!

## II

Volví al juzgado en el coche policial, maldiciendo mis estúpidas fobias. Si hubiera acudido en mi coche al lugar del atestado, ahora sería el forense, y no yo, quien sufriría el inconveniente. ¿Por qué me disgusta conducir, por qué ese irracional miedo a la carretera? Nunca he tenido un percance serio al volante. Es más, en la lista de mi aseguradora, figuro entre los clientes selectos, éstos que disfrutan de una bonificación del cuarenta por ciento en el importe de la factura por no haber dado nunca parte de una colisión. En las dos ocasiones, ambas de pequeña cuantía, en que me he visto obligada a llevar el coche al taller de chapa, otro ha sido el culpable. Sin embargo, cada vez que mis manos tocan un volante, recuerdo a mi padre, un gran tipo, que me dejó sola cuando más le necesitaba porque alguien adoraba los coches y la velocidad.

Ramiro, forense concienzudo donde los haya, había terminado el examen preliminar de los cadáveres, pero aún tenía que comprobar los puntos de potencial intercambio entre las víctimas y los sospechosos de primera hora, es decir, todos los que se hallaban cerca de los cuerpos. El rastreo de pólvora en las manos de Andrés, el cazador furtivo, o en el cuerpo del hurón, así como en las del curita de altos vuelos, bien podía haber sido realizado por la policía científica, cuyo furgón estaba aparcado a la entrada de la ermita desde hacía largo rato. Pero a Ramiro le gusta escuchar por sí mismo cómo los cuerpos narran sus secretos ocultos. Disculpándose con palabras y gestos, me informó que necesitaría al menos media hora más para concluir su investigación. Como yo no quería esperar tanto, compartí vehículo con el inspector de la policía judicial que se había personado en el lugar hacía aproximadamente una hora.

El inspector Álvarez nunca ha sido santo de mi devoción. Reconozco su competencia y su buen hacer, pero en mi opinión esas facetas son condición

necesaria, pero no suficiente, en un policía. A mí, los agentes e inspectores me gustan con alma, quizá rota por el eco de la maldad humana, acaso amargada porque el éxodo hacia la buena vida es lento y tedioso, pero alma al fin. Si el inspector Álvarez nació dotado de algo parecido a un alma, desde luego la perdió por el camino o la tiene tan a resguardo que nunca la lleva a trabajar.

Con su piel cenicienta y sus ojos gris metálico, para Álvarez las miserias del mundo no representan otra cosa que un peldaño para ascender en una esperada brillante carrera. Por ello, mientras nosotros, a ritmo de abanico, tratamos de atemperar el sofoco que nos provoca observar las nuevas cicatrices que los delincuentes infringen a nuestro pequeño universo, él sonríe, con esos labios finos y bien perfilados. Ante cada nuevo caso, su cara se cincela más pétreo y sus venas se llenan de arena, frías, como siempre sus manos.

—Curioso caso —observó, mientras volvíamos a los juzgados.

—No estoy muy segura de que ése sea el adjetivo que mejor cuadre con lo que acabamos de ver, inspector. Horrible, execrable, atroz; intrigante, incluso... Cualquier cosa menos curioso —objeté con voz cortante.

—Intrigante, si así lo prefiere. En realidad, señorita, nosotros somos pacientes águilas que patrullan el techo del mundo, esperando que los ratones abandonen confiadamente su madriguera y delincan. Un caso como éste, sin móvil aparente, sin pruebas sólidas y con cierta dosis de morbo, y no lo digo tanto por las mutilaciones, como por las sotanas, alegran el día a cualquier investigador que se precie.

Me miraba mientras hablaba, íbamos en la parte trasera del vehículo, conducido por un joven policía que no abrió la boca. Asomándome a aquellos ojos, pude ver reflejados los sentimientos del ave de rapiña que era. Por ello, me mostré casi soberbia cuando contesté, cosa que no suelo hacer y mucho menos con la policía, que me ayuda extraordinariamente en mi trabajo y con la que colaboro amigablemente siempre que puedo.

—Inspector, usted no patrulla ningún cielo. Si lo hiciera, estaría en su mano evitar que algún ratón fuera dañado por otro de su especie, por la única razón de querer quitarle vida o hacienda. No obstante, usted no puede hacer nada de eso. Lo suyo, como lo mío, es contemplar los silencios que el dolor provoca, los estallidos que perforan los tímpanos del alma. Y, luego, llorar como ratones y, como ratones, correr hasta alcanzar a los compatriotas que han dejado

nuevamente huérfano al mundo. Nosotros, desgraciadamente, no desandamos caminos. En el mejor de los casos, evitamos que otra víctima los atravesara. Ése es nuestro sino. Aunque, por lo que veo, no es su caso.

No me contestó, no hubo tiempo. Estábamos ya en la puerta principal de los juzgados y el joven agente abría la puerta del coche para facilitarme la salida. Me sonrió abiertamente. Parecía querer decirme que compartía mi punto de vista; acaso únicamente que a él tampoco le caía bien aquel inspector cuyos labios no estaban hechos para sonreír.

—Señoría —me dijo aún en la calle el inspector—, ¿cómo quiere que procedamos?

—Le avisaré enseguida, notificándole el orden de las investigaciones. Ahora tengo que dejarle, estoy citada para una reunión.

—Como quiera; andaré por aquí —dijo imperturbable.

Gorka no estaba en su puesto. Como esperaba, se había marchado a casa alegando que no se encontraba bien. Aunque lo intuía, comprobarlo me ocasionó una profunda molestia. Me asignarían otro secretario en cuanto fuera posible, pero tenía muchas cosas que hacer y Gorka conocía bien mi rutina y mis modos de proceder y me evitaba ordenar detalladamente las cosas. Con una leve insinuación, bastaba.

Estuve en mi despacho el tiempo suficiente para firmar dos documentos, llamar a mi marido pidiéndole que me trajera su móvil y tomarme una aspirina: la herida de la frente no sangraba, pero resultaba bastante molesta. Acto seguido, me fui en busca del presidente del Tribunal Superior de Justicia de Navarra, mi querido amigo Gabriel Uranga. Aunque fuera domingo, sabía que él estaría en su despacho adelantando asuntos pendientes; necesitaba su consejo.

El juez Uranga y yo nos conocemos desde los tiempos de la universidad. Compartimos cinco años de apuntes y amistad, que luego se incrementaron cuando me casé con Jaime, compañero de colegio y de farras de Gabriel.

Todo eso pertenecía al pasado, pero Uranga seguía siendo mi consejero particular y mi paño de lágrimas judiciales.

—Gabriel, ¿puedo pasar? ¿Tienes unos minutos para mí?

Uranga se sorprendió al verme. Por su reacción, me percaté de mi mal aspecto. Se quitó de inmediato las gafas, las dejó sobre uno de los montones de expedientes que decoraban su enorme mesa barroca y se levantó de un salto.



—¡Por Dios, Lola, qué te ha pasado! ¡No sabía que estabas herida!

—No es nada importante, un pequeño accidente de tráfico. Es muy aparatoso, pero sólo son unos puntos...

No quise darle más datos. En cuanto se enterara de lo ocurrido y mencionara mi velocidad de caracol, se reiría de mí.

—No quiero llevarte la contraria, pero tu cara va adquiriendo tonalidades muy diferentes al blanco.

—Te repito que no es nada grave, a diferencia de lo que vengo a contarte.

—Adelante, Lola, siéntate. Debo confesar que te esperaba. Las noticias viajan tan deprisa como la luz.

—De modo que ya lo sabes. ¿Te has dado cuenta de cómo me persigue el destino? ¡En esta ciudad no hay nunca asesinatos y, cuando hay uno, múltiple para más señas, tengo que estar de guardia!

—Afirmativo. Debes de haber sufrido una maldición: te tocan todos los marrones —exclamó, mientras con voz socarrona añadía—: Claro que también es posible que en el cielo se hayan enterado de tu condición de bilbaína e intuyan que puedes con esto y con mucho más.

—No te digo que no a lo de la maldición. Ser de Bilbao no me eximirá de enfrentarme al problema. ¿Te han puesto en antecedentes?

—Muy por encima, pero suficiente para darme cuenta de que es una suerte para este juzgado que vengas de donde vienes.

—Hablemos en serio, Gabriel: supongo que, a la vista de la magnitud de los hechos y la categoría de las personas implicadas, podremos encontrar alguna forma de inhibirme. No sé... En fin, algo se te ocurrirá, ¿no? —interrogué con una pizca de súplica en la voz.

—Durante tu servicio, debes incoar todas las actuaciones de las que tengas conocimiento y conocer los atestados instruidos por la policía judicial —recitó maquinalmente—. Es la ley... Poco más puedo decirte; te ha tocado, tienes que aguantarte.

—Gabriel, escúchame...

—Ni hablar —negó con vehemencia.

Noté un tono de reproche en sus palabras y me defendí.

—Gabriel, tú sabes mejor que nadie que no estoy preparada para llevar un caso como éste. ¡Por todos los santos, lo mío ha sido hasta ayer mismo la teoría!

—¿Qué quieres que te diga? Ahora eres juez de pleno derecho; tienes que respetar las normas. Yo no puedo hacer nada, y lo sabes.

—¡Pero Gabriel, se trata de un doble homicidio! ¡Nada menos que un arzobispo y un abad! Dinero, antigüedades robadas, mutilaciones... ¡Ayúdame a buscar la forma de...!

—¡Bienvenida a la primera división, juez MacHor! Y ahora —cortó de raíz mis quejas, por otro lado inútiles—, haz el favor de ponerme al día detenidamente. No sabía nada de un abad; sólo me habían informado de la aparición del cuerpo de don Blas de Cañarte, con dos tiros de escopeta disparados a bocajarro, y de la existencia de otro cadáver. Lo he sentido vivamente, tenía al arzobispo por una gran persona, amén de un sabio pastor.

—Yo no le conocía; no puedo opinar sobre ese extremo. Lo que sí puedo decirte es que, según parece, el segundo fallecido puede ser el abad del monasterio de San Salvador de Leyre.

Uranga se levantó de un salto y medio chillando exclamó:

—¡El abad de Leyre! ¡Santo Dios! Pero ¿de qué va esto? ¿Se trata de un asesinato ritual, o de algo por el estilo? ¡El ordinario de la diócesis y el abad de Leyre, las dos cabezas más importantes de la Iglesia local!

—No sabemos nada aún —confesé, mientras mi mente procesaba la información que Uranga acababa de proporcionarme.

—¿Hay algún testigo o alguna pista fiable?

—Junto a los cadáveres, se encontraba un cura joven, Lucas Andueza, el secretario personal del arzobispo. Estaba muy nervioso y han tenido que suministrarle un tranquilizante. Le volveré a interrogar esta tarde, pero por lo que nos ha dicho, los cadáveres son el resultado de un secuestro fallido.

—¿Un secuestro? ¡Qué historia más extraña! ¿Y quién es el secuestrado?

—La víctima era el abad y el rescate había sido pedido al arzobispo.

—Y naturalmente la Iglesia no soltó ni un duro... —musitó.

No supe en aquel momento y, en realidad, lo ignoro todavía, qué quería decir con «naturalmente», pero no dije nada.

—Todo lo contrario: junto al cadáver del prelado ha aparecido una gran cantidad de dinero. Lo ha recogido la policía judicial. Aunque no lo han contado aún detenidamente, Galbis afirma que supera con creces los 150.000 euros.

—¡Una buena cantidad! Y, no obstante, no se lo llevaron.

—Así es, por eso digo que es posible que estemos ante un secuestro frustrado. Un lugareño afirma haber visto salir de las inmediaciones un coche, conducido velozmente; es probable que el secuestrador se viera sorprendido por algo o alguien y huyera sin detenerse a recoger el botín. Es posible pero improbable, sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, me temo que también podría tratarse de la primera escena de una obra mucho mayor. El cura secretario nos ha dicho que les mandaron un dedo del abad como prenda.

—¿Qué bestias! —exclamó Uranga.

—Sí, es una crueldad, pero no es la única. Se da la circunstancia de que también el cadáver del arzobispo tiene nueve dedos, y no precisamente a consecuencia de la metralla. Según Ramiro Segá, el hueco no es fruto de la onda expansiva de uno de los disparos; alguien expresa y conscientemente se lo cortó...

—¿El secuestrador ha tenido tiempo suficiente para amputarle un dedo al arzobispo, pero no para llevarse el botín? ¡Qué extraño!

—Lo es.

Llamaron a la puerta. Gabriel Uranga se disculpó, pero quien llamaba no le buscaba a él sino a mí. El nuevo secretario judicial que me había sido asignado venía a informarme que habían encontrado un coche del monasterio de San Salvador de Leyre, cerca del pantano de Yesa, localidad próxima al cenobio benedictino. El vehículo estaba abierto y no mostraba signos de violencia, a excepción de un pequeño rastro de sangre. Quería saber si se debía notificar su hallazgo a los monjes. Contesté que no, era mejor que primero lo estudiara la policía científica.

—¿Algo más? —inquirí, rogando para que fuera todo.

—Sí, señorita; hay algo más. Ha llamado el agente Galbis. Dice que uno de los pastores de la hacienda próxima al lugar de autos, vio pasar un automóvil. No puede precisar modelo ni marca, pero señala que era grande y circulaba muy deprisa. Coincide con las horas fijadas para los disparos. El pastor pudo ver quién lo conducía.

—¡Eso es magnífico! ¿Puede hacerse un retrato robot? —respondí alborozada.

—Me temo que no, doña Lola; lo que dice es que la persona que conducía vestía un hábito marrón que le tapaba los brazos e iba cubierto con una enorme capucha.

—¡Hábito marrón, capucha! ¿Quiere decir...?

—Sí, el pastor afirma que era un fraile o, al menos, vestía como tal.

—Gracias... —contesté, sin saber qué decir.

Hubiera maldecido de no estar en un juzgado y acompañada por el presidente del Tribunal Superior de Justicia.

Ya solos, volví a interpelar a Uranga. Su rostro denotaba su preocupación. No obstante, no cambió de opinión. Me quejé:

—Gabriel, hazme caso, por favor. Como ves, cada minuto que pasa incrementa la complejidad del caso. Puede que el hecho de que las víctimas pertenezcan al núcleo de la Iglesia no sea circunstancial; es posible que los asesinos vivan en su seno. Te aseguro que se necesita otro tipo de persona para llevar el caso adelante. ¡Busquemos la forma de inhibirme! Ya sé que la ley dice que me toca hacerlo a mí, pero no estoy capacitada. Además, soy mujer, ya conoces que los estamentos eclesiásticos no nos ven...

—¿Y eso qué importa? La justicia carece de género. ¿Qué pasos vas a dar, Lola? —dijo, llegándose hasta mí y cogiéndome por los hombros con cariño.

Gabriel es mucho más alto que yo y me topé directamente con su barriga: aún disimulada por su traje gris de raya diplomática, se mostraba como una sublime curva.

—De momento —confesé, algo más segura—, voy a tomarme un café y un cruasán. Luego, pensaba ir al Palacio episcopal, para ver in situ la nota de rescate. Mientras tanto, espero tener ya la identificación del cadáver. Criminología recogió el dedo en el arzobispado. Cuando ellos me lo confirmen, llamaré a Leyre para darles la noticia. Estoy pensando que, a la vista de los nuevos datos, quizá sea mejor ir en persona.

—¿De qué ha muerto el abad, lo sabes?

—Ramiro no está seguro, debemos esperar la autopsia. Lo que sí puedo decirte es que le han rasgado el hábito, de arriba abajo. Y lo mismo han hecho con la camisa del obispo.

—¿Rasgadas las vestiduras? ¿Como los judíos? —preguntó Gabriel intrigado.

—Así es —respondí.

A mi mente voló, nítida, la imagen del grueso estómago del arzobispo escapándose por el hueco artificial de la camisa negra.

Tras oír de labios de Ramiro que tenían los hábitos rasgados de arriba abajo, había ido a comprobarlo. No había dicho nada a nadie, pero ése era uno de los detalles que me provocaba más agitación. Desde mi punto de vista, tocar las ropas de las víctimas es un ejercicio gratuito de poder que manifiesta el orgullo del asesino que se cree con derecho sobre la memoria de los muertos.

—En la tradición rabínica —me explicaba Uranga—, rasgar las vestiduras es expresar indignación, ira santa, e incluso dolor. Normalmente, el acto manifiesta una gran perturbación interior, pero también puede ser un gesto puramente externo. La diferencia entre lo que me cuentas que ha ocurrido en la ermita y la tradición judía es que, en ésta, es el propio sujeto quien rasga sus vestiduras; mientras que, en nuestro caso, parece haber sido otro quien ha desgarrado las vestes de los clérigos, aunque quizás el mensaje era el mismo, indignación. ¡Jesús, y todo un domingo y en Pamplona! ¡Me apunto al café! —Se echó a reír y, con ese tono tan franco que le caracterizaba, añadió—: ¡Y naturalmente, también al bollo!

Dejé que Gabriel escogiera el sitio. Me llevó a un estrecho local, luminoso e impecablemente limpio, a dos manzanas del juzgado. No era la cafetería frecuentada por la gente del gremio, sino una más pequeña, cuya actividad principal era la venta de pan, aunque también servía pequeñas consumiciones. En el fondo del establecimiento, tras los estantes repletos de hogazas romanas y barras humeantes, habían colocado dos diminutas mesas camillas, adornadas por unas alegres faldas de flores en tonos amarillos y azules.

Los plácidos olores a canela y limón despertaron mi apetito, y no fui la única: Uranga adora los dulces. Nos sirvió una dama entrada en años, de sincera sonrisa y un moño a la antigua usanza, que conocía a Uranga a la perfección. Era la dueña del establecimiento.

—¡Señor juez, qué alegría verle por aquí! ¡Hacía días que no venía! ¿Quiere que le prepare un café con nata y unos buñuelos?

—¡Calle, calle, Emilia, que si le oye mi mujer me mata! Me ha puesto a régimen, por eso he faltado... Pero creo que hoy me lo saltaré y probaré uno de

sus buñuelos. El café solo y con sacarina, como siempre. Por cierto, Emilia —dijo extendiendo su brazo en mi dirección—, como ve, vengo acompañado: le presento a la juez MacHor. Seguro que ella prueba su café con nata... y una vez lo haga, será cliente habitual de su local. ¡Es de las mías, de las que aprecian un buen dulce! Y añade, si es tan amable, un par de aspirinas.

Tomé el café con nata y también probé sus buñuelos. Normalmente, esa voracidad me provoca un cargo de conciencia que me hace lamentar durante semanas mi falta de voluntad; sin embargo, ese domingo me olvidé de las calorías. Los buñuelos, rellenos de crema, estaban calientes y esponjosos; el café era delicioso. De hecho, si visito en contadas ocasiones el local es porque su bollería es extraordinaria y me rindo ante la tentación.

—Gabriel, si no queda más remedio, llevaré la instrucción. Aunque, me aterra, al mismo tiempo, me atrae el reto. Pero...

Me detuve en seco.

Quizá pensara que Uranga se anticiparía a mis palabras y adivinaría mis pensamientos, pero no fue así.

—¿Pero qué? ¡Mujer, qué melindrosa eres!

—Sí, tienes razón. Lo siento. Tengo que contarte que me encuentro con un serio problema de procedimiento...

—¡Desembucha ya, me estás poniendo nervioso!

—Vale, mi problema es el inspector Álvarez.

—Entiendo.

—¿De veras lo entiendes? —pregunté extrañada.

—Sí, no eres la única que lo tiene —dijo, confirmando mis sospechas y alegrándome la tarde.

—Gabriel, si tengo que instruir un caso así, me gustaría poder elegir al inspector a cargo.

—Veré qué puedo hacer. ¿Alguna preferencia?

—No, salvo que no quiero a Álvarez. Ramiro y yo recordábamos antes viejos tiempos. ¡Si estuviera aquí Iturri, otro gallo cantaría!

—Desde luego, sería estupendo. Pero las cosas son como son.

Habíamos llegado a la puerta de su despacho y decidí marcharme de inmediato. Ya le había robado suficiente tiempo.

—Suerte, Lola; mantenme informado. Llámame al móvil.

—¡El móvil! Se me ha... perdido en el accidente... Espero que Jaime me haya traído ya el suyo. Si necesitas localizarme, llámame a su número, ¿de acuerdo?

—Vale, lo haré. Y si me permites una sugerencia, deja para más adelante tu visita al palacio arzobispal. Envía allí a Galbis o a otro agente a recoger esas pruebas. El monasterio de Leyre parece, a primera vista, más importante. Persónate antes de que ellos se enteren de lo que ha pasado; les llevas ventaja. ¡Y ponte un poco de hielo en esa herida, va cambiando peligrosamente de color!

—Gracias por el consejo, por el primero de ellos: no se me había ocurrido. Iré a Leyre en primer lugar. Habré de darme prisa, si no se me echará la noche encima.

—Que te lleven, Lola, es mejor. ¡Todos conocemos tu excesivo apego al acelerador!

—¡Muy gracioso! —contesté.

Sonreía abiertamente. Con Gabriel, todo el mundo lo hace.

### III

Al monasterio de San Salvador de Leyre, a unos 50 kilómetros de Pamplona en dirección Huesca, conduce una no siempre cómoda carretera nacional. Sin embargo, pese al calor y a las pronunciadas curvas, el viaje fue como un bálsamo para mi sofocado espíritu. En el asiento trasero del Audi negro conducido por Heliodoro, uno de los chóferes que mi juzgado suele emplear para desplazamientos cortos, tuve tiempo de pensar y descansar.

Si algo caracteriza a este empleado es un mutismo casi absoluto, envuelto en una cortés, pero gélida, sonrisa. Desde que abandonamos el juzgado hasta que pisamos las tierras monásticas no dijo palabra, lo que me permitió concentrarme por entero en el caso: inmediatamente antes de salir, me habían informado de que el análisis de huellas confirmaba que el segundo cadáver pertenecía al abad del monasterio benedictino al que me dirigía.

Durante el trayecto, no podía dejar de pensar en las desagradables imágenes que había contemplado en la ermita. Lejos de horrorizarme la contemplación de aquella violencia gratuita, me encontraba completamente despierta, alerta, frente a un reto apasionante. En los primeros compases del camino, mientras los grises e insulsos edificios del extrarradio se sucedían, me dije a mí misma que, en realidad, el rechazo y la aprensión que había sentido hacia tal tipo de instrucción tenía algún punto de irracionalidad. Las imágenes no me habían resultado tan impactantes como había temido, habida cuenta de que, salvo las náuseas iniciales, no había amagado el vómito ni una sola vez.

Tenía en mi haber muchas horas de televisión norteamericana; la reiterada visión de realistas escenas de matanzas y asesinatos me había preparado para el caso. ¡Cuán lejos estaba de darme cuenta de lo que iba a sucederme! Con el paso de los días, de la ermita de Mendigorriá emanaron detalles ingravidos que



minaron mi sueño. No puedo precisar si lo que me impidió dormir fueron los ojos sin vida del abad, inmensamente abiertos, o el charco de sangre que rodeaba el cuerpo del ordinario de la diócesis; o las pisadas que arrastraban el líquido, un reguero apenas coagulado, que unía los cadáveres. Acaso el insomnio se debió a los muñones en las manos de los eclesiásticos; puede que la vigilia sólo se debiese a la suma de todos aquellos detalles escabrosos. Lo cierto es que durante semanas, tuve un sueño asfixiante, intranquilo, escaso, sordo y oscuro, que hube de vencer empleando la farmacopea.

Al poco de escapar de la agitación urbana, la carretera fue renunciando al arruinado gris y sembrándose de vides y olivos, del oropel de los cereales maduros, del vanidoso amarillo de los prados de soja. Como altivos fantasmas, entre peñascos y cañadas, taludes y escotaduras, se alzaban ruinas de castillos misteriosos y de iglesias que esperaban pacientes a que algún curioso destapara su historia, sus capiteles, su espíritu peregrino, sus olas secas.

Cosí la mirada a aquel panorama de paz veraniega hasta que, minutos después de bordear el pantano de Yesa, Heliodoro me señaló el cartel que indicaba el desvío hacia el monasterio. Eran las primeras palabras que pronunciaba, tras el saludo inicial (un escueto «Buenas tardes, señoría, ¿dónde iremos hoy?»). Otros colegas, en mi lugar, lo habrían tachado de antipático pero yo, al menos aquel día, agradecí enormemente que obviara las sempiternas conversaciones sobre meteorología.

Volví a la realidad. El Audi subió sin protestar el camino que conducía hasta la balconada de la sierra, donde se elevaba el monasterio. Como anticipo de la belleza que habría de encontrarme al llegar, el terreno fue verdeando y enrocándose hasta formar un austero conjunto, con el que conjugaban bien el silencio y el vuelo templado de lo que identifiqué como buitres. «Desde luego, estos monjes sabían bien lo que hacían», me dije, pensando en aquellos abades que fundaron el monasterio allá por el siglo IX.

—¿Dónde quiere que la deje, señoría?

—No lo sé, Heliodoro. Es la primera vez que visito este lugar y no sé dónde está la clausura... Quizás habría sido una buena idea avisar que llegaría... — dije, no muy convencida.

—Yo he estado aquí muchas veces, señoría; si lo desea, puedo darle alguna información.

—Pues se lo agradecería mucho.

—Verá, este complejo consta de tres partes. La zona turística, formada por el templo superior y una cripta que, dicho sea de paso, si le queda tiempo, le aconsejo visitar; la hospedería, compuesta por un pequeño hotel y un restaurante. El resto de edificios corresponde a la clausura propiamente dicha, donde también se permite la estancia a algunos peregrinos que deseen retirarse unos días. Yo he estado en algunas ocasiones; conozco bien al hermano hospedero. Si quiere, me acerco hasta allí y anuncio su visita. Supongo que serán ellos los que acudan a verla —aclaró—, porque en la clausura no se permite la entrada de mujeres.

—Muy bien, Heliodoro, se lo agradezco. Así daremos algo de tiempo a los agentes para llegar hasta aquí. Veo que hay muchos turistas deambulando por la explanada. Esperaré junto al coche, para que me encuentre enseguida.

Heliodoro tardó en volver más de lo previsto y yo carezco de paciencia. Desde mi emplazamiento podía observar cómo los visitantes fotografiaban el precioso románico de la puerta del templo, con sus cuatro arquivoltas. Aunque desde aquella distancia no alcanzaba a ver las esculturas del tímpano, salvo por el antiestético tejadillo, me recordó al Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela.

Por aquella puerta de poniente, la gente entraba y salía del templo, hablando de sus tesoros, mientras que yo, a pleno sol, paseaba arriba y abajo del metro cuadrado que rodeaba el automóvil del juzgado. A los veinte minutos, decidí que ya había esperado suficiente. Son los reos, los abogados o los testigos, y no los jueces, los que esperan. Ya me encontrarían.

Sin embargo, con la miel en los labios, perdí mi ocasión. En los escalones del pórtico, Heliodoro me detuvo. Le acompañaba un simpático fraile (digo simpático porque sonreía, aunque, en realidad, no mentó palabra).

—Señoría, el rector la está esperando en el patio de la hospedería. El hermano hospedero la conducirá hasta allí. Yo aguardaré en el coche.

—De acuerdo, Heliodoro, gracias. Estoy esperando a los agentes de la policía científica; ¿será tan amable de acompañarles a la clausura cuando lleguen, por favor?

—Faltaría más, señoría. No se preocupe.

Con un gesto de la mano, el fraile me indicó que le siguiera. Lo hice. Al principio, traté de mantenerme a su altura, pero iba demasiado rápido para mí.

De hecho, creo que aceleró hasta dejarme atrás. No me molesté en competir: me limité a seguir a mi ritmo la estela de aquel enjuto hombre que corría inclinado hacia delante, con las manos ocultas dentro de los pliegues de su hábito.

Llegamos a la puerta de la clausura en poco más de tres minutos. Un grupo de tres frailes me esperaba en el dintel exterior. Justo antes de toparnos con ellos, como por arte de magia, el hermano hospedero desapareció en la nada de la misma manera que de ella había surgido. No volví a verle hasta que hube de interrogarle, algunas horas después.

Al acercarme, de entre aquel trío, se adelantó un hombre. No apartó la mirada de mis ojos, como había hecho el fraile anterior. Al contrario, la sostuvo casi desafiante.

—Señoría: soy el padre Ignacio, rector de este monasterio. Es un placer recibirla en nuestro humilde hogar benedictino. Me comunican que necesita hablar con nosotros acerca de algún asunto urgente. Usted dirá, estamos a su disposición.

Esperaba encontrarme con un hombre mayor, enjuto y de pelo canoso, dotado de mirada dura y penetrante, capaz de cazar al vuelo vacilaciones en la fe o faltas en la moral de las jóvenes promesas de la prestigiosa orden de San Benito. Sin embargo, el hombre que acababa de tomar la palabra no era mucho mayor que yo. Rubio y con escurridiza mirada azul, exudaba un especial atractivo. Incluso vestido con ropas monacales y el cingulo de cuerda propio de su orden, resultaba interesante. Sus gafas redondas y su alborotado cabello le conferían un aspecto progre, agrandado por el acento francés de su dicción. Sólo su fina voz desentonaba con el magnífico cuadro. Los otros dos situados a su izquierda no gozaban de ángel y eso hacía que el padre Ignacio descollara sobre el conjunto.

Salvo sus palabras y una amplia sonrisa, el rector, que ocultaba los brazos entre los amplios pliegues de las mangas, no hizo ningún otro gesto de acercamiento, se mantuvo, muy tieso, junto a la puerta que daba acceso al interior del monasterio, el mismo lugar en que eran recibidos los peregrinos que se acercaban a Leyre en busca de paz. Ante tan feble recibimiento, torcí el gesto y me agité en mi posición como un velero en mar picada. Tuve claro que aquellos hombres no estaban dispuestos a cooperar con la justicia; aunque también era posible que desconocieran la causa que me había llevado hasta allí.

A diferencia de otros miembros de la judicatura, yo no tengo especiales prejuicios contra la Iglesia católica a la que, dicho sea de paso, pertenezco. Sin embargo, aquella actitud tan fría me incomodó, me puso a la defensiva. No me encontraba allí como una humilde feligresa en busca de la bendición de un alto dignatario del monasterio: en aquel momento, las bendiciones o maldiciones no me interesaban lo más mínimo. Estaba en San Salvador de Leyre en mi condición de juez, instruyendo un caso, nada menos que el de la violenta muerte de su abad, aunque era probable que aquellos antipáticos frailes la ignoraran. ¿A título de qué aquel monje guaperas se saltaba los más mínimos modales de cortesía? ¡Por todos los santos, fuera fraile, cura o papa, no se iba a contaminar por estrechar la mano de una mujer, o por presentarme a sus acompañantes!

Esperé unos segundos, con la esperanza de que el rector se sintiera incómodo y me invitase a entrar. No estaba dispuesta a informarles de los motivos de mi presencia en medio del patio, con gente entrando y saliendo. Pero ni el padre Ignacio ni sus acompañantes se movieron, así que, finalmente, decidí hablar.

—Mi nombre es Dolores MacHor, juzgado número uno de Pamplona —respondí secamente, mientras fraguaba el plan a seguir—. En el vehículo que me sigue, vienen dos agentes de la policía científica. Han de saber que estoy aquí en misión oficial.

—Encantado —respondió el padre Ignacio.

Se mantuvo en sus trece, sin hacer ademán siquiera de presentarme a sus dos acólitos, que permanecían mudos como témpanos de hielo.

—Rector, ¿conoce usted el motivo de mi visita?

—Lo ignoro, señoría. La lógica dicta que si una juez acompañada por dos agentes se presentan en un lugar, es que algo grave ha pasado.

Me di cuenta enseguida de que aquel monje faltaba a la verdad. Contestó demasiado rápido, como si esperara aquella pregunta; en ningún momento se mostró extrañado ni preocupado por mi visita, como cabría esperar, sino sumamente tranquilo, dominando la situación. Estoy acostumbrada a que los interrogados intenten escurrir el bulto empleando la fácil evasiva que ofrece la mentira; no fue eso lo que me molestó. Lo que me repugnó es que lo hiciera sin dar signos, ni siquiera mínimos, de algún tipo de cargo de conciencia. Se supone que los frailes no mienten, pero aquél lo hacía con total desfachatez, pensando que su inteligencia le haría salir indemne del interrogatorio. Se equivocaba; ya lo

dice el refrán, antes se atrapa a un mentiroso que a un cojo, aunque el cojo fuera muy listo.

—Acierta usted, en efecto... —Ahora fui yo la que decidió seguirle el juego, sesgando la información—. El motivo de mi visita es el siguiente: no lejos de aquí, concretamente en un camino forestal en el área del pantano de Yesa, se ha encontrado abandonado un automóvil marca Land Rover propiedad de este monasterio.

—¡Ah, se trata del coche! —exclamó el rector, entre aliviado y confundido.

—Sí, ¿qué es lo que usted había supuesto? —pregunté interesada, con cara de idiota, por si servía de algo.

—En realidad, no había supuesto nada, señorita —dijo el fraile, retirándose del juego.

—Supongo que, al enterarse de mi llegada hace breves minutos, no habrá tenido tiempo de hacer cábalas —suavicé—. En todo caso, entiendo que, como rector de este monasterio, estará en disposición de informarme sobre ese vehículo.

—Sí, por supuesto...

Saqué el informe de la carpeta que había llevado conmigo y procedí a leerles el número de matrícula, marca, modelo y color del coche encontrado.

—¿Puede corroborar que el citado vehículo es propiedad de este monasterio?

—Claro, naturalmente, lo es. Pero si ése era el problema, podría haber enviado a cualquiera de sus subordinados y le hubiéramos proporcionado la información.

—No se preocupe por mí, rector, sólo por contemplar este magnífico paisaje merece la pena desplazarse hasta aquí.

—Sí, sí, por supuesto, en esta época, la sierra está preciosa. Y dígame, señorita, ¿el coche está en buen estado, han hallado... algo dentro?

«Te pillé —pensé—. Hay algo en ese coche que te inquieta, ¿verdad?».

—No, no está en buen estado, padre. Lo han encontrado empotrado contra un árbol. Además del fuerte impacto que, dicho sea de paso, ha destrozado completamente el capó del vehículo, hay evidencias que sugieren la posibilidad de que alguno de sus ocupantes haya salido herido de la colisión.

—¿Hay... heridos?

—El vehículo estaba vacío y no se ha encontrado a nadie por los alrededores.

En este momento, se están realizando las averiguaciones pertinentes in situ, pero las evidencias son concluyentes: resulta mucho más que posible que haya algún herido, si bien no podemos certificar con qué gravedad.

—¡Claro, claro! —declaró.

La fuerza de su rostro iba poco a poco transformándose en un gesto de honda preocupación.

—No han denunciado ustedes la desaparición o sustracción del vehículo, ¿verdad?

—Verdad —contestó.

Parecía atónito.

—En ese caso, presupongo que ustedes conocían su empleo y destino. Puesto que ustedes confirman que ese vehículo es de su propiedad, ¿pueden facilitarme la identidad del conductor y, si es así, si dicha persona volvió al monasterio sano y salvo?

—El vehículo es nuestro, desde luego, la matrícula concuerda. De lo demás, sólo puedo formular suposiciones, señorita.

—Adelante —le animé.

—Si es lo que quiere, le diré que supongo que al volante del mismo estaría el padre Pello Urrutia, nuestro abad. Salió de Leyre el viernes para hacer una visita familiar. No teníamos idea de que hubiera sufrido un accidente. Creo hablar por todos si digo que lo sentimos muchísimo. ¿Y dice que no sabe dónde está, ni siquiera si se encuentra bien? —preguntó aparentando tranquilidad.

—No sabría decirle dónde está en este momento, rector —musité mientras imaginaba a aquel pobre hombre, con los órganos desparramados por la fría mesa metálica en forma de L donde Ramiro hacía su trabajo forense—. ¿Puede usted darme algún dato que nos permita localizarle? Supongo que su abad les habría informado antes de salir de su ruta y destino, ¿no?

—Sí, por supuesto, sabemos adonde se dirigía: iba camino de Francia; a visitar a su única hermana, delicada de salud, internada en un hospital del sur de aquel país. Quizá cambió de opinión... ¿No han encontrado en el automóvil algún indicio que facilitara la búsqueda?

«¡Otra vez! ¿Qué esperaba este fraile encontrar?», pensé.

—No, no hay más indicios, rector. Y, por cierto, tengo entendido que los altos cargos eclesiásticos emplean los servicios de un chófer. ¿No ocurre así en

esta abadía?

Por un momento, perdió la compostura y no supo qué contestar; se limitó a bajar la vista y a mover con la sandalia de cuero los guijarros que adornaban la entrada. Esos lapsos son muy frecuentes en los interrogatorios y también muy ilustrativos; uno está preparado para responder bien las preguntas fuertes, pero no tanto los detalles, que son los que te delatan.

—Sí, señoría, veo que está bien informada. En Leyre ocurre lo que en otros monasterios y obispados: tenemos un chófer, pero no conduce en todas las ocasiones.

—Y una de ellas es ésta.

—Así es.

Esta vez me pareció que mentía con menos convicción.

—¿Me puede decir por qué no esta vez?

—Bueno, ése fue el deseo del abad: ir solo. Naturalmente, nosotros lo respetamos.

—Comprendo. Dejemos el coche de momento. ¿Saben dónde se encuentra en este momento su abad? Ha dicho que salió de Leyre el viernes y hoy es domingo. Debería de haber aparecido en algún sitio. Cuando alguien tiene un accidente, lo lógico es llamar a casa avisando que ha ocurrido. Hay que localizar una grúa que retire el vehículo, buscar otro automóvil o suspender el viaje previsto, quizás acudir a un hospital, si se está herido...

—Sólo puedo decirle, señoría, que, en efecto, el padre abad salió de aquí el viernes, pero no hemos vuelto a verle, ni hemos recibido noticias suyas. Podría haber perdido la memoria. Esas cosas pasan en los accidentes. ¿Han llamado a los hospitales de la zona?

Volví a mentir sin el más mínimo cargo de conciencia.

—Sí, hemos investigado los hospitales y centros de salud cercanos, pero no lo hemos encontrado, aunque es posible que la explicación sea, como usted dice, una pérdida de memoria. ¿Disponen ustedes de una fotografía reciente del abad? Si era él la persona que conducía el vehículo accidentado, su rostro nos facilitará su búsqueda.

—Sí, por supuesto. Padre Francisco, ¿quiere acercarse al archivo fotográfico? Creo que hay una fotografía muy reciente, la que se tomó en el mes de mayo, en las reuniones de Solesmes. Tráigala enseguida, por favor. ¿Necesita

algo más, señoría? Colaboraremos en todo lo que podamos, por supuesto.

Miré a mi derecha; en aquel momento, dos personas cruzaron la puerta, procedentes del interior, y se pararon ante nosotros preguntando por el padre encargado de la hospedería.

Ya harta, me encaré con el padre Ignacio:

—Rector, creo que sería prudente buscar un recinto más reservado para concluir esta charla.

Se tomó unos segundos para responder y, desde luego, lo hizo de manera distinta a como yo había supuesto.

—¿Le gusta el campo, señoría? —me preguntó adornando su suave voz con una sonrisa.

—¿El campo? Sí, naturalmente.

—Permítame, entonces, que le muestre los magníficos árboles que se yerguen en la parte trasera del monasterio. Padre Andrés, ¿sería tan amable de esperar aquí a los agentes y de acompañarles a la huerta cuando lleguen? Los hermanos están trabajando en ella y podrán enseñarles la próxima cosecha. En cierto modo, somos unos privilegiados —continuó, volviendo su vista hacia mí y olvidándose completamente del hermano al que había dado la orden, que obedeció de inmediato—, la sequía no nos ha afectado y las tomateras prometen abundantes frutos. De los calabacines, ¿qué puedo decirle? Al verlos sentirá usted el zarpazo de la envidia. El padre Francisco podrá acompañarnos a su señoría y a mí en cuanto regrese con la fotografía. ¡Mire, allí viene!

—Como usted prefiera —contesté, no sin disgusto.

El día, nacido caluroso, iba poco a poco derivando en un gris amenazante. Los treinta euros y la hora y media en la peluquería serían gasto inútil si las nubes descargaban cuando me hallara en medio de aquel bosque.

Recogí la imagen que el padre Francisco me tendía. Mostraba a un simpático anciano, lleno de vitalidad. ¡Qué diferente de aquel cadáver con ojos de angustia! Tratando de que mi rostro no transparentara mi ánimo, guardé la fotografía en la cartera y seguí al rector al exterior; el padre Francisco se situó detrás de mí, a modo de escolta. No había pronunciado una palabra en la hospedería y no lo haría en todo el trayecto. Se limitó a hacer de sombra; siempre con la cabeza gacha, siempre concentrando su intrincado pensamiento en el bajo suelo. Al empezar el paseo, me percaté de los extraños andares del



rector. A pesar de abrir la escueta comitiva, éste pareció adivinar mi mirada.

—Un tumor cerebral —dijo, volviéndose hacia mí.

—¿Perdón? —me disculpé.

—Digo que mis extraños ademanes son consecuencia de un tumor cerebral. Lo mismo que el entumecimiento de mi brazo derecho. Es un poco latoso, especialmente porque me hace parecer descortés, y porque la escritura con la mano izquierda es complicada, pero no es grave.

—Lo siento mucho —respondí, cortada ante aquel joven rector que era capaz de intuir mis pensamientos.

—No debe hacerlo, todo contribuye al bien de los que aman a Dios.

—Me lo imagino —musité.

En mí se alzó imperiosa la idea del hombre guapo y resultón que, tras quedar tullido, decide encerrarse a perpetuidad entre murmullos de canto gregoriano.

—Y, sin embargo, se equivoca —afirmó él. Al ver mi cara de estupor, añadió —: Le ocurre a mucha gente. La idea de que un hombre joven de prometedora carrera profese en un monasterio no es fácil de asimilar y encuentran en las secuelas de mi enfermedad una explicación razonable. Sin embargo, primero vino la vocación; luego, el tumor. Ingresé hace una docena de años en la orden de San Benito, la enfermedad, y sus incómodas secuelas, son recientes. Y basta ya de hablar de mí... Me pongo a su disposición.

—Sí, es razonable —sentencié, tratando de cortar aquella palabrería aparentemente inútil.

En realidad, no era así como había planeado aquella entrevista. Era yo quien debía llevar la rienda y, no obstante, mi curiosidad, hambrienta, pedía más alimento.

—Disculpe, ¿a qué se dedicaba antes?

—Normalmente, cuando entramos dentro de estos muros, no echamos la vista atrás. De hacerlo, no perseveraríamos. Por ello, sólo nos fijamos en el paso que nos conduce a la meta final. Sin embargo, en este caso haré una excepción porque es muy posible que narrándole esa historia, pueda situarse usted mejor. Yo también fui juez. Juez de primera instancia, primero de mi promoción, dicho sea de paso. Antes tenía memoria de elefante. Tras la operación, ha mermado bastante, no obstante, tengo aún suficiente para las labores de intramuros.

—Me alegro por usted, padre rector.

—Dios suele proveernos de los instrumentos necesarios. De los verdaderamente necesarios...

—Tengo la sensación, rector, de que Dios le ha puesto a usted en mi camino como instrumento necesario. Le ruego que me perdone, pero debemos dejar la palabrería. Si ha ejercido de juez en algún momento de su vida, sabe que tengo razón.

—Sí, por supuesto. Lo sé, el tiempo es vital en las cuestiones que rodean... una desaparición o un accidente...

Por un momento, pensé que aquella pausa le delataría, pero no fue así, Dijo exactamente lo que pretendía decir: desaparición o accidente.

—Rector, ¿quiere indicarme, por favor, qué ha ocurrido? Como sabrá por propia experiencia, más pronto que tarde, la verdad se empeña en salir a la luz. La historia que me ha contado, salta a la vista, no cuadra con los hechos.

—De acuerdo, señoría, le contaré cómo han ocurrido las cosas. Una mañana, el abad no apareció en el templo para el rezo matutino de viglias, es un oficio que hacemos a las seis de la mañana. Le buscamos por todo el monasterio, pero no estaba: había desaparecido y, con él, el automóvil. No sabemos dónde pudo haber ido. Por lo que usted nos cuenta, no demasiado lejos.

—¿Y no les extrañó su actitud? ¿No le buscaron?

—Lo cierto es que nos inquietó su ausencia, pero él es el abad...

—Sin embargo, ustedes forman una comunidad. No parece normal que una persona desaparezca sin dar cuenta al resto de los monjes o a las autoridades, y no ir en su búsqueda...

—Bueno, solemos visitar a nuestras familias de vez en cuando.

—¿Me está diciendo que su abad está con algún pariente?

—No, señoría, no lo estoy diciendo. Ha desaparecido, no puedo decir nada más que eso: no sé dónde está, no sé por qué se ha ido, no sabemos nada de nada. Es un hombre mayor y últimamente... En ocasiones...

—Siga por favor, es importante.

—Hemos notado que, en ocasiones, le falla la memoria y se le va un poco la cabeza. Nada grave. Suponíamos que se había olvidado de avisarnos de algún viaje programado.

—Bien, de acuerdo. Repasemos los hechos ciertos de los que disponemos. ¿Desde cuándo falta del monasterio?

—Desde la mañana del viernes.

—¿Por qué no lo han puesto en conocimiento de la policía?

—Supongo que porque pensábamos que iba a volver y que quedaríamos como tontos ante la autoridad. El tiempo ha pasado muy rápido.

—De acuerdo, entiendo que no quisieran ponerle en evidencia. ¿Han avisado a su arzobispo?

—Verá, nuestra dependencia del ordinario de la diócesis no es la misma que la de los sacerdotes corrientes. Nosotros dependemos de la casa matriz benedictina de Solesmes.

—Comprendo. Quiere decir que les han avisado a ellos y sus superiores les han aconsejado que aguardaran algo más de tiempo.

—No puedo mentirle, señoría: tampoco hemos hecho eso —confesó.

—Pues sinceramente, no lo entiendo —concluí.

Mientras la tarde se volvía plomiza, empezamos a entrar en materia.

—Ahora, señoría, al oírsele decir a usted, a mí también me suena extraño. Pero es la verdad: pensamos que sería un simple despiste; que volvería pronto, pidiendo disculpas por haberse olvidado de avisarnos.

—Bien, rector, le comprendo. Necesito ver su celda y entrevistarme con todos los monjes de su comunidad.

El padre Ignacio se paró en seco y, con cara de ofendido, me espetó:

—Señoría, no deseo faltarle al respeto, pero el nuestro es un monasterio masculino. En fin, lo que quiero decir es que las mujeres no pueden traspasar las lindes de la clausura. Tengo por seguro que usted comprenderá las especiales circunstancias de este caso y nos respetará.

—Creo, padre Ignacio, que es usted el que no comprende y, si es cierto que ejerció varios años como juez, sinceramente me extraña. Ninguna de las reglas internas por las que se rija su monasterio puede anteponerse a una investigación judicial y usted lo sabe.

—Pero...

—Nada de peros, no lo hago por capricho y estoy en mi derecho. No obstante —dije conciliadora—, le propongo un trato: localíceme un emplazamiento digno donde pueda entrevistarme con los hermanos sin que mi presencia interfiera en su vida monástica, y no dudaré en emplearlo. Una biblioteca, un comedor, una sala: cualquier estancia cómoda que permita guardar

la privacidad del procedimiento. Respecto a la celda del abad, esperaremos hasta que se persone la policía científica para que sean ellos los que me acompañen en el registro de sus aposentos.

—Agradezco mucho su cortesía, señoría. Pero, abusando de su benevolencia, me veo en la obligación de manifestar mi extrañeza. El padre abad ha desaparecido, pero estoy seguro de que no estará lejos y de que se encuentra bien. ¿Por qué tanta...?

—Padre Ignacio —le corté—, en ninguno de los hospitales o morgues de Navarra hay ninguna persona sin identificar, pero se han hallado rastros de sangre en el coche.

La simple alusión a la sangre hizo que cambiara de inmediato de actitud.

—Creo que nuestra magnífica biblioteca de la segunda planta servirá para el fin que usted desea —concluyó, retirándose del duelo.

—Me alegro que le guste el trato, rector, aunque, de momento, sólo ha escuchado el adverso del mismo.

—¿Disculpe? —contestó molesto.

—A cambio de mi buena fe, a la que no estoy en absoluto obligada —enfaticé nuevamente, dejándome llevar por un ataque de estúpida sinceridad—, quiero, padre rector, que a partir de este momento deje de mentirme. Usted sabe, como yo, lo absurda que resulta la posición que está sosteniendo. Por algún motivo que todavía no alcanzo a comprender, está ocultando a esta investigación judicial determinados hechos. Supongo que los datos que se reserva, o bien culpan a unas personas, o bien justifican a otras que le rodean a usted, o a su comunidad. En cualquiera de los dos casos, y sean quienes sean los implicados, sus secretos están entorpeciendo mi investigación. Por si, tras estos sagrados muros, ha olvidado lo que aprendió en la facultad y practicó en los juzgados, le recuerdo que los artículos 450 y 451 de nuestro vigente Código Penal tipifican la omisión de los deberes de impedir o perseguir delitos y el encubrimiento...

—Que yo sepa, señoría, todavía no se ha cometido ningún delito; por tanto, no hay encubrimiento que valga —me respondió altivo, clavando sus ojos azules en mi rostro—. Simplemente, según ha referido, ha aparecido abandonado un automóvil propiedad de este monasterio. Si tiene usted algo más que contarme, por ejemplo, qué hace una juez investigando un vehículo abandonado y una persona desaparecida, éste sería un buen momento. Si no, creo que lo que está

haciendo conmigo es acoso.

En realidad, tenía razón. Él debía de haber adivinado, desde el inicio, que el motivo de mi visita era otro muy diferente al que yo había expuesto; sin embargo, calló, silenciando también los datos que conocía. Aquélla habría sido una interesante partida de ajedrez, pero dos muertos sangraban sobre mi mesa y me impedían disfrutar del juego del ratón y el gato, de manera que seguí con mi argumento inicial:

—Tiene razón, padre: *que usted sepa*, no se ha cometido ningún delito todavía. Sin embargo, admite que su abad está desde hace días en paradero desconocido y que no hay rastro de él: ni llamadas, ni advertencias, nada de nada, lo cual no concuerda con su carácter. Desconocen si ha sido privado de libertad, si ha tenido un accidente o si ha perdido la cabeza y no sabe volver a su casa, pero no hacen, ni han hecho nada al respecto. Lo lógico, tratándose de su abad, que no del mío, sería que usted cooperase con esta investigación que no pretende otra cosa que esclarecer los hechos. Es más, debería agradecer vivamente mi presencia y mi ayuda. Sin embargo, lo que usted intenta es entorpecer las indagaciones; querría saber por qué. Ha de estar al corriente por propia experiencia, de que, al final, la verdad se empeña siempre en flotar sobre las mentiras, como el aceite sobre el agua.

—Creo que se equivoca juzgándome a mí y a esta abadía, señoría —protestó sin demasiada convicción—; está usted formulando suposiciones sin ninguna base.

—Eso espero, padre Ignacio, eso espero... —Esta vez fui yo quien lanzó una dura mirada a sus bellísimos ojos felinos—. Nada me agradaría más que ver sano y salvo al padre abad del monasterio de San Salvador de Leyre.

—También a mí. Recemos para que ese deseo se haga pronto realidad. Y, ahora, si es tan amable de seguirme, la acompañaré hasta la biblioteca. Padre Francisco, ¿quiere encargarse de confeccionar un listado de los hermanos e ir conduciéndoles en orden hasta el lugar para que hablen con su señoría, manteniendo en la medida de lo posible el horario acostumbrado?

—Por supuesto, lo haré de inmediato... Padre rector —dijo a su superior sin mirarme—, en esa lista, ¿he de incluir a todos los hermanos, también a los enfermos? Le recuerdo que varios padres están en cama desde hace días, algunos graves.

—¿Es necesario molestarles, señoría? —me interrogó el rector.

—Si llevan más de dos días enfermos creo que no será necesario. Si son otras las circunstancias, yo misma me desplazaré hasta sus correspondientes celdas para tomarles declaración.

## IV

Llevaba casi tres horas entrevistando a monjes. Había hecho un titánico esfuerzo por mantener la atención y mostrar una grata sonrisa en todo momento, pero mi paciencia caía al son de la luz de la tarde. ¡Cuántas veces había oído la misma cantinela, la recurrente historia, los minuciosos datos que no incluían ninguna información interesante! Poco había sacado de los veinte interrogatorios. Veinte veces me había disculpado ante aquellos hombres uniformados por romper su clausura, otras tantas había mentido y dicho que habían encontrado un vehículo propiedad del monasterio y que el padre abad, que presuntamente lo conducía, había desaparecido. Y todo, ¿para qué? No había cosechado ningún éxito. Estaba cansada y alicaída; me hallaba tan lejos del conocimiento de los hechos como cuando había llegado y, además, estaba hambrienta. No pienso bien con un hueco en el estómago y, desde aquellos magníficos buñuelos con Gabriel Uranga, no había probado bocado.

No me quejaba de los hombres ataviados con aquel sencillo hábito marrón: habían cooperado de buena gana con la instrucción de la causa. Simplemente, era poco lo que podían referir: el abad no había acudido a vísperas ni a ninguno de los demás actos de culto a lo largo de la jornada; tampoco al desayuno ni al estudio en la biblioteca. La última vez que alguna persona del monasterio había advertido su presencia había sido en la cena del jueves. Ninguno de los monjes ni de los miembros del personal de servicio le habían visto después. Aquella actitud no indicaba a priori que existieran problemas graves. Aunque al padre abad no le placía abandonar la clausura y trataba de evitarlo siempre que podía, su cargo le obligaba a visitar otras abadías o a cumplir con la cortesía propia de la vida cenobítica. Habitualmente, los monjes corrientes no eran informados de sus salidas, ni recibían explicaciones acerca de sus ausencias. Por ello, algunos

hermanos se habían limitado a constatar su partida.

Cuando el último novicio abandonó la estancia, por fin me quedé sola en aquella magnífica biblioteca con marcado sabor tomista, a media luz. Aproveché el entreacto para levantarme, estirar las piernas y desentumecer el cuello. Mientras esperaba la llegada del siguiente hermano benedictino, tomé un volumen de la abigarrada biblioteca. Cogí uno al azar, toda la habitación estaba llena de ellos, muchos eran antiguos; otros, los menos, de factura reciente. El texto, de enormes dimensiones en comparación con lo que en la actualidad nos tienen acostumbrados los editores y libreros, estaba bellamente encuadernado con lomos de piel oscura, cuyo color realzaba a más las letras pintadas y los hilos dorados. Solté las cintas de cuero que unían las dos tapas y me topé con aquella contundente letra gótica latina y sus historiadas iniciales. Me fijé enseguida en que el texto estaba impoluto, ni una brizna de polvo. Sólo un pequeño rasguño en la parte inferior de la portada, que había sido reparado por manos expertas. Aquella biblioteca era, sin duda, un lugar de estudio empleado con frecuencia.

Hojeé el libro durante unos segundos. El pergamino antiguo, de un beige dorado por el paso del tiempo; los grabados xilográficos al principio de cada capítulo; la censura manuscrita de la Inquisición en el verso de la portada; aquella biblioteca en profundo silencio. Por un momento, sólo por un breve instante, sentí envidia de la vida del medioevo que imitaban aquellos frailes. Una vida sin prisas ni carreras, con tiempo para la lectura y el arte, la poesía y la contemplación. ¡Qué distinta de mi situación y de la de tantos que, como yo, se someten al régimen del salario, la familia y las relaciones sociales!

Y como los sueños, sueños son, y envidiar lo inalcanzable sólo conduce al desánimo y al malhumor, trate de pensar en otra cosa, leyendo aquel libro. Llevaba por título *De institutione feminae christianae*; autor, Luis Vives. Releí sorprendida el título. En mi ignorancia, habría supuesto que en 1520, año en que la obra estaba fechada, nadie se ocuparía de la instrucción de las mujeres. Estaba equivocada. El texto estaba escrito en latín. Desde el bachillerato, no he cultivado especialmente esta lengua, pero entonces fui lo suficientemente aplicada para poder apreciar el índice. El *Liber primus* hablaba de la educación de la niñas cuando aún no hablaban, de la virginidad, de los adornos y las virtudes. Y de los escritores cuya lectura debía rechazar una mujer honesta. Me



picó la curiosidad y busqué la sección. *Qui non legendi scriptores, qui legendi*, era un discurso de poco más de ocho folios. Sonreí mientras intentaba traducirlo con mis exiguos medios: en realidad, reflexioné, el maestro Vives hablaba de las telenovelas de la época (entonces escritos de guerras y enamoramientos en lengua romance) y de las «cancioncillas» que las acompañaban, mostrándose poco partidario de su lectura, tanto por caballeros como por damas.

Me hallaba en estas diatribas, con el libro entre las manos, tratando de traducir su contenido, cuando el maestro y superior de novicios, padre Francisco, emergió silenciosamente de la nada. Aquel hombre parecía arrastrarse por el espacio sin tocar siquiera el suelo. El corazón me dio un vuelco cuando sentí su voz en mi cogote:

—Señoría, creo que ha entrevistado usted a todos los hermanos hábiles — dijo—. Si sus pesquisas han terminado, tendré mucho gusto en acompañarla a la salida. Se acerca la hora de la cena y debemos recogerlos.

Como creo haber comentado, tras un leve tira y afloja, el padre rector y yo, de común acuerdo, decidimos eximir de la entrevista a tres hermanos, enfermos crónicos, que no habían salido de sus celdas los días de autos. Supuse que el padre Francisco hacía referencia a ese punto al mencionar a los «hermanos hábiles», sin embargo, sus datos no cuadraban con los míos.

—¿Está seguro de lo que dice, padre? ¿Ha contado usted bien? Creo que aún me falta hablar con algún miembro de su comunidad.

—Estoy completamente seguro, señoría. Los hermanos hábiles le han contado todo lo que saben, que, como habrá podido apreciar, es bien poco.

Me preocupé de inmediato. La mayoría de los frailes entrevistados habían hecho referencia a un nimio altercado acaecido la madrugada del viernes en el corredor donde vierten sus celdas. Según me habían contado, el fraile sacristán —un tal Chocarro— había gritado y corrido por los pasillos antes del rezo de vísperas. ¡Correr sin moderación, gritar...! La primera vez que escuché ese comentario, hube de hacer ímprobos esfuerzos para no reírme y escandalizar al pobre aprendiz de fraile. Pero cuando aquel testimonio comenzó a reiterarse, cuando, casi sin excepción, todos ellos contaban la misma historia, dejé de considerarlo como una divertida anécdota, y me lo tomé muy en serio. Comprendí que cualquier cambio en la rutina, que seguían voluntaria y milimétricamente una estricta regla de silencio y trabajo, podía resultar

extraordinaria. Sin embargo, el hermano Chocarro no estaba en la lista de frailes que me habían visitado, de manera que me encaré con el maestro de novicios, que seguía ante mí impertérrito, sin color ni forma, casi sin cuerpo:

—Creo que no he terminado aún, padre Francisco. Le pido de nuevo disculpas por obligarles a cambiar su horario, pero una desaparición está por encima de que ustedes tomen su alimento a tiempo. Debo continuar con mis pesquisas...

—Perdone, pero no comprendo qué quiere decir.

—¿Está usted seguro de que no me comprende?

—Completamente, señoría.

—Bien, se lo explico de inmediato: hay alguien con quien me gustaría hablar que no ha pasado por esta preciosa biblioteca —respondí enojada y cortante.

—Disculpe que le lleve la contraria, señoría: ha hablado usted con todos los hermanos y padres que no están forzosamente retenidos.

—Me parece que se equivoca. No he entrevistado aún al hermano sacristán, un tal Chocarro —dije mirando mis notas, aunque recordaba perfectamente el apellido.

—¡Ah, el problema es el hermano sacristán! Entiendo... Verá, creo que ha habido un malentendido. En realidad, ambos tenemos razón. Usted la tiene, porque es cierto que no se ha entrevistado con él; yo también, porque pertenece al grupo de los no hábiles, hermanos que, según el acuerdo a que llegó usted con el padre rector, no entrevistaría.

—¿Dice usted que está recluso en su celda? —pregunté, enfatizando la idea de la reclusión—. ¿Qué enfermedad padece, si puede saberse? Si es grave, yo misma me desplazaré hasta su dormitorio para evitarle molestias.

—No está enfermo, señoría, pero está recluso.

—¿No está enfermo? Disculpe mi torpeza, pero no lo comprendo. Yo pensé que la razón por la que algunos hermanos no podían venir a hablar conmigo era que la enfermedad les obligaba a permanecer en cama... Además, el padre rector me aseguró que ninguno de ellos había abandonado su aposento el día de autos. Pero yo sé, y usted también sabe, que el hermano Chocarro estuvo en los pasillos superiores de la clausura la madrugada de la desaparición de su abad. ¿Quiere, por favor, padre Francisco, explicarme con claridad qué demonios pasa? —protesté nuevamente, sin preocuparme por el lenguaje empleado.

—Tiene usted razón en sus conjeturas. Los padres que no ha entrevistado están muy enfermos y desde hace varias jornadas no salen de sus celdas. Reciben allí incluso la sagrada comunión y el alimento. Pero el caso del hermano Chocarro es otro. Nuestro sacristán ha sido excomulgado.

—¿Qué ha sido qué?

—Excomulgado, señoría. Ha sido castigado severamente y no puede recibir la sagrada comunión, ni hace vida de comunidad junto al resto de los hermanos. Recibe el alimento en un lugar aparte y...

—No siga, por favor, es suficiente —mi voz sonó gélida y cortante, respondiendo fielmente a mi estado de ánimo—. En cinco minutos le quiero en mi presencia. ¿Me ha entendido bien, padre Francisco? Cinco minutos, ni un solo segundo más.

—He comprendido —dijo.

Pero yo seguí insistiendo, estaba demasiado enfadada.

—En caso de que las cosas no se hagan como ordeno, usted y su querido rector serán inmediatamente acusados de desacato y llevados a comisaría. ¡Ningún hábito hará que me tiemble la mano! —bramé.

No dijo nada. Se dio la vuelta y desapareció por donde había venido. Metí a la fuerza el antiguo libro en su posición original y conduje mi enfado hasta el gran ventanal acristalado. Rumiando mi rabia, me dediqué a observar el patio donde se volcaba la fachada interior del edificio. Estaba vacío; el pequeño pozo central estaba rodeado por plantas de colores, sembradas en macetas de barro de distintos tamaños. Desde aquella altura creí distinguir hortensias rosas, tomillo y geranios colgantes de color blanco.

Alguien tosió suavemente a mi espalda. Supongo que no se le ocurrió otra cosa para llamar mi atención, desconocía mi nombre o, si alguien le había hecho partícipe del mismo, no nos habían presentado. Me di la vuelta de inmediato y me topé de frente con el hermano sacristán. Estaba a escasos pasos de mí, expectante, intimidado por la situación en que se encontraba. De estatura prócer y fornido cuerpo, su entrada no debería haberme pasado desapercibida. Sin embargo, el hermano Chocarro irrumpió tan tímidamente en la escena que ni siquiera percibí el roce de sus sandalias en el embaldosado.

Cuando me giré levantó la vista. Al sentirse observado, no pudo evitar que se le colorearan las mejillas. He de reconocer que le observé detallada y

descaradamente, mientras respondía a mis preguntas; necesitaba calibrar al testigo, quizás al asesino. Sus hirsutos cabellos casi habían perdido su tono pajizo; no obstante, calculé que no pasaría de los cincuenta. Pero eran sus ojos color miel los que proporcionaban la medida de su espíritu: eran francos y juveniles. Dotados de un brillo de inocencia que, hasta ese momento, únicamente había visto en los niños, invitaban a la sinceridad y a la confianza.

Sentí un alivio pueril al encontrarme frente a frente con Fermín Chocarro y comprobar que exhibía esa cándida mirada. No sabría explicar el motivo, pero me había labrado la falsa idea de que iba a entrevistarme con un monje de mirada inquisitiva y manos asesinas. Quizá por haber escuchado la palabra *excomuni3n*, término que, a los oídos de una profana como yo, sonaba a un descenso a los infiernos. En mi ignorancia, suponía que sólo podían recibir un castigo de esa naturaleza quienes hubieran violado terriblemente la ley de Dios, por ejemplo, profanando alg3n rito sagrado, extendiendo herejías, o, sin ir más lejos, asesinando al abad del monasterio y al ordinario de la diócesis. Más tarde, el mismo hermano Chocarro me sacó de mi error. Por él me enteré de que, en el seno de la clausura, el calibre de las faltas susceptibles de excomuni3n era mucho más pequeño del que yo había supuesto; no tratábamos, pues, con caza mayor, sino con pequeñas piezas, de esas que alegrarían el día al bueno de Andrés, el furtivo de Mendigorría y, a *Ambrosio*, su simpático hur3n.

Decidida, le tendí la mano. Él se adelantó con rapidez y extendió hacia mí su impresionante palma. Al completar el saludo, volvió a guardarla entre los pliegues de su hábito. Aunque el físico le confería el aspecto típico de un monje goloso y bonach3n, tuve ocasi3n de comprobar que cargaba con su corpulento cuerpo de metro noventa con bastante agilidad, probablemente debido al trabajo físico que realizaban todos los monjes, sin excepci3n.

—Hermano Chocarro, permítame presentarme: soy la juez Dolores MacHor. Le agradezco mucho que me dedique algo de su tiempo, espero que no sea mucho. Antes de nada, le ruego disculpe mi injerencia en su reclusi3n, pero el asunto que tengo entre manos no puede esperar mucho.

—Si puedo ser de utilidad, seńoría... —contestó con voz tenue.

—Espero que, en efecto, la informaci3n que pueda proporcionarme me ayude —contesté—. Veo que no le extraña demasiado verme aquí. ¿Puedo deducir que el padre rector le ha informado del motivo de mi presencia?

—Deduce usted acertadamente, señoría. El padre rector acaba de informarme de su llegada y propósito —aclaró humildemente, sin perder el carmín del rostro.

—Bien, hermano Chocarro, ¿qué es lo que su superior le ha contado exactamente?

Creo que no esperaba esa pregunta. Trató de balbucir una respuesta, pero sólo consiguió pronunciar excusas y más excusas.

—En fin... Lo siento. No sabía que me interrogaría así... —Su fornido cuerpo de oso, más corpulento que grueso, comenzó a temblar.

Me fijé en que miraba hacia arriba. Levanté la vista lo suficiente para darme cuenta de que por una de las muchas ventanas del edificio que daba al patio, dos figuras nos observaban.

—¿Qué le han dicho?

—Perdone señoría, pero no puedo contestar... Únicamente soy un siervo que trata de hacer lo correcto.

—Hermano Chocarro, escúcheme bien: yo sirvo a la ley civil y usted está sometido a la eclesiástica. Sin embargo, creo que estará de acuerdo conmigo en que ambas jurisdicciones se deben a la causa de la justicia.

—Sí, señoría, así es. Toda justicia, también la civil, tiene su raíz en Cristo, camino, verdad y vida.

La mayoría de mis colegas, yo misma, habría negado con vehemencia ese principio que impedía la definición de una justicia exclusivamente mundana, laica, sin referente alguno en la religión. Pero, oyendo al fraile, en aquel momento la afirmación sonaba verosímil. Habría necesitado más tiempo para pensar en aquello. Como no lo tenía, proseguí.

—Si es como usted indica, hermano Chocarro, debe ayudarme. Esa ley de silencio, impuesta por sus costumbres, atenta contra la esencia de la justicia. Una persona, quicio en el que reside toda la dignidad de las normas sociales, ha desaparecido. Usted dispone de información que permitiría localizarle, o al menos facilitaría su búsqueda y, no obstante, la retiene. ¿Juzga usted que su regla es justa con la persona de su abad?

Noté enseguida cómo su alma se debatía. Me mantuve al margen, en silencio, plegada sobre mí misma, intentando no interferir en su espacio. Estaba convencida de que la balanza se inclinaría a mi favor. De pronto, levantó la vista decidido y contestó:

—No es la santa regla la que me obliga a callar, señoría, sino mis superiores, a quienes debo obediencia. He formulado un voto en ese sentido y no debo violarlo.

—¿Debe? —repliqué enfadada, viendo cómo perdía aquella batalla—. ¿Está seguro de que ése es su principal deber?

—No, señoría, no lo estoy, pero como enseñan todos los padres de la Iglesia, desde Tomás de Aquino, al obedecer, el fraile jamás se equivoca.

—Obedecieron los soldados a Herodes, mientras pasaban a cuchillo a los pequeños inocentes —objeté, jugando sucio.

Fue lo primero que se me ocurrió. Sin embargo, para mi sorpresa, Chocarro interpretó mi réplica en un sentido diferente a mi intención original.

—Me han excomulgado...

—Lo sé, padre Chocarro. ¿Puedo preguntarle qué falta ha cometido o quizá mi pregunta sería del todo impropia?

El fraile caminó hacia la ventana y, desde su posición, miró inerte a sus superiores.

—En realidad, señoría, no creo haber cometido ninguna falta que merezca tal castigo. Pero la santa regla es tajante: discutir las decisiones de un superior, o hacerlo tozudamente como ha sido mi caso, requiere de una severa corrección.

—¿Discutió con el abad, hermano Chocarro? —pregunté, lanzando a ciegas el dardo.

—¿Con el padre abad?, ¡No! Con él no se discute. Es un santo, al que todos apreciamos y honramos. Por supuesto, lo hacemos porque es el abad, pero, sobre todo, porque es un hombre de Dios.

—Entonces, ¿fue con el rector?

—Así es, con el rector.

—Y él le obliga a guardar en secreto los motivos de tal disputa.

Un denso silencio se inmiscuyó entre nosotros. Alguna nube debió tapar el sol, porque la oscuridad nos envolvió. De ella salió su potente voz:

—¿Ha muerto, no es así?

—¿Cómo dice? —exclamé, sorprendida del inesperado giro que tomaba aquella conversación.

—Hace algunas horas, en mi celda, mientras rezaba por su bienestar, lo presentí. Una intensa congoja invadió mi alma, luego un dolor agudo y,

finalmente, una dulce tristeza, la propia de la pérdida —me aclaró—. Sé, con certeza, que goza de la dicha del Señor, aunque nosotros le hayamos perdido.

Yo escuchaba extasiada a aquel monje con maneras de brujo. Pensé que si el reloj se hubiera atrasado algunos siglos, sus palabras podrían haberle conducido a la hoguera. La adivinación —tan propia de la historia del pueblo judío, desde José, el intérprete de los sueños del faraón de Egipto— era para los católicos motivo de desprestigio. Chocarro me miró con sus cándidos ojos color miel, esperando una respuesta. No pude mentirle.

—Así es, hermano Chocarro. Pello Urrutia, abad de San Salvador de Leyre, ha muerto.

—¿Mártir? —Formuló la cuestión con la misma sencillez con que me habría preguntado la hora.

Volví a quedarme callada; aquel fraile me desconcertaba.

—No podría decírselo. Supongo que mártir es quien da su vida por causa de su fe. Sólo puedo decirle que su abad no ha fallecido por causas naturales. En estos momentos, se le está practicando la autopsia. No conoceremos los detalles hasta pasadas unas horas —confesé, advirtiéndole a continuación—: Como podrá comprender, la información que acabo de trasmitirle no ha de salir de estas paredes.

—¿No se lo ha comunicado al rector, señoría?

—No, hermano. Hay detalles en la instrucción que no están muy claros. Además, ha de tener en cuenta que el abad rara vez abandonaba el monasterio. Por ello, es posible que alguno de ustedes, me refiero a los monjes, tenga relación con el caso.

—Comprendo perfectamente lo que dice, señoría —comentó, sonriendo.

—¿Le hace gracia, hermano Chocarro? ¡Esto es muy serio! —Me había molestado mucho su media sonrisa. Borró de un plumazo el antiguo encanto del hermano bonachón.

—Sí, señoría, estaba pensando en las curiosas formas que Dios emplea para dar la vuelta a nuestras calculadas estrategias.

—No le entiendo, hermano, pero tengo prisa. Necesito que me explique el motivo de sus carreras por el pasillo antes de vísperas. Necesito saber qué relación tiene con su excomuniación, si es que guarda alguna.

Me miró extrañado. Pese a que estaba más tranquilo que en los primeros

minutos de nuestra conversación, tuve la sensación de que un profundo cansancio se adueñaba de él, haciéndole envejecer súbitamente.

—¡Ah, la excomunión...! —contestó con voz desafecta.

Me resultó evidente que tenía algo más que contar, algo que yo debería sacarle con habilidad y cuidado. No se me escapaba que cuando me marchara de allí, él seguiría bajo la autoridad de aquellos dos curas que le miraban semiocultos tras una ventana cercana. Sin embargo, los dos cadáveres que acababa de levantar me animaban a apostar fuerte y eso fue lo que hice: volver a la carga.

—Hermano Chocarro, como le decía anteriormente, sé que no puedo afirmar que vengo aquí en nombre de Dios. Sólo represento a una instancia humana, civil. Pero la justicia, como usted ha señalado, tiene algo de divino. No lo sabría citar con exactitud, pero creo recordar que se dice de Dios que es infinitamente justo y que a Él no le satisface la mentira sino la verdad. Yo estoy tratando de poner algo de luz en este asunto, que no implica otra cosa que quitar los obstáculos para que la verdad florezca. Creo que en ese punto, ambos estamos en sintonía. Por ese motivo, le pido que sea usted un buen fraile y un buen ciudadano. ¡Ayúdeme, debo encontrar la verdad! Temo que, de no dar con ella, puedan producirse males de los que luego habremos de arrepentimos. Sé, hermano Chocarro, que quiere decirme algo...

Me fijé en que estiró los hombros varias veces y que su voluminosa cabeza se movió en señal de asentimiento, pero aun así, permaneció callado.

—No quisiera que me interpretara mal —dije pausadamente—. Sé que ellos son sus superiores y yo no. Pero hay veces en la vida en que uno ha de hacer lo correcto, aun violando las reglas establecidas desde antiguo. ¿No lo cree, hermano Chocarro? Lo correcto, no lo que otros esperan que hagamos.

—Sí, en eso tiene razón, señorita... Mucha razón. —El hermano Chocarro recuperó de inmediato su locuacidad. Su voz sonaba veraz, sin sombra de duda—. Lo correcto en este caso es que yo le cuente lo que sé, aunque lo tenga prohibido.

No quise preguntar quién se lo había prohibido. Lo suponía, casi lo sabía. Miré al techo, como pidiendo a los ángeles que le animaran a continuar hasta el final.

—Yo no soy mejor que ellos, ¿sabe? No se trata de eso. Yo, en realidad, no



soy nadie y eso no me inquieta en absoluto. Soy un simple sacristán, que sólo entiende de cirios, pan de ángel y vino dulce.

—Uno de sus compañeros de claustro me ha dicho que es usted un genio en el campo de las matemáticas.

—¡Ah, sí! Eso no se lo niego; en esa faceta soy un virtuoso, pero las matemáticas aquí no cuentan. Mis queridos números quedaron fuera cuando profesé en la orden. Ahora soy el sacristán. Un mal sacristán.

Se le quebró la voz, como se quiebra un vaso de fino cristal, de una vez y por completo. Pregunté ingenuamente:

—¿Por qué dice que es un mal sacristán, hermano?

No pudo contestar. Y yo, ante aquel gran hombre que empezaba a sollozar amargamente, me quedé sin palabras. En una situación normal, quizás hubiera sido acertado que me aproximara hasta él, mostrándole mi solidaridad con un pequeño roce en el brazo, o una palmada en la espalda. Pero aquélla no era una situación razonable, ni siquiera lógica. Yo desconocía qué motivaba aquella explosión de angustia y lágrimas. Quizá se trataba de algún asunto espiritual, en el que ni podía ni deseaba entrar; pero tal vez reflejaba algo más hondo que tuviera que ver con mi caso. Era incluso probable que esas lágrimas encerraran una implícita confesión de culpabilidad y que el rector y el maestro de novicios no intentaran otra cosa que proteger a uno de los suyos.

Desconozco los motivos, pero en mi fuero interno no otorgué credibilidad a la hipótesis del oso asesino. Chocarro parecía un hombre de temple y, aunque su fortaleza física cuadraba a la perfección con las características de nuestro asesino, me resistí a creerlo. Pese a todo, sin apiadarme de sus lágrimas, insistí:

—Hermano Chocarro, ¿por qué dice que es un mal sacristán?

—Porque lo soy —contestó reticente.

—¿Me deja a mí que lo juzgue? ¿Por qué, hermano Chocarro, por qué?

Estalló.

—¡Juzgue usted si quiere! ¿Es que un buen sirviente perdería a su Señor? ¿Es que un buen esclavo no iría en su busca?

—El abad es un hombre adulto, que toma sus propias decisiones... —repliqué.

—¡No hablo del abad, me refiero al Señor!

No lo comprendí. ¡Qué torpe fui! Sin embargo, no esperaba nada parecido, y

desprecié los razonamientos que mi mente me chillaba.

—Hermano Chocarro, ¿quién es *su señor*? Por favor, necesito que me lo aclare, porque no logro comprenderlo.

Levantó la voz, perdiendo el temple anterior:

—¿Pero cree usted, señoría, que yo habría dejado mis queridas ecuaciones diferenciales, mis elegantísimos modelos de simulación y mi teoría de juegos por un abad, o por un rector o por hombre alguno? Yo estoy aquí por Él. ¡Y ha sido robado ante mis propias narices!

—¡Robado! Sigo sin comprenderle, hermano. ¿Me está usted queriendo decir que ha habido una profanación?

—Así es, una terrible profanación. Cuando fui a preparar la iglesia para el oficio de vigiliat, el Señor no estaba; había desaparecido. El sagrario permanecía abierto, vacío. Fui en busca del abad, pero él tampoco estaba en su celda ni en ninguna de las otras estancias del monasterio.

Una ola de pura rabia se apoderó de mí. Fue como un tsunami gigante que arrasó a su paso toda mi buena educación. Quise salir de inmediato, correr hasta la habitación donde aquella pareja de cucarachas marrones se escondía y retorcerles el cuello. ¡Obstrucción a la justicia! Me daba igual que vistieran hábito o pantalones, o que de sus cuellos colgaran enormes cruces. Aquello era obstrucción. Sólo la cara de aquel fraile me contuvo.

—¿Eso es lo que sus superiores le prohibieron decir? ¿Le exigieron expresamente que no lo contara?

Cuando me respondía, había recuperado la calma y sus palabras volvían a verter paz en el ambiente:

—No fue por mala voluntad, no crea, señoría. Es que piensan como hombres, cuando debieran emplear la lógica de Dios. Creen que este asunto debe permanecer velado, porque de divulgarse la noticia, es posible que el monasterio salga malparado. Creen que el abad se ha vuelto loco y se ha llevado consigo al Santísimo Sacramento.

¡Ya lo comprendía! Ellos no estaban pensando en el abad como víctima, sino como culpable. Miré hacia la ventana y fruncí el ceño.

—Pero usted no lo cree.

—No —afirmó, tajante—. Yo no creo que el abad esté loco, ni tampoco que en este caso se haya hecho lo correcto.

—¿Y qué hubiera sido lo correcto, hermano? —pregunté, interesada.

—Pienso que lo correcto hubiera sido poner todo lo que estaba en nuestra mano para encontrar al Señor y a su servidor, nuestro querido abad. Lo que digan los demás, lo que diga la cortesía o la política, poca importancia tiene ante hechos de tal gravedad. ¿No lo cree usted así?

—Coincido con usted, hermano.

—Señoría, sé que usted quiere decirme algo, pero no se atreve. No tema, Dios me ayudará a entenderlo. —Dio un paso hacia delante y, tratando de convencerme, dijo—: Hay algo más... Alguien más, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿También está... muerto?

—Lo está —dije llanamente.

—¡Dios le tenga en su gloria! —confesó, santiguándose—. Estoy seguro de que, sea quien sea, allí es donde está. Con la misericordia de Dios y su fiel servicio, se ganó un buen puesto en el cielo.

—¿Fiel servicio? ¡Hermano, es usted ahora el que calla algo!

El fraile vaciló al escuchar mi afirmación y permaneció en silencio.

—¡Hermano Chocarro! —insistí.

Se hacía tarde.

Me sonrió moviendo los hombros en señal de rendición.

—Yo no sé nada, señoría; no he abandonado estos muros desde que falleció mi tía Enriqueta, el año 2003. Lo que ocurre es que sueño cosas. Cosas que, más tarde, el tiempo convierte en hechos. El mismo día en que sentí la muerte del abad, soñé con una ermita: era pequeña y luminosa. En medio de su nave, había una camisa negra rasgada de arriba abajo y, sobre ella, una gran cruz plateada. El personaje de mi sueño era, sin duda, un eclesiástico principal.

—El arzobispo Cañarte —confesé, sin saber por qué le desvelaba detalles de la investigación a aquel corpulento sacristán.

—¿Quién mató al arzobispo? Porque seguro que no ha sido un accidente. ¿De veras le han asesinado? ¿Quién? ¡No es posible!

—Lo es y, por eso, necesito su ayuda. Creo que cuando encontremos al asesino del abad y del arzobispo, sabremos algo más del paradero de su... Señor.

—¿Piensa que ambas cosas están unidas? ¡Yo también formulé la misma hipótesis ayer! De hecho, fue lo primero que pensé aquel día: que el abad y mi

Señor estaban juntos.

—¿Y por qué tuvo ese convencimiento? ¿Hubo algún indicio que apuntara esa línea?

—No, fue sólo una corazonada, otra más, pero muy profunda, no sé si me explico, una de ésas que te sale de lo más recóndito del alma. Aquel olor...

—¿Qué olor?

—En el templo olía a colonia...

—¿Cómo era ese perfume? —pregunté excitada.

—Era un perfume fuerte y denso, con esencia de tabaco...

Las cosas encajaban, pero no se aclaraban en absoluto.

—¿Podría usted reconocer ese perfume si volviera a olerlo?

—Por supuesto —contestó categórico.

—Hermano Chocarro, ¿me promete que no ha abandonado usted el monasterio en los últimos días?

—No, señorita, no lo he abandonado.

—¿Sabe si alguno de sus hermanos lo ha hecho?

—No podría decirle, estoy excomulgado, no he vivido la vida de la comunidad.

—De acuerdo, hermano, voy en busca del rector. Descanse un poco, luego repasaremos la noche de autos detenidamente, paso por paso. Y no se preocupe por sus superiores, de ésos me encargo yo.

No quisiera reproducir aquí las palabras que empleé. Algunas expresiones fueron demasiado duras, demasiado gruesas. Ellos no parecieron sorprenderse en exceso. De hecho, se mantuvieron más tranquilos de lo que hubiera sido razonable. Una juez les estaba acusando formalmente de encubrimiento, delito tipificado en el artículo 451 del Código Penal, amén de otro delito de coacción a un testigo, y ellos estaban allí con el ánimo impoluto y la sonrisa dispuesta.

«Lo habían previsto —recuerdo que pensé—. Estaban siguiendo una estrategia. Optaron por hacer callar a Chocarro, pero estaban dispuestos a cooperar si éste se hundía y contaba lo que sabía». ¡Dios mío, se supone que estos tipos son profesionales de la verdad! ¡Se supone que son cándidos como palomas!

—... Si no quieren aparecer en todos los periódicos, señores, aténganse a lo

que les he dicho: dejen en paz a ese pobre fraile. ¡Bastante disgusto tiene con haber perdido... lo que ha perdido!

—Como desee, señoría —contestó el rector mientras el maestro de novicios asentía con la cabeza.

—Muy bien; ahora olviden por un momento que soy mujer, olvídense de la clausura, borren de su mente la cena, las vísperas y todo lo demás, y llévenme a la celda del abad. Quiero conocer los hechos al detalle. Chocarro me enseñará el templo, únicamente Chocarro.

—Lo haremos, señoría, pero estoy seguro de que en el templo no encontrará nada anormal —contestó el rector—. Simplemente, vaciaron el sagrario. Ha sido un robo blasfemo, como otros tantos. El copón estaba fabricado en oro y piedras, entre ellas un brillante de considerable valor. Quizá fuésemos descuidados en su custodia. Algún ladrón entró y se lo llevó, seguro que con ánimo de venderlo a un coleccionista.

—Yo decidiré eso. De momento, rector, no quiero que nadie salga de este monasterio, para nada. Y necesito la lista de quienes lo hayan abandonado en los últimos días. ¡De inmediato!

—¡Señoría! —protestó el padre Ignacio.

Me harté.

—¡Ni señoría ni nada, hará lo que le digo!

—¡Señoría, se está usted extralimitando! —se envalentonó.

—De acuerdo, rector, pongamos las cartas sobre la mesa. Es posible que su querido abad se encuentre en estos momentos en un gravísimo peligro. Como le dije, hay restos de sangre en el asiento delantero del vehículo —no iba a mentirle, pero tampoco estaba obligada a revelar toda la verdad—, y de los alrededores se ha visto salir a toda velocidad a una persona vestida con hábito benedictino. ¿Me comprende ahora, padre Ignacio?

La expresión soberbia de su rostro se transformó en una mueca de dolor; sus bellísimos ojos se llenaron de lágrimas. No fue ése el único cambio en su rostro. Le invadió una extraña zozobra, que desencajó su semblante. Supe enseguida que terribles remordimientos arañaban su conciencia.

## V

La tarde se extinguía deprisa y, con ella, la alegría de la luz estival. Hacía tiempo que mi estómago, sacado de horarios, exigía algún alimento y lanzaba al aire rugidos espasmódicos. Acababa de terminar la inspección ocular de la celda del abad, sin encontrar nada extraño. Estaba ordenada y limpia, quizá demasiado ordenada y demasiado limpia. Dejé allí a los de la policía científica haciendo su trabajo, enfundados en sus guantes de frío látex, aunque tanto ellos como yo sabíamos que la estancia había sido retocada. Todavía un fuerte olor a lejía pendía de las paredes. Esa profunda limpieza no tenía por qué significar nada en sí misma. Muchas personas limpian a conciencia cuando esperan visitas, sin que por ello se pueda pensar que han cometido o participado en algún hecho delictivo.

Durante el registro, Chocarro esperó discretamente en el dintel de la puerta, sin mostrar síntomas de impaciencia, pese a que su cara denotara agotamiento y su corpachón se encorvara torpemente hacia delante, como una planta falta de agua. Aunque mantenía el tipo, yo estaba tan cansada como él, de modo que decidí postergar la visita al templo hasta el día siguiente. Aún debía de personarme en el palacio arzobispal. Había dado órdenes expresas de precintar las estancias privadas y el despacho del arzobispo Cañarte, pero no confiaba mucho en la eficacia de tal medida. Por si eso fuera poco, debía entrevistar de nuevo al secretario Andueza. Más calmado, podría ofrecerme muchos de los datos que necesitaba. Él debía de saber algo: probablemente no tuviera en su haber todos los porqués, pero sí muchos; no en vano, había conducido al arzobispo hasta la antesala de la muerte.

Abandonaría el monasterio, convocaría a Andueza por teléfono en el arzobispado, echaría un vistazo a lo que allí hubiera y luego me iría a casa: era

demasiado para una sola jornada.

Mientras regresaba a Pamplona, pensé que sería bueno invitar a Uranga a cenar y así discutir con él los detalles del caso. Su mujer y mi marido protestarían, pero acabarían hablando de arquitectura moderna, tema que fascinaba a ambos, aunque uno fuera médico y, otra, profesora de historia del arte. Quizá Ramiro hubiera concluido la autopsia y me ofrecería pistas concluyentes.

Pensar en esa cena me animó; Uranga podría ayudarme, pues seguía convencida de que el caso me venía grande. Por cualquiera de los ángulos por los que lo miraba, presentaba un frustrante aspecto: dos muertos, un sagrario profanado, los cuerpos de los monjes mutilados, un rescate sin recoger... Y, por si eso fuera poco, cabía la posibilidad, aún no corroborada por pruebas fidedignas, de que el asesino tuviera algo que ver con el pacífico cenobio benedictino. De una u otra manera, alguien *de dentro* de Leyre podía estar implicado pero ¿quién? Y, sobre todo, ¿por qué? ¿Qué motivos inducirían a matar a dos eclesiásticos de postín? El robo de una copa de oro, por muy valiosa que fuera, no podía explicarlo.

Me envolvió un terrible sopor. No hice ningún esfuerzo por dominarlo. Supongo que el chófer se extrañaría de mis ronquidos de carretero, pero no me importó. Mientras la oscuridad arañaba al día, descansé pensando en los hábitos rasgados y en la ira que aquel signo parecía esconder.

Su tercera llamada consiguió rescatarme del sueño. Estaba incubando dulces deseos, perdida entre las simas del inconsciente, cuando un esquivo reclamo me distrajo. Al principio, el sonido traspasó suavemente mi letargo, hice oídos sordos y continué acariciando mis recuerdos. Pero, enseguida, la voz se enseñoreó de mi mente y comenzó a perseguirme, hasta devorar la paz de mi apacible exilio. Cuando desperté, Heliodoro me zarandeaba sin contemplaciones.

—Señoría, hemos llegado.

—Ya lo veo —contesté.

Heliodoro debió de convencerse de que, en realidad, yo no veía nada, porque insistió:

—Estamos en la puerta del palacio arzobispal, señoría. Me ha parecido que estaba usted traspuesta y me he visto en la obligación de... En fin...

—Sí, sí, claro. El palacio arzobispal. ¿Qué hora es? —pregunté, mirando instintivamente hacia arriba.

Ya podían contarse algunas estrellas en el cielo, pero la claridad nos situaba lejos de los bordes de la noche.

—Son casi las ocho, señoría.

—Las ocho. Bien, gracias, Heliodoro. Creo que puede usted marcharse; en la capital, me las arreglaré sola. No sé cuánto tiempo debo permanecer aquí y no quisiera entretenerle más de lo necesario, teniendo en cuenta que es domingo.

—No tengo inconveniente en esperarla lo que haga falta, señoría. Aunque si va a tardar mucho, podría irme y volver. Puedo aguardar tranquilamente en alguno de los bares de la zona, viendo el partido. Llámeme usted al móvil cuando quiera que venga a recogerla y, en cosa de cinco minutos, me tiene usted aquí. ¿Le parece bien?

—Muy bien, así lo haremos. Le llamaré cuando acabe.

Sonreí. A Heliodoro debía de gustarle mucho el fútbol si era capaz de pronunciar voluntariamente una parrafada tan larga.

—Por cierto, Heliodoro, ¿quién juega?

—España, señoría; jugamos contra Tunicia, en Stuttgart. Empieza a las nueve. En principio, es un partido feo.

—Pues nada, ¡que Dios reparta suerte! —contesté.

—Eso espero, señoría. Y ya sabe: estoy a su disposición.

Aún con el sueño rondándome las costillas, atravesé la plaza de Santa María, y entré en el palacio arzobispal por la puerta principal. En las inmediaciones del edificio, se movía un ejército de gente uniformada. En realidad, no se movían; simplemente estaban allí, matando el tiempo, comentando los sucesos o esperando órdenes. Agrupados alrededor de los coches patrulla, hermanados, olvidándose de los habituales problemas entre cuerpos, fumaban cigarrillo tras cigarrillo. Todos me observaron, pero nadie hizo ademán de detenerme. Incluso uno de los policías locales que estaba en la puerta hubo de apartarse para dejarme pasar.

Vagué con total libertad por el vetusto claustro, me fijé en quienes deambulaban por allí, al parecer sin ocupación alguna. Al son de sus conversaciones, me zafé del entontecimiento provocado por el viaje. La dura realidad me esperaba: los cadáveres estaban ya en la morgue, abiertos en canal; y



el asesino que hubiera concebido el plan seguro de ganar por la mano al poder de la justicia.

Cuando me cansé de oír los comentarios que aquellosorros lanzaban al aire, me acerqué a un joven policía uniformado que estaba apoyado en una de las paredes laterales del claustro. Llevaba allí bastante tiempo; yo había notado que me observaba discretamente. Al acercarme, me recibió muy tieso, en posición marcial. Sin preámbulos, le pregunté quién estaba a cargo de la operación. Me contestó, casi a modo de espasmo, que el responsable de aquel despliegue era el agente Galbis, que estaba en aquel momento en el despacho del arzobispo.

—¿Y dónde está exactamente ese despacho, agente? —musité, pensando que en aquel momento el joven policía exigiría que me identificase.

Mi perfil podía corresponder al de una vecina curiosa, una periodista dispuesta a ganar un premio de investigación o, ¿por qué no?, a la misma asesina del arzobispo que venía a regodearse en el crimen o a buscar alguna prueba incriminatoria olvidada. Sin embargo, sin preguntarme nada, me indicó con cortesía la forma de llegar hasta el agente Galbis. Recuerdo que pensé en lo mal que hacíamos las cosas en España; recuerdo también, lo pronto y lo alegremente que rectifiqué.

—Tome aquel ascensor y pulse el botón de la segunda planta. Una vez allí, siga recto; no tiene pérdida.

—Gracias, agente —musité.

—De nada, señoría, ha sido un placer ayudarla. Llámeme si me necesita — me contestó.

¡Me había reconocido desde el principio! ¡Y yo, echando pestes contra los cuerpos de seguridad! Creo que el joven agente leyó mis pensamientos, porque había ironía en su voz cuando añadió:

—Hace rato que la esperan.

Pese a que era viejo y olía agriamente a humedad, cuando apreté el botón, el ascensor me llevó sin contratiempos al vestíbulo de la segunda planta del palacio. Como había dicho el joven agente, el camino hacia las estancias del arzobispo no tenía pérdida; cualquiera que subiera por allí (luego me enteré de que a la otra vía de subida, las escaleras, sólo se podía acceder con una llave) se topaba con el secretario episcopal. Así se evitaba que el arzobispo recibiera sorpresas desagradables.

Seguí el angosto pasillo hasta el siguiente vestíbulo. La luz era mortecina y las plantas artificiales. Desde luego, aquello no parecía el centro de mando de una institución de la que se dice que posee inmenso poder y riqueza; en honor a la verdad, el lugar parecía un colegio de posguerra de segunda categoría. Las cosas no mejoraron al avanzar por el corredor. Como el ascensor, el resto de la planta presentaba un aspecto avejentado, por no decir enmohecido. Supongo que desde las épocas del famoso obispo Olaechea, cuando la guerra civil, nadie había puesto la mano en aquella decoración. Un gran repostero de tela representando escenas de caza en colores de otoño, de moda allá por los años cuarenta, compartía la pared del fondo con un retrato de notable factura de un santo que no supe identificar. Bajo ambos, un precioso bargueño, retocado burdamente por alguna monja sin escrúpulos, sujetaba una lámpara desvencijada adornada con una pantalla de terciopelo, raída como su soporte y muy ladeada. La moqueta era, simplemente, antediluviana.

Hasta que alcancé el despacho del secretario episcopal, no me encontré con nadie. Y cuando por fin topé con algún ser viviente, descubrí (con satisfacción) que cada individuo estaba atento a su respectiva tarea. Reconocí, tanto por sus rostros como por sus utensilios de trabajo, a dos miembros del grupo de policía científica. Al fondo, junto a una gran puerta de doble hoja que daba acceso al despacho del arzobispo, distinguí a Galbis. Hablaba con alguien en voz baja, un hombre de mediana estatura, vestido de paisano. Se inclinaban uno hacia el otro, cobijando con sus cuerpos algunos secretos. El desconocido estaba de espaldas; no obstante, su pose me resultó familiar.

Decidida, me encaminé hacia ellos; no sabía quién era el otro tipo pero yo tenía prisa por acabar aquellas diligencias y, si era posible, también con el maldito caso. ¡Era domingo y quería irme a casa!

—¡Agente Galbis! —levanté la voz, al tiempo que me acercaba.

El aludido levantó la cabeza. Casi al mismo tiempo, su acompañante se volvió lo suficiente para ofrecerme el rostro. Cuál fue mi sorpresa, al descubrir que se trataba del inspector Juan Iturri, del cuerpo de la Interpol.

—¿Iturri? ¡Juan, qué alegría!

Los de la policía científica levantaron la cabeza al oír mi exclamación.

En un acceso de entusiasmo pueril, al ver al inspector Iturri, mi primer impulso fue recibirle con uno de esos sentidos saludos que se reservan para los

amigos de ley de los que, desafortunadamente, te ha separado el tiempo. He de reconocer que, al menos en mi caso, su ausencia me apenaba. Sin embargo, pese a la alegría del reencuentro, las circunstancias aconsejaban mantener las distancias y ambos lo sabíamos. Tengo merecida fama de seria y reservada. En los juzgados, llevando faldas como llevo, esa pose glacial, tan artificial como alejada de mi carácter, me beneficia mucho; por ello la mantengo, contra viento y marea, y la cultivo cuando es menester. Por eso, y pese a nuestra amistad, opté por proceder con Iturri como lo habría hecho con cualquier otro inspector que llevara la investigación de alguno de mis casos. Estoy segura de que Juan se dio cuenta inmediatamente de que me limitaba a mantener las apariencias. Continué entonces empleando la impersonal tercera persona.

—¡Inspector Iturri, no me lo puedo creer! ¿Qué hace usted aquí? ¡Le creíamos capturando delincuentes en la Europa del Éste!

—¡Juez MacHor, por todos los santos! ¿Qué le ha pasado en la cara? ¡Parece haber recibido un rosario de golpes!

Lo cierto es que, horas después de recibir aquel golpe, el dolor seguía acosándome. Aun así, quité hierro al asunto: había cosas más urgentes en las que pensar.

—Es el resultado de un pequeño accidente, nada importante. Es aparatoso, pero no grave.

—En todo caso, es un placer volver a verla, señorita —respondió Iturri, inclinando la cabeza y ofreciéndome su mano.

Cuando le tendí la mía, él la tomó entre sus suaves dedos y la retuvo mientras intercambiábamos las primeras frases. Llegó hasta mi nariz el olor a tabaco de pipa que Iturri siempre llevaba adherido a su piel.

—Sigue usted fumando el mismo tabaco —le dije sonriendo.

Durante unos segundos, me dedicó una cálida mirada. No dijo nada, pero ambos lo recordamos todo. Aquel olor a tabaco de pipa borró de un plumazo las sombras de tanto tiempo de ausencia y nos volvió a situar en aquellos días, tan mágicos como despiadados, que habíamos saboreado juntos. Frunció el ceño, su nariz se irguió coqueta e insinuante y, sacando de uno de sus bolsillos su gastada cachimba, contestó socarrón:

—Veo que el cargo no ha afectado lo más mínimo la eficacia de sus pituitarias, señorita. El mismo tabaco de siempre...

Me fijé en lo bien que le había tratado el tiempo. Su aspecto, cuidado y elegante, ya no correspondía al del concienzudo policía de provincias con el que yo había tratado. Cuando nos conocimos, parecía un paisano pueblerino, escaso de gusto y presupuesto, mientras que, en aquellos momentos, se asemejaba más a un ejecutivo que acabara de aterrizar en Madrid, procedente de algún viaje transoceánico; un tipo de éstos que negocian, sin despeinarse, contratos por millones de dólares. Se había dejado barba. Corta y cuidada, ensanchaba el óvalo de su cara, y hacía que sus ojos resaltaran más de lo habitual. Quien sabe por qué, al enfrentarme inopinadamente a aquellos ojos se me saltaron las lágrimas y me invadió una mezcla de agradecimiento y ternura. Pero supe sobreponerme a tiempo.

—¡Qué casualidad encontrarle aquí, inspector Iturri! No suponíamos (al menos yo no suponía) que se encontraba por estas tierras.

Aunque no lo hice conscientemente, mi frase sonó a reproche. Fue como si le echara en cara no haberme avisado de su llegada. Él tomó el guante de inmediato.

—Mi presencia aquí es larga de explicar, señorita. No obstante, lo tenía previsto; por ello dejé aviso de mi llegada en su móvil. Es posible que todavía no haya visto el mensaje... —sugirió con voz suave.

Juan conocía mis problemas con la telefonía portátil.

—¿En mi móvil? ¡Me lo han robado esta mañana, durante el accidente!

—¡No es posible!

—¡Créaselo, es la pura verdad! —contesté con sonrisa cómplice.

—¡Eso lo explica todo! —exclamó.

Se produjo una pausa, que corté de inmediato.

—¿Y a qué se debe el honor, inspector? ¿Su visita es personal o profesional?

—En ese mensaje que nunca leerá, le contaba que pasaría unos días en Pamplona. Estoy de vacaciones.

—¿Vacaciones? —pregunté extrañada—. ¿Está en Navarra de vacaciones?

—Sí, necesitaba descansar y... ¿dónde mejor que en Pamplona?

Le miré extrañada.

—¿Y qué hace aquí, en el palacio arzobispal? ¡Y no me diga que es una coincidencia fortuita!

—En realidad, señorita, tenía prevista una semana de vacaciones, pero

cuando me preparaba para venir a casa, el arzobispo me telefoneó pidiéndome ayuda. Prometí prestársela, pero, por lo que veo, he llegado demasiado tarde.

—¿Monseñor Cañarte le llamó? —inquirí.

—Así es. Le conocí durante la instrucción de otro caso, hace ya algunos años. Había habido una serie de robos en este edificio. El arzobispo Cañarte pidió la cooperación discreta de la policía y yo fui el encargado de facilitársela. El ladrón resultó ser un chavalillo avisado, hijo de una secretaria que trabajaba en el arzobispado. Salvo el disgusto de la madre, todo quedó en nada. Hice buena amistad con el prelado, amistad que hemos mantenido con el tiempo. Por eso, cuando recibió el macabro paquete, me llamó solicitando mi consejo. Naturalmente, le advertí que se abstuviera de hacer lo que ha hecho...

En la antesala, los de criminología habían dejado de tomar huellas y escuchaban atentos.

—Veo, inspector, que está al corriente de los detalles. Creo que tanto a usted como a mí nos vendría bien comentar despacio esa llamada del arzobispo —sugerí, mirando a Iturri de reojo. Él asintió con la mirada—. Agente Galbis —dije, volviéndome hacia el policía, que tampoco perdía ripio—, ¿ha llegado ya el secretario Andueza?

—Aún no, señoría, pero llamó hace unos minutos diciendo que no tardaría. Algo le entretenía.

—Aprovechemos, pues, el tiempo. ¿Hay algún lugar donde pueda charlar a solas con el inspector Iturri?

—Me temo, señoría, que los de los guantes de látex lo ocupan casi todo: están procesando los despachos del arzobispo y de su secretario, la antesala y la biblioteca. Lo único que está libre en esta planta, porque ellos ya han terminado sus pesquisas, es el oratorio de su eminencia. La entrada se encuentra allí, al fondo, disimulada en aquel panel de madera: es un sitio pequeño y recogido, aunque algo tenebroso, si se me permite juzgar.

—Creo que allí estaremos bien, ¿no lo cree así, inspector Iturri?

—Me parece un sitio excelente, señoría.

—Avíseme cuando llegue Andueza, por favor.

—Como usted ordene, señoría —contestó Galbis cuadrándose.

Le gustaba mostrarse servicial tanto con la palabra como con el gesto.

Tras pasamos aquella disimulada puerta, y quedamos a merced de la

oscuridad. El oratorio tenía una pequeña antesala sin ventanas. Tardamos algunos segundos en encontrar el interruptor. Para ello hubimos de palpar los inmensos paneles de madera, que habían recibido no hacía mucho una generosa capa de cera, cuyo olor y textura quedaron grabados en mi mano. En realidad, nos demoramos tanto porque habían colocado la clavija a demasiada altura, como se hacía antaño, mientras, que nosotros buscábamos a media pared. Cuando por fin conseguimos prender los focos, entramos en la minúscula capilla, cuya decoración iba en sintonía con lo que había visto de aquel edificio, tirando a peor. Mientras en el resto de la planta la limpieza era concienzuda y se notaban el agua y el jabón, cuando no la lejía, allí las flores marchitas, que en algún momento habían alegrado el altar, conferían al oratorio una acentuada dejadez. Cerramos la puerta. Entonces, di a Iturri el abrazo que hubiera querido darle antes, pero que había reprimido en honor a las formalidades administrativas. Él respondió con la misma efusividad.

—¡Juan, qué alegría más grande! ¡Es como si el cielo hubiera escuchado mis oraciones antes de que las hubiera formulado! ¡Nadie mejor que tú para llevar este caso! —Y, sin solución de continuidad, añadí—: ¡Por Dios, estás fenomenal con esa barba y ese traje! Te quitan diez años de encima.

—Tú también estás estupenda, Lola, a pesar del ojo morado y de los puntos en la frente. ¿Te duelen? No tienen muy buen aspecto.

—No me molestan demasiado. Me tomaré un par de aspirinas al llegar a casa.

—¿Cómo están Jaime y los chicos? Alguno ya no es tan niño.

—Todos están bien. Jaime... ¡ya sabes!, como siempre, volcado en su trabajo; los niños, creciendo hasta hacerse hombres. Cuando acabemos aquí, te vienes a cenar a casa y lo ves por ti mismo; ¡no admito excusas! Había pensado convidar a Gabriel Uranga y así comentar los detalles del caso; ahora podemos hacerlo los tres. ¡Te has dado cuenta de la mala suerte que tengo! ¡Nada menos que dos cadáveres! Y, por si fuera poco el número, son personajes ilustres. Supongo que Galbis te ha puesto en antecedentes.

—Lo ha hecho, sí —respondió escuetamente, adoptando aquella pose profesional que yo conocía bien.

—¿Quién te ha llamado? ¿Ha sido Uranga, o quizá la Conferencia episcopal? Supongo que estarán horrorizados con lo que ha pasado.

—Nada de eso, decía la verdad. Fue el arzobispo Cañarte quien me llamó.

—¿Era verdad? ¡Pensé que te habías inventado ese cuento para justificar ante la galería tu presencia aquí!

—No, no me lo inventé, me llamó... Estaba terriblemente angustiado; las circunstancias que rodeaban el caso, por lo menos las que a mí me contó, no eran muy halagüeñas. En fin, le aconsejé que aguardara hasta que yo llegase para tomar decisiones, pero no me hizo caso. Te diré que en todo momento tuve la sensación de que se reservaba algún dato, pero no sé qué.

—¡Qué pena me da que tengamos que volver a vernos en estas circunstancias! —confesé, aunque no era del todo cierto.

Desde que me liberó de aquella injusta acusación por homicidio, siempre había soñado con llevar un caso con Iturri, compartir con él indicios e inquietudes, pertrechados ambos con un pequeño bloc de notas.

—Es cierto, el prontuario no es muy halagüeño.

—¡Tienes que contarme más de tu trabajo y de tu vida! ¿Estás contento en la Interpol, has encontrado ya una novia como Dios manda, sigues jugando a la pelota? Como ves, una semana en Pamplona no va a ser suficiente; tengo un sinfín de preguntas que formularte, pero...

—Siempre hay un pero, Lola, y, en este momento, el deber nos llama.

—Así es, y tiene mal aspecto, ¿verdad? Me refiero al caso, no a mi cara —pregunté, compungida.

—Lo tiene.

—Dime qué te ha contado Galbis.

—Que monseñor Cañarte fue a pagar el rescate exigido por la liberación del abad de Leyre, pero algo salió mal: ambos murieron y el secuestrador huyó sin recoger el botín; dinero y arte quedaron tirados en la ermita. Se sospecha que un coche abandonó velozmente la escena del crimen. Eso es todo lo que sé; según me ha dicho, no hay más pistas.

—Sí que las hay, aunque Galbis habrá olvidado mencionarlas. Un testigo vio al conductor de ese coche...

—¡Un testigo! ¡Estupendo!

—No ha podido ofrecernos muchos detalles, pero sí que quien iba al volante vestía el hábito benedictino: una sotana marrón, con una gran capucha ocultando su rostro.

—¡Vaya! —dijo por todo comentario.

—Y eso no es todo: dices que el arzobispo te llamó porque le llegó un dedo en un sobre. Pues bien, cuando examinamos el cadáver de monseñor Cañarte comprobamos que también le falta un dedo. Se lo cortaron mientras agonizaba y el asesino se lo llevó.

—Y tú temes que esto no acabe aquí... —masculló entre dientes.

—Es posible que se llevara el dedo para pedir un nuevo rescate, pero ¿a quién? Y, lo más importante, ¿por quién? ¡Cañarte está muerto! No puede pedir rescate por un cadáver. Es posible que estemos ante un psicópata coleccionista...

Iturri asintió, se levantó bruscamente y paseó por el pequeño oratorio. Cuando pasó ante el sagrario, junto al que ardía una pequeña lamparilla roja, no se inmutó. Me extrañó su actitud. Había supuesto que era católico. No tenía ningún dato que corroborara mi impresión, pero, habida cuenta de la religiosidad de las tierras navarras, siempre supuse que lo era. Recuerdo que tras constatar aquel detalle me prometí a mí misma averiguar más sobre él, ya que, a la vista estaba, ignoraba muchas cosas esenciales.

—Sí, Lola, este caso parece complejo.

—Y, para hacerlo todavía más emocionante, alguien (creo que la misma persona que ha cometido los crímenes) ha robado el Santísimo Sacramento del sagrario del monasterio de Leyre.

—¡Caray, otra vez!

Le miré extrañada:

—¿Cómo que otra vez? Que yo sepa sólo ha habido una vez...

—Quizá no te lo hayan contado, pero, junto al dedo, había una hostia. El arzobispo Cañarte creía que había sido consagrada, aunque nunca dijo nada acerca de la profanación de Leyre. Es más, apostarí a que la desconocía.

—Sí, tienes razón, son dos las profanaciones... —Comencé a considerar las posibles conexiones y, finalmente, añadí—: Parece plausible que la hostia enviada proceda del sagrario de Leyre, aunque podría estar equivocada. De lo que estoy segura es de que el olor a iglesia va desperdigándose por todas las esquinas de este caso. Profanaciones, curas, ermitas... ¡Dime que esto no tiene que ver con uno de esos rituales blasfemos que salen en las noticias!

—Me gustaría, Lola, pero tienes razón; no puede descartarse que se trate de alguna de esas locuras.



—¡Dios mío! ¿Y qué hacemos? —pregunté con candidez.

—No creo que ese aspecto cambie excesivamente las cosas. Rituales o no, son dos asesinatos y como tales deben procesarse: hay que ir despacio, meticulosamente, recabando toda la información posible, y tirando de todos los hilos que aparezcan en la investigación, vengan de donde vengan, empezando, naturalmente, por la pista más evidente.

—Leyre...

—Así es, el monasterio de Leyre.

—¡Llego ahora mismo de allí!

Se quedó mirándome un instante. Luego, sonrió abiertamente.

—¡Bravo, Lola! Siempre dije que tenías alma de detective.

—He aprendido del mejor —dije satisfecha, apretándole el brazo.

No era un cumplido gratuito. Juan Iturri figuraba en lugar de honor en el registro de policías ilustres que Navarra había ofrecido al mundo. La prueba más evidente era que la propia Interpol había venido a provincias para reclutarle. Detective de casta, meticuloso hasta hartar, capitaneaba la flor y nata del linaje detectivesco español porque conocía todos los trucos y métodos de la profesión, pero, sobre todo, porque poseía dos cualidades excepcionales: mejor olfato que cualquier perro sabueso y una paciencia que no desmerecía la de esas arañas que esperan flemáticamente a que sus presas cometan un ligero error y queden para siempre atrapadas en sus telas.

Estábamos en silencio, ambos ensimismados, cuando entró Galbis. No llamó a la puerta.

—Señoría, ha llegado don Lucas Andueza. Espera en la biblioteca. Los del laboratorio ya han terminado allí. Como siempre, mañana ofrecerán su informe por escrito, pero anticipan no haber encontrado nada interesante.

—Muy bien, enseguida vamos.

Galbis no se retiró. Por el contrario, se quedó allí delante, muy quieto, compungido. Me quedé mirándole extrañada.

—¿Algo más, agente?

—Me temo que sí, señoría —contestó devolviéndome una mirada insegura y retornando rápidamente al mutismo.

—Bueno, no se quede ahí, ¿de qué se trata?

El policía dedicó unos segundos a admirar la tarima de roble, pero

finalmente respondió:

—No le va a gustar...

—Si he sobrevivido a dos cadáveres, Galbis, creo que podré soportar sus noticias. ¡Suéltelo ya!

—Vale; el inspector Álvarez acaba de personarse en el edificio.

—Esa frase no es tan difícil de pronunciar... —dije, intentando tranquilizarme.

—Lo está poniendo todo patas arriba. Ha despedido a la policía local con cajas destempladas. Me he permitido recordarle que era usted quien estaba al mando y me ha mandado a la mierda. Con perdón.

—Comprendo —dije.

Una oleada de rabia me subió a la garganta, pero me contuve.

—Además, la prensa ya ha olfateado la carnaza. Hay una periodista abajo haciendo preguntas; la acompaña un cámara. Éste ha grabado la discusión de Álvarez con los municipales. Si no se da usted prisa, me temo que el inspector terminará haciendo una declaración; ya sabe cómo le gusta chupar cámara...

Aunque le entendía perfectamente, no dejé que terminara; al fin y al cabo, siendo un estúpido, Álvarez era su superior y la autoridad tiene valor y precio.

—¿Vienes, Juan? —le pregunté, sin preocuparme por las formas.

No era momento para contemplaciones.

—Creo, señorita, que eso debe solucionarlo usted sola.

Me di cuenta de inmediato de que tenía razón; por ello, sin más preámbulos, abandoné la capilla y seguí a Galbis hasta la planta baja.

Vi a Álvarez al salir del ascensor. Estaba en pie en medio del claustro, mirando con sonrisa de satisfacción cómo la policía municipal se retiraba y la avezada periodista trataba de zafarse de las barreras para llegar hasta él. De inmediato, comprendí que debía mostrarme firme. Como estaba segura de que me traicionarían el rostro y las manos, procuré que, al menos, mi voz transmitiera mi posición y no el estado de mi ánimo. Incapaz de retener un pulso que se me aceleraba, tragué saliva.

—¡Álvarez! —llamé cuando estaba a tiro de piedra.

—Señorita —contestó volviéndose y mirando con desinterés cómo me acercaba hasta su posición. Sus finos labios habían perdido la ampulosa sonrisa.

—Tengo que hablar inmediatamente con usted —proclamé, mientras le

dirigía una mirada gélida, la más dura que fui capaz de sostener.

Los allí presentes —agentes de la policía municipal y autonómica que aún no se habían retirado, algún miembro de la brigada de policía científica y, como Galbis había alertado, también la periodista— observaron el duelo en silencio.

No le vi pestañear, pero sí arquear las cejas, como pidiéndome explicaciones. Pese a que el día había llegado a su fin, llevaba puestas unas oscuras gafas de sol espejadas. El cristal, que me impidió ver sus fríos ojos grises, me permitió, no obstante, contemplar mi propio rostro. Mi cara airada parecía más real de lo que yo habría imaginado. Como no me contestó, me limité a mantenerle la mirada.

—A mí no me mire así, señorita —adujo, con ínfulas de inspector jefe, alardeando de poder y conocimientos. Como mi cara permaneció impassible, se inclinó hacia mí y musitó en tono socarrón—: Tiene que recordar que yo juego en el equipo de los buenos...

Volvió a arderme la sangre. Las mejores instituciones, cuando se corrompen, se convierten indefectiblemente en las peores. Un policía corrupto, violento o sádico es el peor de los corruptos, el más execrable entre los violentos, el peor de los sádicos.

—No sé si usted juega habitualmente en el equipo de los buenos o en el de los malos, inspector. Reconozco, sinceramente, que ese detalle me importa un comino. Lo que sé es que usted no juega en mi equipo... Le quiero fuera de aquí de inmediato. Abandone este lugar y déjenos trabajar... Gracias por su colaboración... —pronuncié envalentonada. Esta vez era mi sonrisa la que se pintó de cinismo—. Por cierto, inspector Álvarez, acabo de declarar el secreto sumarial —continué, mientras me alejaba—, si se le ocurre mentar siquiera un detalle de esta investigación, un solo hecho que haya escuchado, visto u oído, me encargaré personalmente de usted. Créame, no le gustará mi reacción si desobedece, se lo aseguro.

Cuando sintió el peso de mis palabras, se quitó las gafas con un gesto airado. Sus ojos aparecieron tan repulsivos como su boca. Sus rasgos, propios del ave rapaz que era, se afinaron hasta enmarcar la estructura de su calavera. Entonces, su orgullo estalló. Con una voz pastosa, tan densa que me pareció que se quedaba adherida a mi piel, bramó:

—¡Usted, usted es...! —Creí que empezaría a lanzar sus palabrotas, pero nuevamente pudo el orgullo y prorrumpió en risas—. ¡Sabe que no cuenta con

nadie que tenga huevos suficientes para hacer el trabajo sucio! —respondió gallito—. ¡Un trabajo que será imprescindible para poder enterrar esos cadáveres donde deben estar: bajo tierra y olvidados! Ya ha visto a su querido Galbis y a los de su calaña: unos niñatos de mierda que caen desmayados al ver unas gotas de sangre.

Todos los espectadores seguían la escena como si contemplaran un partido de tenis. Veinte ojos se volvieron hacia mí.

—Buenas noches, inspector —fue mi contestación.

Al verse de nuevo despreciado, Álvarez sufrió el tercer ataque de orgullo, el más desagradable:

—¡Jueza de mierda! ¿Quién se cree que es? ¡A mí no me engaña, con esos aires de puta cara! Ya vendrá arrastrándose... Entonces yo seré el que la desprecie. Acaba de perder su pase para el cielo, su único pase —chilló.

Su voz destilaba odio mezclado con hiel.

—Daré parte de usted a sus superiores, inspector. Sepa que recomendaré que se le exija la entrega de la placa y de su arma reglamentaria. Y no se envanezca, Álvarez, nadie es imprescindible: el cuerpo dispone de grandes profesionales. Y este caso cuenta ya con el mejor.

—Sí —contestó Galbis, yéndose de la lengua—. ¡Ha llegado el inspector Iturri!

Sin mediar palabra, engullido por su traje claro recién planchado —sus trajes siempre parecían recién planchados—, se dirigió a la salida. En el momento de traspasar la puerta, me miró. Llevaba otra vez las gafas puestas, pero supe que acababa de ganarme un peligroso enemigo. En torno, los curiosos se resistían a marcharse. El joven agente que me había recibido al entrar comenzó a aplaudir. El ruido rompió el artificial mutismo. Algunos secundaron su gesto. Un miembro de la policía científica levantó una pequeña nevera, empleada por los forenses para conservar las pruebas biológicas, y empezó a agitarla en el aire. Hube de emplearme a fondo para cortar de raíz aquellas muestras de júbilo.

## VI

No hubo cena ni sobremesa a tres bandas para discutir los detalles del sumario. Llegué a casa pasada la medianoche, agotada y con un terrible dolor de cabeza.

Tras el desagradable incidente protagonizado por el inspector Álvarez, me vi obligada a mantener una larga —y no especialmente cordial— charla con el jefe de policía, inmediato superior de Álvarez en la escala jerárquica, empeñado en pedirme explicaciones sobre mi comportamiento con su agente. No le di ninguna, no tenía por qué hacerlo, pero al concluir la conversación, llamé a Gabriel Uranga a su casa. Le tuve al teléfono lo menos media hora, porque deseaba que conociera por mi boca los detalles del suceso y los términos en que la protesta de los mandos policiales sería formulada. Tampoco tenía por qué hacerlo, pero esta vez quería.

Cuando Iturri y yo conseguimos zafarnos de la sombra de aquel inspector gilipollas, eran casi las once de la noche. Fuimos de inmediato en busca de Andueza; el secretario arzobispal nos esperaba adormilado en la biblioteca del palacio arzobispal, recostado en un sofá descolorido. Me di cuenta enseguida de que durante las horas transcurridas había recuperado la entereza y parte de su natural altivez. Vestido con un impecable traje oscuro, oliendo a colonia y con el cabello engominado, parecía dominar de nuevo la situación; supuse que había hablado con un abogado, porque lejos de haber recordado los detalles del pago del rescate, pareció haber perdido a un tiempo memoria y lengua. Aun así, Iturri y yo le dedicamos un largo rato, en el que no nos contó nada que no supiéramos, y se negó a desvelar lo que no sabíamos (especialmente lo referente al dinero). Volvió a alegar que conocía los detalles a resultas de una confesión y que, por ello, se hallaba atado de pies y manos por el secreto profesional.

Comentamos el contenido de la nota de rescate, aunque, ahora que lo pienso, la palabra comentar es demasiado generosa. Más exacto sería decir que él nos la tradujo, pero dijo no entenderla. No sabía nada sobre el pecado al que la nota aludía, tampoco nada de la frase en arameo. Por supuesto que la conocía, era una de las últimas frases que Cristo había dicho en la cruz, pero no tenía ni idea de por qué figuraba en aquella nota cuando no venía a cuento.

Finalmente, lo único que sacamos en claro fue que el día de su muerte, el arzobispo se había reunido con dos de sus vicarios y con un financiero; cité a los tres en mi despacho a primera hora del día siguiente. El último era un seglar y, por tanto, no estaba sujeto al famoso secreto de confesión; en calidad de asesor económico del fallecido, podía facilitarnos algún dato interesante sobre la procedencia del dinero encontrado. Por cierto, que el equipo de Galbis había acabado el recuento: finalmente se habían recogido 162.000 euros, una curiosa, por poco redonda, cantidad de dinero para un rescate.

A medianoche, cansados y frustrados, decidimos irnos a casa; yo a la mía; Iturri, a la de su tía Alicia, una dama mayor, muy simpática. Acordamos vernos a la mañana siguiente, temprano.

Me entró cargo de conciencia cuando recordé que Heliodoro seguía esperándome. Era muy tarde cuando le llamé; llegó en pocos minutos. Lejos de poner mala cara, me di cuenta de que sonreía pletórico. Por un momento pensé que había abusado de la cerveza, pero cuando se acercó a abrirme la puerta, no noté olor a alcohol. Me narró el partido, motivo de su alegría: España había ganado por goleada y mi larga investigación le había permitido ver entero el encuentro. «Hasta la repetición de las jugadas, señorita», me dijo. Me alegré; al menos, a alguien le iban bien las cosas.

Jaime, mi marido, también debía de haber tenido la intención de esperarme despierto, pero le había vencido el sueño. Al entrar en casa, le encontré sentado en el salón, profundamente dormido, envuelto por la suave luz de una lámpara de sobremesa, con la cabeza inclinada sobre uno de esos *journals* americanos que suele leer. La casa estaba en silencio.

Le miré con cariño. Hacía tiempo que nos habíamos distanciado; demasiado trabajo, demasiadas preocupaciones, pero yo, que seguía queriéndole, esperaba que algún día cercano las circunstancias cambiaran y volviéramos a ser los que éramos. Me senté muy despacio a su lado y le di un beso en la mejilla, mientras

acariciaba los abundantes rizos oscuros que cubrían su nuca.

—¡Lolilla! —musitó entontecido por el sueño—. ¡Te estaba esperando!

Sonreí, mientras le veía desperezarse. Jaime es la única persona que me llama Lolilla. En cualesquiera otros labios, esa expresión sonaría ridícula; susurrada por su voz, simplemente suena bien. Tras la breve pausa en la que tuvo ocasión de observarme, se levantó de un salto y con el semblante preocupado, exclamó:

—Pero por todos los santos, ¿qué te ha pasado en la frente?

—No te preocupes, no es nada importante —dije.

Había pronunciado esa frase tantas veces aquel día que creo poder presentarme a un concurso de interpretación y ganarlo.

Pero Jaime no se dejó convencer. Nunca es fácil convencerle, ni siquiera de lo más insustancial; en su afán enfermizo por la perfección, siempre lo comprueba todo. Fue en busca de su maletín y volvió con una pequeña linterna, luego encendió todas las luces de la habitación y se inclinó hacia mí para observar más de cerca la herida.

—Los puntos están bien dados, no creo que te quede una gran cicatriz. Aun así, son cuatro; no estará de más que te desinfeste la herida de nuevo. Supongo que habrás estado de acá para allá, en contacto con todo tipo de gérmenes...

—Sí, de acá para allá —respondí desganada.

En aquel momento, no me apetecía hablar del accidente, el menor de mis problemas.

Jaime pareció leer mis pensamientos porque cambió inmediatamente de tercio y, mostrando expresión de curiosidad, me dijo:

—¿Ha sido tan horrible como cuentan tus ojos?

—Sí, mucho. Bueno, no tanto... En realidad, no lo sé... La brutalidad de los hechos es innegable y, no obstante, no me ha parecido salvaje por el espectáculo de sangre sino más bien por los sucesos en sí mismos.

—No sé a qué te refieres.

—Verás, se trata de alguien que se arroga la facultad de decidir el momento en que otra persona muere. ¿Te das cuenta, Jaime?, quizás en este preciso instante ese hombre esté marcando en su agenda el momento exacto de mi muerte; o de la tuya. «Mataré a la juez MacHor a las trece horas y cuarenta y tres minutos del día seis. Bueno, no, mejor la mataré el día siete, que es miércoles; el

martes tengo dentista». ¡Lo que he visto en aquella ermita era de una crueldad tremenda! ¡Esas cosas no deberían pasar! Alguien decidió suplantar a Dios y aquí nos tienes a los demás, como corderos rumbo al matadero.

Jaime no replicó. Se limitó, como siempre, a ser práctico:

—Lolilla, ¿has cenado?

—No, pero es ya muy tarde para eso.

—Tómame algo caliente, un Cola Cao. Esta tarde he llevado a los pequeños a la confitería; hemos comprado napolitanas. Las niñas han guardado una para ti, rellena de crema.

—Perfecto, me apetece mucho.

Permanecimos bastante rato sentados en la cocina, en silencio. Absorta en mis pensamientos, yo trataba de capturar con la cucharilla un grumo de cacao que no quería disolverse. Jaime aguardaba a que me decidiera a hablar. Imaginaba que yo querría contarle mis penas, pero, en realidad, ni podía ni quería. Ante mi mutismo, decidió intervenir:

—¿Por qué no me lo cuentas? Supongo que eso te hará sentir mucho mejor.

—No es mi intención herirte, Jaime, pero sabes que no puedo contártelo.

—Te equivocas; puedes porque ya lo sé todo, o casi todo. Incluso es posible que, si indago en ello, sepa más que tú —me respondió con una sonrisa burlona.

Le miré sorprendida, admirando sus bellos ojos cargados de sueño. Él prosiguió sin inmutarse.

—Siento tener que decírtelo, Lolilla, pero todo está en Internet; lo han colgado a las 12, en primera plana. La muerte del arzobispo y del abad de Leyre, una foto del dinero del rescate y otra de la copia del relicario. Todo expuesto a la vista pública.

—¿Qué? ¿Dices que está en Internet, pero cómo ha podido pasar?

—Parece mentira que tú lo preguntes, cuando los periódicos tienen los veredictos antes incluso de que los jueces los dictéis. No te extrañes; sabes que siempre es así: alguien tendrá este mes un sobresueldo...

—¿Quién ha sido? —pregunté, pensando en Álvarez.

—Ha empezado el diario *El Mundo*; firma la crónica una chica, una tal Susana... Susana no sé cuantos. Pero le seguirán otros.

—¡Lo que me faltaba! ¡Y yo decretando secreto de sumario!

Recogí un mechón que caía sobre mis ojos y lo retorcí una y otra vez,



pensando en aquella periodista que había hecho aún más difícil mi vida. Jaime bostezaba.

—Deberíamos irnos a la cama, es muy tarde y mañana tenemos que madrugar.

—¡Moción aceptada, Lolilla!

Se levantó. Cogió su taza y la dejó sobre el lavaplatos, que estaba en marcha. Volvió hasta donde yo me encontraba y, apretándome cariñosamente el hombro, se inclinó para decirme:

—¡Hasta mañana!... Como supuse que querrías verlo, te he dejado el portátil encendido.

Y esbozando una sonrisa, se marchó.

Me abalancé sobre el ordenador, como un bebé hambriento sobre el hinchado pecho de su madre. A diferencia del desdentado, yo recibí leche agria y una generosa dedada de hiel. La imagen de portada del periódico, que mostraba el interior de la ermita de Mendigorría, dejaba mucho que desear. El primer plano se había tomado a considerable distancia y sin teleobjetivo, su calidad era nefasta, aunque, desde luego, la fotografía resultaba bastante ilustrativa. Probablemente sería el trofeo de uno de aquellos jóvenes excursionistas, a los que, por lo visto, no habíamos echado a tiempo.

Pese a las muchas imperfecciones de la imagen, mostraba con claridad un cuerpo acribillado, tumbado en el suelo y rociado de sangre y de billetes de cien euros. No obstante, no fue la fotografía, sino el titular, el que me puso los pelos de punta: «Se hallan en una ermita abandonada los cadáveres del arzobispo de Pamplona y el abad del monasterio de Leyre» —decía el diario objetivamente, para añadir de inmediato la pincelada morbosa que tanto gustan de frecuentar los sabuesos—: «Los cuerpos, terriblemente mutilados, aparecen rodeados de una fortuna en billetes y joyas. ¿Resucita la sombra de monseñor Marcinkus?».

¿Marcinkus? ¿Quién era monseñor Marcinkus y qué tenía que ver con mis cadáveres? Su nombre me resultaba vagamente familiar, pero en aquel momento no conseguí recordar por qué, de modo que abrí una nueva página y busqué su nombre en Google. Se me cayó el alma a los pies al ver las muchas entradas que tenía aquel arzobispo norteamericano, responsable de las finanzas vaticanas durante la quiebra del Banco Ambrosiano. Leí media docena de noticias, todas decían casi lo mismo: en los años ochenta, y de la mano de Marcinkus, la Iglesia

había aparecido como propietaria de empresas domiciliadas en paraísos fiscales, algunas de ellas vinculadas con la mafia siciliana y con políticos corruptos.

Desde luego, aquél era un episodio lamentable, pero a mí no me importaba en absoluto. Lo único que deseaba saber era por qué se mencionaba a ese eclesiástico junto a los míos. Volví a la portada del diario del día y continué leyendo la noticia. Un escalofrío intenso me hizo estremecer:

Los años del arzobispo Paul Marcinkus fueron los de los grandes «pelotazos» financieros internacionales; codeándose con los principales banqueros estadounidenses, con el fraude y la doblez, el clérigo hizo una fortuna que el tiempo y la justicia convirtieron en humo. Creíamos que aquellos tiempos habían pasado, pero nos equivocábamos. Porque, ¿qué otra explicación puede encontrarse a lo que hemos visto? Juzguen por ustedes mismos: dos altos dignatarios de la Iglesia española muertos, sus cadáveres mutilados, un saco de dinero en su mano, unas reliquias antiguas, que la policía opina, no son más que una falsificación... Los feligreses de esta iglesia harían bien en exigir una pronta, clara y creíble explicación sobre estos hechos a sus responsables. Ya han pasado los tiempos de los secretos. Por otro lado, la juez que investiga el caso haría bien en olvidarse de con quién trata, y concentrarse en las dos vidas que se han perdido. Ninguna causa justifica algo así.

¿Falso? ¿Cómo que el relicario era falso? No me importaba gran cosa lo que esa periodista dijera. Entendía que le gustara cargar las tintas en el aspecto emocional, como a casi todas las periodistas jóvenes, pero no podía comprender que se inventase una cosa como ésa... O quizás... ¿Era posible que no se lo hubiera inventado? Miré el reloj. Eran las dos y media de la madrugada. No podía comprobar ese extremo en ese momento. Además, necesitaba dormir; preveía un lunes infernal. Cerré el ordenador, apagué la luz y subí a mi habitación.

La persiana estaba entreabierta (se trata de una de esas colecciones de lamas de madera que nunca terminan de encajar) y la luz del exterior se filtraba por las grietas llenando la habitación de una difusa claridad. Cogí uno de los almohadones de plumas y me lo coloqué sobre la cara, sujetándolo por los extremos con ambas manos, procurando no tocar el lado derecho de la frente que aún me dolía. No dio resultado. Más tarde, me acomodé boca abajo y hundí la cabeza en la almohada. «No pienses, no pienses», me decía, intentando vaciar la mente del regusto de las imágenes vistas y las frases oídas y leídas, especialmente las del periódico. Tampoco lo conseguí. Claudiqué cerca de las cuatro. Con un suspiro de resignación, me levanté y me tomé una pastilla para dormir. Tardó en hacer efecto, pero cuando por fin lo hizo, comencé a

sumergirme en el plano inclinado del sueño, cada vez más cerca del pozo profundo donde conviven los miedos y las esperanzas perdidas, últimamente abundantes.

Resultaba irónico que, de entre todos los escenarios posibles, me hubiera tocado justamente un crimen con olor a incienso, pero ése es precisamente el tipo de ironías que Dios suele traerse entre manos. Por aquel entonces, mi motín particular contra la Iglesia llevaba tiempo madurando. A nadie había hecho partícipe de mi rebeldía; ya tenía bastantes problemas fuera para atraer iras internas. Jaime es un católico navarro de los de la vieja guardia. Cree a pies juntillas todos y cada uno de los dogmas que la Iglesia enseña, y vive, sin excepción, las muchas manifestaciones de piedad popular, más o menos folclóricas, que caracterizan estas tierras. Pertenece en cuarta generación a la cofradía de las Siete Palabras, ayuna en cuaresma, hace ejercicios espirituales con los padres franciscanos, y peregrina a pie cada año hasta el castillo de Javier, donde agasaja por igual al santo y a su tierra. No es que me moleste, en absoluto; cada uno puede creer en lo que quiera, lo que siempre me ha resultado curioso de Jaime es que, como hombre de ciencia, acostumbrado a verificar las hipótesis antes de admitirlas, carezca por completo de dudas o, incluso, de cualquier atisbo de escepticismo.

A diferencia de mi marido, mi mente requiere pruebas contundentes, necesito ver para creer; oír para entender. Sé que si las pruebas fueran determinantes, no nos haría falta creer pues nos bastaría con la evidencia, pero aun así necesito constatar que hay señales, alguna clase de indicios, aunque sean sentimentales, que corroboren las creencias que aprendí de niña. Pero hacía tiempo que todas las señales habían cesado.

Nunca lo mencioné, sabía que él se enfadaría muchísimo y a mí me desagradan los disgustos gratuitos, pero hubo un momento en que me pareció que todo eso había terminado para mí. No sé en qué momento perdí la fe en la Iglesia. Pero no me cabe duda de que pasó. Todo lo que antaño me parecía razonable y hasta factible, dejó de parecérmele; es más, comenzó a mostrármese como un gran absurdo, cuentos de viejas, opio del pueblo. No estaba dispuesta a aceptar las cosas simplemente porque alguien de Roma lo dijera y aquello que hasta entonces me había servido de guía se derrumbó.

La ciencia que profeso y los conocimientos acumulados me enseñan cómo

funciona la vida, cuáles son sus resortes, sus características, su anatomía, pero nada me dicen de cómo he de vivirla ni para qué y yo necesitaba urgentemente una respuesta. Todas mis experiencias pasadas resultaban irrelevantes en aquel momento. Hacía tiempo que venía dándome cuenta del paso del tiempo. No habían sido las arrugas, aunque evidentemente habían desempeñado un papel. Era algo mucho más profundo, era el regusto del miedo a la cuesta abajo, a más miedos. La religión no me daba más respuesta que el cielo. Todo empieza y acaba en el cielo. Pero ¿qué encontraremos allí? Y ¿dónde es allí?

—Jaime, ¿qué crees que hay después, si es que hay algo? —me decidí a preguntar un día.

Estábamos solos, habíamos apagado todas las luces. La chimenea, encendida con un enorme fuego de leña, lanzaba espectrales sombras sobre nosotros.

—El cielo, naturalmente —me contestó.

—¿Y eso qué es?

—Por Dios, Lolilla, ¿es que no has estudiado el catecismo?

—Ahora no hablo de libros de salmos, Jaime, sino de la realidad. Nadie ha vuelto para contárnoslo...

—¡Ni falta que hace! Cuando terminamos aquí, empezamos allá. Y al pasar, seguimos siendo lo que somos, pero mejores.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Y eso, ¿qué más da? Lo sé. Lo sé de la misma manera que sabía que no era posible clonar hombres, pese a lo que dijera la revista *Nature*. La naturaleza está demasiado bien construida para no tener detrás una imaginación supina y una belleza infinita. No creo que quien haya diseñado todo esto sea un malvado, por eso digo que nos espera una vida buena después. No te preocupes...

Le miré enfadada, ¿cómo podía razonar así?

—Jaime, ¿eres consciente de que envejecemos?

—Por supuesto, pierdo pelo, elasticidad de los músculos y memoria. Un día, cuando me despierte, seré viejo del todo.

—¿Y no te preocupa? Lo mejor ya ha pasado, lo que resta es caída libre, rumbo al infierno. Bueno, o al cielo —dije en su honor.

—Eso, al cielo, a recibir la recompensa de tantos afanes.

—¿Recompensa? ¿Por qué esperas obtener recompensa? ¿Es que no trabajas porque te gusta? El sueldo es suficiente recompensa.

—Lolilla, creo que debes descansar. No piensas con objetividad.

—¡Objetividad! —chillé, dejándome llevar por mi mal carácter—. ¿Cómo puedes llamar objetividad a los ángeles y a los demonios?

—Los niños se creen sin pestañear que hay extraterrestres entre nosotros; los adultos, que la paz en el mundo es posible. ¿Eso te parece más objetivo? A mí me resulta más fácil creer en Dios. No me lo dicta la razón, ¡sería demasiado fácil!; lo siento, Lolilla, de la misma manera que siento cariño por ti. No se lo podría explicar a nadie, pero no por eso dudo que exista. ¿Sabes lo que te digo? Que te has equivocado de instrumento; no puedes abarcar a Dios con esa cabecita bilbaína, has de buscarlo dentro, no fuera.

Dejé la conversación, no nos llevaría a ninguna parte; con Jaime era inútil discutir sobre ese tema. Pero, sin desearlo, me veía obligada a no abandonar mis dudas y quebraderos de cabeza.

## VII

El lunes estalló el calor. No es que en las horas precedentes hiciera frío, podría decirse que la víspera había sido muy calurosa. Sin embargo, el lunes, desde el mismo momento en que el alba traspuso la puerta del cielo, un calor de fuego inundó Pamplona, agitándose entre sus calles como una fiera iracunda. Sin una brizna de viento, el cielo, vestido con hábito gris, intentaba zafarse del acoso de las nubes. Todo era inútil, ellas continuaban allí, muy quietas, esperando...

A las nueve de la mañana, cuando salía de casa, el termómetro alcanzaba ya los veintiocho grados. De madrugada había llovido un poco, pero el asfalto había absorbido el agua con la avidez del moribundo deshidratado. La predicción meteorológica que escupió la emisora de radio con la que conecté afirmó que no descargaría hasta el día siguiente; a lo sumo, algo de aparato eléctrico, pero yo cogí el paraguas y me puse zapato plano con suela de goma. Con el tiempo pamplonés no se pueden hacer tratos.

Cuando llegué, dos de los hombres a los que había citado me esperaban. Uno de ellos se mostraba nervioso; el otro, demasiado tranquilo. Supuse, y acerté, que el primero era el hombre del dinero; el segundo, uno de los vicarios.

Petit era un financiero y, como muchos de su gremio, tenía por costumbre conectarse a la red y leer a primera hora los titulares de los distintos diarios. Por ellos se había enterado de la noticia de los asesinatos y había comprendido las razones de la citación de la juez a la que no conocía y a la que no le unía ninguna compraventa mercantil. Teniendo en cuenta su reunión vespertina con el arzobispo, su nerviosismo era fundado. El vicario conocía también la noticia; el propio Andueza le había informado de ella, pero no había visto los diarios y, por tanto, ignoraba los últimos detalles. Decidí empezar por él.

El vicario general, padre Antonio Mangado, era un hombre de unos sesenta

años, locuaz y seguro de sí mismo. Iba vestido de paisano, pantalón azul marino y camisa de rayas sin corbata. El único distintivo que le unía a la religión católica era una minúscula cruz en el bolsillo de la camisa; desde luego, pasaba completamente desapercibida. Sus cabellos, abundantes y blanquecinos, estaban cuidadosamente peinados hacia atrás. Con sonrisa marfileña y la mano tendida se presentó:

—Antonio Mangado, señoría, a su disposición. Creo tener claro el motivo de su convocatoria. ¡Dios guarde al arzobispo en su gloria!

—Siéntese, por favor, padre.

—Llámeme Antonio —dijo.

Preferí no hacerlo, pero evité el calificativo de padre y llamarle «señor Mangado».

—Señor Mangado, usted es el vicario general de esta diócesis, ¿es correcto?

—Así es, señoría, lo soy.

—Muy bien; en ese caso, estará en disposición de explicarme el estado de las finanzas de su circunscripción.

Pareció mirarme con extrañeza.

—¿Las finanzas? Perdona, señoría, pero no comprendo su pregunta. Suponía que usted iba a pedirme que le hablara de...

—Lo que me interesa en este momento, padre, es que me cuente cuál es el estado financiero de la diócesis... Junto al cadáver de su superior ha aparecido una gran cantidad de dinero. Nos gustaría saber de dónde procede y si es propiedad de la Iglesia navarra.

—Señoría, yo nada sé de esas cosas. Ni siquiera conozco el presupuesto de la parroquia con la que colaboro.

—Pero es el vicario general. ¿Está sugiriendo que el arzobispo no compartía con usted las decisiones económicas? Creo que la diócesis carecía de administrador.

—Así es, falleció hace algunos meses y aún no se ha designado un sustituto. Debo decirle que el arzobispo en ese terreno era muy reservado. Cuando el administrador falleció, su mutismo se hizo casi completo.

—Pero algo sabrá usted de las finanzas globales...

—Sí, conozco más o menos las cifras. Por ejemplo sé que los números rojos de la diócesis no son excesivamente abundantes.

—¿Números rojos? ¿La diócesis tiene deudas?

—Señoría, todos tenemos deudas, la propia Iglesia atraviesa problemas financieros muy serios.

Esperé sin decir nada, estaba segura de que se extendería en más datos. En efecto, lo hizo enseguida.

—La Iglesia católica es propietaria de algunas de las más importantes obras de arte del mundo y posee tesoros arquitectónicos de valor incalculable, pero en sus actividades ordinarias no consigue generar suficiente dinero líquido, por lo que entra en pérdidas constantemente. Puede que esto sorprenda a algunos, pero los ingresos por las entradas de visitantes a los museos no llegan a cubrir ni una mínima parte de lo que se necesita para mantener esos locales calientes... Teniendo en cuenta nuestra extensión mundial, los números rojos de la Iglesia no son demasiado cuantiosos, pero aun así rondan los diez millones de euros al año. En Navarra somos mucho más modestos, pero padecemos pequeños desfases.

—Reduzcan ustedes la calefacción.

—No es la calefacción, señoría. Tendríamos que cerrar algunas misiones, y ese parón afectaría a nuestra capacidad para expandir la palabra de Dios. La religiosidad en África y América Latina está creciendo enormemente y debemos ocuparnos de formar a sus sacerdotes, de construir iglesias, de ayudar a combatir la pobreza. Debemos seguir el mandato divino y alcanzar a nuestro rebaño, un rebaño muy disperso y, en la mayoría de los casos, muy pobre. Roma se extiende hasta los confines del orbe...

—Pero ese agujero en las finanzas del Vaticano es una amenaza para poder actuar en el futuro. Deberían ustedes contratar a un financiero experto.

—¿No mencione esa profesión, por lo que más quiera! Bastante tuvimos con monseñor Marcinkus.

—¿Monseñor Paul Marcinkus? —recordé el titular del periódico.

—Sí, presidió durante casi veinte años el Instituto para las Obras de Religión o, como se le solía llamar, el Banco del Vaticano, la entidad encargada de las finanzas de la Iglesia, tiene su sede en un torreón del Vaticano. Allí depositan su dinero las órdenes religiosas y las diócesis de todo el mundo.

—¿Y lo hizo mal?

—No se ha llegado a saber, pero su nombre estuvo involucrado en el escándalo del Banco Ambrosiano, uno de los asuntos más turbios y fascinantes



de la historia reciente italiana. La logia masónica P2, la mafia, algunos jueces, una red de sociedades en paraísos fiscales, lavado de dinero sucio, tráfico de armas; en fin... El Vaticano negó cualquier relación con la quiebra de ese banco, pero aprendió la lección. No es agradable que la fiscalía de Milán ordene la detención de tus monseñores. Marcinkus y sus colaboradores fueron cesados y él se retiró a Estados Unidos.

—Es probable que usted aún no lo haya visto, pero en uno de los diarios de tirada nacional de hoy se compara al arzobispo Cañarte precisamente con monseñor Marcinkus.

—¿Pero qué dice? ¡Cañarte era una gran persona!

—Yo no digo nada, lo dice la prensa. El cadáver del arzobispo estaba rodeado de mucho dinero.

—Señoría: desconozco de dónde procede el dinero al que alude. Lo que se me ocurre es que provenga del fondo que recolectamos para enviarlo a los países de misión con los que estamos hermanados. Creo que esa cuenta asciende a casi un cuarto de millón de euros. Es posible que don Blas estimase que, en este caso, la vida del secuestrado era más importante. ¡No, espere, ahora recuerdo los detalles! Cuando hablamos sobre el secuestro, sugerí la posibilidad de emplear ese dinero; sin embargo, el arzobispo rechazó la opción asegurando que ya estaba enviado.

—¿Puede confirmar ese extremo? Quizá, luego lo pensó mejor...

—Por supuesto, señoría, lo haré de inmediato.

Ya se levantaba cuando formulé la segunda pregunta. Volvió a sentarse. Por la expresión de su rostro, intuí que era la primera vez que lo oía.

—Vicario, no sé si sabe que en el lugar de los hechos se encontró un relicario...

—¿Un relicario? Pero ¿qué me dice, les entregó el relicario?

—Debo entender que usted conocía...

—¡Le aconsejé vivamente que no lo hiciera! ¡Es una obra de arte magnífica, insustituible, y está vinculada estrechamente a la historia de esta tierra! ¡Créame, señoría, sé lo que digo, soy catedrático de historia del arte!

—Padre Mangado, cabe la posibilidad de que el relicario encontrado junto al cadáver del arzobispo sea una burda falsificación.

Se echó a reír.

—¿Una falsificación? ¿Quiere decir que les entregó una falsificación?

—Ésa parece ser la hipótesis de los expertos: el relicario es de muy buena factura, pero podría no ser el auténtico.

—¡Bravo, monseñor, bravo, una jugada maestra! Aunque, claro, no tanto, teniendo en cuenta que está muerto. Me pregunto...

Se quedó pensativo.

—¿Le ocurre algo, don Antonio?

—Me estaba preguntando cómo pudo disponer de una falsificación en tan corto tiempo, más si, como usted dice, es de buena traza. El relicario en cuestión es una obra muy compleja en detalles.

—En realidad, el secretario Andueza fue a buscarlo al Museo Catedralicio. Me miró inquisitivamente.

—No lo comprendo, señorita, ¿qué ha querido decir?

—Digo que la obra que ustedes exponían en su museo, y coincide con la que fue entregada, puede ser falsa.

Como si alguien le hubiera tocado un resorte oculto, el padre Mangado se levantó de un salto.

—¡Pero eso es imposible! ¡Imposible! Tengo publicada una disertación completa sobre el particular. He dedicado a ese relicario muchas horas de investigación.

—De eso, padre, ¿cuánto tiempo hace?

—No lo sé —respondió; seguía confuso e impresionado por la noticia—, pero no hace mucho. Puede que dos años, quizá tres.

—Pues si hace dos o tres años era verdadero, en algún momento desde entonces a ahora, alguien ha cambiado una pieza por otra.

—¿Y dónde está la auténtica?

—No tengo ni idea, padre.

Ya consciente de los hechos, el padre Mangado rompió en sollozos. Parecía que hablaba de una hija más que de una obra de arte. Le pedí que se informara de todo lo que pudiera y luego me llamara. Me hizo prometer que no lo contaría si no era estrictamente necesario. Lo hice, pero estando colgado en Internet, ¿qué importancia tenía mi promesa?

Le despedí en la puerta e hice pasar a Petit. Pese a la temperatura, llevaba traje y corbata. Sus iniciales habían sido bordadas siguiendo la moda, en los

puños de la camisa, anudados por un bonito par de gemelos de color vino de Burdeos, a juego con la corbata de seda. «Desde luego, se le nota la profesión a la legua», pensé al verle acercarse, perfectamente peinado, con el cabello negro echado hacia atrás y sujeto con fijador.

—Buenos días señor Petit, pase por favor. Quisiera hacerle unas preguntas —dije, mientras le mostraba el camino con el brazo extendido.

—Señora juez...

—¿Sabe por qué ha sido citado?

—Saberlo no lo sé, pero lo intuyo: he visto los titulares de los diarios de hoy. Es horrible lo que ha pasado...

—Lo es —dije, concluyendo la palabrería inútil. No tenía tiempo que perder. En media hora, Iturri vendría a buscarme; íbamos a volver al monasterio de Leyre—. Creo que junto a su secretario, usted fue una de las últimas personas que vio a monseñor Cañarte con vida.

—Sí, es muy posible. Me entrevisté con él a eso de las seis y volvimos a encontrarnos unos instantes cerca de la medianoche.

—¿Puede decirme por qué fue a verle?

—Me llamó, necesitaba de mis servicios.

Iba a preguntar directamente por el dinero, pero me contuve.

—¿Requería de sus servicios financieros un sábado por la tarde? ¿Qué era tan importante que no podía esperar al lunes?

—Me dijo que necesitaba con urgencia vender unas propiedades; concretamente su paquete de acciones.

—¿Paquete? ¿Quiere decir que el arzobispo tenía una cartera de acciones?

—Sí, la tenía. Otros almacenan su dinero en bienes raíces, o en el banco, o debajo de la cama envuelto en un calcetín; Cañarte lo tenía en acciones.

—Yo pensaba que los curas eran pobres.

—La mayoría lo son, sí, pero el arzobispo Cañarte era hijo único de una familia de rancio abolengo. Se trataba de su herencia...

—Entiendo; y usted cree que vendió su herencia para pagar el rescate.

—Sí, para cerrar un mal trato.

—¿Mal trato?

—«Quiero que busques a un comprador para mi cartera de acciones —me dijo—. Necesito dinero líquido, ahora». Obviamente, le aconsejé que no lo

hiciera. Cuando se tiene prisa por vender, se pierde un gran porcentaje del valor de la cartera.

—Pero él no le escuchó.

—No. «Eminencia —le dije—, como vuestro asesor, os recomiendo que retengáis un poco más vuestras acciones. El Íbex 35 está muy bajo. Si vende usted ahora, mañana se tirará de los pelos...». «Lo sé, Ildefonso —me contestó—. Sigo las cotizaciones cada cierre. Te has olvidado de mencionar que tengo un buen paquete de Arcelor y Abertis: ambos avanzan como buenos caballos de carrera... Pero he de venderlo todo». «¿Todo, eminencia? ¡No lo comprendo!».

—Pero él siguió en sus trece.

—En efecto. «He de hacerlo —me dijo—. ¿Cuánto crees que podríamos conseguir?». Le dije que el lunes podría obtener 2x5000 euros. «El lunes es demasiado tarde, ha de ser hoy. Necesito que localices a alguien que quiera invertir en una buena cartera, saneada y mimada, y que tenga dinero en efectivo». Carecía de margen de maniobra; hice unas llamadas y busqué un comprador que pudiera poner el dinero contante y sonante sobre la mesa esa misma noche. Sólo conseguí una puja de 190.000 euros. Hoy prácticamente habría duplicado ese valor.

De repente, una luz de alerta se encendió en mi cerebro.

—Perdone, ¿ha dicho que consiguió 190.000 euros por la venta?

—Así es, la mitad de su valor real.

Anoté la cifra en el expediente. Tenía presente que el agente Galbis, encargado de recoger el dinero disperso por la ermita de Mendigorria, me había dado la cifra exacta de lo recogido. En aquel momento no recordaba cuál había sido la cantidad, pero tenía la impresión de que era inferior a la que Petit indicaba. Debía comprobarlo. Quizás el arzobispo se hubiera reservado una parte, aunque en el registro de su despacho no se había encontrado dinero.

—Si ha visto los periódicos, habrá leído también que afirman que el relicario encontrado era falso.

—Lo he leído, sí.

—¿Sabe usted algo acerca del relicario?

—No.

—¿Está usted seguro? —pregunté.

Su afirmación no me pareció muy categórica.

—No —respondió.

—No está seguro o no sabe nada.

—Algo he oído, pero son rumores.

—No se preocupe por eso, yo sabré juzgar; ¡cuéntemelos!

—Me temo que no puedo hacerlo; forma parte del secreto profesional.

—Hay dos cadáveres sobre la mesa, señor Petit.

—Lo siento, debo hablar antes con mi abogado.

—De acuerdo, está en su derecho. Sólo quiero que me diga si esto tiene algo que ver con Cañarte.

—Debo hablar con mi abogado.

—Tomaré eso como un sí.

Esperaba a Iturri en el despacho, paraguas en mano, desde hacía quince minutos. Se retrasaba y yo empezaba a ponerme nerviosa. Habíamos acordado vernos a las diez. Tras el fiasco de la conversación con Andueza, analizamos las pocas posibilidades con las que contábamos y decidimos acudir de nuevo a Leyre. Iturri aseguraba que el robo de las hostias y el secuestro del abad estaban relacionados, y ambas cosas se habían iniciado en ese monasterio. «Si deseas matar a una serpiente tienes que buscar su cabeza, ése es su principio; si quieres resolver un caso, hay que descubrir su origen. Allí es donde se encuentra la lógica de todo y allí es donde se entiende todo», había sentenciado. Yo no lo veía tan claro como él, pero tampoco tenía muchas alternativas que plantear.

Teníamos dos cuerpos, mucha sangre y un cruel ensañamiento, que no indicaban nada más que un perturbado andaba suelto, dispuesto a engrosar su colección de dedos.

La policía científica continuaba estudiando las pruebas —la nota de rescate, el dinero, la hostia envasada y el dedo—; Ramiro estaba realizando más análisis al cadáver del abad pues estaba convencido de que algún detalle se le escapaba y Galbis confeccionaba un listado de los anticuarios de la zona especializados en libros antiguos.

Nosotros no podíamos hacer otra cosa que volver al monasterio y confirmar que ninguno de aquellos monjes, o alguien de su entorno inmediato, hubiera matado a su abad. Esta vez, habíamos anunciado nuestra visita, pidiendo al rector que el hermano Chocarro estuviera disponible para mostrarnos, paso a

paso, el recorrido que, como capellán, realizaba todas las mañanas antes del alba.

Pasaba media hora de las diez. Empezaba a llover. Primero levemente; luego, a cántaros. Seguí reconcomiéndome en el despacho. Habría llamado a Iturri si hubiera tenido su número, pero no lo tenía yo, sino un ladrón al que no le hacía ninguna falta. Pensaba en el relicario falso cuando se abrió la puerta. Era Iturri.

—¡Juan! ¿Qué te ha pasado, no habíamos quedado a las diez? Llegaremos tarde al monasterio.

—Lo sé, Lola, pero éste no es el único caso que llevo —contestó molesto.

—Perdona, creí que estabas de vacaciones —me apresuré a decir al escuchar su tono de réplica.

—¡Y lo estoy! Pero... En fin, vayamos.

Iturri no es un hombre locuaz. Sus subordinados le juzgan como un inspector serio y callado, poco amante de las cortesías y formalidades sociales, que abandona de inmediato cuando se presenta la más leve ocasión. Si se le profesa respeto, desde luego, no es por su entretenido carácter o por su chispeante ingenio. Es valorado simplemente por lo que a lo largo de los años ha demostrado ser: uno de los más capaces investigadores que ha dado la policía española. Yo conocía todos esos extremos y, por tanto, mi normal reacción a su respuesta habría sido coger el bolso y seguirle hasta el coche. Sin embargo, en aquel momento, al mirar la frente de Iturri, la vi poblada de tantas sombras plomizas que le ofrecí mi apoyo. Intuí que lo rechazaría con aires de suficiencia. Me equivocaba:

—Espera, Juan, estaba pensando en ir a tomar un café. Uranga me ha enseñado un sitio nuevo, una pequeña panadería con olor a canela. ¿Te apetece?

—Si quieres...

—Quizá, si me lo cuentas, esos recuerdos oscuros pierdan parte de su carga emocional.

—¿De qué recuerdos hablas?

—De los que arrugan tu frente, Juan. Lo noto.

Pareció no oírme, pero me siguió hasta la panadería de Emilia.

—No podré ofrecerte colaboración, pero oír los propios pensamientos suele ayudar —continué—. Al menos, eso es lo que me pasa a mí; me alivia compartir las cargas.

No hizo falta que le incitara más. Con voz ronca y el semblante afectado me

contó mientras íbamos de camino sus preocupaciones. En el mismo instante en que me mencionó el tipo de delito, supe que no debía de haber preguntado. Aquella noche tendría un nuevo motivo para mantenerme en vela.

—Se trata de un pederasta, uno de los peores —me anunció—. Llevo tiempo tras ese degenerado, Lola, pero no consigo más que aumentar mi frustración mientras él se enorgullece de sus éxitos.

—¡Qué horror! Espero que no esté en Navarra, me espanta ese tipo de delito: ¡tengo hijos pequeños!

—¿Es que no te has enterado de que estamos en la era de Internet, Lola? Estas agresiones no tienen fronteras geográficas sino digitales.

—¿Estás acercándote, Juan?

—No, se me ha vuelto a escapar. Desde dentro, alguien le está suministrando la información necesaria para eludir mi cerco.

—¿Alguien de dentro, quieres decir un policía?

—Eso es, un policía. No puede ser de otra manera, no obstante, aún no sé de dónde viene la filtración. Y desconocer quién es el traidor me tiene descompuesto.

—Perdona que sea sincera, pero... En fin, sé que hay policías envueltos en tráfico de drogas y en prostitución; lo sé, porque he imputado a alguno de ellos, pero, sinceramente, no imaginaba que algunos de tus colegas colaborasen en un delito tan execrable como la pederastia.

—Yo tampoco. Además, se trata de alguien situado muy arriba. He investigado a mis subordinados y están todos limpios. He de confesar que me ha alegrado mucho, aunque viajar hacia arriba siempre implica nuevas complicaciones.

—Vete con cuidado, Juan, se te echarán encima y pueden tener poder suficiente para machacarte.

—Eso es lo que me ha retrasado, Lola. Inopinadamente, uno de mis superiores se ha enterado de que he dado la orden de investigar sus cuentas bancarias. He recibido sendas llamadas sobre el particular; la primera, ciertamente desagradable, procedente del Ministerio del Interior español; la segunda, de la Interpol. Aquí se me ha exigido cejar en el empeño de «mancillar las grandes mentes encargadas de aniquilar el crimen». Con la llamada de la Interpol, tan áspera aunque correcta, me ha advertido que los criminales han de

ser buscados fuera, no dentro.

—¿Y tú qué has dicho? ¿No lo irás a dejar? Antes de entrar en la Interpol, la palabra abandono no figuraba en tu diccionario.

—No, no lo voy a dejar, aunque he tomado precauciones. He llamado al juez de Pontevedra que firmó la orden de rigor. He tardado en encontrarle; ése es otro de los motivos de mi retraso.

—¿Y qué te ha dicho, cooperará?

—Es un juez experimentado, lleva más de una década resistiendo los descarados envites de los capos gallegos de la droga.

—Pero ¿cooperará o no?

—Sí, lo hará. Simplemente me ha preguntado si yo estaba preparado para aguantar la presión.

—Le habrás dicho que sí, ¿verdad? —pregunté expectante.

—Me da lo mismo las personalidades que estén implicadas, sólo espero cogerle. Si quien le ayuda comparte conmigo trabajo y placa, merece un doble castigo. Por supuesto que seguiré, Lola. Sin embargo, de momento me retiro. He dejado la investigación en manos de un subalterno de confianza. Intento que parezca que, ante las presiones, desisto y me retiro del juego. Cuando todo se calme, continuaré abriendo manzanas... hasta dar con el gusano. ¡Ahora, a Leyre!

Sonreí. Realmente, no es fácil dejar colgados los problemas. No es como enganchar en la percha el atuendo de trabajo y vestirse de paisano, abandonando la corbata en lo profundo del armario. Los crímenes no sólo rapiñan la historia, también dejan huella en la memoria de quienes se afanan por resolverlos. Huellas de dolor y de angustia, de rabia y de frustración. Inmensa factura para un segundo de paz. Demasiado caro para no tener alguien con quien compartirlo. En aquel momento, y como en una súbita visión, viendo a Juan Iturri jugando con la cucharilla del azucarero de la cafetería, palpé su absoluta soledad. Como un latigazo, me invadió una honda pena y unas terribles ganas de abrazarle y de decirle que no se preocupara por el resto del mundo, que yo estaba allí, que siempre estaría allí, junto a él.

—No me mires así, Lola, le cogeré —me dijo, confuso.

—No pensaba en eso, Juan.

La voz me salió melosa, excesivamente sentimental. Traté de enderezarla



mientras rezaba para que él no lo hubiera notado. En realidad, aquello era absurdo. Juan era mayorcito y yo también. Ya habían pasado las épocas de recoger pajarillos indefensos caídos de los nidos tras las tormentas.

—Entonces, ¿en qué pensabas?

Ajeno a mis pensamientos, sus ojos se clavaron en los míos. Su boca entreabierta marcaba un rictus de desafío.

En aquel momento, un sutil cargo de conciencia me invadió. Estaba coqueteando con un hombre muy apuesto a quien apreciaba y, hacía un momento, estaba dispuesta a abrazarlo para consolar sus penas. Pero ¿qué me pasaba?

—Pienso que los monjes de Leyre nos estarán esperando. Son enfermizos seguidores del horario y las rutinas.

Bajé la mirada al contestar. No quería que Juan viera mi estúpido sonrojo.

Aquella avalancha de sentimientos se deshizo con la facilidad con que se había formado en el momento en que Iturri y yo nos metimos en el coche y comenzamos a discutir los detalles del caso. El camino se me hizo corto. Esta vez, no tuve ocasión de disfrutar de la contemplación del paisaje; el manto gris que cubría el cielo y la conversación me lo impidieron. Durante el trayecto, repasamos una y otra vez los hechos, buscando flecos, tratando de diseñar una estrategia fiable para el futuro inmediato, pero no avanzamos demasiado. Acabábamos de tomar la desviación hacia el monasterio cuando llamó Ramiro. La voz del forense mostraba una evidente satisfacción. Conociéndole, intuí que había conseguido descifrar aquella incógnita que le impedía cerrar su informe.

Ramiro hablaba muy alto, pese a todo, me acerqué a Iturri y puse el teléfono entre ambos para que el inspector no necesitara escuchar furtivamente.

—Lola, como te dije ayer, los hallazgos de la necropsia indican que tu abad murió a consecuencia de un paro cardiorrespiratorio. —Ramiro siempre asigna propiedad a los muertos que pasean por su mesa, una propiedad identificada normalmente con el responsable del asunto, en este caso, yo. Por ello, el pobre monje era *mi* abad y Cañarte, *mi* arzobispo—. Pero eso es tanto como no decir nada, por eso he realizado algunos análisis complementarios. Muestran que el proceso inflamatorio, extenso e intenso que encontramos en todas las vías respiratorias concuerdan con un episodio de asma grave.

—¿Quieres decir que murió por una crisis asmática?

—Sí, en realidad eso es lo que quiero decir. No obstante, la muerte por asma es infrecuente. Si la enfermedad está bien tratada, la mayoría de las crisis se supera sin graves problemas. Tu abad seguía un tratamiento broncodilatador eficaz; en su sangre y tejidos he encontrado rastros de teofilina, ipratropio, fenoterol... En fin, no pretendo aburrirte con jerga médica, lo que quiero decir es que si padecía una enfermedad asmática crónica, estaba siendo tratado por ella. En esos casos, la muerte es inusual. De ahí que sugiera que, o bien se le suspendió bruscamente el tratamiento, o bien existió algún factor que desencadenó un ataque agudo. Me inclino por lo segundo.

—Lo más probable es que su secuestrador no cogiera los inhaladores...

—Sí, pero la dosis en sangre... En fin, algo no cuadraba, por eso he seguido investigando.

—No recuerdo que el informe criminológico de los agentes que peinaron su celda mencionara la existencia de medicación antiasmática. Lo repasaré —contestó Iturri, acercándose el móvil.

—Cuando llegemos al monasterio, lo preguntaremos, Ramiro.

—De acuerdo, espero vuestras noticias. Y ya que estáis allí, preguntad por los gatos.

—¿Gatos? —pregunté extrañada.

—Sí, hemos localizado abundante pelo de gato en sus ropas; los restos impregnaban todo su hábito, desde la zona del cuello, hasta los pies. En realidad, he aislado tres tipos de pelo, todos gatunos.

—¡Pelo de gato! —musité—. Quizás el abad tuviera gatos. Lo preguntaremos también, Ramiro.

—¿Gatos en un monasterio, Lola? ¿Qué hace un gato en un sitio como ése? No creo que lo lleven a cantar vísperas —protestó Iturri, haciendo una mueca.

—Pues no sé de qué te extrañas, Juan. He leído en una revista que el papa Benedicto XVI convive en el Vaticano con unos cuantos. Dicen que es un «gatófilo» tan impenitente que los muchos felinos que pueblan el paseo que va desde el Borgo Pío hasta el Vaticano le saludan al pasar.

—Vale, es posible que me equivoque. En fin, enseguida nos enteraremos.

—¿Algo más, Ramiro?

—Le dieron una bofetada y hay marcas de presión alrededor de la boca y la nariz; creo que trató de defenderse porque bajo las uñas de su mano diestra

hemos encontrado rastros de piel.

—Es decir, que arañó a su asesino.

—Exactamente, pero eso no es todo: los análisis revelan restos de cloroformo.

—De acuerdo, mezclémoslo todo y reconstruyamos la escena —intervino Iturri—: Alguien sujetó al abad por detrás y le obligó a inhalar la sustancia anestésica; éste se defendió, pero no lo suficiente. Es muy probable que fuera en el coche, porque se han encontrado rastros de sangre que no corresponden al tipo del abad.

—Efectivamente, Juan —respondió Ramiro—. Pello Urrutia es A+, y la sangre del coche O+. Estamos analizando los restos de piel, pero de momento no tengo más que contaros. Eso sí, os agradecería que me llamarais cuando averiguarais si el abad tenía gatos y si se medicaba.

—Descuida, lo haremos.

Cuando divisamos la primitiva torre, horadada por aquellos irregulares arcos, estallé. Me había prometido a mí misma guardar silencio sobre aquello, pero, como siempre, mi voluntad no consiguió conservar la boca cerrada.

—Antes de que llegemos, me gustaría advertirte sobre el rector, que responde al nombre de padre Ignacio, y sobre su secuaz, el maestro de novicios, padre Francisco.

—¿Advertirme? ¿Qué es lo que quieres decir? Según lo que me has contado, no abandonaron el monasterio en ningún momento; tampoco tenían problemas con el abad o con el arzobispo.

—No son trigo limpio, Juan, te lo digo yo.

—De acuerdo, te creo, pero debes permitirme que juzgue por mí mismo. ¿En qué te basas para decir eso? Supongo que no te fundarás en que tienen cara de asesinos, ¿verdad?

Noté su sarcasmo, pero decidí dejarlo pasar.

—No, no es por eso. El hecho fundamental es que me mintieron; los dos, ambos se habían confabulado para mentirme.

A trompicones, relaté con pasión su evidente falta de cooperación, la exclusión del hermano Chocarro de la investigación y la ocultación de información sobre el robo de las sagradas hostias.

—Lola, según mi experiencia, ante un caso de asesinato, los investigadores

tienden a buscar enseguida culpables, precipitándose sacando conclusiones. Así, en su muy loable deseo de capturar cuanto antes al insensato que se ha erigido como guardián de la vida y de la muerte, descargan sus prejuicios sobre las gentes más cercanas a los fallecidos. No digo que en este caso estés siguiendo esas pautas, sólo digo que vayamos con cuidado.

—Vale —contesté, mordiéndome la lengua.

—Por lo que me dices, Lola, el rector y su ayudante sólo intentaban proteger su mundo. Si pensaban en el abad, afectado por un ataque de celo angelical, como culpable del asalto al sagrario, es lógico que no quisieran hacer partícipe de ello a la juez que supuestamente instruye un accidente de tráfico y una desaparición. Además, tienes que tener en cuenta que lo más probable es que desconozcan que su superior ha fallecido; salvo que ellos sean los asesinos. De momento, conocen la desaparición del abad y de las formas sagradas. En fin, lo que quiero decir es que, si bien su comportamiento puede estar relacionado con el asesinato, es mucho más probable que no sea así. Nos fijaremos bien en sus rostros cuando les comuniquemos la noticia.

—Quizá tengas razón, pero a mí me cayeron fatal. Sobre todo, el rector, con esos ojos azules que parecen taladrarte el alma cuando te miran. Y, encima, es juez... o lo fue. Sabe ocultar pruebas y tergiversar hechos.

—Lola, tienes que recordar que nosotros no juzgamos a las personas, nos limitamos a analizar sus acciones. La investigación no es una labor visceral, sino racional. Los sujetos pueden caerte mejor o peor, pueden mentirte, escupirte y hasta robarte, pero lo único que a nosotros debe importarnos es si son o no unos asesinos.

—Lo sé, Juan, perdona, siempre me dejo llevar por mis impresiones. Pero, de todos modos —insistí tozuda—, el rector me mintió a sabiendas; parece capaz de cualquier cosa.

—Como quieras, pero de mentir a asesinar hay un buen trecho. Creo que estás perdiendo objetividad. De acuerdo, te ha caído mal; te ha ocultado el robo del sagrario y ha excomulgado a tu testigo, pero decir que le crees capaz de asesinar... En fin, veremos qué cuentan sus ojos.

## VIII

Consolar no forma parte de mi labor como juez. Los magistrados escuchamos, preguntamos, instruimos y decidimos, pero, gracias a Dios, no ofrecemos el hombro a las partes. Sabemos que muchas de nuestras decisiones afectarán notablemente a la vida de los que nos escuchan, pero evitamos ver penas y alegrías, porque siempre vienen encarnadas en gentes con rostro e historia. Los jueces no somos psicólogos, no calibramos beneficios y pérdidas, dolores y alegrías; sólo resolvemos conflictos, midiendo con la vara de la ley y pesando con la balanza de la justicia. Sólo así, fría y objetivamente, con los sentimientos a buen recaudo, somos capaces de permanecer impassibles ante los resultados que nuestros pronunciamientos provocan en la gente. Sólo así, cumplimos la ley cuando ella manda liberar a un sujeto que sabemos, fehacientemente, culpable; sólo de esta manera cargamos con la pena al sujeto que tildamos de débil y necesitado de auxilio.

No, lo mío no es consolar a los testigos; sin embargo, aquel día, tras informar al superior benedictino de la violenta muerte de su abad, hice una excepción y me empleé a fondo. Vi el lamentable estado en que se sumió el rector del monasterio de Leyre y me dejé llevar por la compasión. Parecía un alma en pena. Se encogió sobre sí mismo y, con ambos brazos cruzados sobre el abdomen, gemía y se debatía; su temblor se acentuaba con cada detalle que le suministrábamos.

Alguien que desconociera los hechos, pensaría que el padre Ignacio estaba afectado por un cólico agudo, acaso por un profundo malestar de estómago, pero estaría equivocado; lo que realmente le dolía al padre Ignacio era el alma. Para quien, como yo, le habíamos visto moverse en toda su soberbia, aquella imagen resultaba impactante.

Al igual que el hermano Chocarro y el maestro de novicios, que lloraba contenidamente, el rector sufría el zarpazo del vacío en su estado más puro. La pérdida de un ser querido horada el alma de punta a punta; pero cuando la desaparición es inesperada, el hueco surge violentamente y derrama un dolor incisivo, inmune al consuelo.

Sólo un milagro permitiría que el monasterio escuchara, siquiera una última vez, la suave voz de su abad entonando la bendición de la mañana. Los monjes nunca más le verían, ni le oirían, ni sentirían su presencia. Nunca, jamás. El padre Ignacio debía asimilar de inmediato que no había freno ni marcha atrás, que ya nunca podría decir lo que quedó en el tintero para mejor ocasión: pedir perdón, agradecer, sonreír... Por lo que vi, el rector no estaba preparado para aceptarlo.

No obstante, si me decidí a ofrecer al rector palabras de consuelo, no fue por ese motivo, sino por otro más profundo: al abrumado padre Ignacio parecían arderle las entrañas por la culpa y el remordimiento. Decía Nietzsche que el remordimiento es como «la mordedura de un perro en una piedra: una tontería».

Tenía razón, el remordimiento es un sentimiento estúpido, tan estúpido como el amor, tan irracional como los celos y, como ellos, humano. Si sentimos dolor por el daño que involuntariamente infligimos, ¿cómo no sentirlo cuando sabemos que parte de la culpa debe atribuírse nos? Ése y no otro era el dolor que anegaba el alma del padre Ignacio. Lo decía su cara; lo contaban sus finos labios, retorcidos en un rictus extraño, lo narraban sus ojos humedecidos, reflejando chispas que, a todas luces, eran de desesperación.

Temí que aquella congoja hiciera estallar una tormenta imparable. Aquel hombre era un fraile que tenía por profesión la esperanza, pero, mientras repetía una y otra vez su retahíla, mientras se recriminaba, pensé en cerrar bien las ventanas de la biblioteca, no se le ocurriera lanzarse por alguna de ellas.

Mis palabras de aliento y mis apelaciones a los imponderables de la vida no surtieron efecto, sólo Chocarro, recitando textos bíblicos (desconozco cuáles, aunque alguno me resultó familiar), logró que el rector se calmara y retornara poco a poco a la sensatez. Ni Iturri ni yo conseguimos sacar de él nada en claro, tampoco del padre Francisco, preso de otro ataque de silencio espectral. El maestro de novicios continuó con su llanto callado, sin saber qué decir o sin querer decir nada.

Al final, optamos por seguir la sugerencia del sacristán y los dejamos a ambos en la biblioteca.

—¿Por qué no vienen conmigo y les muestro el patio interior? Es un sitio precioso. Quizá yo pueda ir solucionando algunas de sus dudas. Así les damos tiempo para recuperarse...

Bajo un cielo de azabache, dando vueltas y más vueltas por el pacífico cuadrado de piedra, Chocarro nos confirmó que el abad padecía asma y que, siguiendo las indicaciones del médico, tomaba algunos fármacos. De vez en cuando, sufría alguna crisis, sobre todo en primavera, pero, según nos explicó, habitualmente no tenía problemas con la enfermedad. Los monjes de San Salvador de Leyre no tenían gatos; había alguno salvaje que pululaba por los alrededores de la abadía, pero se abstenían de alimentarlos porque, cuando se colaban en la huerta, solían hacer bastantes destrozos y, además, en situaciones de abundancia, procreaban sin cesar: no podían permitirse alimentar a una manada creciente de felinos.

Dábamos nuestra enésima vuelta cuando el temporal dejó caer su furia sobre la tierra. Corrimos a guarecernos en el interior del claustro, aunque no fuimos lo bastante rápidos, o al menos yo, que me mojé completamente. Lo recuerdo bien, no sólo porque hube de volver al día siguiente a la peluquería, sino porque se me destañeron los zapatos y tardé horas en conseguir que mis pies volvieran a adquirir su color habitual.

De todos modos, el frescor de aquella cortina de agua tuvo efectos balsámicos sobre todos nosotros. Pareció como si mientras mojaba la tierra, enjugara también las lágrimas del alma. No habían transcurrido más de unos minutos del comienzo del diluvio, cuando el rector vino a nuestro encuentro: estaba mucho más tranquilo, aunque una extraña sombra había amortajado sus ojos hasta hacerles perder por completo el brillo.

—Señoría, inspector, por favor, imploro sus disculpas. Mi anterior comportamiento no tiene justificación. Y aunque sé que no me exculpa, sólo les diré que la noticia ha sido tan dolorosa como inesperada... Si les parece, podemos volver a la biblioteca. Allí nos servirán café y pastas. Mi deseo más ferviente es ayudarles en todo lo que pueda. El pensamiento de nuestro querido abad y del ordinario de la diócesis en esas circunstancias me hace desfallecer. ¡Hemos de detener a ese loco cuanto antes!

—Se lo agradecemos mucho, rector. Todos buscamos el mismo fin; su cooperación nos será muy valiosa —musité, sin hacer ninguna referencia al pasado, pero aliviada de su cambio de actitud.

—Vayamos entonces; allí nos espera el padre Francisco. ¿Nos acompaña, hermano? —dijo, dirigiéndose a Chocarro.

—Como usted ordene, padre Ignacio.

La voz de Chocarro no sonó altiva, ni siquiera conmisericordiosa; pareció que su memoria hubiera borrado cualquier ofensa pasada, que no conservase el menor recuerdo. El rector agradeció su gesto con una franca sonrisa.

Sentados alrededor de la magnífica mesa de la biblioteca, acompañados por miles de años de historia y de saber, los tres monjes y nosotros dos tratábamos de poner en claro el galimatías. Sólo yo había probado las pastas y aceptado el café. Los demás, se conformaron con agua fría. Las ventanas estaban ligeramente abiertas. Un gancho lateral impedía que se golpearan por la fuerza de la tormenta. Entraba un frescor benéfico, especialmente agradable tras el bochorno de las primeras horas.

—Padre Ignacio, le agradecería que nos describiera cómo era su abad. Cualquier dato que usted estime que pueda estar relacionado con su desaparición, será de utilidad.

—Pues no sabría por dónde empezar, señorita. Pello Urrutia era un hombre muy bueno, santo, diría yo. Antaño fue un abad severo, aunque justo —puntualizó—; sin embargo, con el paso del tiempo, se fue ablandando. De hecho, últimamente podría decirse que resultaba demasiado benevolente para las obligaciones de su cargo. Amaba mucho a Nuestro Señor; veía en la santa regla la expresión de su voluntad, y cada día le costaba más aplicar la instrucción... Tendía siempre a justificar al infractor. El padre Francisco y yo mismo nos veíamos obligados, en ocasiones, a recordarle la necesidad de disciplina... No sé qué más decir, señorita: era un hombre virtuoso y ejemplar, amantísimo servidor de la comunidad y de Nuestro Señor sacramentado...

—No obstante, rector, el padre Francisco y usted no tuvieron demasiadas dudas al asignarle la sustracción. Según su declaración, cuando desapareció el Santísimo, ambos creyeron que el abad era el autor del robo sacrílego —le increpé.

—Tal como usted lo describe suena terrible, señorita, pero no lo es. Nosotros



no pensamos nunca en un robo blasfemo...

—Quizá lo haya entendido mal, padre, le ruego que me aclare este punto: ¿no es cierto que ustedes creyeron que su abad se había llevado el copón de oro guardado en el sagrario del templo, que contenía hostias consagradas?

—Es cierto, pensamos, erróneamente por lo visto, que se las había llevado él, pero en ningún momento supusimos que tuviera un motivo blasfemo o profanador para hacerlo.

—Entonces, ¿cuál era su motivo? ¿Qué incita a un clérigo a llevarse una colección de sagradas formas?

—A veces, un exceso de celo...

—Eso sí que no lo entiendo, rector. De hecho, hace tiempo que me he perdido en esa maraña de enunciados que usted teje. No tenemos tiempo que perder. Le ruego que se explique simple y llanamente. Como ha podido comprobar, no son momentos para silogismos ni políticas de salón.

—Disculpe, señoría, no era ésa mi intención. Lo que ocurre es que no es fácil de explicar o, más bien, es difícil de entender, ya que, ahora lo veo claro, nos equivocamos de medio a medio. A ver si soy capaz de exponerlo con claridad. Con la edad, nuestro querido abad había ido cogiendo ciertas manías con relación al Santísimo. Desde hace años, padecía insomnio. Casi no dormía, con un par de horas de sueño tenía suficiente. En cuanto se despertaba, se marchaba a la capilla del Santísimo. Se pasaba las noches en vela ante el sagrario.

—Bueno —juzgué—, no es algo tan raro: ésa era su profesión, si se me permite hablar así.

—¡Por supuesto que era su profesión, como la de todos nosotros! Pero nosotros, dormimos. No me entienda mal, señoría, lo que quiero decir es que comenzaba a írsele la cabeza: no recordaba cosas que él mismo había ordenado, olvidaba las obligaciones contraídas, perdía incluso la memoria en lo relativo a nombres y rostros. Nada demasiado alarmante, pero sí anticipatorio de un proceso que se iniciaba. El padre Francisco y yo pensamos que se trataba de eso: su rutina habitual se iba convirtiendo en obsesión, en un exceso de celo.

—Ahora lo entiendo, rector, gracias por su aclaración. El abad perdía la memoria de vez en cuando y sus lapsos se concentraban en aquellas cosas que más quería, es decir, en las que centraban las rutinas de su vida.

—Sí, eso es exactamente lo que pasaba. De modo que, al desaparecer el

Santísimo y el abad, pensamos que estarían juntos, y que nuestro superior habría perdido momentáneamente la noción del tiempo y del espacio. Imaginamos que, en un periodo corto, ambos volverían al monasterio, sanos y salvos. ¿Comprende ahora nuestra posición? ¿Para qué alarmar a la policía o a la casa central con algo que se resolvería pronto y por sí mismo? Ahora veo que el padre Francisco y yo nos equivocábamos, pero entonces, sin contar con los datos que obran ahora en nuestro poder, estimamos que el coste de ponerlo en conocimiento de las autoridades civiles o eclesiásticas era demasiado alto. No en vano, el Santísimo estaba implicado. Pocas personas entenderían que eso hubiera ocurrido.

—¿Y no es posible que los hechos ocurrieran como dice el padre rector y que, una vez fuera del monasterio, alguien atacara a nuestro abad y robara el sagrario que circunstancialmente estaba en su poder? —tanteó el maestro de novicios.

Para sorpresa de todos, tras permanecer durante horas en un completo mutismo, se sumó a la conversación e intervino en varias ocasiones.

—No es muy probable, me temo. Parece haber mucha organización en este caso, para explicar lo acontecido por el azar, padre —contestó Iturri—. En mi opinión, esto lleva tiempo planeándose. Una nota en latín escrita en un pergamino antiquísimo, cuyo contenido original ha sido borrado con sumo cuidado; el envase empleado, en forma de ataúd, parece artesano, tosco, fabricado ex profeso para la ocasión, según indican los expertos. Si el asesino no es uno de ustedes, pero iba enfundado en un hábito benedictino, ha debido de hacerse con él. En fin, no parece casual.

—Sí, tiene usted razón, inspector, lo siento —se excusó el maestro de novicios.

—No debe sentirlo, hay que probar muchas hipótesis para dar con la acertada.

Por un momento, todos nos quedamos callados. Iturri parecía sumido en hondas reflexiones; supongo que los monjes rezaban en silencio. Yo simplemente estaba cansada; quería irme a casa y volver a hacer lo que sabía: instruir pequeños allanamientos de morada y robos de poca monta. Por mucho que Iturri halagara mis dotes indagatorias, la investigación policial no se encontraba entre mis costumbres. Lo mío era procesar a todo correr la información que me ofrecían, sesgada la mayor parte de las veces, y contrastarla

con la ley. Pero en este caso, era yo quien había de buscar la información y no disponía de ningún patrón que me permitiera juzgar su veracidad o importancia.

Iturri rompió el silencio y comenzó a considerar en voz alta las distintas ramificaciones del caso. Todos le escuchamos, a pesar de cierto agotamiento colectivo.

—Muy bien, veamos todas las opciones posibles. Supongamos, en primer lugar, que, en efecto, según sus intuiciones, fue el abad quien, enajenado, se llevó el sagrario. Si, como parece, esto estaba planificado desde hace tiempo, ¿cómo es posible que su asesino supiera que precisamente ese día iba a sufrir una extraña crisis que le llevaría a emprender tan peculiares acciones? En principio, la hipótesis resulta muy poco plausible. Sin embargo, es posible que el abad se llevara el Santísimo, pero con otro fin. Rector, ¿el abad se había mostrado últimamente nervioso, temeroso, inquieto? —inquirió Iturri.

—No; como siempre, se le veía sonriente y pacífico. Angelical. ¿Qué es lo que sugiere, inspector? No logro adivinarlo.

—¿Cree que es posible que alguien le amenazara de algún modo, que le atemorizara con hacerle daño a él o a cualquier otro hermano, y que el Santísimo fuera el objeto del chantaje?

—No, es imposible —su voz se apagó unos instantes. Luego, manifestó—: Ante un caso como el que plantea, es posible que yo, en mi torpeza y orgullo, hubiera considerado esa posibilidad. Pero nuestro abad no lo habría hecho nunca; jamás habría entregado al Santísimo. A veces, confundo el medio con el fin y trato de proteger al monasterio por encima de su Señor, como acabo de hacerlo. Sin embargo, basándome en los años que llevo bajo su amparo, puedo decir que nuestro abad habría actuado de forma muy distinta a la mía. De forma correcta. Creo que el hermano Chocarro podrá corroborar mis palabras, ambos se apreciaban mucho.

—¿Es así, hermano? —pregunté yo, entrando en la conversación.

—Sí —respondió.

Todos esperamos callados unos momentos, pensando que Chocarro continuaría la frase, pero no ofreció más detalles.

—De acuerdo, les creo; no fue él —aceptó Iturri—. ¿Quién lo hizo entonces y cómo?

Nadie le respondió.

—Muy bien, ¿qué es lo que sabemos? Sólo que usted, y nada más que usted, reparó en algo extraño. Hermano Chocarro, ¿es cierto que aquella mañana creyó notar indicios de que había alguien en el templo?

—Así es —contestó humildemente, mirándome de reojo—, sólo yo lo percibí, pero creo que había alguien allí, o ese alguien acababa de marcharse.

—¿Es posible que, debido al miedo y al natural nerviosismo por la profanación, su imaginación le jugara una mala pasada? —cuestionó Iturri.

Chocarro asintió dos veces con la cabeza.

—¿Es eso lo que usted cree, que todo fue fruto de su imaginación? —incidió yo, sabiendo que él no se expresaría libremente, salvo que se lo preguntara.

—No, señoría, no es eso lo que creo, aunque admito que lo que apunta el inspector Iturri es posible.

—Entonces, hermano Chocarro, ¿cómo es posible que sólo usted percibiera esa presencia, ése... olor? —insistió Iturri, para quien, al parecer, Chocarro era un testigo poco fiable.

Un soñador con demasiado tiempo para pensar.

—Lo del olor, tiene su explicación, inspector. Mi olfato ha sido siempre excelente. Es cierto, sin embargo, que aquellos aromas podrían estar allí por alguna otra razón... aunque yo no lo creo.

La última parte de su frase sonó algo más suave, pero no menos verídica. Iturri no tardó en entrar al trapo.

—¿Por qué no lo cree, hermano Chocarro?

—Lo había olido antes... En el monasterio, quiero decir. Llevo horas tratando de recordar. Creo haberlo percibido uno de los pasados días, en el refectorio.

—¡Sí, tiene razón! —exclamó el padre Francisco, despertando de su habitual letargo—. Yo también me acuerdo de eso; uno de los visitantes usaba un perfume muy fuerte.

—¿Un visitante, se refiere a algún cliente del hotel? —le preguntó Iturri.

—No, no me refiero a un cliente. Disponemos de un hotel hospedería con treinta habitaciones y restaurante. Pero entre la clausura y los clientes del hotel, no hay ningún contacto. Son dos lugares completamente independientes. Sin embargo, hay algunas personas que buscando paz, silencio u oración, solicitan pasar unos días con nosotros en el interior de la clausura del monasterio.

Disponemos de algunas celdas para ese fin. Esas personas (sólo admitimos hombres) conviven con los hermanos, compartiendo techo y comida. Si lo desean, acuden con nosotros a los oficios divinos; si prefieren, permanecen en sus celdas o pasean por el claustro, la huerta o el bosque.

—¿Ha vuelto a oler ese perfume, hermano Chocarro?

—No desde aquel día, inspector.

—Muy bien —dijo Iturri y se levantó. Su esbelta figura se materializó en medio de la biblioteca con la fuerza de un ciclón. Su mirada penetrante se centró en el rector, sabiendo que éste sería receptivo—. Padre Ignacio, necesito a la mayor brevedad una lista de todas las personas que han pernoctado en la hospedería interna del monasterio en la última semana. Mejor en las dos últimas semanas. ¿Qué datos se les demanda al llegar?

—Solemos pedirles el documento de identidad, pues nos lo exige la policía: anotamos el número, el nombre completo y la dirección.

—¡Perfecto!

En pie, ante todos, ordenando más que pidiendo, alzando su voz de mando sobre nosotros, Iturri estaba en su salsa. Yo permanecí callada. Aunque Juan había asumido todas las funciones, el caso era de mi competencia y el inspector estaba a mi servicio. No me importó demasiado que hubiera traspasado la línea, pero mentiría si negara que estaba un poco enfadada. Pensé que no me habría hecho falta su retahíla de conocimientos para pedir aquella lista: yo era inexperta, pero no tonta. Si Iturri se dio cuenta de mi malestar, no lo manifestó. Lo dejé correr.

—Hermano Chocarro, antes de que se vaya, me gustaría repasar con usted los pasos que dio en el templo el día de autos. Según me contó ayer, encendió todos los focos y revisó todos los recovecos de la nave central y de las laterales.

—Así es, en efecto.

—Mi pregunta es: ¿el asesino o el ladrón, si no es la misma persona, pudo esconderse con tanta luz en una iglesia tan abierta?

—No es fácil, pero es posible. Hay capillas laterales que están dotadas de su propio sistema de iluminación y, por tanto, que permanecen habitualmente en penumbra. Además, el templo es grande. Pero si le soy sincero, creo que fue al revisar la cripta cuando él salió. Estaría escondido en una capilla, y cuando me vio descender, aprovechó para marcharse...

—Con el copón y las hostias...

—Sí, eso es lo que creo.

—Otra cosa, hermano, por lo que he visto el sagrario tiene cerradura, y no ha sido forzada. ¿Cómo lo abrieron?

—Una ganzúa, una horquilla corriente, de ésas que emplean las mujeres para sujetarse el pelo, sería suficiente; la cerradura no sirve de mucho, se trata de una simple medida disuasoria.

—De acuerdo, el asesino o el ladrón se llevó el contenido del sagrario y salió corriendo por la sacristía. ¿Y luego?

—Si estaba hospedado en el monasterio, podría haberse escondido en su celda. Sería el sitio más seguro.

—Claro —concluí, pensativa. Iturri me miraba sonriendo. Había vuelto a sentarse—. Y ¿por qué, hermano Chocarro? ¿Usted realmente lo entiende?

—¿A qué se refiere, señoría?

—¿Por qué se tomaron tantas molestias para robar una hostia? Si únicamente necesitaban una para enviársela al arzobispo, ¿por qué hacerlo tan complicado? ¡Hay métodos más sencillos y mucho más seguros!

—Yo tampoco lo entiendo —alegó el rector.

El maestro de novicios asintió con la cabeza. Todos callamos hasta que la voz de Chocarro nos sacó del ensimismamiento.

—Yo creo saberlo..., aunque puede ser una tontería —su tono se elevó potente, para interrumpirse de inmediato.

—No creo que sea una tontería, pero, en todo caso, me gustaría oírla —dije.

—Pienso, señoría, que todo esto pudo haber tenido su causa en el abad...

—¿En nuestro abad? —replicó el rector.

Le miré con dureza. Su obstinación me exasperaba.

—Siga, por favor.

—Quizá me equivoque, padre Ignacio, pero pienso que el sagrario era el cebo perfecto para cazar al padre Urrutia.

—¿Cazar? —tanteó el maestro de novicios.

—Padre Francisco, ¿cómo si no lograrían sacar del monasterio a nuestro abad? Usted sabe bien que al abad Urrutia le disgustaba abandonar la clausura. Evitaba incluso ir a Solesmes.

—¿Quiere decir que robaron el sagrario para que él saliera en su busca? —

pregunté, sorprendida.

—Eso es lo que creo, señoría.

El rostro del sacristán se tiñó de grana. Su silla estaba alejada de la mesa y tenía las manos sobre el regazo, ocultas por la capa marrón. Parecía avergonzado. No obstante, y a pesar de su rubor, tuve la sensación de que estaba satisfecho por haber intervenido.

Circunspecto, el rector tomó la palabra para preguntarle con tono cauteloso:

—Hermano, lo que acaba de decir, ¿lo cree o lo ha soñado?

—Ambas cosas, padre Ignacio; racionalmente creo que es la opción más acertada y, además, lo he soñado.

—Detalle sus bellos sueños, hermano —contestó Iturri, soltando una carcajada.

No había habido ningún rasgo burlón en la voz del rector cuando formuló su pregunta, pero el sarcasmo sí estuvo presente en la de Iturri. Yo no había omitido contarle los dones con que el destino había adornado al sacristán del monasterio, pero Iturri se mofó de él igualmente. No se me pasó por alto el enfado del rector ante esa actitud, pero estimé que se quedaría en el gesto. Me equivocaba: en ese preciso instante, los felinos ojos del rector volvieron a encenderse y, con irritación en la mirada y desafío en la voz, se volvió hacia Juan:

—Se equivoca usted, inspector. Me extraña, además, que, con la experiencia que posee, dude y desprecie algo simplemente porque lo desconoce. Ha de saber que el don de profecía es otorgado por el Espíritu Santo a quien le place y como le place. Le aseguro que el hermano Chocarro lo tiene... Lo único que siento es no haberle hecho caso antes. Si él asegura que fue así, tenga por seguro que ocurrió como dice —concluyó, retándole a hacer algún comentario.

Tras un largo silencio, durante el cual el sacristán extendió su rubor a todo el cuerpo, Iturri respondió.

—Muy bien, supongamos que sustrajeran las hostias para obligar al abad a salir en su busca, pero ¿cómo hacérselo saber, cómo hacerle partícipe de la sustracción y de los requerimientos? —Sin dejarnos intervenir, él mismo ofreció la respuesta—. Pudo dejarse una explicación en el interior del propio sagrario... ¡Claro, cuando Chocarro llegó estaba abierto! No obstante, surge otra duda mayor: ¿cómo asegurar que el abad y no el hermano Chocarro, por poner un ejemplo, encontraría esa nota? Aunque, claro, si era tan devoto y pasaba tantas

horas en el templo, era lo más probable...

Juan se incorporó y paseó por la biblioteca con los brazos cruzados. Se paró ante una ventana. Yo sonreí con satisfacción. Conocía su proceso mental; en aquel momento su cerebro procesaba a toda prisa la nueva información otorgando probabilidades a los hechos. Finalmente, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a su asiento:

—De acuerdo, dibujemos el escenario; antes de nada, debo decir que esta hipótesis rechaza de pleno a las mujeres; aunque se hubieran presentado disfrazadas y tuvieran cuerpo con formas masculinas, en una comunidad de hombres resulta muy difícil disimular un pecho abultado o unas caderas generosas. De acuerdo, decía que una persona, un hombre, solicita pasar unos días en la clausura; se le admite y se le asigna una celda. Cuando todos descansan (incluido el abad, que, según ustedes cuentan, duerme sólo un par de horas), ese hombre va al templo, consigue abrirse paso hasta la capilla del Santísimo (luego hablaremos de cómo), profana el tabernáculo, roba su contenido y retorna luego a la celda, no sin antes dejar una nota y apagar la lamparilla. El abad se despierta y, como tiene costumbre, acude al templo a medianoche: encuentra el sagrario vacío, lee la nota y sale del monasterio a toda prisa; coge el coche y va allí donde le han indicado, lo secuestran y, posteriormente, asesinan. Sí, hubo de ocurrir más o menos así.

—Inspector, lo que usted afirma da por supuesto que trata de un asesino que conoce las costumbres del abad, lo que vuelve irremediablemente la culpabilidad hacia este monasterio.

—Sí, rector, me temo que en eso tiene razón. El asesino debía conocer las costumbres del superior del monasterio para fijar su estrategia... y, además, debía disponer de llaves. Sostenía el hermano Chocarro que en una abadía como ésta, las cerraduras son viejas y fáciles de abrir; con una ganzúa, un cuchillo o incluso una horquilla de moño. Estoy de acuerdo, pero, aun así, si hubieran sido forzadas, los chicos del laboratorio deberían haber encontrado algún indicio; pero ellos afirman que las cerraduras no parecen haber sido forzadas.

—¿Uno de nosotros, inspector? ¿No creerá que uno de los monjes abrió las puertas y facilitó el robo? ¡Dios mío! ¿Cómo se puede sugerir algo así?

—¿Todos ustedes disponen de llave de la sacristía? Dicho de otra manera, ¿tienen libre acceso al templo? —pregunté evitando responder cuestiones que no



llevaban a ningún sitio.

—No, únicamente yo, el maestro Francisco y el hermano sacristán, amén del padre abad, que en paz descanse, disponíamos de llave de la sacristía. No obstante, en el refectorio, junto al panel de avisos, hay un juego completo de llaves: contiene copia de todas las del monasterio. Así pues, cualquiera pudo haberlo cogido, pero, en nuestra descarga, he de decir que todos los hermanos llevan bastante tiempo en el monasterio: creo que el que menos andará por los cinco años de permanencia. Sinceramente, no veo a ninguno de ellos haciendo las cosas que usted sugiere.

—Y los novicios, ¿qué puede decirme de los novicios, tienen ellos acceso al mismo juego de llaves? —interrumpió Iturri.

El padre Ignacio miró pensativo al maestro de los neófitos, que acató con una leve inclinación de cabeza:

—Sí, supongo que ellos también podrían haberlas cogido...

—¿Con cuántos novicios cuenta el monasterio en estos momentos? —pregunté.

—Las cosas no son lo que eran, señoría. En la actualidad, sólo tenemos un candidato; lleva seis meses con nosotros y parece tener vocación. El mes pasado nos dejó un segundo candidato que se desanimó pronto, en poco más de tres semanas. Aunque él tardó tiempo en darse cuenta, resultaba claro, a simple vista, que no estaba llamado a una vida contemplativa.

—¡Ése es nuestro hombre! —chilló Iturri, enardecido—. ¡Él pudo hacer copia de todas las llaves y entregarlas al asesino cuando salió del monasterio!

Para mí, las cosas no estaban tan claras como para Iturri. Desde luego, había que seguir esa pista, por si nos condujera a otras.

—Lo investigaremos, por supuesto —insistí—, pero en todo caso, creo que debemos considerar seriamente la hipótesis de que la elección de su abad no fue casual. En otras palabras, los autores de estos hechos no pretendían secuestrar a un abad cualquiera, sino al abad del monasterio de Leyre. ¿Por qué? Lo desconocemos, pero si conseguimos penetrar en ese misterio, daremos con las raíces del caso. Por otro lado, el secretario Andueza relató en su declaración que el arzobispo de Pamplona tuvo esa misma impresión: monseñor Cañarte creyó en todo momento que este dilema no se relacionaba con el ordinario de la diócesis o con la Iglesia, sino con él personalmente. Pensó que, por algún motivo

que desconocía, se encontraba en el punto de mira de algún complot. Desgraciadamente acertó. En vista de esa coincidencia, mi pregunta, rector, es: ¿qué podía unir al ordinario de la diócesis de Pamplona y al abad del monasterio de Leyre?

—Verá, señoría, nuestra abadía, como muchas otras, yo diría que, como la gran mayoría de las comunidades de vida consagrada, es independiente del ordinario de la diócesis. Se mantiene la cortesía habitual y las celebraciones conjuntas en momentos específicos. Tenemos relaciones más estrechas cuando hay ordenaciones o consagraciones, en los últimos años, ninguna. En fin, desde mi punto de vista nada especial unía a ambos fallecidos. Marchaban juntos por la senda de la Iglesia, pero por rutas paralelas.

—De acuerdo —repliqué—, nada institucional les unía, pero es posible que, en lo personal, mantuviesen algún tipo de lazos.

—Señoría, en un monasterio como el nuestro, todo el tiempo disponible está medido, tasado y asignado a alguna actividad. Nuestro horario es muy rígido y no nos permite dedicarnos a cultivar amistades particulares. Es verdad que un abad tiene cierta flexibilidad, pero el nuestro no la empleaba. Seguía estrictamente la vida cenobítica: vigiliyas, laudes, horas menores, estudio, oración, trabajo. Que yo sepa, nuestro abad y el arzobispo se apreciaban mutuamente, pero no se relacionaban fuera de las obligaciones ordinarias.

Volvió el silencio. Los efectos benéficos de la tormenta se habían consumido y el calor sofocante volvía a llamarnos desde las ventanas entreabiertas. Miré en torno, todos parecían cansados, iba a proponer un receso, cuando noté que Chocarro despertaba. Nuevamente, percibí el cambio en sus mejillas, que comenzaron a colorearse.

—¿Ocurre algo, hermano Chocarro? Es como si se le hubiera aparecido un ángel.

—Lo siento, señoría, estaba pensando en la elegancia de las soluciones.

—¿Perdone? —repliqué, confusa.

—La elegancia de las soluciones; verá, la ciencia matemática enseña a resolver problemas complejos. Lo más importante, por supuesto, es la resolución, pero también se consideran la elegancia y la eficiencia con que se llega a ésta. Una solución en tres pasos es siempre mejor que una en seis.

—Eso es muy interesante, hermano, pero...

Como si no me hubiera oído, Chocarro continuó.

—Para llegar a la eficiencia, hay que emplear siempre la lógica racional, no la sentimental. La racionalidad obliga a empezar por lo más probable. Para resolver una integral, lo primero que se hace es mirarla detenidamente, examinarla, no sea de resolución directa...

Creo que ninguno de los presentes seguíamos el razonamiento; sin embargo, lo que decía sonaba muy bien y le escuchamos atentos.

—... Comenzar por lo evidente, eso debemos hacer. Si examinamos racionalmente el problema que nos ocupa, debemos salir de lo particular e ir a lo general, eliminando todo lo superfluo. ¿Si no supiéramos que ambos han sido asesinados, qué relación encontraríamos entre el arzobispo de Pamplona y el abad de Leyre? —Todos aguardamos la respuesta en silencio—. Es fácil, son, por este orden, los números uno y dos de la Iglesia navarra.

Le miramos abobados; era una obviedad, pero podía tener razón. En aquel momento, recordé que ya Uranga lo había mencionado.

—Entonces... —dije, mirando a Iturri.

—Sí —me contestó, sin ofrecer más detalles.

Juan y yo habíamos decidido omitir el detalle del dedo del arzobispo. Pero si Chocarro tenía razón, el caso entraba por terrenos mucho más intrincados. Si el dedo del abad había servido como cebo para el arzobispo, ¿qué pieza pretenderían cazar con el dedo del prelado Cañarte?

—Rector, ¿el abad de Leyre se puede considerar el número dos de la Iglesia navarra?

—Sí, así lo creo. Sin duda, San Salvador de Leyre es el monasterio más importante de este reino.

Me detuve un momento, pensando en cuál sería la mejor forma de formular aquella pregunta. No encontré ninguna satisfactoria. Todo lo que se me ocurría preguntar, delataba mis cartas y mostraba la jugada. Sin embargo, lo hice. Iturri me lanzó una aguda mirada de reproche.

—Rector... Por encima del obispo, ¿quién se sitúa? Jerárquicamente, me refiero.

—Pues no sabría decirle. En realidad, la jerarquía de la Iglesia es muy sencilla; se limita a los obispos y cardenales en comunión con el Santo Padre. Cada uno de ellos, en su diócesis, hace y deshace a voluntad, respetando,

naturalmente, las directrices generales del Evangelio.

—¿Me está usted diciendo que por encima del arzobispo Cañarte sólo está el Papa?

—En sentido estricto, así es. De facto, existe una Conferencia Episcopal, a quien todos escuchan, aunque no tiene jerarquía formal alguna; por otro lado, el Papa tiene un nuncio en Madrid.

—Gracias por la aclaración, rector —me cortó Iturri. Debo reconocer que su interrupción me molestó profundamente—. ¿Sería posible tener enseguida la lista de los visitantes que pernoctaron en el monasterio en las dos últimas semanas? ¡Ah, y necesitaré también el nombre y dirección de su último novicio!

—Sí, por supuesto. Hermano Chocarro, ¿quiere usted hacerse cargo de ello, por favor?

El aludido abandonó la habitación sin mentar palabra. Le observé mientras salía, empujando con soltura la robusta puerta de la biblioteca. Decidí que, en la primera ocasión, le preguntaría abiertamente qué pensaba del caso: estaba segura de que Fermín Chocarro iba a ser más útil en adelante.

## IX

Cuando salimos de la abadía, el cielo parecía recién pintado; su azul lo llenaba todo con su brillo esperanzado. De las plumizas nubes no quedaba ni rastro; tampoco la tormenta había dejado huella y el calor campaba nuevamente a sus anchas. Me desprendí de la americana al salir de la clausura: la camisa empezaba a pegárame a la piel a causa del sudor y, en parte, a raíz del disgusto por el comportamiento de Iturri. Él no parecía notar el paulatino aumento de la temperatura. No dijo palabra; navegaba por su mundo de indicios y pruebas.

En realidad, preferí que así fuera. Necesitaba un margen de tiempo para dominar mi enfado: Juan me había desautorizado en público; eso no debe hacerse nunca con un juez, aunque el susodicho fuera, como era mi caso, un magistrado inepto o novato. Llevaba en la mano la lista de las personas que habían compartido clausura con los monjes de Leyre en los últimos quince días. Cuando me senté en el coche, me puse a estudiarla; Iturri conducía en silencio.

La lista había sido diligentemente confeccionada por el hermano portero, un simpático y enjuto fraile, de nombre Daniel, cuya piel parecía haber sido estrujada hasta extraer de ella todo el jugo. Ignorando que los estados modernos tienen a todos sus ciudadanos controlados de mil y una formas y que, con un solo dato, las autoridades pueden conocer hasta sus más recónditos pensamientos, fray Daniel había enumerado todo tipo de detalles: al número del documento de identidad y a su dirección exacta, se añadían la edad del huésped, la profesión actual, el tiempo que había estado hospedado en la clausura (tres noches la mayoría) y una completa descripción de los rostros que el hermano recordaba. Debo decir que fray Daniel, como la mayor parte de los que, de una u otra manera, ejercen labores de portería, tenía una exquisita capacidad de observación y una memoria prodigiosa. A excepción de uno de los huéspedes, de

quien no fue capaz de proporcionar más que detalles inconexos, nos ofreció retratos tan exhaustivos que hubieran sido envidiados por la propia policía.

Mientras Iturri conducía ensimismado, yo me dediqué a analizar aquel listado. No era demasiado extenso (había quince nombres). El más joven tenía veintiún años; el mayor, sesenta y seis. Resultaba evidente que las motivaciones que impulsaban a aquellas personas a abandonar las comodidades de la rutina diaria y a retirarse del mundo, siquiera por unos días, podían ser muy distintas.

Contrariamente a lo que yo había supuesto, San Salvador de Leyre no sólo atraía a gentes de procedencia cercana. Aunque había muchos monasterios diseminados a lo largo y ancho de la geografía nacional, algunos visitantes venían de lejos para hospedarse allí. Miré por la ventana y rectifiqué de inmediato mi primer pensamiento. Bajo la luz de aquel ingrátido cielo de gasa azul, la pacífica abadía cautivaba sin remedio. Al volver nuevamente la vista hacia la lista que descansaba en mi regazo, no me extrañó que algunos de aquellos hombres se hubieran desplazado desde Menorca, Sevilla, Valencia o Málaga, aunque, por motivos obvios, la mayoría procedía de zonas próximas: ocho de la Comunidad Foral de Navarra, dos de Zaragoza y uno de La Rioja.

Para mi desgracia, no disponíamos de ningún sensor que permitiera identificar a un asesino de frailes y curas. Por más que leía aquella colección de nombres y datos, no conseguía identificar algún factor que me hiciera sospechar de ninguno de ellos. Cuando la ciudad estaba al alcance de nuestra vista, giré la cabeza hacia mi acompañante y me dirigí a él. A aquella altura del viaje, mi enfado había casi desaparecido:

—De esta lista poco vamos a poder sacar, Juan... Los hay de todas las edades y ciudades; además, vienen de todas partes. Me temo que tendremos que estudiarlos uno por uno. ¡Nos va a llevar horas entrevistarles!

Sin dar explicaciones, Juan giró bruscamente el volante, detuvo el coche en el arcén y se encaró conmigo.

—Lola, tenemos que hablar —dijo con tono quejoso.

—Sí, claro —respondí maquinalmente.

—No, en serio, escúchame...

—Vale, no te pongas así: te escucho.

—Debo... Quiero pedirte perdón. Ya no eres la mujer asustadiza que conocí esposada a una cama de hospital.

Era cierto, ya no lo era. Juan había sido el inspector que logró quitarme aquellas esposas. Fui acusada de la muerte de un compañero. Pronto se demostró que yo no tenía nada que ver con aquel homicidio, sin embargo, estuve varios días detenida en régimen de prisión provisional. El poco aguante de mi corazón hizo que cambiara la celda de la penitenciaría por unas esposas que me anudaban a la cama de un centro sanitario, custodiada día y noche por dos agentes. Juan me había visto llorar, me había oído relatar mis problemas conyugales, me había contemplado ataviada con uno de esos camisones que nunca terminan de tapar tu cuerpo... En fin, me había visto en el momento más bajo de mi vida, y desde arriba.

—No lo soy, Juan —contesté. Mi voz delataba que, pese a todo, el enfado había prendido hondamente—. Ahora llevo toga y estudio problemas que tienen otros. Por ejemplo, este caso.

—Sí, por eso he detenido el coche: me veo en la obligación de pedirte disculpas. Lo cierto es que no estoy acostumbrado a trabajar bajo las órdenes de nadie. Hace muchos años que soy yo el que manda. No hay democracia en mi equipo.

—Lo sé, Juan, tú eres el jefe porque eres el mejor. Pero has de tener en cuenta que el sumario no lo insta la policía, sino el juzgado. Es responsabilidad mía. Cuando esto acabe, tú te volverás a la Interpol, te sumergirás de nuevo en tu mundo, detendrás a ese pederasta que persigues, a un importante traficante de arte o a un mafioso. Pero yo seguiré aquí y la gente me juzgará por la eficiencia con que lleve este caso.

—¿Quieres que lo deje? —me preguntó con voz difusa.

—No, Juan, no quiero que lo dejes —le respondí, convencida—. Sigues siendo el mejor y te necesito.

—De acuerdo entonces: tú estás al mando. Te consultaré antes de tomar decisiones.

—Perfecto, eso es cuanto te pido. Me alegra que todo se haya aclarado. Ahora deberíamos seguir. No se puede parar en el arcén.

—Bien, jefa —contestó sonriente.

Inclinándose hacia mí, con un extraño brillo en sus ojos verdes, me plantó un suave beso en la mejilla que me dejó estupefacta. Juan siempre había sido amable conmigo y, de hecho, manteníamos una relación muy especial, pero

nunca había hecho nada parecido. No dije nada porque él se puso a hablar enseguida sobre la famosa lista.

—Respecto a los nombres, antes de nada, comprobaremos los antecedentes de todos ellos. Las fichas penales suelen ofrecer pautas orientativas sobre el comportamiento de los sujetos investigados, aunque no siempre resultan demasiado fiables.

—Vale, en cuanto lleguemos al juzgado...

—No hace falta —me contestó, sacando del bolsillo de su americana lo que parecía una agenda electrónica—. Introduce aquí los datos, la pantalla escupirá la información en unos segundos.

Yo observaba aquel aparato con cara de incredulidad.

—No me mires así, este trasto iguala en potencia a cualquier ordenador grande; es capaz de confrontar huellas, conectarse con todas las bases de datos del mundo, e identificar por satélite cualquier lugar... ¡Interpol, Lola, Interpol!

Mientras Juan conducía, fui introduciendo nombres y apellidos. Iturri estaba en lo cierto, las fichas penales salieron de inmediato.

Estar fichado significa que la sociedad te considera ciudadano de riesgo. La ciencia criminológica se fundamenta para ello en un principio muy simple: si lo hiciste una vez, eres capaz de repetirlo.

Por experiencia sé que, en ocasiones, un encontronazo con la justicia provoca los efectos opuestos al principio general. Para determinadas personas, una vez es suficiente ya que, probado el coste de infringir la ley, el beneficio del delito se exhibe mucho menos apetecible. Una noche en una celda y una fotografía de perfil, compartir el desayuno con un asesino múltiple o un camello, dejarte cachear por un funcionario no demasiado amable u oír los argumentos del fiscal puede servir de escarmiento. Pero, desgraciadamente, en la mayor parte de las ocasiones, la ciencia criminalística acierta cuando dice que, pasada la línea divisoria entre el bien y el mal social, lo normal es reincidir.

Por supuesto, debemos reconocer que la sociedad se ha civilizado mucho, tanto que ya no cose en la puerta de sus iglesias listas con los nombres de los penitenciados, la causa de su condena y las señales de su merecido castigo. Esas cosas ya no se hacen, ¡faltaría más! No obstante, me temo, a nuestra querida sociedad aún le falta un hervor: ya no hay listas físicas, pero sí las informáticas.

En escasamente tres minutos, el potentísimo ordenador de Juan Iturri escupió



tres nombres: el primero, el del visitante andaluz: nuestro místico sevillano había sido detenido en 1974 por posesión de cocaína, una pequeña cantidad; aun así, ilegal. Pero, cuando acudió a Leyre, era un honrado ciudadano de sesenta y seis años, con seis hijos, dieciséis nietos y una empresa familiar de la que ocuparse. Días después, Iturri le llamó fingiendo ser un fraile benedictino y le preguntó si había dejado allí olvidado un paraguas negro. En poco más de quince minutos (Iturri es muy hábil en este tipo de interrogatorios), el caballero contó que tenía por costumbre retirarse de sus actividades ordinarias unos días al año; los empleaba para pensar, para reajustar su vida y para sosegar su conciencia. Estaba encantado de su estancia en Leyre, pero el paraguas no era suyo.

El joven de Zaragoza, benjamín de la lista y segundo de los nombres que ofreció el ordenador, estaba empleado en la sección de caballeros de El Corte Inglés y había sido detenido por conducir ebrio. Su error, que había concluido estampando su coche contra un árbol a cien kilómetros por hora, había causado lesiones de mediana gravedad a su acompañante: una joven menor de edad. Según el expediente, el conductor manifestó ante el juez su arrepentimiento y su disposición sincera a cambiar de vida. Leyre parecía formar parte de esas buenas intenciones.

El tercer nombre con antecedentes era navarro y nos mostró cómo la labor de acusar reincidentes tenía sus fallos. El temible ordenador de Juan Iturri puede colocar en el mismo saco a un homicida en primer grado, a un evasor de capitales, o a un ciudadano que se niega a pagar las multas de aparcamiento; el navarro tenía seis pendientes.

Visto que no podíamos pedir al ordenador más de lo que podía dar, concluimos que investigaríamos caso por caso. Ambos consideramos que, en una primera batida, el empresario sevillano y el maño arrepentido serían excluidos. Pero aún nos quedaban trece candidatos. Decidimos ocuparnos primero y personalmente de los más próximos, dando por válida la hipótesis de que el asesino no había escogido Leyre y Pamplona al azar, sino por algún motivo cuyo esclarecimiento nos conduciría a entender aquellos actos de extrema violencia.

Puesto que sólo se odia lo que se conoce bien, empezaríamos por aquéllos que estuvieran más cerca.

## LIBRO III

# LA INFINIDAD DE LOS NÚMEROS PRIMOS

Todo número par mayor de dos es la suma de dos números primos.

Conjetura de Goldbach

## I

Ser mala conductora ofrece ciertas ventajas. Una de ellas es que te olvidas del aparcamiento; prescindes de dar vueltas o más vueltas y de pugnar con algún desagradable caballero por colocar tu máquina en un vado para que sea pasto de la grúa. Iturri me dejó en la misma entrada del juzgado. Al flanquear la puerta batiente de doble hoja, volví a la normalidad. El vestíbulo estaba lleno y, como siempre, el eco de conversaciones inconexas llenaba el ambiente de una música característica.

Me encaminaba hacia mi despacho cuando algo llamó mi atención: entre el puñado de vestimentas dispares, se destacaba su alzacuello; apoyado en una de las paredes laterales, me esperaba Lucas Andueza. Me detuve al notar que me había visto y se acercaba. A diferencia de la seguridad demostrada el día anterior, se le veía muy pálido, demacrado y cabizbajo.

—Buenos días, señoría, la esperaba —dijo, tratando de hacerse oír por encima de la algarabía.

—Padre Andueza, ¿qué tal se encuentra?

—No demasiado bien —reconoció—. No consigo quitarme esas imágenes de la cabeza. Ni las dudas, ni tampoco el remordimiento.

—Estas cosas llevan su tiempo, padre. Y, si admite un consejo, no se juzgue; no es ésa su función.

—Lo sé, sólo Dios ve los verdaderos sentimientos del corazón, pero, aunque lo intento, no puedo evitarlo.

—¿Ha visitado a un médico? Quizá durante algún tiempo, necesite algo de ayuda profesional para sobrellevar la pena y el dolor.

—Lo he hecho: el doctor me ha recetado unas pastillas que no he tomado. En fin, señoría, le traigo lo que me ha pedido.

—¿Cómo dice, padre?

No recordaba haberle pedido nada.

—Digo que le traigo los datos acerca de las personas que podrían desear hacer daño al arzobispo...

—¡Ah! —contesté extrañada, haciendo memoria a toda prisa.

Era cierto. En nuestra segunda conversación en el palacio arzobispal, habíamos hablado acerca de las amenazas recibidas y de las personas que habían abandonado la Iglesia enfadados con la institución y, especialmente, con el prelado. Sin embargo, aquel día, la intromisión del inspector Álvarez y la desagradable escena que montó, me habían hecho olvidar aquello por completo.

—Es corta, gracias a Dios. —Andueza había continuado la conversación sin preocuparse de que no le escuchara—. Como no podía dormir, he pasado la noche en el despacho revisando la correspondencia. Si quiere, le hago un resumen de las circunstancias que concurren en esos casos, quizá le facilite la labor. Desde fuera, estas cosas no siempre se comprenden bien.

—Se lo agradecería mucho, padre. ¿Por qué no me acompaña a mi despacho? Allí podremos hablar con más tranquilidad. No dispongo de mucho tiempo, pero...

—Intentaré ser breve. Sirviendo al arzobispo Cañarte he aprendido un nuevo significado de la eficiencia: emplear el mínimo tiempo en hacer la máxima cantidad de gestiones.

—Perfecto; sígame, por favor.

Mientras tomábamos el pasillo de la izquierda, nos cruzamos con un pequeño grupo de personas que avanzaban precipitadamente en dirección a la salida. De soslayo, vi el rojo. El color se destacó más al cruzarse con el negro sotana. Había también toques azules y amarillos en aquel rostro, pero sobre todo primaba el rojo. Rojo sangre, rojo golpe, rojo saña. Me volví y agucé la vista. Enseguida apreté los dientes; de no haberlo hecho, la erupción volcánica en mi interior habría salido con toda virulencia. La joven llevaba al cuello un pañuelo caro que no era de su estilo; la etiqueta aún colgaba de un extremo. La flanqueaban dos cuerpos de marca, madre e hijo, que dejaban tras de sí un rastro de perfume, dos sonrisas blanqueadas ocultando miserias malolientes.

Acomodé a Andueza en mi despacho, le pedí que me esperara unos minutos y salí a toda prisa en busca del nuevo secretario judicial que me habían asignado.

Pero no le encontré; para mi sorpresa, Gorka estaba nuevamente en su puesto.

—¡Gorka, qué pronto has vuelto! ¿Ya te has recuperado? —exclamé, exultante.

Pese a sus manías y extravagancias, Gorka Larrea era un buen secretario y en aquellos momentos me venía bien contar con su ayuda.

—Pasé un momento para recoger una cosa que había olvidado, pero, al ver el jaleo, me he quedado. Ya veo que no sabe arreglárselas sin mí —concluyó, convencido de la veracidad de su afirmación.

Sonreí. No me importaba en absoluto pagar ese canon.

—Te lo agradezco mucho; me alegro de que te encuentres mejor... —respondí, para volver inmediatamente al trabajo; no podía perder el tiempo y, además, seguía dominada por la rabia—. Por cierto, Gorka, ¿esa chica que acaba de marcharse no era Ángela...?

—Sí, señorita, lo era. Siento que la haya visto; ya sé cómo le afectan estas cosas. Vino de madrugada, acompañada por el asistente social. Presentó una denuncia; el parte de lesiones dice que le han roto tres costillas, dos dedos de la mano izquierda y el tabique nasal; obviamente, la ha violado, eso nunca falta... Pero acaba de retirar la denuncia. Si la ha visto salir, se habrá dado cuenta de que su marido y su suegra la acompañaban.

—¡Un día la matará!

—Estoy seguro de que lo hará. Y mire que esta vez parecía convencida de denunciarle...

—Nunca ha estado totalmente convencida de hacerlo —repliqué quejosa—; ése es el problema.

—Un embarazo cambia mucho las cosas, señorita. En su condición de madre, usted puede comprenderlo mejor que yo.

—¿Embarazada? ¿Está embarazada? —pregunté, aunque no sé por qué me extrañaba tanto.

—Sí, se lo han confirmado en el hospital cuando la han examinado. Está en el tercer mes de gestación. Los puñetazos en el estómago no le han causado daños esta vez, pero ¿qué ocurrirá la próxima? No obstante, ya sabe cómo va esto: cuando volvió a estar sobrio, pidió perdón y llamó a la suegra...

No le dejé acabar, según me había dicho, teníamos el parte de lesiones.

—¡Vete en su busca! ¡Corre, coge a un par de agentes y que traigan al

marido! ¡Ya está bien! Nos pondremos manos a la obra.

—Pero señoría, ellos alegrarán...

—Que aleguen lo que quieran, eso será después. Quiero hablar con ella. ¡Corre, Gorka o se nos escaparán!

Gorka salió corriendo y yo volví a mi despacho. Andueza me esperaba allí, me había olvidado por completo de él.

—Perdone, padre, un caso de violencia doméstica... Siéntese, por favor, y hábleme de sus pesquisas —le pedí, aunque no estaba muy segura de poder escucharle.

—De acuerdo. Tengo que decirle, para mi satisfacción, que en el último año ninguna persona ha abandonado el seminario que tiene la diócesis. Son pocos los que entran, pero suelen estar convencidos de lo que hacen. En la actualidad, el sacerdocio no es una profesión bien vista: se gana muy poco y se renuncia a casi todo, de forma que quien decide seguir la llamada de Dios y emprender ese camino, ya sabe a lo que se expone.

—Muy bien, descartemos a los seminaristas. ¿Hay alguien más?

—No ha habido despidos. Quiero decir que ningún trabajador del arzobispado puede estar enfadado por un problema laboral.

—Eso está bien, predicar con el ejemplo —dije, me estaba poniendo nerviosa—. ¿Algo más?

—Sí, un sacerdote de la diócesis pidió las preceptivas dispensas. El arzobispo avaló esas peticiones. Lo de siempre.

—Don Lucas —contesté impaciente—, no estoy familiarizada con ese tipo de cuestiones, ¿puede explicarse mejor?

—Perdone, señoría, tiene razón. Quería decir que el año pasado hubo un sacerdote que quiso dejar su vocación para casarse. Como sabrá, los diáconos, sacerdotes u obispos, todos los que hayan recibido algún grado de órdenes sagradas, aunque hayan renunciado a su condición y no estén sujetos a las obligaciones del estado clerical, necesitan para casarse una dispensa especial, ya que de la obligación del celibato solamente puede dispensar el papa. Una vez otorgada la dispensa, la antigua condición deja de ser un impedimento para el matrimonio. Pues bien, esta persona solicitó la dispensa y se le concedió. Roma preguntó la opinión del arzobispo y él avaló la petición.

La pregunta se me escapó, aunque era obvio que no venía al caso.

—¿Por qué, don Lucas? Habiendo tan pocos curas no deberían ustedes ponerles demasiado fácil la salida.

—Es mejor que estén fuera tratando de llevar una vida cristiana menos comprometida, que permanezcan dentro dando mal ejemplo con sus acciones desordenadas.

—Acciones desordenadas... ¿De qué estamos hablando, padre?

En mi mente se encendió la alerta. Conocía que, en más de una ocasión, y con distinto éxito, la Iglesia había intentado tapar acciones ilegales cometidas por sus miembros. Sin embargo, un asesinato era un delito demasiado grave.

—Verá, señoría, si al cura de su pueblo le gusta mucho jugar al chiquillo en el bar, usted dirá: «El padre fulano es jugador, pero es un buen cura». Si le gusta el coñac y nunca desprecia una copa de vino, usted dirá: «De acuerdo, es algo borrachín, pero es un buen cura; se ocupa de la parroquia y de las cosas santas», pero si el cura de su barrio se ve envuelto en asuntos de faldas, ni usted ni ninguno de los parroquianos dirá que es un buen cura... Si no puede soportar eso, es preferible que lo deje.

—De modo que me habla de acciones moralmente desordenadas.

—Sí, por supuesto.

—Se da la circunstancia, padre, de que esas acciones no son ilegales, y, por tanto, quedan fuera de mi competencia. Ese cura que pidió la dispensa no es candidato a delincuente por ellas.

—Lo sé, es que no me dejó acabar. Ese sacerdote pidió la dispensa y se le concedió. No ha habido más problemas en la diócesis últimamente.

—De manera que estamos como al principio...

—Bueno, la conclusión que, creo, debemos de sacar es que, si como el arzobispo creía, este asunto está directamente relacionado con su persona o con la diócesis que él encabezaba, tiene que tener raíces antiguas. Ha de venir de atrás, ¿quién sabe de cuándo?

—¿Qué me dice de la carta de rescate?

—Nada más que lo que le dije: una parte en arameo y la otra en latín de baja calidad, lenguaje propio de un seminarista o de alguien próximo.

Guardé silencio. Los de criminología no habían logrado tampoco gran cosa del análisis del pergamino. Era muy antiguo, pero no era difícil encontrar ejemplares como aquél. Galbis estaba investigando en los anticuarios de la zona,

de momento, sin ningún éxito.

—Padre Andueza, le agradezco mucho sus molestias. Llámeme si encuentra algo más, por favor.

—Señoría, respecto al dinero... En fin, no quiero que se lleve usted una impresión equivocada. No puedo hablar de ello, porque conozco los hechos bajo secreto de confesión, pero...

—No se inquiete, estamos al corriente, al menos en parte.

—¿Están al corriente?

—Eso es lo que tiene el dinero, siempre deja rastro: extractos bancarios, pagos de impuestos, asesores fiscales. Sabemos que el arzobispo era rico; conocemos que intentó emplear su dinero como pago del rescate.

—¿Cómo lo han sabido, si puedo preguntarlo?

—Hemos hablado con Petit, su asesor. Sólo ha hecho falta atar cabos.

—¡Cuánto me alegro, señoría! Ya sé que cuando se está muerto la fama poco importa, pero me dolería que alguien pudiera pensar mal del arzobispo. Hoy en día, no hay muchos obispos ricos, ¿sabe? Nadie lo comprendería.

Sonreí, la vida es verdaderamente compleja.

—Pero respecto a eso, padre Andueza, sí tengo otra pregunta que hacerle: del dinero que trajo el financiero, ¿el arzobispo retiró alguna cantidad o lo entregó todo?

—Creo que lo entregó todo.

—¿Cree?

—Casi estoy seguro. Yo, al menos, no le vi sacar de la bolsa de deportes ninguna cantidad.

—Gracias, padre.

Le di la mano y le abrí la puerta del despacho. Me disponía a cerrarla de nuevo cuando me detuvo.

—¡Señoría, casi me olvido! El envío... Ya le conté que el remitente del sobre que contenía el dedo era una sociedad domiciliada en Dublín de nombre «Compassion, no sacrifices».

—Sí, lo sé.

—Pues debe saber que existe: es una ONG de inspiración cristiana, pero ellos no lo enviaron. He contactado con la sede central y no saben nada de ese sobre.



—La policía también, padre. No tendría usted precio como investigador. El sobre se entregó en una oficina de SEUR en Pamplona.

—Veo que este asunto está en buenas manos, señorita. Le ayudaré con mi oración.

—Gracias, pero no se olvide de llamarme si se acuerda de algo más. Por ejemplo, de un relicario falsificado.

Andueza se limitó a sonreír con un rictus amargo.

Esta vez cerré la puerta y me senté en la silla del despacho intentando hacer balance de la situación, pero no fue posible. Los gritos y las blasfemias se oían cada vez más cerca. Ya le habían detenido. No era fácil que aquel procesamiento llegara a buen término, pero, al menos, me permitiría ganar algo de tiempo; lo emplearía para intentar convencer a Ángela: tenía un buen argumento en la manga. Sonaron unos golpes en la puerta y, sin esperar mi respuesta, entró Gorka.

—Señorita, aquí está Ángela. Fuera, su suegra, que está amenazando a todo el mundo con llamar a no sé quién que es familiar suyo y trabaja en el Supremo.

—Deja que pase Ángela, por favor... Sola.

Empleé todas mis armas, pero aquella pobre niña estaba tan asustada que ni siquiera me oyó. Es curioso; era una chica mona, que venía de una familia que se había esforzado por darle una buena educación. Podía haber llegado a ser una enfermera de prestigio, o una excelente abogada, quizás una feliz ama de casa, pero tuvo la mala suerte de tomar una decisión equivocada.

En las muchas veces que habíamos hablado, había notado cómo ella iba encogiendo su ego hasta convertirlo en una alfombra donde su marido pisaba cuando quería. Pero aquella vez me di cuenta de que los golpes no habían dañado su cara tanto como su alma.

—No se preocupe, señorita, no es nada. No merece la pena...

—Ángela, ahora no estás sola: has de pensar en el bebé. Él puede hacerle daño.

—No vivirá, pero es mejor así.

—¡No, no es mejor así! Todo esto puede cambiar, puedes empezar una nueva vida: ¡Tú y tu bebé! ¡Nosotros te ayudaremos! La ley tiene recursos para hacerlo.

No me contestó. Saqué del bolso mi cartera y le enseñé la foto de mi último hijo.

—Mira, Ángela, así será tu niño. Le verás crecer, será un gran arquitecto y te construirá un bonita casa para que vivas.

—Nunca me dejará marchar, señoría, y usted lo sabe. Me encontrará allá donde vaya y, luego, saldré en el telediario y la gente comentará lo buena que era.

Se marchó sin que mis palabras hubieran hecho mella en su ánimo. Fuera esperaba la suegra, con cara de orgullo y mirada asesina.

—Vamos a casa, hija —dijo—; esta gente no sabe lo que hace.

Con la rabia saliéndome por todos los poros, cogí la lista de nombres y empecé las investigaciones. Si no podía evitar ese delito, al menos trataría de que no se amputaran más dedos.

Los seis visitantes de Leyre que me tocó investigar resultaron heterogéneos: todos habían acudido al monasterio para aislarse del mundo, pero sus motivos eran muy distintos. Dos, ambos profesores, querían terminar sendas investigaciones. Otro, al que había abandonado su mujer recientemente, no quería estar solo en aquella casa tan llena de recuerdos dolorosos; mientras sus hijos cambiaban la decoración, se retiró a la clausura. El cuarto pretendía dejar de fumar; el quinto, combatir el estrés. Nuestro sexto nombre en la lista sólo buscaba unos días de meditación.

Finalizaba la tarde cuando llamé a Iturri. Él tampoco había encontrado nada significativo.

—Inocentes como palomas, Lola. Nada de nada —me dijo—. Quizás hayamos confundido la hipótesis de partida y nuestro querido hermano Chocarro no sea más que un soñador que anhela el olor de su madre.

—No estoy de acuerdo, Juan; Chocarro es un científico.

—Vale, fue un matemático reputado, ¿y qué? ¡Por favor, Lola, todos los científicos como él viven en las nubes!

—No *fue* un matemático, Juan; aunque lleve hábito, sigue siéndolo.

—¿Y eso qué más da? Que sepa muchas matemáticas no hace su relato más creíble.

—Eso es cierto, sin embargo, él supo que el abad estaba muerto y que había otra persona comprometida.

—Quizás el implicado sea él y por eso sepa tanto de este caso.

—Juan, ¿dónde has dejado tu famoso instinto? —critiqué, el monje le había

caído mal desde el principio y sin ninguna razón—. ¡No me puedo creer lo que dices! Mírale a los ojos, ¡por todos los santos, es un bendito! Además, te recuerdo que permaneció en el monasterio en todo momento: él no pudo hacerlo.

Un incómodo silencio se apoderó del ambiente.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, tratando de romper el hielo.

—Nos quedan los visitantes de Menorca y Málaga. Si en esos puntos no surge algo extraño, indicará que hemos despreciado algún detalle y tendremos que empezar de nuevo.

—¿Sabemos algo del novicio?

—No, está *missing*. He hablado con su madre, dice que su hijo quería dejar atrás la vida monástica. Para pasar página definitivamente, se ha ido de viaje con un amigo. No contesta al móvil, hemos dado orden de búsqueda, aunque será difícil: esta gente joven duerme en albergues o en lugares improvisados, adonde no llegan nuestros tentáculos.

—Muy bien, esperaremos. Mañana son los funerales. He leído que los asesinos siempre asisten a los sepelios de sus víctimas para regodearse de sus éxitos.

—Creo que eso sólo ocurre en las novelas que lees, pero estaremos alerta.

—¡Incrédulo! —musité—. Por cierto, Juan, ¿sabemos algo sobre el relicario?

—Parece confirmarse que es una falsificación, muy buena, por cierto. El vicario general está angustiado por la pérdida, amén de extrañado porque nadie se diera cuenta antes. La buena noticia es que ha examinado el resto de los bienes custodiados en el Museo Catedralicio y todo parece estar bien. Al menos, no estamos ante un robo masivo.

—¿No te parece demasiada casualidad que los secuestradores pidan justamente el relicario que ha sido falsificado?

—Sí, es extraño.

—Quizá por eso el arzobispo decía que esto tenía que ver con él.

—Pero eso indicaría que Cañarte conocía la falsificación y, por tanto, que estaba detrás de ella.

—Sí, Juan —añadí—; además, eso explicaría que llevara dinero además del relicario. Pero si sabía que era falso y no dijo nada, es que era culpable de la desaparición del auténtico.

—Tienes razón. Quizás, al pedirle exactamente ese bien como prenda,

sospechó que le querían a él y no a ningún otro.

—Algún amante del arte que se enteró y decidió matarle como venganza — dijo Iturri.

—Hace un rato vino a verme Lucas Andueza. Le pregunté por el relicario y sonrió sin decir nada. Es ilustrativo y, no obstante...

—No obstante, ¿qué, Lola?

—Pensaba en Pello Urrutia: su presencia no encaja. Que nosotros sepamos, él nada tiene que ver con esa pieza.

—Es cierto. En fin, no saldremos de dudas hasta que encontremos al orfebre que realizó la reproducción. Aún es pronto. Localizar a todos los artistas capaces de hacerla llevará cierto tiempo. Sin embargo, creo que es importante. Estamos comprobando las cuentas del monasterio, del arzobispado y, también, las del administrador apostólico fallecido. Hay algo extraño, pero tendremos que averiguar qué es exactamente.

Colgué el teléfono bastante angustiada, cada día se abrían más frentes, a cual más complejo. Debía ir poco a poco, si no los nervios me impedirían avanzar.

Era yo quien había de imponer la velocidad, no Iturri.

Descolgué nuevamente el aparato y llamé a mi secretario.

—Gorka, ¿puedes hacerme un favor?

—¿Cómo no? Lo que usted mande.

—¿Serías tan amable de ir a una perfumería cercana y comprar un frasco de Esencia de Loewe? Es una colonia de caballero; compra el frasco más pequeño que haya. Pide factura, la cargaremos al juzgado.

Gorka esperó unos momentos para asegurarse de que había terminado y luego replicó:

—¿A qué cuenta dice que quiere que lo cargue?

Comprendí de inmediato su oposición.

—Gorka, se trata del caso de los asesinatos. En Leyre y en Mendigorria se ha detectado un fuerte olor a colonia. El forense dice que el de la ermita es Esencia de Loewe. Necesito que los monjes del monasterio de Leyre confirmen si es el mismo perfume.

—¡Lo siento, señorita, yo...!

—No te disculpes, Gorka, tu reticencia te honra.

—Gracias. Intentaré que me regalen una muestra de esa fragancia; así no

tendremos que cargar la factura.

—¡Perfecto, Gorka! ¿Querrás hacérsela llegar al hermano Chocarro?

## II

El martes fue día de funerales. A las doce de la mañana, bajo un sol de justicia, rodeado de la Comunidad en pleno y de un exiguo grupo de personas ajenas al claustro (entre las que me hallaba yo porque lo pedí expresamente), el malogrado abad de San Salvador de Leyre fue enterrado en el pequeño cementerio del monasterio. Directamente sobre la tierra, una losa sin adorno alguno recordaba su nombre y las dos fechas claves en su vida: su nacimiento en esta tierra y su muerte, entrada en la eterna. Detrás quedaba un sepelio que duró cerca de dos horas y al que asistieron las más ilustres autoridades políticas y eclesiásticas del lugar; no en vano el monasterio de Leyre es uno de los buques insignia de la comunidad foral y alberga los insignes cuerpos de los reyes navarros. Salvo por la exuberancia del gregoriano, la larguísima ceremonia, íntegramente cantada por los monjes, fue sencilla, lo mismo que la caja de pino que custodiaba el cuerpo y la homilía, de apenas diez minutos.

Para predicar el solemne oficio, había venido desde la Casa Central de Solesmes el gran abad de la orden benedictina. Con un pronunciado acento francés, pero con un exquisito conocimiento de la gramática castellana, explicó en el sermón que el buen abad se había dormido en este mundo para despertar sonriente en sus aposentos del cielo. La ceremonia acabó cuando los monjes entonaron una melodía fuera de programa: *Agur Jesusen Ama*. Me enteré después de que al abad fallecido, natural de Bermeo, le gustaba especialmente ese zorcico y, aunque algunas autoridades torcieron el gesto, ya que les desagradaba que en el monasterio navarro se cantara en euskera, nadie protestó abiertamente por ello.

Yo me había sentado en uno de los bancos situados en medio de la nave central; Iturri, atrás. Estuve atenta, escrutando rostros y gestos, buscando la

sombra del asesino como había visto hacer en las novelas, pero no apareció o, si lo hizo, no le reconocí. Sólo vi autoridades y curiosos, turistas y vecinos de los pueblos cercanos.

Tras el enterramiento, el gran abad se acercó a saludarme. Era un hombre de edad indefinida, podría tener cincuenta años, quizá sesenta, tal vez hasta sesenta y cinco. No poseía ningún rasgo particular, a excepción, quizá, de su nariz respingona y su pelo, escaso y entrecano.

—Soy Olivier Leguod, señoría —se presentó, con amabilidad contenida—. Quisiera agradecerle muy sentidamente sus desvelos. Sé que tanto usted como la policía están poniendo todos los medios a su alcance para esclarecer este desdichado asunto.

—No ha de agradecerme nada, abad. Forma parte de mi trabajo y lo hago con todo el interés que puedo, aunque, obviamente, desearía no tener que hacerlo.

—Supongo que, con tan buenos profesionales y con tantos esfuerzos, sus investigaciones habrán avanzado. Quizás hasta hayan dado algún fruto...

El gran abad se detuvo, supongo que esperaba que yo terminara su frase y le ofreciese toda la información disponible. No estaba dispuesta a ponérselo tan fácil y me mantuve en silencio. Al ver que no entraba al trapo, preguntó a bocajarro, con un acento francés más pronunciado:

—¿Han hecho, quizás, alguna averiguación interesante, señoría?

Me extrañó que un gran abad de la orden no fuera más político. Luego pensé que toparme en primera instancia con el padre Ignacio había sesgado mi visión acerca de estos monjes. Al fin y al cabo, lo suyo era la contemplación y no la cortesía y las relaciones públicas. Le respondí con suavidad:

—Me temo que, de momento, no puedo decirle nada más que la investigación sigue sus pasos; despacio, pero sin detenerse. Estos procesos llevan su tiempo.

—Lo comprendo, señoría. Es pronto. No obstante, como usted comprenderá, me encuentro sumamente preocupado. Una muerte violenta de un hombre tan pacífico, un sagrario profanado...

—Sí, resulta lamentable —le corté, con la esperanza de que dejara de preguntar, pero no lo hizo.

—El padre Ignacio me ha contado que los datos que obran en su poder

sugieren la implicación de alguien muy cercano a este recinto. Eso sería doblemente lamentable. Además, los medios de comunicación comienzan a mostrar un interés creciente. Con esas circunstancias agravantes, comprenderá, señoría, que le formule tantas preguntas, aunque haya usted decretado el secreto sumarial.

—Siempre hay que sospechar de los más cercanos, padre, ésa es una de las primeras reglas de la investigación criminal. Nadie aborrece a quien no conoce, ni envidia a los que le son ajenos. Por el contrario, se odia, se desea, se codicia lo que está próximo. En la medida que los asesinatos, los robos o los homicidios provienen de esos defectos, hemos de concluir que sus autores han de encontrarse en las cercanías. Sin embargo, creo que en este caso no debemos anticipar conclusiones. Padre abad, sé que es difícil para usted entregarme un cheque en blanco, pero le pido un poco de paciencia. El sumario está en buenas manos: el inspector que sigue este caso es uno de nuestros mejores hombres.

—¡Lo sé, lo sé! Conozco la eficiencia de su policía española, señoría. Pero le ruego que, en la medida de lo posible, me mantenga informado. Dios es Señor de la vida y de la muerte y no hay pecado mayor que el de quien pretende suplantarle en esas labores. Rezo para que nadie de la orden o cercano a este monasterio esté implicado.

—Descuide, en la medida de lo posible —repetí—, le mantendré informado. ¿Cómo puedo localizarle, quiere que lo haga a través del padre rector? —tanteé.

—No, no, señoría. Prefiero que se ponga en contacto conmigo directamente. Esta pequeña comunidad ha soportado ya suficiente dolor —alegó, entregándome una tarjeta personal.

Yo pensé inmediatamente que la actuación del padre Ignacio había sido juzgada como incorrecta, de modo que aproveché:

—Es cierto, el dolor ha sido tan grande como inesperado. No obstante, me temo que debo seguir molestando a los monjes con mis preguntas. De hecho, necesitaría hablar un rato a solas con el hermano Chocarro.

—El hermano Chocarro... —dijo, mientras hacía memoria—. ¡Ah, sí, el sacristán!

—En efecto, el sacristán... excomulgado.

Mordió el cebo de inmediato.

—¡Por supuesto, señoría! Tendrá toda nuestra colaboración. Es más, me



encargaré personalmente de avisar al hermano sacristán. Yo me ofrezco a...

—Preferiría que no hubiera testigos.

—De acuerdo, le haré llamar.

El sacristán vino a buscarme enseguida. En el funeral, su rostro quedaba fuera de mi alcance, por lo que me extrañó su aspecto. Había empleado algún tipo de fijador, que había borrado sus rizos y hecho aparecer una larga y recta raya lateral. Salvando la obvia barrera de la edad, me pareció un colegial en el día de la fiesta del colegio. Sus ojos, sin embargo, mostraban evidentes signos de haber llorado.

—Me dicen que su señoría desea hablar conmigo...

—Sí, hermano Chocarro, si no es molestia querría que me dedicase unos minutos.

—No hay problema, señoría, pero creo haberle referido ya todo lo que sé.

—Me ha dicho lo que ha visto, pero no me lo ha contado todo.

Me miró con dulzura durante unos segundos y luego dijo:

—¿Le gustan los tomates, señoría?

—Están buenos en ensalada, pero, en fin...

—Déjeme que le enseñe los que tenemos en la huerta. ¡Se va a quedar con la boca abierta; están enormes este año!

—Por supuesto, hermano, me encantará —accedí.

Caminamos en silencio por un camino empedrado hasta divisar la huerta. Las tomateras se elevaban por una empalizada de cañas colocadas en forma de «V» invertida. Sujetas a los rodrigones con tiras de rafia, las ramas se mantenían erguidas, pese al peso de unos tomates ciertamente grandes.

—¿Ha visto qué hermosura, señoría?

—Desde luego están enormes, y tienen pinta de estar sabrosos.

—¡No lo sabe usted bien! Los cuidamos con todo esmero y los mejores nutrientes. Obtenemos rendimientos muy notables. Juzgue por usted misma: cada una de estas plantas produce cuatro o cinco kilos de tomate. ¡Menudas ensaladas tomamos en verano!

Soy mujer de asfalto; ni siquiera cultivo geranios en el balcón, pero no deseaba hacer un feo al hermano sacristán, mientras me mostraba cada una de las variedades de su huerta. Sin embargo, cuando sugirió enseñarme las plantas del invernadero decidí cortar la conversación.

—Hermano, me encanta admirar su huerta, pero debo volver a Pamplona enseguida.

—Discúlpeme, creo que quería preguntarme algo...

—Así es, hermano: necesito que me diga lo que sabe.

Me miró torciendo el gesto en una media sonrisa.

—Usted lo que quiere es que le cuente mis sueños.

—En efecto, hermano, eso es lo que quiero.

—No creo que merezca la pena. Todos dicen que son simples ensoñaciones de matemático loco.

—El padre Ignacio dijo ayer que era un don del Espíritu Santo.

—En teoría lo es, desde luego, pero en la práctica, todos juzgan que tengo la mente fastidiada.

—Yo no soy todos, hermano. ¡Cuéntemelos!

—No son como usted cree, señoría.

—¿Cómo dice, hermano?

—Los sueños, señoría, no son como usted cree.

—No sé muy bien qué creo.

—Lo que quiero decir es que, en esos momentos, no se me muestran las cosas que van a ocurrir. Los sueños son, simplemente, fogonazos de piezas extrañas; todo viene mezclado, lo pasado y lo futuro, lo que ocurrirá y lo que no acontecerá nunca. En fin, yo luego ato cabos e interpreto. A veces acierto, otras veces, no.

—No se preocupe, me arriesgaré.

—Vale, allá usted. Hace semanas que sueño con un hombre mayor; no sé cuál es exactamente su edad, pero tiene el pelo impecablemente blanco. Pese a los años, su aspecto es atlético y está muy bronceado; al fondo se oye el sonido del mar. Sonríe, pero su cabeza está abierta y la sangre escurre por su espalda. Junto a él, sobre una nube, hay un joven tomando el sol con el torso desnudo; es fuerte y muy hermoso. Ve cómo su compañero se desangra, pero no hace nada. Yo le grito: «¡Ayúdale, por favor!», pero él me desprecia. Sigo gritando hasta que él se vuelve y me mira inquisitivamente. Le observo; tiene una faz agraciada, suave, dulce. Vuelvo a insistir en que ayude al hombre que se desangra, pero él se da la vuelta, y me muestra otro rostro, esta vez duro y amenazante: dos pequeños cuernos asoman en su frente, y de su boca salen

largos colmillos afilados. Las dos caras sólo tienen en común los ojos: son verdes y en ellos se puede leer la palabra *muerte*.

Me quedé callada, sin saber qué decir. Parecía el argumento de una película de terror de tercera fila. Lo cierto es que no esperaba nada de aquello. Estaba segura de que esa conversación me iba a proporcionar una pista fiable, pero volvería al despacho tal y como había salido de él. Chocarro, rojo como uno de aquellos tomates que colgaban de las matas, miraba el suelo, casi avergonzado.

—Lo siento, señoría, ya le dije que muchas veces estas cosas no tienen sentido.

—Nunca la información es despreciable, hermano, incluso cuando no se comprende. En fin, un hombre joven de dos caras, y otro mayor, cerca del mar. ¿Algo más?

—No, señoría, de momento es todo.

—Quiero que me llame si recuerda o sueña alguna otra cosa, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo

—¿Tiene usted móvil, hermano?

—No, pero en el monasterio hay un teléfono para uso general.

—Bien, úselo. Tenga —le dije, sacando una tarjeta de la cartera y escribiéndole el número del móvil de Jaime, que ahora era el mío—; en ese teléfono puede encontrarme siempre. No se preocupe por la hora si cree que es importante.

### III

A diferencia del cálido sepelio que había presenciado a primera hora de la mañana en el monasterio de Leyre, los funerales por el alma de Blas de Cañarte no carecieron de boato. La noticia del asesinato del arzobispo había corrido como la pólvora y en la iglesia catedral de Pamplona —24 metros de anchura y 68 de longitud— no cabía un alfiler. Junto a una masa de curiosos sin otra cosa más importante que hacer, catorce obispos, dos cardenales y el nuncio apostólico del Papa en España asistían a las exequias, ataviados con sus mejores púrpuras.

Esta vez no me hicieron falta empujones para lograr un sitio decente; Lucas Andueza me había reservado un lugar de preferencia en uno de los primeros bancos del ala derecha del templo, lo suficientemente cerca para poder observar a través de la preciosa reja los actos que tenían lugar en el altar mayor (y de paso, a la concurrencia de las primeras filas).

Aparte de las autoridades que había visto en el acto matutino, habían llegado otras muchas; algunas, civiles; la mayor parte, eclesiásticas. Sin embargo, me dediqué muy poco tiempo a la observación. El acólito estaba realizando la lectura del salmo de rigor cuando oí un pequeño revuelo a mi espalda. No quise mirar hacia atrás para no demostrar curiosidad, pero quizás habría sido mejor haberlo hecho. El agente Galbis trataba de localizar mi posición entre aquel gentío. Andueza le había dado algunas explicaciones sobre mi situación, pero, al parecer, no las suficientes. Me di la vuelta, justo cuando llegaba hasta mí. Sin preámbulos, me susurró al oído que en el palacio arzobispal requerían mi presencia.

—Ha ocurrido algo serio, señoría, y no pueden esperar.

—Pues no sé cómo vamos a salir de aquí, agente Galbis, fíjese cómo está el templo...

—Todo controlado, señoría; Andueza ha resuelto la dificultad: saldremos por el claustro. ¿Ve aquella puerta de allí? —Mientras me hablaba, señalaba con el dedo mi derecha, mostrando una puerta policromada, gótica para más señas, en cuyo mainel descansaba una primorosa estatua de la Virgen.

—Sí, la veo —respondí, volviendo la cabeza en aquella dirección y, conmigo, todos los que tenía alrededor.

La curiosidad es condición humana.

—Pues basta con que llegemos hasta allí para resolver el problema: ese acceso comunica con el claustro, que tiene salida directa al exterior.

Nos costó más de diez minutos y por lo menos un centenar de disculpas llegar hasta la citada puerta, pero lo conseguimos. Cuando traspasé el dintel, me quedé estupefacta. Nunca había visto una crujía como aquella, jamás. No era un buen momento para la contemplación, pero aun así me detuve unos segundos.

—¡Dios mío, qué maravilla!

—Sí, no está mal; aunque donde esté un campo de fútbol... —contestó Galbis, riéndose.

—No me tome el pelo y cuénteme qué es lo que pasa —le dije, mientras, por la puerta lateral del claustro, abandonábamos a todo correr los recintos sacros.

—Otro envío de «Compassion, no sacrifies», señoría —me contó, presa de una gran excitación—. Como ya sabe, es el remitente que figuraba en el primer envío, el del dedo...

—Sí, lo recuerdo —contesté, ahorrándole el esfuerzo de referir lo que ya sabía.

Intenté mantener la serenidad, pero las piernas comenzaron a temblarme como si hubiera corrido cinco kilómetros.

Pese a nuestra casi completa ignorancia en lo referente al asesino o asesinos de aquellos dos eclesiásticos, el hecho es que esperábamos un nuevo movimiento, habida cuenta de que el cadáver del arzobispo había sido mutilado. Cortar un dedo al ordinario de la diócesis de Pamplona —el índice de la mano izquierda, para ser exactos— podía interpretarse como una manifestación gratuita de violencia y rabia, pero también como un nexo de unión entre los dos asesinatos que teníamos entre manos y los que pudieran llegar luego.

Juan y yo habíamos hablado de ello: el segundo dedo bien podía mostrar que estábamos ante una cadena de la que únicamente conocíamos dos eslabones,

pero que contaba con otros. Digo que discutí aquella posibilidad con el inspector Iturri y, no obstante, quizá como maniobra defensiva, mi mente, reticente, se había negado a procesar esa información: con los dos cadáveres del depósito tenía suficiente. Por ello, desde el momento en que volví a oír la expresión «Compassion, no sacrifies» fui consciente de la hondura del miedo que sentía.

—¿Sabe qué contiene el sobre, agente? —inquirí, tratando de dominar el terror y, sobre todo, que no se trasluciera en mi voz.

—Todavía no lo hemos abierto, señoría. El inspector Iturri ha insistido en que esperáramos sus órdenes y, además, ha llamado a los artificieros por si hacía falta que intervinieran.

Sonreí, Juan cumplía sus promesas, pero inmediatamente se me ensombreció el rostro. Me paré en seco:

—¿Artificieros, es que Iturri sospecha que el sobre pueda contener una bomba?

—No lo sé.

—Naturalmente, Galbis, y dígame: ¿dónde se ha recibido el sobre?

—En el palacio arzobispal, señoría, hace un rato. El bedel que estaba de servicio, que, por cierto, es el mismo que hizo la recepción del otro sobre, al ver el nombre y recordar los hechos, ha llamado a Andueza. Este nos ha telefonado de inmediato, pero se ha visto obligado a quedarse en la catedral.

—De acuerdo, lo han enviado al arzobispado... ¿Sabe a quién iba dirigido?

—Sí, señoría, a uno de los monseñores que ha venido para el funeral...

Una leve nota de sarcasmo adornaba su deje andaluz.

—¡Galbis, la catedral está llena de monseñores, como usted dice!

—Lo sé, he visto volar sus capas al viento —contestó, con otra punta de ironía.

—Vale, no volvamos a las andadas. Ya sé que es usted agnóstico y anticlerical, pero esa no es ahora la cuestión. ¿Sabe o no sabe quién es ese monseñor?

—Lo sé, señoría, se trata del *mandarrias*: me refiero al nuncio, al *observador* enviado por Roma. Parece ser que tiene previsto alojarse en el arzobispado mientras dure su visita a esta diócesis.

El tono con que Galbis pronunció la palabra «observador» lo equiparaba lo menos a espía, aunque no empleó el término porque sabía que yo me enfadaría.

—¡Santo Dios, el nuncio! «*A peccato liberatus, apostolis suae debet satisfacere*» —recordé en voz alta, ante la mirada del agente.

—¿Qué dice, señoría?

—¡Nada, Galbis, vamos para allá!

Mientras en la catedral se entonaban antífonas y cantos fúnebres, el equipo de desactivación de explosivos de la policía nacional —tres hombres acompañados por un simpático perro labrador, de pelo negro y ojos acuosos— comprobó la seguridad del sobre sospechoso. Previamente, y como medida de prudencia, se había procedido al desalojo de todas las viviendas situadas en el radio de una manzana. En compañía de un silencio más cerrado que si fuera madrugada, comprobamos que la medida había sido innecesaria: el sobre no contenía ninguna bomba.

Cuando se nos permitió volver, Iturri y yo nos acercamos a agradecer su eficiencia al jefe del equipo de artificieros, que salía en ese momento.

—Siento haberles molestado —dijo Iturri.

—No se preocupe, ha hecho usted bien. En realidad, podía haber sido una bomba; a simple vista lo parecía y los antecedentes obligaban a tratarlo como tal.

—Transmita mi agradecimiento a su equipo —expresé con sinceridad.

Recuerdo nítidamente que el artificiero me contestó:

—No me dé las gracias, señoría, y cojan pronto a ese hijo de puta. Cuando vea la *bomba* que ha quedado sobre la mesa, tengo por seguro que lamentará que dentro del sobre no hubiera habido un petardo...

No hizo falta que nos dijera nada más. Tanto Juan como yo sabíamos lo que íbamos a encontrar.

El dedo presentaba un feo aspecto y desprendía un olor nauseabundo, pese a haber sido conservado —y enviado— en hielo. Habían sido precisamente ese envoltorio de corcho y el cabo de nailon con que iba atado (y que podía pasar perfectamente por un cable de detonación), los que habían levantado las sospechas del inspector Iturri. Como había ocurrido con el primer envío, adjuntaba una nota, también escrita en un pergamino, pero mucho más pequeño, apenas una etiqueta.

Tenía dibujado con tinta negra el mismo tipo de letra historiada, gótica cursiva, pero, a diferencia del caso anterior, lo único impreso resultaba completamente ininteligible.

—3313 —leí, tartamudeando—. ¿Qué número es este, qué significa esto?

—No tengo ni idea, Lola...

Creí que Juan iba a añadir algo, pero no lo hizo. Yo hube de callarme; mi alma se llenó de miedo. Imagine la proximidad de aquel fantasma asesino (quizás en aquel mismo momento nos contemplaba desde los alrededores) y sentí la misma sacudida opresiva que padezco al tomar un ascensor lleno de gente. En pocos instantes, sus cuerpos parecen engordar hasta robarme todo el aliento.

Me preocupaba la imposibilidad de descifrar el texto, pero mucho más me aterraba quien lo había escrito.

—Una cosa está clara —apostilló Iturri, arrancándome de mis vertiginosos pensamientos—, el nuncio ha sido designado como víctima propiciatoria, y se encuentra a pocos metros de aquí.

—Así es —respondí, volviendo al duro suelo—. ¿Piensas que tus hombres podrán custodiarle hasta aquí sin llamar mucho la atención? Lo último que deseo en estos momentos es tener este claustro lleno de periodistas y curiosos.

—Sí, a lo primero; mis hombres le custodiarán sin ningún problema, pese al barullo que se armará cuando termine el funeral. Ordenaré que le impidan salir del claustro hasta que esto haya pasado. Respecto a lo segundo, sólo puedo decirte que lo intentaremos: ya sabes que cuando la policía despliega sus dispositivos se enteran hasta en Marte. No hay mucho tiempo para escoger agentes de paisano capaces de pasar inadvertidos, pero, aun así, les pondré firmes.

Estábamos en la parte baja del palacio, en medio del bello claustro. Por allí iban y venían, hermanados, policías y curas, comentando los hechos. Yo estaba de cara a la puerta y, mientras hablaba con el inspector Iturri, observé cómo un artificiero, aún con el equipo de desactivación enfundado, pasaba a nuestro lado, sosteniendo una bolsa negra en la mano.

—¿Ocurre algo, agente? —le pregunté, inquieta—. Pensaba que su unidad ya se había retirado. ¿Todavía hay peligro?

—No ocurre nada, señora MacHor, una comprobación de rutina. Debo cerciorarme de haber recogido todo el material empleado. Si pierdo alguna de las herramientas, se me caerá el pelo. ¡El teniente se pone hecho una furia cuando, tras el arqueo, no salen las cuentas!



—Hágalo, agente, no sea que vayamos a asustar a toda la corte celestial — bromeó Iturri.

—Descuide, inspector —contestó el artificiero, en tono muy serio.

—Pero ¿es peligroso? —reiteré yo, que no soy especialmente valiente.

—No, en absoluto. Destornilladores, linternas... algo de cloratita altamente inestable... En fin, cosas de esa guisa... —contestó riendo.

Yo no reía. Insistí tozudamente:

—Y si no es peligroso, ¿por qué no se quita usted ese traje tan pesado? Con el calor que hace, debe de estar cociéndose ahí dentro.

Me pareció que el policía dudaba, lo que acentuó mis reticencias, pero no tardó mucho en responder.

—Tiene razón, señoría, este traje está tan caliente como el infierno, pero debo aguantar un poco más. Tardo mucho en quitármelo, de hecho, necesito que alguien me ayude, y, además, debo doblarlo de un modo particular, por eso tengo que esperar a terminar mi trabajo. Luego podré descansar.

Juan siguió hablando del traslado del nuncio, pero yo permanecí encelada con aquel traje tan pesado, más parecía un muñeco *Michelín* que una persona.

—Lola, ¿me oyes?

—Claro... ¿qué decías?

—Aunque la distancia entre la catedral y este palacio sea muy corta, cuando hayamos despejado las calles, trasladaremos al nuncio en un automóvil blindado. Me quedaré más tranquilo. Aquí le custodiaremos hasta su partida; luego pasaremos el bulto a Madrid. Naturalmente, le aconsejaremos retirarse a algún sitio discreto durante una temporada.

—De acuerdo, lo haremos como dices. Tal y como están las cosas, quizá sea también acertado informar al resto de los obispos y cardenales de lo ocurrido. Aunque se pondrán algo nerviosos.

—Vale. ¡Manos a la obra!

Iturri se marchó en dirección al templo con el ánimo de dar instrucciones a su gente, y yo me fui a hablar con Andueza, que acababa de llegar de la catedral y permanecía en un esquina del claustro. Esta vez vestía sotana, pero, como en nuestro primer encuentro, estaba blanco como la cera.

—¿Cuándo va a acabar esto, señoría? —me interrogó a bocajarro.

Se le veía completamente aterrado.

—No se preocupe, padre, todo está bajo control —mentí.

Me pareció que, en aquel momento, merecía la pena tergiversar levemente la verdad.

—¡Dios le oiga, señoría!

—Padre, ¿sabe dónde se hospeda el nuncio?

—¡Por supuesto! Se aloja en una de las habitaciones de invitados de la tercera planta; yo mismo subí su equipaje esta mañana. En honor a la verdad, debo decir que le hemos colocado en la habitación más grande, que, naturalmente, tiene baño.

—¿Podría verla, padre?

—¡Por supuesto, faltaría más! ¿Teme usted algo, señoría?

—No, es una simple corazonada. Creo que me quedaría más tranquila si lo viera con mis propios ojos.

Amablemente, Andueza me ofreció subir en el ascensor del edificio, pero me negué: era pequeño y claustrofóbico y bastante sensación de ahogo sentía ya. Subimos a pie. Llegábamos a la tercera planta, cuando vimos bajar al artificiero. Se había quitado el chaleco y los enormes pantalones acolchados, que llevaba medio arrastrando. Vestía una camiseta blanca ajustada, que marcaba sus desarrollados músculos, y pantalones vaqueros. El casco permanecía en su cabeza, pero no llevaba nada más en la mano. Me extrañó que, habiendo ido a recoger herramientas, viniera sin ellas, pero mucho más que desprendiéndose de parte de su atuendo se hubiera dejado el casco puesto. Ésa suele ser la parte más incómoda de los trajes de ignición.

Pareció sorprenderse al vernos, aunque se recuperó casi al instante.

—Ya lo tengo todo, señores —dijo, sin detenerse al cruzarse con nosotros.

—Agente, espere —le dije.

No debía estar en aquella planta; el paquete sospechoso se había encontrado y analizado en el patio de la entrada.

Ante mi insistencia, ocurrió lo que yo, aún no sé por qué, había supuesto: echó a correr como alma que lleva el diablo. ¡Era mi asesino; había estado a mi lado llamándome señoría, y se había burlado de mí paseándose por mi escenario buscando a su próxima víctima!

Quise perseguirle, pero me hice un lío con los tacones y, al tratar de sujetarme en el brazo del padre Andueza, ambos terminamos rodando por la

escalera de madera. En el suelo, mientras intentaba bajarme la falda, que se había subido hasta dejar a la vista mi ropa interior, y Andueza hacía lo propio con su sotana, cogí el teléfono y llamé a Iturri.

—¡Juan, no le traigas aquí! ¡Ya te lo explicaré luego, pero tienes que alejarles cuanto puedas, puede haber peligro!

—¿Y qué hago con ellos? —preguntó con tino—. La ceremonia está a punto de terminar.

—No lo sé, piensa algo; un hotel, un sitio oficial...

—¡Por Dios Lola, son un montón de obispos y varios cardenales, no les puedo llevar a un local para que les despachen unas cervezas y unos pinchos!

Me quedé pensando, pero no conseguí acertar con un sitio idóneo.

—Vale, lo mejor es enemigo de lo bueno, ¡llévalos a mi casa!

—¿Pero qué dices, Lola, a tu casa?

—Que, al menos, se repongan del susto en un sitio seguro. Espero que el salón esté decentemente arreglado; creo que pasé ayer el aspirador...

—De acuerdo, les llevo allí, pero dime qué es lo que pasa.

—¡Dios mío, me olvidaba de lo más importante: tienes que enviarme a los artificieros de nuevo, rápido! ¡Y asegúrate de que sean de verdad!

La verdadera bomba estaba preparada para estallar cuando el nuncio decidiera abrir la puerta del armario. Colocada a la altura de los ojos, le hubiera destrozado completamente la cara, y, muy probablemente, le habría matado. No conseguimos localizar al falso artificiero, que había robado uno de los trajes de la furgoneta del cuerpo cuando los policías habían ido a refrescarse.

Llevaba guantes, no dejó ninguna huella, salvo un profundo olor a miedo hendiendo el aire: como en las novelas; el asesino siempre vuelve, pero, en este caso, por una nueva pieza.

Fui a casa en coche en cuanto pude. Andueza se prestó a acompañarme, pero no se lo permití. Cogí un papel blanco de la carpeta y copié el número escrito en la última nota: 3313.

—Necesito que me diga qué significa este número, padre, y cuanto antes.

Estaba empezando a hartarme de tantos galimatías estúpidos, aunque al menos este no estaba escrito en arameo. Andueza miró el papel unos segundos y dijo:

—Parece un número cabalístico, aunque no lo es estrictamente; no se lee

igual por la derecha que por la izquierda. En fin, desconozco por completo qué significa, señorita: preguntaré por ahí, a ver si puedo enterarme de algo.

—Se lo agradecería —le contesté con la mirada cargada de reproche, aunque él no tenía la culpa.

Andueza permaneció a mi lado en silencio, aguardando. Con las yemas de los dedos acariciaba el reloj de pulsera. Miré de reojo la esfera; se había hecho muy tarde y no podía esperar más: la comitiva ya habría llegado a casa.

—Ahora debo irme, padre; le ruego que busque a qué hace referencia exactamente ese número y me llame cuando lo encuentre.

—Lo haré, señorita. Debería tratar de descansar. Si los monseñores le dejan...

## IV

Por alguna extraña conexión neuronal —quizá, simplemente, porque esperaba que alguno de sus amigos se quedara a cenar, o porque necesitara urgentemente espuma de afeitar—, mi hijo mayor tuvo la ocurrencia de hacer la compra de la semana aquella mañana. Como me vio demasiado ensimismada en los detalles del caso, abrió Internet y envió al supermercado orden de «pedido habitual». Gracias a su diligencia pudimos ofrecer a aquella colección de eclesiásticos una cena más o menos decente.

He de añadir que comieron como limas, con gran enfado de mi hija María que vio cómo se evaporaba la reserva de latas de aceitunas, su gran pasión. Es probable que el susto les hubiera abierto el apetito, o puede que sea cierto el rumor de que la curva de la felicidad va adherida al cargo. Lo que sí puedo referir con una sonrisa fue la cara de estupefacción de mi marido cuando vino del hospital y se topó con una docena larga de sotanas bordeadas de rojo o púrpura que charlaban amigablemente en su salón bebiéndose su vino.

A medianoche, apareció Galbis. Complacido, confirmó que ya no había peligro: los artificieros habían peinado el Palacio episcopal. En sus respectivos coches —los chóferes esperaban en ellos desde su llegada, con gran enojo de mis quisquillosos vecinos que vieron cómo se les llenaba la acera de colillas—, los obispos y cardenales volvieron a sus aposentos provisionales en el palacio arzobispal, contentos de poder retornar a la normalidad. Todos partieron; bueno, todos menos el nuncio, monseñor Tagliatelli, que decidió quedarse *un poco más* y aprovechar la coyuntura para comentar con nosotros los detalles del caso.

Enjuto, menudo y de ojos hundidos y penetrantes, Tagliatelli resultó tan gran conversador como fumador. Conseguimos echarle a las tres de la madrugada, tras haber discutido a cuatro bandas —él, Iturri, Jaime y yo— todos los

pormenores de la investigación. El nuncio e Iturri tomaban coñac —Juan confesó que era la bebida alcohólica que más le gustaba—; Jaime y yo, mentapoleo; en mi caso, aderecé la infusión con la tercera aspirina y un protector para el estómago.

—En suma, querido inspector, que estamos tan lejos de ver a nuestro asesino como de conocer quién ordenó atentar contra Juan Pablo II —dijo en tono sarcástico.

Se había despojado de su pesada sotana en cuanto despidió a sus colegas, que dejó cuidadosamente doblada en el respaldo de una de las sillas del comedor. En mangas de camisa parecía aún más cenceño y, al mismo tiempo, más inteligente.

—Estas cosas llevan su tiempo, eminencia. Aunque no se lo parezca, la investigación avanza y tenemos varias pistas de calidad abiertas.

—¿Por ejemplo? —murmuró, cogiendo otro cigarrillo de un paquete de rubio americano que había dejado sobre la mesa.

El cenicero estaba a rebosar.

—En primer lugar, eminencia, estamos buscando el origen de los dos pergaminos que los asesinos han remitido, dos piezas muy peculiares. Estamos interrogando discretamente a todos los anticuarios de la zona que trabajan el libro antiguo. El material en que el asesino escribió sus mensajes resulta excepcional; difícil de localizar, por tanto. Estamos seguros de que tuvo o tuvieron que contactar con un especialista o, en su defecto, sustraerlo de alguna biblioteca. Por eso, también investigamos todas las denuncias interpuestas por entradas ilegales en bibliotecas y museos, así como las sustracciones de documentos antiguos.

—Puede que sea uno de ellos —apostilló el nuncio.

—¿Cómo dice, eminencia?

—Decía, querido inspector, que también es posible que el asesino sea un anticuario o un coleccionista de libro antiguo y por eso emplee ese material.

—Sí, por supuesto, ésa es otra de las hipótesis que barajamos. Realmente, el empleo de ese tipo de pergamino resulta chocante. Si no deseas que te pillen y el asesino ha tenido mucho cuidado empleando guantes en todo momento, lo lógico es utilizar un papel corriente.

—Bueno, quizá sea un asesino fino; con estilo —terció Jaime—. O puede que, simplemente, desee que le cojan pronto y, por ello, ofrece pistas elegantes

que puedan conducir hasta su persona.

—Lo de elegante, es cierto —insistió Tagliatelli—. Parece que este asesino no quiere ser recordado por esas asfixiantes y pueblerinas prácticas de los asesinos corrientes. Pergamino, latín, arameo, vestes rasgadas... O es un satánico, o es alguien de clase alta. Yo me inclinaría por lo segundo.

—Tal vez sólo esté jugando, intentando demostrar que es mucho más listo que ustedes —replicó Jaime, con la mirada velada.

Tagliatelli volvió a intervenir.

—Desde luego, inspector, la de los pergaminos es una buena pista, pero dijo tener varias.

—Sí, es cierto. Dejando aparte los pergaminos y la escritura, estamos investigando el listado de los visitantes que se alojaron en la clausura del monasterio de Leyre en las últimas semanas. La mayoría de los huéspedes ha sido ya entrevistada, sólo faltan los foráneos, concretamente dos, residentes en Menorca y en Málaga.

—Pero usted no confía en ninguna de esas pistas, ¿verdad, inspector? No cree que vaya a sacar nada en limpio de ellas.

—De momento, no; pero aún hemos de esperar acontecimientos. Estos asesinatos se resuelven siempre siguiendo pistas menudas, lo pequeño sólo se ve cuando se descarta lo grande.

—¿Debo hacer una confesión completa, señoría? —preguntó, levantándose.

—Que yo sepa, eminencia, la Iglesia dice que eso nunca viene mal, pero creo que la extremaunción no será necesaria —respondí, poniéndome también en pie, lo mismo que Iturri y Jaime.

—Me alegro —concluyó, acercándose al comedor y recogiendo su sotana.

Entonces sus ojos recalaron en Jaime.

—Siento haber ocupado su casa, doctor. Supongo que vendría muy cansado...

—No se preocupe, eminencia, me ha encantado conocerle —respondió Jaime sinceramente.

—Sin embargo, ha estado usted muy callado...

—Lola puede dar fe de que el silencio es un rasgo de mi carácter. Simplemente, eminencia, reflexionaba sobre lo que ustedes decían.

—¿Y coincide con nosotros, doctor?

El nuncio estaba empeñado en no marcharse, pese a que ya estábamos en la puerta y pasaban de las dos de la madrugada.

—¡Sí, por supuesto, eminencia! Simplemente, miraba las cosas desde otro ángulo. Pero no tiene la menor importancia.

—¿Es usted psiquiatra, doctor?

—¡No, Dios me libre! —rió—. Prefiero el cuerpo; la mente humana es demasiado enrevesada para mi cerebro cuadrículado.

—Inspector —dijo el nuncio con ánimo renovado, volviéndose hacia Iturri—, ¿no cree que Jaime podría ayudarle a elaborar un perfil psicológico del asesino? Aunque no sea psiquiatra, al menos sabe más que nosotros.

—¿Ahora? —dejó escapar Iturri.

—¿Por qué no? Yo no estoy cansado, al menos que ustedes...

Nos sentamos de nuevo y, con cara de circunstancias, volví a calentar agua para el poleo y a llenar las copas de coñac. Él cogió el enésimo cigarrillo y continuó hablando:

—¿Qué opina, Jaime, cree que se puede hacer anatomía en la psicología de un asesino?

—No creo que nadie haya conseguido desentrañar completamente cómo funciona la mente de un asesino, eminencia, como tampoco se han logrado explicar las pautas de comportamiento de una persona normal. Muchas veces, me temo, nos sorprendemos a nosotros mismos con determinadas acciones que nunca habiéramos pensado ser capaces de realizar; unas, buenas; otras, no tanto. Algunos psicólogos y psiquiatras han aportado pequeñas briznas de luz sobre el particular, pero aún nos encontramos en la más tenebrosa oscuridad: no tenemos ideas precisas acerca de qué factores transforman a un ciudadano corriente en una máquina de matar, especialmente cuando ese ciudadano repite varias veces el mismo acto criminal. La complejidad que entraña una acción de esta naturaleza es enorme.

—Ya me imaginaba que el tema debía ser complejo, pero, usted, doctor, ¿qué es lo que opina: los asesinos nacen o se hacen?

Cuando oí aquella pregunta creí desesperar. ¡Por Dios, pasaban las dos y media de la madrugada! Sin embargo, Jaime contestó como si dispusiésemos de todo el tiempo del mundo.

—Verá, eminencia, en siglos pasados se escribieron libros supuestamente



científicos localizando el problema criminológico en la morfología del cráneo, luego en los genes. En fin, la hipótesis era que los criminales nacían para serlo, aunque tardaran en desarrollar sus instintos: asesinos con las fosas occipitales hundidas, los colmillos demasiado largos o la frente huidiza. Cuando se capturaba a un criminal asesino, la gente decía: «¡naturalmente, deberíamos habernos dado cuenta antes!, ¿no veis que carece por completo de pelo?»; o, «¡mira, qué mandíbulas tan marcadas, estaba claro que este tipo no era normal!».

»No obstante, no todos los hombres con esos rasgos eran asesinos, de modo que esas teorías genéticas fueron perdiendo paulatinamente peso en aras de una explicación del medio social, del ambiente en el que el psicópata se desarrolla: larga convivencia con el abandono, la miseria o el vicio de los padres, especialmente vividos en edades tempranas cuando la personalidad está en formación, podrían provocar los trastornos criminales. Hijos de prostitutas, maltratados física o sexualmente; vástagos de adictos a drogas o fármacos, que desde infantes han identificado en un solo acto placer y dolor, cielo y muerte, encarnarían el prototipo del asesino despiadado o múltiple...

»Sin embargo, los datos reales tampoco parecen inclinarse por esta teoría: confirman algunos casos, pero desmienten otros muchos. —Jaime se encogió de hombros—. En resumen, eminencia, ¿qué quiere que le diga? Como ocurre en todo lo que circunda la conducta humana, los distintos factores se presentan mezclados, es difícil diagnosticar el mal... En fin, eso es lo que opino, ¿y usted, qué piensa sobre esto? Entiendo que, tras muchas horas sentado en un confesionario, escuchando confidencias de las gentes más dispares, un sacerdote ha de tener una precisa visión del lado oscuro del alma.

—Sí, eso es cierto; un sacerdote con experiencia ya no se asusta de casi nada.

—¿Y ha llegado a formarse una impresión sobre la personalidad criminal, eminencia?

—Por profesión, obviamente, me inclino por el segundo tipo de teorías. Creo que matar es siempre un acto que exige la entrada expresa de la voluntad; no se mata por instinto. No obstante, coincido con usted: en la mayoría de los casos, tras un psicópata, se esconde un grave trastorno de personalidad provocado por muchos factores, algunos de los cuales no son responsabilidad del individuo; otros muchos, sí.

—¿Y por qué matan, por qué mata nuestro asesino? —pregunté yo, tratando

de volver al asunto. Era muy tarde y aquellas discusiones bizantinas no nos llevaban a ninguna parte—. Está claro que nuestro hombre asesina sistemática y programadamente, lo suyo no parece ser un acto de pasión incontrolable. ¿No es verdad, Juan?

Iturri intervino de inmediato; me pareció que estaba esperando que alguien le diera paso para ofrecer su visión.

—Ni soy psiquiatra, ni me siento capaz de entrar en la mente de nadie. Únicamente me baso en la experiencia acumulada, leyendo a toro pasado muchos informes forenses y buscando coincidencias. Según esta experiencia, y simplemente en términos probabilísticos, puedo decir que algunos asesinos convictos confiesan tener una excitación de naturaleza sexual al sentirse poseedores del poder supremo sobre la vida y la muerte; a otros, matar les crece el ego, los hace sentirse superiores; hay quien se siente creador, hay quien inflige a otros el daño que le hicieron a él, en una triste mueca...

—¿Y a quién se parece el hombre al que estamos buscando? —insistí.

Estaba dispuesta a llegar a un diagnóstico, siquiera aproximado.

Contestó, de nuevo, Iturri.

—Verás Lola, si pudiéramos clasificarlo dentro de algún perfil, podríamos estrechar el cerco: un asesino en masa, por ejemplo, comete siempre sus crímenes en un entorno cercano y suele tener antecedentes de esquizofrenia o un amplísimo historial de drogadicción... Sin embargo, un criminal múltiple comete delitos en lugares distintos y con algún fin asociado que se desconoce a priori...

—Si me permitís opinar desde fuera —incidió Jaime—, yo diría que vuestro asesino es un hombre especialmente atribulado...

—¿Por qué, doctor? —intervino el nuncio.

—Verá, eminencia, por un lado parece una persona organizada y metódica: conoce a la víctima, parece haber estudiado sus costumbres y rutinas y previsto todos los detalles. Además, no ha dejado huellas, pese a la complejidad con que ha rodeado sus actos... Cuando matan, los asesinos organizados muestran su control sobre las víctimas, indican que han sido ellos quienes han escogido el momento y el lugar: ellos tienen la llave, suyo es el poder... Sin embargo, su hombre ha mutilado ambos cadáveres. Es posible que cortarles los dedos fuera un acto no pasional, la búsqueda de una simple prueba y señal, pero rasgar sus

hábitos no lo es: esa acción parece indicar desorden, pasión, ira...

—Rasgar las vestiduras... Ira, vergüenza ante un comportamiento que juzga blasfemo... ¿Cómo eran aquellas frases del primer pergamino, querida Lola?

No contesté; en realidad, no debíamos estar hablando de esas cosas en mi casa. Pero desvelar el mensaje era ya un paso que no podía dar, aunque, al parecer, era inevitable.

—No se preocupe, señorita, conozco los detalles porque el secretario Andueza copió íntegramente el mensaje y me lo mostró, no porque haya habido una filtración interna. Si hago un esfuerzo, creo que podré recordarlo. «*A peccato liberatus, apostolis suae debet satisfacere. Mera iustitia hoc exigit*», o algo similar. Nuestro hombre se rasga las vestiduras por un pecado que, dice, sus víctimas han cometido. Parece creer que sus crímenes son exigidos por la misma justicia divina.

—Sí, eso parece —intervino Iturri—, cree estar haciendo el bien, hallarse en posesión de la verdad... Pero ¿la verdad sobre qué?

—Sobre alguna cuestión eclesial, desde luego —apostillé yo—, algo que tenga que ver con ese relicario falso.

El nuncio no contestó, pese a que Iturri y yo le interrogábamos insistentemente con la mirada. Tomó su copa de coñac y mojó sus labios. Luego se volvió hacia Jaime y dijo:

—El doctor no está de acuerdo con ustedes. Ha estado reflexionando, ¿no es así?

—En efecto, eminencia, es usted muy sagaz.

—Sagaz, no, doctor; sólo observador —replicó—. Usted ha bajado la vista y la ha posado en el suelo mientras su esposa y el inspector hacían cábalas.

—De acuerdo —se rió Jaime—, me rindo. No creo que nuestro asesino sea un justiciero puro. En realidad, no es más que una corazonada.

—¡Cuéntenosla! —le animó Tagliatelli.

—Pensaba en la bomba que, al parecer, le estaba destinada, eminencia. Si yo hubiera querido matarle, para asegurarme de su muerte habría colocado el explosivo a la altura del pecho o del abdomen: son zonas más amplias que la cabeza y, por tanto, la probabilidad de acertar es mayor. En fin, quizás el asesino desconocía su estatura...

—¡No, no, siga...! Usted se pregunta por qué el asesino la colocó tan alta.

¡Está claro, quería desfigurarme!

—¡Eso mismo pienso yo, eminencia, quería borrarle el rostro! Además, hay que tener en cuenta que también al arzobispo le volaron la cara. Le mataron con el tiro en el pecho. El segundo disparo fue completamente gratuito; con él, quisieron arrancar su mirada.

El nuncio y mi marido hablaban entre ellos, concentrados en los hechos. Iturri y yo escuchábamos callados.

—¿Y eso qué significa, doctor?

—Bueno, podríamos decir que indica desprecio, pero no tanto a sus víctimas como a sí mismo: no quería ver en sus ojos sus propias debilidades. Es un hombre que se avergüenza de algo, y, por el motivo que sea, su turbación tiene que ver con ustedes, con la Iglesia, quiero decir. Por un lado, les habla de un pecado imperdonable; por otro, menciona la frase de Cristo en la cruz: «¿Por qué me has abandonado?». Clemencia y justicia juntas; curiosa combinación.

Tagliatelli se iba emocionando con la conversación. Pensé que no se iría jamás.

—Es como una esquizofrenia, ¿no, doctor?: cree tener la verdad y quiere convencer a la Iglesia a tiros, pero, al mismo tiempo, siente vergüenza y pide clemencia. ¿Se avergüenza de matar?

—No, no lo creo, eminencia. Mi hipótesis más probable es que el asesino se avergüenza de esa verdad porque no está muy seguro. En fin, no lo sé, ahora, cuando lo he dicho, no me ha sonado tan verosímil, pero, en todo caso, Juan, Lola, creo que si encontráis ese factor de vergüenza, habréis abierto el camino hacia el asesino.

—Una última pregunta para todos, si son tan amables. Prometo que cuando me contesten me iré y les dejaré dormir. Estoy, me temo, especialmente preocupado por la concurrencia de algunas hostias sagradas en estos hechos. ¿Creen que este individuo puede tener algo que ver con alguna secta satánica? Me han dicho que hay algunas hermandades de magia negra que realizan sacrificios rituales con seres humanos. Les ruego, inspector, señorita, que sean sinceros.

Alcancé a disimular el gesto y aguardé a que Iturri respondiera.

—La Interpol cree improbable esa posibilidad. Ese tipo de sectas está discretamente controlado por grupos especializados. Por estas zonas, no se han

visto en los últimos tiempos movimientos significativos.

—¿No sabe qué peso me quita de encima, inspector, aunque yo casi lo había dado por descartado!

—Me interesa eso que dice, eminencia —intervino Iturri—, lo del descarte. ¿Realmente, es usted de los que cree que ese tema del demonio no es más que un cuento para dar miedo a los asustadizos?

—No, inspector —replicó serio, pero muy tranquilo—, la Iglesia siempre ha sostenido que el diablo existe. Él y los otros demonios fueron creados por Dios buenos de naturaleza; fueron ellos quienes se hicieron a sí mismos malos. Tras Adán, su voz seductora sigue atacando al hombre, incitándole a cometer miles de tropelías, como por ejemplo, las que ahora vemos.

—Y Cristo le combate —contesté yo, con cierto deje irónico.

Las dudas volvían a acecharme. Nunca había comprendido esa insistencia de la Iglesia en las fuerzas del mal.

—No, señoría, la historia de la salvación no es la de una lucha entre Jesucristo y el padre de la mentira. Cristo vino a la tierra para destruir las obras del demonio. Desde su resurrección, toda la labor de Satanás está marcada por la derrota.

—Sin embargo...

—Ya sé lo que me va a decir, querida Lola, que aunque sea un ser vencido, Satanás no cesa de plantear dificultades a los hijos de Dios. Eso es cierto, y lo seguirá siendo hasta la parusía, es decir, la venida final de Cristo, pero nunca es tan poderoso como para que no podamos vencerlo.

—De acuerdo, eminencia —interrumpió Iturri—, el demonio existe y hace daño, pero usted no cree que este caso tenga que ver con él.

—No, no lo creo.

—¿Puede decirme por qué? ¡Como bien dice, hay implicadas hostias supuestamente consagradas!

—Eso es cierto, pero, de momento, no ha habido ninguna impureza o degradación moral.

—¿Impureza, eminencia? No sé qué quiere decir —replicó Iturri, al que cada vez veía más nervioso.

Fue Jaime quien contestó para mi extrañeza.

—Eso es cierto, Lola; todo lo que tiene que ver con el diablo es sucio. Sin

embargo, los dos cadáveres tenían la ropa interior en su sitio. No hay semen por ningún lado.

—Las obras del diablo son conocidas, decía san Pablo: fornicación, impureza, libertinaje, orgías y cosas semejantes.

—No obstante, eminencia, está claro que, en ese camino del que nos hablaba Jaime hace un momento, esas hostias tienen un papel que debemos investigar.

El eclesiástico se levantó muy serio, nos cogió a Iturri y a mí del brazo y susurró:

—Mi Señor, además de mi vida, está en sus manos. Haré confesión general en cuanto llegue a la nunciatura, el resto depende de ustedes.

Iturri musitó alguna frase que no recuerdo; yo no pude articular palabra. Enseguida, Tagliatelli volvió a la normalidad.

—¡Gratísima velada, pese a las circunstancias! Gracias de todo corazón. Estoy seguro de que me informarán de las novedades.

—Descuide —apostilló Iturri.

Dormí fatal aquella noche y, teniendo en cuenta los hechos que se sucedieron en los días siguientes, me habría hecho falta aquel sueño reparador.

## V

Acababa de pulsar el interruptor de la cafetera, cuando sonó el teléfono. Ni siquiera había mirado por la ventana; me había levantado con un único y pertinaz pensamiento: aspirar cuanto antes el exquisito aroma de la cafeína. Ignoraba si me esperaba una de esas húmedas y refrescantes mañanas de junio o si, por el contrario, el sol se aprestaba a incendiar de nuevo el día hasta ahogarnos a todos con sus soflamas. En aquel momento, la meteorología me importaba un bledo: sólo estaba cansada y necesitaba una buena dosis de café.

Me había pasado la noche tumbada en la cama, cambiando constantemente de postura por si en alguna de ellas lograba cazar al sueño; pensaba en aquel hombre vestido con casco de artificiero y marcada camiseta de tirantes. Ahora sabía que era joven y que tenía una bonita voz; con ella me había llamado por mi nombre; «señora MacHor, señoría», había dicho. Incluso había bromeado conmigo: «¿Es peligroso?», le había preguntado yo, y él me había respondido riendo, insinuando que buscaba «cloratita altamente inestable».

Me conocía, sabía quién era y qué era, quizá planeara buscarme a mí también. Y, sin embargo, sin saber por qué, estaba tranquila.

Veía la escena con nitidez, como si el viento hubiera arrastrado lejos el resto de los elementos dejándole sólo a él, resaltando su atlética silueta sobre el infinito. Todo sonido había cesado, sólo llegaban a mis oídos sus frases falsamente amables. No había visto su rostro, pero eso poco importaba. Frente a mí aparecía el hombre; un bello cuerpo daviniano, con una musculatura bien formada y una voz envolvente. Podía haberlo tenido todo; sin embargo, bajo aquella atractiva máscara, habitaba un monstruo.

Recordé el sueño del hermano Chocarro. Sobre una nube, un joven tomaba el sol con el torso desnudo. Era fuerte y muy hermoso, con una faz dulce... Pero al

darle la espalda, mostraba otro rostro, duro y amenazante, con dos pequeños cuernos asomando en su frente y largos y afilados colmillos. «Las dos caras sólo tienen en común los ojos: son verdes y en ellos se puede leer la palabra muerte», había dicho el sacristán. Yo no le había visto los ojos, ocultos tras su disfraz de artificiero, pero supe que nunca había estado más cerca del infierno que cuando le rocé bajando las escaleras de la residencia episcopal.

¿Por qué? ¿Qué mal se derramaría por su alma, haciéndole supurar tanto odio? ¿Qué tendría contra la Iglesia o contra quienes la dirigían? ¿Quiénes la dirigían; qué distintos parecían de quien decían imitar! No tengo mucha cultura religiosa, pero siempre que leo los evangelios me sorprende de la sencillez de los mensajes. Preguntas simples —«Si quieres puedes curarme»—, respuestas simples —«Quiero»—, y milagros sin espectáculo —«Hágase»—. Ciegos, cojos, leprosos, complejos enfermos de alma, niños que corren; para todos la misma receta, la misma sencillez. ¡Qué contraste con la imagen de pompa y espectáculo que había visto aquella tarde en la iglesia catedral! Complicadas ceremonias que requerirían de un doctorado para comprender, ritos que terminaban ocultando a Dios entre tantos ropajes litúrgicos... Sí, los mensajes originales eran sencillos y luminosos; la Iglesia, complicada y oscura. Al menos, parcialmente, me dije recordando la sepultura del abad, la caja de pino y la tierra seca; y teniendo presente a Chocarro e incluso la despedida del nuncio apostólico.

Claro que lo mismo que se apreciaba en la Iglesia tenía lugar en la política, en la judicatura, y, en suma, en todo lo que los hombres construimos. Por muy simples que sean los planos, al final, levantamos edificios plagados de recovecos e intersticios. Durante toda la noche me prometí a mí misma no juzgar, sólo observar, anotar y confrontar con la ley. Pero el tintineo de mis dudas era demasiado tenaz para lograrlo.

El teléfono insistía. Contesté, mientras miraba de reojo el reloj de la pared; pasaban cinco minutos de las siete. Mientras hablaba, comenzó a llegar hasta mi nariz el esperado aroma torrefacto.

—¿Dígame?

Una voz familiar me respondió entre susurros algodonosos.

—Señoría, siento molestarla en casa, pero creí que querría saberlo enseguida.

—No te preocupes, Gorka; cuéntame lo que ocurre.

—Se trata de Ángela. ¡Oh, Dios mío, señorita, ha muerto!



Se echó a llorar.

—¡Ese hijo de puta! —chillé, sintiendo cómo me hervía la sangre por efecto de la rabia y del dolor.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Aparté la cortina apenas unos centímetros, lo suficiente para ver que ninguna nube empañaba un espléndido sol.

—No ha sido él, señorita —replicó entre sollozos contenidos.

—¿Cómo que no ha sido él? —indagué.

—No, él estaba bebiendo en algún bar. Aprovechando la ocasión, Ángela llenó la bañera con agua caliente, se metió dentro y se cortó las venas con una cuchilla de afeitar.

—¡Pobrecita, no soportó la presión! ¿Por qué no fui más convincente? —me reproché.

—No se torture, señorita; se veía venir.

—Y encima su marido saldrá indemne.

—Es posible que no, doña Lola; antes de suicidarse, Ángela escribió una larga carta donde relata todo lo que ha soportado en estos años de calvario. No pudo testificar viva, lo hace muerta. ¿Cree, señorita, que esa declaración tendrá valor probatorio?

—No lo sé, habrá que conocer todos los detalles. Lo único que está claro es que Ángela está muerta. Gracias por llamar, Gorka.

—De nada, señorita; lo siento.

Me derrumbé en la silla de la cocina. La cafetera había terminado. Llené una taza hasta casi el borde y añadí unas gotas de leche desnatada y dos pastillas de sacarina. En otras circunstancias, aquellos movimientos rituales habrían representado un egregio aunque cotidiano placer, pero no en aquéllas.

Apoyé el codo sobre la mesa, observé cómo se deshacía la espumilla del café sin decidirme siquiera a tomarlo, cuando el teléfono volvió a sonar.

—Dígame...

—Lola, soy Juan Iturri, sé que es temprano, pero necesitaba hablar contigo. ¿Has podido dormir algo?

—Bueno, si llamas algo a dos horas, sí, he podido dormir. Pensaba salir hacia el juzgado dentro de un rato, pero intuyo, por el tono condescendiente de tu voz, que me vas a amargar nuevamente el desayuno.

—¿Nuevamente?

—Gorka se te ha anticipado. Un caso de violencia doméstica... Una amiga —rectifiqué—; se ha suicidado.

—¡Vaya, lo siento! ¿Era íntima?

Se produjo una incómoda pausa, en la que estuve tentada a contárselo todo, pero lo pensé mejor: no tenía ganas de hablar del asunto con alguien que no conocía a Ángela, porque sonaría a la crónica de sucesos del telediario de cada día y no a lo que realmente era, una pérdida irreparable; una doble pérdida, rectifiqué recordando el embarazo.

—En realidad, no era amiga, sino conocida —contesté.

—Puedo esperar, Lola, aunque naturalmente preferiría que vinieras cuanto antes.

—Lo intentaré, si es necesario. Dime, ¿qué ocurre esta vez?

Como un toro bravo recién salido de toriles, Iturri se arrancó de inmediato. Desde que le conozco, siempre es así: lo primero, el trabajo; las golosinas, como los sentimientos, de postre.

—Han llegado los datos de nuestros visitantes domiciliados en Menorca y en Málaga. Realmente, llegaron ayer por la tarde, pero con el jaleo de la bomba en el arzobispado, no he visto el fax hasta hace unos minutos.

—¿Y qué dice ese fax, para que me llames con tanta urgencia?

—Del hombre de Menorca no señala nada interesante: es una persona corriente que vino a hacer penitencia por algún tipo de infidelidad, supongo que matrimonial; lo extraño es que el visitante malagueño haya muerto. Le enterraron ayer por la tarde, casi al mismo tiempo que al arzobispo Cañarte.

—¿Muerto? ¿Otro asesinato? ¡Por favor, en vez de una aspirina voy a tomarme dos! —respondí.

Tenía el paquete en la mano.

—No te aceleres, Lola; al parecer, su muerte se debió a un accidente náutico. Un inesperado giro en la dirección del viento movió bruscamente la botavara de su velero, golpeándole en la cabeza.

—¿Eso es lo que dice el parte forense?

—Eso es lo que está escrito en el informe, sí. No obstante...

—Lo siento por él, Juan, ¡de veras! Pero a nosotros su muerte no nos incumbe.

Juan Iturri suspiró. Me pareció que su gesto indicaba un punto de desesperación por tener una jefa inútil, sin embargo, su voz no lo revelaba cuando añadió:

—He hablado hace unos minutos con la oficina forense del juzgado de Málaga. El patólogo dice que hizo la autopsia conforme a la práctica habitual, es decir, que siguió el protocolo estandarizado. Su informe señala como causa de la muerte «una fractura cervical como consecuencia del traumatismo craneoencefálico recibido». A pesar de que el cuerpo del difunto se encontró en el mar, no murió ahogado: no había agua en sus pulmones; cuando cayó al agua, el tipo ya debía de estar muerto.

—En suma, que murió desnucado tras un golpe contundente...

—Exactamente, el forense asegura que murió así; en ese punto no cabe duda alguna. No obstante, me ha confesado que corroboró sin pensarlo mucho la hipótesis más probable formulada por la policía...

—Que era la de un accidente fortuito tras un golpe de mar.

—Eso es. El forense admite que tenía otros dos cadáveres para analizar, frutos de sendos accidentes de tráfico. Estuvo de acuerdo con la policía, y ésta cerró el caso. Su informe confirma que se encontró sangre de la víctima en el palo del barco, una pieza de aluminio, pero no se realizaron más estudios complementarios.

—Y tú sugieres que el diagnóstico del forense podría cuadrar con un golpe mortal provocado voluntariamente por otro ser humano —concluí.

—En efecto, Lola.

Ambos guardamos silencio. Finalmente, me decidí:

—Juan, debo decirte que no veo suficientes indicios para reabrir una investigación ya zanjada.

—¡Pero, Lola...!

—¡Ya sé, ya sé! Te conozco; ahora vas a argüir que no crees en casualidades y que esa muerte te da mala espina.

—Es verdad —contestó—, no creo en casualidades; y tú ya has probado la eficacia de mi olfato.

—Vale —dije tras pensarlo unos segundos—, implica un papeleo terrible, amén del azote de la prensa, pero si crees que es necesario reabrir el caso, lo haré. Espero que no sea precisa una *exhumación*.

—Me temo que será inevitable. El tipo era un modisto con cierto prestigio internacional.

—¿Un modisto de renombre? ¿Quién era?

—Espera que lea su nombre; lo tengo apuntado en el expediente... Sí, aquí está: se llamaba Faustino Gorla, sesenta y dos años, nacionalidad española.

Mi lamento se extendió por toda la cocina. Recordé la lista. En efecto, había visto su apellido escrito junto al resto de los investigados, pero al no situarlo junto al nombre, no me había llamado la atención.

—¿Faustino Gorla? ¡Más líos no, por favor! ¿Pero qué he hecho yo para merecer esto?

—¿Es que te suena su nombre?

—Sí, es un diseñador afamado y caro, de hecho yo tengo un traje de noche de su firma. Hace unos meses leí un reportaje sobre su vida en una revista que estaba en la peluquería... Bueno, no lo leí, pero sí me detuve a contemplar las fotos de su casa: un sitio maravilloso.

—¿Un tío famoso?

—Sí, aunque debía de ser bastante discreto. No me acuerdo por qué salió a la luz... Supongo que vistió a algún miembro de la aristocracia en algún acontecimiento y la prensa le dio cobertura.

—Nuevas complicaciones, Lola.

—Parece que es mi sino —contesté mecánicamente.

La luz de la mañana superó el muro y entró a raudales por la ventana, haciendo brillar los armarios lacados en blanco.

—Había previsto salir hacia Málaga después de comer; en estos casos, es mejor trabajar sobre el terreno. Iré en coche, las conexiones de los vuelos son horribles.

—Me parece muy bien, Juan, hay que asegurarse.

Hizo otra pausa. Intuía lo que iba a decir. Y lo dijo. Pronunció la frase con tono suplicante.

—¿Vendrás conmigo?

—¿Yo? No sé, en fin... No me gusta viajar de manera improvisada... Los colegios, Jaime...

—Si la juez que instruye el caso está presente, todo resultará mucho más fácil. Ninguna familia de luto acepta de buena gana que un policía ande

merodeando por la casa del muerto y, mucho menos, desenterrando su cuerpo.

Sabía que tenía razón. No pude negarme.

—De acuerdo, si no queda más remedio, iré. Ahora le daré el disgusto a Jaime. Estaré preparada a mediodía. ¿Me puedes venir a buscar aquí? Así dejo el coche en casa y no llevo la maleta al juzgado.

—Vale, te recojo a la una.

—¿Cuántos días calculas que estaremos fuera?

—Una noche, dos a lo sumo.

—Una, y se acabó... —sentencié.

Juan se enfadó, mostrando su indignación.

—¡No eches el cierre antes de entrar, Lola! ¡Ésta es una investigación por asesinato múltiple; el horario de colegio de tus hijos no puede interferir en ella!

—¡Ya lo sé, Juan! Pero, si bien mi presencia es importante, mi permanencia allí no. Tras arreglar el papeleo, dejaré las cosas en tus manos y regresaré.

—De acuerdo —accedió.

Volví al café; se había enfriado. Me estaba empezando a preparar otro, cuando, de nuevo, el rítmico martilleo me detuvo. Esta vez sonaba el móvil. Contesté.

—¿Podría hablar con la juez MacHor, por favor?

—¿Quién pregunta por ella? —dije.

Ninguna preocupación era poca en aquellos momentos.

—Soy Lucas Andueza.

—¡Padre Andueza, qué pronto llama! ¿Ha resuelto el galimatías?

—No he resuelto nada, sólo llamo para comunicárselo. Sé que el tres, como el siete, son números importantes para los católicos, números cabalísticos, en cierto sentido mágicos. El tres lo es porque representa a la Trinidad, tres personas en un solo Dios, pero 3313 no tiene, que yo haya podido saber, significado alguno; ni siquiera diabólico. Me temo que deberá usted preguntar en otros foros.

—De acuerdo, padre, no se preocupe; llámeme si más tarde se le ocurre otra cosa.

Me aprestaba a colgar, cuando noté que mi interlocutor seguía allí.

—Padre Andueza, ¿quería decirme alguna cosa más?

Se tomó unos segundos para contestar.

—He de confesar, señoría, que he estado toda la noche dándole vueltas a esos números.

—¿Y a qué conclusión ha llegado?

—A ninguna en concreto; sólo espero que no sea el número de asesinatos que habrán de perpetrarse. Sin embargo, me llama la atención ese uno, el que desapareja la cifra global.

—Tengo que reconocer mi incapacidad para seguirlo.

—Verá: el primer tres, podría ser el abad de Leyre; el segundo, el arzobispo. Luego viene un uno, que, claramente, es distinto de tres: ése sería el nuncio, con el que el asesino no ha logrado terminar.

—¿Y el último tres?

—Bueno, si mi interpretación resulta acertada, significaría que usted tendrá pronto más trabajo... porque si el asesino emplea el número tres cuando acierta...

Sentí un escalofrío al recordar lo que Iturri acababa de contarme: ¿podría ser Gorla el último número de esa lista?

—Es interesante esa teoría suya, aunque espero que se equivoque. Lo digo por el último tres —contesté, sin saber qué decir.

—¡Lo sé, señoría, es una interpretación absurda, pero no se me ha ocurrido otra!

—Creo, padre Andueza, que tanto usted como yo lo que necesitamos es dormir.

—Es verdad, al menos yo; no he pegado ojo esta noche. Pero está claro que esto no es lo mío: debería usted buscar a alguien que entienda de números; un matemático...

—Ése es un buen consejo, padre, gracias. No deje de llamarme si se acuerda de algo más.

¡Un matemático, claro! Cogí el teléfono y marqué el número de San Salvador de Leyre, rezando para que el hermano portero estuviera en su puesto.

—Monasterio de Leyre, ¿dígame?

—¡Gracias a Dios, que coge el teléfono, hermano Daniel! Soy la juez MacHor...

—Buenos días, señoría, veo que madruga usted...

—Sí, ¡qué remedio! —«Se me acumulan los muertos», pensé—. Verá,

hermano, ya sé que no es una hora decente para molestarles, pero necesitaría hablar unos minutos con el hermano Chocarro. ¿Cree que será posible?

—¡Pues tiene usted suerte, señoría! Si le hubiera llamado dentro de quince minutos no habría podido ayudarla porque nos habría pillado en la oración matinal y no habríamos contestado al teléfono.

—Me alegra haber madrugado, entonces. ¿Podría avisarle, por favor?

—Creo que será mejor que cuelgue; yo busco a Chocarro y le digo que la llame. Este monasterio es muy grande y Chocarro se mueve mucho. Déjeme un número donde podamos localizarla, y él la llamará.

Se lo dicté y él tomó nota, lo repitió dos veces en voz alta para asegurarse de que lo había apuntado bien.

—Gracias, hermano Daniel. Cuando esto acabe, me gustaría ir un día a Leyre con mi familia. ¿Nos enseñará sus tesoros?

—¡Por supuesto, señoría! No sólo le enseñaré las muchas joyas que guardamos; le contaré también nuestras leyendas; a sus hijos les gustarán... Dragones y fantasmas...

Colgué y me acerqué a la ventana. No sé por qué, la posibilidad de compartir mis dudas con Chocarro me tranquilizaba. Tras las cortinas comenzaba a relumbrar el sol de junio. Corría algo de aire, pero parecía seco y pegajoso: nos esperaba otro tórrido día.

Oí un rumor. Antes de que la puerta batiente de la cocina girara sobre sus goznes, supe que mi marido se acercaba. Cuando sus zapatillas de suela blanda avanzan por el pasillo, se adhieren levemente al suelo y emiten un sonido peculiar. Me volví a tiempo de recibirle con una media sonrisa. Traía ojos de sueño y el cabello más alborotado que de costumbre: sus rizos color azabache empezaban a encanecerse alrededor de sus orejas, pero, para mi sorpresa y la de todos, carecía casi por completo de arrugas. Se acercó, echó hacia un lado la melena y me besó suavemente en la mejilla.

—Buenos días, Lolilla, ¿has podido descansar?

Su voz sonó más ronca de lo habitual.

—No mucho... ¿Y tú?

—He dormido poco, pero bien. ¡Gran tipo Tagliatelli, he soñado con él! Naturalmente, discutíamos sobre el alma de los asesinos.

—Sí, era un tipo simpático. ¿Sabes lo que me extrañó de él y de sus colegas?

—Que coincidieran todos en el color del traje.

—¡No seas tonto! Me extrañó que no hablaran de religión. Cuando os juntáis dos médicos, indefectiblemente termináis operando a alguien. Cuando lo hacemos los de mi gremio, salen inmediatamente a relucir los últimos dictámenes del Supremo; en cambio ellos no mencionaron ni una sola vez a Dios, su especialidad. Sólo el arzobispo de Burgos se interesó por los chicos; me preguntó si eran estudiosos, si me ayudaban en casa, si habían recibido el sacramento de la confirmación o si les daban clase de religión en la escuela.

—Mujer, seguro que vieron que los chicos eran estupendos y no les pareció educado preguntar.

Jaime dejó la taza de café sobre la mesa para ir en busca de sus tostadas integrales.

—No hay pan tostado, Lolilla.

—Se lo comieron ayer los hombres de negro; todo. ¿Por qué será que los clérigos siempre están famélicos? —comenté.

—¡Hija, te has levantado hoy anticlerical!

—No, no es eso. Sólo estoy cansada.

—Habrá que comprar tostadas esta tarde.

—Tendrás que hacerlo tú, debo salir de viaje —repliqué, con áspero tono de voz.

Sabía adonde conducía el camino que acabábamos de coger.

—¿De viaje? ¿A dónde vas?

—Me voy a Málaga con Iturri, por un asunto de la instrucción.

—¿Y por qué no va él solo? Al fin y al cabo, los jueces estáis por encima de todas esas cosas de policías.

—En este caso, no —contesté tajante.

Jaime apartó la mirada de la taza de café para dirigirla hacia mí. No dijo nada, se limitó a observarme mientras revolvió el café a toda velocidad con la cucharilla de plata.

—¿Qué? —le pregunté, devolviéndole la mirada con un destello furioso.

—Esta tarde llega Treisman.

—¿Treisman? ¿Quién es Treisman?

—David Treisman, el profesor de Columbia, ¿no te acuerdas? Le conociste el año pasado en París, en la cena de clausura del congreso sobre terapia celular.



—¡Estupendo! Me alegro mucho de que venga, lo pasaréis muy bien juntos.

—Se va a quedar dos días, sólo dos días: mañana y pasado mañana. Le invito yo, con la beca del Ministerio. Si tú no estás, ¿quién se va a ocupar de los niños?

—Tú, naturalmente.

—¿Y Treisman?

—Tendrá que ayudarte o ambos tendréis que negociar un horario de trabajo civilizado. Llegar a casa a las tres de la madrugada no es civilizado —añadí.

Mientras hablaba, había recordado aquella cena. Tras ella, ambos me habían llevado al hotel. Jaime se presentó en la habitación, pasadas las tres. Me despertó para decirme que el tal Treisman era un genio en no sé qué vector de terapia génica y que había sido una de las veladas más fascinantes de su vida. ¡Y yo me pasé la única noche que estuve en París contemplando la cursi cenefa del papel de las paredes de la habitación del hotel!

—Estoy seguro, Lolilla, de que puedes retrasarlo; son sólo dos días.

—No, no puedo.

—Dirás que no quieres —murmuró levantándose.

—No, digo que no puedo. Eres la única persona que no comprende que como juez tengo obligaciones inaplazables. Te recuerdo que hay alguien ahí fuera matando gente, y no a cualquiera, ¡a tus queridos curas!

—Y yo te recuerdo que, aunque seas juez, tienes obligaciones familiares —me recriminó, arqueando las cejas y torciendo la boca en un gesto de amargura.

—Un buen rechazazo —le dije enfadada.

—Sí, eso mismo pienso yo.

Y salió, dejándome con la palabra en la boca.

Iba a comenzar a chillarle furiosa cuando sonó el teléfono.

—¿Quién es?

—Señoría, siento haber tardado tanto; tenía que preparar los ornamentos para celebrar la santa misa.

—¡Hermano Chocarro, gracias por llamar!

—Dice el hermano Daniel que quería preguntarme algo...

—Sí, es cierto. Ayer el asesino trató de atentar contra el nuncio del Papa en España, que había venido a Pamplona para officiar los funerales por el arzobispo.

—¡Santo Dios!

—No se preocupe, frustramos sus propósitos. Pero dejó una nota... Un

mensaje que no entendemos; he pensado que usted podría ayudarme a comprenderlo.

—Lo intentaré, ¿qué dice el mensaje?

—No dice nada, sólo es un número: el 3313.

—Curioso... —añadió, por todo comentario.

—¿Sabe qué significa?

—Los números no tienen por qué significar nada, señorita.

—El padre Andueza mencionaba que podía ser un número cabalístico.

—Demasiado grande para eso, señorita.

—Entonces, ¿no puede decirme nada sobre él?

—¡Ah, puedo decirle muchas cosas sobre él! Es un número elegante, sencillo, pero con personalidad, ¿no le parece? Y, además, es primo.

—¿Primo?

—Sí, es un número primo.

—Lo siento, hermano Chocarro, yo soy de letras. Las ecuaciones, funciones o curvas me dan alergia.

—No se preocupe, se lo explicaré de forma sencilla: un número primo es aquél que sólo puede dividirse por sí mismo o por la unidad. 2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29 son primos... El 4, por ejemplo, no lo es, tampoco el 77 que es el producto de otros dos números primos: el 7 y el 11.

—Sí, ya lo entiendo. ¿Qué les hace tan especiales, son pocos?

—No, en absoluto: hay infinidad de ellos, pero, desde la antigüedad, se ha tenido a los primos como los números más misteriosos y puros de todo el lenguaje matemático. Uno de los trabajos que hice fue estudiar su distribución entre los números enteros. Hay gente que sostiene que su reparto entre sus parientes no primos se explica puramente como un fruto del azar. Pero yo no creo en el azar. Sé que existe un patrón discernible que explica el nacimiento de un número primo; que no sea capaz de descubrirlo únicamente muestra mi incompetencia, no su inexistencia.

—De acuerdo, hermano. ¿Y qué tienen que ver los números primos con la Iglesia?

Tardó unos segundos en responder.

—Que yo sepa nada, señorita. Sin embargo, creo haber leído en algún sitio que se hacía una comparación entre ellos y los santos. Tendría que buscar esa

cita...

—¿Podría hacerlo, hermano?

—Sí, pero creo que tardaré un poco. Hasta las once no tenemos estudio.

—No se preocupe, llámeme al móvil cuando lo encuentre, por favor. Tengo que salir de viaje.

—De acuerdo. ¿Es tan amable de repetírmelo?

—¿Tiene dónde apuntarlo?

—No me hace falta apuntarlo, señorita: son números, me los aprenderé.

Iba a colgar cuando me acordé del perfume...

—¡Hermano, no cuelgue!

—Aquí sigo, dígame.

—¿Recibió el frasco de perfume?

—No, no he recibido nada... Aguarde, preguntaré al hermano portero...

Esperé su vuelta pegada al aparato, mientras trataba de serenarme inspirando profundamente. Todo inútil, mi inquietud podía cortarse.

—Señorita, ya lo tengo —oí al otro lado—. ¿Quiere que lo huela?

—Por favor...

—De acuerdo, ya estoy en ello...

No se tomó más que unos segundos.

—No es éste, señorita. Rotundamente no... —exclamó—. El olor que flotaba en la sacristía era más denso; más madera.

—De modo que, realmente, nuestro asesino tuvo un cómplice. Dos olores: uno en su iglesia abacial, otro en la ermita de Mendigorria. El suyo pudo robar el Sacramento; el otro, asesinar a los clérigos...

—Sí, es muy posible. Dos perfumes extraordinarios ocultando dos hálitos emponzoñados. El hedor del azufre envuelto en esencia de jazmín. ¡Qué pena!

—Sí, hermano, una pena... Como la que tengo ahora por tener que dejarle —le corté.

—Adiós, señorita.

Finalmente, salí de casa en taxi a las nueve, con la maleta a cuestas y dando un portazo, mientras insistía a voz en cuello que mi trabajo resultaba tan beneficioso y necesario para el bolsillo familiar como el de cualquier otro. A media mañana, cogí el teléfono dispuesta a llamar a Jaime, pero mi orgullo me lo

impidió: ya lo haría él, si quería; sabía dónde encontrarme, llevaba su móvil.

## VI

La primera vez que vi a Juan Iturri, unos días antes de ser acusada falsamente de la muerte de un compañero de universidad, estaba de pie en la puerta de la morgue de Pamplona, hablando con el forense en voz baja. Por aquel entonces, su aspecto era descuidado; llevaba unas horribles gafas de pasta marrón barata que ocultaban sus bellos ojos (su mayor magia) y un antiestético bigote. Pero eran tiempos en los que a Juan le obsesionaba pasar inadvertido, lo que no era fácil siendo él guapo y las mujeres, curiosas.

De aquella primigenia apariencia quedaba poco, a excepción, quizá, de aquella neblina de humo de tabaco que envolvía su cara en lugares abiertos y, naturalmente, de su carácter. Sonreí; no era fácil mantener una conversación con el inspector Iturri. De hecho, habíamos emprendido el viaje a las diez de la mañana, y a la una, apenas habíamos intercambiado unas frases.

El día se presentaba caluroso, casi plomizo, y el automóvil no tenía aire acondicionado, no obstante, ya que no iba a volver a casa, decidimos salir antes.

Llevábamos abiertas las ventanillas delanteras. Mi pelo, de por sí rizado, se había ido enredando hasta impedirme peinarlo con los dedos. Saqué un lazo del bolso y me lo sujeté con una coleta. El gesto sacó a Juan de su ensimismamiento.

—Te sienta bien —me dijo—, te hace más joven.

—¡Soy joven, Juan, no necesito hacerme una cola de caballo para demostrarlo! —chillé para hacerme oír por encima del estruendo de un camión que pasaba en dirección contraria.

—De acuerdo, abuelita; son las dos —me contestó, acariciándome los rizos bermejos con la mano extendida—. ¿Quieres que paremos a tomar un bocadillo y algún refresco, y luego hacemos el resto del viaje de un tirón? Temo que, en otro caso, no lleguemos a tiempo de ver la casa del difunto Gorla.

—Creía que no lo ibas a decir nunca —confesé.

Iturri sonrió con dulzura al tiempo que se detenía a la derecha en un local de pueblo, adornado con un gran cartel que rezaba «Soria existe», bajo una propaganda de Coca-Cola.

Durante el trayecto, habíamos hablado poco del caso, Iturri estaba absorto, pensando en alguno de sus fantasmas, y yo repasaba una y otra vez mi discusión con Jaime, últimamente demasiado habitual. Sin embargo, en aquella taberna de pueblo, ante unos enormes bocadillos de jamón serrano y una botella de agua helada, dimos rienda suelta a la lengua. Haciendo gala de mi habitual deferencia hacia él, le pedí que hablara primero:

—Bien, Lola, así veo yo las cosas: un asesino desconocido, pero próximo a la Iglesia, se está cargando a sus dirigentes. No quiere dinero ni ninguna otra compensación material. Prueba de ello es que no se ha llevado nada de lo que le han ofrecido, ni siquiera el relicario, y eso que lo había pedido expresamente. Por lo tanto, podemos concluir que lo que vemos es el resultado de alguna venganza. Si logramos entender por qué quiere vengarse, es probable que consigamos cazarle.

—En términos generales, Juan, coincidido contigo, pero dejás fuera algunos detalles importantes...

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que el relicario es falso. ¿Lo sabía él y por eso lo pidió, o, por el contrario, se marchó ofendido cuando se dio cuenta de que no era el auténtico? ¿Su venganza consiste precisamente en señalar a la feligresía que sus dirigentes descuidan los bienes de la Iglesia?

—Ésa es una buena pregunta, Lola... ¿Cuál es tu respuesta?

—No lo sé, pero si he de escoger, creo que apostaría por el asesino.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestros expertos en arte han tardado varias horas, empleando técnicas e instrumentos sofisticados, en decirnos que el relicario era una burda copia. Salvo que el asesino sea un verdadero experto, no podría haberlo sabido en pocos minutos y en una ermita en semipenumbra.

Iturri se mostró de acuerdo, lo que, dicho sea de paso, me llenó de orgullo.

—Tienes razón, la primera hipótesis es que el asesino sea un experto en arte, un coleccionista o un anticuario muy versado en esa época. Eso cuadraría con el

envío de los pergaminos. La segunda, que conociera la falsificación a priori, lo que nos vuelve a acercar a la Iglesia, en consonancia con otros indicios, por ejemplo, que conociera las costumbres del abad de Leyre o que el arzobispo era rico.

—Sí, ése es otro factor esencial. El arzobispo Cañarte era rico, cuando se supone que en la actualidad los prelados son pobres.

—No te niego que haya algo turbio en esta diócesis y que sacar esa mierda a flote forme parte del plan del asesino, pero lo que no sabemos es si ambas cosas se relacionan o no. En otras palabras, lo que Lucas Andueza no ha querido contarnos alegando el secreto de confesión, ¿hace referencia a la vida de la diócesis antes de estos asesinatos o a los asesinatos mismos?

—¿Me estás diciendo que se pueden estar solapando dos cuestiones, la del dinero y el relicario y la de los asesinatos?

—Eso es —me contestó—, aunque eso no cambia la premisa inicial. Nuestro asesino está enfadado y quiere vengarse. Hay que averiguar por qué.

—¿Cómo? —exclamé—. Y no me digas, como siempre, que poco a poco.

Iturri soltó una carcajada y me cogió la mano.

—¡Pues tengo que decírtelo, Lola, porque no hay más solución! Iremos poco a poco descartando opciones. Por cierto, ¿sabes algo del número escrito en la última nota?

—Sí, sé que es primo.

—¿Primo, de qué hablas?

—Me lo ha dicho Chocarro. El 3313 es un número primo, es decir, que únicamente puede dividirse por sí mismo y por la unidad. Naturalmente, le he preguntado por la posible relación entre ese número y la Iglesia. Me ha prometido investigarlo y llamarme cuando lo encuentre.

—¿Tienes el móvil encendido?

—Creo que sí.

—¿Por qué no lo compruebas? No es un día para tenerlo apagado. Te confesaré que me ha extrañado que nadie te llamara. Ramiro, Galbis, Andueza, Chocarro... Según dices, todos están a punto de concluir sus trámites e investigaciones.

Abrí el bolso mientras él hablaba. Para mi vergüenza, estaba sin batería. Pedí al camarero que me permitiera enchufarlo unos minutos a la red; llevaba el cable

en la maleta; mientras se cargaba, tomamos un café.

Tenía tres mensajes y una llamada perdida. Galbis y Ramiro me pedían que me pusiera en contacto con ellos cuando pudiera; Fermín Chocarro había dejado escrito: «Señoría, no contesta usted al móvil, pero ya he averiguado lo que me pidió: en efecto, hay un teólogo famoso de apellido Von Balthasar, que hace una comparación entre los números primos y los santos. Tengo la cita exacta, si necesita consultarla. Lo que, sin embargo, se me escapa es el porqué de esa cifra, habiendo infinidad de números primos, y siendo ése tan poco habitual». La llamada perdida provenía de un número fijo de Pamplona que no conocía. Por un momento, el corazón me dio un vuelco. Podría ser Jaime que llamaba para disculparse... Me había quedado con su móvil, de forma que era posible que estuviera llamando desde alguna cabina.

Fue el primer número que marqué. Me respondió un contestador automático de una empresa que fabricaba perfiles metálicos. Desde luego, no era Jaime; colgué decepcionada.

—¿No te contestan? —preguntó Iturri.

Azorada me apresuré a contestar:

—Soy tonta, me he debido de equivocar de número y he llamado a una fábrica. Volveré a intentarlo.

—Es fácil, Lola; sólo devuelve la llamada —me respondió, tras meditar mis palabras unos instantes.

Nunca supe si era ironía lo que escondían sus palabras o simplemente una lección gratuita. Teniendo en cuenta mis dificultades con esos aparatos, no habría sido de extrañar.

Llamé a Chocarro cuando ya nos habíamos sumado al denso tráfico de Madrid. Esta vez conecté el móvil a la pista del coche, para que Iturri pudiera escuchar la conversación. Contestó el hermano Daniel.

—¡Señoría, hemos estado intentando localizarla, pero sin éxito!

—Lo sé, hermano, ha sido culpa mía; dejé que se descargara la batería del teléfono. Acabo de ver el mensaje del hermano Chocarro. ¿Podría hablar con él?

—Me temo que en este momento no, señoría.

—¡Vaya! —repuse cariacontecida.

—Pero me ha dejado una nota para usted. ¿Quiere que se la lea?

—¡Sí, por favor, hermano!



—Espere, voy a por mis gafas.

En pocos segundos, Juan y yo escuchamos el preciso resumen que Fermín Chocarro había preparado para nosotros.

—«Señoría, esto es lo que dice el teólogo Von Balthasar: dentro de la Iglesia, hay dos tipos de caminos de santidad, uno que va más del cuerpo a la cabeza (es decir, de la Iglesia a Dios), y otro que fluye más de arriba abajo (es decir, de Dios a la Iglesia). En el primer camino, nacen misiones que brotan del seno de la Iglesia (incluyendo en ese apartado, tanto la comunidad como las órdenes religiosas) y que, por su pureza y consecuencia, se convierten en modelos para los demás. En el segundo caso, la misión parece disparada como un rayo del cielo sobre la Iglesia; viene ordenada por Dios y es implantada en la tierra por personas que obedecen directamente esos dictados del Espíritu Santo. Ambos tipos de santos viven del mismo espíritu de Dios, pero el segundo grupo lleva un cuño especial, porque ha sido dictado por Dios. Esos santos se presentan como piedras angulares de la Iglesia y a ellos llama Baltasar *números primos*, puros, impredecibles, directamente venidos del cielo, que expresan la fuerza de un Espíritu que sopla dónde y cuándo quiere.

»Ésta es la explicación teológica, señoría; lo que no consigo entender es cómo aplicarlo al caso del abad y del arzobispo. Está claro que ninguno de ellos es un número primo. Lo único que se me ocurre es que les esté acusando precisamente de no serlo; es decir, que crea que alguna de sus decisiones no viene de Dios, sino de ellos; decisiones equivocadas. Siento no poder serle más útil.

»Hermano Fermín Chocarro».

Tras dar las gracias al hermano portero, me apresuré a pedir su opinión a Iturri. Me había dado cuenta, desde el principio, de que Chocarro no le había caído bien, pero sabía que era capaz de olvidar las pequeñeces y juzgar con objetividad.

—En realidad, Lola, lo que dice el fraile encaja en la hipótesis que discutíamos antes. Al asesino, le parecen desafortunadas algunas decisiones de la Iglesia o de estos eclesiásticos; pero, si ellos las elevan a rango de doctrina, se comportan como si fueran números primos, cuya sabiduría habría sido directamente infundida por Dios.

—¡Pero Juan, los dos cadáveres corresponden a eclesiásticos de provincias,

no a grandes teólogos que sientan cátedra; ni siquiera podemos considerar al nuncio un teólogo! —protesté.

—Eso es cierto, Lola, pero quizás el asesino lo vea de otra manera; quizá tome la parte por el todo, e identifique Iglesia con el cura de su pueblo.

—¿Me estás diciendo, entonces, que hemos de buscar al asesino en Pamplona y, dentro de Pamplona, en las localidades cercanas a Leyre? Lo cierto es que no lo creo: esto está planeado con tiempo y medios.

—*Touche!* —respondió.

—¿Sabes, Juan?, estoy hasta el gorro de estos enigmas estúpidos.

—Lo sé, pero es lo que hay... Deja de lamentarte y devuelve las llamadas.

Lo hice, empezando por Galbis. El agente refirió exultante el hallazgo del artista que había fabricado la copia del relicario.

—¿Sí, tan pronto? ¿Quién es?

—¡Es un artista muy reputado! Según dicen, uno de los mejores.

—¿Y cómo se ha visto envuelto en esta conspiración?

—Eso es lo curioso, señoría, que no hay ninguna conspiración; todo es legal. Hasta tiene la factura que cobró al arzobispado: 13.500 euros.

—No lo entiendo.

—Dice que el arzobispo en persona se lo encargó hace un año; que se pasó una tarde completa fotografiando el relicario y tomando notas en vivo, en el propio museo, que fue cerrado para la ocasión.

—¡Vaya, tengo que reconocer que eso no lo esperaba!

Noté que Galbis sonreía, pero no dije nada.

—¿La factura es de hace un año?

—Sí, eso es.

—De modo que el administrador apostólico estaba todavía vivo...

—No lo sé, señoría.

—No lo pregunto, Galbis, lo afirmo. —Miré a Iturri, él asintió con la cabeza —. Deje todo lo demás. Necesito que averigüe cuanto pueda sobre el difunto administrador. Ahora no recuerdo su nombre. Llame al padre Andueza al arzobispado; él le facilitará los datos básicos.

—¡Vamos de sorpresa en sorpresa! —dije al colgar.

—Yo tampoco lo esperaba, Lola.

—Es decir, que el tema venía de atrás. ¿Lo sabría el asesino?

—No tengo ni idea.

Hacía mucho calor, pero volví a bajar la ventanilla. Inspiré profundamente, feliz de sentir el golpe del aire en mi cara.

—¿Sabes qué te digo, Juan? —exclamé alborozada.

—Que apuestas que lo sabía...

—¡Sí! Pero aún te diré más: cada minuto que pasa veo más claro que tiene que ser alguien del gremio de los anticuarios. Ha de ser un mundo pequeño éste de las antigüedades, al menos el de las buenas.

—Es muy posible que lo sea. Descubrir una obra de arte, evitando que te engañen; clasificarla; dirigir su restauración si es necesario; tasarla e introducirla en el mercado requiere un nivel profesional y técnico bastante elevado; amén de un capital considerable.

—Pues estoy convencida de que ése es nuestro humus.

—No olvides, Lola, que hacemos este viaje por el cadáver de un diseñador, no el de un anticuario.

—¿Quién puede comprar un trozo del pasado gastándose en ello la hijuela sino gentes del tipo de nuestro famoso diseñador? Un bargueño español del XVII, palo santo y marquetería de concha y hueso, naturalmente; un aguafuerte de Chillida; un Stradivarius de 1721; un óleo de Breitner; una primera edición de un memorando veneciano del siglo XV o un sable de gala japonés tallado en marfil...

—No sabía que te interesaba el arte, Lola. ¡Eres una caja de sorpresas!

—Me interesa más o menos de la misma manera que a Ramiro le conciernen los coches de los ricos; miro, admiro y me limito a soñar. Todo lo que acabo de citar es inaccesible a mi bolsillo y lo seguirá siendo hasta que me muera; sin embargo, me gusta contemplar su belleza.

—¿Y crees que nuestro asesino tiene esa sensibilidad?

—Estarás conmigo en que no se ha regodeado en los crímenes. Los ha matado con eficiencia; y salvo la rasgadura de la ropa que, es probable tenga un sentido simbólico, ha sido bastante... estético, diría yo.

—¿Y los dedos?

—¿Y el haraquiri japonés? La estética es una variable muy elástica...

Iturri pareció perder interés por el tema y volvió a su mutismo. Aproveché para devolver la llamada al forense, pero Ramiro no contestó.

Sin nada mejor que hacer, me arrellané en el asiento y me concentré en el exterior, disfrutando del placer de mirar. Durante el tiempo que duró nuestra conversación, el paisaje había sufrido una importante metamorfosis. El serpentino y verde norte había dado paso a la rubia llanura de los viejos olivos sedientos. La atmósfera era, tal vez, menos prometedora y el panorama más previsible, pero irradiaba de ella una luz tan seductora e insinuante que acerté a comprender por qué Andalucía era el escenario propicio para los amores brujos.

Alentada por el calor de la tórrida tarde y la tejida sucesión de aceitunas maduras, me quedé dormida, tan profundamente que Juan hubo de despertarme cuando llegamos.

—Lola, despierta; ¡ya hemos llegado!

Juan me pasó la mano varias veces por el brazo. Lo hizo con cariño, pero también con impaciencia.

—¿Hemos llegado?

La tarde había caído, aunque persistía la luz.

—Delante de usted, Puerto Banús, perla del Mediterráneo y territorio alemán.

Me incorporé. Ante mí se abría toda la belleza del Mediterráneo, envuelta en un chal de vegetación abundante y exótica. En aquel momento, una lancha surcaba las olas a toda velocidad; al fondo, dos esbeltos veleros abrían sus coloridos *spinnakers* al viento. Flotaba un dulce perfume en el aire y la vista incitaba a mantener la mirada. Era un paisaje de tarjeta postal.

—¿Qué hora es? —le pregunté, estirando los músculos disimuladamente.

Me dolía mucho el cuello.

—Casi mil kilómetros en nueve horas, sin contar la parada, claro; una buena media... Para tu información, son las siete y media de la tarde.

—¿Aquí vivía Gorla?

—Sí, es un complejo privado llamado las Playas del Duque. No creo que te hagan falta datos acerca del vecindario.

—No —contesté, sacudiéndome la falda, muy arrugada; mi vestimenta dejaba mucho que desear en aquel fastuoso ambiente.

—Acabo de llamar al inspector Garrón. Nos espera en el apartamento del difunto en quince minutos. El edificio está a dos manzanas de aquí, de modo que nos da tiempo a tomar un café y, si quieres, a asearte un poco. Ahí mismo

tenemos una cafetería.

—Siento haberme dormido.

—Parecías estar muy cansada.

Se produjo una incómoda pausa. Estaba abochornada. Finalmente, lo pregunté:

—¿He roncado?

—Has roncado, pero ya conocía esa faceta tuya.

—¡Qué horror! —dije, ruborizándome.

Ronco con una intensidad digna de un tren y con las formas de un perro en celo.

La cafetería tenía una enorme terraza con salida directa a la playa. Nos sentamos allí. Creo que éramos los únicos no vestidos para la ocasión y levantamos cierta expectación en aquellos grupos de gentes que se afanaban por mostrar al mundo su sobresaliente grado de felicidad.

La cafeína y la vista me levantaron el ánimo enseguida; adoro el mar. Visité los lavabos con cierta curiosidad, y allí me compuse lo mejor que pude. Lo único que me salvó fue el frasco de colonia y la barra de labios que siempre llevo en el bolso: si hay que dar mala impresión, al menos, oler y sonreír bien.

Nos dirigimos a pie hasta el edificio, a pocos metros del club de golf. Como había prometido, el inspector Garrón nos esperaba en la puerta; junto a él, un hombre algo más joven —que se presentó como médico forense— y un portero uniformado que abrió la puerta cuando aún quedaban 50 metros para que la alcanzáramos: estaba claro que no pertenecíamos a ese ambiente. Juan decidió quedarse abajo charlando con el patólogo para recabar todos los datos posibles acerca de la autopsia; el inspector Garrón, que sonreía, pero no hablaba, me acompañó.

El inmueble de cinco plantas rezumaba el estilo inconfundible de los ricos que tratan de evitar que se les note que son nuevos ricos, pero que, por nada del mundo, desean ser confundidos con gentes ordinarias: algo de elegancia mezclada con elevadas dosis de exhibicionismo de dudoso gusto. El estirado y pingoso conserje había avisado de nuestra visita al personal del difunto diseñador, que, a la espera de conocer su futuro laboral, seguía haciendo su trabajo como si allí no hubiera pasado nada. Por eso, cuando subimos, encontramos al servicio en la puerta, en perfecta formación: había una cocinera

gruesa con cara de malas pulgas, una joven latinoamericana dedicada a la limpieza, un chófer, un mayordomo y un secretario; «ayudante personal», según se definió.

Faustino Gorla vivía en el ático. Su vivienda era la única en aquella planta; el ascensor desaguaba en el hall de la misma, camuflado por dos enormes planchas de palma de nogal. El mármol del suelo, en forma de damero blanco y negro, estaba parcialmente oculto bajo una gran alfombra persa.

Si es cierto que el verdadero lujo tan sólo está al alcance de unos pocos, el hombre en cuestión probablemente había pertenecido a ese selecto grupo; al menos, su vivienda era majestuosa, como la recordaba por aquellas fotos de *Hola*.

Un arco de medio punto abría la perspectiva del gran salón, con cuatro ambientes diferenciados. Los muebles eran escasos, pero exquisitos, y hacían aún más amplio el espacio. Sólo dos tonos habían sido empleados para la decoración, el beige y el gris, con algunas pequeñas pinceladas de rojo en ciertos detalles, especialmente en el mobiliario. El resultado general era imponente. Yo sabía que la cultura china era milenaria y espléndida en refinamiento y sensibilidad, pero nunca había visto muebles como aquéllos, cada cual más fascinante.

Un amplísimo ventanal abría la casa a una terraza dotada de una exuberante vegetación y de una pequeña piscina en forma de riñón —un detalle no menor para un ático—; al fondo, el azul del Mediterráneo. La luminosidad, pese al caer de la tarde; la gran altura de techos que poseían todas las estancias, la sensación de grandiosidad y riqueza me hicieron pensar que, desde luego, aquel lugar era demasiado grande y suntuoso para ser llamado «apartamento».

Pedí al ayudante personal del difunto, un ciudadano de origen filipino de apellido Alindato, cortés hasta el amaneramiento, que me enseñara la casa y me hablara de *su señor*, como él llamada al difunto Gorla. Lo hizo, más lo primero que lo segundo, pues iba narrando a su paso el nombre o época de los muebles, esculturas o pinturas con los que topábamos.

—Este lavabo, señorita, es un diseño exclusivo del arquitecto Jorge Muradas. Esta coqueta cajita procede de Vietnam del Norte y ha sido laqueada con pigmentos naturales; es una verdadera antigüedad. Esta escultura, *Sobre dos momentos*, es de Ennio Iommi. Los tonos de esta alfombra antigua de origen

pakistaní le van que ni pintado. La trajo el señor de uno de sus viajes, junto con otro cuadro que está colgado en el dormitorio de invitados.

Mientras hablaba, recordé la conversación que Iturri y yo habíamos mantenido sobre la posible profesión del asesino. «Desde luego, a este diseñador le asesoraba un buen decorador», pensé.

El secretario seguía con su inventario, pero yo había dejado de escucharle.

—Perdone que le interrumpa, señor Alindato; ¿sabe si don Faustino tenía familia; esposa, quizás hijos?

—No señoría, el señor estaba soltero. Que yo sepa, no tenía familia cercana. Tenía una hermana, que murió de cáncer, y una sobrina a la que nunca ve porque vive en Chicago.

—¿Amigos?

—El señor era muy afable —me respondió enseguida—, pero también muy reservado. No le gustaba que nadie indagara en su vida.

—Sin embargo, hace poco permitió que la revista *Hola* sacara imágenes de su casa.

—Sí, lo hizo, a petición de su diseñador. Se arrepintió de inmediato, pero había dado su palabra y no pudo volverse atrás.

—¿Sabe usted el nombre de su diseñador?

—Sí, por supuesto; todo lo que usted ve lo ha supervisado él. Se llama Peter Zahan; es muy conocido en el mundo del arte. Verdaderamente es uno de los mejores.

Anoté el nombre en mi libreta, no sin antes consultar cuál era la correcta grafía del apellido.

—Señor Alindato, he observado que en varios portarretratos aparece junto a don Faustino un hombre moreno, muy bronceado...

El criado guardó silencio.

—¿No sabe a quién me refiero? —inquirí.

A falta de respuesta, me acerqué a la estantería más cercana y cogí uno de los muchos marcos de fotos. El dueño de la casa, con su marfileña sonrisa y su rostro bronceado, ocupaba el primer plano. A sus sesenta y dos años, tenía un aspecto envidiable: ni un gramo de grasa, ni una arruga de más. Aparecía en la fotografía junto a otro hombre mucho más joven. Guapo no le definía con exactitud, ni le hacía justicia. Lo cierto es que su nariz era grande y ganchuda y

su piel demasiado aceitunada. Sin embargo, la profundidad de sus ojos marrones, netamente árabes, resultaba irresistible.

Mostré al mayordomo la fotografía. En la imagen, el negro azabache de su cabello aceitado contrastaba con la nivea cabellera de Gorla, que le tenía sujeto por los hombros con ambas manos.

—¡Ah, sí, señoría! Se trata de un amigo del señor...

—Un buen amigo, supongo; aparece en la mayor parte de las fotografías... ¿Puede decirme su nombre?

—Se llama Peter Zahan.

—¿El decorador?

—En efecto, señoría, aunque el término no le hace justicia. Su tienda de Marbella ha surtido de las más exquisitas antigüedades a todo la gente importante de por aquí.

—Por lo que veo, el señor Gorla era mucho más que un cliente para él. ¿Podríamos encuadrarle entre sus amigos?

Tras un ligero silencio, y con un suspiro de resignación, el amanerado criado respondió con soltura.

—Bueno, sí, podríamos considerarlo un amigo especial.

Otro silencio.

—¿Íntimo? —tenté yo.

—Sí, ésa sería una expresión acertada.

—Comprendo. Me está usted diciendo que eran... pareja.

—Acierta, señoría, lo eran.

—¿Y por qué no está él aquí hoy?

—No sé si se ha dado cuenta, jueza MacHor, pero he empleado el pasado. Lo fueron...

—¿Un pasado cercano o lejano?

—Cercano; ni siquiera quitó su fotografía de los marcos. Supongo que ambos pensaban que aún quedaba algo.

—¿Ambos?

—Sígame, por favor.

Lo hice. Atravesamos el salón desviándonos hacia el grupo de sofás ubicado a la izquierda. Tras ellos, se extendía una enorme pared de madera laqueada en color marfil. Una puerta corredera que había sido disimulada daba paso al



dormitorio principal.

Me detuve unos instantes en la puerta: era una habitación de gran luminosidad, también con vistas al mar. Una cama de considerables dimensiones, con un pesado cobertor en colores grises y crudos, presidía la estancia. No tenía cabecera, sino un gran mural de estilo africano. Como en el resto de la casa, la decoración era diáfana, pero no le faltaba un detalle. Una pareja de armarios simétricos, lacados en rojo, confería el toque de color necesario.

Alindato abrió uno de los armarios. Dentro colgaban varias camisas, perfectamente planchadas; todas de color blanco.

—¿Ve, señoría? Son del señor Zahan. No se las llevó.

—¿Quiere decir que se fue rápidamente? ¿Una discusión quizá?

—Algo así.

—¿Puede decirme en qué fecha?

—En Navidad, señoría; fue en Navidad cuando él apareció arrasándolo todo a su paso. Primero cayó el señor Zahan, pero cuando todos creíamos que nada podía ir peor, ocurrió.

—¿Qué ocurrió?

—Conquistó al señor.

—Perdone, ¿de quién me habla? —pregunté intrigada.

—¡Eso es lo más gracioso, señoría, que no lo sé! ¡Ni yo ni ningún miembro del servicio! Cuando él venía, el señor nos daba el día libre... Navegaban, viajaban... Debía de ser un hombre muy importante para guardar tan celosamente su intimidad...

—¿Y no tienen una fotografía?

—Nada, ni un recuerdo, por mínimo que sea.

—Infiero que no era de por aquí...

—No; lo sé porque un día el señor comentó que tenía que viajar a Madrid... «¿Negocios?», le pregunté con el fin de prepararle la maleta. «Esta vez no —me contestó—. Hay cosas más importantes en la vida que el dinero». «¿Está usted seguro?», le repliqué. «El amor», dijo. ¿Lo entiende, señoría? ¡Mencionó el amor! Nunca antes le había oído esa palabra.

Permanecí unos momentos en silencio, tratando de comprender adónde me llevaba aquello. No deseaba conocer la vida privada de aquel difunto sino era

estrictamente necesario.

—¿Era religioso el señor Gorla?

—¿Religioso? ¡Obviamente no, señoría! Era agnóstico convencido.

—Sin embargo, señor Alindato, Faustino Gorla estuvo recluido unos días en un monasterio benedictino...

—¿El señor? ¿Don Faustino en un monasterio? ¡Eso es imposible!

—¿Recuerda en qué fecha fue ese viaje a Madrid que acaba de contarme?

—Tendría que consultar la agenda, pero yo diría que hace tres semanas, más o menos; estuvo cuatro noches fuera, eso sí lo recuerdo con exactitud.

—Le agradecería que examinara su agenda. Le espero aquí.

Me quedé admirando la decoración, tan cálida y luminosa como el resto de la vivienda. Paredes hueso, antigüedades, siempre los mismos colores, nada fuera de su sitio. Y, sin embargo, resultaba fría, impersonal, carente de vida, metálica.

—Ya lo tengo, señoría: fue entre el cuatro y el nueve de junio.

Las fechas coincidían.

—El señor Zahan, ¿vive por aquí?

—Tiene casa en esta misma urbanización, señoría, pero en estos momentos está fuera de España. Cuando riñó con el señor se marchó a Estados Unidos; a California, creo, pero no puedo asegurarlo. Iba a abrir una tienda allí; en Los Ángeles y en San Francisco hay grandes fortunas, y los norteamericanos ricos adoran las antigüedades. He intentado avisarle por lo del entierro, ¿sabe?, pero ha sido imposible contactar con él.

—Lo intentaremos nosotros también, señor Alindato. ¿Frecuentaba el señor algún gimnasio, o quizás alguna discoteca de moda?

—En raras ocasiones; prefería relajarse navegando, viajando o leyendo. Llevaba una vida tranquila.

Al secretario parecía incomodarle cada vez más aquella conversación. No obstante, yo necesitaba la información, de modo que ignoré sus gestos de cansancio.

—Y en esas raras ocasiones, ¿sabe adónde iba?

—Señoría, son asuntos privados, no debería usted indagar en ellos.

—No tengo muchas opciones —le contesté, intentando adoptar un tono comprensivo, pero que dejara clara mi función—. Desde que falleció y se abrió una investigación, toda su vida privada me compete.

Dudó unos segundos, pero me respondió:

—Como le decía, salía en contadas ocasiones. Nunca nos informaba de su destino, pero el chófer debía recogerle.

—¿Y dónde le recogía, señor Alindato?

—Visitaba un club llamado Brothers; aquí mismo, en Puerto Banús.

—¿Recuerda que fuera allí últimamente?

—Sí, en ese local conoció a ese nuevo amigo.

Un destello brillante se escapó de sus ojos, borrando el cansancio. Me pareció que pintaba odio.

—Ese nuevo amigo, ¿asistió al sepelio del señor Gorla?

Esta vez, Alindato respondió muy rápido.

—No lo sé, señoría; si lo hizo no habría podido reconocerle.

—Es cierto, dijo que nunca le había visto.

—Nunca, señoría.

—¿Ni tampoco el chófer u otra persona del servicio? —volví a preguntar.

—Tampoco, señoría; es como un fantasma.

—Un fantasma, de acuerdo.

Consulté de nuevo las notas hasta encontrar una frase que había subrayado varias veces con bolígrafo rojo. La precaución no había sido poca. Lo había olvidado por completo.

—Señor Alindato, una cosa más. Comprendo que le va a resultar extraña mi petición, pero debo hacerla de todos modos.

—Pida lo que necesite, señoría; intentaré satisfacer sus deseos. Así lo habría querido el señor Gorla.

—Se lo agradezco mucho. Dígame una cosa, ¿usaba el señor Gorla varios tipos de colonia?

—No, siempre la misma; un perfume de autor. Se la diseñó especialmente para él un perfumista famoso. En este momento, no recuerdo su nombre, pero puedo buscarlo.

—No creo que sea necesario. Sin embargo, me gustaría que rociara uno de los pañuelos del difunto con ese perfume. Lo retendré unos días; en cuanto termine, prometo devolverlo. ¿Le parece bien?

—¡Por supuesto, lo haré de inmediato!

Alindato salió a toda prisa y volvió con el pañuelo. Por el rastro que dejaba

el perfume, supuse que sería suficiente. No obstante, introduje el pañuelo en una bolsa de pruebas y la sellé. El buen olfato de Chocarro podría confirmar o desmentir que Gorla había sido cómplice del asesino.

—Muy bien, señor Alindato, creo que es todo. Le agradezco mucho su tiempo. Aquí tiene el teléfono de mi juzgado —dije entregándole una tarjeta que incluía la extensión telefónica de Gorla—; por favor, no dude en llamarme si recuerda algo que le parezca importante.

—No cree que fuera un accidente, ¿verdad?

—Éstas son indagaciones preliminares. Lo estamos investigando, pero todas las hipótesis están abiertas.

—Era muy experto, ¿sabe? El señor conocía el mar y, por ello, era prudente: el Mediterráneo puede llegar a ser muy traicionero. Me cuesta creer que le sorprendiera un golpe de viento, señoría.

—Dé por hecho que lo investigaremos, no se preocupe.

El secretario me acompañó hasta la puerta y llamó al ascensor. Estaba dubitativa y preocupada. Los datos que acababa de recibir no eran precisamente halagüeños.

—Adiós, señoría; que pase un buen día.

No sé por qué en aquel momento me acordé de Jaime, al que le hubiera encantado aquella casa, y cuando le imaginé ataviado con su bata blanca, una luz esperanzadora se encendió en mi mente.

—Señor Alindato, una última pregunta...

—Lo que desee, señoría.

—¿Don Faustino tenía un médico de cabecera, alguien de su confianza?

—Sí, por supuesto; el doctor Ribes. Su consulta está en el centro de Marbella, pero cuando el señor estaba enfermo, él era quien se desplazaba hasta aquí para visitarle.

—Gracias de nuevo, hasta pronto.

Bajé más animada; era probable que el médico pudiera decirnos algo, y que me ahorrara la visita al famoso club. Aquel ambiente y aquellas costumbres poco tenían que ver con la vida de un puñado de monjes benedictinos o con la misión de un arzobispo de provincias y si, por un desafortunado cruce del destino, lo tuvieran, estaba segura de no querer conocer los detalles.

Cuando la puerta se abrió, me tropecé con Iturri que intentaba subir.

—Bonita casa —comentó.

—Una maravilla, desde luego, aunque su dueño no podrá disfrutar más de sus placeres —añadí, pero Juan no me oía.

—Venía a buscarte; si nos damos prisa, podemos acercarnos al amarre del barco de Gorla antes que se nos eche encima la noche. Está muy cerca, en el puerto deportivo.

—De acuerdo, pero antes me gustaría poder hablar con el inspector Garrón: creo que los de criminología deberían tomar huellas en la casa, especialmente en el dormitorio.

—¿Huellas?

—Sí, parece que un fantasma rondaba el domicilio del fallecido. Un personaje misterioso que frecuentaba esta casa; de momento, carece de rostro, nombre o apellidos, pero supongo que habrá dejado huellas.

Iturri me observó unos momentos; su mirada no dejaba transparentar sus pensamientos, pero en su boca temblaba una sonrisa.

—¿Te refieres al amante de Gorla?

Con la boca abierta por la sorpresa, exclamé:

—¿Cómo lo sabes? ¡Estabas abajo y el fallecido era muy discreto!

Juan me miró con un rictus tan extraño que acabó por hacerme reír.

—¡No me mires así, Lola, no soy una meiga! No lo sabía; me he limitado a atar cabos y a hacer suposiciones.

—¿Cabos, qué cabos? —repliqué.

—Bueno, para empezar, un tipo rico y bien parecido que se mantenía tercamente soltero.

Levanté los brazos mientras protestaba su falta de objetividad.

—Que yo sepa, aunque eres bien parecido, no eres pobre y te agarras pertinazmente a tu soltería, tú no tienes ningún amante.

Su sonrisa de triunfo se amplió por completo:

—En eso tienes razón, Lola, pero mi conducto anal no presenta múltiples erosiones como las que han hallado en el cadáver de Gorla. Dice el forense que son compatibles con...

—No sigas. Tu intuición ha sido certera. Gorla era homosexual; había formado una pareja más o menos estable con un tal Peter Zahan, un decorador y anticuario de la zona. Riñeron a causa de la entrada en escena de un tercer

hombre, y el tal Zahan, decepcionado, se marchó a vivir a California. De eso hace unos seis meses. El puesto de Zahan lo ocupó ese fantasma del que te hablaba antes: un hombre al que ninguna de las personas del servicio ha visto nunca. No conocen su rostro ni su nombre, ni siquiera su voz, pero afirman que *el señor* estaba loco por él.

Iturri esbozó un gesto interrogante.

—¿Sabemos dónde le conoció?

—El secretario y el chófer sugieren un local llamado Brothers.

—¿Sugieren?

—Sí, eso es lo que he dicho. El ayudante del difunto dice que no acostumbraba alternar con gente desconocida, pero que cuando salía, acudía a ese lugar. Creen que fue a raíz de una de esas salidas cuando empezó la historia con el fantasma.

—Preguntaremos al inspector Garrón; seguro que él lo conoce. Por cierto, hemos de darnos prisa; nos espera calle abajo. Nos acompañará hasta el muelle donde Gorla amarraba su velero.

Fuimos a pie; apenas tardamos diez minutos. Sin la ayuda de Garrón, me temo que hubiéramos empleado toda la noche. El puerto resultó ser una tupida maraña de yates de lujo, colocados en hilera alrededor de decenas de pantalanes.

Durante el corto paseo, Garrón nos confirmó que Brothers era un local de dudosa reputación, frecuentado por homosexuales. Me extrañó el calificativo. No parecía que la dudosa reputación compaginara bien con el elegante y adinerado diseñador cuya muerte investigábamos. Iba a comentarlo con Iturri, cuando el inspector Garrón nos señaló uno de los barcos.

—Es aquél —nos dijo.

—¿Cuál, el pequeño? —pregunté echando la vista alrededor.

Garrón asintió con un gesto.

Entre aquellas enormes embarcaciones, la de Gorla parecía diminuta. Se trataba de un Franchini de catorce metros de eslora, con una amplia cubierta forrada en teca birmana. Desde luego, era bonito, pero su interior era sobrio; más funcional y confortable que pretencioso. Por lo visto, aquel hombre prefería navegar a lucir propiedades.

—Navegando a vela, con este navío se consiguen cómodamente siete nudos, ocho si se despliega el trinquete —nos explicó el empleado del puerto que

cuidaba del barco, un joven de tez curtida y manos ajadas—. El señor Gorla le sacaba todo el jugo. Lo sé porque a veces le hacía de tripulante.

—Sugiere usted que era un buen marino.

—Lo era; manejaba la vela desde pequeño. Se crió entre barcos y jarcias.

Hacía cábalas acerca de aquella revelación cuando el empleado me interrogó:

—Si está pensando en preguntarme por el accidente, tengo que decirle que no me parece probable. Con otro tripulante, quizá, pero no con el señor Gorla.

—¿Disculpe? —dije extrañada.

—Digo que el señor Gorla era un navegante experto. Le gustaba pilotar, lo hacía a menudo y lo hacía bien —adujo.

—¿Le vio usted el día en que murió?

—Sí, por supuesto; era muy amable, siempre se paraba a preguntarme alguna cosa.

—¿Se embarcó solo?

—No, iba con un amigo.

—¿Y la tripulación?

—No la llevó aquel día.

—¿No? Es un velero muy grande para manejarlo en solitario —comenté.

—No, señorita; es grande, pero muy preparado. Además, no era extraño, al señor Gorla le gustaba gobernar.

—Y dice que encontraron su barco a la deriva...

—Así es.

—¿Y su amigo? Me refiero a la persona con quien se embarcó.

—No estaba a bordo cuando trajeron el barco a puerto, quizá desembarcara en alguna playa; faltaba una de las zodiac.

—¿Se encontró esa barca posteriormente?

—Me temo que no.

—¿Se acuerda usted del aspecto que tenía la persona que subió a bordo junto al señor Gorla?

—Me acuerdo muy bien; era un hombre muy apuesto, con clase. Moreno, esbelto, muy bronceado, y con unos ojos verdes que llamaban la atención. Eran muy brillantes, no sé cómo explicarlo, ¡muy verdes!

—¿Podría ayudarnos a hacer un retrato robot?

—Sí, por supuesto; me encantará ayudarles.

—Mañana se pondrán en contacto con usted desde la comisaría.

—Hay que averiguar quién es ese tipo de ojos verdes —dijo Iturri en voz alta mientras volvíamos. Acabábamos de despedirnos de Garrón.

—No te digo que no, Juan, pero quizás ésa no sea tarea de nuestra competencia. No hay nada que una esta muerte con los dos asesinatos de Pamplona, salvo el hecho circunstancial de que Gorla estuvo hospedado en Leyre unos días.

—No me preguntes por qué, Lola, pero sé que tienen algo que ver.

—Necesito pruebas, Juan; no puedo dar la orden de exhumación sin justificarla.

—De acuerdo, las obtendremos. Vayamos a ese local.

—¿A qué local?

—¡A Brothers! ¿A cuál si no?

—¡Ni hablar! ¿Es que no has oído al inspector Garrón? ¡Es un local de mala nota!

—¿Y eso qué importa?

—Tengo que velar por mi reputación —dije con ironía—. Mira, Juan, si quieres que vayamos allí lo haremos, pero mañana, a plena luz del día y sin clientela. Yo me presentaré como jueza instructora y les formularé las preguntas que tú quieras.

Al instante, a Juan se le borró la sonrisa.

—Pero, Lola, ¿en qué mundo vives? ¿Es que piensas que yendo con un carné del juzgado o de la policía vas a averiguar algo sobre ese tipo de ojos verdes? ¡No sacarás ni una palabra! —me reprochó.

—Como quieras. Si prefieres hacerlo a tu modo, ve tú solo. Yo no entro en ese sitio. Además, por si no te has dado cuenta, soy mujer...

—También algunas mujeres frecuentan locales como Brothers.

—¡Pues mucho peor! No estoy dispuesta a que nadie me acorrale, pensando que soy... lo que no soy.

—¡Lola, por favor, no seas así! ¡Gazmoñería a estas edades, con los hijos que tienes...! Yo estaré allí y además es muy temprano... Las orgías empiezan más tarde —me dijo, guiñándome un ojo.

Siguió martilleándome los oídos hasta que lo consiguió. No sé por qué me dejé convencer, crucé aquella puerta, vestida de aquella manera, y conocí medio



a escondidas un extraño lugar que algunos llamaban cielo.

## VII

*Brothers* no era un club de lujo, aunque su soberbia apariencia exterior y sus exorbitantes precios indicaran otra cosa. Pedí una Coca-Cola, esperando que aquel líquido desanudara el lazo que había aparecido en mi garganta al traspasar la puerta y zambullirme en aquel ambiente tan ajeno a mí. Me la sirvieron en un vaso alto rayado por el uso. Sin mucho afán, el barman añadió una pajita a la bebida; luego, una pequeña sombrilla de papel decorada con un gran arco iris que hincó en la corteza del minúsculo pedazo de limón que medio flotaba entre unos cubitos típicos de gasolinera. Me cobraron por la bebida 50 euros, lo mismo que a Iturri, que pidió un coñac, servido, esta vez sin adornos, en una copa panzuda de cristal basto.

Según rezaba el colorido cartel colgado en la fachada, la entrada en aquel local era libre, pero, cuando Iturri y yo quisimos sumarnos a la fiesta, un hombre nos detuvo. Nos habló suavemente y con extrema corrección, pero su físico no daba lugar a dudas. Vestido íntegramente de negro, su desarrollo muscular y su estatura indicaban cuáles eran sus funciones en aquel club.

Con tono impersonal, el portero nos explicó que *Brothers* se contaba entre los más pacíficos locales de la ciudad; era un lugar libre de armas. Mientras nos informaba del pedigrí, iba pasando un pequeño detector de metales por nuestros contornos. Empezó por mí. Obviamente, yo no llevaba armas, pero al acercarse a mi bolso, el aparato comenzó a emitir estridentes pitidos. El vigilante me obligó a vaciar el contenido del bolso sobre una mesa blanca dispuesta para la ocasión. Lo hice con desgana, lanzando miradas asesinas a Iturri, que no me había dejado presentarme como lo que era: un juez en busca de una entrevista.

Cuando toda mi vida privada quedó al descubierto, se descubrió que aquel escándalo tenía que ver con mi lima de uñas. Me eché a reír, algo nerviosa, pero

el portero fue implacable. La infeliz lija metálica quedó depositada en la consigna de la entrada; a cambio, me dieron una ficha roja con el número trece que guardé apresuradamente en el bolso con el resto de mis pertenencias.

Juan llevaba su arma reglamentaria, una semiautomática de nueve milímetros. La sacó y depositó en la mesa de la entrada antes de que el aparato electrónico la detectara. Me extrañó su prontitud —un policía nunca debe separarse de su arma— y me quedé mirando la reacción del portero, pero éste ni se inmutó. Simplemente, tranquilizó a Iturri asegurándole que su *cliente* estaría completamente seguro dentro. Juan sonrió, le había tomado por mi guardaespaldas.

La ficha que entregaron a Iturri era azul y llevaba escrito el número veintidós. Siempre me he preguntado por qué no le dieron el número catorce, consecutivo al mío, o por qué su ficha no era roja. Ésas son algunas de las respuestas que no obtuve.

Tras desarmarnos, el portero abrió hacia dentro las dos hojas de la enorme puerta y nos invitó a pasar. Mientras entrábamos, mostré a Juan mi extrañeza.

—¿Por qué nos cachean? Yo pensaba que éste era un local normal. Bueno, dentro de... Ya me entiendes...

—El *homo* es un mundo peculiar, Lola. En él se dan citas muchas pasiones desbocadas. A mí, la verdad, me parece que evitar la mezcla de sexo y armas es siempre una acertada medida de prudencia.

Saber que no había navajas o pistolas en el local no me tranquilizó lo más mínimo. Reconozco que siempre había sentido curiosidad morbosa por conocer aquel mundo, un espacio que suele presentarse con toques exóticos y creativos, amén de provocadores. No obstante, he de confesar que, por encima de esa curiosidad, sentía cierta incomodidad. Y mi atuendo ayudaba.

Como he dicho, yo habría deseado identificarme en la puerta y solicitar una entrevista con los camareros y responsables del local. Pero Juan aseveró que, de hacerlo como yo sugería, perderíamos cualquier atisbo de pista. La policía y los jueces no eran allí bien vistos. Accedí, pero aún quedaba el problema del género. Yo era una mujer, y aquél era un local *gay*. Iturri me rogó que me vistiera de manera exagerada, insistiendo en que me pasara con el maquillaje y el lápiz de labios. El color zanahoria de mi pelo y las pecas de mi cara, según él, permitirían que el disfraz funcionara, sobre todo teniendo en cuenta que dentro la luz era

muy escasa.

Yo empecé por negarme, pero ante los razonamientos de Juan finalmente accedí. No tengo ropa exagerada (no me gusta que me miren como quien calibra un trofeo) y no pensaba comprarme nada para la ocasión. Pero Juan llamó a Garrón que se presentó con unos pantalones de su mujer, mucho más delgada que yo.

Vestir dos tallas menos siempre es una exageración. Pensar que, en cualquier momento, aquella prenda podía estallar, o que podía torcerme el pie con los tacones de aguja —antigüedad que la esposa del inspector guardaba en el armario desde alguna boda medieval— no me incomodaba tanto como parecer un indio apache antes de entrar en batalla. Cuando salí de la habitación del hotel donde nos habíamos hospedado, pensé que Juan iba a echarse a reír, que me llamaría exagerada y me permitiría suavizar algunos elementos, el contorno de ojos, por ejemplo. Sin embargo, con tono de triunfo Juan exclamó: «Chica, estás perfecta».

Con ello consiguió que el color de mi rostro hiciera juego con el de mi pelo.

Brothers era un local del montón, teniendo en cuenta dónde estaba situado. Se veía a la legua la escasa calidad de las pequeñas mesas y de los altos taburetes que las rodeaban. Sólo escapaba de aquel juicio la inmensa barra, fabricada en mármol negro, de una pieza. No obstante, debo reconocer que el decorador había hecho un buen trabajo. El local, minimalista, tenía cierto estilo: ni espejos, ni cortinas horteras, ni rótulos de neón.

El club era estrecho y largo. La barra estaba cerca de la entrada, a la derecha; al fondo había una gran pista de baile; en los laterales, dispersos grupos de sillones y sillas altas. Cuando entramos, media docena de hombres seguían el ritmo de una música ligera bajo el brillo de focos de luz blanca. La mayoría eran jóvenes y vestían ropa informal. Avanzamos. Yo me agarraba del brazo de Iturri para no tropezar, pues había perdido la costumbre de andar como las garzas. Nos detuvimos en la barra. Allí el panorama cambiaba; la ocupaban hombres maduros, trajeados, con aspecto de no importarles el precio de la consumición.

Tomamos posición en medio de dos de ellos. El que Juan tenía a su izquierda era bien parecido; llevaba anillo de casado, traje gris de raya diplomática y camisa rosa suelta que no conseguían disimular su incipiente barriga. Se había quitado la corbata, que asomaba de uno de sus bolsillos. Enseguida entabló

conversación con Iturri. El que estaba a mi derecha parecía un espárrago con pajarita. Era alto y extremadamente enjuto. Llevaba camisa de manga corta, y se adornaba el cuello con un lazo de topos granates y blancos. «VIH», enjuicié, sin conocimiento de causa.

Estaba pensando que aquel lugar no era muy distinto de una discoteca ordinaria, cuando vi las plataformas. A ambos lados de la pista de baile se elevaban, cosa de un metro, dos pequeñas columnas. Sobre ellas, se exhibían dos chicos jóvenes, ambos desnudos, salvo un *short* muy pequeño y una gorra. Lo que más me extrañó en aquel momento fue que no llevaran zapatos. Siempre he juzgado que los pies son la parte más fea de nuestra anatomía. Si yo tuviera que exhibirme delante de alguien, desde luego, los ocultaría.

El chico que bailaba a la derecha, contoneándose insinuante al son de la música, había optado por el cuero negro para ambas prendas. Me fijé detenidamente: miraba a los que bailaban, como buscando algo que no encontraba. Pensé en que quizás era consumidor de cocaína o de alguna otra droga, porque parecía inquieto, como si necesitara con desesperación algo. Me equivoqué, al menos en lo de la droga. Cuando nos vio entrar, enfocó sus ojos hacia Iturri. Al verle, sonrió, y comenzó a bailar más deprisa, levantando y bajando el grueso collar de plata que se anudaba a su cuello y moviendo a uno y otro lado sus caderas. Iturri se limitó a despreciarle y el chico continuó la búsqueda en otro lugar.

El segundo bailarín era mucho más alto y más atractivo. Llevaba unos tejanos ajustados, a los que había cortado las perneras hasta permitir que se viese la parte inferior de sus nalgas. Con un inmenso sombrero blanco que recordaba a los de los vaqueros de las llanuras, bailaba sin mirar a ningún sitio en concreto. Parecía muy joven, poco más de dieciocho, y, para mi sorpresa, mascaba chicle de manera ostensible. Perfectamente depilados, ambos brillaban a la luz de los focos. Supuse que se habrían untado el cuerpo con algún aceite. El primero llevaba grabada una cabra de retorcida cornamenta en el hombro izquierdo; el segundo había optado por tatuarse una pequeña Harley-Davidson en el antebrazo.

Juan parecía relajado, como si hubiera frecuentado locales como aquél toda su vida. Yo trataba de disimular mis gestos, pero mis ojos deseaban juzgar por sí mismos, y se fijaban en todos los detalles. Caras sonrientes con toques de

tristeza; ansias de emociones fuertes, nuevas, inquietantes. En realidad, aquél era un territorio de caza, donde lo importante no era beber, sino batir la pieza.

Juan se acercó a mí y me susurró al oído:

—Lola, por favor, si sigues mirando así, nos descubrirán. ¡Modérate!

—Lo intentaré —me excusé—. ¿Vamos a hablar con el camarero?

—Vale. ¿Me dejas que lo haga yo?

—¡Todo tuyo! En realidad, yo no sabría qué decir. Sólo te pido una cosa: date prisa.

Empezamos a conversar con el camarero —un joven negro, calvo y de anchos hombros bajo una camiseta clara muy apretada—, pero como hablaban en voz queda y la música estaba alta, apenas oía retazos sueltos. Por ello, acabé concentrándome en la pista. Cuanto más miraba, más me reafirmaba en mi sensación inicial: al igual que yo, todos aquellos hombres parecían haber adoptado una pose y representaban de modo voluntarioso un papel que, de alguna manera, les resultaba ajeno. Sí, ésa fue mi sensación más fuerte: que aquélla era una fiesta de carnaval, donde todos los presentes podían disfrazar sus frustraciones, desfigurándolas para que la realidad pasara desapercibida, pero con un elemento de artificiosidad que de alguna manera los delataba. Por eso, en mi caracterización de aquellos momentos, los sentía extrañamente próximos, me habría gustado poder hacerles preguntas cara a cara. ¿Cuál era la verdad de aquella gente? ¿Qué sentirían aquellas noches en las que el sueño se negara a visitarles? ¿Se encontrarían a gusto consigo mismos? ¿Tendrían miedo a la muerte? ¿Les importaría ser utilizados? ¿Desearían el amor verdadero?

Enzarzada en aquellos pensamientos, no me di cuenta de que el tiempo pasaba. Juan había dejado al camarero y había entablado conversación con el hombre de traje gris y anillo de casado. Junto a él, empezó su segundo coñac; le siguió un tercero. Hablaron largo y tendido, como si se conociesen de toda la vida. Yo permanecía en mi puesto y, salvo por las miradas de desprecio del camarero, pasaba completamente inadvertida.

El local fue animándose. Cerca de las doce, el barullo era inmenso. Los pequeños focos blancos se habían convertido en todo un espectáculo de megavatios, y la música ligera, en potente bacalao. La atmósfera iba llenándose de vahos, desde el humo de los cigarros al sudor de las gentes. De pronto — cuando hasta había conseguido identificar alguno de los ritmos— la intensidad

de las luces mermó bruscamente y la música se tornó melosa. De hecho, nos quedamos prácticamente a oscuras y yo, que estaba del todo desprevenida, pensando en si debía pedir una segunda Coca-Cola, me llevé un susto de muerte. Me levanté y busqué a Juan con la mirada. No me hizo falta insistir, él venía ya hacia mí. Sin mediar palabra, me cogió del brazo y, con una cierta prisa, me llevó hacia el vestíbulo.

—¿Qué pasa, por qué me empujas? —protesté molesta, negándome a trasponer la puerta de aquella manera.

—Ya tengo lo que buscábamos, Lola.

—Me alegro, pero no hace falta empujar —contesté, sacando del bolso mi ficha roja.

—Sí, hace falta. Me ha dicho el camarero que a las doce y cuarto llega el momento mágico —murmuró sacando la suya que entregó al joven del guardarropa.

—¿El momento mágico? ¿Y eso qué es?

—Apagan todas las luces...

—No te entiendo.

—Quitán la luz, nadie les ve. Y jugando a las tinieblas...

—¿Jugando a las tinieblas? Pero ¿de qué me hablas?

—¡Chica, pareces tonta! Cubiertos por la oscuridad, pueden hacer lo que les plazca.

Me pasé la mano por el cabello y solté la horquilla, dejando libre la melena. No podía creer que alguien llegara a tal nivel.

—¿Entiendes? —inquirió Juan, interpretando mal mi silencio—. Amor libre a la carta.

—Entiendo —le corté.

En realidad, lo entendía demasiado bien.

Subimos al coche y nos dirigimos al hotel. Una vez dentro, me quité los zapatos, no aguantaba el dolor en las pantorrillas. Luego, saqué un pañuelo del bolso que empleé para quitarme rabiosamente el maquillaje. No sabía por qué estaba tan incómoda.

—¿Qué has averiguado? —pregunté, tratando de pensar en otra cosa.

—Vamos al hotel, nos cambiamos y te lo voy contando mientras cenamos.

—Lo siento, pero estoy muy cansada. Sólo quiero darme una ducha bien

caliente y meterme en la cama. Adelántame algo ahora, y mañana, durante el desayuno, seguimos.

La cara de Iturri mostró frustración, pero no se quejó.

—Anda, Juan, ponme en antecedentes —insistí más calmada.

—¡Vale! Faustino Gorla no era cliente habitual de Brothers. En los últimos tiempos, había venido escasamente un par de veces con su pareja habitual, ese tal Peter Zahan. No obstante, como tú decías, estos dos caballeros habían roto su relación, y Gorla había acudido varios días seguidos al club, solo.

—Ya. ¿Y había encontrado algo interesante?

Debería haber dicho a alguien, aunque, visto lo visto, podría ser correcto: ese club parecía un mercado de ganado.

—No seas tan dura, Lola.

—¿Dura? ¿Me llamas dura, cuando apagan la luz para no ver con quién se lo...? En fin, dejémoslo. Simplemente, no lo entiendo. Y no porque sean hombres, tampoco lo entendería en heterosexuales. ¿Tú has oído que eso exista entre heterosexuales? Espero que no.

—No lo sé, Lola, pero volvamos a los hechos. Uno de los días que visitó el club, encontró a un hombre. Nadie le había visto antes por allí ni habían vuelto a verlo después, tras la muerte de Gorla. Pero no pasó inadvertido; era atlético, guapo, muy bronceado, ojos verdes, claros y brillantes, pelo negro, muy alto y vestía con mucha elegancia.

—Una buena descripción para veinte millones de personas —me quejé.

—Sí —certificó Juan—, pero nos puede indicar que la muerte de Gorla...

—... pudo no ser accidental. —Sin hablarlo había llegado a la misma conclusión que yo—. ¿Había algo más en él que pudiera permitirnos identificarlo?

—Cuentan que llevaba un gran crucifijo de esmalte en el cuello.

—¿Un crucifijo? ¿No te parece raro un crucifijo en este ambiente? —esgrimí.

—Sí, me lo parece, tan raro como que Gorla se retire a un monasterio, pero vete a saber. En fin, con eso no vamos a ninguna parte.

—¿Algo más?

—Sí, curiosamente, nuestro Adonis nunca se quedaba al momento mágico.

—¿No se quedaba? ¡Qué raro! ¿Cómo hemos de interpretar ese dato?



—No lo sé con certeza. Según las gentes con las que he hablado, el momento más estimado de este local es la media hora posterior a las doce y cuarto. No es lógico pagar 50 pavos por un coñac de garrafa e irse cuando empieza lo bueno.

—Pues tú lo menos has tomado tres... —le reproché.

Tenía los ojos muy brillantes y comenzaba a farfullar.

—¡Estaba trabajando, Lola!

—¡Vale, no he dicho nada! Y respecto a lo que comentabas, no es lógico perderse el motivo por el que se pagan esos precios. Quizás, el misterioso fantasma sólo pretendiera hacerse de rogar.

—¿En un sitio donde apagan las luces para la orgía del día? No lo creo. ¿Viste a ese chico que iba acercándose a los distintos grupos con una bandeja de plata, ofreciendo sus productos?

—Sí, me fijé. Tras la ley contra el tabaco, es ilegal venderlo de esa manera. Deberíamos instar una...

—No era tabaco, Lola... —me contestó Iturri.

Su sonrisa mostraba malicia.

—Entonces, ¿qué?

—Cocaína, Viagra y derivados... Media hora es mucho tiempo...

Bajé la ventanilla. Necesitaba tomar el aire.

—¡Qué asco, por Dios! —dije finalmente.

—Eso pareció pensar nuestro hombre, porque nunca se quedó.

—Es decir, que podría no ser homosexual...

—Es posible.

Lo pensé unos instantes, pronto no me quedó ninguna duda.

—¡Las dos caras! ¡Claro, eso era!

—¿De qué hablas, Lola?

—No te lo había contado, porque sé que tú no crees en esas cosas, pero me lo vaticinó el hermano Chocarro: en su sueño, aparecía un hombre con dos caras, junto a otro, mayor, que bailaba medio desnudo sobre una nube. ¡Tenemos que encontrar a ese tipo de ojos verdes, como sea! —dije, descendiendo del coche, no sin antes volver a colocarme los zapatos.

Habíamos llegado al hotel.

Tratando de hacerme transparente, pasé a la carrera el vestíbulo y me dirigí a los ascensores. Juan me seguía muerto de risa.

—¡No corras, que es peor! Todos te han catalogado ya...

—¡Espero que nadie me haya hecho una foto! Me darían de baja en la carrera judicial por ejercer la prostitución en mis ratos libres.

—Anda, sé buena, cámbiate y nos vamos a tomar algo —insistió Iturri ya en el ascensor—. Seguro que, incluso a estas horas, en Puerto Banús se puede encontrar un buen filete. Estoy muerto de hambre.

—No, de verdad, estoy cansada. Es mejor que me retire, nos vemos mañana.

Estuve largo rato bajo la ducha. El agua hervía, justo como a mí me gusta, pero, aunque logré quitarme los rastros de aquella velada, seguía igual de nerviosa. El club me había impactado, pero no tanto como pensar en ese momento mágico. No podía quitármelo de la cabeza. Estaba con una toalla anudada a la cabeza y otra sobre el cuerpo, colocada a modo de toga, cuando llamaron a la puerta.

Sé que es estúpido, pero hice un esfuerzo para no respirar, quizá, si no contestaba se irían. Pero volvieron a llamar.

—¿Quién es? —preguté con voz trémula, en parte por nerviosismo y en parte porque estaba inclinada tratando de ver por el agujero de la cerradura.

—Lola, soy yo, Juan Iturri. Tengo que decirte algo.

—¡Juan, vaya susto que me has dado! —exclamé.

—Anda, abre.

Su voz me sonó extraña.

—Acabo de salir de la ducha. No estoy presentable.

—Será un momento...

—Vale, deja que me vista.

A toda prisa, me puse una camisa y una falda, pero no me puse ropa interior. Ninguna de aquellas prendas transparentaba e iba a ser sólo un segundo. Cogí el resto de la ropa, desperdigada por el suelo, la hice un ovillo y la arrojé al cuarto de baño, atrancando la puerta; entonces, abrí.

—Toda suya, inspector. —Mi pelo chorreaba, mojándome los hombros—. No me digas que ya has dado con ese hombre tan apuesto.

Negó dos veces con la cabeza.

—Se trata de otro asunto que quisiera consultar contigo, Lola.

Le miré sorprendida, esta vez no tenía ni idea de por dónde discurrían sus pensamientos.

—¿A estas horas? —repliqué.

—Sí —dijo, dando un paso hacia el interior de la habitación y cerrando la puerta.

—¿Es el pederasta? —inquirí.

—No, Lola; se trata de otra cosa. Hace mucho tiempo que deberíamos haber hablado de esto...

—Bueno, nunca es tarde si la dicha es buena —respondí sonriendo—, aunque espero que sea corto; mañana tengo que hacer un montón de kilómetros.

Iturri se acercó, me sujetó fuertemente de los hombros y luego me atrajo hacia sí, hasta situarme a pocos centímetros de su rostro. Me alcanzó el olor de su colonia, recia pero afrutada, también el del coñac que había tomado. Yo estaba perpleja, contemplando cómo en sus preciosos ojos relucía un brillo extraño.

—Lola, te quiero. Te he querido desde aquel momento, creo que desde siempre.

Entonces me besó, oprimiéndome fuertemente contra su rostro. Ante aquella inesperada reacción de Juan Iturri, mi corazón se desbocó. Aún recuerdo el estremecimiento, cercano al que sentí cuando mi marido Jaime rozó mis labios por primera vez. Ya no recordaba aquel sentimiento, tan lejano y al mismo tiempo tan próximo. Sin aminorar la presión, poco a poco, Juan fue abriendo los labios, rozándome con su barba. Yo no lo hice, y no porque no sintiera suficiente deseo, sino porque seguía aturdida, embobada, estupefacta.

Bajó la mano derecha. Sus dedos danzaron por mi blusa, hasta encontrar mi pecho desnudo. Me deshice de su beso cuando la mitad de mi cara había probado su saliva. Le arranqué de mí empujándole fuertemente con las manos. Aún le tenía sujeto, con los brazos totalmente extendidos, cuando me percaté de cómo me miraba. Sus ojos me suplicaban que volviera, que le dejara terminar lo que había empezado. Recordé aquel club, aquella oscuridad que expedía sexo sin nombre...

—Te quiero, señorita —repetía—. Hace años que no aspiro a otra cosa que a quererte. Yo cuidaré de ti siempre, viviré para ti.

—¡Estás borracho! ¡Márchate! —le reproché.

—Te quiero —insistió, acercando sus manos a mis caderas.

Rompí a llorar. Mi corazón se debatía en el más cruel de los abismos.

Aquellos ojos brillantes me atrapaban, me ofrecían algo que había creído perder para siempre, pero que estaba allí presente de nuevo, al alcance de mi mano. Estaba excitada tras las escenas eróticas en el club, y mi cuerpo me pedía que aceptara el reto, la novedad. Yo no quería a Juan y, aunque él dijera otra cosa, no era amor lo que él me ofrecía.

En las novelas que leo, los protagonistas siempre caen en las tupidas redes del deseo. El conjunto de los relatos no suelen ser edificantes desde el punto de vista moral, pero el escritor indefectiblemente hace que te sientas identificado con el protagonista. Si el literato es bueno, consigue que te pongas en su posición y le comprendas. Sin embargo, yo nunca habría podido comprenderme a mí misma si hubiera dejado que aquellos dedos continuaran su marcha.

—¡Por Dios, Lola, no llores! No pretendo hacerte sufrir; todo lo contrario, lo único que quiero es hacerte feliz. Hace tiempo que Jaime ha dejado de preocuparse por ti.

—¡No es verdad! —gemí—; él me quiere.

—Lo es, y tú lo sabes. Ni siquiera te ha llamado para saber cómo había ido el viaje. Vive por y para su trabajo; es lo único que le importa.

—Lo mismo que tú y que yo. Es esta sociedad, no es Jaime...

—No, Lola, no es verdad. Tu marido hace tiempo que perdió la noción de la realidad: tú eres lo más valioso que tiene, pero a fuerza de descuidarte, ha terminado por despreciarte. Yo voy a restañar esa herida.

Volvió a besarme. Me resistí, de nuevo demasiado tarde.

—Juan, esto no está bien. No puedo hacerlo. Por favor... No me conoces, y yo tampoco te conozco a ti. Siempre nos hemos encontrado en situaciones límite, y la adrenalina nos ha jugado una mala pasada. Tú estás solo; yo, en ocasiones, me siento sola. En fin, adrenalina y hormonas... Eso no es amor... Esas imágenes del club... Ambos estamos tocados, y tú has bebido demasiado. Vete a tu habitación y olvidemos esta tontería.

—No me importa la razón que ha hecho que esto estallara. Es el principio de algo, Lola. Creo que nunca he sido más feliz que hace un momento, cuando sentí cómo te entregabas a mí.

—¡No he hecho eso! —maldije, ruborizándome visiblemente.

—Querías hacerlo, Lola. ¡Mírate, tus ojos lo dicen todo!

Sus manos volvieron de nuevo a mis pechos. Y comenzó a desanudar mi

blusa.

—¡No! —chillé.

Enfadada conmigo misma, abrí la puerta de la habitación. Un cliente pasaba por el pasillo en esos momentos. Su figura me sobresaltó. Juan no le prestó atención.

—Espera, Lola, por favor... ¡Lola!

—¡No te acerques! ¡No quiero que te acerques! —le grité, aunque ya estaba de nuevo junto a mí.

—Sé que te quiero, Lola, y sé que tú necesitas amor. ¡Unamos nuestras vidas en beneficio de ambos!

—¡No, ni hablar! Este anillo me ata a Jaime y a mis hijos —le dije, señalando la sortija que adornaba mi dedo—. Un beso no va a conseguir que tire todo por la borda.

—¡Lola, por Dios!

—Mira Juan, esto no ha pasado. Ha sido... ha sido una equivocación... Son tus tres copas de coñac de garrafa las que hablan. No ha sucedido ni va a suceder nunca, ¿vale?

—¡No luches contra ti misma, Lola! Hace años que no pienso en otra cosa que en tenerte junto a mí, dentro de mí... —Volvió a poner su mano sobre mi blusa—. Estoy convencido de que tú...

—¡No, lárgate! Creo que seguiré sola esta investigación.

—Lola, no seas así... ¿Estás segura?

—Sí, lo estoy —mentí—. Ellos son mi vida y, pese a todo, mi felicidad. Si lo piensas bien, sabrás que tengo razón. Necesitas alguien que te quiera, yo a quien quiero es a él. Si me acuesto contigo, sólo te utilizaré. Créeme, deberías salir corriendo.

—¡Utilízame, lo estoy deseando! Jaime nunca se enterará, quedará entre tú y yo. Si después de esto no me quieres, me alejaré para siempre.

No podía creer lo que estaba oyendo. Hacía un minuto me decía que me quería. Dos minutos después me ofrecía un rollo rápido.

—¿Vas a marcharte? Sabes que soy capaz de gritar hasta que venga alguien a socorrerme.

—De acuerdo, Lola, veo que necesitas tiempo para pensar. Ya tienes clara mi propuesta —contestó.

Su voz se había vuelto pétrea.

Me puse a todo correr la ropa interior. Lancé la maleta sobre la cama. Metí en un momento y sin pararme a doblar las pocas piezas de ropa que me había llevado. Luego, me llegué hasta el cuarto de baño. La colonia y el maquillaje, la crema y la pasta de dientes estaban sobre el estante. Pasé el brazo por él, barriendo su contenido sobre el neceser. Lo metí también en la maleta y me senté encima para que cerrara.

Hice todo aquello deprisa, como si perdiera un avión, como si el resto de mi vida dependiera de ganar segundos. No obstante, cuando acabé me derrumbé en el suelo y cerré los ojos. Bastaron unos segundos para que empezara a reprocharme lo que había pasado.

Hubiera debido darme cuenta antes; tenía indicios suficientes. Recordé los besos en la mejilla, cómo se detenía a cogerme las manos con cualquier excusa, cómo me miraba. Sin embargo, yo había accedido a viajar con él a una ciudad desconocida, solos, con tiempo y dinero y, para colmo, rodeados de un ambiente que nos decía a gritos que estábamos en época de celo. Me miré a mí misma y recordé mi estúpido disfraz. Yo no era un travestido, ni lo sería nunca, y disfrazarme no iba a cambiar las cosas. Tampoco cambiar de escenario me permitiría dejar de ser quien era, quien soy.

Jaime nunca se enteraría. Si yo no se lo decía y, desde luego, no pensaba decírselo, el secreto quedaría entre mis hormonas y yo. Allí no me conocía nadie: Juan y yo hubiéramos podido pasar simplemente por una pareja de enamorados que entran juntos en una habitación y cierran tras de sí la puerta. Nadie nos iba a pedir un certificado, nadie nos pediría cuentas. Sin embargo...

Nadie se hubiera enterado, excepto yo. Pero ¿cómo dormiría luego? ¿Cómo me aguantaría? Podía comprar mi capricho, pero la factura sería demasiado elevada: iba a perderme a mí misma. Iba a perderlo todo.

Jaime y los niños. Jaime... Se me llenaron los ojos de lágrimas. Jaime, mi Jaime, sólo mío... Aquellos hombres se exhibían en la pista de baile buscando la mejor apuesta, al mejor postor. Yo no quería hacer eso. Juan Iturri me había dicho que me quería, pero Jaime me lo había demostrado mil veces. Quería sentir nuevamente su beso, como aquellos bailarines deseaban atrapar una nueva presa. Un trofeo, la emoción de la caza, de la nueva pieza. No, yo no era mejor que ellos, ni mejor ni más lista. Debía salir corriendo.

Dicen los moralistas que el espíritu está pronto, pero la carne es débil. La mía, desde luego, lo era; por eso quise salir corriendo, pero lo que me ayudó a huir no fue la conciencia sino los detalles. Sí, fueron los detalles los que me sacaron de aquel atolladero. Detalles, miles de detalles nimios que, a modo de herencia vital, se hallaban escondidos en el hondón de mi memoria, brotaron súbitamente, en cuanto pensé en caer en la tentación. Detalles sobre detalles, lloviendo sobre tierra mojada por tantos días llenos de anécdotas pequeñas, menudas, casi irrisorias, alegres y tristes. Detalles, únicamente detalles: una sonrisa, un gesto cómplice, aquellas flores silvestres, tantas sobremesas, tantas lágrimas bebidas juntos.

Estaba con el teléfono en la mano, dispuesta a llamar a recepción pidiendo un taxi, cuando volvieron a llamar a mi puerta.

—Lola, por favor, ábreme —alcancé a oír de una voz balbuciente.

—¡Márchate! —grité.

—Lola, necesito que me ayudes. ¡Me encuentro fatal!

—Yo también, Juan, por eso te ruego... te exijo que te marches...

—Todo me da vueltas, el mundo parece irreal y estos colores... ¡Si pudieras ver estos colores, me duelen los ojos de tanto mirarlos!

—Eso pasa por beber más de la cuenta... —le repliqué.

—No, no es eso... He pasado ya muchas borracheras. Es... Eres...

—¡No me vas a convencer para que abra, lárgate!

Un ruido sordo proveniente del pasillo me sobresaltó; pero todavía me inquietó más que Iturri no respondiera a mis preguntas.

—¿Estás bien? ¡Contéstame, Juan, por favor!

No lo hizo. Repetí la pregunta, pero nada. Finalmente, abrí. Juan estaba tendido en el suelo, hecho un ovillo, en una posición casi fetal. La tenue luz del pasillo no permitía adivinar bien su rostro, pero, desde luego, su mirada era extraña y su color ceniciento. Tenía los ojos muy abiertos, prendidos en algún punto del techo. Por un instante, me recordó la mirada extraviada del abad Urrutia, muerto bajo el altar de la ermita. Sentí una punzada de miedo. Me agaché y sin atreverme a tocarle le dije:

—¿Qué te pasa, Juan, qué ocurre?

Siguió mudo, sin mover un músculo, pero con los ojos muy abiertos.

Le retiré suavemente el flequillo, aunque a él no parecía molestarle. Acerqué

mi mano a la suya; estaba helada. Por un momento temí lo peor, pero cuando aproximé mi cabeza a su pecho sentí los atropellados latidos de su corazón.

—¡Santo Dios, estás vivo! Voy a buscar ayuda, no te preocupes, estoy contigo.

Salí corriendo y telefoneé a recepción para pedir una ambulancia.



## VIII

Hay un tiempo físico, irreversible, inflexible, puntualmente terco. Nada se le resiste, nadie se le escapa, no admite ningún tipo de intervención. Dotado de inveterada exactitud, su metrónomo se impone por decreto sin diferenciar personas ni circunstancias.

Pero hay otro tiempo, el de tripas cósmicas y fluidos sentimentales. El que hace versos a medida; el tiempo vital, caótico, de ida y vuelta; una anarquista medida del propio vivir hecho de lágrimas de hielo y placenteras convulsiones, mezcla de miedo y esperanza. En él se hace breve lo grato y eterno el aburrimiento. Cuando quiere, baila a ritmo de tango; cuando no, fluye con desesperante lentitud, parece que no va a terminar nunca. Pero eso no es todo. Aún hay otra forma de tiempo, la del verso libre, la de los muertos, la que te saca a rastras del mundo cuando ya no puedes más.

Bajo las insulsas luces de neón mientras observaba a Iturri, blanco como la cera con aquel enorme tubo en su garganta, viví simultáneamente los tres tiempos.

Me pasé las primeras horas gimiendo y lamentándome; luego, más práctica, decidí cargarme de reproches e improperios. El médico había confirmado que el tiempo era vital, ¡como si no lo fuera siempre! Sólo que, en este caso, si él abandonaba el mundo yo sería culpable para siempre. Lo había dejado suplicar durante unos minutos a través de la puerta; su voz se fue tornando ronca y sus mensajes perdiendo sentido, pero no abrí hasta que le oí desplomarse en el pasillo. ¡Si no hubiera bebido tanto! ¡Si no se hubiera emborrachado! Si no lo hubiera hecho, no estaríamos en aquella situación. Ningún tribunal me condenaría, pero yo misma me impondría cadena perpetua.

En aquellos momentos, habría deseado subyugar al dictador; negociar una

tregua; cualquier cosa con tal de que las manecillas del reloj retrocedieran. Pero no encontré el modo de borrar las últimas ocho horas de mi vida. Cuando gasté toda la amargura, empezaron a aparecer los minutos objetivos; todos idénticos, uno tras otro, sin retenciones; ni atascos.

Fue cuando me di cuenta de que en aquel extremo del mundo todos vestían de verde. Entraban y salían, con un bozal tapándoles el aliento. De cuando en cuando, un sonido estridente excitaba la colmena y todos corrían de un lado a otro al son de una voz masculina que vomitaba órdenes. La primera vez me pilló desprevenida y me asusté; la segunda ya no.

Más tarde, el día y la noche se fundieron. Bajo el paraguas del rítmico respirador, Iturri y yo escapamos del espacio y del tiempo. Fue una buena forma de extirpar el pasado la que encontré, perder la noción del tiempo.

No sé cuánto tiempo estuve perdida. Sólo sé que cuando la palmada en el hombro del médico de guardia me sacó del ensimismamiento y me obligó a retornar a la vida, sentí como si alguien me hubiera despertado de un mal sueño en plena noche. Al abrir los ojos, lo primero que hice fue mirar el reloj para situarme de nuevo en el mundo, estaba perdida en la nada.

—Jueza, ¿puede venir conmigo unos minutos?

Miré a Iturri con preocupación y al médico de guardia.

—No se preocupe —me respondió comprensivo—; él estará bien cuidado.

Salimos de la unidad de cuidados intensivos. Siempre sin hablar, le seguí hasta un despacho contiguo. Era muy pequeño, pero tenía una ventana; por ella vi la luz del sol, espléndida como una novia virgen.

—Siéntese, por favor —me ofreció, quitando una pila de papeles de la silla.

—¡Por todos los santos, un ejemplar de *New England!* —dije pensando en mi marido.

Estuve a punto de echarme a llorar.

—¿La conoce, señoría?

—Sí, la recibe mi marido... en casa. En mi casa —respondí, tratando de evitar, sin conseguirlo, que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—¿Es también médico?

—Lo es —contesté animada por la imagen de Jaime leyendo con las lentes en la punta de la nariz—; internista, pero se dedica más a la investigación que a la práctica.

—Perfecto, entonces le resultará familiar la jerga que empleamos. Suele asustar a los familiares...

—Yo no soy su familiar —dije—; simplemente es el inspector que me ayuda en el caso que tengo entre manos.

—Comprendo —respondió, aunque el tono de su voz indicara otra cosa.

Enseguida me arrepentí y añadí:

—Pese a eso, somos muy amigos; nos conocemos desde hace muchos años...

—Bien, en ese caso me alegra doblemente darle buenas noticias. El inspector Iturri ha sufrido una intoxicación por aceite de nuez moscada. Es rara, pero no excepcional. Sin embargo, sus efectos suelen dilatarse con el tiempo. Es posible que esté en esta situación 24 o 48 horas más. Le mantenemos en la UCI porque tiene hipotensión, por precaución; así estaremos más tranquilos. Es posible que esta noche o mañana por la mañana le bajemos a planta.

—¿Nuez moscada, se refiere a la especia?

—En efecto, ha sido una intoxicación por aceite de *Myristica fragrans*, conocida como nuez moscada o moscadero. Normalmente, tiene un periodo de letargo mucho mayor, pero... En fin, no hay enfermedades sin enfermos.

—Desconocía que ese condimento fuera tóxico; yo lo añadí a las albóndigas —confesé.

—Lo es sólo cuando se ingiere en grandes dosis.

Me quedé pensando unos segundos. Habíamos comido un bocadillo en la carretera y luego un café... ¿Cómo había podido intoxicarse?

—¿Tiene alguna pregunta, señorita? —inquirió, al verme meditabunda.

—Pensaba en cómo podía haberse intoxicado... No habíamos comido más que un tentempié en la autopista...

El médico me miró azorado.

—Verá, no creo que viniera con el bocadillo...

—No le entiendo...

Su busca empezó a vibrar e inmediatamente se puso en pie.

—Lo siento, no puedo entretenerme ahora. Está esperándole un inspector de la policía de Marbella; supongo que él podrá ponerle en antecedentes... Naturalmente, se abrirá un expediente...

¿Un expediente? Cuando oí ese término, quise que el suelo se abriera a mis

pies. Encendí el móvil —en la UCI no permitían tenerlo abierto— y llamé a Garrón.

—¡Señoría, esto ha sido transmisión de pensamiento! Estoy en la puerta principal del hospital.

—De acuerdo, pues no se mueva. Voy para allá.

—¿Qué tal va Iturri?

—Parece que está fuera de peligro, aunque tardará algún tiempo en recuperarse.

Por Garrón supe que Iturri había sufrido lo que comúnmente se llama una sobredosis. No había sido heroína, ni cocaína, sino aceite de nuez moscada, con el que se elaboran drogas como el éxtasis, y éste era el caso.

—¿Cómo ha podido ocurrir eso, inspector? —pregunté cabizbaja—. ¡Estuvo conmigo todo el tiempo que permanecimos en Brothers! En honor a la verdad, diré que se tomó tres copas de coñac. Fue todo. Se lo prometo, yo estuve allí.

—Si es como dice, señoría, alguien debió añadir ese aceite a su trío de copas, o a alguna de ellas...

—¿Añadir? ¿Me está diciendo que alguien voluntariamente trató de hacerle daño?

—Sí, alguien debió de hacerlo; quizá su asesino...

—¿Mi asesino? No es posible, ¿cómo se enteró de que estábamos aquí? ¿De que iríamos a ese local? ¡Además, él no nos conoce! —dije, mientras un escalofrío recorría mi columna vertebral.

—Pues no se me ocurre otra explicación.

Juan y yo habíamos concluido que el asesino de Gorla era aquel guapo hombre de ojos verdes del que todos hablaban. De haber estado en Brothers, estaba segura de que más de uno le hubiera señalado. No, no podía ser; debía haber otra explicación. Así se lo expuse a Garrón,

—No puede ser, inspector; tuvo que ser otra persona.

—¿Recuerda si el inspector Iturri entabló alguna conversación ayer?

—¿Conversación? ¡Habló con todo el mundo, para eso fuimos!

—Lo comprendo, señoría; lo que pregunto es si habló con alguien especialmente...

—Pues ahora que lo menciona debo decir que, en realidad, sí: habló largo rato con un hombre de traje gris... Él le invitó al último coñac y le presentó a

varias personas...

—De acuerdo, traje gris, habitual del local, ¿algún otro dato?

—Alrededor de cincuenta años, bajito y panzudo; calculo que no llegaba al metro sesenta y que pasaba de los 90 kilos. Vestía de manera elegante; llevaba los zapatos bien lustrados y unos llamativos gemelos marca Cartier, color turquesa. Tenía el pelo lacio, de un castaño encanecido.

El inspector me miró con ironía.

—¡Suerte para los contribuyentes que no es usted inspectora de Hacienda, señoría!

—Pues le he reservado lo mejor: el hombre de color que servía la barra le llamó por su apellido.

—Espero que no fuera Pérez...

—Negativo, se apellida Montalvo. Sí, eso fue lo que dijo, señor Montalvo.

—¡Perfecto, hablaré con el camarero! Le localizaremos enseguida y la citaré para una rueda de reconocimiento.

—¡Tengo que marcharme, inspector! Debo volver a Pamplona.

—Muy bien, enviaré una foto por fax. Investigaremos a ese tío, seguro que tiene algo que ver con esto.

—¿Cree que el tal Montalvo tiene algo que ver con Gorla o con los clérigos asesinados?

—Sinceramente, señoría, no sé qué pensar. Desde luego, Iturri no se intoxicó voluntariamente. La dosis que recibió pudo haberle causado la muerte, ¡menos mal que estaba usted cerca! Ahora bien, ¿por qué alguien querría quitar de en medio a Iturri?

—No lo sé. Lo más inquietante es cómo se enteraron de que estábamos aquí. Como le decía, acabamos de llegar y no hemos visto a nadie más que a usted y al personal de servicio de Gorla... ¿Cree que pudo ser Alindato?

—No, lo he comprobado: ni salieron ni telefonearon.

—¡Qué extraño!

—En fin, señoría, será mejor que me vaya y localice cuanto antes a ese tal Montalvo, pero antes, déjeme que le ponga en antecedentes.

El inspector malagueño me informó de las nuevas pruebas realizadas en el barco y la casa de Gorla. Las huellas eran difusas y, por tanto, no concluyentes, pero del análisis de la botavara habían obtenido nuevas evidencias. Tras la

autopsia, el forense aseguraba que el daño en el palo del barco no concordaba con la fuerza con la que debería haber golpeado a Faustino Gorla para ocasionarle una contusión de muerte. En definitiva, que resultaba muy probable que lo hubiera causado otro objeto contundente, en otras palabras, que hubiera un asesino suelto.

—De ojos verdes —añadí.

—Sí, moreno con ojos llamativos, de color verde —me respondió, indicándome que había hecho los deberes.

—¿Alguna pista más?

—Sólo el retrato robot del empleado del muelle. No resulta muy útil, coincide con el treinta por ciento de la población masculina del país, si es que es de aquí.

—¿Sugiere el forense que procedamos a la exhumación?

—Dice que haga usted lo que quiera. Con lo que tiene, se puede formular la hipótesis del asesinato y reabrir el caso.

—Sí, sólo queda averiguar si el de Gorla tiene algo que ver con los asesinatos de Pamplona o, por el contrario, son dos casos independientes.

—¿Usted qué cree, señorita? —me preguntó a bocajarro.

—Yo no creo nada, inspector; no soy más que una juez.

—No es eso lo que dice Iturri. Me advirtió que tiene usted muchas dotes para la investigación; que sabe mirar... y ver.

—No le haga mucho caso, ¡está intoxicado!... Pero si quiere mi opinión, me temo que usted y yo vamos a vernos a menudo. Aunque eso será dentro de unos días; debo volver a casa...

—Sí, claro, lo comprendo.

—Inspector Garrón, Juan Iturri no tiene más familia que una tía anciana. Yo no puedo quedarme. ¿Es posible que usted o uno de los suyos esté al tanto?

—Por eso no debe preocuparse; déjelo en las manos de la policía... ¡y en las de mi mujer!

—Se lo agradezco mucho, inspector. Cogeré el primer avión que me lleve a Pamplona. ¿Quiere que subamos ahora a verle? Quizás haya despertado.

Pedí un taxi en el hotel, adonde había acudido para recoger mis cosas y las de Juan y dejar las habitaciones. Aunque cargaría su coste al juzgado, me parecía

un despilfarro pagar por algo innecesario. No tardó mucho en llegar. Le pedí que me dejara en el aeropuerto y, apesadumbrada por no haber podido hablar con Juan, cogí el primer vuelo para Madrid, allí enlacé con otro que me dejó en Pamplona. Un segundo taxi me dejó en la puerta de los juzgados.

Al subir, le facilité la dirección de mi casa, pero luego lo pensé mejor y le di la del juzgado: me sentía incapaz de hacer frente al rostro de Jaime, que, dicho sea de paso, no me había llamado. Al bajar, el coche arrancó y velozmente se perdió entre el tráfico. El juez Uranga entraba en aquel momento.

—¡Lola, qué coincidencia! Venía pensando en ti. Me han dicho que te ha visitado un ángel.

—¿Cómo dices?

Tenía la cabeza en otro sitio, y no comprendí a qué se refería.

—Te hablo de Iturri: ha aparecido como un milagro, justo cuando más falta nos hacía.

—Sí, ha venido Iturri, pero ha vuelto a marcharse.

—¿Cómo dices?

—Le he dejado en Málaga, ingresado en la UCI de un hospital. Pero no temas, está fuera de peligro; le mantienen allí por precaución.

—¿Qué ha pasado?

—Seguíamos una pista. Fuimos a un local de alterne para entrevistar a los camareros y le pusieron nuez moscada en su coñac. Una reacción alérgica... — mentí, aunque sabía que más pronto o más tarde se enteraría de la verdad.

—Lola, perdona que te haga esta pregunta, pero ¿qué hacías tú en Málaga en un local de alterne?

Instintivamente saqué un pañuelo de papel del bolsillo, y me limpié los labios. Tuve la sensación de que cualquiera que me mirara, sobre todo Uranga, leería en ellos mi flaqueza.

—Eso mismo quisiera saber yo. Le dije a Iturri que ésa era labor suya, pero había que dictar una orden de exhumación y prefería que yo estuviera presente. Una vez allí, me convenció para que le acompañara...

Uranga permaneció unos instantes en silencio, fue una brevísima pausa que a mí me pareció eterna.

—Tienes que ponerme al día; por lo que veo el asunto va deprisa y se complica. Ahora no puedo, pero, si quieres, te llamo luego y vamos a visitar a

Emilia.

—De acuerdo —contesté recordando la dulzura del café con nata.

—Lola, espera que Iturri se recupere... Tómate algo de tiempo para ti; estos casos pueden destrozarte los nervios.

—No hace falta, Gabriel, puedo hacerlo sin el inspector Iturri. Terminaré sola esta instrucción —respondí orgullosa.

—¡No te entiendo, hace tres días decías que no estabas cualificada, y ahora que tienes al mejor inspector del mundo a tu servicio, dices que no lo necesitas! ¿Pero qué mosca te ha picado?

—Ninguna, Gabriel, simplemente quería intentarlo por mí misma y dejar que él se recupere tranquilo. La investigación avanza a buen ritmo —acerté a decir.

Pero él intuyó la verdad:

—¡Pero qué tonterías dices! Eran dos personas reputadas en la comunidad, ambas altos cargos eclesiales; han sido dos muertes muy violentas, y, para colmo, la noticia ha saltado a todos los medios. ¡No, Lola, no puedes hacerlo! Si tienes algún... problema con Juan Iturri, arréglalo de inmediato, por la cuenta que te trae.

Con aquella amenaza en mi oído, entré en el juzgado y me derrumbé en el sofá del despacho, donde lloré hasta caer exhausta.

Hacía rato que se me habían agotado las lágrimas, pero su rastro estaba claro en mi cara y Jaime lo leyó de inmediato.

Entró sin llamar y, sin hablar, me levantó del sofá y me abrazó.

—¡Lolilla, lo siento! Perdóname, soy un estúpido.

—No me has llamado —protesté escondiéndome en su pecho.

—No, no lo he hecho. Suponía que tú adivinarías lo que pasaba.

—¿Lo que pasaba? ¿De qué me hablas? ¿Están todos bien?

—Pablo se ha roto el fémur derecho. Le operamos el día que te fuiste...

—¿Pablo, el fémur? Pero ¿dónde..., cómo?

—En el colegio les llevaron de excursión y visitaron una fábrica de perfiles metálicos. Tenían un nuevo prototipo de *kart*... Mientras lo probaba, se estampó contra un muro.

—¡Perfiles metálicos! ¡Eras tú, me llamaste desde allí!

—Sí, pero como no contestabas, no quise llamarte más. Te haría volver a todo correr.



—¿Y el profesor americano?

—También está en el hospital; comió marisco en una tasca de Madrid antes de venir. Lo tienen con suero por la diarrea. ¿Y tú? Uranga me acaba de contar lo de Iturri. ¡Qué horror, se ha descrito incluso un caso de muerte por sobredosis de nuez moscada!

—Dicen los médicos que está bien, sólo es cuestión de tiempo. Lo malo es que no sabemos quién lo hizo ni por qué... Y, además, tenemos otro cadáver: el de Faustino Gorla.

—¿Qué dices, también asesinaron al modisto?

—También. Creo que estos casos pueden estar relacionados, pero no sé por dónde seguir. ¡Y con Juan en el hospital! Quizás el hermano Chocarro pueda ayudarme.

—Ahora olvídate de eso, vayámonos a casa. Te prepararé un enorme plato de espaguetis carbonara. ¡Vale, no me mires así; que sea una gran ensalada aliñada con aire! Pablo te está esperando.

Me eché a reír y salí tras él. No sé si se dio cuenta de algo, pero, aunque me remordía la conciencia, intenté no pensar en ello ni hablar de ello, al menos de momento.

## IX

—Llevaba tiempo con la idea de llamarle, señorita, pero no he podido hacerlo hasta ahora —me dijo el hermano Chocarro—. Hemos tenido un pequeño accidente doméstico que me ha tenido ocupado desde ayer.

Se estaba haciendo de día, otro día caluroso, cuando Chocarro me telefoneó. Esta vez tenía el móvil cargado y encendido a la espera de que, desde Málaga, me comunicaran posibles novedades. Tenía en mente tanto el estado de salud de Iturri como la identidad del misterioso hombre de ojos verdes.

—No se preocupe, hermano, lo importante es que se encuentre usted bien —le contesté.

—Estoy perfectamente, señorita, no ha sido nada grave. Unas filtraciones de agua han ocasionado el derribo de una de las paredes laterales de la despensa, y se han roto la mitad de las conservas. Hemos tardado en arreglar el desbarajuste. En fin, llamaba para interesarme por usted y por el inspector; sobre todo por el inspector.

—¿Cómo dice? —pregunté anonadada.

—Sólo quería que me confirmara que el inspector Iturri está sano y salvo.

Me quedé cortada y no supe qué responderle. Él debió de notar mi azoramiento porque enseguida añadió:

—He vuelto a tener el mismo sueño, ¿sabe?, pero en esta ocasión el señor Iturri entraba en la pesadilla. ¿Me comprende, señorita?

—Creo hacerlo, hermano. Y he de confesarle que me inquieta sobremanera su don: en estos momentos, el inspector Iturri está ingresado en un hospital. Ha sufrido una intoxicación grave, pero parece fuera de peligro.

—¡Lo sabía; sabía que pasaba algo! Últimamente, andaba inquieto, nervioso. ¿Sabe lo que les ocurre a las personas con reuma?

—Pues no, no lo sé —respondí extrañada.

—Ellas sienten que va a llover mucho antes de que ocurra. Dicen que les duelen los huesos. A mí me pasa algo parecido: cuando va a ocurrir algo, me invade un extraño nerviosismo que por la noche me hace soñar.

Cerré los ojos y traté de concentrarme en su voz envolvente. Estaba segura de que Iturri no habría estado de acuerdo con lo que iba a hacer.

—Hermano Chocarro, ¿puede usted abandonar el convento durante unas horas?

—Poder puedo, si mis superiores me dan permiso. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Podría venir a verme?

—Señoría... No creo que fuera prudente... —le respondió balbuciente.

—No se lo pediría si las circunstancias no me obligaran a hacerlo, hermano. Verá, hoy es sábado; Pablo, mi hijo de diez años, está en la cama. Se rompió el fémur y han tenido que operarle. Está dolorido y quejoso; no puedo dejarle solo. Además, llevo dos días fuera de casa y estoy agotada. Sin embargo, necesitaría hablar con usted...

—De acuerdo —musitó—, se lo preguntaré al padre rector.

Su respuesta me alegró de inmediato.

—¿Quiere que envíe un coche a recogerle?

—Eso estaría bien.

—De acuerdo, entonces. Más o menos dentro de una hora estará allí. Hermano Chocarro, se lo agradezco muchísimo. Dígale al rector que no tardaremos demasiado, que no se preocupe.

—Señoría, aunque es preciso evitar cualquier ocasión de pecado, le aseguro que vivo en el monasterio de Leyre por propia voluntad. No voy a perder el alma por abandonar el claustro unas horas. ¡Vaya vocación tendría en ese caso!

—Lo siento —dije, sin saber lo que hacía.

Pensaba en la gran diferencia que existía entre él y yo.

Al colgar, me levanté y fui a la cocina. Preparé un bizcocho de manzana y helado de chocolate. Desde luego, pensaba en Pablo, pero fundamentalmente en el hermano Chocarro. Deseaba agradecerle de alguna manera su inestimable ayuda.

Antes de que llegara Chocarro, llamé por teléfono al inspector Garrón. Quería conocer la evolución del enfermo.

—¿Señoría, qué temprano empieza usted a trabajar! ¿Se ha dado cuenta de que es sábado?

—Lo sé, inspector, pero estaba algo nerviosa, sin recibir noticias de usted desde que me vine a Pamplona.

—Perdone, he sido muy desconsiderado. En mi descargo, le diré que he atrapado a Montalvo y que Iturri está bien.

—¿Ya le ha cogido?

—Con su descripción, señoría, no era difícil. Le tengo entre rejas. Prisión preventiva.

—¡Por todos los santos, es usted un hacha! Como no me envió la fotografía, pensé que no había dado con él.

—Le tenemos.

—¿Ha confesado?

—No ha hecho falta, las pruebas son obvias. Y no se preocupe, tenía una orden judicial.

—¿Pruebas, qué pruebas? ¿Se refiere a restos de nuez moscada?

—No señoría, me refiero a las cintas de vídeo.

—¿Vídeo? No entiendo nada...

—No me extraña, señoría. Montalvo no tiene nada que ver con sus muertos, pero sí con Iturri.

—Sigo sin entenderle, inspector; sea bueno y cuéntemelo paso a paso.

—Verá, señoría, tras hablar con el camarero de Brothers y confirmar el apellido, localizamos su casa: vive en una urbanización de lujo en Marbella. Fuimos a buscarle y nos encontramos con infinidad de material pornográfico, una sala de grabación y dos niños de corta edad. Los análisis forenses son concluyentes, ¡pobres niños!

—¿Pornografía infantil?

—Sí, Montalvo era el cabecilla de una red internacional de venta y difusión de ese tipo de material.

—¿Montalvo era el pederasta al que perseguía Iturri?

—El mismo; el inspector Iturri no le conocía, pero el pederasta conocía bien a su oponente, y no desperdició la ocasión.

—¡Supongo que Juan estará feliz!

—Él mismo se lo contará; estoy en su habitación. Un momento, le paso el

teléfono.

—No le moleste, inspector; sólo dígale que se recupere pronto.

—Señoría, me está haciendo señas; parece que quiere decirle algo.

Busqué por mi mente alguna excusa creíble para no hablar con él, pero no encontré ninguna. No me quedó más remedio que aceptar. Arrastrando las palabras, su voz se abrió paso a través del espacio y del tiempo:

—Señoría, Lola... ¿Eres tú? —indagó.

—La misma —respondí frotándome los ojos. Un nudo se formaba en mi garganta—. ¿Qué tal estás?

—Todavía un poco raro, muy cansado; pero voy saliendo. No me acuerdo de nada, apenas alcanzo a ver un extraño juego de luces que ronda mi cabeza, mientras salíamos de aquel club.

Nunca supe si con aquella afirmación Iturri pretendía enterrar un error evidente o si cuando ansiosamente buscaba mis labios su mente vagaba por una tupida niebla de nuez moscada que anulaba cualquier atisbo de sensatez. Durante mucho tiempo me incliné por la primera explicación porque, tras aquel episodio, nada fue igual entre nosotros. Iturri pasó a comportarse conmigo como con todo el mundo; distante, casi huraño; silencioso, contorsionado sobre sí mismo. Sólo hablaba cuando comentábamos el caso, y no siempre. Ahora he cambiado de opinión. Creo que estar a punto de morir a manos de tu peor enemigo le confundió hasta sumirle en una súbita depresión. En todo caso, poco importa cuál de esas explicaciones, o cualquier otra, es la acertada porque el resultado habría sido el mismo. Pronunciando su alegato de locura transitoria, daba muerte a aquella criatura, vieja aún sin nacer. Murió sin ruido, como el sol en la línea del horizonte. En pacífica calma, sin risas ni lamentos. Simplemente, ambos abandonamos el barco y volvimos a ser náufragos.

—Pues debes recuperarte pronto, necesito que me ayudes a atrapar a ese hijo de mala madre.

—Lo intentaré, aunque temo haber perdido el olfato.

—Una vez sabueso, sabueso siempre —le animé.

—Te paso con Garrón —me dijo jadeando—, me fatigo enseguida.

—¡Espera! Quería decirte que me alegro de que le atrapas.

—No le atrapé, Lola. ¡Tantos esfuerzos, tantos planes, tantas hipótesis y luego el azar!

—El azar no existe, Juan; lo fabricamos nosotros. Además, lo importante es que haya dejado de existir.

—Sí, eso es cierto; lo mismo que yo —dijo, echándose a llorar.

El teléfono se abrió paso en aquella habitación hasta alcanzar el pabellón de la oreja del inspector malagueño. Cuando llegó, oí que Garrón se excusaba y salía de la habitación.

—Señoría, ¿sigue ahí?

—Sí, aquí sigo. ¡Pobre hombre, lo tiene que estar pasando muy mal!

—No se preocupe, se repondrá.

Por un momento, compartimos en silencio la situación. Siempre resulta duro ver los bajos momentos de alguien a quien en circunstancias normales le sobran recursos.

—¿Alguna novedad?

—Hemos logrado contactar con Peter Zahan. En efecto, reside en San Francisco y su pasaporte asegura que no ha abandonado Estados Unidos desde hace tres meses. Aunque ese país es muy grande, tengo la impresión de que no es fácil entrar y salir de allí sin ser detectado. Creo que no es nuestro hombre.

—¿Pero él conoció al Adonis de ojos verdes?

—Así es, íntimamente, creo.

—¿Pero la aventura no había sido con Faustino Gorla?

—Ése fue el plato fuerte; Zahan, el aperitivo. El caballero misterioso fue el motivo por el que ambos riñeron.

—Comprendo. ¿Y qué ha podido decir de él?

—Que le conoció superficialmente, en términos de tiempo, claro, apenas dos semanas. Le dijo que era socio en una firma de inversiones que opera en la Bolsa de Madrid.

—¿Un agente de Bolsa? —pregunté extrañada.

—Eso dijo. No obstante, Zahan no le creyó.

—¿Ah, sí, y por qué, si puede saberse?

—Dice que era demasiado culto. «Conozco a los de Wall Street —me ha confesado—, viven vapuleados por el miedo al riesgo y el permanente estrés. No tienen tiempo para otra cosa que no sea correr y, por supuesto, no leen libros sobre arte o filosofía, como hacía Robert. En cuanto cuentan con un minuto libre, planifican una estrategia para aprovecharlo a tope».

—¿Robert?

—Dice que se presentó con ese nombre. Pese a que es más que probable que sea falso, lo estamos comprobando. No hay tantas agencias de valores como yo pensaba.

—¿Algo más, inspector?

—Señoría, debo decirle que me veo entrando por una vía muerta.

—Es posible que tenga razón, aunque también lo es que tengamos suerte. El mundo es siempre caprichoso y surrealista.

—¡Dios la oiga! Le llamaré si hay novedades. Y no se preocupe por Iturri, todo se andará.

Precedido por una enorme bolsa de plástico, Chocarro atravesó el jardín delantero y luego el vestíbulo, donde dedicó unos instantes a observar el antiguo mapa que colgaba de la pared: una carta náutica de Terranova y las Bermudas empleada por el almirantazgo inglés en el siglo XVIII. Emitiendo un suave sonido de aprobación, atravesó el umbral. Pese al estado de las cosas, me reconfortó ver aquel corpachón hasta el punto de experimentar un inesperado entusiasmo.

—¡Hermano Chocarro, qué alegría verle! Bienvenido a mi hogar; pase, por favor.

—Tiene usted una casa preciosa —manifestó, mirando en derredor.

Su habitual timidez había coloreado sus mejillas, pero cuando entró, una media sonrisa adornaba sus labios. Aquella mueca significó para mí lo que una ráfaga de aire fresco en un caliginoso día de agosto.

—Gracias. ¿Algún problema con el coche?

—Ninguno, señoría; un buen automóvil y un chófer simpático.

—¿Simpático? —repliqué extrañada.

Había enviado a Heliodoro a recogerle con un coche oficial.

Al ver mi cara de sorpresa, añadió:

—¡Sí, por supuesto! Hemos hablado de muchas cosas. ¿Sabe que es un virtuoso del violín?

—¿Ah, sí?

—Lo es. El caso es que su cara me resultaba familiar, pero no terminaba de saber por qué. Cuando me ha dicho que entra en clausura cada Semana Santa, he atado cabos.

Le mostré la dirección del salón con la mano y cerré la puerta de la calle. El sol ya estaba en lo alto, planeando sobre los altillos del cielo.

—He preparado bizcocho de manzana y helado de chocolate. ¿Le apetece?

—¡Helado de chocolate, qué rico! Hace siglos que no tomo esa clase de helado. Bueno, tanto como siglos no; pero lo menos han pasado cinco o seis años desde la última vez.

—¡Estupendo!, ahora le traigo un buen plato.

Me fijé en su mano y le dije:

—Hermano Chocarro, ¿quiere que le guarde esa bolsa?

Él miró hacia abajo y pareció extrañarse por lo que vio.

—¡Vaya, me había olvidado! Esto es para usted.

Levantó el paquete y me lo entregó:

—¿Qué es, hermano?

—Tomates de la huerta, en sazón.

—No tenía por qué haberse molestado... —comencé a decir, pero él no me lo permitió.

—¿Qué tal está su hijo?

—Dolorido, pero bien. ¿Quiere conocerle? Aunque sólo tiene diez años, adora las matemáticas. Sobre todo el cálculo mental.

—¡Entonces, conocerle será doblemente placentero!

Desde la cocina oía sus risas; parecían haber congeniado; aunque ¿quién no congenia con Fermín Chocarro? Dejando un buen trozo de bizcocho adornado con una bola de helado a Pablo, volví con Chocarro al salón. Se empeñó en llevar la bandeja.

Mientras él tomaba su helado, fui poniéndole al día, desgranando la historia sin omitir la última parte. No sé por qué se lo conté, pero lo hice, ocasionándole un sonrojo que me hizo dudar de la conveniencia de terminarla. Sin embargo, era necesario. Siempre hay un dato que tú consideras fútil y resulta, para otro, una llave maestra.

—¿Y dice que ha traído rastros de su perfume? —preguntó.

—Sí, rociamos uno de los pañuelos del difunto, y me lo traje.

—¿Podría olerlo, señorita? —pidió.

—¡Claro, para eso lo he traído!

Fui de inmediato en su busca. Al abrir la bolsa, Chocarro hizo un gesto de



dolor y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ése es el olor que impregnaba el templo aquel fatídico día, señoría! ¡Y ahora, el que se atrevió a robar a Dios está bajo tierra! Espero que le hayas perdonado, Señor.

—Yo también lo espero. ¿Está usted bien? —le pregunté.

Se le veía afectado.

—¡Sí, sí, señoría! ¿Qué me estaba diciendo?

—Le decía que es muy probable que Faustino Gorla fuera también asesinado. Sabemos que, pese a su declarado agnosticismo, estaba hospedado en Leyre en esa fecha y que aquella noche estuvo en el templo. Según el registro del hermano Daniel, se marchó la misma mañana de los hechos. Sin embargo, salvo lo indicado, no hay nada tangible que relacione a su posible asesino con el nuestro. El contraste entre un escenario de lujo y homosexualidad y otro de pobreza y abstinencia es demasiado fuerte, ¿no lo cree, hermano? —le pregunté, urgida por la fatalidad de hacer algo.

Me respondió de inmediato:

—Creo que está usted mezclando planos, señoría; eso despistará su entendimiento.

—Estoy mezclando planos... —respondí confundida.

—Sí, me temo que usted une el plano del asesino con el de sus víctimas. El modisto Gorla era homosexual y rico; nuestro abad y el arzobispo no eran ricos ni homosexuales; de acuerdo, parecen dos escenarios incompatibles. No obstante, lo importante estriba en la persona del asesino: ¿cómo es? ¿Cómo ve a sus víctimas? ¿Cómo se sitúa entre bastidores?

—Bueno, parece situarse en el primer escenario mucho más que en el segundo.

Chocarro negó con la cabeza.

—Señoría, según lo que me ha contado, infiero que carece de pruebas, por pequeñas que sean, de que su asesino sea homosexual.

—Bueno —me defendí—, resulta obvio...

—No, no resulta tan obvio. Creo que está dando por sentado algo no probado. Frecuentó ese local llamado Brothers, pero según los testigos acostumbraba marcharse antes de la orgía. Es cierto que hizo amistad con dos declarados homosexuales, que incluso llegaron a reñir por su causa, pero no

puede saber si intimó con ellos o, simplemente les siguió el juego. Dice que ambos eran muy ricos; quizá buscara alguna compensación económica...

—Peter Zahan testimonia que él también parecía adinerado y culto, aunque todo es posible.

—En todo caso, lo que me resulta más confuso es la estancia del modisto en el monasterio —dijo entreteniéndose en recoger un trozo de bizcocho que se le había caído.

Lo colocó cuidadosamente sobre el plato, y trató de seguir hablando, pero el ruido del teléfono le detuvo.

—¿Sí? —respondí.

—Lola, soy Ramiro... Estoy en el Anatómico...

—¡Es sábado! ¿Es que todos trabajáis los sábados? ¿Dónde están Chiqui y tus hijos?

—Me están esperando fuera, en los jardines. Ahora mismo me voy, pero antes tengo que decirte algo. He venido a comprobar una cosa y he encontrado un dato que puede cambiar tu investigación —apostilló.

Le dejé que hablara. Sólo cuando terminó, pregunté:

—¿Estás seguro de ambas cosas?

—Lo estoy, Lola. Sangre y piel comparten ADN, eso quiere decir que no pertenecen al abad, sino a su asesino.

—Pues sin saberlo, acabas de darme la razón, Ramiro.

—¿Es que lo esperabas?

—En realidad, no. Te lo contaré cuando te vea.

—Tengo tiempo —contestó esperando una explicación.

—¿Y tu familia?

—No te preocupes por eso ahora, cuéntamelo.

—De acuerdo. Sabes que fui con Iturri a Málaga para investigar la muerte, aparentemente accidental, de un hombre que se había hospedado en Leyre en los días anteriores a los hechos. Bueno, pues ha resultado ser otro asesinato.

—Lo sé, me lo ha contado Uranga; también me he enterado del contratiempo, aunque creo que el inspector Iturri está mejor.

—Lo está, gracias. Continúo: acabas de decirme que la sangre que has encontrado en la tapicería del coche propiedad del monasterio y la piel que el abad Urrutia tenía bajo las uñas tienen el mismo ADN, y, por tanto, llegas a la

conclusión de que esa sangre es la de nuestro asesino.

—En efecto.

—Me dices que has realizado la prueba de VIH y que ha resultado positiva; el tipo tiene SIDA.

—Afirmativo.

—Pues verás: el muerto de Málaga, un diseñador de prestigio, era homosexual y se le ha visto frecuentando un local *gay* de discutible reputación en compañía de otro hombre sin identificar. En la medida que homosexualidad y SIDA van de la mano, el dato que acabas de ofrecermé podría unir ambos escenarios y mostrarnos un único asesino.

—Sí, puede ser... En ese caso, te quedaría explicar qué hace un homosexual portador matando a monjes y obispos. Salvo que ellos se lo contagiaran. Aunque, obviamente eso es muy improbable.

Guardé silencio.

—¡Lola, que te veo venir! ¿No estarás insinuándome que realice también...?

—¡Por favor!

—¡Vale, como quieras! Haré la prueba a los dos cadáveres.

—Déjalo para el lunes. Este fin de semana descanso.

—¿No creerás que el obispo o el abad eran seropositivos?

—No, pero necesito comprobarlo.

—Sí, es lógico.

—Ramiro...

—Lo sé, Lola, no hace falta que me lo digas. Pondré códigos en vez de nombres antes de enviarlos al laboratorio...

Colgué y me quedé extasiada pensando en la nueva revelación. ¡Un asesino seropositivo! El pensamiento hizo que me invadiera una especie de vértigo, que me obligó a sentarme.

Me había olvidado completamente de que Chocarro permanecía muy callado en el sofá, con el plato que contenía los escasos restos del helado en la mano. Cuando reparé en él, noté que hacía esfuerzos para mantenerse sereno, pero no lo conseguía: se le caían las lágrimas y estaba visiblemente ruborizado.

—Señoría...

—Ya sé lo que va a decirme, hermano, pero tiene que comprender que debo agotar todas las vías, incluso las más repugnantes...

—Lo entiendo, naturalmente. En muchas ocasiones, la solución a una ecuación compleja resulta ser la más fea.

—Sí, hermano, pero este nuevo dato nos ofrece una ventaja: un VIH positivo podría relacionar los escenarios; al menos, como hipótesis de trabajo.

—Sin embargo, señoría, en mi sueño, el hombre de ojos verdes tenía dos caras. Una normal, hermosa y sonriente; otra viciosa y maligna. ¿Dónde está su primer rostro en esta historia?

—No lo sé... —dije con franqueza—. En realidad, le he llamado para que usted volviera a explicarme su sueño. Los ojos verdes ya han aparecido, pero los demás elementos no. ¡Si pudiéramos anticiparnos a sus movimientos!

Chocarro dejó vagar sus ojos por el techo, luego volvió a la taza.

—No puedo hacerlo, señoría; yo tampoco lo entiendo, pero estoy seguro de una cosa: un homosexual declarado no abandonaría necesariamente la cacería. ¿Por qué dejaba el local cuando empezaba el jolgorio?

—Quizá para evitar contagiar a otros con su enfermedad.

—Es posible, aunque yo no lo creo.

—¿Por qué? —repliqué.

—En ese caso, se habría encerrado en su casa o pasearía por algún bosque. No es lógico acudir a un local como ése y luego retirarse. Hay algo que a usted y a mí se nos escapa. La cara racional del problema; la que permitirá unir verdaderamente al abad Urrutia y al arzobispo Cañarte con un enfermo desquiciado.

—¡Estoy perdida, hermano! —dije levantándome y acercándome nuevamente a la ventana, como buscando en la luz alguna certeza—. La única pista por investigar es la lista de anticuarios que trabajan el libro. ¡Es inmensa, y no tengo más indicio para reconocer al asesino que sus ojos verdes y su grupo sanguíneo! ¿Debo de emitir órdenes para tomar muestras a 8231 personas censadas? El juzgado no puede permitirse ese gasto con una conexión tan feble. Además, podría no ser el propietario, sino un encargado, un empleado o, peor, un cliente.

—Entonces, señoría, espere. Casi siempre, las soluciones terminan saltando a la vista cuando se deja reposar el problema. Descanse, cuide de Pablo; es un gran chico. Y si me permite un consejo, olvide aquello. No lo piense más, o se enredará en unas redes extremadamente pegajosas.

Sabía a qué se refería; también que tenía razón, aunque algo dentro de mí quería seguir regodeándose en aquella extraña sensación.

—¿Podría conseguir una copia de las notas que el asesino envió? —solicitó Chocarro.

—Sí, por supuesto; le haré llegar la transcripción.

—¡No, no! Ya tengo la transcripción; querría ver su letra. Y, sobre todo, sus números. Sigo dándole vueltas al 3313...

—¡Es cierto! Con la noticia del VIH había olvidado el número. Ése era otro de los motivos para llamarle.

—¿Ha encontrado la respuesta, señorita?

—No, no he encontrado nada, pero querría compartir con usted mis reflexiones, si puede quedarse un poco más...

—¡Sí, claro, lo que usted necesite!

—Bien, veamos... El 3313 es un número primo.

—Así es, un bonito número primo...

—Usted me dijo que, desde el punto de vista de la Iglesia, el número primo representa a los iluminados, por decirlo de alguna manera; a aquellas gentes que emprenden determinadas acciones tocadas por el dedo de Dios. ¿Le entendí bien?

—Perfectamente, señorita.

—Sin embargo, también dijo que en matemáticas un número primo es un número especial... ¿Cómo era aquello? Sólo divisible por sí mismo y la unidad...

—Veo que aprendió bien la lección.

—Tuve buen maestro —le contesté—. ¿Sería correcto decir que ser divisible puede significar tener familia, genealogía? El número 12 desciende del 3 y del 4; el 4 del 2; y todos del 1.

—Sí, desde luego, ésa es una forma acertada de expresarlo. Ya veo por dónde va; y siguiendo su razonamiento podemos decir que un número primo no tiene familia, sólo se tiene a sí mismo y a la fuente común a todos los números: el 1.

—¡Sí, eso es! —dije alborozada, al ver que compartía mis reflexiones.

—Si denotamos a Dios por el 1, el origen de todo número, un número primo sólo debería dar cuentas a Dios y a sí mismo. No tiene familia, no se reproduce, es...

—¡Sí, sí, eso es! Es un homosexual. Es un número, deriva de la fuente de todos los números, pero no puede reproducirse, ni crear una genealogía.

—Señoría, el asesino se está definiendo como un número primo. 3313: un uno entre muchos tres.

—Sí —dije en otro ataque de vértigo—; hemos llegado por dos caminos distintos al mismo convencimiento. Pero la gran duda permanece: ¿qué relación hay entre el uno y los tres? ¿Qué hace un número primo entre dos eclesiásticos?

En ese momento, fue Chocarro quien se levantó y se puso a pasear por la habitación. Llevaba los brazos apoyados en su barriga, lo que hacía que se le ciñera aún más el hábito, mostrando su voluminoso cuerpo. Le miré con expectación, luego con algo de miedo. Sus gestos me indicaron que estaba sumido en reflexiones cada vez más oscuras. No sé cuánto tiempo pasó, pero se me hizo eterno. Por fin, volvió a sentarse.

—Lo hemos enfocado mal, señoría.

—Explíqueme por qué —le rogué.

—El abad Urrutia y el arzobispo Cañarte, a su modo, son también números primos.

—No le entiendo... Quiere usted decir que...

—Lo señalan los Santos Evangelios... Si no recuerdo mal, san Mateo, capítulo 19... «Hay eunucos que salieron así del vientre de su madre, a otros los hicieron los hombres, y hay quienes se hacen eunucos por el Reino de los Cielos. El que pueda con esto, que lo haga». ¿Lo ve, señoría? El abad y el arzobispo eran números primos por el Reino; a nuestro asesino parece que lo hicieron los hombres.

—Lo que dice tiene lógica, hermano Chocarro. ¿Cree usted que el primero de los mensajes podría referirse a la homosexualidad? Decía algo así: «para liberarse del pecado, el apóstol debe satisfacer; la pura justicia así lo exige...».

—Es un gran pecado, desde luego, pero no sé... Algo sigue sin cuadrar...

—En efecto —respondí—. Seguimos tan lejos de la explicación como lo estábamos antes. ¿Por qué les mató?

—Lo ignoro, señoría. Tenemos que seguir pensando. ¿Me facilitará fotografías de los mensajes? Mis sueños se unen mucho más a imágenes que a palabras.

—Lo haré, por supuesto. Es más, si lo desea, puedo mostrarle el original —

dije, recordando que en las películas americanas los médium insistían en tocar algún objeto del secuestrado.

—Creo que con las fotografía será suficiente. Señorita, ¿me permite volver a casa? Me estoy empezando a poner nervioso. No sé si mi sustituto cuidará bien de la sacristía. —Se detuvo unos instantes, y volviendo a sonrojarse se corrigió —: En realidad, sé que no soy indispensable, pero echo de menos el claustro. Hacía mucho que no salía.

—Le agradezco mucho que haya venido, ha sido de gran utilidad. Avisaré a Heliodoro para que le lleve de vuelta. ¿Me promete que seguirá pensando?

—Se lo prometo. Lo comentaré con el Señor.

—Gracias.

Eso fue lo único que fui capaz de pronunciar. La hondura de la fe de aquel hombre me sorprendía hasta causarme verdadera envidia. ¿Por qué yo tendría tantas dudas y él tan pocas? ¿Por qué su mente, mucho más brillante que la mía, había alcanzado un convencimiento que a mí me parecía tan pueril? Me quedé con ganas de preguntarle de dónde sacaba la fe. Pero conocía la respuesta; no estaba fuera, estaba dentro de mí.

—Hermano, ¿podría usted rezar por mí... y por mi familia?

—Ya lo hago, especialmente por usted. Y, desde hoy, por Pablo. ¿Puedo despedirme de él?

—¡Por supuesto!

Anduve el resto de la mañana ejerciendo de ama de casa. Recogí juguetes desordenados, quité el polvo a los muebles, puse una lavadora de color y preparé albóndigas acompañadas de una gran ensalada de tomates (naturalmente, procedentes de la huerta de Leyre). Pasaban algunos minutos de la una, cuando oí llegar el automóvil de Jaime. Abrí la puerta antes de que él empleara su llave.

Me sorprendió verle: estaba muy pálido y los ojos le brillaban como si estuviera enfermo.

—¿Te encuentras mal?

No me respondió. Le miré fijamente: en sus ojos leí tristeza y percibí sus muchos intentos para que el caudal de lágrimas no se derramara.

—¿Qué pasa, Jaime? ¿Qué ha ocurrido?

Me abrazó sin decir palabra.

—¿Qué te pasa? —repetí.

—Lo siento, Lolilla, de veras; a veces puedo ser tan bruto como un buey.

—¿Sentir? ¿Qué es lo que sientes?

—¿Qué es lo que siento? ¡Todo! Siento ser tan egoísta, siento estar obsesionado con mis investigaciones, siento no saber ponerme en tu pellejo. Pierdo la noción del tiempo, ¿sabes? Cuando estoy en el laboratorio es como si me quitaran el reloj y me dejaran suspendido en el espacio. Allí me pierdo.

—Bueno, eso no es nuevo —repliqué nerviosa—, y desde luego, no explica que vengas así.

—¡Desde luego que sí! Tan absorto estaba en mi mundo que he sido incapaz de calibrar los problemas con los que te enfrentabas. Cuando me han dado la noticia, me he dado cuenta de lo que hubiera podido pasarte.

—¿Noticia? ¿Qué noticia?

Jaime se quitó las gafas y se frotó los ojos. Luego, siempre en silencio, limpió los cristales con un pañuelo que sacó del bolsillo. Finalmente, me miró. Su rostro indicaba cansancio, pero tuve la sensación de que en su iris se reflejaba un punto negro, enfado, quizá desprecio.

—Se trata de Juan Iturri... —dijo.

—¿Iturri, qué le ha pasado? ¿Cómo no me han llamado?

—Lo han intentado, pero comunicabas. Como no han conseguido localizarte, me han telefoneado a mí.

Miré hacia la mesa baja del salón. En efecto, la lágrima verde brillaba en el aparato negro.

—Supongo que me habré olvidado de apagarlo después de hablar con Ramiro. ¡No me mires así, ya sé que soy un desastre con las líneas telefónicas! Olvida eso ahora, y dime de una vez qué ha pasado.

—Una inesperada subida de tensión y un fallo renal. La nuez moscada es una sustancia muy traicionera; su consumo consigue alterar la recaptación de ciertos neurotransmisores modificando sensiblemente la esfera emocional del usuario. Provoca temor, euforia, confusión y sentimientos de turbación, pero también aumenta el ritmo cardiaco y la presión arterial. El ejército norteamericano ha llegado a probar la especia como arma química.

Tragué saliva, antes de atreverme a preguntar:

—¿Ha... muerto?



—No, pero hasta hace una hora ha estado en estado crítico. He hablado con los médicos, son optimistas, aunque han sido unos momentos angustiosos. ¡Desde entonces, no dejo de pensar que podrías haber sido tú! ¡Me ha entrado una terrible angustia!

Entonces fui yo quien me abracé a él, pero inmediatamente volví a Iturri.

—¡Cuando me fui, los médicos dijeron que estaba fuera de peligro! —protesté—. Además, han pasado muchas horas.

—Con las drogas nunca se sabe. Además la nuez moscada es de efecto retardado... —y sujetándome por los hombros imploró—: Lolilla, has de prometerme que dejarás este expediente: te necesitamos en casa, ¡yo te necesito! Habla con Uranga, por favor, y déjalo.

—No puedo hacerlo, sabes que no puedo.

—¡Claro que puedes!

—¿Dejarías tú de ver a un paciente porque pudiera contagiarte su enfermedad?

—No, pero eso es diferente.

—No lo es. Tomaré las precauciones necesarias, pero no lo dejaré.

—Por favor, Lola... —me dijo muy serio.

—No te sienta bien esa cara de enfado supino, Jaime. Sabes que no puedo hacerlo. Dejémoslo ya.

—Vale, pues entonces te acompañaré. Ya lo he pensado, me tomaré unos días de vacaciones y seré tu guardaespaldas particular.

Le miré con asombro. Parecía hablar en serio.

—¡No seas tonto! —le dije con voz de agradecimiento—. No va a pasarme absolutamente nada, lo de Juan ha sido un simple accidente; nada relacionado con los asesinatos. Si hubiéramos estado allí por un caso de facturas falsas, habría ocurrido igualmente.

Por un instante, su rostro se volvió pétreo y su frente altiva. Me percaté de que algo más pasaba, pero lo atribuí al nuevo contratiempo. Me equivocaba. Tras unos instantes de silencio, me reprochó:

—No creo, Lola, que por un caso de facturas falsas hubieras aceptado asistir disfrazada de pelandusca a un espectáculo *gay*.

—Ya veo —dije molesta—; el problema no es la nuez moscada.

—No.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Y eso qué importa? Lo sé y punto. Y te diré que me gustaría que hubieras sido tú la que me lo contara.

—No tiene ninguna importancia quién te lo contara.

Me senté en el sofá, esperando que él me siguiera; pero se mantuvo en pie con la misma mirada inquisitiva.

—¿Qué quieres que te diga? —me defendí—. Cometí un error: no debí hacer caso a Iturri; sin embargo, me dejé convencer y entré con él en aquel sitio, buscando la pista perdida. El ansia de saber si estábamos ante otro asesinato me hizo abandonar la prudencia. ¿Qué puedo decirte? Que estoy aprendiendo, como casi siempre, por el método del gato que se escalda. Pese a todo, no creo que tenga que disculparme ante ti por ello.

—Son muchos años, Lolilla, muchos. Te conozco tanto que soy capaz de descifrar hasta lo que piensas. No voy a preguntarte nada; me imagino lo que pudo ser. Espero que no te dejaras involucrar; ése no es tu estilo.

—¿Quieres saber la verdad? —pregunté.

—Me gustaría.

—Ni siquiera merece la pena que hablemos de ello. ¿De qué serviría? No era más que un mercado de ganado; gentes extrañas bebiendo tristezas envueltas en papel de gozo. Estuvimos allí cerca de una hora; yo me mantuve en la barra todo el tiempo, mientras Iturri hablaba con unos y otros. No hubiera hecho falta que yo le acompañara, pero ya era demasiado tarde. He llegado al convencimiento de que fui porque sentía curiosidad. Me registraron en la entrada, ¿sabes?; me quitaron hasta la lima de uñas, como si fuera un criminal en potencia; me miraron; me calibraron. He de reconocer que aquel sitio me afectó; una sustancia pegajosa lo cubría todo. Me tomé una Coca-Cola. Iturri bebió coñac; coñac con nuez moscada, sin saberlo, y fue lo que pasó. ¿Tienes suficiente?

—Lolilla, no pretendía pedirte cuentas... Yo...

—Creo que ya lo sabes todo. Me afectó... No consigo despegarme de esas imágenes, de esos recuerdos... Yo no soy mejor que ellos, ¿sabes? No soy como tú te crees... No soy como tú... A veces, cuando recuerdo aquellas imágenes, pienso que he tenido suerte al caer en este ambiente, contigo y los niños... ¿Qué hubiera sido de mí si el destino hubiera sido otro? Muchas veces me siento sola. Me imagino cómo se sentirán ellos.

Me abrazó de nuevo. Esta vez fue su largo silencio el que pidió perdón... De improviso, se soltó:

—Lolilla...

—¿Sí?

—Te quiero; soy un mulo, pero te quiero. No lo olvides cuando andes por esos mundos de Dios.

—No lo haré, yo también te quiero. Pero ahora debo arrinconar el resto de las cosas y centrarme en el caso, ¿lo entiendes? Tengo que resolverlo. Y para ello necesito la cabeza despejada.

—Sí, hay que cazar a ese malnacido —dijo.

—Tendré que cazarle, y por lo que veo, sola. Anda, lávate las manos y comamos.

Mientras Jaime se alejaba, me acerqué a la ventana y la abrí. Por la abertura entró el sol exhalando su inclemente aliento, pero también el aroma del rosal cercano, una preciosa mata de pitiminí blanco. Como la vida misma, una de cal y otra de arena.

## X

Para mí, el lunes comenzó cuando los faros de un automóvil desconocido iluminaron la calle vacía y se colaron por las rendijas de la persiana de mi habitación. Su paso por el asfalto causó un ruido casi nimio, pero su luz me despertó. Miré el reloj de la mesilla. Eran las cinco y media. Con los párpados entornados, esperé a que el sueño volviese, pero ni siquiera se acercó. Al fin, dejé que mis ojos permanecieran abiertos mientras pensaba en lo ocurrido en los últimos días.

No pensé en Iturri. La tarde anterior había abandonado la cama de la UCI, lo habían instalado en una habitación del ala de medicina interna del hospital. Parecía muy recuperado cuando hablé con él por teléfono. No obstante, intuí que la procesión iba por dentro, porque no hizo mención al caso ni manifestó impaciencia alguna por reincorporarse a la investigación. Yo, naturalmente, omití cualquier referencia a los asesinatos y evité hablar del nerviosismo vivido en los últimos días. Días de vértigo, días extraños, días que te hacen apreciar de nuevo esa maravilla que tildamos con desprecio de normalidad.

«No hay nada más bello que lo nunca tenido», cantaba en mi juventud, imitando la rasgada voz de Serrat. Pero se equivocaba. Los recodos de la normalidad son aún más bellos, la misma esencia de la belleza está en ellos, aunque estén hechos de motas tan menudas que no puedan apreciarse.

La casa estaba en silencio y en penumbra, pero yo la percibía iluminada con aquella luz de estreno. Estaba en casa; ese sitio único al que siempre, ocurriera lo que ocurriera podía volver. Mi sitio, mi cueva, mi caparazón. Paredes blancas desgastadas por el roce; suelos fríos que pisar con calcetines viejos; olor a limón. El extraño color de la mancha del sofá, que nunca conseguimos quitar; la taza sin plato. Muebles que perdieron el brillo bajo el dulcísimo beso del sol,

afelpado o ardiente. Algarabía de voces, ruidos de vasos, la eterna gotera, el pequeño desorden que reina allí donde hay niños que sueñan. El tímido arbolillo de la entrada, medio muerto, medio vivo. Ellos, todos ellos. Jaime y yo.

Jaime. Sonreí al recordar su pícaro gesto al volver a su cama. No reproduciré lo que me dijo. Únicamente yo lo entiendo.

Nadie daba un duro por nosotros, ni nuestras familias ni nuestros amigos. «Sois demasiado distintos —insistían—. Un poco resulta divertido, ¡pero tanto! Tanto es sinónimo de fracaso». Acertaban en lo primero. Moreno y pelirroja; requeté y republicana. Tacones decididos y cómodos zapatos de suela de goma; la niebla y la cambiante silueta de la luna. La sensatez y la temeridad enfrentadas; el silencio y la barbulla. Sin embargo, ¡qué normalidad tan hermosa! Todo un lujo al alcance. Cuando esto ocurre, todo lo demás queda fuera.

Apoyada sobre el almohadón de algodón blanco, recordé en un instante lo que había ido olvidando con los años y las canas. Cómo mi madre frotaba las vueltas de las orejas con aquella esponja que rascaba hasta enrojecer la piel, así me quité yo la roña del alma, enfocada con el visor de trabajos y éxitos.

Así, rumiando el comienzo de mi antigua vida, debió de pillarme el sueño, porque lo siguiente que recuerdo fue el infernal ruido que manaba de la izquierda de mi cama.

Como una madre cualquiera, como lo que soy, me levanté de inmediato, desayuné tocando a rebato, corrí para dejar a los niños en el colegio a tiempo y aguardé turno en la consulta del médico hasta que la enfermera se dignó recibirme. En cuanto me quitaron los puntos de sutura de la frente, me encaminé al juzgado. Puntualmente, franqueé la puerta de doble hoja, y me encadené de nuevo a la rutina de una jornada de guardia.

—¡Se lo juro, señoría, yo no quería hacerlo!

Unos ojos teñidos de negro por el efecto de lágrimas y rímel me miraban tras unas feas gafas de pasta.

—Acercarse a una tienda con unas tenazas en la mano y que te pillen tratando de ejercitarte en la cadena que protege una chupa de cuero, indican claramente voluntariedad.

—Sí, eso no lo niego; pero es que me forzaron a hacerlo, señoría. Me dijeron

que si no cumplía sus órdenes no me admitirían en el grupo y, si no me admiten, ¿quién va a protegerme ahí dentro?

—¿Ahí dentro? ¿Te refieres al instituto?

—¿Qué otro sitio existe! —me dijo, lanzándome una mirada de reproche.

—Pues por cómo lo cuentas, parece que estuvieras hablando de la cárcel o de algo peor.

—Se nota que usted ha estudiado en un colegio de pago, señoría.

Guardé silencio mientras contemplaba a aquella rechoncha niña de quince años, disfrazada de perdida. Llevaba el pelo teñido de negro y cortado de forma tan desigual que parecía haber manejado la tijera su peor enemigo. La ropa — idéntica a la de la masa que aguardaba mi sentencia en la calle— le sentaba fatal, y estaba sucia. A aquella niña le faltaban veinte centímetros y le sobraban diez kilos; una combinación que le dejaba sin defensa en manos del diablo del instituto. Primero vendrían los robos, luego los porros, más tarde el sexo por obligación. A los dieciséis, el embarazo inesperado; luego, el aborto traumático.

No obstante, a juzgar por su expresión, la inculpada parecía haberse dado un buen susto. Era menor y delinquía por primera vez. Decidí asustarla aún más, sabiendo que cuando saliera con su primera amonestación seria, sus compañeros la recibirían como una heroína y ella vería el cielo abierto.

—¿Algo más, Gorka? —pregunté a mi secretario cuando terminamos con ella.

—Sí, señoría, y lo siento. Estoy pensando en dar por buena la hipótesis de su mal fario.

Me levanté de inmediato, temblando por fuera y por dentro.

—¿Otro asesinato?

—No, señoría, un accidente. Se ha encontrado un cuerpo, aún no saben si está vivo o es ya fiambre.

—¡Menos mal! —dije entre dientes—. ¿De quién se trata?

—Parece ser un excursionista que se ha caído por una sima. ¡Gracias a que llevaba una camisa de color chillón! Alguien le ha visto desde arriba y nos ha llamado. No es un sitio muy transitado.

—¿Dónde ha sido?

—En el monte El Perdón, tras los molinos de viento. Precisamente ha sido uno de los empleados de Gamesa quien ha avisado; estaba allí arriba revisando

la instalación cuando ha observado algo extraño.

—¿Han acudido ya los equipos de salvamento?

—Están allí en este momento, pero el acceso resulta difícil. Estiman que tardarán en alcanzar el repecho, donde está el cuerpo, otros quince o veinte minutos.

—Conforme, voy para allá.

—¿Quiere que llame a un chófer?

—No hace falta, está a un paso y me vendrá bien conducir; así me veré obligada a poner la cabeza en otro sitio. Escríbeme las indicaciones pertinentes, para que no me pierda.

«Aunque supongo que es casi imposible», pensé recordando la parafernalia que solía montar la policía en estos casos.

El día estaba cargado desde su origen, pero la amenaza de lluvia se consolidaba. Descargó cuando estaba en un paso de cebra esperando a que, por fin, atravesaran la calle dos señoras que lucían su palmito. Lo hacían muy despacio, como si todo el mundo debiera detenerse a contemplarlas.

Sin remordimiento por lo que habría de pagar en la tintorería, mantuve la ventana abierta y permití que el agua entrara en el coche. Quería despejarme.

Mientras iba de camino, tuve una premonición. Se me metió en la cabeza que lo que iba a encontrarme en aquel barranco estaba relacionado con el fatídico caso que llevaba. Era una tontería; lo sé, pero no podía quitármelo de la cabeza.

Nadie me prestó atención. Me metí debajo del paraguas y, como el resto de los congregados, observé las maniobras. En aquel momento, dos miembros del servicio de rescate de la Guardia Civil intentaban alcanzar al montañero siniestrado, pero la lluvia, lo escarpado del terreno y el viento, que se había levantado con la tormenta, lo impedían. Los bomberos trataban de ayudar, mas poco había que hacer, aparte de esperar.

Cerca de media hora después, uno de ellos consiguió alcanzar el cuerpo. Con una oleada de aplausos, los presentes tratamos de expresar el reconocimiento por la arriesgada labor. Yo me sumé a la algarabía general sin ningún pudor. Sin embargo, enseguida percibí que algo no iba bien.

—¿Está muerto? —preguntó el guardia que supervisaba desde la cima la operación.

—¿Muerto? —chillaron desde abajo—. ¡Es un puto muñeco! ¡Nos hemos

jugado la vida por rescatar a una mierda de plástico!

—¿Plástico? —replicaron desde arriba.

Rápidamente, empezaron los comentarios; una broma, basura fuera de sitio. Alguno insinuó que el muñeco podía haber sido olvidado tras el simulacro del año pasado.

Cuando todo el mundo había dado su parecer, me acerqué al que parecía capitanear aquello y me presenté.

—Señoría, como ha podido ver, sus servicios no van a ser necesarios. Gracias a Dios.

—Sí, gracias a Dios. Sus hombres se han portado bien.

—¡Malditos bromistas! —insistió.

Yo me abstuve de opinar y volví hasta el coche. Sacudí los restos de agua que destilaba el paraguas, lo cerré y me senté al volante. Estaba calada; opté por recogerme el pelo en una coleta para no poner perdida la tapicería.

«Al menos, mi premonición había resultado fallida —me dije—. Nada que temer; ¡me estoy volviendo paranoica!».

Conduje muy despacio. Con la lluvia, el estrecho camino de tierra se había convertido en un barrizal para el que mi utilitario no está preparado. Unos metros más adelante, observé un profundo socavón en medio del sendero. Pensando en la posibilidad de que una de las ruedas quedara obturada en él, opté por bordearlo por la derecha, donde nacía otro pequeño sendero que parecía ser un atajo. En el preciso momento en que me adentré por él, recibí un abrazo opresivo, sintiendo de inmediato el peso del miedo.

—¡Santo Dios! —chillé.

—Continúe por el sendero hasta que yo lo ordene —me susurró al oído, impregnando mis pituitarias de un intenso olor a perfume.

Su voz era suave, casi angelical, aunque pronto notaría que entonaba una estudiada melodía fúnebre.

Lo primero que se me ocurrió fue volver la cabeza para enfrentarme a mi agresor, agazapado a mi espalda como una serpiente. Pero, al intentarlo, el brazo que me había rodeado se tensó para impedírmelo, permitiéndome ver el brillo del metal. Aquel hombre blandía con destreza de cazador un enorme cuchillo de sierra. Si en el primer instante me invadió la perplejidad, aquella luz metálica hizo crecer en mi interior un profundo miedo, un pánico extremo que nunca



hasta ese momento había vivido, ni he vivido después.

Traté con todas mis fuerzas de zafarme de aquel brazo. Sólo logré que la presión subiera de grado hasta casi cortarme la respiración. Sin mostrar enfado, la misma pacífica voz ordenó:

—Mantenga los ojos en el camino, ¿de acuerdo? No queremos tener un accidente, ¿verdad?

Dispuesta a disimular para salvar el pellejo, no opuse más resistencia física e intenté conducir sin abandonar las lindes del sendero; sin embargo, pregunté:

—¿Quién es usted, qué quiere?

Desde detrás de mi nuca, abultada por el pelo recogido en una coleta, emergió de nuevo su voz:

—¿Conoce Budapest, señorita?

Helada por la sorpresa, no respondí. Mi silencio no se debió tanto a que mencionara una lejana ciudad cuyo nombre no venía a cuento, cuanto a que empleara el tratamiento. Aquel hombre había dicho «señorita», y eso lo cambiaba todo... a peor. Con esa palabra, me había indicado que no era un vulgar ladrón a la caza de unos euros y alguna joya de valor. Venía a por mí... y yo sabía quién era: olía a Esencia de Loewe.

Iba a protestar de nuevo, pero temí que mi insistencia diera pábulo a una nueva locura. Él siguió intentando que hablara.

—Veo que no conoce esa ciudad, ¡qué lastima! Nos hubiéramos entendido mejor. Dicen que tiene usted buena labia y mejores entendederas.

Resultaba obvio que aquel tipo me conocía. No servía de nada guardar silencio; haría lo que hubiera venido a hacer. Por ello, contesté airada:

—¿Entendederas? ¿Debo entender que me está reteniendo contra mi voluntad para explicarme dónde está Budapest? ¡Haga el favor de...!

Su voz cambió de timbre y aumentó la presión.

—No haga tonterías, señorita. Esto no es su juzgado; aquí no está en posición de negociar —me susurró al oído, mientras me enseñaba regodeándose el enorme y reluciente cuchillo de caza.

Al percibir el movimiento del metal, me oriné. Él no pareció darse cuenta y siguió hablando de aquella ciudad, pero yo noté abochornada cómo el calor se extendía por mi falda beige y luego, con menos brío, por mis piernas hasta colarse en uno de mis zapatos. Aquel acto de miedo, lejos de amilanarme, me

enardeció. Quizá me matara, pero no estaba dispuesta a que me denigrara de esa manera.

Mientras notaba cómo el líquido se enfriaba al contacto con la temperatura ambiente, me inundaron un montón de preguntas. Curiosamente, poco tenían que ver con el cuchillo o con el asaltante. En aquellos momentos, pensaba en mi familia. ¿Por qué había perdido el tiempo de aquella manera? ¿Por qué había despreciado el don de la paz, discutiendo por tonterías? ¿Por qué no le había dado a Jaime un último beso antes de salir? ¿Por qué mi firma no decoraba aún la escayola de Pablo? ¿Por qué no había buscado a Dios? Convencida de que aquel hombre me había cazado para degollarme, mi mente se aferraba a un único pensamiento: ¡en qué cantidad de estupideces había malgastado mi vida, una vida que inexorablemente se agotaba! «Dios, seas quien seas, ¿querrás perdonarme?». ».

Mi agresor interrumpió el idilio que mantenía con mi alma, clara por una vez, hablándome de aquella maldita ciudad.

—Yo estuve allí hace unos meses, ¿sabe? Descubrí espantado que el Danubio no es azul. ¿Se lo imagina?

No le contesté. Crecía en mi interior un sentimiento de satisfacción. Había perdido mucho, pero ¡cuánto había ganado! Él no pareció ofenderse por mi indiferencia.

—¡Por todos los santos, el Danubio azul no es azul! Si no ha visitado la ciudad, tendrá que creerme: le aseguro que el mítico río no tiene ese color. Es más, resulta casi idéntico a todos los ríos que conozco: cauce sucio y peligroso, mal olor, basura... ¿Y qué decir de la ciudad? Como en el cauce, los años de comunismo han dejado huella. Presenta un aspecto mugriento y sombrío. Me alegré de abandonar aquel denso olor a roña y excrementos... y, por supuesto, me complació zafarme de aquella multitud de manos pedigüeñas, tozudas como mosquitos noctámbulos. Hasta las partes más nobles de la villa han perdido la belleza y elegancia de la legendaria reina Sissí.

—De acuerdo, lo admito —accedí—, el Danubio es marrón y Hungría está sucia y descuidada. ¿Puede decirme ahora qué tiene eso que ver conmigo? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me retiene?

Entonces fue él quien repudió mi pregunta y continuó con su relato.

—El Danubio fue mi primera decepción, ¿sabe?, pero no es la única ni la

más dolorosa. Usted también me está decepcionando.

Con aquella afirmación, la veda pareció abrirse. Iba a enterarme finalmente del motivo de mi muerte.

—¿Yo estoy decepcionándole? ¿Por qué? ¿Quién es usted? Le aseguro que si ha habido algún error judicial trataré de subsanarlo... también los jueces nos equivocamos. Pero ha de saber que ésta no es la forma idónea. Reteniéndome, únicamente conseguirá agrandar sus penas.

Ignorándome, mi agresor siguió hablando con voz suave y tranquila, sin dejar un instante de apretar el cuchillo en mi cuello. No podía verle el rostro, pero identifiqué de inmediato el hábito marrón y también su voz: era el falso artificiero.

—La noche en que ella murió, el temporal comenzaba a remitir. Fue ese jueves cuando cayó sobre Navarra la última gran nevada del año. La espesa capa blanca que vestía las calles desde el comienzo de la semana engrosó aquella noche hasta alcanzar los 40 centímetros; luego, bruscamente, dejó de nevar. ¿Se imagina el paisaje, señoría? ¡Por supuesto que sí! Hostigadas por el peso de los copos, las ramas de los árboles se encorvarían. Algunas no podían aguantarlo y se rendían, cayendo a tierra, para ser inmediatamente cubiertas por la nivea manta. Aprisionada en las tuberías, el agua se retorcería hinchada y confusa; los vagabundos, muy quietos, celarían sus cuerpos tras mantas y cartones, llenándose de vino las entrañas para sobrellevar el perfume polar. ¿Me sigue, jueza MacHor?

Al oír mi nombre me estremecí, pero le seguí la corriente. Claramente aquel hombre había venido a por mí.

—Mientras la nevada arrastraba al Arga hasta el punto de congelación, su rostro fue perdiendo el color y contagiándose de la frialdad de la noche. Los coquetos visillos blancos que ella había realzado con un festón rosa encubrieron su cadáver; la ventana de doble cristal y los ruidos de una televisión cercana silenciaron los violentos espasmos que precedieron a la llamada de la muerte.

—¿De quién me habla? —pregunté sin obtener respuesta.

Él continuó su relato sin inmutarse. Estaba claro que quería contarme algo, pero ¿qué? ¿A qué venía narrarme esa nevada?

—El viernes venció el sol. Trabajando a destajo, las máquinas quitanieves lograron que la villa recuperara poco a poco el flujo de sus arterias. Hubo que

esperar a que toneladas de sal vencieran al hielo para caminar sobre las aceras de nuevo. Hasta el domingo la población no pudo enfrascarse nuevamente en sus añoradas rutinas. Entonces la encontraron. Su cuerpo se balanceaba entre el techo y el suelo de su céntrico apartamento, oliendo a podrido, bañado en sus propias heces. Por lo que veo, eso lo entiende usted bien.

Reconozco que me avergoncé enormemente, pero enseguida me invadió una terrible rabia.

—¿Qué quiere? ¡Dígame qué quiere!

—La juez que instruyó el caso dio orden de retirar el cadáver esa misma tarde, cuando sonaban las campanas de la iglesia de San Andrés llamando a misa de siete, oficio al que ella acudía diariamente desde hacía veinte años.

—¡Dígame qué quiere!

—¡Que haga su trabajo, maldita sea! ¡Detenga usted al demonio!

—¿Yo? ¡Es usted quien debiera hacerlo! ¿Por qué no se detiene? —dije temblando.

Era posible que, al culparle, me convirtiera en su cuarta víctima.

—¡Lo ve, no comprende usted nada! ¡Yo no soy el asesino, sólo soy el verdugo! ¡Busque a Satanás; está dentro, su humo mezquino se coló por las rendijas del templo invadiéndolo todo! ¿Es que no alcanza a descifrar que el diablo viste de clérigo?

—¡No, no lo entiendo; necesito que me lo explique! ¿De quién me habla?

—Le hablo de Satanás. Tiene cara dulce y voz melosa, pero no es sino el diablo.

—¿Y eso qué tiene que ver con esa mujer que se ahorcó?

Ésas fueron mis últimas palabras. Un fuerte golpe en la cabeza me hizo perder la conciencia.

Cuando abrí los ojos era casi de noche y había dejado de llover. Sentí un miedo atroz. Me mantuve unos segundos quieta, casi sin respirar, por si él seguía allí. Cuando confirmé que estaba sola, intenté moverme. Lo conseguí sin problema alguno. Seguía sentada en el asiento del conductor de mi pequeño Ford como si nada hubiera ocurrido. Me palpé la ropa, estaba mojada. Sentía frío y tenía la vista borrosa; la cabeza me latía como si fuera el corazón. Busqué el bolso. Lo encontré enseguida, estaba sobre el asiento del copiloto, exactamente

donde lo había dejado. Localicé el móvil. Bendije al ángel que lo había puesto a cargar y llamé a casa. Curiosamente, lo cogió Jaime. Me eché a llorar en cuanto oí su voz.

—Lolilla, ¿qué te pasa, dónde estás? ¡Llevamos horas buscándote!

Yo no conseguía dejar de sollozar.

—Lolilla, tranquilízate. Sólo dime dónde estás e iré volando a buscarte.

—No te di un beso...

—¿Cómo dices?

—Esta mañana, Jaime... Iba con prisas, y no te di un beso... ¡Lo siento!

—No te preocupes por eso ahora; en cuanto te recoja dejaré que te resarzas.

En aquel momento, oyendo el característico humor de mi marido, fui consciente de que el futuro había vuelto. Tenía ante mí una segunda oportunidad para ser feliz, para ser cabal, para ser lista. Nuevamente saltaba la chispa, y ya nadie, ni siquiera yo misma, iba a evitar que me consumiera en el fuego de la verdadera pasión, la que pervivía a los pies de la muerte.

—Jaime, tengo que confesarme.

—Vale, buscaré un cura benévolo, pero, por lo que más quieras, Lolilla, ¡dime dónde estás!

—No lo sé; creo que en algún lugar cerca de El Perdón, en un sendero abandonado.

—¿Estás en el coche?

—Sí, en el coche.

—¿Puedes moverte?

—Sí, al menos los brazos. He cogido el móvil.

—Inténtalo con las piernas.

Lo hice, todo parecía estar bien. Sin embargo, no tardé mucho en percibir la sangre; me llenaba la camisa y llegaba hasta la falda. Eso me asustó y rompí de nuevo a llorar.

—¡Hay mucha sangre; Jaime, ven por favor!

—¿Estás mareada? ¿Respiras bien?

—Todo está borroso y oscuro. ¡Ven, por favor, estoy asustada!

—De acuerdo, y haz lo que te digo. Pon el seguro y no abandones el coche bajo ningún concepto. Iré a recogerte con una ambulancia. ¡Sólo cinco minutos, no tardaré más de cinco o diez minutos! Quiero que pienses en mí y en los niños.

¡Y quiero que cantes!

—¿Qué?

—No sé... Ahora no se me ocurre... ¡Sí, ya está, Serrat! Quiero que cantes a Serrat; yo voy a colgar un momento y luego te...

—¡No, no me cuelgues!

—Vale, tranquila, no lo haré. Te dejo con Pablo, cuéntale cómo estás. Quiero que sigas hablando, ¿vale? Yo, mientras tanto, pediré la ambulancia. Tienes batería, te cargué el móvil anoche, de forma que no habrá problema. No te colgaré, ahora cántale a Pablo lo que tú y yo cantábamos cuando teníamos más pelo y menos kilos. ¿Vale?

Cada vez más mareada, canté a Machado con la voz de Serrat, y a Serrat con la mía. Volaron mis canciones para Lucía, queriendo que fuera Jaime, la más bella historia de amor que tuve y tendré. Canté para no buscar nunca una luna nueva o un sol más brillante. Canté sin parar, porque cuando no cantaba, cantaba él, con su desafinada y apaciguadora voz de médico de almas. Cuando por fin su voz se convirtió en rostro, me desmayé.

## XI

—¡Busca otro juez, Gabriel! Lola ésta de baja —sentenciaba Jaime.

Gabriel Uranga le observaba en silencio. Su gesto evidenciaba los sentimientos encontrados que aquello le producía, pero yo sabía que, en su calidad de presidente del Tribunal Superior, no podía regirse por los sentimientos.

—Conforme, Jaime. Quiero tanto como tú que se recupere. Pero necesitamos saber qué pasó, para que la policía investigue.

—¡Ni hablar! ¿Es que no te das cuenta? ¡Iturri está en el hospital y Lola...! ¡A Lola ese malnacido le ha colocado un cuchillo de caza en la yugular! ¿Has visto el coche?

—Lo sé, pero los asesinatos...

No le dejó terminar.

—No quiero que me interpretes mal, Gabriel. Profeso un enorme respeto por la Iglesia y los eclesiásticos asesinados, pero ya están muertos y Lola está viva. No voy a arriesgarme a perderla. ¡Ni hablar! ¿Pondrías tú en peligro a Beatriz?

—Nadie va a poner a tu esposa en peligro, pero tengo que saber qué pasó. Ha habido novedades que...

—¡Ves, a eso es a lo que me refiero! ¡Vas a contarle las novedades y ella se va a levantar de la cama para ir tras él!

—Pero Jaime, sé razonable...

—¿Quieres los datos? ¡De acuerdo, que te los escriba!

En aquel momento intervine. Tras otros cinco puntos de sutura, esta vez en la cabeza, y dos concentrados de hematíes para compensar la hemorragia, me encontraba razonablemente bien. Curiosamente, no tenía miedo, sólo una gran rabia interior.

—Jaime, tengo que hablar con Gabriel. No me voy a mover de aquí, te lo prometo, pero debo conocer las novedades. Hay que atraparle antes de que mate a alguien más, quizás a mí. Creo que organizó lo del maniquí en aquella sima para cogerme. Si lo ha hecho una vez, puede volver a hacerlo. Quitarme de en medio no significa que no me busque... y me encuentre. Pediré protección — dije, con el ánimo de ofrecer a Jaime una salida airosa, aunque sabía fehacientemente que nada disuade a un loco.

—Mi argumento pareció convencerle y dejó de protestar. Pero no era suficiente.

—¿Podrías traerme un café, Jaime? Seguro que en la cafetería tienen vasos de plástico.

—Sería mejor un vaso de leche...

—Lo que quieras —acepté, mirándole con cariño cuando abandonó la habitación.

—Lo siento, Gabriel, ya le conoces...

—Soy yo quien lo siento, sobre todo, porque tiene razón: te has expuesto innecesariamente.

—No te preocupes. Además, no he sido yo; recuerda que él ha venido a buscarme. Cuéntame qué novedades hay.

—No, primero tú; con detalle.

—No hay mucho que contar. Me esperaba agazapado en el coche. Estaba sentado detrás de mí y me hablaba como si me conociera. Vestía un hábito marrón y llevaba guantes. Estoy casi segura de que su voz era la del falso artificiero que colocó la bomba destinada al nuncio. Me habló de un caso de suicidio: una mujer. Dijo que había sido el día después de una gran nevada, pero no citó el año. Me dijo que una juez levantó el cadáver. Somos ya muchas las mujeres que ejercemos en este juzgado, pero yo no recuerdo ninguna gran nevada ni ningún cadáver. ¡Si lo hubiera instruido yo, estoy segura de que me acordaría! Le pregunté qué quería. Dijo que se había visto obligado a buscarme porque yo no hacía bien mi trabajo.

—¿Cómo dices?

—Dijo que debía detener al asesino.

—¿Detener al asesino? Pero ¿no es él?

—Eso mismo pregunté yo. Contestó que él sólo era el verdugo; los asesinos estaban por encima de él.



—Buscaremos en las hemerotecas las nevadas y en el archivo del juzgado los suicidios. Quizás encontremos algo que explique la relación.

—Sí, es posible...

Me quedé unos segundos ensimismada. Acababa de recordar algo.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien... Es que acabo de recordar algo que mencionó...

—¿Qué fue?

—Es una tontería, y no tiene nada que ver con lo que dijo luego...

—No te preocupes, cuéntamelo.

—Habló del Danubio...

—¿Del río?

—Sí, dijo que no era azul; que ésa había sido su primera decepción. Luego habló de la ciudad, Budapest, dijo que estaba vieja y olía mal. Lo recuerdo porque... —me detuve azorada y miré a Gabriel.

No quería hablarle de mis propios orines.

Entonces me di cuenta de que Gabriel perdía el color. Una extraña desazón pareció extenderse por todo su cuerpo.

—Dime qué ocurre —inquirí.

—Noticias de Budapest.

—No te entiendo.

—La Interpol ha comunicado el hallazgo de otro cadáver. Un asesinato; lo han identificado como Xavier Mezquíriz, natural de Pamplona.

—¿Y ése quién es? El apellido me resulta vagamente familiar, pero... ¡Tengo la cabeza fatal!

—Está en el expediente, se trata del joven prosélito de Leyre...

—¿Quién?

No me acordaba de ningún prosélito.

—Aquel novicio del monasterio que abandonó su vocación en pocas semanas... El que andabais buscando.

—¡Santo Dios! ¿También ha sido nuestro asesino?

—Me temo que sí. La policía húngara parece haber reconstruido la escena. Xavier Mezquíriz llegó a Budapest en avión, procedente de Madrid, el día 15, y se instaló de inmediato en un hotel demasiado lujoso para su bolsillo. Aquella noche, pidió que le subieran a la habitación caviar, champaña y compañía,

masculina para más señas.

—¡Otro homosexual! —musité.

—Sí, eso parece. A la mañana siguiente, compró en la recepción del hotel un tique para Budapest Tour, un autobús turístico que muestra las bellezas de la ciudad. Le recogieron en el mismo hotel. La guía recuerda haberle visto subir al autobús, solo. Se colocó en la última fila, junto a una de las ventanillas. En otra de las paradas regladas, subió otro hombre, que la guía calificó de *boccato di cardinale*. Por ello, tras cobrarle el pasaje, se dio la vuelta y le siguió con la mirada. Había bastantes plazas desocupadas en el autobús, pero el apuesto caballero recorrió íntegramente el pasillo, y se fue a sentar en la última fila, junto a nuestro hombre. En opinión de la guía, no se conocían: no se saludaron, ni intercambiaron frase alguna mientras ella miraba. No obstante, la guía también admite que no volvió a fijarse en ellos. Al llegar a la plaza de Los Héroes, el autobús paró y todos bajaron para contemplar el obelisco y las imponentes estatuas a caballo de los antiguos reyes magiares; bueno, todos menos Xavier Mezquíriz, que quedó tirado en el suelo del autobús, oculto entre dos asientos, sin que nadie se diera cuenta. No podía moverse, estaba muerto, o tal vez moribundo: sobredosis de heroína. La guía dice que, tras esa parada, el «guapo» no volvió a subir al autobús. A Xavier Mezquíriz no le encontraron hasta el día siguiente, cuando un turista quiso sacar una foto y se desplazó al fondo del autobús. Están analizando su ordenador; creen que pudieron ponerse en contacto a través de la red.

Tras el relato, Gabriel sacudió la cabeza en señal de disgusto. Ambos permanecimos callados unos segundos, maldiciendo en silencio a aquel desalmado que sembraba el mundo de cadáveres. Los cuerpos se agolpaban en la puerta: cuatro asesinatos y otro en grado de tentativa. La sangre me hervía en la cabeza. No tenía ni idea de cómo proceder.

Todas las pistas estaban resultando fallidas. Sabíamos que un tipo de ojos verdes con VIH positivo mataba a curas y a sus posibles cómplices, ambos homosexuales, pero desconocíamos quién era y, sobre todo, no sabíamos por qué lo hacía, lo que nos negaba sistemáticamente la posibilidad de entenderle y, por tanto, cogerle. Me había llamado incompetente, y lo era: no conseguía detenerle. Él iba siempre delante y yo me limitaba a dar la orden de levantamiento de sus cadáveres.

—¿Crees que busca que le cojamos? —me preguntó Gabriel.

Lo pensé unos segundos.

—Sí, eso parece. Ha dicho que le estaba decepcionando, aunque también ha dicho que él no era el asesino sino el verdugo. ¿A qué se referiría?

—No tengo ni idea.

—Sólo nos queda por investigar la lista de anticuarios —me quejé—. Por cierto, hablando de anticuarios, ¿hemos sabido algo nuevo del famoso relicario y de las cuentas del arzobispado?

—Sí, también hay novedades en eso —contestó torciendo el gesto.

—Por tu cara diría que tenebrosas.

—Bueno, es la condición humana. Hemos descubierto que el administrador apostólico fallecido era un ludópata, aunque nadie lo sabía.

—¿Cómo es posible?

—Se enganchó apostando por Internet. La web es un paraíso para quien desea mantener el anonimato. Sea como fuere, el administrador había acumulado bastantes deudas de juego. Cuando uno de sus pagos resultó fallido, fueron a buscarle. Al parecer, le rompieron una pierna y amenazaron con matarle. Pidió un préstamo a un anticuario ofreciendo como garantía alguno de los bienes del museo. Ya te imaginas cuál escogieron...

—¿Y qué tenía que ver el arzobispo en esa trama?

—El arzobispo se enteró de la maniobra a toro pasado, pero no pudo hacer mucho al respecto. Lo que creemos, es que se comprometió a reunir el importe de la deuda, 120.000 euros, en menos de seis meses. En ese caso, le sería devuelto el relicario y nadie se enteraría de nada.

—Pero no lo hizo.

—No lo sabemos exactamente, Lola. Es posible que aún no se hubiera cumplido el tiempo; o es posible que no la pagara porque no consiguió reunir la cantidad.

—¡Pero él era rico!

—Sí, pero era su dinero, no el de la Iglesia.

—En fin, condición humana, como decías; lo que está claro es que mi única baza sigue siendo la lista de anticuarios. ¡Ha de encontrarse entre ellos!

—No te olvides de la nieve. Pocas nevadas han helado las tuberías últimamente. Además te dijo que era jueves. Llamaré al *Diario de Navarra*,

supongo que lo localizarán enseguida en su hemeroteca.

En aquel momento entró Jaime con mi vaso de leche. Gabriel Uranga aprovechó para escabullirse.

## XII

Tras años de rondar sus calles y plazas, he llegado a convencerme de que en Navarra reina algún hado antojadizo que, como las deidades ancestrales, acostumbra mostrar el poder sobre sus súbditos maldiciendo los elementos. El de Navarra goza confundiendo sus estaciones, y amenazando a los pacíficos habitantes con truenos y sequías. Fruto de ese irrefrenable capricho, aquí por la mañana entra la luz por las bóvedas, y por la tarde lo hace el granizo. Lluve un día frío y, al siguiente, las plantas se cuecen al vapor. Sin camisa por la tarde, con manta por la noche y merendando niebla.

En aquellos momentos, tenía sobrada noticia de ello; no obstante, al ver los resultados de aquel estudio retrospectivo, me extrañé: no tenía noticia de que también la nieve se incluía en el catálogo.

En los últimos años, había nevado mucho en Navarra. Naturalmente, la zona pirenaica se llevaba la palma, aunque no era la única. El centro meteorológico foral fue muy diligente, nos envió, en poco más de 24 horas, un voluminoso archivo informático con los datos solicitados. Sus informes eran sencillos y aparecían clasificados por zonas geográficas. En cada parte, se detallaban los días de precipitación, se ofrecía una estimación de las cantidades caídas y se reseñaban sucintamente los problemas que la nieve había ocasionado a la población. Como el asesino no había concretado el lugar del que hablaba, nos vimos obligados a procesar los datos de todas las poblaciones del reino. Sin embargo, consciente o inconscientemente, él había mencionado el jueves. Empleamos esa clave para facilitar el trabajo. Si me había ofrecido voluntariamente esa referencia, no teníamos razón para pensar que deseara engañarnos.

La última década contaba con el martes como día más frecuente de nevadas

copiosas, seguido del domingo. La caprichosa divinidad navarra sólo se había expresado en furiosos modos dos jueves, ambos en febrero. El primero en 1996 y el segundo, en el 98.

Amenazando con otra prolongada baja laboral, a consecuencia del efecto nocivo del polvo en sus pulmones, Gorka exhumó del cementerio del juzgado los expedientes correspondientes a aquellas fechas: tres docenas en total. Aunque sabíamos que, empezara por donde empezara, el expediente buscado siempre sería el último, tras pensarlo un poco, decidimos comenzar por la fecha más cercana. Nada, de modo que continuamos examinando la carpeta correspondiente al jueves 22 de febrero de 1996.

Fue Gorka quien lo encontró.

—¡Señoría, tiene que ver esto! —me dijo, dejando sobre mi mesa un expediente que contenía poco más de una docena de páginas y algunas fotografías.

—¿Qué es? ¿Un suicidio?

—Así es; otro suicidio, el tercero que encuentro entre los expedientes. Pero en los dos anteriores, el *afectado* era un hombre, mientras que en éste es una mujer: Mónica Mugarra Garciandía.

Sin apenas dejarme observarlo, cogió la cabecera del documento y leyó en voz alta:

—«Expediente 3245-C-96.22.02: Mónica Mugarra Garciandía, natural de Mendigorría, Navarra, cuarenta y ocho años, domiciliada en Pamplona, barrio de La Rochapea...».

—Un momento, Gorka —dije sorprendida—. ¿Has dicho que es natural de Mendigorría?

—Sí, eso pone aquí —me confirmó—. ¿No es allí dónde se encontraron los cadáveres?

—En efecto, allí se encontraron —dije.

—¡Va a tener usted razón, señoría! No sólo la escena del crimen había sido preparada con meticulosidad, sino que hasta el mismo sitio fue expresamente escogido.

—¿Y dice que se llamaba Mónica?

—Sí, Mónica Mugarra Garciandía.

—El nombre me resulta vagamente familiar... En fin, sigue, por favor... —

le supliqué algo nerviosa, cerrando los ojos para concentrarme en sus palabras.

Mientras oía el aséptico relato del secretario judicial, traté de sintonizar con aquella mujer desconocida que parecía ser la clave para resolver lo que los periódicos llamaban «los crímenes del número primo». Cada palabra incrementaba la familiaridad con el caso. Era extraño, si hubiera sido yo quien hubiera llevado el expediente, me acordaría. Una no levanta cadáveres todos los días; por tanto, no había sido yo. Sin embargo, aquellos hechos se me antojaban demasiado próximos para estar oyéndolos por primera vez. Decidí dejar de pensar en ello y tratar de ponerme en el pellejo de aquella desgraciada mujer.

Había nevado tan copiosamente aquellos días que todo el mundo permaneció encerrado en sus casas. Por ese motivo, el cadáver de Mónica Mugarra no había sido encontrado hasta 36 horas después de su muerte. A sus compañeras de beatería se debió la alarma. Mónica oía dos misas diarias, era miembro destacado de la Adoración Nocturna, y dirigía personalmente el rezo del santo rosario. Los domingos por la mañana, temprano, a eso de las nueve, tenía por costumbre acudir a retocar los centros de flores de la iglesia con el fin de disponerlos convenientemente para la solemnidad de la misa mayor.

«De entre todas nosotras —habían narrado más tarde sus compañeras—, Mónica era la que mejor mano tenía». Por ello, la esperaron. Pasado el temporal, no había razón para que faltara a sus obligaciones. Como se retrasaba, intentaron hablar con ella, pero las múltiples llamadas no recibieron contestación, así que telefonaron a la policía. «Algo extremadamente grave debe de haberle pasado», dijeron, insistiendo tozudamente hasta que, rendidas a la lógica o la fatiga, las autoridades las escucharon.

Con gran expectación del vecindario, decenas de ojos se arremolinaron en el descansillo y observaron estupefactos cómo, con una simple tarjeta de crédito, los agentes de la policía municipal abrían el domicilio de la inquilina del 3º A. La puerta del dormitorio requirió el empleo de una maza, estaba atrancada.

La encontraron allí, junto a la cama, con la cabeza rasurada y la boca grotescamente abierta. Vestía una túnica marrón carmelita; los botones y el cíngulo estaban tintados en color morado. Con este último, se había colgado del cuello hasta morir.

Durante semanas, nadie en el vecindario habló de otra cosa. Tras los rumores, llegaron las hipótesis. Emergían por doquier, desde los locales en los

bajos, hasta el piso del portero, situado en una inhóspita zona de la azotea. Ninguna, sin embargo, ofreció explicaciones razonables. Mónica era una mujer corriente, ni guapa ni fea, ni sobrada ni hambrienta. Por supuesto que se destacaba en ella su puritanismo, pero no por ello era una integrista. No había datos para preocuparse. Era, simplemente, una beata de gesto distante.

Cerré los ojos un momento, concentrándome en aquella mujer. Un suicido exhibe siempre un gran fracaso. Romper con la vida implica aceptar que te ha vencido, que ha sido más fuerte que tú. Pero para las personas con fe, ese tipo de inmolación resulta devastador no tanto porque indica ruptura con este mundo, cuanto porque excluye al suicida del cielo. ¿Por qué se suicida alguien tan religioso como Mónica Mugarra? Algo muy grave debió de pasar; tan grave que le hizo perder la razón e ir contra lo que siempre había creído. Volví al expediente, allí debería estar la clave.

Muchos de los testimonios recabados en la escalera del edificio recalaban en el único hijo de la suicida, quien, siguiendo los pasos de su madre, había ingresado en un monasterio. Mónica hablaba mucho de él, siempre con orgullo. A quien nunca mencionaba era a su marido, del que afirmaba que había muerto hacía años. Algunos querían ver sombras en su afirmación y, con sonrisita tonta, hablaban de Mónica como la «viuda eterna».

Enfermera de noche, vivía por y para su iglesia, a la que servía con oraciones y limosnas. Preguntados vecinos y amigos, fueron unánimes: no frecuentaba otras compañías masculinas que su confesor, y a éste, siempre en la parroquia.

Se avisó al hijo de inmediato, telefónicamente, pero el aspirante a fraile no consiguió llegar hasta dos días más tarde. En la pintoresca carretera que unía su monasterio con el resto del mundo, la nieve seguía causando estragos. Desorientado, confuso, extremadamente triste, el bisoño cenobita no derramó una sola lágrima, pero durante los funerales celebrados en San Andrés, y oficiados por el obispo auxiliar, no cesó de repetir la misma cantinela: «Era muy joven para morir».

—Lo era, Gorka, según las fechas que has citado, cumpliría ese abril cuarenta y cinco años —indiqué.

—Pues debía de sentirse demasiado vieja para seguir viviendo —me contestó—. No dejó nota de suicidio ni explicación alguna.

—Sí, debió de decir ¡basta! —argumenté—. Por cierto Gorka, mira a ver



quién celebró los sepelios.

—No creo que venga, señoría. ¡Espere! Aquí hay un recorte de prensa. ¡Anda, no se lo va a creer, el funeral corrió a cargo nada menos que del obispo auxiliar!

—¿No te parece extraño que celebrase los ritos el obispo auxiliar? Al fin y al cabo no era más que una sencilla feligresa; suicida para más señas.

—Sí, tiene usted razón. Estos curas son muy clasistas.

—¡Gorka, no volvamos a las andadas!

—Vale, vale, no se ponga así.

—¿Figura el nombre del prelado?

—No lo sé, espere que lo busco. Quizá la policía se hizo esa misma pregunta. Sí, aquí está: obispo auxiliar, monseñor Blas de Cañarte.

—¡Cañarte! —exclamé—. ¡Fue Cañarte!

—El mismo. Según su declaración, la difunta era pariente del prelado; una sobrina lejana.

—¡Claro, por eso ofició el funeral!

Por un instante, me pareció que todo comenzaba a encajar. Me equivocaba completamente. En realidad, estaba tan en la inopia como antes; aun así, formulé la pregunta.

—¿No vendría al funeral alguien del monasterio de Leyre? ¡Mira en ese recorte, seguro que figuran los asistentes!

—Pues sí, fue el abad Urrutia el que concelebró. El chaval de la suicida estaba allí de novicio.

—¡Santo Dios, ahí está! Blas de Cañarte, Pello Urrutia, la suicida...

—Le falta el asesino, señoría...

—Lo tenemos delante, Gorka: naturalmente no puede ser otro que el hijo.

—¿Naturalmente? ¡Yo no lo veo tan claro, señoría! ¿Por qué les mató?

—No tengo ni la más remota idea, pero tenemos que dar con él de inmediato. Es el único que puede explicar esto; bien porque tiene las manos manchadas de sangre, bien porque puede entender la relación existente entre su madre y el asesino. ¿Cuál es su nombre?

—Francisco de Javier Mugarra Garciandía.

—¡Mugarra! ¡Es decir, que lleva los apellidos maternos! Debía de quererla mucho para obviar a su padre.

—Quizá no hubo padre, señoría.

—Siempre hay padre, Gorka.

—Siento llevarle la contraria, pero lo que siempre hay es un espermatozoide, no un padre.

—Tienes razón.

Volví a sumirme en mis reflexiones, hasta que de repente se me encendió la chispa.

—¿Qué juez firma el informe?

Gorka comprobó los papeles.

—Usted, señoría.

—¡Imposible! Un caso de suicidio, y tan especial... ¡Me acordaría!

—Según lo que está escrito aquí, ese día estaba usted de guardia.

—¡No puede ser, Gorka, lo recordaría! ¡Compruébalo otra vez!

—Señoría, su nombre encabeza la carpeta.

—¿De qué fecha has dicho que es?

—El 22 de febrero de 1996.

—Sí, en ese año trabajaba ya a tiempo completo en el juzgado. Un momento... ¿Has dicho 22 de febrero?

—Eso he dicho.

—El 22 de febrero del 96. ¡Esa noche di a luz a Pablo! Lo recuerdo, tuve que dejar la guardia a media mañana. ¡Espera, es cierto! Nos llamaron para un levantamiento, pero como había nieve y las calles estaban intransitables no me dejaron ir. ¡Además, me puse de parto en un par de horas!

—¡Sí, tiene razón, al final hay una anotación en ese sentido! Es el juez Castellano quien lo rubrica.

—Sin embargo, él me habló en femenino. ¡Dijo *la juez*! ¡Dios santo, ha tenido que ver el expediente! ¡Y me ha buscado a mí!

Me tomé un segundo para pensarlo, pero cuanto más lo hacía, más evidente me resultaba. Me decidí enseguida.

—Gorka, quiero que curses orden de búsqueda y captura contra Francisco de Javier Mugarra Garciandía, pero antes quiero que llames a Leyre; diles que necesito hablar urgentemente con el maestro de novicios y el rector. Que les localicen y me llamen de inmediato. Es posible que esté todavía allí y no tenga nada que ver con esto.

Fueron cinco minutos de tensión contenida. Mi nerviosismo y el de Gorka, que alegaba que el estrés del juzgado le mataría antes de los cuarenta. Finalmente, sonó el teléfono.

—Señoría, al habla el padre Francisco; me han dicho que quiere hablar conmigo.

—Sí, padre, gracias por llamar; tenemos una urgencia. Necesito preguntarle algo.

—Por supuesto, pregunte; espero serle de utilidad.

—Gracias. Padre Francisco, ¿cuánto tiempo lleva usted de maestro de novicios?

—Cosa de quince años, señoría.

—¿Todos en el monasterio de Leyre?

—Todos, señoría.

—Entonces debe de acordarse de un novicio llamado Francisco de Javier Mugarra Garciandía...

No lo dudó ni un instante.

—Naturalmente que me acuerdo.

—¿Sigue en el monasterio?

—No señoría; no llegó a profesar.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—No se lo permitimos. No reunía los requisitos adecuados.

—¿Me puede decir de qué requisitos habla?

—No tenía vocación, señoría; ésa es explicación suficiente.

—No, padre, no lo es. Hubo de ocurrir algo, necesito saberlo.

—Me temo que no puedo decírselo.

—Padre —dije muy seria—, es muy probable que esa persona sea nuestro asesino o, al menos, conozca su identidad. Necesito saber todo lo que pueda sobre él.

—Pues tendrá que averiguarlo de otro modo, señoría; yo no puedo contárselo: era también su confesor.

—¡Otra vez! —chillé—. ¿Pero es que no quieren resolver el asesinato de su abad?

—Lo deseamos muchísimo, señoría, por supuesto; pero no puedo ofrecer esa información quebrando las normas.

—Al menos responda a mis preguntas. Yo le planteo una hipótesis, y usted la niega o se calla. ¿De acuerdo?

—No creo que...

No le dejé continuar.

—Padre, ¿el novicio Mugarra era homosexual?

—No puedo contestar.

—¡Sólo tiene que negarlo o, en caso contrario, callarse!

—No puedo hacer eso. Estoy seguro de que Dios la iluminará para que encuentre el camino oportuno —dijo.

A renglón seguido, colgó.

—¡Mierda! —chillé.

—¡Señoría, cálmese! Le va a dar un infarto.

—¡Cómo quieres que me calme, Gorka! ¿Has oído lo que dice? ¡Cursa esa orden de inmediato!

Cogí el bolso y, hecha un basilisco, salí del juzgado. Sin pensarlo dos veces, me encaminé a la cafetería de Emilia y pedí café con nata y dos rosquillas. Allí sonó mi móvil. Llamaban del juzgado.

—Señoría, soy Gorka.

—Sí, te he reconocido. ¿Has cursado la orden?

—Negativo.

—No estoy para bromas, Gorka.

—Yo tampoco, señoría, pero me temo que tenemos un problema.

—¿Problema? ¿Qué problema? ¿Es que ni siquiera puedo extender una orden sin que se presente un problema? —chillé.

—No se enfade, señoría, piense en su corazón.

—¡Mi corazón no es de tu incumbencia! ¡Dime qué coño pasa! ¡Gorka, Gorka! ¡Lo siento...!

De inmediato, emergió una excusa, pero Gorka había colgado. Reiteré las disculpas al volver al juzgado, cosa que hice inmediatamente.

—Lo siento mucho; estoy desquiciada con este caso. Sólo quiero extender esa orden y que la policía embride a ese mal nacido. ¿Lo entiendes?

—No podrá ser —me contestó, mientras se sonaba la nariz.

—¿Por qué? —pregunté algo más calmada.

—Francisco de Javier Mugarra Garciandía murió el año 1997.

—¿Murió? ¿Cómo que murió?

—Murió, señoría; en el registro civil figura como fallecido. La anotación es del 22 de febrero de 1997.

—¿El 22 de febrero? ¿El mismo día en que murió su madre?

—El mismo día, pero un año después.

—¿Es que también se suicidó?

—No. No hay ningún expediente en ese sentido. Sólo figura como fallecido. Es posible que también se suicidara, pero, desde luego, no lo hizo aquí. No hay nada en ese día.

—Tuvo que ser un suicidio. La probabilidad de fallecer el mismo día que tu madre es casi cero. No, uno no escoge la fecha de una muerte natural. Gorka, quiero que busques en la hemeroteca. Si hubo algún suicidio, vendrá en el periódico. Si no ha sido aquí, será en otra ciudad.

—¡Señoría, hay cincuenta y dos provincias!

—Una menos, si excluimos la nuestra. Llama a los periódicos importantes en cada una de ellas, pídeles que lo busquen en sus respectivos archivos. Diles que es para un caso importante y promételes lo que quieras. Sólo habrá que buscar un par de días. Entre el 23 y el 24 de febrero. Es fácil.

—Lo haré si usted lo ordena, pero no entiendo la razón —inquirió Gorka.

—¡Necesito constatar que está muerto!

—¿Dónde va a estar si no? ¡Uno necesita el carné de la Seguridad Social, el de identidad, el de conducir!

—¡Lo sé, es sólo una intuición! Pero me quedaré más a gusto si veo su esquela. Entonces, volveremos a estar como al principio.

Nos llevó doce largas horas hablar con los diarios regionales de mayor tirada. Entre las pausas, telefoneamos al cementerio pamplonés y constatamos que no había ninguna tumba con ese nombre. Tampoco las huellas que sacamos del ordenador nos dieron más pistas.

Francisco de Javier Mugarra Garciandía estaba oficialmente muerto, pero nadie lo había visto morir ni había sido enterrado. Diez años después de aquella anotación, era imposible saber quién o cómo había ofrecido esa información.

—Está vivo, Gorka; se ha agenciado otro nombre y otra identidad, pero es el hijo de Mónica Mugarra. Me dijo que no era un asesino, sino un verdugo. Para él, Cañarte, Urrutia y el nuncio eran los verdaderos criminales. ¿Por qué? ¿Qué

le hicieron a su madre? El obispo era un familiar; el abad supongo que un amigo, al menos en la fe. ¿Qué le hicieron a su madre para que les odiara hasta el punto de matarles?

—No lo sé, señoría; pero la buena señora estaba como una cabra. ¡Suicidarse vestida de monje y con la cabeza rapada!

—No era un hábito de monje, Gorka, era una túnica carmelita. Antes se usaba como mortaja.

—¿Cómo? ¿Una mortaja?

—¿Pero no recuerdas el expediente? Sus amigas dijeron que la había hecho confeccionar algunos años antes. La destinaba a su entierro. Se la probaba todos los sábados. Mientras en los bajos de su edificio los jóvenes fornicaban entre música estridente y alcohol, ella hacía penitencia enfundada en su áspero hábito marrón.

—Me da usted la razón, señoría; ¡como una cabra! ¿Quién podría probarse la mortaja los sábados sino una loca?

—Bueno, cada uno tiene sus costumbres.

—No le digo que no, señoría, pero admita que esta costumbre no es muy normal.

—No lo es ahora.

—¿Y la cabeza? ¿Por qué se afeitó la cabeza?

—Tampoco lo sé. Los monjes solían hacerlo. También algunas culturas lo practican en señal de respeto y luto. El expediente no pone nada en ese sentido.

—¿Y ahora qué hacemos, señoría?

—Ahora me voy a casa, Gorka. Necesito salir de aquí.

—Hace usted muy bien.

## XIII

Con una reconfortante taza de café en la mano y toda la tarde por delante, ocupé una de las mullidas tumbonas de la terraza de mi casa. El expediente del caso descansaba sobre mis rodillas, esperando para desvelarme esos secretos que yo parecía incapaz de descifrar. La luminosidad del cielo estaba en su apogeo y el calor apretaba con saña. Aunque estaba protegida por un toldo, en pocos segundos recibí la bofetada del aire caliente. Por un instante, el impacto me sorprendió. Estábamos a finales del mes de junio y eso era lo que tocaba; sin embargo, tras dedicar la mañana a la lectura de todos aquellos informes que hablaban de nieves y fríos, sentir la garra del sol martilleándome la cara me reconfortó. Me desprendí de la mayor parte de la ropa; no esperaba visitas.

Estaba cansada y dolorida. En poco más de una semana, llevaba trece puntos de sutura. La peor parte se la había llevado la cabeza, aunque esa herida no me dolía tanto como que me hubieran tenido que rasurar parte del pelo para suturar adecuadamente. No había querido indagar en mi aspecto más de lo necesario (habría necesitado un juego de espejos para ver la herida, localizada en el temporal derecho) porque estaba segura de que mi ánimo decaería en picado al verme de esa guisa. No merecía la pena; tenía cosas más urgentes en qué pensar; especialmente, el sumario.

Continuaba bastante desorientada, perdida en un mundo desconocido, sin brújula ni mapa. No tenía idea de por dónde seguir. Pese a lo que muestran las series de televisión sobre el trabajo forense, lo cierto es que no existe ningún líquido, ningún equipo informático, ninguna máquina que permita localizar a un asesino, ni siquiera a uno pequeño y chambón, lo que no parecía ser mi caso. Debía hacerlo yo misma. No tenía muchas más armas para resolver el galimatías que mi capacidad de relación; al parecer, eso debía ser suficiente, ya que el

asesino me había recriminado mi insolvencia. Por lo visto, había dejado pistas suficientes para ser localizado que yo no seguía adecuadamente.

Cogí el expediente, que había engordado notablemente en los últimos días, y releí cada uno de los testimonios, indagaciones y pruebas, anotando en un folio nuevo los puntos oscuros de la investigación. Quería poner negro sobre blanco las debilidades de mi trabajo. Resultaba obvio que había pasado por alto algún detalle importante, una pista que habría de conducirme a otra y a otra más, hasta localizar ese rastro que —con un poco de suerte— me llevaría hasta el asesino.

Dos horas después, había conseguido confeccionar una lista con once puntos que me suscitaban dudas. No eran nuevos, en algún momento había pensado en ellos, aunque, quizá, no suficientemente. La lista decía:

1. **Relicario:** ¿Qué relación tiene esa pieza con los asesinatos? ¿Son dos historias paralelas o dos escenas de la misma obra? ¿Por qué lo dejaron tirado en la ermita? ¿Sabía el asesino que era falso? Si es así, ¿cómo se había enterado del secreto?
2. **Dinero:** ¿Por qué el asesino había dejado el dinero? ¿Por qué alguien desprecia una suma como ésa? ¿Es rico? ¿Por qué esparció los billetes por la escena del crimen? ¿Qué quería decir con eso? ¿Dinero y relicario van de la mano?
3. **Anticuario-Pergamino:** Nuestro asesino emplea pergaminos y pide como rescate obras de arte sacro ¿Es un anticuario? ¿Lo envía como pista para que le encontremos?
4. **Nombre bajo el que se realiza el envío:** «Compassion, no sacrifies». ¿De qué o de quién no se ha tenido compasión? ¿Se refiere a la Iglesia en general o al arzobispo en particular?
5. **Primer mensaje:** «¿Por qué me has desamparado?», escribió en arameo, sabiendo que sólo Cañarte lo entendería. ¿Cañarte abandonó al asesino? Si es así, se conocían bien, ¿qué les unía? ¿Su lejano parentesco? ¿Cuál es la verdadera relación del asesino con la Iglesia, con el arzobispado y con Leyre?
6. **Segunda frase del mensaje:** Habla de un pecado y de una compensación; esta vez, en latín. ¿Está hablando de un pecado general de la Iglesia o particular de Cañarte? ¿Se refiere al relicario? Si es así, ¿qué pinta el abad



Urrutia en todo esto? Si no es así, ¿qué pecado podrían compartir Urrutia y Cañarte?

7. **Segundo mensaje:** 3313. Números primos. El asesino, ¿habla de sí mismo? ¿Quiere decir con ello que es homosexual? En el crimen, aparecen varios hombres con esa cualidad. Si es así, ¿qué tiene que ver la homosexualidad con Leyre o con el arzobispado? ¿Es posible que no hable de sí mismo, sino de otro? ¿Se está refiriendo a algún nuevo iluminado de la Iglesia?
8. **Verdugo y asesinos:** El criminal no se siente asesino, sino verdugo. ¿Quiere decir que Urrutia y Cañarte son los verdaderos culpables? ¿Qué les une? ¿Solo el escalafón jerárquico eclesial? ¿Hay algo más que se nos escapa?
9. **Madre-suicidio:** Mónica Mugarra, madre del supuesto asesino, consigue reunir en un funeral a Urrutia y a Cañarte. ¿Ella es el factor que falta? No habiéramos accedido a ese factor de no ser por la intervención del asesino. Si es así, ¿por qué me llama incapaz? ¿Cómo hubiera podido yo conocer esos hechos? ¿Por qué el asesino cambia de identidad? ¿Ha matado antes? ¿Cree que alguien mató a su madre?
10. **Novicio expulsado:** Era homosexual. En el hotel de Budapest, pidió compañía masculina. ¿Por qué entonces trató de ingresar en Leyre? ¿Fue a instancias del asesino, para hacer el duplicado de las llaves? Si es así, ¿por qué le mato después? Es posible que para que no le delatara, pero entonces ¿por qué parece querer ser descubierto? ¿Buscó un homosexual o fue circunstancial? ¿Se mueve siempre en esos círculos?
11. **Homosexuales:** Buscó a Gorla en los ambientes *gays*. Otra vez. ¿Por qué allí? ¿Por qué tan lejos? ¿Por qué dijo que la muerte de Gorla había sido un accidente? ¿Quiere decir que no quiso matarle? ¿Quiere decir que Gorla era diferente? Y si lo era, ¿en qué?

Entre los puntos débiles de la investigación, el relicario era el primero que figuraba en esa lista. Antes de abandonar el juzgado, había recibido una llamada telefónica de monseñor Tagliatelli. Tras preguntarme por mi salud y escuchar mis mentiras piadosas («todos bien, eminencia; el caso, viento en popa»), me contó que la Conferencia Episcopal pensaba sacar al día siguiente una severa nota condenando el comportamiento tanto del administrador apostólico como del

malogrado arzobispo de Pamplona. Al parecer, las acciones de ambos habían encendido las iras de las autoridades navarras, de los amantes del arte sacro y de los fieles en general. Las colectas de las iglesias del Reino de Navarra habían caído un 42%. Naturalmente, la culpa del desaguado debía ser achacada únicamente a esos dos individuos, uno tocado por el vicio del juego y el otro, por el de la imprudencia; sin embargo, eso resultaba difícil de explicar a la feligresía, mucho más a la navarra.

De hecho, a mí me importaba un bledo que la famosa pieza fuera auténtica o una simple reproducción. Estoy segura de que, si me las enseñaban juntas, no lograría diferencia una de otra. Lo único que a mí me interesaba de ese punto era si, de alguna manera, esa joya tenía una importancia vital para entender los hechos. Desgraciadamente, si la tenía, yo la había pasado por alto. Quizá la cuestión fundamental estribara en saber si relicario y crímenes estaban relacionados de manera circunstancial —esa prenda de rescate había sido elegida por su valor artístico, con la mala suerte de haber escogido la obra falsa— o, por el contrario, el relicario era sólo una pieza de un puzle mayor.

Iturri seguía en el hospital, fuera de juego, pero, de haber estado allí, estaba segura de que habría negado la casualidad. El dinero y el relicario no estaban allí por azar. Formaban parte de la trama, ¿por qué? ¿Cuál era la relación? Veía dibujado el caso, pero la imagen no me llevaba a ningún sitio. El asesino había enviado un pergamino muy especial, eso le situaba cerca o en el gremio de los anticuarios; el relicario bien podía ser una pieza de anticuario, costaba mucho dinero. Pero ¿por qué sabía que era falso?

Tras dejar escapar un gruñido, me levanté de un salto y busque la manguera. Me mojé los brazos, la cara y la nuca, y paseé por el jardín. El calor era insufrible y mi malhumor iba en aumento. ¡Nunca conseguiría resolver aquellos enigmas! Si el criminal quería que le cogiera, ¿por qué se comportaba de manera tan extravagante? ¿Por qué no se entregaba? Volví a la manguera. El agua ya se había evaporado. Me despisté y me mojé las playeras. Eran rojas y estaba segura de que desteñirían. Me las quité; cerré de golpe la manivela y volví al expediente descalza.

La segunda de mis pistas era el nombre de la compañía que supuestamente había enviado las dos remesas de dedos amputados. «Compassion, no sacrifices». A aquellas alturas de la investigación, ya sabíamos que existía una

ONG con ese nombre y que no había tenido nada que ver con el encargo. El asesino podría haber empleado un nombre real como aquél con el propósito de no levantar sospechas: se trataría de un envío más, como tantos otros. No obstante, el escogido era un nombre muy poco común, ya que la ONG irlandesa estaba aún en pañales. Si hubiera firmado el remite como Cáritas o Manos Unidas, habría logrado el mismo efecto sin esforzarse. Estaba claro que, en este caso, la inclusión de esas palabras debía tener un significado para el asesino.

«Compassion, no sacrifiques...». Extraña frase. Según el padre Andueza, aquélla era una locución de inspiración bíblica, aunque no exacta. Se la decía Dios al pueblo judío, quejándose de la pompa de sus formas externas y del exiguo cumplimiento del mandato del amor. Quiero compasión, no sacrificios. El asesino, que había enviado ese mensaje al arzobispo, parecía recriminarle el mismo pecado: ofrecer sacrificios rituales mientras quienes sufrían penalidades y desgracias eran ignorados.

Blas de Cañarte era tenido en la comunidad como un buen pastor, compasivo y misericordioso. No obstante, los últimos acontecimientos habían puesto de manifiesto que había dos Cañarte y no uno. El primero, todo caridad y amor preferencial por los pobres, se ocupaba con esmero de un rebaño que le seguía dócilmente. El segundo, desconocido por todos hasta su muerte, guardaba celosamente un secreto que, de haberse conocido, habría provocado la desbandada de muchas de sus ovejas. En sí misma, su actuación no incluía ninguna falta, pero muchos habrían visto en ella una clara incompatibilidad con la exigencia evangélica que el arzobispo predicaba.

¿Se refería esa frase a la herencia del arzobispo? ¿Sería ése su pecado, guardar capital e intereses mientras las obras de Dios languidecían por falta de presupuesto? Al rociar tan obscenamente el cadáver con aquellos billetes, ¿estaba el asesino llamando la atención sobre ese traspíe?

Por otro lado, el homicida había exigido, como precio de rescate, el relicario del *Lignum Crucis*, a pesar de no ser el más valioso de los que formaban la colección diocesana. ¿Por qué? ¿Habría tenido el reclamante noticia de su falsificación? Y si así era, ¿cómo había logrado enterarse? Ni siquiera el vicario general de la diócesis sabía cosa alguna sobre ello. ¿Cómo había accedido el asesino a una información tan celosamente guardada?

Con independencia de la perspectiva que adoptase, siempre llegaba a la

misma conclusión: el asesino debía tener relación directa con el anticuario que se había quedado con el relicario verdadero, como prenda del pago de la deuda de 120.000 euros. O tenía relación directa con él, o él mismo era ese anticuario. Así debió de razonar el arzobispo, me dije, si acudió en su busca con 160.000 euros y el relicario falso. Es de suponer que con esa cantidad pretendiera liquidar la deuda y recuperar la joya de la diócesis, aun a costa de perder su fortuna personal. El dedo lo había convencido de ello. Ese último gesto honraba al arzobispo, desde luego, aunque llegara demasiado tarde. La paciencia del asesino se había agotado cuando Cañarte se presentó con el rescate. Y se quedó con el verdadero relicario.

En definitiva, la vida parecía obsequiarnos con un nuevo capítulo de una serie vieja: ambiciones, dinero, venganza.

—¡No, no y no! —dije en voz alta—. ¡No puede ser así; estoy segura de que falta algo!

Los datos parecían apuntar hacia una reyerta financiera como explicación de los hechos, pero yo no lo creía así. Desde luego, podía estar equivocada. No era la primera vez que tropezaba con algo parecido y estoy segura de que no sería la última, pero había algo que no encajaba, un factor esencial: Pello Urrutia. El abad de Leyre nada tenía que ver con el dinero ni con la falsificación. Nada en absoluto; todo aquello le era ajeno; no era más que un abad anciano y desmemoriado.

Primero su dedo, luego su cadáver... Pello Urrutia bien podría haber sido el cebo para atraer a la pieza principal, el arzobispo Cañarte. No obstante, el camino seguido era demasiado tortuoso para resultar creíble. En primer lugar, el asesino había tenido que convencer al novicio Mezquíriz para que le ayudase a duplicar las llaves (si es que no le había convencido para que se instalase en Leyre como aspirante a benedictino. El maestro de novicios había dicho que carecía de cualquier atisbo de vocación). Luego, había organizado un viaje a Hungría, donde había acabado con su vida. Pero su conspiración había ido más lejos. Con aquel juego de llaves en la mano, había buscado a quien le ayudase para hacer salir al abad. Se había desplazado hasta Málaga, donde se había introducido en el ambiente *gay*. Había orquestado una primera maniobra con Peter Zahan. Por el motivo que fuera, aquello no había cuajado y había vuelto los ojos hacia Faustino Gorla. Tras seducirle, le había convencido de que,

olvidando su ateísmo y animadversión hacia la Iglesia, pasase unos días en el monasterio navarro y robase el sagrario, aprovechando la oscuridad de la noche y la facilidad de disponer de un completo juego de llaves. Finalmente, había empleado ese robo para sacar del monasterio al abad y, ya en su poder, le había cortado un dedo para enviarlo, junto con una hostia consagrada, al arzobispo.

No, no podía ser. Era demasiado complicado. Urrutia debía de tener un papel. Además, había que tener en cuenta el intento de agresión sufrido por el nuncio. Él tampoco encajaba en aquella escena.

Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que Chocarro estaba en lo cierto: Cañarte y Urrutia eran, respectivamente, los números uno y dos de la Iglesia navarra; el nuncio podía ser considerado como el siguiente en una escala jerárquica que conducía hasta el Pontífice. El asesino ascendía por la cúpula eclesial. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar que aquello no había terminado.

Sin embargo, aquella hipótesis tampoco estaba exenta de problemas. El primero era Gorla, aunque no era el peor. Cuando el asesino me había retenido, yo le había echado en cara sus crímenes. Al mencionar al diseñador, él había dicho que Gorla no había sido más que un accidente. En aquellos momentos, aún era incapaz de interpretar en sus justos términos esa frase, pero el empleo de la palabra «accidente» era significativo. Problema más serio era el lugar de los hechos. Según su secretario, Cañarte había insistido en que la elección de Pamplona no había sido casual. Además, el expediente acerca del suicidio de Mónica Mugarra situaba en escena tanto a Pello Urrutia como a Blas de Cañarte. Esa coincidencia no podía despreciarse. El asesino se había tomado mucho trabajo para que yo viera ese expediente.

En realidad, aún existía la posibilidad de unir ambas hipótesis. El asesino podría querer vengarse de la Iglesia, pero de la que había conocido, es decir, la navarra. Había pasado por Leyre como novicio, era familiar del arzobispo. Pero ¿cuál era el motivo de la venganza? Su madre se había suicidado y eso le había afectado hondamente. Era muy probable que si lograba entender el motivo del suicidio hubiera encontrado el de la venganza. No obstante, el informe sobre lo ocurrido aquella noche de nieve y frío no decía nada. Y yo seguía como al principio; lejos de la verdad, lejos de poder poner fin a ese reguero de sangre.

Al pensar en ello, instintivamente me llevé la mano a la cabeza; exactamente

a la zona rasurada. Seguro que estaba horrible, vista por detrás. Quizá para Navidad el desaguado no se notara, pero, desde luego, en las cercanas vacaciones de verano debería ponerme crema protectora. No, mejor me compraría una amplia pamelita que tapara las secuelas del sumario. Pero antes, debía cerrarlo.

Me levanté y fui a por más café. La temperatura había caído algún grado, pero seguía haciendo mucho calor. Puse más hielo en el vaso.

Volví a sentarme y a enfrentarme con la relación de los puntos negros de la investigación. Había reflexionado sobre la mayoría de ellos, pero aún quedaban flecos: los números primos, la condición de homosexuales de dos de los cadáveres (y probablemente del mismo asesino, afectado de SIDA) y la frase en arameo: «¿Por qué me has desamparado?».

Creo que fue la última frase que leí. Ni siquiera la cafeína helada fue capaz de deshacer el sopor. Invasa por un profundo cansancio, me quedé dormida. Cuando desperté, miré el reloj. Había pasado una hora larga; la temperatura había mejorado, pero no la lista que seguía amenazándome desde aquel papel en mis rodillas. Volví a repasarla. Quizás el descanso me devolvió la pérdida de desenvoltura mental; puede que al despertar viera aquellos puntos con una nueva luz. Es posible que las letras se colocaran de otra manera para que yo leyese el secreto que ocultaban, pero al volver la vista hacia aquel folio, percibí de inmediato la conexión:

—¡Claro, debe de ser eso! —exclamé.

Me levanté de un salto y corrí en busca del teléfono. Marqué el móvil de Lucas Andueza, pero no contestó. Insistí, obteniendo la misma respuesta: un buzón de voz. Necesitaba urgentemente hablar con alguien que conociera la doctrina de la Iglesia católica. Marqué el número de Leyre. Tampoco recibí contestación: supuse que estarían en oración en esos momentos porque el hermano portero no descolgaba. Rebusqué en el mueble de la entrada, intentando encontrar la tarjeta de Tagliatelli. Me había dicho que le llamara si necesitaba algo; en aquel momento, precisaba de sus conocimientos. Marqué el número de su móvil, rezando para que el nuncio me contestara. Lo hizo enseguida.

—¿Sí?

—Desearía hablar con monseñor Tagliatelli.

—Ya lo está haciendo, ¿quién es?

—Buenas tardes, eminencia. Soy la juez MacHor.

—¡Señoría, qué alegría oír su voz! ¿Tiene buenas noticias para mí? Llevo toda la tarde condenando y desmintiendo. Creo que terminaré odiando ese relicario.

—No se preocupe, le llamo por otro asunto. En realidad, eminencia, necesito que me explique algo... Algo que tiene que ver con la doctrina de la Iglesia católica.

—¡Querida señora, yo ya no soy un teólogo, sino solamente un político! Sin embargo, le prometo que si no soy capaz de responderle, me aseguraré de que lo haga un experto. ¿Qué es lo que desea saber?

—Me interesaría saber, con cierto tecnicismo, qué opina la Iglesia sobre la homosexualidad.

Un incómodo silencio se interpuso entre ambos teléfonos. Supongo que, durante el tiempo que duró, el nuncio realizaría todo tipo de cábalas.

—¿Sigue ahí, eminencia?

—Aquí sigo, sí. Perdóneme, es que me ha sorprendido su pregunta. Espero que no tenga que ver con nuestro... caso.

—Me temo que podría... —respondí cautelosa.

Al instante, la voz del nuncio cambió; se volvió seria, densa, preocupada.

—En ese caso, señorita, iré a verla a su casa a la mayor brevedad. Estoy en Bilbao. Tengo unas gestiones ineludibles, pero en unas tres horas puedo estar allí.

Habría sido una buena opción, desde luego; sin embargo, al mirar la hora y recordar su afición a la conversación nocturna y al coñac de calidad, rechacé de plano su ofrecimiento.

—No se moleste, eminencia, todavía el tema está en pañales. Prometo informarle, puntualmente y sin falta, de las novedades. Por el momento, sólo necesito conocer la doctrina general.

En voz queda, el clérigo me reprochó mi falta de prudencia.

—Usted ya debe saber, señorita, que el teléfono sólo es un medio seguro si se trata de transmitir mensajes intrascendentes...

—Claro, tiene usted razón... Estoy pensando que, quizás, usted pudiera prepararme un pequeño esquema sobre esa parte de la doctrina y enviarlo por fax, o por mensajero al juzgado. No, al juzgado no; allí puede perderse. Será

mejor que lo envíe a mi domicilio. Yo lo estudiaré; si tengo alguna duda, puedo volver a llamarle. Le ruego que lo haga con la máxima celeridad. Necesito entender su posición cuanto antes.

—De acuerdo. Le prepararé un dossier y se lo hago llegar por mensajería.

—Eminencia, yo tampoco soy teóloga. ¿Sería usted tan amable de escribirlo de manera que pueda comprenderlo, sin renunciar a la precisión?

—¡Sí, por supuesto! Al fin y al cabo, no estamos hablando del Espíritu Santo, ¿no?

—Sí, es cierto; es más fácil... al menos de explicar.

Volvió a tomarse unos segundos. Mientras él reflexionaba, yo aproveché para mojar los labios en el café helado. Las perspectivas parecían ser más halagüeñas.

—¿Es grave? —me interrogó.

—Cualquier asesinato es grave, eminencia. Pero si se refiere al dossier solicitado, me temo que pueda serlo, aunque de momento no es más que una hipótesis.

—¿Me avisará antes de hacer públicas sus conclusiones?

—Se lo prometo.

—Le estaré eternamente agradecido. Salude de mi parte a su atento marido.

—Lo haré —dije, aunque él ya había colgado.

Subí a mi habitación dispuesta a darme una ducha, cuando oí que la puerta de casa se abría.

—¡Mamá, ya estamos de vacaciones! ¡Se acabó por fin el colegio!

—¡Chicos, qué sorpresa!

—¿Sorpresa? ¡Siempre venimos a la misma hora! —contestaron al unísono.

—Sí, es cierto —dije tratando de volver a toda prisa al escenario de mi vida ordinaria—. ¡Qué cargados venís! ¡Ni se os ocurra dejar eso en la entrada; cada uno que coja su mochila y sus bolsas y las lleve a su habitación! Mañana guardaremos los libros.

—¿Qué tal está Pablo? —preguntó María.

—¡Pablo! —exclamé.

Me había olvidado de él por completo. Salí corriendo en dirección a su habitación.

—¡Mamá, te he estado llamando a grito pelado: tenía que hacer pis! ¿Dónde estabas? ¡Se supone que te has quedado en casa para cuidarme!



Obvié la respuesta y la disculpa. Cuando me concentro en algo, suelo evadirme del mundo.

—¿Todavía tienes ganas?

—No, conseguí levantarme y arrastrarme hasta el baño.

—¡Éste es mi chico! —respondí acariciándole la mejilla. Él arrugó el gesto, pero no dijo nada—. Han llegado tus hermanos.

—¿Y papá?

—Todavía no, pero no tardará.

—¡Qué bien! ¿Puedes ayudarme a vestir?

—¿Vestirte? ¿Para qué quieres vestirte a estas horas?

—¡Mamá, cada día estás peor! ¿Es que no te acuerdas?

Le miré extrañada.

—¿De qué debería acordarme?

—¡Es la noche de San Juan! ¿Es que no vamos a ir a las hogueras, como todos los años?

—¡San Juan! Lo había olvidado por completo.

—Vas a tener que pedirle a papá que te dé algún medicamento. Cada día estás peor.

—No me hacen falta vitaminas, eso se arregla con el nombre de un asesino —musité entre dientes cuando salía.

## XIV

Sería la noche más corta del año, pero desde luego, era preciosa. El cielo se insinuaba con un azul añil casi transparente ante miles de diminutas estrellas encendidas por el espectáculo. Un leve viento refrescaba la tórrida velada hasta hacerla agradable.

Antes de salir, dejé el expediente y mis notas bajo llave, en el cajón principal de la mesa de mi escritorio, uno de los pocos sitios que mis hijos respetan escrupulosamente. Mientras lo hacía, intenté poner también a buen recaudo mis emociones. Se suponía que, al girar aquella llave, colgaba mi toga y me vestía de madre saltadora de hogueras. Sin embargo, no resulta tan sencillo disociar los planos vitales. No son facetas distintas e independientes que se superponen como líneas paralelas. Un pollo más otro pollo más otro pollo no hacen un águila. Del mismo modo, trabajo más familia más amistades más aficiones no fabrican una vida. La vida es un dédalo; el lugar en que todas esas cosas y muchas más interactúan a su antojo adentrando el espíritu en el dulce orden del caos. No es roja, luego verde, después azul. Es un alud de color indefinido, trufado siempre de olores de alegría blanca y dolor negro.

No conseguí que cayera el telón; no logré encerrar a mis muertos en el cajón, pero me esforcé en sonreír viendo cómo los demás se divertían esquivando las esbeltas llamas que danzaban sobre los troncos.

Se nos hizo bastante tarde. El fuego siempre ha sido una fascinante tentación para los hombres de todas las edades. Cerca de las doce, bajo la luz macilenta de las farolas a medio gas, volvimos a casa. Jaime iba delante, con el pequeño en brazos, profundamente dormido. Yo le seguía a pocos metros, acarreado trabajosamente al resto. De pronto, mi marido se detuvo.

—¡Lolilla! —dijo, volviéndose hacia mí con gesto interrogante.

—No me metas prisa; la silla de ruedas pesa demasiado.

—Creo que tenemos problemas...

—¿Se ha hecho pis? —pregunté.

Acabábamos de quitarle los pañales al peque, pero él no siempre se daba por enterado.

—No es eso; tenemos visita.

—¿Visita? ¿Cómo vamos a tener visita a estas horas?

—Juzga por ti misma —me dijo, dejándome pasar.

Dejé la silla de Pablo en manos de mi hijo mayor y me acerqué. En efecto, un Mercedes negro con los cristales traseros tintados estaba aparcado en la puerta de nuestra casa, obstruyendo la entrada del garaje.

—No sé quién podrá ser, pero, desde luego, no tiene buena pinta. Creo que voy a llamar a Galbis. ¿Eres capaz de leer la matrícula desde aquí?

—¿Crees que soy un lince? ¡Por Dios, está a trescientos metros!

—Perdona, me estoy poniendo nerviosa; no sé lo que digo.

—Yo he traído el catalejo —dijo Fernando, el tercero, acercándose a nosotros.

Ambos le sonreímos, despreciando su ofrecimiento. El catalejo venía en el envase de los cereales del desayuno.

—¿Llamo a Galbis? —reiteré.

—Es el coche de un presidente o del Rey —insistió Fernando.

—¿Cómo dices? —me volví.

—Su matrícula no es como la de papá y lleva bandera... Debe de ser el Rey. ¡Claro, por eso es un Mercedes tan grande! ¿Por qué viene a vernos el Rey?

Sorprendida, le pedí prestado el catalejo. Era de plástico malo y de ínfima calidad, ésos que se fabrican en algún lugar de Oriente. No obstante, la curvatura de la lente permitía una proyección suficiente para que afirmara contundentemente que no sería necesario llamar al agente Galbis.

—Creo saber quién es —dije.

—¿Con sólo leer la matrícula, Lolilla?

—Sí; el automóvil lleva bandera del Vaticano... Me temo que tenemos al nuncio en la puerta de casa, esperándonos.

—¿Tagliatelli? ¿Tienes idea de por qué está aquí?

—Me temo que sí, Jaime. Ha venido por los homosexuales...

Mi marido me sonrió con ironía. Él tiene un talento innato para traducir sus pensamientos a gestos. Con el tiempo, he llegado a entenderle sin necesidad de escuchar su voz.

—¡Te lo prometo! Le llamé solicitando información sobre la doctrina de la Iglesia católica en ese punto. Me prometió que encargaría un resumen comprensible y me lo enviaría por mensajero. Pero ha debido de decidir traerlo en persona. Estaba en Bilbao.

—¿A qué hora nos acostaremos hoy? —preguntó Jaime.

Desde luego, la pregunta era pertinente.

—En fin, continuemos...

Una de sus puertas se abrió mucho antes de que llegáramos. Un hombre con traje oscuro bajó a toda prisa del puesto de conducción y abrió la puerta posterior para que lo hiciera Tagliatelli.

—Gracias Isaac; intentare no tardar demasiado. Querría regresar esta misma noche a Madrid. ¿Por qué no va a cenar? Le llamo cuando acabe...

—Muy bien, eminencia. Estaré por los alrededores...

—Pues no es el Rey —concluyó Fernando.

El nuncio vestía un sencillo traje negro, con camisa del mismo color. Ni grandes crucifijos ni otros distintivos.

—No, no es el Rey —certificó María contrariada—, es de los que se comen las aceitunas.

No pude por menos que echarme a reír. Las interconexiones neuronales de los niños producen resultados verdaderamente divertidos.

—¡Lola, Jaime! —exclamó, acudiendo a nuestro encuentro con los brazos extendidos—. ¡Por un momento temí que se hubieran cambiado de casa!

—¡Eminencia, qué sorpresa! —respondió Jaime.

—Sí, hasta para mí lo ha sido. Tras hablar con su esposa esta tarde, me entraron unos irresistibles deseos de visitarles.

—¡Yo soy Fernando, tengo siete años! ¿Y tú quién eres? ¿Eres el Rey?

—¡No, no, nada de reyes! —respondió divertido.

—Entonces eres un príncipe...

—Tampoco...

—¿Eres del Barça?

—¡No, para mi desgracia! Yo milito en la Juventus, y no estamos en nuestro

mejor momento.

—Pues alguien tienes que ser; llevas un coche muy chulo.

—¿Te digo un secreto?

—Vale.

—Me lo han prestado.

—¡Ya decía yo! Tú pareces un señor corriente.

—Aciertas, lo soy. ¿Y esta escayola? —preguntó, recalando la vista en la silla de ruedas.

—Me estrellé con un *kart*. Me he roto dos huesos —dijo Pablo orgulloso, como si lo que hubiera hecho fuera una hazaña.

—¿Y te duele mucho?

—Depende.

—¡Ya vale, niños! ¡Entremos! ¡Cada uno a su cuarto: pijama y cepillo de dientes! ¿Os ocupáis los mayores?

Mientras metía la llave en la cerradura, intenté recordar el estado del salón. Por si acaso, me disculpé antes de empujar la puerta y dejarle pasar.

—¡Por Dios, no se disculpe! Soy yo el intruso y a una hora verdaderamente intempestiva. En realidad, estaba a punto de marcharme; se ha hecho muy tarde...

—Hemos ido a ver las hogueras —me disculpé—. ¿Lleva mucho tiempo esperando?

—Dos horas —dijo—, pero ha valido la pena. Cuando era niño, a mí me encantaban las hogueras de San Juan. Mi madre nos llevaba siempre. Nosotros somos ocho hermanos, ¿sabe?, y mi madre se quedó viuda bastante joven. Fuimos una familia peculiar, más pobres que la mayoría del vecindario, pero mucho más felices.

Por un momento, se le humedecieron los ojos. Intenté desviar su atención. No eran momentos para recordar el álbum familiar.

—¿Ha cenado, eminencia?

—No, pero no se preocupe por eso. Tenemos cosas importantes que hacer.

—Prepararé unos bocadillos. No tardo nada. ¿Jamón y queso?

—Perfecto —respondió.

—Ya no quedan aceitunas —se oyó machaconamente a lo lejos.

Gracias a Dios, el nuncio no captó la indirecta.

Aquella noche, Tagliatelli despreció el coñac. Sólo bebió agua fría. Podía leerse una honda preocupación en su rostro que se me antojó muy distinto al del día en que le conocimos. Entonces, probablemente debido al sobresalto por el atentado fallido y a la posterior relajación, se mostró locuaz y distendido. Pero ahora las cosas eran distintas.

—Eminencia, ¿qué le ocurre? —pregunté.

Estábamos ya sentados en el salón; los niños se habían ido a la cama y los bocadillos esperaban en la mesa.

Él se tomó unos segundos para contestar. Jaime hizo ademán de levantarse.

—Quizá, Lolilla, preferáis hablar solos. Iré a hacer alguna cosa por ahí.

—No, por favor, Jaime, quédese. Estoy seguro de que su consejo profesional nos será muy útil.

—De acuerdo, si así lo quiere...

Dejó fluir sus pensamientos, mientras con las yemas de los dedos acariciaba la tela del pantalón. De por sí enjuto, en aquel momento me pareció que menguaba hasta casi desaparecer entre los cojines del sofá.

—Verá, señoría; no le descubro ningún Mediterráneo si le digo que Europa está sufriendo un extraño proceso de desacralización. Dicen que es fruto del progreso; con el bienestar, la gente parece olvidarse de Dios. El pueblo no necesita opio cuando tiene automóviles y televisores de plasma. Sin embargo, eso no es del todo cierto. Estados Unidos, el país más avanzado y democrático de la tierra, está viviendo un avance sin precedentes en los niveles de religiosidad. Todos los estudios lo confirman. Pero Europa es un ejemplo especial. Mientras desde América hasta África, pasando naturalmente por todos los países de Asia, los ciudadanos rezan a su Dios, le llamen como le llamen, Europa, la antaño cristiana Europa, le vuelve la espalda.

Jaime y yo seguimos su discurso con atención. No sabíamos adónde nos conduciría, pero no pronunciamos ni una sola palabra. Ambos sabemos que los miembros del estamento eclesial adoran los circunloquios.

—... Europa ha volcado sus ansias en el ecologismo, los derechos humanos y la paz. ¡Como si éstos fueran valores laicos! ¡Como si la religión se limitase a ofrecer ritos extramundanos, sin implicación social alguna! ¡Europa, la burguesa Europa, que se traga un camello y cuele una minúscula brizna de paja!

Parecía que íbamos entrando en materia.

—Hay miles de sacerdotes santos, cientos de misioneros entregados. Todos ellos se están dejando el pellejo, y en algunos casos la vida, para defender los derechos de los hombres, la dignidad de su existencia y la paz. Por esos mundos de Dios, viven miles de Teresas de Calcuta, cientos de obispos como Duarte o Gerardo, pero eso parece no valer nada ante un único caso de conducta desordenada. Ningún periódico dedicará una línea al primer grupo de locos de Dios; pero todos enviarán a sus mejores reporteros para cubrir la segunda noticia. ¿Comprende por qué estoy aquí, señorita? Sé que me prometió informar a la nunciatura de sus investigaciones y estoy convencido de que hubiera usted cumplido con su promesa; sin embargo, necesitaba venir.

—Le comprendo muy bien —dije.

Lo que señalaba era cierto.

—Me pidió unos datos; se los traigo en persona. Pregunte lo que desee.

Jaime seguía la conversación con ojos de extrañeza. Pese a que, a raíz de la agresión sufrida, me preguntaba reiteradamente por las novedades, aquellas sospechas eran muy recientes y no había tenido ocasión de hacerle partícipe de ellas.

—De acuerdo, eminencia, entremos en materia; ésta es mi duda: supongamos que un hombre, un chico joven, ingresa en calidad de novicio en un centro de vida consagrada. Parece tener vocación, pero los responsables del monasterio se dan cuenta de su condición homosexual. ¿Qué postura se adoptaría en relación con este postulante?

—¿Cómo se han dado cuenta de ello?

—¿Cómo dice, padre?

—Usted ha afirmado que los maestros del candidato se han dado cuenta de su homosexualidad. Pregunto cómo han llegado a ese convencimiento.

—Entiendo... —Me tomé unos segundos para contestar—. No lo sé, padre; no había pensado en ese detalle, pero podemos calibrar las distintas opciones.

—No se preocupe; la pregunta no es esencial.

—¿Ah, no? —pregunté extrañada.

—No; fuera cual fuera la forma en que esa faceta se vio descubierta, el resultado habría sido el mismo.

—¿Me está queriendo decir que le expulsarían de todas formas?

Arrastrando ligeramente las palabras, aquel príncipe de la Iglesia demostró

por qué lo era:

—Más preciso sería decir que, en ningún caso, se le permitiría profesar. El matiz resulta importante: nunca fue admitido, por tanto, nunca fue expulsado.

—Perdone, no le entiendo. ¿Dice usted que el novicio que mantuvo relaciones sexuales con otro hombre y el que, simplemente, siente esa tendencia serían igualmente calificados?

—No, no he dicho eso; en ningún momento he hablado de calificación. Si quiere que lo haga, le diré que, en el primer caso pero no en el segundo, el novicio habría cometido un grave pecado. Respecto a quien sufre esas tendencias, es posible que podamos estar ante un acto de virtud de una persona que lucha contra lo que le daña. No obstante, ambos son homosexuales; ninguno de ellos sería candidato óptimo para la vida consagrada ni, por supuesto, para el sacerdocio.

—Confieso que no lo acabo de entender, eminencia. Comprendo que un homosexual activo, lo mismo que un heterosexual promiscuo, no sean aceptados como miembros de una vocación que tiene a la castidad y la abstinencia como presupuestos sobre los que construir la existencia. Pero los que sienten esas tendencias, no tienen ninguna culpa de ello; ¿qué deben hacer?

—Culpa mía, señoría; no he sabido explicarme. Nada tiene la Iglesia contra los que tienen esa tendencia; es más, comprendemos su dolor y tratamos de ayudarles, pero la vida consagrada no es un refugio contra ella. En un monasterio no se curan las penas, se agravan. Se cuentan en cientos las horas en silencio, rumiando siempre las mismas cosas. ¡Quien se instalara allí para olvidar, se volvería loco!

—¿Y qué hacen entonces, abandonarlo a su suerte?

—Verá, señoría; este mundo, más tarde o más temprano, se convierte en un valle de lágrimas. Pese a lo que creemos los occidentales europeos, la vida hoy es tan imperfecta como en el medioevo. Nos morimos igualmente, e igualmente sufrimos.

—¡Pero eso no es justo!

—La naturaleza no es justa. El mundo está lleno de injusticias, de pobreza, de opresión. A quienes nacen ciegos les está vedado pintar; a los cojos, correr; a los esquizofrénicos, suscribir determinados contratos mercantiles. Un homosexual puede y debe ser santo, pero está privado de recibir las órdenes



sagradas. Verá, hace algunos siglos, un sacerdote especialmente promiscuo, que tenía muchos problemas para vivir una vida casta, pidió permiso a la Iglesia para ser castrado. Muerto el perro, se acabó la rabia. Ese permiso le fue denegado. Debemos servir a Dios aceptando lo que somos y lo que podemos llegar a ser y hacerlo con plena libertad. No podemos admitir a un homosexual en una comunidad de hombres *normalmente* formados que, en su momento, han optado por la castidad; para él y para los demás, sería una petición antinatural. Eso no significa que una persona con tendencias homosexuales no pueda ser un buen cristiano y que, incluso, alcance un grado de santidad que exceda con creces al del abad que nunca llegará a ser.

Intenté entender la lógica de lo que oía y confrontarla con el caso que tenía entre manos, pero me resultaba difícil. Mientras meditaba sobre ello, el nuncio me urgió:

—Señoría, ¿puedo preguntarle por qué le preocupa eso? ¿Tiene algo que ver con los crímenes?

—Sí, eso creo.

—¿Podría explicarme cómo?

—Son únicamente suposiciones, eminencia. De momento, no son más que eso.

—¿Las compartirá conmigo, por favor?

Lo pensé escasos segundos. Acepté de buena gana; me vendría bien conocer su opinión.

—De acuerdo, le contaré la historia de estos crímenes, tal y como yo la interpreto: imagine a una mujer, Mónica de nombre, que vive en un pueblo pequeño y de arraigadas tradiciones religiosas; Mendigorría, por poner un ejemplo. Pertenece a una familia conocida en la localidad: ¡nada menos que los sobrinos del señor arzobispo! La chica es poco agraciada —dije, recordando las fotos del informe del suicidio—, y quizá demasiado tímida; sea como sea, resulta vulnerable al engaño y se lanza en brazos de quien no debe. A resultas de ese desliz, queda embarazada. Para evitar los rumores, probablemente estigmatizada por su propia familia, se traslada a la capital más cercana, Pamplona, y trata de empezar una nueva vida en un sitio donde no sea conocida. Allí da a luz a un hijo ilegítimo al que llama como el santo del lugar: Francisco de Javier. Le registra con sus apellidos, ¿con cuáles si no?, y le saca adelante con trabajos

temporales y miles de privaciones.

»Ella termina odiando al género masculino y convertida en una beata, muy probablemente como lo que había visto en su hogar. Supongo que inventaría alguna historia creíble que le permitiera guardar las apariencias. Cuando le preguntaran, diría, por ejemplo, que era viuda; que su marido, militar de profesión, murió en un accidente en un tanque o un avión. Cubierto el flanco, dedicaría horas libres a la Iglesia, haría duras penitencias o ayudaría en mil encargos: las flores, los ornamentos, la limpieza, dirigir los rezos comunitarios... Es de suponer que educara a su único hijo en esa línea. Con el tiempo y un pequeño empujón materno, el chico decide ingresar en un monasterio; pongamos que en el principal de la región. Mónica telefonaría de inmediato al arzobispo informándole de la decisión del chico. Al fin y al cabo, seguían siendo primos segundos. Imagino con qué orgullo se lo diría. ¡Dios era capaz de sacar bien del mal! De un pecado, un santo.

»Mónica era tan feliz que no cabía en sí. Todo iba viento en popa rumbo al cielo eterno. Pero el gozo fue corto; cayó por su propio peso cuando Francisco de Javier se vio obligado a explicar a su madre que no profesaría como monje benedictino.

»Aquél era un duro día de nevada. El temporal había obligado a cerrar al tráfico rodado en muchas carreteras; en Leyre estaban aislados. El agua congelada había reventado una tubería y estropeado la calefacción. Hacía mucho frío, aunque el joven novicio no lo sentía tanto por fuera como por dentro. Por orden del padre abad, Francisco de Javier tuvo que informar a su madre de que, en breve, abandonaría el monasterio de Leyre y volvería a casa. Naturalmente, la madre solicitaría un porqué. Supongo que él no debió de ofrecer detalles, es probable que no se atreviera; no son cosas para comunicar por teléfono. Simplemente dijo que la autoridad del monasterio le había informado de que no le consideraban preparado para seguir con la vocación.

»De inmediato, Mónica telefoneó a San Salvador de Leyre. Con un solo golpe de voz, con la diplomacia de un disparo en la sien, el maestro de novicios le confirmó que su hijo no era candidato idóneo para la vida consagrada. Sería un buen seglar, probablemente un seglar santo, pero debía abandonar el monasterio.

»Mónica pensó de inmediato que se equivocaban. ¿Quiénes eran ellos para

juzgarlo? Sólo hacía unos meses que su hijo residía entre los milenarios muros de aquel cenobio; no era tiempo suficiente para calibrar una vocación. Ni siquiera había logrado permanecer el periodo necesario para pronunciar votos temporales. Mónica era consciente de que su vástago podía ser débil de cuerpo y arrogante de ojos (en eso salía al padre al que nunca nombraba); en ocasiones se mostraba huraño y siempre demasiado callado, pero era un buen hijo. Pese a los tiempos que corrían, en los que los jóvenes eran egoístas y maleducados, su retoño había cuidado de ella con cariño y, siempre que las circunstancias lo exigían, se había comportado como un santo. Por ello, Mónica no tenía envidia de ninguna madre, ni siquiera de las que poseían flamantes maridos.

»No titubeó. Irritada ante la intemperante noticia, sin preocuparse por las inclemencias meteorológicas, vistió el traje negro y se adornó con el broche. Y tras pasarse varias veces el peine por sus plateados cabellos, peinados hacia atrás, fue a pedir explicaciones al arzobispo; al fin y al cabo, eran medio primos por parte de padre. Le dijeron que su eminencia no iría aquella tarde porque estaba retenido por la nieve. Pero ella no se lo creyó y esperó infructuosamente durante horas. Hasta que el secretario del arzobispo no le prometió que su eminencia la telefonaría en cuanto llegara, no cejó.

»Aunque hubo de permanecer un día entero junto al teléfono, esperó complacida. Estaba segura de que su lejano pariente pondría al engraido benedictino en su sitio. No fue así. Tras hacer una ronda de consultas, con voz trémula, el hombre de solideo violeta y cruz pectoral fue tajante: pese a ser su sobrino, con esas tendencias era preceptivo negar al chico el ingreso en éste o en cualquier otro monasterio.

»—¿Tendencias? ¿Qué tendencias?, —preguntó Mónica extrañada. Ella no había detectado nada extraño. Ante la pertinaz insistencia de la madre, el arzobispo se vio obligado a explicitar los detalles. Los suelos se abrieron y se la tragaron cuando el teléfono transmitió la horrible palabra. Fue entonces, aquel último jueves del mes de febrero, cuando Mónica se dio cuenta de que había muerto. Respiraba, hablaba, rezaba, pero ya no existía. Tras veinte años de penitencia, Dios seguía empeñado en castigarla. Presa de un extraño cansancio, se volvió hacia la imagen que presidía su salón. Durante horas, miró inerte la figura de Cristo, pero aquellas reflexiones no le hicieron cambiar de opinión: no estaba dispuesta a cargar de nuevo con el peso de una vergüenza pública.

»Pasó la tarde ante la ventana, silente, contemplando cómo los gruesos copos de nieve conquistaban el aire. Blanco sobre blanco; frío sobre muerte. La televisión del vecino de arriba, sordo como una tapia, contó a grandes voces que la tormenta amainaba y que en breve las comunicaciones serían restablecidas. Reflexionó. Cuando así fuera, se vería obligada a ofrecer explicaciones a sus amistades. Ni sus amigas ni su confesor lo comprenderían y no iba a darles el gusto de criticarla. Tomó la decisión enseguida.

»Estaba sola en su domicilio, pero atrancó la puerta con la cómoda de roble; su habitación no tenía llave. Respiró profundamente y, con solemnidad, comenzó a quitarse la ropa. Sólo se dejó el cilicio. Temblaba. Pese a la calefacción central, hacía frío, pero no olvidó las buenas costumbres: dobló concienzudamente las prendas y las depositó en la colcha de ganchillo que había cobijado sus más dulces sueños. Sin cubrirse, se situó ante el minúsculo espejo del tocador y se rasuró meticulosamente la cabeza en señal de duelo. Aquel corte le ensanchaba aún más el óvalo del rostro. Bajó la mirada contemplando su cuerpo flácido y atocinado. Se le escapó un suspiro de disgusto; siempre se había avergonzado de sí misma, pero ya no había cabida para la duda: la nueva lacra era insufrible.

»A duras penas había conseguido resistir la tenue pero gélida voz del arzobispo; sería incapaz de soportar la de su confesor. ¡Había presumido tanto de su hijo! “Estoy segura de que pronto llegará a abad”, le había dicho. Le creía un chico capaz. Era tímido y reservado, pero nunca imaginó que el demonio hubiera hecho en él su morada. Con los ojos vidriosos, abrió el armario y sacó su túnica carmelita. La había hecho confeccionar algunos años antes. La destinaba a su entierro. Se la probaba todos los sábados. Como reza el informe, “mientras en los bajos de su edificio los jóvenes fornicaban entre música estridente y alcohol, ella hacía penitencia enfundada en su áspero hábito marrón”. Sin embargo, de nada había servido su esfuerzo.

»Era jueves, pero se ciñó cuidadosamente la túnica. Tras anudar todos y cada uno de los botones, retuvo entre sus manos el cíngulo. Mucho más tranquila de lo que hubiera sido razonable, se subió a la silla y ató uno de los extremos del ceñidor a la lámpara de araña del techo; el otro, se lo anudó al cuello. No merecía otro final. Ella y el fruto de su vientre: dos nuevos Judas.

»Una decidida patada de su pie descalzo hizo tumbar la silla. Su cuerpo quedó bruscamente colgado entre el cielo y la tierra. Según señala el parte

forense, a diferencia de Judas Iscariote, el ahorcamiento produjo lentamente sus efectos. Cuando finalmente murió, había dejado de nevar. Su hijo, que llegó mucho más tarde debido a la nieve, buscó infructuosamente alguna nota de despedida, pero Mónica no tenía nada que decir. Eso fue lo que más le dolió. El arzobispo Cañarte y el abad Urrutia se ocuparon de celebrar el funeral. Voy a mostrarles algo...

Detuve el relato un segundo y corrí hasta el despacho para recoger el expediente, guardado bajo llave. Al regresar, les mostré el encabezamiento y la firma:

—A la juez titular, Lola MacHor, se le ocurrió la feliz idea de dar a luz el día que el cadáver de Mónica fue encontrado. Levantó el cadáver el juez sustituto, que archivó el caso cuando el forense dictaminó, sin género de duda, el suicidio como causa de la muerte. El suicidio se achacó a una enfermedad mental repentina, pero Francisco de Javier Mugarra sabía que ese diagnóstico era erróneo. Él conocía bien la causa y decidió vengarse: Urrutia, Cañarte y yo misma...

Jaime y Tagliatelli me miraban con la boca abierta, como sí de esa manera pudieran absorber mejor la retahíla de datos que les ofrecía. Cuando acabé, ambos permanecieron callados.

—¡Vaya historia! —dijo Jaime rompiendo el silencio.

—¿Cómo ha llegado a esas conclusiones, señorita? ¿Tiene datos que las corroboren?

—En realidad, fue el propio asesino el que me mostró el camino. Si él no me hubiera hablado del suicidio de su madre, me temo que nunca lo habría averiguado, aunque había dejado pistas significativas.

—¿Ah, sí?

—Sí, eminencia. Todo encaja. En el coche propiedad del monasterio, encontramos restos de sangre. No eran de Pello Urrutia, no coincidía el grupo sanguíneo. Además, bajo las uñas de la mano derecha del abad, encontramos restos de piel. Suponemos que le esperaba agazapado en la parte trasera del automóvil y que le sujetó cuando ya estaba sentado. Urrutia trató de defenderse y le arañó. Analizamos esa sangre: presentaba VIH positivo, probablemente fruto de prácticas sexuales de riesgo.

—¿Cómo lo sabe? Pudo ser una transfusión o...

—Desde luego, pudo contagiarse por otra vía, pero se sirvió de dos declarados homosexuales para llevar a cabo su venganza: el modisto Gorla y el novicio Mezquíriz. Eso dice mucho de él. En Leyre no me quisieron decir el motivo de su expulsión alegando que era secreto de confesión; también eso resulta ilustrativo. ¿Qué hay que ocultar bajo el palio de la confesión más que algo vergonzoso? De no haber sido por algo así, me habrían explicado su marcha. Además, se definió como un número primo. Un número sin genealogía, sin reproducción.

—Sin embargo, Lola —me interrumpió mi marido—, se marchó pronto del club.

—¿Del club? Temo haberme perdido parte de la historia, señoría —alegó Tagliatelli.

—Es cierto, creo que desconoce algunos detalles. En fin, nuestro asesino localizó a Faustino Gorla en un local de dudosa reputación frecuentado por los ambientes *gays*. En ese establecimiento, se abría la veda en un determinado momento de la noche...

—¿La veda? No lo comprendo.

Miré a Jaime, suplicándole que se lo contara él. Solía emplear las palabras justas en las ocasiones más variopintas. Pero, en aquel momento, lo explicó de la misma forma que lo habría hecho yo: por las buenas.

—Apagan las luces, eminencia, y cada cual se apaña con lo que encuentra. Más bien, con el que encuentra.

—Entiendo, el asesino visitó en varias ocasiones ese local pero se marchaba cuando todavía estaban las luces encendidas; eso podría indicar que no pertenecía al club.

—Podría ser, eminencia, pero yo no lo creo. Lo que opino es que acudió allí para orquestar una venganza. Quería vengar a su madre y sabía que lo que se vendía en ese club la había matado. El hermano Chocarro dijo haber visto en su sueño a un hombre de dos caras: una vida de cara a la galería, otra oculta. Esta segunda le avergüenza, por eso borró de un tiro el rostro de su tío el arzobispo Cañarte y trató luego de hacer lo mismo con la suya, eminencia... Por el mismo motivo, se cargó al falso novicio, Xavier Mezquíriz, el homosexual con el que contactó por Internet; el tipo de persona que siempre había despreciado.

—¿Y está segura de que nos inculpa a nosotros?

—Lo estoy. ¿Recuerda el primer manuscrito? Lo firmó con un extraño nombre: Azenar. Al principio creímos que esa rúbrica estaba destinada a apuntar al monasterio de Leyre, pero creo que nos equivocamos. El tal Azenar había sido uno de los constructores del templo de Leyre, pero también había muerto a manos de la Inquisición. Él ha querido hacer el símil.

—¿La Inquisición? No logro entenderlo, Lola. ¿Por qué nos imputa sus propias culpas?

—Es obvio; él se refugió en Leyre para huir de ellas, pero ustedes le lanzaron de nuevo al mundo de las tentaciones. Recuerde los encabezamientos de las cartas, eminencia. El primero decía: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». ¿Sabe cómo firmó el envío de los sobres con los dedos amputados? Escribió: «Compassion, no sacrifies». Quiero compasión, no sacrificios. Él cree que ustedes le desampararon; que no tuvieron la compasión debida. Si le hubieran permitido permanecer en la abadía, su madre seguiría en el mundo y viviría orgullosa de su hijo. Él, por su parte, mantendría su secreto y no tendría de qué avergonzarse... y no estaría afectado por el SIDA.

—Como le decía antes, Lola, no habría aguantado esa vida...

—Es muy posible, pero él no lo cree así, por eso ha matado a todos los que se interpusieron en su camino. En primer lugar, al abad que permitió su expulsión; después, al arzobispo que no quiso interceder por él, pese a ser su sobrino.

—¿Y yo, Lola? ¿Qué tengo yo que ver con esto?

—Usted es el nuncio, eminencia; representa la ortodoxia de Roma, en la que los dos asesinados se basaron para expulsarle.

—¿Y Gorla, y el novicio, por qué los mató?

—Lo del novicio sólo puedo explicarlo como le dije antes: ser y vivir como un homosexual; quizás eso le recordara su propia debilidad. Me dijo que la muerte de Gorla había sido un accidente. Es probable que el modisto tuviera los mismos problemas que nuestro asesino con la homosexualidad. Se mantenía oculto, evitaba ser como Mezquíriz...

—Pero le mató.

—Sí, le asesinó. Supongo que cuando Gorla se enterara de que, robando el sagrario de Leyre, había contribuido a dos ejecuciones, amenazó con denunciarle. Nuestro asesino le mató.

—Querida amiga, han pasado diez años desde el suicidio de su madre, ¿por qué esperar tanto tiempo para vengarse? Los dos asesinados eran venerables ancianos. Si hubiera esperado un poco más, ambos habrían muerto en sus camas. Si quería vengarse, debería haberlo hecho hace tiempo.

—Eso es cierto, pero la perspectiva cambia cuando entra el relicario.

—¿El relicario? —me interrogó Tagliatelli—. ¿Qué tiene que ver el relicario con todo esto?

—Verá, eminencia, desde el principio supusimos que el asesino estaba relacionado, de una u otra manera, con el mundo de las antigüedades. No empleó un folio para escribir sus proclamas, envió pergaminos de notable calidad y perfectamente tratados. A eso debemos añadir que pidió una pieza específica de arte religioso. Creo que no es descabellado pensar que no es un cliente, sino un anticuario; uno notable.

—De acuerdo, Lolilla, que empleara pergaminos le sitúa en el ámbito del gremio de los anticuarios, pero de ahí a decir que es un experto anticuario... En fin, no lo veo claro.

—Sí, eso fue lo que yo pensé al principio, pero nos habíamos olvidado del factor azar.

—¿El azar? La tenía por una juez objetiva...

—Y lo soy, eminencia. Déjeme que le cuente cómo me lo figuro yo. Tras el suicidio de su madre, nuestro hombre cambia de identidad y de dirección y se forja una nueva vida. Me comentó el maestro de novicios que Francisco de Javier Mugarra poseía un fino olfato artístico y un buen ojo para los negocios. Imaginemos que, tras su salida del monasterio, se introdujo en el mundo de las antigüedades. Hace diez años, el mercado estaba en plena efervescencia y él tenía experiencia con arte sacro. Ambas cosas le permitieron acumular simultáneamente fama y fortuna. No olvidemos que todos los testigos de Brothers le describen como un tipo especialmente elegante y culto.

—¡Pero Lola, todo lo que ha dicho hasta el momento es pura especulación!  
—protestó airadamente Tagliatelli.

—Espere a que termine, luego juzgaremos eso. Decía que han pasado diez años; nuestro hombre ha cosechado fama y dinero. No se ha olvidado de Leyre ni de aquel nevado día de febrero ni del desprecio de su madre, que no le dedicó ni una sola línea. Sin embargo, vive tranquilo en su ambiente. Quizás, en



ocasiones, se deje llevar por su tendencia oculta que nunca ha hecho pública. En todo caso, nadie le molesta; en el mundo del arte, son frecuentes las extravagancias. Un buen día, se presenta en su despacho el administrador apostólico de la diócesis de Pamplona. Es probable que ya se conocieran. Si Mugarra estaba especializado en arte sacro, sus talleres podrían haber restaurado alguna pieza del arzobispado, limpiado un lienzo, fechado un nuevo descubrimiento; no sé, alguna cosa por el estilo. Cuando el administrador de la diócesis se encuentra metido en un lío del que no sabe salir, recuerda que está rodeado de dinero en potencia. La Iglesia es rica en patrimonio artístico. Así pues, acude a nuestro anticuario y le solicita un préstamo dejando una pieza del Museo Catedralicio como prenda, o puede que se la ofrezca para que la compre. En ese caso, tendría ya apalabrada la réplica. Mugarra ve enseguida el negocio y llega con él a un acuerdo. Le prestaría el dinero; si no era capaz de devolverlo a tiempo, se quedaría con el relicario.

»Con el dinero recibido, el administrador paga sus deudas y evita la agresividad de sus acreedores, pero cuando todo vuelve a pintar claro, le informan que tiene un cáncer terminal. Casi en su lecho de muerte, el administrador confiesa todo esto al arzobispo. Declara que el relicario que se expone en el museo es falso; que él mismo encargó la réplica a uno de los mejores artesanos de la zona y que la factura del trabajo está aún por pagar. Además, sólo quedan unos meses para que venza la deuda. Si no se paga, el anticuario se quedará con el relicario para siempre.

»De modo que el arzobispo paga al artesano y luego se pone en contacto con el anticuario...

—Y éste vio cómo se reabría la herida que nunca se había cerrado —culminó Jaime.

—Sí, ante él estaba nada menos que el arzobispo, que no había sido capaz de perdonar su pecado, comerciando con los bienes de la Iglesia. Y, a pesar de ello, él era tenido por un hombre bueno, respetado por todos. Eso hizo que se volviera loco. En comparación con su problema, lo del arzobispo le pareció mucho más serio...

—Y decidió vengarse y ponerle en evidencia.

—En efecto, eminencia; ésa es la clave: ponerle en evidencia. El relicario no fue más que la ocasión propicia. Cuando el arzobispo recibió el dedo con la nota,

se quedó petrificado. No sabía si se trataba de una coincidencia o bien estaba ante un prestamista mafioso. Por ello, vendió su cartera de acciones, acudió con el dinero a la cita y se llevó el relicario viejo: si no era una coincidencia, podía recuperar el verdadero y zanjar el asunto. Varias veces le dijo a Andueza que aquello era por él, no por el valor de la pieza en cuestión. Pero el asesino despreció su dinero, y para que quedase constancia de que no era el dinero lo que buscaba, roció con billetes su cadáver. No tocó ni un céntimo.

—Es decir, señoría, que el verdadero relicario sigue en sus manos.

—Sí, el relicario y el copón lleno de hostias consagradas que se llevó de Leyre. Creo que los tiene a buen recaudo. Envió la hostia en un envase cerrado. No deseaba que se dañara, porque él se sigue teniendo por un católico practicante, casi como un monje. Viste como tal y adora la eucaristía, prueba de ello es que pidió a Gorla que apagara la lamparilla que ardía junto al Santísimo cuando se lo llevara.

—Veo, querida Lola, que ha averiguado muchas cosas acerca de este asesino, pero ¿sabe quién es?

—No, todavía no. Tengo una lista con más de 8000 nombres de anticuarios que operan en España. Como ha cambiado de identidad, no podemos excluir a nadie. No obstante, mañana pediré que la depuren manteniendo sólo a aquéllos que trabajan el arte sacro. No creo que sea muy extensa. Cuando la vea, sabré quién es.

—¿Cómo? —preguntó Jaime.

—No lo sé, pero confío en que su nuevo nombre tenga algo de simbólico... El asesino quiere ser detenido. Dejó pistas, y como no las sabíamos interpretar, vino a buscarme y me habló de su madre...

—La herida de su cabeza —dijo el nuncio.

—Así es, padre, pero no se preocupe; casi no me duele. Estoy segura de que encontraremos algo en esa lista que nos indique quién es... Si no es así, se la llevaré al hermano Chocarro: él logrará identificarle.

—Lolilla, una cosa no me queda clara: ¿por qué tú? No representas a la Iglesia ni a la ortodoxia precisamente... —dijo con retintín.

—Es cierto; nada tengo que ver; pero él cree que yo instruí el expediente del suicidio de su madre. Me culpa porque cerré el caso como suicidio, cuando él cree que Urrutia y Cañarte fueron inductores de la muerte de su madre.

—Pero, a diferencia de Urrutia y Cañarte, de Gorla y Mezquíz, te dejó vivir —farfulló Jaime con un doloroso gesto en los labios.

—He pensado mucho en ello... Creo que hay dos motivos que explican que el otro día no me matara: en primer lugar, mi condición de mujer. Ya sabes cómo suelo llevar el coche: un juguete olvidado, un almuerzo en el suelo, un chupete... De algún modo, me vio como una madre, no como una jueza; eso le retuvo. En segundo, y mucho más importante, todavía me necesita para sacar el asunto a la luz. Estoy instruyendo el sumario que culminará su venganza, no obstante...

—No obstante, ¿qué?

La voz de mi marido sonó angustiada.

—Creo que si no hago bien mi trabajo, la próxima vez no tendrá compasión. O le cazamos o me matará. Una vez iniciada, su venganza no puede detenerse hasta estar completa.

—¡Pero si tú no instruiste ese sumario!

—Eso es cierto, pero él no lo sabe.

## XV

A la mañana siguiente, aún apelmazada por el sueño, me enfrenté a la lista con datos de los anticuarios. Desechando a quienes no cultivaban el arte sacro, los informáticos la habían depurado reduciéndola considerablemente. Aun así, figuraban en ella la friolera de 382 nombres. Al principio, leí cada uno de los expedientes. De grosor variable, al menos incluían el nombre fiscal y comercial del negocio, la cifra de capital social y el año de instalación, el lugar de la sede social y de los puntos de venta, el número de empleados y la especialidad.

Cuando había analizado una centena de ellos sin encontrar nada significativo, me detuve y volví a empezar. Aunque había tomado la elemental precaución de ayudarme de una regla, me di cuenta de que no estaba prestando la debida atención e iba acumulando pequeños despistes; cambiaba de línea dejando alguna sin leer; leía el mismo folio varias veces mientras omitía otros. Por algún prodigio insólito, la mayoría de aquellos negocios tenían nombres similares. Abundaban la inspiración griega y la romana, los latinajos y la cursilería, nombres rimbombantes que, he de confesar, yo jamás habría puesto.

El tiempo pasaba y la tarea cada vez me resultaba más frustrante. El día anterior, encontrar al asesino en aquella lista me pareció fácil, casi obvio, pero lo que de verdad quedó patente fue que había vuelto a equivocarme.

A la tercera hora, cuando la temperatura había llegado a ser asfixiante, me di cuenta de que habría debido planificar la tarea antes de ejecutarla. Muchos de aquellos títulos llenos de datos no me aportaban ninguna información. Debiera haberme centrado exclusivamente en los que pudieran contribuir en algo a la resolución del problema. Según la información recabada de los testigos, la persona que buscaba debía tener un negocio próspero. En otro caso, no se le habría ofrecido un relicario de tanto valor. No obstante, la cifra de capital social

con el que se inició la empresa, poco podía decirme en ese sentido. Pensé que sería mucho más aproximativo mirar el número de empleados. Supuse que un anticuario famoso tendría muchas guapas señoritas atendiendo a los caprichosos clientes. Además, sabía que el negocio se había iniciado en fecha posterior a la muerte de Mónica Mugarra, por tanto, sólo analizaría aquellas empresas posteriores a 1997.

Con obstinación, comencé de nuevo, y de nuevo desesperé. Conseguí reducir la lista a treinta y dos nombres, pero en ninguno de aquellos expedientes logré encontrar pista alguna, lo que me obligaba a interrogar a cada uno de ellos. Eso suponía tiempo; que era, precisamente, de lo que carecía.

—¡Tiene que estar aquí! —chillé.

Estaba sola en el despacho.

Con un impetuoso gesto, lancé el rotulador fluorescente que tenía en la mano contra la pared. A continuación, la emprendí con los cientos de folios que llenaban mi mesa. Los balances, inventarios y escrituras volaron por la habitación, y cayeron caóticamente al suelo, el sofá y la mesa.

—¿Qué te han hecho esos folios? —oí decir.

Levanté la vista y me topé con la silueta del juez Uranga. Luego miré con desaliento los folios en desorden, subrayados, llenos de anotaciones al margen.

—Lo siento... —dije, esbozando un nuevo gesto de decepción.

—No te preocupes —respondió con firmeza—, te ayudo a recogerlos.

Dejé vagar la mirada por el suelo, sembrado de papel. Su disposición era, cuando menos, caótica.

—Déjalo. Lo que necesito ahora es pensar.

—¿Por qué no me acompañas? Si nos apresuramos, podemos llegar antes de que se acaben los buñuelos —sugirió.

Asentí con la cabeza, al tiempo que intentaba localizar mi bolso bajo alguno de aquellos expedientes.

—¡Gracias por el ofrecimiento! Tengo el cuello entumecido y la cabeza en blanco.

Uranga posee la habilidad de paliar los problemas más graves con una sonrisa. Sin embargo, aquel día no lo consiguió. No recuerdo siquiera qué tomé en la pequeña cafetería de doña Emilia. Seguí rumiando mi frustración. Estaba segura de que había un cauce que no había explorado. Pero cuando ya nos

encaminábamos de nuevo al juzgado, dijo algo que me levantó el ánimo.

—Digo yo, Lola, que los anticuarios tendrán también una asociación...

—¿Cómo dices?

—Que estarán asociados en un gremio, como todo el mundo.

—Imagino que sí.

—¡Pues ahí lo tienes! Entérate de quién es el presidente, vete a verle y pregúntaselo; dentro de esas agrupaciones, todos se conocen.

—¡Claro, tienes razón!

Volví corriendo al juzgado. Desde luego, la de Uranga había sido una idea genial. En veinticinco minutos, Gorka obtuvo el nombre de la asociación y el teléfono de quien la regía. El presidente de la Federación Española de Anticuarios, que era algo así como la asociación de las asociaciones regionales de anticuarios diseminadas por España, se llamaba Edmundo San Agustín y regentaba un prometedor negocio con sedes en Madrid, Barcelona, Londres, Pekín y Tokio. Rezando para que estuviera en España y pudiera recibimos, conseguimos contactar con su secretaria y convencerla de que el asunto era de extrema importancia. Al oír mi cargo y entender que se trataba de un asunto oficial, prometió concertar una cita para el día siguiente, El señor San Agustín descansaba en su finca toledana, pero estaba segura de que nos recibiría encantado.

Jaime se empeñó en acompañarme. Lo cierto es que agradecí su tozudez; estaba cansada de luchar sola contra extraños gigantes disfrazados de molinos. Cogimos el primer puente aéreo que unía Pamplona con Madrid. Tuvimos que pagar billete preferente porque la clase turista estaba completa, «El de las seis cincuenta siempre está lleno; *business*», nos aclaró la resabiada azafata, una señora entrada en algo más que años. Nos ofrecieron un líquido negro (café, dijeron) y un minúsculo cruasán que, desde luego, no compensaba de ningún modo el sobrepeso. Poco después de las ocho, nos sumergimos en el denso tráfico de la M 30 en un pequeño Volkswagen que alquilamos en el mismo aeropuerto.

Edmundo San Agustín nos había citado a las diez de la mañana en su domicilio, una finca a medio camino entre Madrid y Toledo. Por teléfono, su secretaria nos había facilitado las indicaciones pertinentes. «Pese a ser un lugar

privilegiado, sólo paz y romero, es fácil perderse», nos había dicho, y con razón. Aun con el mapa de carreteras en la mano y las pistas recibidas, estuvimos cerca de media hora desorientados y nos vimos obligados a preguntar a un paisano que nos dijo que habíamos cogido la desviación equivocada. Tras desandar el camino, acertamos finalmente con la salida y pudimos comprobar que, en efecto, el emplazamiento resultaba magnífico. Un puente de piedra, recientemente remodelado, salvaba el pequeño arroyuelo, yerto, y conectaba la carretera comarcal con la puerta de entrada a la finca del anticuario.

En Pamplona, el día había amanecido caluroso y el cielo se pintaba azul intenso; en Madrid, también. Sin embargo, mientras nos acercábamos a Toledo, nubes parduscas procedentes del oeste comenzaron a echar fieros a la quietud tórrida. Sazonada con esencias aromáticas, la brisa que encontramos al iniciarse el día empezó a encrespase levantando al pasar remolinos de polvo que impedían la visión. En realidad, el tiempo no hacía sino vestir de duelo los acontecimientos: no lo sabíamos, pero era día de entierro. Saqué las gafas de sol cuando llegamos; el polvo suspendido en el aire era verdaderamente molesto.

Tras identificarnos en el megáfono de la entrada, la cancela metálica se desplazó lo suficiente para dejar pasar a nuestro coche; de inmediato, volvió a cerrarse. También la cámara de seguridad, que había girado hasta captar nuestra matrícula, volvió a su posición.

Ascendimos hasta la casa por un camino de grava bordeado por majestuosos cipreses que daban cuenta de la antigüedad de la finca. A la derecha, dejamos una pequeña construcción de una sola planta (que bien podía ser la casa de los guardeses) y las caballerizas. De esto último había poca duda: olía a estiércol y se oía golpeteo de cascos. El que atravesamos, era un paisaje pobre: algo de monte bajo, encinas centenarias, varios olivos, pero, sobre todo matorral. Enseguida noté cómo el tomillo y el romero cortejaban los espacios vacíos. Recuerdo que, al notar la presencia del romero, me estremecí. Así había empezado todo, con ese aroma...

Desde la verja de la entrada, se alcanzaba a ver el edificio principal en el altozano; eso me confundió y calculé mal la extensión de la finca. En realidad, la distancia era grande y empleamos casi cinco minutos en llegar hasta él.

La casa, de ladrillo rojo, recientemente remodelada, se elevaba en tres alturas. La fachada se exhibía engalanada con soberbios balcones de hierro

forjado y no menos espléndidos marcos de piedra blanca. Por encima del tejado, sobresalían varias chimeneas y dos grandes antenas. Era ese tipo de casa que no puede ocultar su rancio abolengo.

Mientras aparcábamos el coche, noté que había un hombre de pie en la entrada de la vivienda; se apoyaba en una de las enormes columnas que soportaban el porche. Acompañado de tres enormes mastines, cubriéndose los ojos del resol con la palma de la mano diestra, observaba nuestra llegada. Supuse que era nuestro anfitrión (llegábamos con quince minutos de retraso), pero no fui capaz de fijarme en él; los perros me quitaron el aliento.

Aunque había empezado a llover, bajó la escalinata para recibirnos hasta el aparcamiento. Los perros le siguieron. Oí crujir la grava bajo sus botas de montar, lo mismo que la de los perros. No me llevo bien con los animales, ni grandes ni pequeños. Su presencia me puso muy nerviosa. No quería empezar con mal pie, pero era incapaz de dominar mi miedo. Sin embargo, antes de llegar hasta el coche, el hombre hizo un gesto que los mastines obedecieron de inmediato, quedándose muy quietos, a unos respetables metros de distancia.

Cuando se resolvió el pequeño inconveniente, reparé en el hombre. Era alto y esbelto, con el torso de un nadador. Vestía un sencillo pantalón beige de montar y una camisa azul marino con las mangas remangadas; se cubría el cuello con un pañuelo de seda y los ojos con gafas de sol. El ébano de su largo pelo, moderadamente rizado, caía descuidadamente sobre sus hombros. Su rostro curtido a la manera de quien convive habitualmente con el aire libre, resultaba todavía juvenil. Desde luego, era un tipo llamativo, interesante.

—Señoría, soy Edmundo San Agustín; es un placer conocerla.

Me excusé por la tardanza.

—Ha sido la salida la que nos ha despistado —añadió Jaime—. Por lo demás, el acceso no es dificultoso y el lugar resulta magnífico.

—Gracias, es muy amable. Lo cierto es que yo soy feliz aquí, en medio de la nada. Es un paraje agreste, nada que ver con el norte, pero se respira paz, lo que no resulta nada fácil en los tiempos que corren.

Yo escuchaba la conversación sonriendo pero sin pronunciar palabra. Estaba atenta, esperando oír de nuevo el timbre de su voz. Quizá fuera capaz de reconocer en ella la frecuencia de mi agresor, del artificiero, del asesino de los números primos.



Tras intercambiar con nosotros varias frases de cortesía referentes al paisaje y la meteorología, nos mostró el camino hacia su casa con el brazo extendido.

—Vayan pasando, por favor. Si me disculpan un segundo, encerraré a los perros.

Le esperamos en el porche. Vino en pocos segundos. Ya dentro, se quitó las gafas espejadas. El corazón me dio un vuelco cuando observé sus ojos, verdes como la pradera de césped que se extendía a la izquierda, junto a la piscina. Enmarcados por unas pobladas cejas, tan oscuras como su cabello, refulgían con un brillo extraño. Disimulé lo mejor que pude.

San Agustín nos condujo hasta la biblioteca, situada a la derecha de la gran escalera central que, por un momento, me hizo retroceder hasta los tiempos de *Lo que el viento se llevó*. Presidida por una enorme chimenea rústica de traza antiquísima, la biblioteca, colmada de libros antiguos, me recordó a su homóloga de Leyre. Me giré sobre mí misma para contemplar el resto de la estancia. Cuando vi los trofeos de caza colgados en la pared, no pude por menos que recordar el cuchillo de caza brillando junto a mi garganta. El escalofrío anterior se transformó de inmediato en miedo. Sin embargo, él permanecía completamente tranquilo, lo que me hizo pensar que estaba viendo fantasmas. Al fin y al cabo, mucha gente tiene los ojos verdes y es amante de la caza.

—¡Qué magnífica chimenea! —exclamé tratando de no pensar en ello.

—Tiene usted buen ojo para las antigüedades, señorita. Ésta es una pieza única, la rescaté de un castillo medieval en ruinas. Cuando la enciendo, y veo cómo se elevan sus llamas, me siento como un príncipe cristiano que viniera de combatir a los moros en La Extremadura. Siéntense, por favor —dijo mostrándonos unos sofás de cuero color tabaco—. ¿Desean tomar algo? ¿Un café quizá?

—No se moleste —dijo Jaime, casi al mismo tiempo que yo aceptaba el ofrecimiento.

Me miró con extrañeza. No me apetecía especialmente el café, pero tomarlo me proporcionaría unos minutos para poder curiosear la habitación.

En efecto, el anticuario salió de la estancia dejándonos solos. Me levanté de inmediato y busqué fotografías por la biblioteca. Había varias repartidas por el velador y las estanterías. Comprobé que todas ellas mostraban a nuestro anfitrión recibiendo premios u homenajes. No había ninguna privada. Me paseé despacio

por la pieza. Todo estaba en su sitio, demasiado ordenado, demasiado perfecto, frío. «Un hombre solitario con un buen servicio doméstico», pensé.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Lo toma con leche, señoría?

—Llámeme Lola, por favor.

—De acuerdo, gracias. ¿Azúcar?

—No, lo tomo solo.

—¿Y usted, don Jaime?

—Sólo un poco de agua, gracias.

—Muy bien —dijo al volver a sentarse—. ¿Y qué les trae por aquí? Por teléfono, me pareció usted muy misteriosa.

—Es difícil hablar por teléfono, ¿verdad? Sobre todo cuando una no conoce personalmente a su interlocutor. Prefiero conversar... Además, el tema puede ser delicado...

—Tiene razón, el teléfono es muy frío... ¡y Toledo demasiado caluroso! —rió.

Fuera llovía suavemente.

—Señor San Agustín, creo que es usted el presidente de la Federación de Anticuarios españoles...

—En efecto, señoría, lo soy. Fui elegido el año pasado, por unanimidad.

—Eso está bien; la unanimidad es siempre de agradecer. ¿Puedo inferir de ello que usted conoce bien a los asociados?

—Conozco a casi todos; personalmente, trato con los grandes, pero mis puertas están abiertas para cualquiera de ellos. Por algo soy el presidente...

—Claro, es natural... —musité—. En ese caso, su experiencia nos será de mucha utilidad.

—Estoy a su disposición.

—Verá, señor San Agustín...

—Edmundo, por favor.

—De acuerdo, Edmundo; estamos buscando a un anticuario especializado en arte sacro. Suponemos que posee una firma grande, de renombre.

—El arte sacro es amplísimo, señoría. Nuestra especialización no sigue el criterio que usted indica. Más bien, nos dividimos por épocas, o por calidades y precios, aunque, naturalmente, puedo ofrecerle un listado de personas que cultivan ese género con grado de excelencia.

—Se lo agradeceríamos mucho —acepté, pero al ver el brillo de aquellos ojos, decidí probar suerte.

Hasta aquel momento, su voz no me había dicho nada, pero quizá se trataba sólo de un cambio de circunstancias.

—Y usted, Edmundo, ¿se dedica también al arte sacro?

—Sí, entre otras muchas cosas. Estoy especializado en los siglos XV al XVIII. Me interesa especialmente el libro antiguo. Por la época, y por la belleza del trabajo monacal, mucho de lo que cultivo es sacro. Además, poseo una sublime colección de ornamentos y vasos sagrados.

—¿Relicarios, tal vez? —dije.

Jaime, que estaba terminándose su vaso de agua, dio un bote y me miró inquisitivo. No le hice caso.

—Sí, por supuesto. Poseo cuatro verdaderamente notables. Los relicarios suelen ser piezas excepcionalmente bellas. Los antiguos orfebres sabían que su obra cobijaría algo muy valioso y se esmeraban empleando materiales preciosos y las manos más cualificadas.

—¿Alguno de los relicarios de su colección procede de Navarra?

—Pues sí, uno de ellos es de allí. ¿Desea un poco más de café, señoría?

—No, se lo agradezco.

Rechacé la oferta; el café estaba muy amargo y yo estaba algo mareada.

—¿Querría verlos, Lola? Me refiero a los relicarios...

—¿Es que los tiene aquí?

—¡Naturalmente! ¡Vivo aquí! ¿Cómo podría disfrutarlos si los tuviese encerrados en una caja fuerte?

—Tiene razón —dije levantándome. Las grandes medidas de seguridad que, reconozco, me habían sorprendido, parecían justificadas—. ¿Vienes, Jaime?

—Creo que esperaré aquí —se excusó—. Estoy algo mareado.

Seguí maquinalmente a San Agustín por aquellos anchos pasillos llenos de bargueños, porcelanas chinas y óleos de autor. Finalmente, llegamos hasta una puerta metálica blindada, flanqueada por dos armaduras medievales completas, caballo y jinete.

—Ésta es mi cueva secreta, señoría —me informó, mientras introducía a toda velocidad un código de cuatro caracteres en una pantalla táctil.

—Ábrete, Sésamo —dijo sonriendo.

Inmediatamente la puerta se abrió; lo hizo con suavidad, sin el más leve rumor.

—Adelante —musitó, mostrando el camino con la mano derecha.

Mi mareo era cada vez mayor. A duras penas lograba que me obedecieran las piernas. Sin embargo, avancé hasta el centro de la habitación. La sala era muy grande, pintada de un blanco exquisito, sin ventanas. En las paredes y el suelo se acumulaban cientos de piezas bellísimas, a cual más valiosa. En medio de ellas, sostenidos por una pareja de idénticas columnas jónicas, se hallaban el *Lignum Crucis* de la diócesis de Pamplona y el copón de oro del monasterio de Leyre. Junto a este último, ardía una pequeña linterna roja.

—Ha tardado mucho, jueza MacHor.

—¡Usted, us...! —intenté acabar la frase, pero sólo logré farfullar.

—No se preocupe, no es doloroso. La droga surtirá efecto poco a poco. De todas formas, estará mejor sentada —me dijo, obligándome a acomodarme en un enorme trono de madera sobredorada.

—¿Por qué? —logré decir.

—¿Aún no sabe por qué?

Afirmé con la cabeza.

—Lo suponía... Al principio, llegué al convencimiento de que esto le quedaba grande, aunque en el fondo sabía que podía confiar en usted. Con sus investigaciones, todo el mundo conocerá de qué pasta estaban hechos los que se tildaban a sí mismos de apóstoles de Cristo. ¡Han vendido el Reino por dinero y fama!

Comenzó a caérseme la baba, pero no pude mover el brazo para secarme. Hice un esfuerzo casi sobrehumano y logré pronunciar:

—Mónica no lo aprobaría...

Levantó la mano y me cruzó la cara. No me dolió apenas, estaba drogada, pero noté que un hilo de sangre se mezclaba con mi saliva.

—¿Y usted qué sabe? ¡Ni siquiera fue capaz de instruir bien su expediente!

—No fui yo...

—¿Cómo dice?

—No lo instruí yo... Estaba de guardia, pero me puse de parto... Estaba dando a luz...

Me escuchó perplejo, abriendo mucho los ojos. Se acercó, agachándose hasta

estar a mi altura, y me invadió su perfume (que identifiqué de inmediato como Esencia de Loewe).

—¿Dando a luz?

—El 22 de febrero de 1996... Nació mi hijo... No fui yo, sino mi sustituto...

Se mantuvo en aquella posición unos segundos, mirándome fijamente, a escasos centímetros de la cara. Supuse que estaba decidiendo qué hacer. Finalmente, manteniendo la postura y hablando muy despacio me dijo:

—Jueza MacHor, lo lamento muchísimo. Ha sido una equivocación imperdonable; su nombre figuraba en el encabezamiento del expediente. Me pesa terriblemente dejarla morir, lo mismo que a su marido, pero no puedo dar marcha atrás. ¿Me comprende, verdad? Piense que con su muerte está contribuyendo a una buena obra...

Las lágrimas corrían por mi mejilla. ¡Había dicho que también Jaime caería! ¿Quién cuidaría a Pablo, quién compraría aceitunas, quién saltaría al año siguiente las hogueras de San Juan? La rabia me invadió.

—El humo de Satanás... —musité, parafraseando lo que él me había dicho en nuestro primer encuentro.

—¿Cómo dice?

Edmundo se había puesto en pie y contemplaba extasiado el copón de oro. Al oírme murmurar volvió.

—El humo de Satanás... —repetí.

Percibí una nota de tensión en su rostro. Sin embargo, dijo calmado:

—Veo que me comprendió bien. Es cierto, el humo de Satanás se coló por la rendija de la Iglesia, haciendo que los eclesiásticos olvidaran la caridad... Pero ahora, todo cambiará.

—No, el diablo está aquí. Usted es un asesino...

—¡No es cierto, sólo ejecuto la obra de Dios! ¿Es que no lo ha comprendido? ¡Yo soy un número primo, estoy llamado a cambiar lo que ellos han hecho mal! Si no me hubieran apartado de la vida monástica, todos estaríamos bien... Mi madre estaría viva y orgullosa de mí, y yo... Yo no tendría... lo que tengo.

—Jaime, yo... Mis hijos... Mónica no lo aprobaría...

Estalló:

—¡Cállese, lo hago por ella!

—¡No! —insistí.

—¡Todo ha sido por ella!

—¡No!

En aquel momento, su espíritu se derrumbó. Llorando, cayó de rodillas a mis pies.

—Tengo SIDA, ¿sabe? ¡Estoy contagiado, ya no hay vuelta atrás!

—Mis hijos... Mónica Mugarra Garciandía... Ella no lo aprobaría.

Edmundo San Agustín se levantó, se acercó a la pared y cogió un trabuco antiguo.

—Mónica Mugarra Garciandía —pronuncié lo mejor que pude—. Ella también era madre...

Dejó de llorar y se quedó inmóvil. En aquel momento, me fijé en el copón de oro y en la pequeña lámpara roja que ardía a su vera.

—Compasión, no sacrificios —murmuré—. Se lo decía a los clérigos...

Volvió hacia mí y recorrió con la vista la habitación, como si todo lo que viera le resultara desconocido. Hice un último esfuerzo; tenía la sensación de que pronto perdería la conciencia y todo habría terminado.

—Compasión, no sacrificios... El que habita en ese copón no quiere más sangre ni más crueldad.

—Tiene razón —dijo al tiempo que se colocaba el trabuco bajo el mentón. Sus ojos brillaron una vez más—. Adiós, señorita —dijo, y disparó.

—¡No! —musité.

Quería chillar, pero no tuve fuerzas para hacerlo.

Los bellísimos iris verdes, el elegante óvalo de su rostro, los rizos azabaches, la dulce piel morena, la angustia encerrada, todo saltó por los aires. Se convirtió en una masa sanguinolenta que se desparramó por la habitación. En un pequeño instante, apenas un suspiro, aquella cueva de tesoros se convirtió en una tumba.

Me sentí morir queriendo vivir. La parálisis progresaba, lo mismo que mi abotargamiento. Tenía delante aquella lucecita roja que, a modo de faro, me señalaba la presencia de aquellas hostias de discordia. Su luz me alcanzó como una caricia tranquilizadora y, casi en un soplo, susurré:

—¡Por favor!

Cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño. Comenzó a resultarme dificultoso respirar. En medio de las suaves bocanadas, escuché el sonido metálico; luego, noté la brisa fresca.

—Lolilla...

—Aquí —balbucí.

Abrí los ojos y vi a Jaime. Tenía el rostro ceniciento pero estaba en pie.

—Aguanta, ya viene la ambulancia.

—¿Cómo?

—Ya sabes lo débil que es mi estómago. Lo he vomitado todo.

Sonreí. De nuevo, la debilidad se convertía en fortaleza.

—¿Cómo?

—¿Te refieres a la combinación?

Asentí con la cabeza.

—Fue fácil, era su número primo.

## Epílogo

Sé que mi nombre está escrito en el Libro de los muertos, sólo desconozco la fecha del registro. Puede que sea mañana u hoy mismo; quizá me falten cuarenta años.

Es posible que el avión, cuya puerta de embarque rondo sin éxito desde hace rato, sufra una avería mecánica y las tapas de este cuaderno aparezcan en pantalla durante las noticias de las tres. A lo mejor, muero en mi cama, a lo burgués, o en el catre de un frío hospital y es la morfina la que decide el momento. El cuándo y el cómo me es completamente ajeno, pero tras estos hechos he aprendido que eso poco importa. Caminamos siempre sobre el filo de la navaja, lo único significativo es apostar por el caballo ganador. Nada nos está vedado, nada prohibido, nada es en sí inconveniente, nada es ilícito, pero hay dos caballos en juego, y sólo se apuesta una vez.

Chocarro me mostró un cielo que huele a hierba recién segada, un cielo amarillo con ventanas a la calle. Por ellas entran ecos de risas de niños y rumores de algodón. Un cielo sin semáforos ni aeropuertos, un cielo donde todo se lava en casa y no destiñe. Un cielo de segundo grado, integral triple de paz indefinida, de cero a infinito. Un cielo que sólo tiene un principio: no dañes a nadie, haz como Él.

Pero ante los ojos se presenta otro cielo que exhibe una multitud de placeres. Un cielo menguante pero irresistible en el que se rastrea el humo de batallas malditas, bañadas en perfumes caros y lujos de asfalto. Sedas de tintorería, tafetanes arrugados, comedores bulliciosos donde todos ríen mientras todos lloran. Primera clase al infierno, con puntos para Iberia plus. Triunfar corriendo, perder corriendo, morir corriendo ajando la silicona de unos pechos de estreno. El cielo de Álvarez, entronado a inspector jefe; el del anónimo policía (¿quién?)



que se apropió en un descuido de 60.000 euros en aquella ermita; el cielo de Montalvo, regado con el llanto de niños mancillados; el cielo de cartón piedra, el de la venganza de san Agustín (santa Mónica bendita... ¿Cómo no me di cuenta de que su nombre lo decía todo?).

Para mi sorpresa, Iturri echó el equipaje por la borda y se sumó a la apuesta de Chocarro. Sin solución de continuidad, pasó de paciente de hospital a huésped de Leyre. Lleva tres meses encerrado en el monasterio sin ver a nadie, tampoco a mí. Cuando salga, es probable que hablemos de ello, aunque no en detalle...

Yo aún nado entre dos aguas, levantándome en un reino y acostándome en el del enemigo, luchando para recordar dónde está el norte. Algunas veces me despierto a medianoche, temblando, con el camisón empapado de miedo. Entonces, me meto en su cama y me acurruco a su espalda hasta que los fantasmas desaparecen. Sé que a él no le gusta, porque se levanta temprano, pero al echarme me llama Lolilla y ese nombre, en sus labios, sabe a noche de bodas.

Mi avión sufre un nuevo retraso. Si seguimos así, no llegaré a tiempo. Me dirijo a Solesmes, Casa Central de la que dependen los benedictinos de Leyre. Los monjes de San Salvador han ejercido su derecho al voto y Chocarro se los ha llevado todos. Pero antes de tomar el cetro, ha de ordenarse sacerdote.

—Ya ve, señoría, cómo está la Iglesia: ¡gobernando el sacristán! —me dijo la última vez que nos vimos—. Hemos de rogar a Dios que mande trabajadores a su mies; con tan pequeña muestra, ningún  $R^2$  es significativo...

—¿Cuál es el número primo que más le gusta, hermano? —le pregunté en aquella ocasión.

—El cinco, señoría; parece una *ese* invertida...

—¡Ah! —musité sin entender su respuesta.

—El crecimiento en *ese* es el que explica la difusión de las enfermedades, los rumores o las alegrías —me explicó—. Primero, se te acerca el virus, luego te contagias. Así actúa Dios. Sigilosamente, disfrazado de azar, se coloca al lado del hombre esperando que éste le permita contagiarle su alegría. Si el hombre lo desea, acaba el giro y aparece el cinco.

—¿Disfrazado de azar, hermano? —pregunté sonriendo.

—¡Claro! ¿Qué creía, que nos habían dejado solos? Lllaman color infierno al rojo intenso, carmesí, ramillete de pasiones encendidas por ardientes deseos. Se equivocan: el color diablo es verde; un verde frío y aséptico, vengativo, el

glauco refulgente del odio radical; un verde mentira, ladino; un verde muerte, un verde diablo.

Ese verde fue la espoleta. Todo lo demás (los miembros amputados, los cadáveres profanados, el artístico copón de oro, el fachoso club de alterne, la embarcación...) pareció unirse después, mucho más tarde. Fue como si todas esas cosas hubieran esperado con paciencia a que llegara aquel hábito, cobijando la aceitunada mirada, tan atrayente de lejos como fría de cerca; una mirada sinople a la que mi mente quedó irremisiblemente enganchada.

Ahora que todo ha terminado, calibro mi verdadera y casi nula contribución al esclarecimiento de los hechos. No pretendo hacer creer que Iturri y yo no fuimos necesarios; lo fuimos, pero en las noches de insomnio llego a la conclusión de que la solución jamás estuvo al alcance de nuestra mano. En esas horas muertas de duermevela de tono pizarra, pienso que nada de aquello ocurrió como respuesta a las acertadas acciones del inspector Iturri o a las mías. Cuanto más tiempo pasa, más convencida estoy de que todos los detalles, incluyendo su detención, habían sido meticulosamente previstos. Nuestro papel en aquella representación fue de meras comparsas. Todo comenzó cuando él quiso y terminó cuando así lo dispuso, pero no tuvo en cuenta que Dios no juega a los dados.

## Agradecimientos

Para escribir esta novela he contado con mucha e inestimable ayuda.

La colaboración de la Brigada de Policía Científica, Cuerpo Nacional de Policía en Pamplona, que personalizo en su inspector jefe José Manuel Fernández, me permitió ajustar ficción y realidad.

Fernando Valbuena me hizo meter en la piel del policía de paisano; Rafael Teijeira, director del Instituto Navarro de Medicina Legal, en los guantes de látex de la ciencia forense.

Agradezco a mis colegas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Navarra y a la catedrática Pía Calderón la corrección de la terminología, que ajustaron al procedimiento jurídico español.

Agradezco también la disponibilidad de Juan Manuel Fernández, presidente del Tribunal Superior de Justicia de Navarra, la del arzobispo de Pamplona, Fernando Sebastián, que me recibió amablemente cuando se enteró del proyecto, y la de algunos sacerdotes amigos, entre ellos José Luis Morras, que me hicieron comprender mejor su vocación.

La decisión de dos antiguos colegas, que dejaron vida y profesión tras de sí para llevar una vida contemplativa en sendos monasterios, sigue siendo un aldabonazo para mí. Vaya para ellos mi recuerdo.

Agradezco a Javier Luis Fortín su información sobre Leyre y sobre la abundante bibliografía que de su historia y arte se encuentra publicada. Aunque no puedo dejar de reconocer que percibí sus mejores aromas en sencillas páginas escritas por monjes anónimos.

Un recuerdo especial a los miembros del claustro y a los alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Navarra, con quienes comparto tiza y *papers*.

Y a Xavier Oliver y Karol Orttwa, los primeros en leer el manuscrito, que mucho tienen que ver con el hecho de que ahora se publique.

A Eduardo Gonzalo, que se encargó de pulirlo. Debo decir, que ha sido un placer trabajar con él, lo mismo que con Joaquim Palau. Patricia Schjaer y, previamente, Rosa Zugasti persiguieron erratas, fallos, y a mí misma, que he sido cariñosamente metida en vereda.

Juan Pastrana ha hecho la doble función de asesor médico y fino crítico literario. Él como nuestros hijos —Juan, Javier, Chema, Gonzalo, María, Marta, Covadonga, Borja y Reyes— han aguantado con enorme paciencia tanto mis periodos creativos como los de sequía, han discutido argumentos, criticado afirmaciones, leído primeras versiones o emborronado con colores las correspondientes pruebas.

Mi madre, pésima como crítico, ha sido, como siempre, extraordinaria reforzando mi autoestima y afán de superación.

Mi padre leerá el texto en la red inalámbrica del cielo. ¡Espero que te guste!  
¡Va por ustedes!



Reyes Calderón, nació en Valladolid en 1961, aunque se siente pamplonesa de toda la vida. Es doctora en Economía y en Filosofía, es profesora y vicedecana primera de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Navarra. Profesora visitante en la Sorbona y en la Universidad de California, Berkeley.

Desarrolla su labor profesional alrededor del buen gobierno y la anticorrupción. Articulista y conferenciante habitual, es además madre de nueve hijos. Aunque reconoce que la literatura «va ganando tiempo» en sus quehaceres, asegura que no abandonará sus otras responsabilidades, entre ellas la de decana de la Universidad de Navarra, porque necesita «el contacto con la gente», si bien reconoce que «araña» horas al día y que aprovecha la noche, un momento en el que sus personajes la asaltan: «están ahí conmigo en una especie de esquizofrenia».

# Notas

[1]  $x \ll$

[2] s<<